This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

Harvard College
Library

FROM THE FUND IN MEMORY OF
Henry Wadsworth Longfellow
BEQUEATHED BY HIS DAUGHTER
Alice M. Longfellow
MDCCCCXXIX

MODELOS

DE

LITERATURA CASTELLANA

MODELOS

DE LITERATURA CASTELLANA

EN PROSA Y VERSO

ORDENADOS

POR EL P. VICENTE AGUSTÍ

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

BARCELONA

IMPRENTA DE FRANCISCO ROSAL, HOSPITAL, 115

1895

WID-LC
PQ
6712
.M6
x
1895
✓

WID-LC
PQ
6712
.M6
x
1895
✓

WID-LC
PQ
6172
.M6
1895x

HARVARD UNIVERSITY
LIBRARY
NOV 24 1986

18783

PRIMERA PARTE

MODELOS EN PROSA

GÉNERO EPISTOLAR

CARTAS

D. ANTONIO DE GUEVARA

A D. Enríquez

Faltas que se han de evitar en las cartas: contestación á las preguntas de D. Enríquez: vicios de la corte

Magnífico señor y mi amigo antiguo.—Valdivia, vuestro solicitador, me dió una carta, la cual parecía bien ser de su mano escrita; porque traía pocos renglones y muchos borrones. Si como os hizo Dios caballero, os hiciera escribano, mejor maña os dierais á entintar cordobanes, que á escribir procesos.

Siempre trabajad, señor, en que si escribiereis alguna carta mensajera, que los renglones sean derechos, las letras juntas, las razones apartadas, la letra buena, el papel limpio, la nema sutil, la plegadura igual y el sello claro; porque es ley de corte, que en lo que se escribe se muestre la prudencia, y en la manera de escribir se conozca la crianza. En la carta que me fué dada, se contenían muchas preguntas debajo de muy pocas palabras.

Preguntáisme, señor, que ¿á qué vine á la corte? Y á esto os respondo, que no vine de mi voluntad, sino que me constriñó necesidad. Decísme, señor, ¿qué es lo que hago en la corte? Y á esto os respondo, que según mis contrarios me siguen, y mis negocios se alargan, que ninguna cosa hago, sino que me deshago.

Decísme, señor, que os escriba ¿qué es la cosa en que más ocupo el tiempo? Y á esto os respondo, que según los cortesanos tenemos por oficio, con más verdad podremos decir del tiempo, que le perdemos, que no le empleamos. Decísme, señor, con ¿quiénes converso más en esta corte? Y á esto os respondo, que es de tan mal viduño la corte y su gente, que los que en ella andamos, y dende niños nos criamos, no es nuestro estudio buscar con quién conversemos, sino en descubrir de quiénes nos guardemos. Apenas tenemos tiempo para defendernos de los enemigos, ¿y queréis que nos ocupemos en buscar nuevos amigos? En las cortes de los príncipes, yo confieso, que hay conversación de personas, mas no hay confederación de voluntades; porque aquí la enemistad es tenida por natural, y la amistad por peregrina.

Es de tal condición la corte, que los que más se visitan, peor se tratan, y los que mejor se hablan, peor se quieren. Los que andan en las cortes de los príncipes, si quieren ser curiosos, y no necios, hallarán muchas cosas, de qué se espantar, y muchas más de qué se guardar.

Otras cosas hay en esta corte á buen precio, ó por mejor decir á buen barato: es á saber, crueles mentiras, nuevas falsas, amistades fingidas, envidias continuas, malicias dobladas, palabras vanas y esperanzas falsas: de las cuales siete cosas tenemos en esta corte tanta abundancia, que se pueden poner tiendas y pregonar ferias. Preguntáisme, señor, si hay buena expedición en los negocios, porque queríais enviar á despachar algunos. A esto os respondo, que según las cosas de la corte son pesadas, enojosas, prolijas, costosas, intrincadas, malhadadas, deseadas, suspiradas, lamentadas y marañadas; téngome por dicho, que si son diez los despachados van noventa desesperados.

Escribísme, señor, que os escriba, si hay hogaño buena feria aquí en Medina. A esto os respondo, que como yo no tengo mercadería que vender, y menos dineros con que las comprar, ni sé de qué la loar, ni hallo de qué me quejar, mas de que andando por esta feria, veo en estas tiendas de burgaleses tantas cosas ricas y apacibles, que en mirarlas tomo gozo, y de no poderlas comprar, tomo pena....

Muchas veces he tornado á leer vuestra carta, y no he hallado más que responder á ella: que á la verdad más parecía interrogatorio para tomar testigos, que no carta para amigos. No quiero más decir, sino que escapo de escribiros muy cansado, y aun enojado, no de responder á la carta, sino de construir vuestra maldita letra. Nuestro Señor sea en vuestra guarda, y á mí me dé gracia para que le sirva. De Medina del Campo á 5 de Junio, año de 1552.—GUEVARA.

EL BEATO MAESTRO JUAN DE ÁVILA

I. A San Juan de Dios

Contesta á la que el Santo le mandó: ruégale le escriba: exhórtale á seguir con fervor el camino de la virtud: dale consejos de celestial sabiduría para aprovechar en espíritu

Vuestra carta recibí, y no penséis que me da pena porque me escribís largo; que como el amor es mucho, no puede parecer larga la carta. Y ruégoos que os acordéis de ser tal, que cuando me escribiereis, ó yo de vos sepa, me alegre yo de saber tales nuevas cuales deseo: y pues vos deseáis no darme enojo, no seáis perezoso en ponerlo por obra, aunque algo os cueste, que el amor no se parece en las palabras, sino en las obras, y entonces se demuestra más, cuando más duele lo que hacemos por quien amamos. Mirad, hermano, cuán caro costó á nuestro Señor el bien que en vuestra ánima puso: y como si os hubiera dado una joya que le costara su sangre, la pusierais en buen recaudo; así habéis de hacer el bien que en vuestra ánima os dió, pues por eso se os dió, porque el lo ganó, no como quiera, sino peleando por vos en el monte Calvario, y perdiendo la vida porque vos la cobraseis. Pues ¿qué sería entregar vos debajo de los pies de los puercos, lo que nuestro Señor os dió para que fueseis semejable á los ángeles? ¿Qué sería, si perdieseis aquella hermosura que él pone en las ánimas, con que son á él más agradables y hermosas que el mismo sol?

Más vale morir, que ser desleal á nuestro Señor, y para ser fiel es menester ser prudente. Que así dice nuestro Señor que ha de ser su siervo, que puso sobre su familia, fiel y prudente; porque si no hay prudencia, cae el hombre en mil cosas que desagradan á Dios, y es castigada su necedad con recio castigo. Y por esto hemos de aprender de una vez para otras, y basta que el hombre sea necio una vez para escarmentar toda su vida, pues el perro apaleado no osa tornar donde le apalearon, ni el pájaro á la losilla donde se libró; porque si el cuerdo escarmienta en la cabeza ajena y el necio en la propia, ¿qué será de aquél que aún después de muy escalabrado no escarmienta? ¿Qué merece éste tal, sino que el Señor le deje del todo, para que sea castigado con los muy necios que van al infierno?

Grande obligación tiene de mirar por sí y por la honra de Dios el que ha recibido dones de Dios, y lo ha sacado Dios del infierno, y dádole prendas del cielo. Y mientras más vamos adelante en la vida, es más razón que nos mejoremos en las buenas costumbres, porque poco aprovecha haber

comenzado bien, si acabamos mal. Y grande enojo siente un cazador, que teniendo una ave que ha cazado en la mano, después de tenida se le va, sin más verla, y no tiene tanta pena de la que nunca tuvo en su poder. Y así nuestro Señor se ofende más viendo que una ánima que él ha ganado, y limpiádola, y héchola templo suyo, se le vaya con su enemigo el demonio, que no de otras que nunca fueron suyas. Y el demonio se huelga más de ganar estas tales ánimas que primero servían á Dios, que las que fueron ántes malas. Y por esto, hermano, es razón que abramos los ojos, y tengamos en alto la bandera de nuestro Señor muy enhiesta, y no le demos este enojo, ni al demonio tal placer, que dejemos el camino que hemos comenzado, y quedando ya tan poco que andar.

Llamad á nuestro Señor de corazón, y no olvidéis el rezar y el oir misa, que es cosa muy buena; y mirad donde ponéis el pie, para que por hacer bien á otros, no os hagáis mal á vos. No pierda vuestra ánima su pesebre, porque si anda hambrienta, y desconsolada, y mala, ¿qué aprovecha todo el bien que á otros hacéis? Pues dice nuestro Señor: «¿qué aprovecha al hombre que gane todo el mundo si pierde su ánima?» Entended que la cosa en que más podéis agradar á Dios es tener vuestra ánima limpia delante su acatamiento. Y la mayor misericordia que podéis hacer es tener vuestra ánima agradable á él.

Por tanto, velad y orad, como dijo nuestro Señor, porque no os halle el demonio desapercibido, que os anda buscando mil achaques y lazos para derribaros; y paréceme bien que vais á la corte á pedir por esos señores de Castilla, siquiera porque no os adeudéis tanto estando ahí. Y mirad por vos, estando ahí y fuera de ahí, porque hagáis á nuestro Señor servicio, y ganéis la gloria para que nuestro Señor os crió; y él sea siempre vuestro favor y amparo.

II. A don Pedro Guerrero, arzobispo de Granada

Propónele que envie sacerdotes celosos á los pueblos de cristianos viejos y moriscos: recomienda al maestro Hernán Núñez: fruto que han hecho en algunos puntos los discípulos del Beato y los Padres de la Compañía

Reverendísimo y muy ilustre Señor: desde principio de Octubre me ha ido de salud tan flacamente, de un dolor de cabeza y corrimiento á los ojos, que no he podido hacer esto, aunque lo he deseado; y aunque ahora ha cesado el dolor, no el corrimiento, que, según dicen, va á más andar á hacer catarata; *sed Domini sumus, sive vivimus, sive morimur*. Lo que he deseado decir á V. S., movido con deseo de verle aliviada su carga, que tanto le aprieta, es, que convenía á V. S. enviase por su Arzobispado, á lo menos por los lugares donde moran cristianos viejos, y de los moriscos,

si entienden nuestra lengua, á predicadores y confesores de los que hacen guerra al demonio, armados del celo de la honra de Cristo, que tan despreciada está hoy, y de la salud de las almas, por quien él dió su sangre. El Obispo de Badajoz ha enviado seis predicadores por el Obispado, según él me ha escrito, y da á cada uno cuarenta mil maravedís y cuarenta fanegas de trigo; y áun si yo le enviaba algunos, dijo que daría más, si tuviesen necesidad de socorrer á padre ó hermanas; porque de éstos hay algunos, que aunque por lo que á ellos toca, iban por solo el mantenimiento, son forzados á buscar algo más para proveer á quien no pueden dejar de hacer sin pecado.

He pensado en una buena pieza para esto, y es el maestro Hernán Núñez, natural de esa ciudad, y está ahora en Baeza: ha hecho muy gran provecho en muchos pueblos: tiene una rentilla con que se mantiene, y no toma nada de nadie, porque para unas migas y una ensalada que come tiene harto en su rentilla, aunque como ha usado este rigor muchos años, no sé si está algo gastado: pídenlo ahora muy aprisa de Caravaca, para cierta buena obra; deseo que se emplee así en las ovejas de V. S. y con él un confesor, y parece que hay muestras del provecho que de esto resultaría en ese Arzobispado en lo que los dos de la Compañía hicieron en su casa, y este clérigo no es de menor virtud; si á V. S. esto parece, sería bueno escribir V. S. al Doctor Carloval una carta, en que le dijese como esto tiene pensado, de enviar por el Arzobispado hombres que tengan celo de Dios, y que tiene relación del maestro Hernán Núñez, y que lo querría emplear en esto; que V. S. le ruega le hable de su parte, y le persuada á ello, y le busque un compañero para confesar, y le avise si sabe de algunos de éstos de esta hechura, porque V. S. fía de él la elección de ellos: y que en lo del mantenimiento, si ellos desean ánimas, con poco de lo temporal se contentarán: y que V. S. se holgará mucho de proveerles según su necesidad, y que sobre esto no se descontentarán: y esta carta ha de ser presto, antes que el dicho maestro vaya á otra parte: y tengo este medio por muy provèchoso para los cristianos nuevos, los cuales, viendo buen ejemplo, que no buscan sino ánimas, se suelen convertir más que con palabras; pues aquella caridad dejóla Cristo encendida por él en los corazones de sus ministros, y es tan fuerte que lo vence todo: porque ¿quién defenderá de un corazón que desea el bien, y bien eterno, á otro, y está aparejado á morir por él? Dícenme que lo que en la tierra del Japón más mueve á los Gentiles á convertirse por los de la Compañía es ver que han ido tantas leguas de tierra y mar á buscar la salvación de ellos, sin propio interés, y con grandes trabajos y peligros de muerte.

Y porque los ojos se quejan ya, dará V. S. licencia para acabar, y quedarse ha para otro día lo de los sermones del Santísimo Sacramento: sea

el Espíritu Santo luz y fortaleza de V. Rma. S., y éstas sean las buenas pascuas que el Señor dé á V. S.—De Montilla á 22 de Diciembre:—Siervo de V. S. Rma. que sus ilustres manos besa.—JOANNES DE ÁVILA.

SANTA TERESA DE JESÚS

I. Al venerable padre maestro fray Luis de Granada

Alaba sus escritos, pide oraciones, deséale larga vida

La gracia del Espíritu Santo sea siempre con vuestra paternidad, amén. De las muchas personas que aman en el Señor á vuestra paternidad por haber escrito tan santa y provechosa doctrina, y dan gracias á su Majestad por haberle dado á vuestra paternidad para tan grande y universal bien de las almas, soy yo una. Y entiendo de mí, que por ningún trabajo hubiera dejado de ver á quien tanto me consuela oir sus palabras, si se sufriera conforme á mi estado, y ser mujer. Porque sin esta causa, la he tenido de buscar personas semejantes, para asegurar los temores, en que mi alma ha vivido algunos años. Y ya que esto no he merecido, heme consolado de que el señor don Teutonio me ha mandado escribir ésta; á lo que yo no hubiera atrevimiento. Mas fiada en la obediencia, espero en nuestro Señor me ha de aprovechar, para que vuestra paternidad se acuerde alguna vez de encomendarme á nuestro Señor; que tengo de ello gran necesidad, por andar con poco caudal, puesta en los ojos del mundo, sin tener ninguno para hacer de verdad algo de lo que imaginan de mí.

Entender vuestra paternidad esto, bastaría á hacerme merced y limosna; pues tan bien entiende lo que hay en él, y el gran trabajo que es, para quien ha vivido una vida harto ruín. Con serlo tanto, me he atrevido muchas veces á pedir á nuestro Señor la vida de vuestra paternidad sea muy larga. Plegue á su Majestad me haga esta merced, y vaya vuestra paternidad creciendo en santidad y amor suyo. Amén.

Indigna sierva y súbdita de vuestra paternidad.—TERESA DE JESÚS, *carmelita.*

II. Consuela á una persona afligida con la muerte de otra allegada suya

La gracia del Espíritu Santo sea con vuestra merced y le dé fuerzas espirituales y corporales, para llevar tan gran golpe, como ha sido este tra-

bajo; que á no ser dado de mano tan piadosa y justa, no supiera con qué consolar á vuestra merced, según á mí me ha lastimado. Mas como entiendo cuán verdaderamente nos ama este gran Dios, y sé que vuestra merced tiene ya bien entendido la miseria y poca estabilidad de esta miserable vida, espero en su Majestad dará á vuestra merced más y más luz, para que entienda la merced que hace nuestro Señor á quien saca de ella, conociéndole; en especial pudiendo estar cierta, según nuestra fe, que esta alma santa está á donde recibirá el premio, conforme á los muchos trabajos, que en esta vida ha tenido, llevados con tanta paciencia.

Esto he yo suplicado á nuestro Señor muy de veras, y hecho que lo hagan estas hermanas, y que dé á vuestra merced consuelo y salud, para que comience á pelear de nuevo en este miserable mundo. Bienaventurados los que están ya en seguridad. No me parece ahora tiempo para alargarme más, si no es con nuestro Señor, en suplicarle consuele á vuestra merced, que las criaturas valen poco para semejante pena; cuanto más tan ruínes como yo. Su Majestad lo haga como poderoso, y sea compañía de vuestra merced de aquí adelante, de manera que no eche menos la muy buena que ha perdido. Es hoy víspera de la Transfiguración.

Indigna sierva, y súbdita de vuestra merced.—TERESA DE JESÚS.

III. Al prudentísimo Señor Rey Felipe II

Infórmale de las cosas de su Orden: propónele el nombramiento de provincial en la persona del religioso padre fray Jerónimo Gracián. Agradece al rey la licencia para fundar el convento de Caravaca

La gracia del Espíritu Santo sea siempre con V. M. Estando con harta pena en encomendar á nuestro Señor las cosas de esta sagrada orden de nuestra Señora, y mirando la gran necesidad que tiene, que estos principios que Dios ha comenzado en ella no se caigan; se me ofreció que el medio mejor para nuestro remedio es que V. M. entienda en qué consiste estar del todo la firmeza de este edificio. Yo ha cuarenta años que vivo en esta orden, y miradas todas las cosas, conozco claramente que si no se hace provincial aparte de descalzos, y con brevedad, que se hace mucho daño, y tengo por imposible que puedan ir adelante. Como esto está en manos de V. M., y yo veo que la Virgen nuestra Señora le ha querido tomar por amparo, para el remedio de su orden, heme atrevido á hacer esto para suplicar á V. M. por amor de nuestro Señor y de su gloriosa Madre, V. M. mande que se haga: porque al demonio le va tanto en estorbarlo, que no pondrá pocos inconvenientes, sin haber ninguno, sino bien de todas maneras.

Harto nos haría al caso, si en estos principios se encargase á un padre

descalzo, que llaman fray Jerónimo Gracián, que yo he conocido ahora; y aunque mozo, me ha hecho harto alabar á nuestro Señor lo que ha dado á aquella alma, y las grandes obras que ha hecho por medio suyo, remediando á muchas: y así creo que le ha escogido para grande bien en esta su orden. Encamine nuestro Señor las cosas de suerte que V. M. quiera hacerle este servicio, y mandarlo.

Por la merced que V. M. me hizo en la licencia para fundar el convento de Caravaca, beso á V. M. muchas veces las manos. Por amor de Dios suplico á V. M. me perdone, que ya veo que soy muy atrevida; mas considerando que oye á los pobres el Señor, y que V. M. está en su lugar, no pienso ha de cansarse. Dé Dios á V. M. tanto descanso y años de vida como contino le pido, y la cristiandad ha menester. Son hoy 12 de Julio.—Indigna sierva y súbdita de V. M.—TERESA DE JESÚS, *carmelita*.

IV. A las religiosas carmelitas descalzas del convento de San José de Sevilla

Aliéntalas á sufrir con resignación y alegría la persecución que estaban padeciendo

Hijas y hermanas mías: Sepan que nunca tanto las amé como ahora; ni ellas jamás han tenido tanto en que servir á nuestro Señor, como ahora, que las hace tan gran merced que puedan gustar algo de su cruz con algún desamparo del mucho que su Majestad tuvo en ella. Dichoso el día en que entraron en ese lugar, pues les estaba aparejado tan venturoso tiempo. Harta envidia les tengo. Y es verdad, que cuando supe todas esas mudanzas (que bien encarecidamente se me significó todo y que las querían echar de esa casa, con algunas otras particularidades), que en lugar de darme pena, me dió un gozo interior grandísimo de ver que sin haber pasado la mar, ha querido nuestro Señor descubrirles unas minas de tesoros eternos, con que espero en su Majestad han de quedar muy ricas y repartir con los que por acá estamos: porque estoy muy confiada en su misericordia que las ha de favorecer á que todo lo lleven sin ofenderle en nada; que de sentirlo mucho no se aflijan: que querrá el Señor darles á entender que no son para tanto como pensaban, cuando estaban tan deseosas de padecer.

Animo, ánimo, hijas mías. Acuérdense que no da Dios á ninguno más trabajos de los que puede sufrir, y que está su Majestad con los atribulados. Pues esto es cierto, no hay que temer, sino esperar en su misericordia que ha de descubrir la verdad de todo; y que se han de entender algunas marañas que el demonio ha tenido encubiertas para revolver: de que yo he tenido más pena que tengo ahora de lo que pasan.

Oración, oración, hermanas mías, y resplandezca ahora la humildad y

obediencia, en que no habrá ninguna que más la tenga á la vicaria que han puesto que vuestras caridades, en especial la madre priora pasada. ¡Oh qué buen tiempo para que se coja fruto de las determinaciones que han tenido de servir á nuestro Señor! Miren que muchas veces quiere probar si conforman las obras con ellas y con las palabras. Saquen con honra á los hijos de la Virgen y hermanos suyos en esta gran persecución: que si se ayudan, el buen Jesús las ayudará: que aunque duerme en la mar, cuando crece la tormenta hace parar los vientos. Quiere que le pidamos, y quiérenos tanto que siempre busca en qué nos aprovechar. Bendito sea su nombre para siempre. Amén. Amén. Amén.

En todas estas casas las encomiendan mucho á Dios, y así espero en su bondad que lo ha de remediar presto todo. Por eso procuren estar alegres, y considerar que, bien mirado, todo es poco lo que se padece por tan buen Dios y por quien tanto pasó por nosotras, que aun no han llegado á verter sangre por El. Entre sus Hermanas están y no en Argel. Dejen hacer á su Esposo y verán cómo antes de mucho se traga el mar á los que nos hacen la guerra, como hizo al rey Faraón, y dejará libre su pueblo y á todas con deseo de volver á padecer, según se hallarán con ganancia de lo pasado.

Su carta recibí, y quisiera no hubieran quemado lo que tenían escrito, porque hubiera hecho al caso. Pluguiera á la divina Majestad que todas las culpas cargaran sobre mí; aunque las penas de los que han padecido sin culpa, harto han cargado.

Lo que me la ha dado mucha fué venir en el proceso de la información que ahí hizo el P. Provincial algunas cosas que sé yo que son grande falsedad, porque estaba yo entonces ahí. Por amor de nuestro Señor se miren mucho, si por miedo ó turbación alguna lo dijo; porque cuando no hay ofensa de Dios, todo no es nada, mas mentiras y en perjuicio. Mucho me ha lastimado, aunque no acabo de creerlo, porque saben todos la limpieza y virtud con que el P. Maestro Gracián trata con nosotras, y lo mucho que nos ha aprovechado y ayudado á ir adelante en el servicio de nuestro Señor. Y pues esto es, aunque las cosas sean de poco tomo, es gran culpa levantarlas. Adviértanselo por caridad á esas hermanas, y quédense con la santísima Trinidad que sea en su guarda. Amén.

Todas estas hermanas se les encomiendan mucho. Están esperando como, cuando se acaben estos nublados, lo ha de saber relatar todo la hermana San Francisco. Á la buena Gabriela me encomiendo, y pido esté muy contenta, y que traigo muy presente la aflicción que habrá tenido en ver tratar así á la madre San José. Á la hermana San Jerónimo he lástima si sus deseos son verdaderos; y si no, habríasela más que á todas. Es mañana víspera de nuestra Señora de la Candelaria.

Al señor García Álvarez quisiera harto más hablar que escribir; y por-

que no puedo decir lo que querría por letra, no escribo á su merced. Á las demás hermanas, que osaren decir de ésta, mis encomiendas.

V. A la ilustrísima y excelentísima señora doña María Henríquez, duquesa de Alba

Escríbele con motivo de haber salido el duque de su reclusión, y le recomienda los jesuítas de Pamplona

La gracia del Espíritu Santo sea siempre con vuestra excelencia. Mucho he deseado hacer esto, después que supe estaba vuestra excelencia en su casa. Y ha sido tan poca mi salud que, desde el jueves de la Cena, no se me ha quitado calentura, hasta habrá ocho días; y tenerla era el menor mal, según lo que he pasado. Ha sido Dios servido de dejarme en este piélago de trabajos. Plega á su divina Majestad se sirva de dármelos á mí sola, y no á quien me ha de doler más que padecerlos yo. Por acá ha parecido, que se ha hecho muy bien el remate de los negocios de vuestra excelencia.

Yo no sé que decir, sino que quiere nuestro Señor, que no gocemos de contento, sino acompañado de pena; que así creo la debe vuestra excelencia de tener, en estar apartada de quien tanto quiere; mas será servido que su excelencia gane ahora mucho con nuestro Señor, y después venga todo junto el consuelo. Plega á su Majestad lo haga como yo se lo suplico y en todas estas casas de monjas, que con grandísimo cuidado se hace. Sólo este buen suceso las he encargado tomen ahora muy á su cuenta; y yo, aunque ruín, ordinariamente le traigo delante; y así lo haremos, hasta tener las nuevas que yo deseo.

Estoy considerando las romerías y oraciones, en que vuestra excelencia andará ocupada ahora; y como muchas veces le parecerá, era vida más descansada la prisión. ¡Oh, válgame Dios, qué vanidades son las de este mundo! ¡Y cómo es lo mejor no desear descanso, ni cosa de él, sino poner todas las que nos tocaren en las manos de Dios, que Él sabe mejor lo que nos conviene, que nosotros lo pedimos!

Tengo mucho deseo de saber cómo le va á vuestra excelencia de salud y lo demás; y así suplico á vuestra excelencia me mande avisar. Y no se le dé á vuestra excelencia nada que no sea de su mano; que como ha tanto, que no veo letra de vuestra excelencia, aun con los recaudos, que me escribía el padre maestro Gracián de parte de vuestra excelencia, me contentaba. De á donde estaré, cuando estuviere para partirme de este lugar, ni de otras cosas, no digo aquí; porque pienso irá por allá el Padre fray Antonio de Jesús, y dará á vuestra excelencia cuenta de todo.

Una merced me ha de hacer ahora vuestra excelencia en todo caso, porque me importa se entienda el favor, que vuestra excelencia me hace en

todo, y es, que en Pamplona de Navarra se ha fundado ahora una casa de la Compañía de Jesús, y entró muy en paz. Después se ha levantado tan gran persecución contra ellos, que los quieren echar del lugar. Hanse amparado del Condestable, y su señoría les ha hablado muy bien, y hecho mucha merced. La que vuestra excelencia me ha de hacer es, escribir á su señoría una carta, agradeciéndole lo que ha hecho, y mandándole lo lleve muy adelante, y los favorezca en todo lo que se les ofreciere.

Como ya sé, por mis pecados, la aflicción que es á religiosos verse perseguidos, helos habido lástima; y creo gana mucho con su Majestad quien los favorece y ayuda; y esto querría yo ganase vuestra excelencia, que me parece será de ello tan servido, que me atreviera á pedirlo también al duque, si estuviera cerca. Dicen los del pueblo que lo que ellos gastaren, tendrán menos; y hace la casa un caballero, y les da muy buena renta, que no es de pobreza; y cuando lo fuera, es harto poca fe, que un Dios tan grande les parezca que no es poderoso para dar de comer á los que le sirven. Su Majestad guarde á vuestra excelencia, y la dé, en esta ausencia, tanto amor suyo, que pueda pasarlo con sosiego; que sin pena será imposible.

Suplico á vuestra excelencia, que á quien fuere por la respuesta de ésta, mande vuestra excelencia dar ésta, que le suplico. Y ha de ir, que no parezca carta ordinaria de favor, sino que vuestra excelencia lo quiere. Mas ¡qué importuna estoy! De cuanto vuestra excelencia me hace padecer, y ha hecho, no es mucho me sufra ser tan atrevida.

Indigna sierva de vuestra excelencia, y súbdita.—TERESA DE JESÚS.

FELIPE II, REY DE ESPAÑA

I. A sus hijas las infantas Isabel y Catalina (1)

A las infantas mis hijas. — Lisboa, á 15 de Enero 1582. — Muy buenas nuevas son para mí saber que todos lo estáis; y paréceme que se da mucha priesa vuestra hermanica en salirle los colmillos: deben de ser en lugar de dos que se me andan por caer, y bien creo que los llevaré menos cuando vaya allí; y como no sea más que esto, se podrá pasar.

Bien temprano se acabaron los maitines de los Reyes. También acá los dijeron temprano; mas yo no los oí, por tener mucho que hacer. Y todos los días los dicen aquí en la capilla y todas las horas mayores, los capellanes.

(1) Halló el autógrafo de estas cartas en el archivo real de Turín Mr. Gachard, quien las publicó en 1884. De él las hemos tomado, cambiando la ortografía.

Las vísperas de las fiestas principales las dicen las noches antes, y los otros días á las mañanas: mas nunca las oigo.

Estoy espantado de no saberse nada de mi hermana, y aun con mucho cuidado, porque desde otro día que se embarcó no he sabido más de ella, y no sé que pueda ser. No puedo creer sino que se ha ahogado algún correo. También es terrible el tiempo que hace aquí y lo que llueve, y algunas veces con muy grandes truenos y relámpagos, que en este tiempo no los he visto. Y esto sería bueno para vos, la mayor, si no les habéis perdido el miedo. No hace frío, que todo es llover, y ahora ha gran rato, que parece que cae el cielo de agua; y ha habido grandes tormentas, mas no se han perdido tantas naos como Luis Tristán os escribe, ni aun creo que ningunas, sino algunas varias pequeñas y no muchas.

El correo pasado, que llevaba una carta mía para vosotras, creo que tardaría en llegar, porque por andar el río tan bravo, no pudo partir el correo el martes de mañana, que suele partir, sino el miércoles; y así no creo que llegaría ahí antes que partiese el ordinario de hoy.

Creo bien que doña Ana de Mendoza debe servir también á vuestros hermanos chicos, como vos, la menor, me lo escribís. Diéronme el otro día lo que va en esa caja, y dijéronme que era lima dulce; y aunque no creo que es sino limón, os la he querido enviar, porque si fuera lima dulce, no he visto ninguna tan grande. No sé si llegará allá buena. Si llegare, probadla y avisadme lo que fuere, porque no puedo creer que es lima dulce por ser tan grande; y así holgaré de saber lo que es y que me lo escribáis. Y un limoncillo que va allí no es sino para henchir la caja. También van allí unas rosas y azahar, porque veáis lo que hay acá; y así es que todos estos días me trae el Calabrés ramilletes de lo uno y lo otro, y muchos días ha que los hay de violetas. Junquillo no hay acá: que si le hubiera, creo que ya hubiera salido, pues hay estas otras cosas. Según lo que llueve, creo que le habrá ahí presto, y para cuando venga ahí mi hermana, ó poco después. Y Dios os guarde como deseo.

De Lisboa á XV de Enero de 1582.

Ayer fuímos á misa á una iglesia que se llama Concepción, y es de clérigos de la orden de Cristo.

Vuestro buen padre — FELIPE.

II

A las infantas mis hijas.—Lisboa, á 16 de Abril 1582.—Mucho holgué con vuestras cartas y con las nuevas que me dais de Aranjuez. Y de lo que más soledad he tenido es del cantar de los ruiseñores, que hogaño no les he oído, como esta casa es lejos del campo. No sé si los oiré por el cami-

no; porque después de mañana pienso pasar este río é ir á dormir al Barrero y esotro á Setúbal, por ver aquel puerto y el fuerte que allí se hace. Y de allí irá mi sobrino á recibir á mi hermana, creo que á la raya de Castilla, y yo á esperarla á Almeyrín. Y de allí nos vendremos, creo que luego aquí.

Y volviendo luego á Aranjuez, muy grandes ballesteras creo que debéis estar entrambas, pues tan bien matasteis los gamos y tantos conejos. Y decisme, vos la mayor, que vuestro hermano cobró mucha fama (y creo lo decís por vuestra hermana, y es así según lo que decís adelante, sino que por la *a* pusisteis *o*, y otra palabra que se os olvidó). Creo que debisteis de escribir la carta apriesa.

También aquí hubo truenos los otros días, y tres ó cuatro muy grandes, y que se oía bien que eran de rayos; y paréceme que eran tan grandes como el del rayo de San Lorenzo; y así dicen que cayeron aquí no sé cuantos y que mataron dos ó tres hombres.

La casa nueva debe de estar buena, y la fuente no sé si correría agua en ella: decídmelo y también si la capilla está acabada y puesto el retablo, que no lo he sabido, y si andaba bien el reloj.

He miedo que deben de haber dado mano al pescado del estanque de Hontigola, pues no se pescó ninguno; y buenas fueran las cazas de las zorras y más por vuestro hermano, que espero le dará Dios salud para verlas otras veces, pues no son más que tercianas las que tiene, según lo he visto por las cartas del conde de Barajas: todavía estaré con cuidado hasta saber que esté bueno.

De mi hermana tuve una carta de la tarde que llegó á Guadalupe. Estoy esperando un correo que le envié allí para saber como estaba y cuando partiría, que creo que será el mismo día que yo.

Bien podréis poner oro con lo negro cuando se case doña Dietristán, con que sea moderado.

Del auto no vine muy cansado, que no dura tanto como suelen durar allá, á lo menos los que yo he visto, que no duró cuatro horas. Esta semana santa la he pasado bien, y en esta casa, con las ventanas que tiene á la capilla, adonde he estado á los oficios, sino al encerrar y desencerrar el santísimo Sacramento, que bajé á la capilla por una escalera que hay allí, y hubo muchos disciplinarios y penitentes, y más de día que de noche, aunque la procesión de la Misericordia, que aquí no hay otra, vino á la capilla mientras las tinieblas, entre los maitines y laudes; y yo la ví desde una ventana muy bien. Dicen que no fué tan concertada como las de ahí, que yo no he visto. Hanme dicho que hubo muy buenos monumentos en muchas iglesias y monasterios. Y porque es tarde, y he tenido y tengo mucho que hacer para partir, no puedo decir más. Y Dios os guarde como deseo.

Vuestro buen padre — FELIPE.

D. ANTONIO DE SOLÍS

I. A D. Alonso Carnero

Responde á una carta suya; dale noticias de su salud y de las novedades de la corte: retírase del ministerio el duque de Medina: decídese el rey á gobernar por sí

Si yo fuera hombre que supiera hacer el miércoles lo que debo hacer el jueves, no anduviera tan alcanzado de tiempo ni tan apresurado en las respuestas de sus cartas de V. Celebro como siempre las nuevas que V. me da de su salud, y la de mi señora doña Teresa, que esto es en mi estimación lo mejor de sus cartas de V. por muchas discreciones que se hallen en ellas. Yo quedo mejor de mis dolores de espaldas; pero sin necesidad de sangrarme según el sentir de los médicos, que siempre los despreciamos hasta que nos duele algo; y muchas veces los buscamos para que no nos duela, y hallamos que nos duele más. Iba á decir un concepto, y se me ha desaparecido: V. reciba la buena voluntad.

Ya sabrá V. por otras cartas (que se abrirán primero) la gran novedad de haber pedido licencia el señor duque de Medina á S. M. para retirarse del primer ministerio. Parece cosa de los siete durmientes, que despertamos antiyer en una estación, que pasaba otra moneda y reinaba otro rey. Días ha que yo soñaba lo que ha sucedido, pero no lo acababa de creer..... El rey dura en la resolución de gobernar por sí: quiera Dios asistirle para que lo prosiga, y conozca gobernando lo que le falta para gobernar... Dios guarde á V. muchos años. Madrid á 26 de Abril de 1685.

II. A D. Crispín González

Dale noticia del cargo que se le ha conferido; congratúlase de su elevación: le encarga memorias para un amigo

Señor y amigo mío: Paciencia, y prevenir el entendimiento para la conformidad; pues no le basta á V. el no pretender, ni anhelar para que no vayan á rogarle con su cuerpo los cargos de la monarquía. Ya sabrá V. cuando lea estos renglones, cómo S. M. le ha hecho merced de la secretaría del Norte: con que por agregación me hallo de ayer acá súbdito de V. y con obligación de interesarme en las conveniencias de mi jefe. Bien sé que ni por la ocupación, ni por la dignidad viene V. de provecho para compañero, ni para que yo pueda lograr los ratos de conversación como en el tiempo

en que V. era uno de nosotros. Pero me hallo alborozadísimo con la esperanza de ver á V. y con la presunción de que me ha de tocar alguna parte de sus ratos perdidos.

Sírvase V. dar mis rendidas memorias al señor D. Alonso: que como son muchos mis pecados no sé por cuál de ellos me ha negado el habla. Ya sé que se halla restituído al remo de su ocupación, y que le han honrado para reventarle; no le escribo porque tengo mucho que decirle, y no me lo permite el poner en limpio mi Historia (1), que deseo darla en el Consejo cuando vengan los galeones, por no hablar fuera de propósito en la ayuda de costa de la impresión.

Lejísimo está V. para la prisa que yo tengo de darle un abrazo: cuatro años hace que V. nos dió con la ausencia en los ojos: tomaremos otros cuatro para D. Alonso. Dios guarde á V. muchos años, etc.

P. JOSÉ FRANCISCO DE ISLA S. J.

I. Escrita en Bolonia, á 29 de Diciembre de 1774, á su hermana

Le da el pésame y procura consolarla en la muerte de su esposo Nicolás: sólo en la religión hay verdadero y sobrenatural consuelo. — Estado de salud y ocupaciones del P. Isla en Bolonia

Hija, hermana y señora mía: Tarde llegan á mi noticia tus trabajos, y tarde llegan á tus trabajos mis consuelos. Pero estos ¿de qué sirven? Los únicos que confortan son los del cielo. Estos creo que los habrás tenido muy prontos y muy eficaces. Así me lo prometen tu religión, tu piedad y tus talentos. Para nuestro amado Nicolás se acabaron ya las miserias de esta vida. No sólo piadosa sino prudentísimamente se debe esperar que goza ó está seguro de gozar la felicidad de la eterna, reflexionando cómo vivió la mayor parte de la temporal. Fiel á Dios, ejemplar al mundo, amado de todos é imitado de muy pocos. Cinco años de una muerte civil se los habrá tomado en cuenta la divina Misericordia, en satisfacción de los defectos que lleva consigo nuestra miserable humanidad. Envidio su suerte, compadezco la tuya, haciéndome cargo de las consecuencias que necesariamente se siguen á esta falta. Pero aquí de tu corazón, aquí de tu grande espíritu, ó por mejor decir, aquí de tu religión. Hállaste en el lance en que has de mostrar que eres filósofa cristiana y estoica á la evangélica. No hay

(1) De la *Conquista de Méjico.*

otra filosofía ni otro verdadero estoicismo que el del Evangelio. Este es el que únicamente nos hace superiores á todas las desgracias humanas: fuera de él sólo hay verbosidad, magníficas palabras, grande aparato de sentencias, y nada más. Un mes ha que llegó á mis oídos esta noticia, por una voz vaga esparcida en Bolonia. No la desprecié para acudir prontamente al alivio del difunto, por los sufragios propios y ajenos; porque cada correo la estaba temiendo desde el primer insulto del accidente; pero vivía con alguna débil esperanza de que fuese incierta, mientras no la tuviese yo directamente, hasta que ayer me la confirmó Fray Joaquín en su carta con fecha de 21 de noviembre. Sea Dios bendito por todo.

Gozo por ahora bastante salud en medio del extraordinario y rigidísimo frío que se padece en toda Italia, singularmente en esta porción de la Lombardía. Tengo chimenea en mi cuarto; en ella, en la cocina y en la cama, paso la mayor parte de las horas en conversación con los libros, hasta que llegue la de ir á juntarme con nuestro querido difunto. Deseo saber cómo se ha portado contigo en este lance el capellán mayor del santo Apóstol, y deseo también que descargues en mi pecho tus trabajos, ya que no puedo aliviártelos de otra manera. Saluda á los que te pareciere, tenme tan presente en tus oraciones como yo te tengo en mis sacrificios, y manda á tu amante hermano.—José Francisco.

II. Escrita en Bolonia, á 8 de Julio de 1781, á su hermana

Quebrantada salud del P. Isla.—Noticias de sus huéspedes.—Proyectos de viaje.—Saludos de familia.—Terremotos en Italia.—Desgracias en Calli.—Faenza: notables prodigios, atribuídos á la protección de Nuestra Señora.—Los castigos de esta vida, templados con misericordia: rigor de los eternos

Amada hija, hermana y señora mía: Cumplo lo prometido, y doy principio á nuestra más frecuente correspondencia de quince en quince días. Prosigue sin novedad el universal quebranto de mi inútil salud, hallándome poco menos que sin ojos para ver, sin pies para caminar, sin manos para usar de ellas, y sin cabeza para discurrir. Mis condes están ya pensando en salir á su campaña; mas no á la Tomba, que dista solas diez millas, sino á la Masa Lombarda, distante treinta millas, esto es, diez leguas, de esta ciudad. Dudo mucho que yo pueda acompañarlos; porque es demasiado viaje para un hombre tan estropeado como yo, particularmente en los excesivos calores que nos abrasan, nada inferiores á los del año de 26, tan fatal para la Italia. Nuestra marquesa prosigue con toda felicidad en el reducido casino extramuros de Bolonia, donde se previene con una ligera cura contra las incomodidades que padece, de las cuales se siente muy aliviada. Así esta dama como mis condes y nuestras angelicales sorinas de Santa María Egipcíaca te saludan cordialísimamente.

Cada día me gusta más nuestro colegialillo Cueto, cuyo porte no puede ser más grato ni más juicioso. Me encarga que haga conmemoración de su respeto siempre que te escriba.

La pequeña ciudad de Calli, en la legación de Urbino, enteramente se arruinó con un furioso terremoto al amanecer el día 5 de junio. Hundióse la catedral con muerte de un canónigo que decía la misa, y más de sesenta personas que la estaban oyendo. No quedó casa habitable en ella, y en sus cercanías se arruinaron enteramente veinte y tantas parroquias, cinco ó seis conventos de monjas y de frailes, con muerte de cuatro de las primeras.

El mismo terremoto hizo en Faenza grandes estragos en las casas y en casi todos los edificios públicos; pero pocos, y aun casi ningunos, en las personas, aunque á costa de grandes prodigios, atribuídos á la protección de Nuestra Señora de las Gracias, patrona de aquella distinguida ciudad. Encontróse bajo las ruinas de una casa una cuna hecha pedazos; y el niño de pocos meses que estaba en ella, sin la más mínima lesión y durmiendo con la mayor tranquilidad. Dormía un sacerdote en un cuarto, y en una cama arrimada á la pared que caía hacia la calle: el primer vaivén del terremoto arrojó la cama á la pared opuesta; derribó después la que caía á la calle; hundióse todo lo restante del cuarto menos aquel preciso sitio que ocupaba la cama; y el buen sacerdote se libró de aquel peligro, sólo con el susto. Dormía una mujer en un cuarto con una hija suya; desplomóse la mitad del pavimento, y con él la madre y la hija cayeron en la bodega ó en la cantina; dispertó despavorida la otra hija que estaba durmiendo en la parte que no se había desplomado, y sin tener noticia de esto, corrió sobresaltada adonde creía estar su madre; precipitóse en la cantina sobre ésta y sobre su hermana, desplomándose sobre todas lo que restaba del cuarto, pero todas tres quedaron sin el más leve rasguño. Dormían en una misma cama dos pobres labradores algo separados por causa del calor: desprendióse una gran viga, la cual se encajó á la larga y de plano entre los dos sin el menor daño de ninguno, ni más, ni menos como si de propósito la hubieran ajustado. Todo esto y mucho más consta de la relación estampada con autoridad del Señor Obispo, que he leído, en la cual se dice quedarse autenticando estos prodigios por el tribunal eclesiástico. Así castiga Dios á los hombres en esta vida, templando las amenazas de su justicia con las piedades de su misericordia; pero en la otra no hay lugar á estas; porque, según lo que nos intima David, es *judicium sine misericordia* lo que nos espera en ella. Memorias á toda la familia, y manda como puedes á tu amantísimo hermano y servidor. — José Francisco. — Mi hermana y señora Doña María Francisca de Isla y Losada.

III. Escrita en Bolonia, á un amigo

Gratitud del autor con sus bienhechores. —Viaje á Ímola: sus causas. — Qué son los Adobos: *su descripción*

Amigo y señor: Los maravedises que Mr. hizo llegar á mis manos llenaron mi bolsillo, que muchos tiempos ha no era más que titular, á la manera de los condes que se usan en Italia. Las gracias al bienhechor se suponen; pero los chistes no se hicieron para este género de gracias, porque las limosnas no se agradecen riendo, sino inclinando humildemente la cabeza. Hallándome ya tan poderoso, emprenderé la semana que viene (á la salud de Vmd. y la mía) un pequeño viaje á Ímola, que dista veintiséis millas de aquí, es decir, poco más ó menos, nueve leguas españolas.

El asunto de este viaje es mudar de objetos, y huir de los *Adobos*. Preguntará Vmd. ¿qué son *Adobos?* No son cosa de mondongo: voy á decirlo. Hay en esta gran ciudad cincuenta parroquias: todas celebran cada año la fiesta del *Corpus*, pero entre todas se nombran alternativamente cinco que la celebran con particular magnificencia y solemnidad, compitiéndose unas á otras. Repáranse con tiempo las calles que corresponden á las cinco parroquias, que están en turno, revócanse las fachadas de todas las casas, adórnanse los suntuosos frontispicios, que por una y otra banda guarnecen no sólo las hermosas, larguísimas y espaciosas calles maestras de toda la ciudad, sino también las otras de segunda clase que desembocan en ellas. Se adornan con tanta pompa, con tanto aparato y con un gusto exquisito, formándose en bóvedas, columnas, arcos, cornisas, festones y capiteles, todo de brocado y de brillantísimas telas de oro y plata, que cada calle parece un templo eterno, compuesto de una nave interminable, y cada pórtico un salón, ó galería, en que el arte, la naturaleza, la riqueza y la propiedad derramaron pródigamente todas sus preciosidades y todos sus primores para determinar allí la admiración y el embeleso.

Los capacísimos zaguanes de los palacios comprendidos en las parroquias del rolde presentan á la vista otros objetos no menos preciosos á la verdad, pero mucho más apreciables. Todos ellos están llenos de varios trozos de arquitectura figurada como pirámides, obeliscos, cúpulas, corredores, gabinetes etc. que llegan hasta el techo; pero ¿de qué materia? Si á Vmd. le parece, de panes, de perniles, quesos, salmones, frutas etc. para distribuirse á los pobres de la parroquia con preferencia, y después entre todos los de la ciudad. Las tapicerías que cubren las paredes de dichos zaguanes, desde el techo hasta el pavimento, tal vez suelen ser de piezas enteras de telas, paños y lienzos para vestir á los mismos pobres, gastando en esto millares de zequines: esto en los palacios de los nobles, que en Bolonia

pasan de 300 á cual más suntuoso; pero en las tiendas de los mercaderes, botigas de los tenderos, covachuelas de los quinquilleros y oficinas de los demás artesanos, que son innumerables de todos oficios, y por lo común muy primorosos, cada uno forma las piezas de arquitectura que más le agradan. Este es un fuerte con todas sus fortificaciones y obras exteriores: aquel un teatro de los espectadores: el otro un circo figurando en él los gladiatores y las fieras: el de más allá un jardín adornado de estanques, fuentes, estatuas, jarrones y banquetes, pero todos de las materias que corresponden á sus respectivos oficios: el mercader (construye un edificio) de telas, paños, brocados y tisúes: el tendero, de su quinquillería: el tratante de sedas, sólo de madejas de esta especie, distribuyendo en ellas los colores que ha-menester para su idea: el zapatero, de sus pieles, de sus zapatos, de sus hormas, de sus leznas, de sus trinchetes, de sus tirapiés, y de sus sacabocados, y así de los demás.

El año pasado un botiguero, ó pastiquero, que sólo trataba en fideos de masa, formó un palacio de estos materiales, con su pórtico, sus corredores, su sala, su gabinete y un jardín grotesco, tan parecido que me dió gana de embocarme en el tal material, y estuve por encerrarme en la gruta haciendo el San Jerónimo; solo que los cantos que había eran mejor para darse en la boca que en los pechos. Estos son en bosquejo los célebres *Adobos* de Bolonia: para verlos se despueblan las provincias vecinas, las toscanas, el modenés, el ferrarés, el milanés, el mantuano, el veneciano y gente romana. Y como el año pasado me molieron, me trituraron, me cernieron y convirtieron en polvos de salvadera, dejándome tal que ya que no sirviera para Adobo, me pudieran echar en escabeche; por escapar esta secatura, quiero huir este año de los tales Adobamientos, ya que gracias á Dios, y á una alma caritativa, tengo con que pagar un calesín. Dígaselo Vmd. á la otra mitad suya Reverendísima, y déjeme rubricar que soy todo de los dos.—José Francisco.

IV. Escrita en Bolonia, á 26 de Noviembre de 1772, á un amigo

Descripción festiva de esta ciudad

Amigo y señor: Estoy vivo, robusto, alegre, flaco y viejo; voy á entrar en los setenta años. No me morí á tres jornadas de Turín, llamado del Rey de Cerdeña, según dijeron en Bilbao, no sé para qué. Sería para predicar en Ginebra el próximo Adviento.

Nada tengo, y nada me falta, porque estoy más contento con mi nada, que cuando me sobraba todo. He tenido gran consuelo en saber de Vmds.

Este país no puede ser más delicioso, ni la ciudad más magnífica, ni la gente noble más tratable; limpieza, policía y cultura, expresiones cuantas Vmd. quisiere: mas no se hable de otra cosa. Los templos y edificios soberbios, palacios suntuosos, muebles especiales, calles espaciosas, carrozas, tabernáculos, caballos frisones (salvo que son de azabache), literatos á pasto, Academias como paja, plaza abundantísima, comercio grande y bullicioso, hombres que corren y damas que vuelan.

Este es el pueblo en donde vivo, las campañas, jardines, palacios, bosques, huertas, arroyos, ríos, pozos, fuentes, y en una misma pieza viña, monte, tierra y huerta. Los caminos públicos como las calles de los jardines reales de Aranjuez y San Ildefonso: los alimentos de bella apariencia, pero de poca substancia. El vino es la mitad agua, pero sabe á vino. Puede hacer hidrópicos, pero no borrachos (hablo del vino venal). Está Vmd. obedecido en la descripción que me pide de esta región, y lo estará siempre en todo lo que dependiere de mí.—José Francisco.

DIÁLOGOS

PEDRO MEJÍA

COLOQUIO DEL PORFIADO

INTERLOCUTORES

PAULO. FABIÁN. LUDOVICO: *después* EL BACHILLER NARVÁEZ

Paulo. El señor Fabián viene aquí á gozar de la buena conversación de vuestro vecino, como le prometísteis: mira que no nos falte, pues lo tenemos vendido por cosa notable.

Ludovico. Su venida y la vuestra sean en buen hora: sentémonos; que de la de nuestro Bachiller no hay que dudar, porque él me dijo que sería aquí á las tres horas, y no es hombre que vuelve atrás de lo que dice.

Fabián. Señor, yo salí de mi tierra por ver cosas señaladas, y según me habéis informado de la condición deste hombre, aunque no fuera tan docto como es, viniera á esta ciudad de Sevilla á solo verle porfiar, que decís lo hace diestramente.

Ludovico. Ayer os decíamos el señor Paulo é yo que tenía esa habilidad: pues agora añado, y hago saber á vuestra merced, que no solamente es porfiado, pero es espíritu de contradicción, porque ninguna cosa ve

afirmar á otro que no la contradiga, y afirma y sustenta lo contrario: y no le faltan razones aparentes para lo uno y lo otro, porque, como os dijimos, verdaderamente es de agudo ingenio, y ha leído y visto mucho.

FABIÁN. Por cierto que debe ser placer tratar á veces con ese hombre, porque siempre se ofrecerán pláticas y materias de que se guste y aun se saque provecho.

PAULO. Verdad es eso; pero todavía es pesadumbre verle siempre contradecir: y también habla tanto, que apenas da lugar á otro que hable donde él está.

FABIÁN. De manera que se verifica en él lo que decía Hernando de Vega, que es peligro ser los hombres leídos, porque por la mayor parte son muy habladores.

LUDOVICO. No sé si lo hace eso, pero en la verdad él lo es harto; y aun, lo que es peor, porfía y defiende algunas veces opiniones que no tiene razón en ellas.

FABIÁN. Así acontesce no pocas veces á los muy agudos, que confían mucho de sus letras y de su ingenio.

LUDOVICO. Tanto es eso verdad, que aun en las cosas de fe comunmente los más de los herejes que ha habido fueron hombres ingeniosos y letrados, pero confiados y soberbios. Por lo cual siempre debemos rogar á Dios nos dé humildad en el entendimiento, porque sigamos la común y verdadera carrera, y no novedades y agudezas falsas, como han hecho muchos en nuestros tiempos.

PAULO. En eso no hay que reprehender en nuestro amigo, porque él no se entremete sino en cosas de doctrinas humanas y pláticas comunes: pero acuérdaseme un donaire en ese propósito de un escudero deste lugar, el cual no sabía aun bien leer en un libro de romance, ni tenía discreción para más; y oyendo hablar en cómo algunos han caído en errores por presumir de grandes letrados, como agora decíamos, decía él que juraba á Dios que le pesaba de las letras que tenía, que no quisiera saberlas; y como digo, apenas sabía leer.

FABIÁN. Gracioso estaba ese por Dios: de creer es que no procuraría de hacer letrados á sus hijos. Pero yo ya deseo que venga nuestro argumentador.

LUDOVICO. Ya no puede tardar. Pero tengamos aviso en no le contradecir en lo que dijere, porque no gastemos el día en sola una cosa, sino que, aunque no venga á propósito, mudemos pláticas y materias porque haya variedad en la conversación.

FABIÁN. Bien está eso; pero parésceme á mí que todavía será menester un poco de resistencia, para provocar á él.

PAULO. No será malo; pero yo os digo que muy poco bastará para eso,

porque él se terná el cuidado: y tened aviso en mirar que ninguna cosa os verá decir ó afirmar que no lo contradiga.

LUDOVICO. Ce, paso, ta ta, que viene.—Oh señor Narváez, vengáis en buen hora.

BACHILLER NARVÁEZ. En la misma estén vuestras mercedes, que yo no puedo venir sino en buena, viniendo á esta casa, donde tanta merced y favor suelo rescibir.

LUDOVICO. Aquí la rescibimos siempre, señor, con vos; y agora mayor, porque habléis y conozcáis al señor Fabián, que es un caballero muy leído, y muy amigo de Antonino, vuestro gran amigo.

BACHILLER. Cualquiera desas dos cosas me obliga á mí á ser su servidor, y por tal me ofrezco.

FABIÁN. Mucho huelgo, señor, que baste la una dellas para cobraros por amigo; y esta será el amistad de Antonino, porque de la otra estoy tan falto, que por ella no merezco gracia alguna.

BACHILLER. Tener vuestra merced esa amistad me hace á mí cierto de lo demás, aunque el señor Ludovico no me lo afirmara.

FABIÁN. Como quiera que sea, me podéis tener por servidor vuestro. Pero sepamos qué libro es ese que trae ese mochacho.

BACHILLER. Las vidas de Plutarco abreviadas por un moderno: y tráigolo, que me lo prestó el señor Ludovico, porque presumo siempre devolver fielmente lo que me prestan, principalmente libros.

PAULO. Es muy buena condición, y aun provechosa; porque, como dice aquel verdadero refrán, el buen pagador señor es de lo ajeno.

BACHILLER. Ese refrán tengo yo por muy falso: sino, júzguelo el señor Fabián, cuál es más señor de lo ajeno, el que no lo paga y se queda con ello, ó el que lo torna á su dueño.

FABIÁN. Digo que es buen principio este, y que tiene razón el señor Narváez. Pero el libro he yo ya visto, y parésceme bien: y para poder gozar de la multitud de libros que hay agora, es cosa provechosa el abreviar y sumar los autores, como este ha hecho.

BACHILLER. Vuestra merced me perdone, que en eso estoy de contrario parescer; porque cuanto lo primero, con sumar y abreviar no se sigue el efeto que decís, antes se multiplican los libros y se hace de uno dos: y después desto es falsar la scriptura ajena, porque cortan y mudan el estilo; quitan la elocuencia y ornato del autor verdadero; menoscaban la materia que se trata; usurpan la ajena gloria y trabajo, haciéndose ingeniosos en ajeno libro: finalmente, es hurto é injusticia trazar y cortar en ajeno edificio contra la voluntad de su dueño: y allende de lo dicho, son causa los que hacen estas que llaman epítomes ó sumas que los libros principales que abreviaron se pierdan, como ha acaescido en la obra de Trogo Pom-

peyo, que Justino abrevió, y en lo más de las Décadas de Tito Livio, que Lucio Floro hizo lo mismo, y así en otros.

FABIÁN. Está muy bien dicho lo que dice el señor Narváez, aunque bien habría que responder; pero yo no soy amigo de porfiar.

BACHILLER. Pues yo, señor, aunque fuese amigo de hacerlo, no lo sé hacer.

PAULO. No lo pensamos acá así; pero no os pese, señor, deso, porque es tan mala cosa porfiar, que es bien no hacerlo, y mejor no saberlo hacer.

BACHILLER. No digo yo que no sé porfiar, porque lo tengo por malo (que antes lo tengo por necesario y bueno y provechoso), sino porque no soy para tanto.

PAULO. Cuanto, si vos queréis defender que el porfiar es cosa buena, menester es que sepáis bien porfiar, porque es contra la común opinión, que es la que debemos seguir.

BACHILLER. Yo no sé cómo los defenderé; pero aunque mi defensión sea flaca, no por eso dejará de ser bueno el porfiado. Pero antes deso quiero contradecir esa otra sentencia en que afirmáis que habemos de seguir las comunes opiniones, porque paresce que es contra buena filosofía, y aun contra las escripturas; pues es cierto que habemos de tener lo que tienen los sabios, y éstos ya sabemos que son los menos; y suélese decir común opinión la que los más tienen: de manera que es mejor que tengamos con los sabios, aunque sean menos, que no llegarnos á la comunidad de los simples: y así se manda entre los preceptos de la ley, que no siga el hombre la multitud, ni se aparte de la verdad por consentir al parescer y sentencia de los más.

PAULO. Sí, que yo no digo que sigamos lo que dicen los necios, aunque sean muchos; antes llamo común opinión la que tienen los más de los sabios.

BACHILLER. Guarida es esa que habemos tomado en declararos desa manera; pero cuando eso fuese, digo que los más de los sabios dirán que el porfiar es santo y necesario.

LUDOVICO. Veamos el por qué, sin porfiar sobre ello.

BACHILLER. En dos palabras lo diré, y no hay que responderme: porque verdaderamente, si no hubiese porfía y altercación, nunca se sabría ni descubriría bien la verdad de las cosas ni de las artes; y el que lo condena no entiende bien qué cosa es, porque ha de saber que el disputar y porfiar es una misma cosa; pues no es más la disputa y porfía que tener uno una opinión y otro la contraria, y otro altercar sobre ella, sin lo cual no puede haber ejercicio de letras ni de sciencias. Pues que así es, no sé yo quién osa condenar cosa tan necesaria y usada en el mundo como es la disputa, y que todos los filósofos y santos usaron, y hoy día usan todas las escuelas y universidades del mundo.

FABIÁN. Agora yo os doy mi fe que en esto no es menester gastar más tiempo, que el señor Narváez tiene razón, porque verdaderamente, como ha dicho, porfiar es disputar; pero yo no sé qué se es, que da pesadumbre un hombre porfiado.

BACHILLER. ¿Sabéis de dónde viene eso? De que á quien quiera pesa que otro entienda mejor la cosa que él, ó sea de contraria opinión á la suya; y como el que porfía ó disputa ha de hacer una destas dos cosas, ó ambas, nasce de aquí el dar pesadumbre, aunque no sea pesado; pero cierto el hacerlo templada y sabiamente es loable habilidad, y no la acertarán á hacer sino hombres sabios y de ingenio.

PAULO. Mudemos, pues, el propósito, porque no hagamos esta porfía destemplada; pero hágoos saber que me quedo yo con mi opinión.

BACHILLER. Error común es: no me maravillo que os quedéis con él.

PAULO. Si fuere error, con ser común me consolaré; pues dicen que es consuelo el mal de muchos.

BACHILLER. Tan común es el error deste refrán como el propósito á que se dijo; y debió ser sentencia de algún impío y cruel hombre.

LUDOVICO. ¿Cómo? ¿no es verdad lo que dijo el otro poeta, que es consuelo á los miserables tener compañeros en su adversidad?

BACHILLER. No, cierto, sino sentencia inhumana y sin piedad; porque aunque no tengamos más obligación que á ser hombres, habemos de tener dolor y compasión de ver padecer á otro hombre: de manera que por sola esta razón se prueba que el mal de muchos antes es más acrecentamiento de penas que consuelo, pues se siente el mal proprio y se duele del ajeno: ¿cuánto más será verdad lo que yo digo en el cristiano, que por precepto divino es obligado á amar á su prójimo como á sí mismo, y á condolerse en sus trabajos? Porque veáis lo que se gana en tener compañeros en los males.

LUDOVICO. No quiero responder á eso, señor Bachiller, porque nunca os han de faltar razones, y porque estamos hoy determinados de no replicar á lo que dijéredes. Pero digo que os hizo Dios merced en no haceros abogado, porque temo que por contradecir á cualquiera de las partes, defendiérades muchas veces la injusticia.

BACHILLER. Mal conoscido me tenéis, porque yo no soy amigo de contradecir á nadie; pero hágolo cuando alguno no tiene razón en lo que dice.

FABIÁN. No se porfíe, señores, que el señor Bachiller tiene razón.

PAULO. Yo no quiero replicar, aunque no era mala plática para en tanto que se hace hora de salir al río; que quiere ver el puerto el señor Fabián, adonde el señor Bachiller va muy pocas veces, según él dice.

FABIÁN. No sé yo por qué, que cierto es gran cosa en verano el frescor de la mar que alcanza este lugar: es una de las ventajas (entre otras muchas) que tienen los lugares marítimos á los otros; que aunque este no

lo es, por la cercanía que tiene á la mar y por la navegación y trato de este río (que tan grande es) se puede decir serlo.

BACHILLER. La causa, señores, por qué yo salgo pocas veces al río es porque en invierno no es menester fresco, y en verano no lo hay todas veces; y también porque á caballo yo no puedo andar, y en mula no quiere su Majestad que ande; y el ir á pie háceseme lejos, y hallo que es más el calor que me daría el andar que el fresco del río; y por esto lo dejé. Pero con todo esto no quiero consentir que Sevilla sea lugar marítimo, pues está de la mar quince leguas; ni que los lugares que lo son hagan ventaja á los mediterráneos apartados de la mar, porque antes se debe afirmar lo contrario: y así lo tuvieron por menos bueno los sabios antiguos el habitar en la costa della.

LUDOVICO. Mucho me huelgo, señor Fabián, que no se irá vuestra merced alabando, que también me paresce os contradice el señor Narváez como á los amigos.

FABIÁN. Así me paresce; pero en verdad yo no sé con qué autoridad ni razón se puede negar que no sea ventaja estar un lugar en la ribera de la mar, y más siendo buen puerto, pues se goza de los provechos y frutos (podemos decir) de mar y tierra, y tiene más fácil la conversación y trato con todo el mundo.

BACHILLER. Cuanto á la autoridad, señor, yo la daré tal que satisfaga, porque no es menor que del grande filósofo Platón y del sapientísimo Catón el mayor, el uno en el cuarto de sus leyes, y el otro en la oración que Apiano refiere suya, hecha á los de Cartago; donde ambos condenan el habitación en la ribera de la mar, y allí traen buenas razones para ello; pero aunque otra no hubiese sino el peligro y riesgo en que están puestos los pueblos marítimos de ser acometidos y ofendidos por la mar de cualesquiera gentes que les quieran ofender á todos tiempos, sin que sean avisados (como dellos tenemos ejemplos escriptos en los libros y vistos por nuestros ojos), debía ser tenido por bastante causa; pero otras hay no menores, como es el peligro y aventura de las inundaciones de la mar y de los temblores de tierra, que naturalmente más veces y mayores acontescen en los lugares de la ribera y costa de mar que en los mediterráneos y apartados, como lo leemos en las historias y en nuestros días ha acontecido: sino, acordáos del temblor de tierra que asoló la ciudad de Almería, y del que arruinó gran parte de Lisboa en nuestros días, y lo que ha la mar inundado y cubierto en Flandes en los lugares vecinos á ella. Allende desto, es tenida por mala habitación la marítima, porque por la mayor parte los hombres que viven en los puertos de mar tienen la condición de la misma mar, cuyos vecinos son. Así que, señor, estos y otros inconvenientes (que yo no quiero decir todos por no hacerme odioso á tantos) trae el

habitación en la ribera de la mar: por tanto vuestra merced mande dejar á Sevilla en su sitio, pues está en tan conviniente distancia della, que goza todos sus provechos por este río, y está guardada de los daños.

FABIÁN. Estése Sevilla en muy buena hora donde está, y traiga los inconvenientes que decís la mar; que con todos ellos yo no trocaría mi Barcelona por ella. Pero dejemos esto, porque no quiero disputar contra Catón; y sepamos por qué, como decís, no andáis á caballo, y qué manera tenéis para visitar vuestra heredad; porque lo que me dicen de andar en asno no lo puedo creer....

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

El duque, D. Quijote, y Sancho Panza antes que fuese á gobernar la ínsula

Quedaron tan contentos los duques, que determinaron pasar con las burlas adelante viendo el acomodado sujeto que tenían para que se tuviesen por veras; y así habiendo dado la traza y orden que sus criados y sus vasallos habían de guardar con Sancho en el gobierno de la ínsula prometida, dijo el duque á Sancho que se adeliñase y compusiese para ir á ser gobernador, que ya sus insulanos le estaban esperando como el agua de mayo. Sancho se le humilló y le dijo: «después que bajé del cielo, y después que desde su alta cumbre miré la tierra, y la ví tan pequeña, se templó en parte en mí la gana que tenía tan grande de ser gobernador; porque ¿qué grandeza es mandar en un grano de mostaza, ó que dignidad ó imperio el gobernar á media docena de hombres tamaños como avellanas, que á mi parecer no había más en toda la tierra? Si vuestra señoría fuese servido de darme una tantica parte del cielo, aunque no fuese más de media legua, la tomaría de mejor gana que la mayor ínsula del mundo.»—«Mirad, amigo Sancho, respondió el duque, yo no puedo dar parte del cielo á nadie, aunque no sea mayor que el de una uña, que á solo Dios están reservadas estas mercedes y gracias: lo que puedo dar, os doy, es una ínsula hecha y derecha, redonda y bien proporcionada, y sobremanera fértil y abundosa, donde si vos os sabéis dar maña, podéis con las riquezas de la tierra granjear las del cielo.»—«Ahora bien, respondió Sancho, venga esa ínsula, que yo pugnaré por ser tal gobernador, que á pesar de bellacos me vaya al cielo; y esto no es por codicia que yo tenga de salir de mis casillas, ni de levantarme á mayores, sino por el deseo que tengo de probar á qué sabe el ser gobernador.»—«Si una vez lo probáis, Sancho, dijo el duque, comeros heis las manos tras el gobierno,

por ser dulcísima cosa el mandar y ser obedecido. A buen seguro que cuando vuestro dueño llegue á ser emperador, que lo será sin duda, según van encaminadas sus cosas, que no se lo arranquen como quiera, y que le duela y le pese en la mitad del alma el tiempo que hubiere dejado de serlo.»—«Señor, replicó Sancho, yo imagino que es bueno mandar, aunque sea á un hato de ganado.»—«Con vos me entierren, Sancho, que sabéis de todo, respondió el duque; y yo espero que seréis tal gobernador como vuestro juicio promete, y quédese esto aquí; y advertid que mañana habéis de ir al gobierno de la ínsula, y esta tarde os acomodarán del traje conveniente que habéis de llevar, y de todas las cosas necesarias á vuestra partida.»—«Vístanme, dijo Sancho, como quisieren, que de cualquier manera que vaya vestido seré Sancho Panza.»—«Así es verdad, dijo el duque; pero los trajes se han de acomodar con el oficio ó dignidad que se profesa, que no sería bien que un jurisperito se vistiese como soldado, ni un soldado como sacerdote. Vos, Sancho, iréis vestido parte de letrado y parte de capitán, porque en la ínsula que os doy tanto son menester las armas como las letras, y las letras como las armas.»—«Letras, respondió Sancho, pocas tengo, porque aun no sé el A. B. C., pero bástame tener el *Christus* en la memoria para ser buen gobernador. De las armas manejaré las que me dieren hasta caer, y Dios delante.»—«Con tan buena memoria, dijo el duque, no podrá Sancho errar en nada.»

En esto llegó D. Quijote, y sabiendo lo que pasaba y la celeridad con que Sancho se había de partir á su gobierno, con licencia del duque le tomó por la mano y se fué con él á su estancia con intención de aconsejarle cómo se había de haber en su oficio. Entrados, pues, en su aposento cerró tras sí la puerta, é hizo casi por fuerza que Sancho se sentase junto á él, y con reposada voz le dijo:

«Primeramente, oh hijo, has de temer á Dios, porque en el temerle está la sabiduría, y siendo sabio no podrás errar en nada.

«Lo segundo, has de poner los ojos en quién eres, procurando conocerte á tí mismo, que es el más difícil conocimiento que puede imaginarse. Del conocerte saldrá el no hincharte como la rana, que quiso igualarse con el buey; que si esto haces, vendrá á ser feos pies de la rueda de tu locura la consideración de haber guardado puercos en tu tierra.—Así es la verdad, respondió Sancho, pero fué cuando muchacho; pero después, algo hombrecillo, gansos fueron los que guardé, que no puercos; pero esto parécemе á mí que no hace al caso, que no todos los que gobiernan vienen de casta de reyes.—Así es verdad, replicó Don Quijote, por lo cual los no de principios nobles deben acompañar la gravedad del cargo que ejercitan con una blanda suavidad, que guiada por la prudencia los libre de la murmuración maliciosa, de quien no hay estado que se escape...

«También, Sancho, no has de mezclar en tus pláticas la muchedumbre de refranes que sueles, que puesto que los refranes son sentencias breves, muchas veces los traes tan por los cabellos, que más parecen disparates que sentencias. — Eso Dios lo puede remediar, respondió Sancho, porque sé más refranes que un libro, y viénenseme tantos juntos á la boca cuando hablo, que riñen por salir unos con otros; pero la lengua va arrojando los primeros que encuentra, aunque no vengan á pelo; mas yo tendré cuenta de aquí en adelante de decir los que convengan á la gravedad de mi cargo, que en casa llena presto se guisa la cena, y quien destaja no baraja, y á buen salvo está el que repica, y el dar y el tener, seso ha menester.—Eso sí, Sancho, dijo D. Quijote, encaja, ensarta, enhila refranes, que nadie te va á la mano: castígame mi madre y yo trompójelas. Estoyte diciendo que excuses refranes, y en un instante has echado aquí una letanía de ellos, que así cuadran con lo que vamos tratando como por los cerros de Úbeda. Mira, Sancho, no te digo yo que parece mal un refrán traído á propósito; pero cargar y ensartar refranes á trochemoche, hace la plática desmayada y baja.

«Sea moderado tu sueño, que el que no madruga con el sol, no goza del día, y advierte, oh Sancho, que la diligencia es madre de la buena ventura, y la pereza su contraria jamás llegó al término que pide un buen deseo.

«Este último consejo que ahora darte quiero, puesto que no sirva para adorno del cuerpo, quiero que le lleves muy en la memoria, que creo que no te será de menos provecho que los que hasta aquí te he dado, y es: que jamás te pongas á disputar de linajes, á lo menos comparándolos entre sí, pues por fuerza en los que se comparan, uno ha de ser el mejor, y del que abatieres serás aborrecido, y del que levantares en ninguna manera premiado.

«Por ahora esto se me ha ofrecido, Sancho, que aconsejarte: andará el tiempo, y según las ocasiones así serán mis documentos, como tú tengas cuidado de avisarme el estado en que te hallares.» — «Señor, respondió Sancho; bien veo que todo cuanto v. m. me ha dicho son cosas buenas, santas y provechosas; pero ¿de qué han de servir si de ninguna me acuerdo? Verdad sea que aquello de no dejarme crecer las uñas no se me pasará del magín; pero esotros badulaques, enredos, y revoltillos, no se me acuerda ni acordará más de ellos que de las nubes de antaño, y así será menester que se me den por escrito, que puesto que no sé leer ni escribir, yo se los daré á mi confesor para que él me los encaje y yo recapacite cuando fuere menester.» — «¡Ah pecador de mí! dijo D. Quijote, y qué mal parece en los gobernadores el no saber leer ni escribir; porque has de saber, oh Sancho, que no saber un hombre leer, ó ser zurdo, arguye una de dos cosas: ó que fué hijo de padres demasiado humildes y bajos, ó él tan tra-

vieso y malo que no pudo entrar en él el buen uso ni la buena doctrina. Gran falta es la que llevas contigo, y así querría que aprendieses á firmar siquiera.»—«Bien sé firmar mi nombre, respondió Sancho; que cuando fuí prioste en mi lugar aprendí á hacer unas letras como de marca de fardo, que decían que decía mi nombre, cuanto más que fingiré que tengo tullida la mano derecha, y haré que firme otro por mí, que para todo hay remedio sino es para la muerte; y teniendo yo el mando y el palo haré lo que quisiere: cuanto más que el que tiene el padre alcalde... y siendo yo gobernador, que es más que ser alcalde, vendrán por lana y volverán trasquilados, que á quien Dios quiere bien la casa le sabe, y las necedades del rico por sentencias pasan en el mundo: y siéndolo yo, siendo gobernador y juntamente liberal como lo pienso ser, no habrá falta que se me parezca; no, sino haceos miel, y paparos han moscas: tanto vales cuanto tienes, decía una mi agüela, y del hombre arraigado no te verás vengado.»—«¡Oh maldito Sancho, dijo á esta sazón D. Quijote; sesenta mil te lleven á tí y á tus refranes: una hora ha que los estás ensartando y dándome con cada uno tragos de tormento. Yo te aseguro que estos refranes te han de llevar un día á la horca; por ellos te han de quitar el gobierno tus vasallos, ó ha de haber entre ellos comunidades. Díme, ¿dónde los hallas, ignorante? ó ¿cómo los aplicas, mentecato? que para decir yo uno y aplicarle bien, sudo y trabajo como si cavase.»—«Por Dios, señor nuestro amo, replicó Sancho, que v. m. se queja de bien pocas cosas. ¿A qué diablos se pudre de que yo me sirva de mi hacienda, que ninguna otra tengo, ni otro caudal alguno sino refranes y más refranes? y ahora se me ofrecen cuatro, que venían aquí pintiparados ó como peras en tabaque; pero no los diré, porque al buen callar llaman Sancho.»—«Ese Sancho no eres tú, dijo D. Quijote, porque no sólo no eres buen callar, sino mal hablar y mal porfiar; y con todo eso querría saber qué cuatro refranes te ocurrían ahora á la memoria, que venían aquí á propósito, que yo ando recorriendo la mía, que la tengo buena, y ninguno se me ofrece.»—«Qué mejores, dijo Sancho; que entre dos muelas cordales nunca pongas tus pulgares; y á idos de mi casa y qué queréis con mi mujer, no hay responder; y si da el cántaro en la piedra, ó la piedra en el cántaro, mal para el cántaro; todos los cuales vienen á pelo. Que nadie se tome con su gobernador ni con el que le manda, porque saldrá lastimado, como el que pone el dedo entre dos muelas cordales, y aunque no sean cordales, como sean muelas no importa, y á lo que dijere el gobernador no hay que replicar, como al salíos de mi casa y qué queréis con mi mujer; pues lo de la piedra en el cántaro un ciego lo verá. Así que es menester que el que ve la mota en el ojo ajeno, vea la viga en el suyo, porque no se diga por él: espantóse la muerta de la degollada, y v. m. sabe bien que más sabe el necio en su casa que el cuerdo en la ajena.»—«Eso

no, Sancho, respondió D. Quijote; que el necio en su casa ni en la ajena sabe nada, á causa de que sobre el cimiento de la necedad no asienta ningún discreto edificio; y dejemos esto aquí, Sancho, que si mal gobernares, tuya será la culpa, y mía la vergüenza; mas consuélome que he hecho lo que debía en aconsejarte con las veras y con la discreción á mí posible: con esto salgo de mi obligación y de mi promesa; Dios te guíe, Sancho, y te gobierne en tu gobierno, y á mí me saque del escrúpulo que me queda, que has de dar con toda la ínsula patas arriba, cosa que pudiera yo excusar con descubrir al duque quién eres, diciéndole que toda esa gordura y esa personilla que tienes no es otra cosa que un costal lleno de refranes y de malicias.»—«Señor, replicó Sancho; si á v. m. le parece que no soy de pro para este gobierno, desde aquí le suelto, que más quiero un solo negro de la uña de mi alma, que á todo mi cuerpo; y así me sustentaré Sancho á secas con pan y cebolla, como gobernador con perdices y capones; y más que mientras se duerme todos son iguales, los grandes y los menores, los pobres y los ricos. Y si v. m. mira en ello, verá que solo v. m. me ha puesto en esto de gobernar, que yo no sé más de gobierno de ínsula, que un buitre; y si se imagina que por ser gobernador me ha de llevar el diablo, más me quiero ir Sancho al cielo, que gobernador al infierno.»—«Por Dios, Sancho, dijo D. Quijote, que por solas estas últimas razones que has dicho juzgo que mereces ser gobernador de mil ínsulas; buen natural tienes, sin el cual no hay ciencia que valga; encomiéndate á Dios, y procura no errar en la primera intención; quiero decir, que siempre tengas intento y firme propósito de acertar en cuantos negocios te ocurrieren, porque siempre favorece el cielo los buenos deseos; y vámonos á comer, que creo que ya estos señores nos aguardan.»

Sancho, gobernador de la ínsula, y un mozo tejedor

Llegó un corchete, que traía asido á un mozo, y dijo: «señor gobernador, este mancebo venía hacia nosotros, y así como columbró la justicia, volvió las espaldas y comenzó á correr como un gamo, señal que debe de ser algún delincuente; yo partí tras él, y si no fuera porque tropezó y cayó, no le alcanzara jamás.»—«¿Por qué huías, hombre? preguntó Sancho.» —A lo que el mozo respondió: señor, por excusar de responder á las muchas preguntas que las justicias hacen.—¿Qué oficio tienes?—Tejedor.—¿Y qué tejes?—Hierros de lanzas, con licencia buena de v. m.—¿Graciosico me sois? ¿de chocarrero os picáis? Está bien: ¿y á dónde íbades ahora? —Señor, á tomar el aire.—¿Y adónde se toma el aire en esta ínsula?—Adonde sopla.—Bueno, respondéis muy á propósito; discreto sois, mancebo; pero haced cuenta que yo soy el aire, y que os soplo en popa, y os

encamino á la cárcel. Asidle, hola, y llevadle, que yo haré que duerma allí sin aire esta noche.—Por Dios, dijo el mozo, así me haga v. m. dormir en la cárcel como hacerme rey.—¿Pues por qué no te haré yo dormir en la cárcel? respondió Sancho; ¿no tengo yo poder para prenderte y soltarte cada y cuando que quisiere?—Por más poder que v. m. tenga, dijo el mozo, no será bastante para hacerme dormir en la cárcel.—¿Cómo que no? replicó Sancho: llevadle luego, donde verá por sus ojos el desengaño, aunque más el alcaide quiera usar con él de su interesal liberalidad, que yo le pondré pena de dos mil ducados, si te deja salir un paso de la cárcel.—Todo eso es cosa de risa, respondió el mozo: el caso es que no me harán dormir en la cárcel cuantos hoy viven.—Díme, demonio, dijo Sancho, ¿tienes algún ángel que te quite los grillos que te pienso mandar echar y te saque?—Ahora, señor gobernador, respondió el mozo con un buen donaire, estemos á razón y vengamos al punto. Presuponga v. m. que me manda llevar á la cárcel, y que en ella me echan grillos y cadenas, y que me meten en un calabozo, y se le ponen al alcaide graves penas si me deja salir, y que él lo cumple como se le manda; con todo esto, si yo no quiero dormir, y quiero estarme despierto toda la noche sin pestañear, ¿será v. m. bastante con todo su poder para hacerme dormir?—No por cierto, dijo el secretario, y el hombre ha salido con su intención.—De modo, dijo Sancho, ¿qué no dejaréis de dormir por otra cosa que por vuestra voluntad, y no por contravenir á la mía?—No, señor, dijo el mozo, ni por pienso.—Pues andad con Dios, dijo Sancho, idos á dormir á vuestra casa, y Dios os dé buen sueño, que yo no quiero quitárosle; pero aconséjoos que de aquí adelante no os burléis con la justicia, porque toparéis con alguna que os dé con la burla en los cascos.

Fuése el mozo, y el gobernador prosiguió con su ronda.

GÉNERO DESCRIPTIVO

V. P. FRAY LUIS DE GRANADA

DE LA ORDEN DE SANTO DOMINGO

(DEL SÍMBOLO DE LA FE)

Hermosura de los árboles frutales

La hermosura de algunos árboles cuando están muy cargados de fruta ya madura, ¿quién no la ve? ¿Qué cosa tan alegre á la vista, como un manzano ó camueso, cargadas las ramas á todas partes de manzanas, pintadas con tan diversos colores, y echando de sí un tan suave olor? ¿Qué es ver un parral, y ver entre las hojas verdes estar colgados tantos y tan grandes y tan hermosos racimos de uvas de diversas castas y colores? ¿Qué son éstos, sino unos como hermosos joyeles, que penden de éste árbol?

La granada

Pues el artificio de una hermosa granada ¿cuánto nos declara la hermosura y artificio del Criador? El cual por ser tan artificioso no puedo dejar de representar en este lugar. Pues primeramente él la vistió por defuera con una ropa hecha á su medida, que la cerca toda, y la defiende de la destemplanza de los soles y aires: la cual por defuera es algo tiesa y dura, mas por de dentro más blanda, porque no exaspere el fruto que en ella se encierra que es muy tierno; mas dentro de ella están repartidos y asentados los granos por tal orden, que ningún lugar, por pequeño que sea, queda desocupado y vacío. Está toda ella repartida en diversos cascos, y entre casco y casco se extiende una tela más delicada que un cendal, la cual los divide entre sí; porque como estos granos sean tan tiernos, consérvanse mejor divididos con esta tela, que si todos estuvieran juntos. Y allende de

esto, si uno de estos cascos se pudre, esta tela defiende á su vecino, para que no le alcance parte de su daño. Porque por esta causa el Criador repartió los sesos de nuestra cabeza en dos senos ó bolsas, divididos con sus telas, para que el golpe ó daño que recibiese la una parte del celebro no llegase á la otra. Cada uno de estos granos tiene dentro de sí un huesecico blanco, para que así se sustente mejor lo blando sobre lo duro, y al pie tiene un pezoncico tan delgado como un hilo, por el cual sube la virtud y jugo, desde lo bajo de la raíz hasta lo alto del grano; porque por este pezoncico se ceba él, y crece y se mantiene. Y todos estos granos están asentados en una cama blanda, hecha de la misma materia de que es lo interior de la bolsa que viste toda la granada. Y para que nada faltase á la gracia de esta fruta, remátase toda ella en lo alto con una corona real, de donde parece que los reyes tomaron la forma de la suya. En lo cual parece haber querido el Criador mostrar que era ésta reina de las frutas. Á lo menos en el color de sus granos tan vivo como el de unos corales, y en el sabor y sanidad de esta fruta ninguna le hace ventaja. Porque ella es alegre á la vista, dulce al paladar, sabrosa á los sanos, y saludable á los enfermos, y de cualidad que todo el año se puede guardar. Pues ¿por qué los hombres que son tan agudos en filosofar en las cosas humanas, no lo serán en filosofar en el artificio de esta fruta, y reconocer por él la sabiduría y providencia del que de un poco de humor de la tierra y agua cría una cosa tan provechosa y hermosa?

Fertilidad de las vides

No será razón pasar en silencio la fertilidad de las vides. Porque con ser la vid un árbol tan pequeño, no es pequeño el fruto que da. Porque da uvas casi para todo el año, da vino que mantiene, esfuerza y alegra el corazón del hombre; da vinagre, da arrope, da pasas, que es mantenimiento sabroso y saludable para sanos y enfermos.

Por eso no es mucho que aquella eterna sabiduría compare los frutos que de ella proceden á los de este arbolico tan fértil. Y el Salvador en el Evangelio con él también se compara, hablando con sus discípulos, y diciendo: «Yo soy vid, y vosotros los sarmientos. Por donde así como el sarmiento no puede fructificar si no está unido con la vid, así tampoco vosotros si no estuviéredes en mí.»

Y aunque este árbol sea tan pequeño, y no pueda por sí subir á lo alto, no le faltó remedio para eso; porque de él proceden unos ramalicos retortijados, con los cuales se prende en las ramas de los árboles, y sube cuanto ellos suben, especialmente cuando se juntan con árbol muy alto. En lo cual parece estar expresa la imagen de nuestra redención. Porque de esta ma-

nera subimos los hombres (con ser criaturas tan bajas, si nos comparamos con los ángeles), arrimándonos á aquel alto cedro del monte Líbano, que es Cristo nuestro redentor, uniéndonos con él, no con los ramales de la vid, sino con lazos de amor, con los cuales (según dice el Apóstol) resucitamos con él, y subimos al cielo con él. Lo cual declara San Gregorio por estas palabras: «No podía aquella alteza divina ser vista de nosotros, y por esto se abajó y postró en la tierra, y tomónos en sus hombros, y levantándose él, levantámonos todos juntamente con él, pues por el misterio de su encarnación quedó la naturaleza humana (cuanto á este deudo y parentesco) sublimada y ennoblecida sobre los mismos ángeles.

El lebrel

El lebrel castizo conoce su generosidad y nobleza, y yendo por una calle, y saliendo cuantos gozques hay á ladrarle y molestarle, ni se pára, ni se defiende, ni ladra, como animal que siente su generosidad, y que no le está bien tomarse con gente tan baja, ni hacer caso de ella; enseñando en esto á los hombres magnánimos y valerosos que ningún caso deben hacer de las voces del vulgo bárbaro y bestial, ni desistir por ellas de sus buenos propósitos y designios.

Y á este propósito referiré una cosa que me contó una persona digna de fe, la cual él vió no sin mucha admiración. Estando un hermoso lebrel junto á la playa de la mar, llegóse á él un gozque, y comenzó á ladrarle, y cercarle, y acometerle por todas partes. Y en todo este tiempo el lebrel ninguna mudanza hizo. Mas fué tanta la importunidad del gozque, que la paciencia del lebrel quedó vencida; y así determinó tomar venganza de él. Mas ¿de qué manera? No quiso ensangrentar sus armas en tan baja ralea, sino tomóle por el pellejo, y metiólo debajo del agua, y túvolo así tanto tiempo hasta que se ahogó.

El caballo

El caballo también reconoce su generosidad, y cuando es caballo castizo y bien pensado, y sale holgado de la caballeriza, apenas cabe en toda una calle, ladeándose ya á una parte ya á otra, y acometiendo á querer correr ó saltar, y metiendo la cabeza en los pechos para parecer más bien enfrenado y hermoso. Y lo que más es, siente también la hermosura de los jaeces, cuando son tales, y muestra con ellos más brío y lozanía. A lo menos de Bucéfalo, caballo de Alejandro Magno, escribe Eliano, que estando enjaezado no sufría que cabalgase en él más que solo Alejandro, y al tiempo del cabalgar se abajaba para que más fácilmente subiese en él; mas quitados los

jaeces, sufría á cualquier mozo de caballos. Crió Dios este animal más para la guerra que para el trabajo, aunque él sirve para todo. Y por eso le dió todas las propiedades que para esto se requerían. Porque es animal soberbio, brioso, atrevido, fiel, belicoso y esforzado. En las cuales propiedades resplandece tanto el artificio de la divina sabiduría, que el mismo Señor que le crió se pone á describirlas muy de propósito, hablando con el santo Job, por estas palabras: «¿Por ventura serás tú poderoso para dar al caballo la fortaleza que yo le dí? Con los pies cava la tierra, alégrase con su osadía y esfuerzo, y sale al encuentro contra los hombres armados. No hace caso de los peligros, ni vuelve atrás con temor de la espada. Sobre él sonará la aljaba, y blandeará la lanza y el escudo. Hirviendo y espumando sobre la tierra, no hace caso del sonido de la trompeta. Alégrase cuando oye la bocina, y desde lejos barrunta la guerra, y la exhortación de los capitanes, y la grita del ejército.» Todas éstas son palabras de Dios, que tan de propósito escribe las propiedades de este animal. El cual además de lo dicho es muy leal; es hacedor, si hay quien le enseñe. También aprende á callar cuando van de noche á hacer alguna cabalgada', como cuentan los fronteros de África.

Y además de esto es el más vistoso y hermoso de todos los animales de grandes cuerpos, y de más hermosos y diferentes colores. Porque unos hay desde la punta del pie hasta la cabeza tan blancos como la nieve; otros hay pintados de diversos colores, otros bayos, de color de oro, y otros diversos colores. Tienen sus galanas crines, que les sirven de penachos naturales. Y lo que más es, con ser grande animal y tan feroz y tan orgulloso, es tan domable y tan manso á las veces como una oveja, y así se deja sujetar del hombre, y obedece volviendo y revolviendo, corriendo, andando y parando como su dueño quiere. Pues ¡cuán justo sería que aprendiese el hombre de su caballo á obedecer á su Criador, pues el caballo así en todo y por todo obedece á él! Cuán justo sería que pues este animal, por la divina Providencia, le sirve para los caminos, para los trabajos, y para los peligros, y para honrar y autorizar al que va en él, que diese gracias al que lo crió para todos estos servicios del hombre. Pára nuestro corazón en los dones, y olvídase del dador; habiendo sido criados ellos para que fuésemos á él. Detenémonos tanto en el camino que nunca llegamos al término de él. Y lo que peor es, tomamos ocasión de la hermosura de un caballo para ir muy vanos y locos encima de él.

El león

El león también es animal generoso, y conoce y préciase tanto de su esfuerzo que, como refiere Eliano, cuando le persiguen no vuelve las espal-

das en la huída, sino va paso á paso, despacio, mirando cara á cara sus perseguidores, amenazándolos con sus fieros bramidos. Mas cuando traspone por algún otero, donde no lo ven los que lo persiguen, huye muy apriesa, pareciéndole que en este caso no pierde reputación por no ser visto. Tiene también otra grandeza que es no comer de la caza que le sobró el día pasado; y otra mayor que es usar de clemencia con los postrados (que es propia virtud de corazones generosos, que no son, como las mujeres, vengativos); y asimismo, como dice Solino, es más piadoso con las mujeres que con los hombres, y mucho más con los niños, en los cuales no toca, si no es cuando padece grande hambre. Porque la necesidad todas las leyes vence.

Del pavón

Entre los animales, el que más claro parece que conoce su hermosura es el pavón; pues vemos que él mismo hace alarde de sus hermosas plumas, con aquella rueda tan vistosa, que por muchas veces que la veamos, siempre holgamos de verla, y de sentir la ufanía con que él extiende aquellas plumas, preciándose de su gentileza, y haciendo esta demostración de ella. Y cuando quiere ya deshacer la rueda, hace un grande estruendo con las alas, para mostrar juntamente valentía con la hermosura. En lo cual todo vemos una imitación de las cosas que se pasan en la vida humana.

Es la hermosura de esta ave digna de grande admiración; mas la costumbre de cada día quita á las cosas grandes su debida admiración. Porque los hombres de poco saber no se maravillan de las cosas grandes, sino de las nuevas y raras. Y aun esto se prueba con el ejemplo de esta misma ave, la cual traída de las Indias á Grecia (donde nunca había sido vista) causó tanta admiración que (como refiere Eliano) el hombre que la trajo andaba ganando dineros por mostrarla. Y de un hombre principal dice el mismo autor, que dió mil dracmas, que es una gran suma de dinero, por un par de ellos. Y Alejandro Magno mandó que nadie fuese osado matar esta ave. Tan sagrada cosa le pareció aquella tan nueva y tan extraordinaria hermosura. Pues como sea verdad que en las cosas más excelentes resplandezca más la sabiduría de aquel artífice soberano, no será fuera de propósito detenerme un poco en describir la condición y hermosura de esta ave.

Y tratando primero del fin que tuvo el que la crió, parece que así como en la fábrica de otros animalillos pequeñitos, nos quiso mostrar la sutileza y grandeza de su poder y sabiduría (la cual en tan pequeña materia pudo formar tantas cosas); así en la hermosura de esta ave nos quiso dar una pequeña muestra ó sombra de su infinita hermosura. La razón que á esto me mueve es ver que este plumaje tan grande (que es de vara y media de largo)

no sirve ni para cubrir el cuerpo de esta ave (pues excede tanto la medida de él), ni tampoco ayuda para volar, porque antes impide con su demasiada carga. Y pues habemos de señalar en esta obra algún fin, no veo otro sino el que está dicho. Porque como la cosa más principal que pide Dios del hombre sea amor, y la hermosura sea tan poderosa para enamorar los corazones, de aquí nace haber criado él en este mundo muchas cosas muy hermosas, para que por ellas, como dice el Sabio, pudiésemos en alguna manera rastrear la hermosura del Hacedor. Y porque en ningún linaje de cosas faltase alguna sombra ó rastro de su hermosura, crió también para esto muchas aves muy bien pintadas de diversos colores. Entre las cuales tiene el primer lugar ésta, la cual para solo este fin dijimos haber sido criada.

Y dejando aquellos ramales ó cabellos que van acompañando el asta de las plumas de la cola hasta el cabo de ellas (que son todos harpados y de hermosos colores), vengamos á aquel ojo que está al cabo de ellas, formado con tanta variedad de colores, y estos tan finos y tan vistosos, que ningún linaje de las tintas que han inventado los hombres podrá igualar con el lustre y fineza de éstos. Porque en medio de este ojo está una figura oval de un verde clarísimo, y dentro de él está otra casi de la misma figura, y de un color morado finísimo, y éstas están cercadas de otros círculos hermosísimos, que tienen gran semejanza con los colores y figuras del arco que se hace en las nubes del cielo: á los cuales sucede en torno la cabellera, hermosa también, de diversos colores, en que se remata la pluma. Y en este ojo ó círculo que decimos hay otra cosa no menos admirable, y es, que los cabellos ó ramales de que esta figura se compone, están tan pegados unos con otros, y tan parejos é iguales en su composición, que no parece que aquella figura es compuesta de diversos hilos, sino que es como un pedazo de seda continuada que allí está.

Pues ¿qué diré de la hermosura del cuello que sube del pecho hasta la cabeza, y de aquel color verde que sobrepuja la fineza de toda la verdura del mundo? Y lo que pone más admiración es, que todas aquellas plumillas que visten este cuello, son tan parejas y tan iguales entre sí, que ni una sola se desordena en ser mayor ó menor que otra. De donde resulta parecer más aquella verdura una pieza de seda verde, que cosa compuesta de todas estas plumillas. No faltaba aquí sino una corona real para la cabeza de esta ave; mas en lugar de ella tiene aquellas tres plumillas que hacen como diadema, y son el remate de la hermosura de esta ave. Y como tengan estas tres plumicas tanta gracia, y no sirvan más que para su hermosura, vese claro que de propósito se puso el Criador á pintar esta ave tan hermosa. Lo que aquí se ha dicho, entenderá mejor quien pusiere los ojos en una pluma de éstas, porque más sirve para esto la vista que las palabras. Y no se debe echar en olvido que la hermosura y colores de todo este pluma-

je, no es como la de las flores que en breve se marchita, sino es perpetua y estable, y por eso sirve para otras cosas que se hacen de ellas.

Las criaturas nos descubren la belleza del Criador

Dijimos arriba haber fabricado el Criador esta ave tan hermosa, para que por ella levantásemos nuestro espíritu á la contemplación de la hermosura del que para este fin la crió. Dijimos también que la principal cosa que pide Dios al hombre es amor, y que para este amor mueve mucho la hermosura, no sólo la corporal, sino mucho más la espiritual, cual es la de los ángeles y de las ánimas que están en gracia. Porque así como la voluntad se mueve con la representación del bien, así el amor con la hermosura. Por lo cual el Criador, que tanto desea ser amado de sus criaturas, quiso que en todas ellas, comenzando desde el cielo hasta las entrañas de la tierra hubiese algún rastro ó sombra de su infinita hermosura. La cual primeramente resplandece en el cielo estrellado en una noche serena: donde vemos toda aquella gran capa y bóveda del cielo resplandecer con tan gran número de lumbreras más claras que todos los diamantes y piedras preciosas, y éstas en tan grande número que sólo el que las crió las puede contar. Resplandece también en las dos principales estrellas sol y luna, de cuya virtud y hermosura ya tratamos. Resplandece también en la verdura de los campos, en la frescura de las fuentes, en la diversidad de flores que hermosean los prados verdes, en las cuales no sabréis de qué más os maravilléis, si de la diversidad de los colores, si de las labores tan primas con que están obradas. Pues ¿que diré de la hermosura de las perlas y piedras preciosísimas, de tantos colores y virtudes, y de tan gran valor? ¿Qué de los metales y especialmente de plata y oro; el cual en todas las naciones, por bárbaras que sean, es tan preciado por su grande resplandor y hermosura? ¿Qué de la hermosura de los cuerpos humanos, y señaladamente de algunos, cuales eran los que refiere la santa Escritura, como fué José, Absalón, Judith y Ester? En lo cual parece que en todas las especies de criaturas quiso el Criador que se viese una centella de su hermosura; pues hasta en el oro y piedras preciosas que se crían en las entrañas de la tierra, quiso que se hallasen rastros de ella. Mas sobre todo esto ¿qué diré de la hermosura de las ánimas que están en gracia? ¿Qué de la de aquellos espíritus soberanos, en los cuales tanto resplandece la hermosura del Criador, pues la vista y resplandor de uno solo hizo caer en tierra de solo espanto al profeta Daniel; los cuales son más en número que las estrellas del cielo?

Pues todas estas hermosuras que vemos y otras innumerables que no vemos, están por muy más excelente manera en el Criador de ellas.

El gusano de seda

¿No es cosa de grande admiración, que un gusanillo tan pequeño hile una hilaza tan sutil y tan prima, que todas las artes é ingenios humanos nunca hasta hoy la hayan podido imitar? ¿No es maravilla haber dado el Criador facultad á este animalillo para dar materia á toda la lozanía del mundo, que es al terciopelo, al tafetán, al damasco, al carmesí altibajo para vestir los nobles, los grandes señores, los reyes y emperadores, y diferenciarlos con la hermosura de este hábito del otro pueblo menudo? ¿No es cosa de admiración, que no haya tierra de negros, ni región tan bárbara y tan apartada donde no procuren los reyes autorizarse con la ropa que se hace por la industria de estos gusanillos? Y no sólo la gente del mundo, mas también las iglesias, y los altares, y los sacerdotes, y las fiestas y oficios divinos se celebran y autorizan con este mismo ornamento.

Fruto de las abejas

Pues ¿qué diré de las abejas, que con tener menores cuerpos, proveen de un licor suavísimo y muy saludable á todo el mundo, que es la miel, la cual sirve para dar sabor á todos los manjares, para provisión de las boticas, para remedio de los estómagos flacos, y para tantas diferencias de conservas que se hacen con ella? Pues ¿cuán provechosa es también la cera que ellas fabrican junto con la miel? Con ella resplandecen los altares, con ella se autorizan las procesiones, de ella se sirven las cofradías, con ella se celebran los enterramientos, y con ella se honran las mesas de los grandes señores y de los reyes. Y todo esto hace un animalillo poco mayor que una mosca. ¿Quién creyera estas dos cosas, si nunca las hubiera visto, mayormente si le contaran el concierto que guardan estos animalillos en su manera de república y orden de vida? ¡Oh, gran Dios, y cuán admirable sois, Señor, en todas vuestras obras, así en las de naturaleza, como en las de gracia! Y no es esto de espantar, pues las unas y las otras son vuestras, y ambas hijas de un mismo padre, y por esto se parecen tanto las unas con las otras. Vemos en las obras de gracia que escogéis los más flacos instrumentos del mundo para hacer cosas admirables. Con doce pescadores convertisteis el mundo: con el brazo de una mujer destruísteis todo el poder de los asirios: con los mozos de espuelas de los príncipes de Israel desbaratasteis el ejército del rey de Siria: con una honda y un cayado, hicisteis que venciese un pastorcico á un gigante armado de todas armas; y con la quijada de una bestia hicisteis que matase Sansón no menos que mil filisteos. Éstas son vuestras obras, éstas vuestras maravillas: acabar cosas tan

grandes con tan flacos instrumentos. Y esta misma orden que guardáis en las obras de gracia, guardáis también en las de naturaleza, pues ordenasteis que de estos dos tan viles animalillos, el uno proveyese á los reyes y grandes señores de riquísimos vestidos, y el otro del más dulce de los manjares. Porque cuanto estos animalillos son más pequeños y viles, y su fruto más excelente, tanto más nos descubrís la grandeza de vuestra gloria.

De la república y orden de las abejas

Si nos pone en admiración el fruto de las abejas, mucho más admirable es la orden y concierto que tienen en su trato y manera de vida. Porque quien tuviere conocimiento de lo que gravísimos autores escriben de ellas, verá una república bien ordenada, donde hay rey, y nobles, y oficiales que se ocupan en sus oficios, y gente vulgar y plebeya que sirven á éstos, y donde también hay armas para pelear, y castigo y penas para quien no hace lo que debe. Verá otrosí en ellas la imagen de una familia muy bien regida, donde nadie está ocioso, y cada uno es tratado según su merecimiento. Verá también aquí la imagen de una congregación de religiosos de grande observancia. Porque primeramente las abejas tienen su prelado ó presidente, á quien obedecen y siguen. Viven en común sin propio, porque todas las cosas entre ellas son comunes. Tienen también sus oficios repartidos en que se ocupan. Tienen sus castigos y penitencias para los culpados. Comen todas juntas á una misma hora. Hacen su señal á boca de noche al silencio, el cual guardan estrechísimamente, sin oirse el zumbido de ninguna de ellas. Hacen otra señal á la mañana para despertar al común trabajo, y castigan á las que luego no comienzan á trabajar. Tienen sus celadores que velan de noche, para guardar la casa, y para que los zánganos no les coman la miel. Tienen sus porteros á la puerta para defender la entrada á los que quisieren robar. Tienen también sus criados, que son unas abejas imperfectas, que no hacen cera ni miel; mas sirven de acarrear mantenimiento y agua, y de otros oficios necesarios y bajos.

Todo esto trazó y ordenó aquel soberano artífice con tanta orden y providencia, que pone grande admiración á quien lo sabe contemplar. Escríbese de la reina Sabá, que viendo la orden y concierto de la casa de Salomón, que desfallecía su espíritu viendo las cosas tan bien ordenadas por la cabeza y traza de este gran rey. No es mucho de maravillar que un hombre, que excedía á todos los hombres en sabiduría, hiciese cosas dignas de tan grande admiración; mas que un animalillo tan pequeño haga las mismas cosas tan bien ordenadas en su manera de vida, eso es cosa que sobrepuja toda admiración, puesto caso que la costumbre cotidiana de ver estas cosas les quita gran parte de ella. Plinio escribe que Aristómaco Solense se

maravillaba y deleitaba tanto en contemplar las propiedades de las abejas, que por espacio de cincuenta y ocho años ninguna otra cosa más principalmente hacía, que ésta. Y de otro insigne hombre escribe, que moraba en los campos par de las colmenas, por mejor alcanzar las propiedades y secretos de estos animalillos: los cuales ambos escribieron muchas cosas que alcanzaron con esta tan larga experiencia y diligencia.

Yo aquí recopilaré lo que dos graves autores, Plinio y Eliano, escriben de esta materia.

Del rey de las abejas

Comenzaré, pues, por lo que todos sabemos, esto es, que las abejas tienen su rey, á quien obedecen y siguen por do quiera que va. Y como los reyes entre los hombres tienen sus insignias reales, que son corona y cetro, y otras cosas tales, con que se diferencian de sus vasallos; así el Criador diferenció á este rey de los suyos dándole mayor y más hermoso y resplandeciente cuerpo que á ellos. De modo que lo que allí inventó el arte, aquí proveyó la misma naturaleza. Nacen de cada enjambre comunmente tres ó cuatro reyes (porque no haya falta de rey, si alguno peligrase); mas ellas entienden qüe no les conviene más que un solo rey, y por eso matan los otros, aunque con mucho sentimiento suyo. Mas vence la necesidad y el amor de la paz al justo dolor. Porque esto entienden que les conviene para excusar guerras y divisiones. Aristóteles presuponiendo que la muchedumbre de los principados es mala, concluye que no hay en toda esta gran república del mundo más que un solo príncipe, que es un solo Dios. Mas las abejas sin haber aprendido esto de Aristóteles, entienden el daño que se sigue de tener muchos príncipes; y por eso escogiendo uno, matan los otros, aunque no sin sentimiento y dolor. Ya en esto vemos una grande discreción y maravilla en tan pequeño animalillo.

Las colmenas

Escogido el rey, tratan de edificar sus casas, y primeramente dan un betún á todas las paredes de la casa, que es la colmena, hecho de yerbas muy amargas; porque como saben que es muy codiciada la obra que han de hacer de muchos animalillos, como son avispas, arañas, ranas, golondrinas, serpientes y hormigas, quiérenle poner este ofensivo delante, para que exasperadas con esta primera amargura, desistan de su hurto. Y por esta misma causa los primeros tres órdenes de las casillas que están en los panales más vecinos á la boca de la colmena, están vacíos de miel; porque no halle luego el ladrón á la mano en que se pueda cebar. Esta es también otra providencia y discreción.

Hecho este reparo hacen sus casas. Y primeramente para el rey edifican una casa grande y magnífica, conforme á la dignidad real, y cércanla de un vallado como de un muro para más autoridad y seguridad. Luego edifican casas para sí, que son aquellas celdillas que vemos en los panales, las cuales les sirven para su habitación y para la criación de los hijos, y para guardar en ellas como en unos vasos la provisión de su miel. Las cuales celdas hacen tan perfectas y proporcionadas, cada una de seis costados, y tan semejantes unas á otras, como vemos: para lo cual ni tienen necesidad de regla, ni de plomada, ni de otros instrumentos más que su boquilla y sus piececillos tan delicados: donde no sabréis de qué os hayáis más de maravillar, ó de la perfección de la obra, ó de los instrumentos con que se hace. Ni se olvidan de hacer también casas para sus criados, que son los zánganos, aunque menores que las suyas, siendo ellos mayores.

Repartimiento de oficios: providencias

Hecha la casa y ordenados los lugares y oficinas de ella, síguese el trabajo, y el repartimiento de los oficios para el trabajo, en la forma siguiente. Las más ancianas, y que son ya como jubiladas y exentas del trabajo, sirven de acompañar al rey para que esté con ellas más autorizado y honrado. Las que en edad se siguen después de éstas (como más diestras y experimentadas que las más nuevas) entienden en hacer la miel. Las otras más nuevas y recias salen á la campaña á buscar los materiales de que se ha de hacer así la miel como la cera. Y cada una trae consigo cuatro cargas. Porque con los pies delanteros cargan las tablas de los muslillos, la cual tabla no es lisa sino áspera, para que no despidan de sí la carga que le ponen; y con el pico cargan los pies delanteros; y así vuelven á la colmena con estas cuatro cargas que decimos. Otras entienden, de dos en dos ó de tres en tres, en recibir á éstas, y descargarlas cuando vienen. Otras llevan estos materiales á las que hacen la miel, poniéndolos al pie de la obra. Otras sirven de dar á la mano á estos oficiales para que la hagan. Otras entienden en pulir y bruñir los panales; que es como encalar la casa después de hecha. Otras se ocupan en traer mantenimientos de ciertas cosas de que ellas comen. Otras sirven de azacanes, que traen agua para las que residen dentro de la casa; la cual traen en la boca y en ciertos pelillos ó vello que tienen por el cuerpo; con los cuales viniendo mojados, refrigeran la sed de las que están dentro trabajando. Y de este oficio de acarrear agua y de traer mantenimiento sirven principalmente los zánganos. Otras hay que sirven de centinelas y guardas, que asisten á la puerta para defender la entrada á los ladrones. A todo esto preside el rey, y

anda por sus estancias, mirando los oficios y trabajos de sus vasallos, y exhortándolos al trabajo con su vista y real presencia, sin poner él las manos en la obra. Porque no nació él para servir, sino para ser servido como rey. Y junto á él van otras abejas que sirven de lo acompañar como á rey.

Otra maravilla y providencia se escribe de ellas, no menor que ésta, y es, que saben lastrarse en los días ventosos para resistir al viento; porque toman una pedrecilla en las manos, para hacer con ella más pesada la carga de su corpezuelo, y menos sujeta al ímpetu del viento. Pues ¿quién no ve en todas estas cosas la providencia de aquel soberano presidente, que pudo igualar la prudencia de estos animalillos con la de los hombres? Otra cosa tienen también, que si por ventura las toma la noche en el campo, duermen acostadas de espaldas, porque no se les mojen las alillas con el rocío de la mañana, y queden inhábiles para volar.

Orden doméstico: velas y castigos

¿Qué más diré? Comen todas á una hora, porque sea igual el tiempo de la refección y del trabajo. Y así también se recojen á dormir á un mismo tiempo, que es á boca de noche, en el cual tiempo hay grande murmullo y zumbido entre ellas. Y entonces la pregonera da tres ó cuatro zumbidos grandes, que es hacer señal para dormir; y son ellas tan observantes y obedientes, que luego súbitamente todas callan, guardando perfectísimamente la regla del silencio. Y cuando otro día amanece, que es ya tiempo de trabajar, esta misma abeja da tres ó cuatro zumbidos grandes, para que despierten y vayan á entender cada cual en el oficio que le cabe; y la que empereza, y no quiere ir á trabajar, castíganla con no menor pena que con la muerte. En el rigor de esta pena se ve que es más bien regida la república de las abejas que la nuestra, que está llena de holgazanes y gente ociosa, que son peste de la república. Cuyo oficio es roer las vidas ajenas, y trabar pasiones y ruídos, que de aquí se siguen; y otros vicios semejantes, que nacen de la ociosidad, de los cuales carecen los que no tienen más que entender todo el día en sus oficios.

Tienen también de noche sus velas, que guardan la casa para que nadie entre á hurtarles sus tesoros, mayormente los zánganos, que son ladrones de casa; los cuales sintiendo que las abejas duermen, se levantan muy callados á comer de los trabajos ajenos. Mas si las velas los toman con el hurto en las manos, castíganlos blandamente, mas no los matan, perdonándoles aquella primera culpa; mas ellos no por eso se enmiendan: porque de su naturaleza son glotones y holgazanes, que son dos males no pequeños. Y por esto cuando las abejas salen al campo, ellos se quedan

escondidos en casa (porque cuanto son más cobardes y más desarmados, tanto usan de más ruindades y mañas), y entonces se entregan á su placer en los panales. Y volviendo las abejas, y viendo el estrago hecho en su casa, ya no usan con ellos de clemencia, sino dan en ellos con coraje y braveza, y mátanlos.

Caridad con las enfermas

Y así como en estos ladrones y holgazanes guardan rigor de justicia, así usan de gran caridad con sus hermanas las enfermas. Porque las sacan al rayo del sol á la boca de la colmena, y tráenlas allí de comer, y acompáñanlas, y á la noche métenlas dentro porque no les haga mal el sereno. Y mientras que están dolientes, no consienten que trabajen hasta que sean restituídas á sus primeras fuerzas. Y si mueren, acompáñanlas, y sácanlas fuera para darles lugar de sepultura. Parecerá á alguno que cuento aquí patrañas. No cuento sino cosas referidas por gravísimos autores, ó por mejor decir, no cuento sino alabanzas de aquel Señor, que como pudo dar de comer sin pan á los hijos de Israel en el desierto, así es poderoso para hacer que estas criaturillas, que carecen de razón, hagan todas sus cosas tan perfectamente como los hombres que la tienen, y áun pasan adelante, como luego diremos.

Amor y lealtad á su rey

Cuando se han de mudar para otro lugar, no han de dar paso sin su rey. Todas le toman en medio para que no sea fácilmente visto, y todas procuran acercarse más á él, y mostrársele más serviciales. Y si es ya viejo, que no puede así volar, tómanlo sobre sus hombros, y así lo llevan. Y donde él asienta, allí todo el ejército se asienta. Y si por acaso desaparece, y se desmanda de ellas, búscanlo con grande diligencia, y sácanlo por el olor, que tienen muy vivo, y restitúyenlo á sus vasallos. Porque faltando él, todo el ejército se derrama y se pierde. No se ha sabido hasta ahora si tiene aguijón ó no; mas lo que se sabe es, que si lo tiene, no usa de él, por ser cosa indigna de la majestad real ejecutar por su persona oficio de verdugo: entendiendo el primor que los filósofos enseñan, diciendo, que los reyes han de hacer por sí los beneficios, y por otros ejecutar los castigos; y que ninguna cosa adorna más el estado de los reyes que la clemencia, y ninguna los hace más amables, y asegura más sus estados y sus vidas. Y por esta virtud las abejas son tan amigas de su rey, y tan leales, que si él muere, todas lo cercan, y acompañan, que ni quieren comer, ni beber; y finalmente, si no se le quitan delante, allí se dejarán morir con él. Tanta es la fe y lealtad que tienen con su rey.

Armas de las abejas: salidas al campo: peleas

Ni dejó el Criador á este animalito desarmado, ántes según la cantidad de su cuerpo, no hay armas más fuertes que las suyas: que es aquel aguijón, con que pican y hieren á los que vienen á hurtar. Porque como tienen á cargo tan gran tesoro y codiciado de tantos, era razón que quien las crió, les diese competentes armas para defenderlo. Y por esta misma causa tienen velas á la puerta, porque ninguno entre á hurtar sin ser sentido y resistido en la manera que les es posible.

No salen al campo en todos los tiempos del año, sino cuando hay en él flores; porque de todo género de flores se aprovechan para su oficio. Mas en tiempo de fríos y nieve están quedas en casa, manteniéndose en el invierno de los trabajos del verano, como hacen las hormigas. No se desvían de la colmena más que sesenta pasos, y este espacio agotado envían sus espías adelante para reconocer la tierra, y darles nuevas del pasto que hay. Y porque no faltase nada en que dejasen de imitar estos animales á los hombres, así en lo bueno como en lo malo, también pelea un enjambre con otro sobre el pasto; aunque más sangrienta es la pelea, cuando les falta el mantenimiento, porque entonces acometen á robar las vituallas unas á otras. Y para esto salen los capitanes con sus ejércitos, y pretendiendo unos robar y otros defender, trábase entre ellos una cruda batalla, en la cual muchas mueren. Tan poderosa es la necesidad, que hace despreciar todas las leyes de humanidad y justicia.

Reflexiones oportunas

Todo cuanto aquí habemos dicho es una manifiesta imitación de la policía y prudencia humana. Y si nos pone admiración hacer estos animalillos lo que hacen los hombres, ¿cuánto mayor nos la debe poner, saber ellos algo de lo que sabe Dios? Porque sólo él sabe las cosas que están por venir; y esto también saben estos animalejos en las cosas que pertenecen á su conservación. Porque conocen cuándo ha de haber lluvias y tempestades ántes que vengan; y en estos tiempos no van lejos á pacer, sino andan con su zumbido al derredor de la colmena. Lo cual visto por los que tienen cargo de ellas, suelen dar aviso á los labradores de la mudanza del tiempo, para que conforme á ella se reparen y provean. En lo cual ya vemos cuán inferior queda el saber de los hombres al de las abejas, pues ellas alcanzan lo que no alcanzan los hombres. Pues luego ¿quién tendrá por cosa increíble imitar las abejas lo que hacen los hombres; pues hay cosas en que pasan adelante, sabiendo lo futuro, que es propio de Dios?

Mas lo que me hace en esta materia quedar atónito, es el fruto de la miel, á quien todas estas habilidades susodichas se ordenan. Porque vemos cuántas diligencias é instrumentos se requieren para hacer una conserva de cidras ó de limones ó de cualquiera otra. Porque para esto es menester fuego, y un cocimiento, y otro cocimiento, y vasos, é instrutrumentos que para esto sirven, y oficiales diestros en este oficio. Pregunto pues ahora: ¿qué instrumentos tiene este animalillo tan pequeño, sino unos piecillos tan delgados como hilos, y un aguijoncillo tan delgado como ellos? Pues ¿cómo con tan flacos instrumentos, y sin más cocimientos ni fuego hacen esta tan dulce conserva, y esta transformación de flores en un tan suave licor de miel, á veces amarillo como cera, á veces blanco como la nieve; y esto no en pequeña cantidad, cual se podía esperar de un animalillo tan pequeño, sino en tanta cantidad, cuanta se saca en buen tiempo de una colmena? ¿Quién enseñó á este animal hacer esta alquimia, que es convertir una sustancia en otra tan diferente? Júntense cuantos conserveros hay con toda su arte y herramienta, y con todos sus cocimientos, y conviértanme las flores en miel. No sólo no ha llegado aquí el ingenio humano, mas ni áun ha podido alcanzar cómo se haga esta tan extraña mudanza. ¡Y quieren los hombres locos escudriñar los misterios del cielo, no llegando todo el caudal de su ingenio á entender lo que cada día ven á la puerta de su casa!

Ni tampoco carece de admiración ver como de aquella carga que traen en pies y manos, una parte gastan en hacer cera y otra en miel. ¿Cómo hacen cosas tan diferentes de una misma materia, como son miel y cera? Y si hay en ella partes diferentes, ¿quién les enseñó esta diferencia tan secreta que nosotros no vemos? ¿Quién les mostró lo más sutil para la miel y lo más grueso para la cera? ¿Qué no podrá hacer quien esto supo hacer? Verdaderamente admirable es aquel soberano Hacedor en todas sus obras, y no menos en las pequeñas que en las muy grandes.

Pues ¿qué resta aquí sino dar gracias al Criador, que de todas estas tan extrañas habilidades proveyó á estos animalicos, no tanto para ellos como para nosotros, que gozamos del fruto de sus trabajos? Mas los hombres son de tal calidad, que gozan de este fruto; mas ni dan gracias por él, ni en él contemplan la grandeza del poder y sabiduría del Criador, que en tan pequeña cabeza puso tan grande arte y saber. Lo cual no calló el Eclesiástico, cuando dijo que con ser tan pequeña la abeja entre las cosas que vuelan, el fruto de sus trabajos, es principio de toda dulzura. Y por eso dije al principio, que andando nadando los hombres entre tantas maravillas de Dios, ni tenemos ojos para verlas, ni oídos para oir lo que callando nos predican, ni corazones para levantar nuestro espíritu al conocimiento del Hacedor por el artificio admirable de sus hechuras.

De los gusanos que hilan la seda

Son tan admirables las obras de aquel soberano artífice, que parece competir las unas con las otras, sobre cuál de ellas será más admirable; porque todas ellas, cada cual en su manera lo son, y en esta cuenta entra el gusano que hila la seda. Del fruto de él ya dijimos como toda la lozanía del mundo, y todo el ornamento de las iglesias es obra de este animalillo; mas del artificio con que la hila, escribió en verso dos libros Jerónimo Vida, poeta elegantísimo. La suma de lo que él allí dice, referiré aquí.

Estos gusanos se engendran de unos huevecicos muy pequeños, los cuales puestos al sol, en menos espacio que tres días se animan, y reciben vida con todos los sentidos que para ella se requieren. Lo cual alega San Basilio para hacernos creíble por este ejemplo el misterio de la resurrección general. Porque quien puede dar vida á una semilla tan pequeña en tan breve espacio, también la podrá dar á los polvos y huesos de nuestros cuerpos, donde quiera que estuvieren. Nacidos estos animalillos, luego comienzan á comer con grande hambre, y comiendo crecen, y se hacen mayores. Y habiendo ya comido algunos días, duermen, y después de haber dormido su sueño (en el cual se digiere y convierte en su sustancia aquel mantenimiento) despiertan, y vuelven á comer con la misma hambre y agonía. Y el ruído que hacen cuando comen, tronchando la yerba con sus dientecillos, es tal, que se parece con el ruído que hace el agua cuando llueve encima de los tejados. Esto hacen tres veces; porque tantas comen, y tantas duermen, hasta hacerse grandes. Hechos ya tales, dejan de comer, y comienzan á trabajar, y á pagar á su huésped el escote de la comida. Y para esto levantan los cuellos, buscando algunas ramas donde puedan prender los hilos de una parte á otra, los cuales sacan de su misma sustancia. Y ocupada la rama con esta hilaza, comienzan luego á hacer en medio de ella su casa, que es un capullo. Porque juntando unos hilos con otros, y otros sobre otros, y éstos muy pegados entre sí, vienen á hacer una pared tan fija y firme, como si fuese de pergamino. Y así como los hombres, después de fabricadas las paredes de una casa, la encalan, para que estén lisas y hermosas; así ellos, fabricada esta morada, la bruñen toda por dentro con el hociquillo que tienen sobre la boca muy liso, y muy acomodado para este efecto, con lo cual queda el capullo tan teso, que echándolo en agua, anda nadando encima, sin ser de ella penetrado.

Y esto es una singular providencia del Criador; porque á no ser así, todo este trabajo fuera sin fruto. Porque de esta manera, estando el capullo entero y teso, echándolo en agua caliente, se puede muy bien recoger el hilo, despidiéndose y despegándose con el calor un hilo de otro, lo cual

no se pudiera hacer, si el capullo se penetrara del agua, y se esponjara con ella. Con esta agua hirviendo, muere el oficial que fabricó aquella casa, y éste es el pago que se le da por su trabajo. Mas á los gusanos que quieren guardar, no hacen este agravio. Mas ellos no sufriendo tan estrecho encerramiento, abren con sus boquillas un portillo por donde se salen, y salen ya medrados y acrecentados, porque salen con unos cuernecillos y alas, hechos ya de gusanos aves.

En esta obra se ve claro como todas las cosas crió aquel soberano Señor para el hombre; pues estos animales tan provechosos para nuestro servicio, no nacieron ni vivieron para sí, sino para el hombre, pues acabado este servicio, acabaron juntamente con él la vida.

Donde parece que con su acabamiento están diciendo al hombre: «yo no nací ni viví para mí, sino para ti; y por eso, fenecido este servicio, me despido de ti.» Y esto aun se ve más claro porque aquella casa que éstos animalillos con tanto trabajo fabricaron, no sirve para su habitación, sino para el hombre, pues acabándola de hacer, luego la aportillan y la desamparan, sin usar más de ella: como edificio que no fabricaron para sí, sino para nosotros. En lo cual se ven las riquezas y el regalo de la divina Providencia: la cual no contenta con haber proveído para nuestro vestido la lana de las ovejas, y los cueros de los animales, con otras cosas tales, quiso también proveer esta tan preciosa y tan delicada ropa para quien de ella tuviese necesidad.

Y es aquí mucho para considerar, que siendo los hilos de este capullo más delgados que los cabellos, y hechos de una materia tan delicada y flaca, como es el humor y babas de estos gusanos, vienen á ser tan recios que se pueden fácilmente recoger, y devanar, y tejer, y pasar por mil martirios, antes que se haga la seda de ellos: para que se vea cuán admirable y cuán proveído sea aquel celestial maestro en todas sus obras. Y no menos declara él aquí la grandeza de su poder, pues dió habilidad á un gusanillo que en dos días nace, y dos meses vive, para hacer una obra tan preciosa y tan delicada, que todos los ingenios humanos no acertaran á hacerla.

MAESTRO FRAY LUIS DE LEÓN

DE LA ORDEN DE SAN AGUSTÍN

La naturaleza á la salida del sol

Entonces la luz como viene después de las tinieblas, y se halla como después de haber sido perdida; parece ser otra cosa y hiere el corazón del hombre con una nueva alegría: y la vista del cielo entonces y el colorear de las nubes, y el descubrirse el aurora (que no sin causa los poetas la coronan de rosas), y el aparecer la hermosura del sol, es una cosa bellísima. Pues el cantar de las aves, ¿qué duda hay, sino que suena entonces más dulcemente? ¿Y las flores y las yerbas y el campo todo despide de sí un tesoro de olor? Y como, cuando entra el rey de nuevo en alguna ciudad, se adereza y hermosea toda ella, y los ciudadanos hacen entonces plaza, y como alarde de sus mejores riquezas: así los animales, y la tierra y el aire, y todos los elementos á la venida del sol se alegran, y como para recibirle se hermosean y mejoran, y ponen en público cada uno sus bienes. Y como los curiosos suelen poner cuidado y trabajo por ver semejantes recibimientos; así los hombres concertados y cuerdos, aun por solo el gusto, no han de perder esta fiesta que hace toda la naturaleza al sol por las mañanas. Porque, no es gusto de un solo sentido, sino general contentamiento de todos: porque la vista se deleita con el nacer de la luz, y con la figura del aire, y con el variar de las nubes; á los oídos las aves hacen agradable armonía; para el oler, el olor que en aquella sazón el campo y las yerbas despiden de sí, es olor suavísimo. Pues el frescor del aire de entonces templa con gran deleite el humor calentado con el sueño, y cría salud y lava las tristezas del corazón; y no sé en qué manera le despierta á pensamientos divinos, antes que se ahogue en los negocios del día. *(Perfecta casada).*

FRAY MALÓN DE CHAIDE

DE LA ORDEN DE SAN AGUSTÍN

El pueblo hebreo es llevado cautivo á Babilonia

¡Quién vió salir de Jerusalén al pueblo de los judíos! ¡Quién vió llevar á Babilonia los pocos que habían quedado vivos, y escapados de las llamas que abrasaron aquel famoso templo, y soberbias torres, y suntuosas casas de aquella miserable ciudad, ejemplo del furor y saña del airado Dios del cielo! Iban atadas las manos blandas de las doncellas tiernas, hinchadas con los ásperos y apretados ñudos de los cordeles; descalzos los delicados pies, regando con la roja sangre el suelo y senda que guiaba á Babilonia. Los inocentes niños, asidos á las ropas y faldas de las desventuradas madres, eran compelidos á seguir los largos pasos del crudo vencedor, y á quedar tendidos en aquellos campos para ser comidos de las fieras y de los perros. Los viejos ancianos, reservados por algún hado cruel para ver tan desastrados casos, iban atadas las sagradas gargantas, ahogados del dolor, dando mortales suspiros. Quedaban degollados los más valientes, y toda la flor y fuerza de su ejército; y los sacerdotes muertos, porque en medio de las sagradas víctimas que ofrecían á Dios en su santo templo, llegando á deshora el bárbaro enemigo, no respetando al cielo ni á las venerables canas, ni á las consagradas estolas con que estaban adornados, los degollaban entre los sacrificios; y salía la sangre justa á mezclarse con la de los novillos, que sacrificaban para aplacar la gran majestad de Dios airado. Iban, pues, cautivos aquellos desdichados; y puesto que con el miedo que llevaban, no osaban hablar palabra (porque ni aun para quejarse se les daba licencia) á lo menos los ojos, que como tan libres no podían ser impedidos, hacían su oficio derramando lágrimas, y regando con ellas los caminos y campos por donde pasaban. *(Tratado de la Magdalena).*

La celestial Jerusalén

¡Oh qué dulces ratos tenía entre aquellos riscos, y por aquellas breñas! Arrebatábase en espíritu, y como si ya fuera vecina del cielo, y como si se desnudara del cuerpo mortal de que estaba vestida, así tan libremente dejando la tierra, se subía á donde vive su amado. Allí miraba aquellas moradas celestiales de la soberana ciudad de Jerusalén. Veíala llena de luz inmensa, sus calles y plazas que hervían de ciudadanos bienaventurados.

Resonaba por aquellos ricos palacios una música, cuya dulzura desmaya, causada de la suavidad de las voces angélicas, que alaban al gran príncipe del mundo sin cesar un punto.

Cuando consideraba los edificios no hechos por humanas manos, sino por el querer de aquel hermosísimo Dios, no tenía ojos para tanta belleza. Veía la ciudad puesta en cuadro, de grandeza inmensa, cuyos cimientos eran de todas las piedras preciosas que acá conocemos..... Los muros resplandecían como el sol, que no se dejaban mirar á los ojos humanos. Había en cada cuadro tres puertas: de suerte que venían á hacer doce; y cada una era de una piedra preciosa. Las torres y almenas eran cubiertas de cristal, que con los lazos que se hacían en ellas de las esmeraldas y rubíes engarzados en oro purísimo, y retocados de la luz y resplandor del verdadero sol que allí resplandece, no hay pensamiento humano que descubra su no pensada hermosura. El suelo, calles y plazas de esta bienaventurada ciudad son de oro limpísimo. Aquí dura siempre una alegre primavera, porque está desterrado el erizado invierno.

No la furia de los vientos combate los empinados árboles, ni la blanca nieve desgaja con su peso las tiernas ramas. Aquí el enfermizo otoño jamás desnuda las de sus hojas verdes arboledas, antes dura una apacible templanza, que conserva en un perfecto ser la frescura de cuanto tiene el cielo. Aquí las flores de los prados celestiales, azules, blancas, amarillas, coloradas y de mil maneras, vencen en resplandor á las esmeraldas, y rubíes, y claras perlas, y piedras de Oriente. Aquí las rosas son más hermosas, y de olor más suave que las de los jardines de Jericó; las fuentes más que cristal deshecho; el agua es más dulce, el gusto de las frutas más suave.

¡Oh vida, verdaderamente vida! ¡Oh soberana ciudad, en quien tus ciudadanos se gozan! No se sabe qué cosa es dolor: no hay enfermedad, porque Dios es verdadera salud. ¡Ciudad bienaventurada! *(Tratado de la Magdalena)*.

PADRE FRAY JOSÉ DE SIGÜENZA

DE LA ORDEN DE SAN JERÓNIMO

Pinturas del claustro principal de S. Lorenzo (Escorial)

En las frentes y testeros hay ocho cuadros grandes de mano de nuestro Juan Fernández, el mudo. Fué natural de Logroño, de padres honrados y nobles: nació mudo; y como desde niño le vieron inclinado á pintar y á cosas de dibujo, y que con carbones y con piedras y con lo que hallaba,

andaba contrahaciendo y *burtajando* lo que veía, le llevaron á la hospedería del monasterio de la Estrella, de nuestra Orden, para que allí aprendiese algo de un religioso de aquel convento, que se llamaba fray Vicente, que sabía de pintura. Le dió algunos principios, y como vió tanta habilidad en el muchacho, trató con sus padres, que, pues se iba haciendo hombrecillo, le enviasen á Italia: fué allá y vió cuanto bueno había en Roma, Florencia, Venecia, Milán y Nápoles. Trabajó en casa del Ticiano y de otros valientes hombres de aquel tiempo....

Lo primero que sabemos hizo aquí, fueron unos profetas de blanco y negro: copió luego un crucifijo grande y excelentísimo, que está en el altar de la sacristía, muy del natural, aunque nuestra Señora y S. Juan tienen las ropas no más que de blanco y negro: contentóle mucho al Rey esta copia, y la mandó poner en una capilla que tiene en el bosque de Segovia: se le ordenó luego pintase ocho cuadros grandes: estos son los que ahora están en este claustro alto, por el orden que aquí los iré poniendo.

El primero de todos fué el cuadro de la ASUNCIÓN DE NUESTRA SEÑORA. La adornó con mucha diferencia de ángeles, unos vestidos y otros desnudos, con diversas posturas, y escorzos ingeniosos de su propia invención: los doce apóstoles que la contemplan subiendo por el aire, llenos de devoción y de espíritu tienen todos hermosísimas cabezas y rostros verdaderamente de santos: está entre ellos el retrato de su mismo padre, y dicen que el de su madre es el mismo que el de la Santísima Virgen, porque era muy hermosa, y él salió también gentil hombre y de buen rostro: pintura toda muy acabada. Con todo esto, el Mudo quisiera no haberla pintado, porque la disposición de las figuras, que es en las historias parte principal, no le contentaba; y quisiera, si el Rey le daba licencia, borrarla y hacer otra; y tenía razón, porque la Virgen parece va apretada entre los ángeles y tan envuelta con ellos, que fué poca autoridad y poca gracia.

Hizo luego el cuadro del martirio de S. FELIPE, ocupando lo principal con sola la figura del Apóstol en una excelente postura, y lo demás con algunos lejos, aunque parece todo ello algo desgraciado por el colorido de las ropas.

Luego fué obrando el cuadro del martirio de SANTIAGO, PATRÓN DE ESPAÑA, hermosísima pintura, más que valiente; tan acabada, que parece iluminación: está el verdugo fiero y muy airoso: extraño rostro; y parece del natural, y así dicen es retrato de un mancebo oficial de Logroño: la actitud y movimiento es, cuando pasa el cuchillo por la garganta del Apóstol, con tanta propiedad y naturaleza que juraran los que le vieren que comienza ya á espirar: los ojos como revueltos, el color perdido, mu-

dado el rostro, que pone compasión en las almas, como si se viera el caso, y hace venir las lágrimas á los ojos: tiene lindísimos lejos, porque tenía en ello singular gracia: se ve en una campiña rasa una batalla de cristianos y moros, y Santiago á caballo que va haciendo riza en ellos. Aunque estamos mirando cada día esta historia, siempre se nos hace nueva, y siempre tiene que mirar.

El cuarto fué un S. Jerónimo en la penitencia y en el desierto, que á dicho de cuantos le ven, es de las mejores cosas, así en el arte como en la hermosura y labor que se ha visto. Aquí en esta casa creo hay las más lindas y artificiosas pinturas y cuadros de este santo que hay en Europa juntas y de valientes maestros, mas ninguna tiene comparación con esta.

Puso al Santo casi de frente y de rodillas, todo desnudo, ceñido con un paño blanco y dándose con la piedra en el pecho: postura difícil y tan bien entendida, que en lo que toca al dibujo no debe nada á todo cuanto se estima por excelente: en el colorido y carne no hay más que desear, porque parece vivo: el rostro en escorzo excelente, viejo venerable, hermoso, grave y lleno de espíritu verdaderamente de santo. En una fuente que está á un lado puso al león bebiendo: se ve todo entero: ¡linda bestia! En el contorno, pasajes de mucha frescura y arboleda, que no sé yo haya hecho Flamenco cosa tan acabada ni de tanta paciencia; y esta sola falta tiene, que en estar tan acabado no parece de hombre valiente, y también que S. Jerónimo no escogió para su penitencia lugar de tanta amenidad y frescura, sino como él dice, un desierto áspero, y aún para los muy perfectos monjes, espantable.

En estos cuatro lienzos, me parece á mí que siguió Juan Fernández su propio natural, y se dejó llevar del ingenio nativo, que se ve era labrar muy hermoso y acabado, para que se pudiese llegar á los ojos y gozar cuan de cerca quisiesen, propio gusto de los españoles en la pintura. Le pareció no era esto el camino de valientes y lo que él había visto en Italia, y que aunque su maestro el Ticiano había hecho algo de esto á los principios, que después siguió otra manera más fuerte y de más relieve, y que lo mismo había hecho Rafael de Urbino; y así en los demás cuadros que hizo, no acabó tanto y puso más cuidado en dar fuerza y relieve á lo que hacía, imitando más la manera del Ticiano en los oscuros y fuerzas, y en los claros y alegres que piden hermosura á Antonio de Acorezo, escogiendo lo bueno de los unos y de los otros, como se ve en los cuatro cuadros que ahora diremos, y en el cuadro primero (que fué de lo postrero que pintó) del recibo que Abraham hizo á los tres ángeles; que en el colorido y encarnado de rostros, manos y pies, no parecen sino los mismos que el Patriarca vió.

Hizo un Nacimiento de nuestro Salvador en admirable artificio: dale

á la Virgen en el rostro el resplandor del Niño, y se ve en ella una hermosura celestial, con el afecto de madre, y el infante recién nacido, que alza los bracitos para abrazarse con ella: á S. José le da luz de una candela que lleva en la mano, que también hace un efecto de admiración extraña, y se conoce la diferencia de la luz, que fué cosa de mucha consideración y primor: á los pastores, que aún están algo apartados, y sin duda son lo mejor de este cuadro, les dan unas vislumbres de los ángeles que hacen un singular efecto: le oí yo decir algunas veces á Peregrín mirando este cuadro: *¡Oh le belli pastori!* por decirlo en su lengua: reverberan estas luces de unas partes en otras: se ayudan para hacer claros y oscuros diferentes, cosa de mucho ingenio: pudiera hacer famoso á un hombre este solo cuadro. Está ya algo maltratado, porque las humedades y destemplanzas del cielo le dan allí batería, y no se ha guardado con el cuidado que era razón.

Más entero y guardado está un cuadro de NUESTRA SEÑORA y STA. ANA con el Niño, S. José y S. Joaquín, con las más bellas y hermosas cabezas que se pueden desear. El NIÑO está como de bulto y carne viva; la santa y vieja ANA es un rostro de singular artificio, que con significarse claramente la mucha edad, se le ven muestras de haber sido de hermosura en la edad pasada; que es mucho pueda hacer esto la pintura, que apenas lo hace la naturaleza; y sobre todo, y lo que nunca se ha de loar bastante, es la cabeza y toda la figura de S. JOSÉ: dicen que está tomada del natural, mas no sé yo si después de la del mismo santo hizo la naturaleza tan linda testa: quiso aquí jugar un poco y regocijar la vista, pintando una perdiz, que parece ha de volar, si llegamos á cogerla, salvo que se le ve que es mansa; también un perrillo y un gato que riñen sobre un hueso, tan *aferruzados* y propios, que dan gana de reir.

El otro cuadro es de S. JUAN EVANGELISTA escribiendo el Apocalipsi en la isla de Patmos; una figura valiente, galanamente plantada, de singular meneo, elevado el rostro, con un escorzo acertadísimo, porque tenía gracia en esto: el colorido de hombre varonil, extremado: vestido y ropas con mucho adorno, grave y hermoso: la campaña y los lejos llenos de arboleda y de frescura, con algunas visiones sagradas muy remontadas y casi imperceptibles.

Finalmente, un cuadro de una sola figura, y tan lleno y tan bien adornado que quiere llevarse la ventaja entre todos, el último de estos ocho y el primero en devoción, majestad, piedad, reverencia, es un CRISTO A LA COLUMNA, en una muy difícil postura y de gran artificio; porque está muy de frente, y la dificultad de figuras puestas así la encarecen mucho todos, y tienen razón; porque de ordinario se aciertan pocas, y pocas contentan: el rostro lleno de tristeza, hermosura y gravedad: los brazos

le está atando por detrás un verdugo, con el azote en la boca por desembarazar las manos: tiene puestos los ojos y el semblante en el suelo, como hombre condenado y lleno de vergüenza: se contrapone á todo esto, la firmeza y desenvoltura de los sayones y verdugos, que unos le atan y otros le amenazan, y se la juran y aparejan los ramales.

Estas son las ocho estaciones y cuadros que están en el claustro alto, de nuestro español Mudo: por solo gozar de ellas, merece esta casa la vengan á ver de lejos. Estos dos claustros, alto y bajo, están solados de mármol blanco y pardo, hechos con las losas iguales algunos compartimientos, por salir de los escaques ordinarios.

Jardín de los Evangelistas

De la parte de dentro (digo de la plaza y cuerpo del claustro) hay un hermoso jardín, partido en diez y seis cuadros: los doce son de flores y verduras, que hacen diversas labores, y tan frescos y hermosos en todo el año, que no hay mes ninguno, ni tan apretado del frío ni tan pasado del calor, en que no se hagan en él muchos y muy graciosos ramilletes de sus flores, que se llevan á los Reyes y se ponen en los altares. Cada uno de estos cuadros tienen treinta pies por sus lados, porque no piensen que son pequeños; de suerte que en contorno tiene cada uno 120 pies: los otros cuatro sirven de estanques, que están siempre llenos de agua para el riego y para la hermosura: estos son de mármol pardo variado, con sus vetas harto graciosas.

En medio de estos cuatro estanques, donde se cruzan las dos principales calles de estos cuadros que reparten el jardín, se levanta una hermosa fuente (no sé si la llamo bien así): no es fuente, sino uno como templo ó cimborrio, en forma cuadrada, aunque por cortarle las esquinas, es ochavado; y así los estanquillos, por aquellas mismas puntas por donde habían de cuadrarse con las calles que cruzan, están también cortados, y dejaron plaza para asentar esta fábrica y recibir ellos cómodamente el agua, como veremos: la materia, por la parte de fuera, es de piedra berroqueña, de la mejor y más escogida; por la de dentro, es de varios jaspes y mármoles de colores, de suerte que parece una joya con su funda.

La forma, como digo, es ochavada y cuadrada, (lo digo así porque cada forma de estas hace por sí su efecto): la cuadrada son cuatro portadas cuadradas, que vuelan fuera, sobre dos columnas enteras, que se levantan sobre pedestales despegados de la pilastra de detrás todo lo que pide la basa y algo más aún: el orden es dórico, labrado como la plata: sobre él se levanta un pedestal redondo, con sus compartimientos, y luego una cúpula ó cimborrio partido, con sus fajas: encima otra linternilla cerrada,

adornada de nichos pequeños: luego su media naranja, y encima, por remate, la cruz. Pasadas estas cuatro portadas se hacen cuatro arcos triunfales, que tienen diez pies de ancho y veintitrés de alto: en cada compartimiento se hacen dos asientos en unos nichos de jaspe, grandes y de una pieza, que fué menester mucho ingenio para sacarlos así, haciendo cierta manera de sierra que cortase en redondo; y tienen tanto pulimento, que se pueden mirar en ellos como en espejos. En los otros ángulos de dentro que también se cortaron porque no hiciesen esquina viva, se hacen otros cuatro asientos, de suerte que son todos doce, y no apretados, sino con mucha gracia y anchura.

Preguntó Su Majestad, que sea en gloria, qué sería bien poner en aquellos nichos de fuera, y cómo caería el agua en los estanques, pues todo el fin de esta fábrica era hacer una fuente extraordinaria. Unos dijeron que las cuatro virtudes cardinales; otros, los cuatro tiempos del año; otros, que los cuatro doctores de la Iglesia, y otros daban en otras buenas imaginaciones: yo también dije la mía, y aunque no en todo, en parte le contentó á S. M., y así se puso en ejecución.

Imaginé este claustro como un rústico paraíso terreno, y que de él como de aquel que plantó Dios, salían cuatro fuentes ó ríos que regaban toda la tierra, y mirando ahora el mundo con sus cuatro partes, Asia, Africa, Europa y la nueva América, hallaba que en todas, debajo del nombre é imperio del Rey Felipe II, se predica la ley divina y Evangelio de Cristo, y aunque en unas más y en otras menos, al fin en todas tiene vasallos fieles y cristianos debajo de su corona. Para significar todo esto, ponía en el remate y cúpula de este templete la figura de nuestro Salvador, fuente y principio de todo nuestro bien: de allí se comunicó su doctrina á los Apóstoles y Evangelistas, y así ponía estos en los cuatro nichos, y en la peana grande que tienen debajo en el corte de las esquinas de los estanquillos, la figura de cada uno de los Evangelistas, águila, león, becerro y hombre, para que desde ellos se recibiese el agua en unas tazas ó vasos que habían de tener en las manos derechas cuatro ninfas, puestas dentro de los estanques, figuras de las cuatro partes del mundo, estribando con la mano izquierda en el escudo de las armas reales: de allí había de caer el agua en la alberca y estanque y después salir á regar los jardines del contorno.

Aunque le contentó al Rey el pensamiento, no quiso se ejecutase en todo por su gran modestia, sino que en lo alto de la cúpula y por remate se pusiese una cruz de mármol blanco, los cuatro Evangelistas en los nichos, con sus cuatro figuras en los pedestales y que delante de ellas se pusiesen unos términos por donde saliese el agua.

Las estatuas se hicieron de mármol de Génova, blanco como la nieve: lo

mismo las figuras é insignias de los animales: los términos son de mármol pardo, con unos capirotes ó coberteras de jaspe, labrado todo hermosamente por Juan Bautista Monegro. Se procuró que el Evangelista y su figura ó símbolo hiciesen efecto, se correspondiesen y mirasen: así tiene cada uno un libro en la mano, y la figura levanta la cabeza á mirar al Evangelista, sino es S. Juan, que él y su águila están como mirando á la parte oriental de hito en hito. Los libros están abiertos y escritos en cuatro lenguas, hebrea, griega, sira y latina: estas figuras son poco más que el natural, de siete pies en alto: las insignias ó símbolos de mejor proporción que se pudo dar, harto excelentemente labrado todo.

Las calles que cruzan por medio de esta gran fuente, y la que corre por el contorno junto á los pilastrones del claustro son de á diez pies, de buenas losas: las otras calles menores que parten los carteles son de á seis pies: los tejados son todos cubiertos de plomo, asentadas unas planchas largas sobre froga de ladrillo; porque si asientan sobre madera, con la humedad y el calor se crían unos gusanillos que roen y taladran el plomo, como lo ha mostrado la experiencia: las aguas se despiden por unos canalones de plomo al jardín, dándoles mucho vuelo, para que no dañasen las cornisas ni los arcos de los órdenes.

Tabernáculo y custodia del altar mayor

La forma del tabernáculo es redonda y de orden corintio: asienta sobre una peana ó zoco de jaspes guarnecidos y perfilados, con vetas de metal dorado, y allí asientan ocho columnas de un jaspe singular: tiene un color sanguíneo, unas vetas blancas como leche, que le hermosean extremadamente, y es de tanta dureza y tan extraña la piedra, que ninguna herramienta ni acero bien templado se halló que pudiese domarla ni vencerla, y así se hizo á costa de diamantes, y con ellos están labradas y torneadas.

Tiene dos puertas abiertas: una mira al altar y al pueblo; otra á la pieza de dentro, por donde se ponen y quitan los velos y se llega al Santo Sacramento cuando se renuevan las formas ó se lleva á los enfermos. Las puertas de estas dos ventanas son de cristal de roca, tan claro, que no parece hay cosa delante. En los otros intercolumnios que están cerrados se hacen cuatro nichos, con una figura de apóstol dentro de cada uno: en los otros dos, otras dos portadas, que por caer á los lados de las paredes no hubo necesidad de abrirlas: se remata con una hermosísima cornisa del mismo orden: sobre la cornisa se hace otro podio con otros ocho pedestales resaltados, que sirven como peanas y remates de las columnas de abajo: encima de cada uno una figura de apóstol del mismo bronce dorado, que con las cuatro que están en los nichos son doce: sobre la cúpula se

levanta otra linterna pequeña con su cupulilla, y encima la figura de nuestro Salvador, como la de sus apóstoles. Esta es la forma y fábrica dicha así, como he podido, groseramente.

El alto de toda ella es diez y seis pies; el diámetro siete y medio; y así no hay hombre tan alto que no quepa dentro de ella descansadamente, y apenas tocará con la mano en lo alto de la cúpula, donde en un rico florón de oro está asentado un precioso topacio del tamaño de un puño de hombre. La invención y arquitectura es de Juan de Herrera: la labor y manos es de aquel excelentísimo escultor y lapidario Jacobo de Trezo. Se tardó en esta fábrica siete años, y si se hiciera con otro menor ingenio que el de este hombre, no se acabara en veinte, y no me alargo.

Dentro de esta custodia grande se encierra otra pequeña, y no menos preciosa ni de menos artificio y hermosura: la forma es cuadrada: asienta sobre una peana de lindas piedras y guarniciones de metal dorado: tiene por cada frente cuatro pilastras ó antas, que refuerzan las esquinas, y por la puerta principal que responde á la ventana del altar, hace como un vestíbulo sobre cuatro columnas redondas, que tienen detrás las mismas antas: la forma y orden de la arquitectura es dórica: tiene de alto esta pieza tan singular poco menos de una vara con la peana, y de cuadrado más de una tercia. Los chapiteles y las columnas son de oro y esmalte, también los triglifos y gotas, y las metopas de finísimas esmeraldas. Sobre la cornisa, que es de plata dorada, se hace otra cúpula como la de la custodia grande, con linterna ó fanal encima. Los pedestales que asientan sobre la cornisa son de unas piedras como viva sangre: las molduras de su basa y cornisa de oro, y las pirámides que rematan las pilastras y columnas son de la misma piedra, guarnecidas con esmaltes de oro: las bolas que están en las puntas de las pirámides también de oro esmaltado: el remate de la cupulilla ó farol alto es un florón de oro, y en medio de él, como fruta, nace una esmeralda redonda, dentro como clave, un finísimo topacio, con un rico asiento de oro esmaltado, aunque no es tan grande como el de la custodia mayor. Las dos puertas que responden á las de la custodia grande son de cristal de roca: las guarniciones de oro. Por los otros dos lados está cerrado con sus mismos jaspes finos, y los compartimientos y fajas de oro y esmaltes: por la parte de dentro es lo mismo, aunque están más lisos. Es obra de Jacobo de Trezo: tiene gravedad, propiedad y misterio.

Sacadas las esmeraldas (y no sé si los topacios) de entrambas, todas las demás piedras de una y otra custodia y del retablo son de España.

Dentro de esta segunda custodia está un vaso precioso de ágata y del tamaño de un hostiario grande, con asas y pie de oro esmaltado, y el tapador ó sobre-copa de lo mismo, con un zafiro del tamaño de una bellota por remate. Dentro de este vaso está otro de oro, y allí se guarda la Sagrada Hostia.

Estatuas de la familia real

Entre las dos columnas de la parte derecha del altar, que es la del Evangelio, se ven cinco estatuas ó figuras de personas reales, un poco mayores que el natural, de bronce dorado á fuego, rica y primorosamente obradas. La primera y principal es del nunca vencido emperador Carlos V, tan pío como fuerte, armado con espada ceñida, la cabeza descubierta, con manto imperial, y el águila de dos cabezas, labrada y asentada en él, de una piedra ó jaspe, que con el color muestra el mismo de aquella ave real. Delante (porque están todas las figuras puestas de rodillas), tiene un sitial con un paño de brocado encima, todo tan al natural remedado, con sus dobleces y pliegues en aquella materia tan dura, que es mucho de estimar el arte, porque aun el manto se puede quitar y poco menos que plegar y poner en una arca.

La emperatriz doña Isabel, su mujer, madre de nuestro fundador, está á su lado de la parte de adentro, y la emperatriz doña María su hija detrás de su padre; y se le ve también el águila imperial sobre el manto; y luego las dos hermanas del mismo Emperador, reina de Francia y reina de Hungría, detrás de su hermano. Todas de tal suerte juntas en este espacio de en medio, que sin impedirse ven el Sacramento y la cruz, que está sobre la grada del altar mayor; y quien se pone allí ve muy claros los rostros de todos cinco.

En la distancia que está más al altar y vacía sin figuras, responde en el claro del intercolumnio de adentro una inscripción que traducida quiere decir:

SI ALGUNO DE LOS DESCENDIENTES DE CARLOS V SOBREPUJARE LAS GLORIAS DE SUS HAZAÑAS, OCUPE ESTE LUGAR PRIMERO: LOS DEMÁS ABSTÉNGANSE CON REVERENCIA. *(Descripción del Escorial).*

MIGUEL DE CERVANTES

Tempestad y naufragio

Cambiándose el viento y enmarañándose las nubes, cerró la noche oscura y tenebrosa, y los truenos dando por mensajeros á los relámpagos tras quien se siguen, comenzaron á turbar los marineros, y á deslumbrar la vista de todos los de la nave, y comenzó la borrasca con tanta furia, que no pudo ser prevenida de la diligencia y arte de los marineros, y así á un

mismo tiempo los cogió la turbación y la tormenta: pero no por eso dejó cada uno de acudir á su oficio, y á hacer la faena que vieron ser necesaria, sino para excusar la muerte, para dilatar la vida; que los atrevidos que de unas tablas la fían, la sustentan cuanto pueden, hasta poner su esperanza en un madero, que acaso la tormenta desclavó de la nave, con el cual se abrazan, y tienen á gran ventura tan duros abrazos. Mauricio se abrazó con Transila su hija, Antonio con Ricla y con Constanza, su madre y hermana; sólo la desgraciada Auristela quedó sin arrimo, sino el que le ofrecía su congoja, que era el de la muerte, á quien ella de buena gana se entregara, si lo permitiera la cristiana ley y católica religión, que con muchas veras procuraba guardar; y así se recogió entre ellos, y hechos un nudo y por mejor decir, un ovillo, se dejaron calar así hasta la postrera parte del navío, por excusar el miedo espantoso de los truenos, y la interpolada luz de los relámpagos, y el confuso estruendo de los marineros; y en aquella semejanza del limbo se excusaron de no verse, unas veces tocar al cielo con las manos, levantándose el navío sobre las mismas nubes, y otras veces barrer la gavia las arenas del mar profundo. Esperaban la muerte cerrados los ojos; ó por mejor decir, la temían sin verla; que la figura de la muerte, en cualquier traje que venga es espantosa, y la que coge á un desapercibido en todas sus fuerzas y salud es formidable.

La tormenta creció de manera, que agotó la ciencia de los marineros, la solicitud del capitán, y finalmente la esperanza de remedio en todos: ya no se oían voces que mandaban, sino gritos de plegarias y votos que hacían y á los cielos se enviaban. No había allí reloj de arena que distinguiese las horas, ni aguja que señalase el viento, ni buen tino que atinase el lugar donde estaban: todo era confusión, todo era grita, todo suspiros y todo plegarias. Desmayó el capitán, abandonáronse los marineros, rindiéronse las humanas fuerzas, y poco á poco el desmayo llamó al silencio que ocupó las voces de los más de los míseros que se quejaban. Atrevióse el mar insolente á pasearse por cima de la cubierta del navío, y aun á visitar las más altas gavias, las cuales también ellas, casi como en venganza de su agravio, besaron las arenas de su profundidad: finalmente, al parecer del día, si se puede llamar día el que no trae consigo claridad alguna, la nave se estuvo queda y estancó, sin moverse á parte alguna, que es uno de los peligros, fuera del de anegarse, que le pueden suceder á un bajel: finalmente, combatida de un huracán furioso, como si se volviera por algún artificio, puso la gavia mayor en la hondura de las aguas y la quilla descubrió á los cielos, quedando hecha sepultura de cuantos en ella estaban. *(Persiles y Sigism.)*

Hermosura de la ribera del Tajo

Admirado Timbrio de ver la frescura y belleza del claro Tajo por do caminaba, vuelto á Elicio que al lado le venía, le dijo: no poca maravilla me causa, Elicio, la incomparable belleza de estas frescas riberas; y no sin razón, porque quien ha visto como yo las espaciosas del nombrado Betis, y las que visten y adornan al famoso Ebro, y al conocido Pisuerga; y en las apartadas tierras, ha paseado las del Santo Tíber, y las amenas del Po, celebrado por la caída del atrevido mozo, sin dejar de haber rodeado las frescuras del apacible Sibeto, grande ocasión había de ser la que á maravilla me moviese de ver otras algunas. No vas tan fuera de camino en lo que dices, según yo creo, discreto Timbrio, respondió Elicio; que con los ojos no veas la razón que de decirlo tienes, porque sin duda puedes creer que la amenidad y frescura de las riberas de este río hace notoria y conocida ventaja á todas las que has nombrado, aunque entrase en ellas las del apartado Janto, y del conocido Anfriso; porque tiene, y ha hecho cierto la experiencia, que casi por derecha línea, encima de la mayor parte de estas riberas se muestra un cielo luciente y claro, que con un largo movimiento y con vivo resplandor, parece que convida á regocijo y gusto al corazón que de él está más ajeno. Y si ello es verdad que las estrellas y el sol se mantienen, como algunos dicen, de las aguas de acá abajo, creo firmemente que las de este río sean en gran parte ocasión de causar la belleza del cielo que le cubre, ó creeré que Dios, por la misma razón que mora en los cielos, en esta parte haga lo más de su habitación. La tierra que lo abraza vestida de mil verdes ornamentos, parece que hace fiestas, y se alegra de poseer en sí un don tan raro y agradable, y el dorado río como en cambio, en los abrazos de ella dulcemente entretejiéndose, forma como de industria, mil entradas y salidas, que á cualquiera que las mira llenan el alma de placer maravilloso: de donde nace, que aunque los ojos tornen de nuevo muchas veces á mirarle, no por eso dejan de hallar en él cosas que le causen nuevo placer y nueva maravilla. Vuelve, pues, los ojos, valeroso Timbrio, y mira cuánto adornan sus riberas las muchas aldeas, y ricas caserías, que por ellas se ven fundadas. Y la industria de sus moradores ha hecho tanto, que la naturaleza incorporada con el arte, es hecha artífice connatural del arte, y de entrambos á dos se ha hecho una tercia naturaleza, á la cual no sabré dar nombre. De sus cultivados jardines, con quien los huertos Hespérides y de Alcinoo pueden callar, de los espesos bosques, de los pacíficos olivos, verdes laureles, y acopados mirtos: de sus abundosos pastos, alegres valles, y vestidos collados, arroyos y fuentes, que en esta ribera se hallan, no se espere que yo diga más, sino que si en alguna parte de la tie-

rra los campos Elíseos tienen asiento, es sin duda en esta. ¿Qué diré de la industria de las altas ruedas, con cuyo continuo movimiento sacan las aguas del profundo río, y humedecen abundosamente las eras que por largo espacio están apartadas? *(Galatea, lib.* VI).

El valle de los cipreses

Juntáronse todos, y con sosegados pasos comenzaron á entrar por el sagrado valle, cuyo sitio era extraño y maravilloso, que aun á los mismos que muchas veces le habían visto, causaba nueva admiración y gusto. Levántanse en una parte de la ribera del famoso Tajo, en cuatro diferentes y compuestas partes, cuatro verdes y apacibles collados, como por muros y defensores de un hermoso valle que en medio contienen, cuya entrada en él por otros cuatro lugares es concedida; los cuales mismos collados se estrechan de modo, que vienen á formar cuatro largas y apacibles calles, á quien hacen pared de todos lados, altos é infinitos cipreses, puestos por tal orden y concierto, que hasta las mismas ramas de los unos y de los otros parece que igualmente van creciendo, y que ninguna se atreve á pasar ni salir un punto más de la otra. Cierran y ocupan el espacio que entre ciprés y ciprés se hace, mil olorosos rosales y suaves jazmines, tan juntos y entretejidos, como suelen estar en los vallados de las guardadas viñas las espinosas zarzas, y puntosas cambroneras. De trecho en trecho de estas apacibles entradas se ven correr por entre la verde y menuda yerba, claros y frescos arroyos de limpias y sabrosas aguas, que en las faldas de los mismos collados tienen su nacimiento. Es el remate y fin de estas calles una ancha y redonda plaza, que los recuestos y los cipreses forman; en medio de la cual está puesta una artificiosa fuente de blanco y de precioso mármol fabricada, con tanta industria y artificio hecha, que las vistosas del conocido Tíbuli, y las soberbias de la antigua Trinacria no le pueden ser comparadas. Con el agua de esta maravillosa fuente se humedecen y sustentan las frescas yerbas de la deliciosa plaza; y lo que más hace á este agradable sitio digno de estimación y reverencia, es ser privilegiado de las golosas bocas de los simples corderuelos y mansas ovejas, y de otra cualquier suerte de ganado; que sólo sirve de guardador de los honrados huesos de algunos famosos pastores, que por general decreto de todos los que quedan vivos en el contorno de aquellas riberas, se determina y ordena ser dignos y merecedores de tener sepultura en este famoso valle. Por esto se veían entre los muchos y diversos árboles, que por las espaldas de los cipreses estaban, en el lugar y distancia que había de ellos hasta las faldas de los collados, algunas sepulturas, cuál de jaspe y cuál de mármol fabricada, en cuyas blancas piedras se leían los nombres de los que en ellas estaban sepultados. *(Ibidem).*

Honras fúnebres del pastor Meliso

Pero la (sepultura) que más sobre todas resplandecía, y la que más á los ojos de todos se mostraba, era la del famoso pastor Meliso, la cual apartada de las otras á un lado de la ancha plaza, de lisas y negras pizarras, y de blanco y bien labrado alabastro hecha parecía; y en el mismo punto que los ojos de Telesio la miraron, volviendo el rostro á toda aquella agradable compañía, con sosegada voz y lamentables acentos, les dijo: «Veis allí, gallardos pastores, veis allí digo, la triste sepultura donde reposan los honrados huesos del nombrado Meliso, honor y gloria de nuestras riberas: comenzad, pues, á levantar al cielo los humildes corazones, y con puros afectos, abundantes lágrimas y profundos suspiros, entonad los santos himnos y devotas oraciones, y rogadle tenga por bien de acoger en su estrellado asiento la bendita alma del cuerpo que allí yace.» En diciendo esto, se llegó á un ciprés de aquellos, y cortando algunas ramas, hizo de ellas una funesta guirnalda con que coronó sus blancas y veneradas sienes, haciendo señal á los demás que lo mismo hiciesen. De cuyo ejemplo movidos todos, en un momento se coronaron de las tristes ramas; y guiados de Telesio, llegaron á la sepultura, donde lo primero que Telesio hizo, fué inclinar las rodillas, y besar la dura piedra del sepulcro: hicieron todos lo mismo, y algunos hubo que tiernos con la memoria de Meliso, dejaban regado con lágrimas el blanco mármol que besaban. Hecho esto, mandó Telesio encender el sacro fuego, y en un momento alrededor de la sepultura se hicieron muchas, aunque pequeñas hogueras, en las cuales, solas ramas de ciprés se quemaban; y el venerable Telesio, con graves y sosegados pasos comenzó á rodear la pira, y echar en todos los ardientes fuegos alguna cantidad de sacro y oloroso incienso, diciendo cada vez que lo esparcía, alguna breve y devota oración, á rogar por el alma de Meliso encaminada; al fin de la cual levantaba la tremente voz, y todos los circunstantes con triste y piadoso acento respondían, *amén*, *amén*, tres veces, á cuyo lamentable sonido resonaban los cercanos collados y apartados valles; y las ramas de los altos cipreses y de los otros muchos árboles de que el valle estaba lleno, heridas de un manso céfiro que soplaba, hacían y formaban un sordo y tristísimo susurro, casi como en señal de que por su parte ayudaban á la tristeza del funesto sacrificio. Tres veces rodeó Telesio la sepultura, y tres veces dijo las piadosas plegarias, y otras nueve se escucharon los llorosos acentos del *amén*, que los pastores repetían. Acabada esta ceremonia, el anciano Telesio se arrimó á un subido ciprés, que á la cabecera de la sepultura de Meliso se levantaba, y con volver el rostro á una y otra parte, hizo que todos los circunstantes estuviesen atentos á todo lo que decir quería; y luego le-

vantando la voz todo lo que pudo conceder la antigüedad de sus años, con maravillosa elocuencia, comienza á alabar las virtudes de Meliso, la integridad de su inculpable vida, la alteza de su ingenio, la entereza de su ánimo, la graciosa gravedad de su plática, y la excelencia de su poesía, y sobre todo la solicitud de su pecho en guardar y cumplir la santa religión que profesado había, juntando á estas, otras tantas y tales virtudes de Meliso, que aunque el pastor no fuera tan conocido de todos los que á Telesio escuchaban, sólo por lo que él decía quedaran aficionados á amarle, si fuera vivo, y á reverenciarle después de muerto. Concluyó, pues, el viejo su plática, diciendo: «Si á donde llegaron, famosos pastores, las bondades de Meliso, y á donde llega el deseo que tengo de alabarlas, llegara la bajeza de mi corto entendimiento, y si las flacas y pocas fuerzas adquiridas de mis tantos y cansados años no me acortaran la voz y el aliento; primero este sol que nos alumbra le veríades bañar una y otra vez en el grande Océano, que yo cesara de la comenzada plática; mas pues esto en mi marchita edad no se permite, suplid vosotros mi falta, y mostraos agradecidos á las frías cenizas de Meliso, celebrándolas en la muerte como os obliga el amor que él os tuvo en la vida; y puesto que á todos en general nos toca y cabe parte de esta obligación, á quien en particular más obliga, es á los famosos Tirsi y Damón, como á tan conocidos amigos y familiares suyos; y así les ruego cuan encarecidamente puedo, correspondan á esta deuda, supliendo y cantando ellos con más reposada y sonorosa voz, lo que yo he faltado llorando con la trabajosa mía.» No dijo más Telesio, ni aun fuera menester decirlo, para que los pastores se moviesen á hacer lo que se les rogaba, porque luego sin replicar cosa alguna, Tirsi sacó su rabel, y hizo señal á Damón que lo mismo hiciese, á quien acompañaron luego Elicio y Lauso, y todos los pastores que allí instrumentos tenían; y á poco espacio formaron una tan triste y agradable música, que aunque regalaba los oídos, movía los corazones á dar señales de tristeza con lágrimas que los ojos derramaban. Juntábase á esto la dulce armonía de los pintados pajarillos, que por los aires cruzaban: y era de suerte que concordándose el son de la triste música y el de la triste armonía de los gilguerillos, calandrias y ruiseñores, formaba todo junto un tan extraño y lastimoso concierto, que no hay lengua que encarecerlo pueda. *(Ibidem).*

De la condición y ejercicio del famoso hidalgo D. Quijote de la Mancha

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Una olla de algo más vaca que car-

nero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lantejas los viernes, algún palomino de añadidura los domingos, consumían las tres partes de su hacienda. El resto della concluían sayo de velarte, calzas de velludo para las fiestas con sus pantuflos de lo mismo, y los días de entre semana se honraba con su vellorí de lo más fino. Tenía en su casa una ama que pasaba de los cuarenta, y una sobrina que no llegaba á los veinte, y un mozo de campo y plaza, que así ensillaba el rocín como tomaba la podadera. Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años: era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza. Quieren decir que tenía el sobrenombre de Quijada ó Quesada, aunque por conjeturas verosímiles se deja entender que se llamaba Quijana. Pero esto importa poco á nuestro cuento: basta que en la narración dél no se salga un punto de la verdad.

Es pues de saber que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso (que eran los más del año) se daba á leer libros de caballerías con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza, y aun la administración de su hacienda; y llegó á tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías que leer, y así llevó á su casa todos cuantos pudo haber dellos. En resolución, él se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches, leyendo, de claro en claro, y los días de turbio en turbio: y así del poco dormir y del mucho leer se le secó el celebro de manera que vino á perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles. Y asentóse de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo....

En efecto, rematado ya su juicio, vino á dar en el más extraño pensamiento que jamás dió loco en el mundo, y fué que le pareció convenible y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república, hacerse caballero andante, y irse por todo el mundo con sus armas y caballo á buscar las aventuras, y á ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio, y poniéndose en ocasiones y peligros, donde acabándolos cobrase eterno nombre y fama. Imaginábase el pobre ya coronado, por el valor de su brazo, por lo menos del imperio de Trapisonda: y así con estos tan agradables pensamientos, llevado del extraño gusto que en ellos sentía, se dió priesa á poner en efecto lo que deseaba. Y lo primero que hizo, fué limpiar unas armas que habían sido de sus bisabuelos, que tomadas de orín y llenas de moho, luengos siglos había que estaban puestas

y olvidadas en un rincón. Limpiólas y aderezólas lo mejor que pudo; pero vió que tenían una gran falta, y era que no tenían celada de encaje, sino morrión simple: más á esto suplió su industria, porque de cartones hizo un modo de media celada, que encajada con el morrión hacía una apariencia de celada entera. Es verdad que para probar si era fuerte y podía estar al riesgo de una cuchillada sacó su espada y le dió dos golpes, y con el primero y en un punto deshizo lo que había hecho en una semana: y no dejó de parecerle mal la facilidad con que la había hecho pedazos, y por asegurarse deste peligro la tornó á hacer de nuevo, poniéndole unas barras de hierro por de dentro, de tal manera que él quedó satisfecho de su fortaleza, y sin querer hacer nueva experiencia de ella, la diputó y tuvo por celada finísima de encaje. Fué luego á ver á su rocín, y aunque tenía más cuartos que un real, y más tachas que el caballo de Gonela, le pareció que ni el Bucéfalo de Alejandro ni Babieca el del Cid con él se igualaban. Cuatro días se le pasaron en imaginar qué nombre le pondría; porque (según se decía él á sí mismo) no era razón que caballo de caballero tan famoso, y tan bueno él por sí, estuviese sin nombre conocido, y así procuraba acomodársele de manera que declarase quién había sido antes que fuese de caballero andante, y lo que era entonces; pues estaba muy puesto en razón que mudando su señor estado, mudase él también el nombre, y le cobrase famoso y de estruendo, como convenía á la nueva orden y al nuevo ejercicio que ya profesaba: y así, después de muchos nombres que formó, borró, quitó, añadió, deshizo y tornó á hacer en su memoria é imaginación, al fin le vino á llamar ROCINANTE, nombre á su parecer alto, sonoro y significativo de lo que había sido cuando fué rocín, antes de lo que ahora era, que era antes y primero de todos los rocines del mundo. Puesto nombre y tan á su gusto á su caballo, quiso ponérsele á sí mismo, y en este pensamiento duró otros ocho días, y al cabo se vino á llamar D. QUIJOTE. Pero acordándose que el valeroso Amadís no solo se había contentado con llamarse Amadís á secas, sino que añadió el nombre de su reino y patria para hacerla famosa, y se llamó Amadís de Gaula, así quiso como buen caballero añadir al suyo el nombre de la suya, y llamarse DON QUIJOTE DE LA MANCHA, con que á su parecer declaraba muy al vivo su linaje y patria, y la honraba con tomar el sobrenombre della. *(Quijote).*

La edad de oro

¡Dichosa edad y siglos dichosos aquellos á quien los antiguos pusieron nombre de dorados! Y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos pa-

labras de *tuyo* y *mío*. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes; á nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento, tomar otro trabajo que alzar la mano, y alcanzarle de las robustas encinas, que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes, y corrientes ríos, en magnífica abundancia sabrosas y transparentes aguas les ofrecían. En las quiebras de las peñas, y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo á cualquiera mano, sin interés alguno, la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedían de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que comenzaron á cubrir las casas sobre rústicas estacas sustentadas, no más que para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia: aun no se había atrevido la pesada reja del corvo arado á abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que ella sin ser forzada, ofrecía por todas las partes de su fértil y espacioso seno, lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar á los hijos que entonces la poseían. Entonces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero, en trenza y en cabellos, sin más vestidos que aquellos que eran necesarios para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra; y no eran sus adornos de los que ahora se usan, á quien la púrpura de Tiro, y la por tantos modos martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas de verdes lampazos y yedra entretejidas, con lo que quizá iban tan pomposas y compuestas, como van ahora nuestras cortesanas con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado. No había la fraude, el engaño, ni la malicia mezcládose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor ni los del interese, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaje aun no se había sentado en el entendimiento del juez, porque entonces no había qué juzgar, ni quién fuese juzgado. *(Ibidem)*.

Dos ejércitos fantásticos

Pusiéronse sobre una loma, desde la cual se verían bien las dos manadas que á D. Quijote se le hicieron ejércitos, si la nube del polvo que levantaban no les turbara y cegara la vista; pero con todo esto, viendo en su imaginación lo que no veía ni había, con voz levantada comenzó á decir: «Aquel caballero que allí ves de las armas jaldes, que trae en el escudo un león coronado rendido á los piés de una doncella, es el valeroso Laurcalco, señor de la puente de plata: el otro de las armas de las flores de oro, que trae en el escudo tres coronas de plata en campo azul, es el

temido Micocolembo, gran duque de Quirocia: el otro de los miembros gigantescos que está á su derecha mano, es el nunca medroso Brandabarbarán de Boliche, señor de las tres Arabias, que viene armado de aquel cuero de serpiente, y tiene por escudo una puerta que, según es fama, es una de las del templo que derribó Sansón, cuando con su muerte se vengó de sus enemigos; pero vuelve los ojos á estotra parte, y verás delante y en la frente de estotro ejército, al siempre vencedor y jamás vencido Timonel de Carcajona, príncipe de la nueva Vizcaya, que viene armado con las armas partidas á cuarteles azules, verdes, blancos y amarillos, y trae en el escudo un gato de oro en campo leonado con una letra que dice *Miau*. El otro que carga y oprime los lomos de aquella poderosa alfana, que trae las armas como nieve blancas, y el escudo es blanco sin empresa alguna, es un caballero novel, de nación francés, llamado Pierres Papín, Señor de las baronías de Utrique: el otro que bate las hijadas con los herrados carcaños á aquella pintada y ligera zebra, y trae las armas de los veros azules, es el poderoso duque de Nervia, Espartafilardo del bosque, que trae por empresa en el escudo una esparraguera con una letra en castellano que dice así: *Rastrea mi suerte.*» Y desta manera fué nombrando muchos caballeros del uno y otro escuadrón que él se imaginaba, y á todos les dió sus armas, colores, empresas y motes de improviso, llevado de la imaginación de su nunca vista locura, y sin parar prosiguió diciendo: «á este escuadrón frontero forman y hacen gentes de diversas naciones: aquí están los que beben las dulces aguas del famoso Janto, los montuosos que pisan los masílicos campos, los que criban el finísimo y menudo oro en la felice Arabia, los que gozan las famosas y frescas riberas del claro Termodonte, los que sangran por muchas y diversas vías el dorado Pactolo, los númidas dudosos en sus promesas, los persas en arcos y flechas famosos, los partos, los medos que pelean huyendo, los árabes de mudables casas, los citas tan crueles como blancos, los etíopes de horadados labios, y otras infinitas naciones cuyos rostros conozco y veo, aunque de los nombres no me acuerdo. En estotro escuadrón vienen los que beben las corrientes cristalinas del olivífero Betis, los que tersan y pulen sus rostros con el licor del siempre rico y dorado Tajo, los que gozan las provechosas aguas del divino Genil, los que pisan los tartesios campos de pastos abundantes, los que se alegran en los elíseos jerezanos prados, los manchegos ricos y coronados de rubias espigas, los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la sangre goda, los que en Pisuerga se bañan, famoso por la mansedumbre de su corriente, los que su ganado apacientan en las extendidas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso, los que tiemblan con el frío del sombroso Pirineo, y con los blancos copos del levantado Apenino: finalmente, cuantos toda la Europa en sí contiene y encierra.» *(Ibidem)*.

Una cocina bien provista

Hizo Sancho lo que su señor le mandaba, y poniendo la silla á Rocinante y la albarda al rucio, subieron los dos, y paso ante paso, se fueron entrando por la enramada..... Lo primero que se ofreció á la vista de Sancho, fué espetado en un asador de un olmo entero un entero novillo, y en el fuego donde se había de asar, ardía un mediano monte de leña; y seis ollas que alrededor de la hoguera estaban, no se habían hecho en la común turquesa de las demás ollas, porque eran seis medias tinajas, que en cada una cabía un rastro de carne: así embebían y encerraban en sí carneros enteros sin echarse de ver, como si fueran palominos: las liebres ya sin pellejo, y las gallinas sin pluma, que estaban colgadas por los árboles para sepultarlas en las ollas no tenían número: los pájaros y caza de diversos géneros, eran infinitos, colgados de los árboles para que el aire los enfriase. Contó Sancho más de sesenta zaques de más de á dos arrobas cada uno, y todos llenos, según después pareció, de generosos vinos: así había rimeros de pan blanquísimo, como los suele haber de montones de trigo en las eras; los quesos puestos como ladrillos y enrejados, formaban una muralla, y dos calderas de aceite, mayores que las de un tinte, servían para freir cosas de masa, que con dos valientes palas las sacaban fritas y las zambullían en otra caldera de preparada miel, que allí junto estaba. Los cocineros y cocineras pasaban de cincuenta, todos limpios, todos diligentes y todos contentos. En el dilatado vientre del novillo estaban doce tiernos y pequeños lechones, que cosidos por encima, servían de darle sabor y enternecerle: las especias de diversas suertes no parecía haberlas comprado por libras, sino por arrobas, y todas estaban de manifiesto en una grande arca. Finalmente, el aparato de la boda era rústico, pero tan abundante, que podía sustentar á un ejército. *(Ibidem).*

La caza de montería

Habiendo (los duques) dado orden á los criados de todo lo que habían de hacer, de allí seis dias le llevaron á caza de montería con tanto aparato de monteros y cazadores, como pudiera llevar un rey coronado. Diéronle á don Quijote un vestido de monte, y á Sancho otro verde de finísimo paño; pero D. Quijote no se le quiso poner, diciendo que otro día había de volver al duro ejercicio de las armas; y que no podía llevar consigo guardarropas ni reposterías. Sancho sí tomó el que le dieron, con intención de venderle en la primera ocasión que pudiese. Llegado, pues, el esperado día, armóse D. Quijote, vistióse Sancho, y encima de su rucio, que no le

quiso dejar aunque le daban un caballo, se metió entre la tropa de los monteros. La duquesa salió bizarramente aderezada, y D. Quijote, de puro cortés y comedido, tomó la rienda de su palafrén, aunque el duque no quería consentirlo, y finalmente llegaron á un bosque, que entre dos altísimas montañas estaba, donde tomados los puestos, paranzas y veredas, y repartida la gente por diferentes puestos, se comenzó la caza con grande estruendo, grita y vocería, de manera que unos á otros no podían oirse, así por el ladrido de los perros, como por el son de las bocinas. Apeóse la duquesa, y con un agudo venablo en las manos, se puso en un puesto por donde ella sabía que solían venir algunos javalíes. Apeóse asimesmo el duque y D. Quijote, y pusiéronse á sus lados: Sancho se puso detrás de todos sin apearse del rucio á quien no osaba desamparar, porque no le sucediese algún desmán, y apenas habían sentado el pie y puesto en ala con otros muchos criados suyos, cuando acosado de los perros y seguido de los cazadores, vieron que hacia ellos venía un desmesurado javalí, crugiendo los dientes y colmillos y arrojando espuma por la boca, y en viéndole, embrazando su escudo y puesta mano á su espada, se adelantó á recibirle D. Quijote: lo mesmo hizo el duque con su venablo; pero á todos se adelantara la duquesa si el duque no se lo estorbara. Sólo Sancho en viendo al valiente animal, desamparó al rucio, y dió á correr cuanto pudo, y procurando subirse sobre una alta encina, no fué posible; antes estando ya á la mitad della asido de una rama, pugnando subir á la cima, fué tan corto de ventura y tan desgraciado que se desgajó la rama, y al venir al suelo se quedó en el aire asido de un gancho de la encina, sin poder llegar al suelo; y viéndose así y que el sayo verde se le rasgaba, pareciéndole que si aquel fiero animal allí llegaba le podía alcanzar, comenzó á dar tantos gritos y á pedir socorro con tanto ahinco, que los que le oían y no le veían creyeron que estaba entre los dientes de alguna fiera. Finalmente el colmilludo javalí quedó atravesado de las cuchilladas de muchos venablos, que se le pusieron delante, y volviendo la cabeza D. Quijote á los gritos de Sancho, que ya por ellos le había conocido, vióle pendiente de la encina y la cabeza abajo, y al rucio junto á él, que no le desemparó en su calamidad: y dice Cide Hamete que pocas veces vió á Sancho Panza sin ver al rucio, ni al rucio sin ver á Sancho; tal era la amistad y buena fe que entre los dos se guardaban. Llegó D. Quijote y descolgó á Sancho, el cual viéndose libre y en el suelo, miró lo desgarrado del sayo de monte y pesóle en el alma, que pensó que tenía en el vestido un mayorazgo. En esto atravesaron al javalí poderoso sobre una acémila, y cubriéndole con mantas de romero y con ramas de mirto, le llevaron como en señal de victoriosos despojos, á unas tiendas de campaña que en la mitad del bosque estaban puestas donde hallaron las mesas en orden; y la comida aderezada tan suntuosa y grande,

que se echaba bien de ver en ella la grandeza y magnificencia de quien la daba. *(Ibidem).*

Las armas y las letras

Verdaderamente, si bien se considera, señores míos, grandes é inauditas cosas ven los que profesan la orden de la andante caballería. Si no ¿cuál de los vivientes habría en el mundo que ahora por la puerta de este castillo entrara y de la suerte que estamos nos viese, que juzgue y crea que nosotros somos quién somos? ¿Quién podrá decir que yo soy aquel caballero de la triste figura, que anda por ahí en boca de la fama? Ahora no hay que dudar, sino que este arte y ejercicio excede á todas aquellas y aquellos, que los hombres inventaron: y tanto más se ha de tener en estima, cuanto á más peligros está sujeto. Quítenseme de delante los que dijeren que las letras hacen ventaja á las armas, que les diré, y sean quién fueren, que no saben lo que dicen: porque la razón que los tales suelen decir, y á lo que más ellos se atienden, es que los trabajos del espíritu exceden á los del cuerpo, y que las armas sólo con el cuerpo se ejercitan, como si fuese su ejercicio oficio de ganapanes, para el cual no es menester más que muchas fuerzas; ó como si en esto que llamamos armas los que las profesamos, no se encerrasen los actos de la fortaleza, los cuales piden para ejecutallos mucho entendimiento; ó como si no trabajase el ánimo del guerrero que tiene á su cargo un ejército, ó la defensa de una ciudad sitiada, así con el espíritu como con el cuerpo. Si no, véase si se alcanza con las fuerzas corporales á saber y conjeturar el intento del enemigo, los designios, las estratajemas, las dificultades, el prevenir los daños que se temen; que todas estas cosas son acciones del entendimiento, en que no tiene parte alguna el cuerpo. Siendo, pues, así que las armas requieren espíritu como las letras, veamos ahora cuál de los dos espíritus, el del letrado ó el del guerrero trabaja más: y esto se vendrá á conocer por el fin y paradero á que cada uno se encamina, porque aquella intención se ha de estimar en más, que tiene por objeto más noble fin. Es el fin y paradero de las letras poner en su punto la justicia distributiva, y dar á cada uno lo que es suyo, entender y hacer que las buenas leyes se guarden: fin por cierto generoso y alto, y digno de grande alabanza; pero no de tanta, como merece aquel á que las armas atienden, las cuales tienen por objeto y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida.... Esta paz es el verdadero fin de la guerra, que lo mismo es decir armas, que guerra. Presupuesta, pues, esta verdad, que el fin de la guerra es la paz, y que en esto hace ventaja al fin de las letras, vengamos ahora á los trabajos del cuerpo del letrado, y á los del profesor de las armas, y véase cuáles son mayores.

Digo, pues, que los trabajos del estudiante son estos: principalmente pobreza; no porque todos sean pobres, sino por poner este caso en todo el extremo que pueda ser: y en haber dicho que padece pobreza, me parece que no había que decir más de su mala ventura, porque quien es pobre no tiene cosa buena. Esta pobreza la padece por sus partes, ya en hambre, ya en frío, ya en desnudez, ya en todo junto; pero con todo eso no es tanta que no coma, aunque sea un poco más tarde de lo que se usa, aunque sea de la sobra de los ricos, que es la mayor miseria del estudiante esto que entre ellos llaman andar á la sopa; y no les falta algún ajeno brasero, ó chimenea, que si no calienta, á lo menos entibie su frío; y en fin la noche duermen debajo de cubierta. No quiero llegar á otras menudencias, conviene á saber, de la falta de camisas y no sobra de zapatos, la raridad y poco pelo del vestido, ni aquel ahitarse con tanto gusto, cuando la buena suerte les depara algún banquete. Por este camino que he pintado, áspero y dificultoso, tropezando aquí, cayendo allí, levantándose acullá, tornando á caer acá, llegan al grado que desean, el cual alzando á muchos, hemos visto, que habiendo pasado por estas sirtes y por estas Scilas y Caribdis, como llevados en vuelo de la favorable fortuna, digo que los hemos visto mandar y gobernar el mundo desde una silla, trocada su hambre en hartura, su frío en refrigerio, su desnudez en galas, y su dormir en una estera, en reposar en holandas y damascos: premio justamente merecido de su virtud; pero contrapuestos y comparados sus trabajos con los del mílite guerrero, se quedan muy atrás en todo como ahora diré....

Pues comenzamos en el estudiante por la pobreza y sus partes, veamos si es más rico el soldado, y veremos que no hay ninguno más pobre en la misma pobreza; porque está atenido á la miseria de su paga, que viene ó tarde ó nunca, ó á lo que garbeare por sus manos con notable peligro de su vida y de su conciencia; y á veces suele ser su desnudez tanta, que un coleto acuchillado le sirve de gala y de camisa, y en la mitad del invierno se suele reparar de las inclemencias del cielo, estando en la campaña rasa, con sólo el aliento de su boca, que como sale de lugar vacío, tengo por averiguado que debe de salir frío contra toda la naturaleza. Pues esperad que espere que llegue la noche, para restaurarse de todas estas incomodidades en la cama que le aguarda, la cual si no es por su culpa, jamás pecará de estrecha, que bien puede medir en la tierra los pies que quisiere, y revolverse en ella á su sabor, sin temor que se le encojan las sábanas. Lléguese, pues, á todo esto el día y la hora de recibir el grado de su ejercicio, lléguese un día de batalla, que allí le pondrán la borla en la cabeza hecha de hilas, para curarle algún balazo que quizá le habrá pasado las sienes, ó le dejará estropeado de brazo ó pierna: y cuando esto no suceda,

sino que el cielo piadoso le guarde y conserve sano y vivo, podrá ser que se quede en la mesma pobreza que antes estaba, y que sea menester que suceda uno y otro reencuentro, una y otra batalla, y que de todas salga vencedor, para medrar en algo; pero estos milagros vense raras veces. Pero decidme, señores, si habéis mirado en ello, ¿cuán menos son los premiados por la guerra, que los que han perecido en ella? Sin duda habéis de responder que no tienen comparación, ni se pueden reducir á cuenta los muertos, y que se podrán contar los premiados vivos con tres letras de guarismos. Todo esto es al revés en los letrados; así que, aunque es mayor el trabajo del soldado, es mucho menor el premio. Pero á esto se puede responder, que es más fácil premiar á dos mil letrados que á treinta mil soldados, porque aquellos se premian con darles oficios, que por fuerza se han de dar á los de su profesión, y á estos no se puede premiar sino con la suma hacienda del Señor á quien sirven; y esta imposibilidad fortifica más la razón que tengo.

Pero dejemos esto aparte, que es laberinto de muy dificultosa salida; sino volvamos á la preeminencia de las armas contra las letras: materia que hasta ahora está por averiguar, según son las razones que cada una de su parte alega. Y entre las que he dicho, dicen las letras que sin ellas no se podrían sustentar las armas, porque la guerra también tiene sus leyes, y está sujeta á ellas; y que las leyes caen debajo de lo que son las letras y letrados.

A esto responden las armas, que las leyes no se podrán sustentar sin ellas, porque con las armas se defienden las repúblicas, se conservan los reinos, se guardan las ciudades, las monarquías; los caminos de mar y tierra estarían sujetos al rigor y á la confusión que trae consigo la guerra el tiempo que dura, y tiene licencia de usar de sus privilegios y de sus fuerzas: y es razón averiguada que aquello que más cuesta, se estima y debe estimar en más. Alcanzar alguno á ser eminente en letras le cuesta tiempo, vigilias, hambre, desnudez, vaguidos de cabeza, indigestiones de estómago, y otras cosas á estas adherentes, que en parte ya las tengo referidas; mas llegar uno por sus términos á ser buen soldado le cuesta todo lo que al estudiante, en tanto mayor grado, que no tienen comparación, porque á cada paso está á pique de perder la vida. ¿Y qué temor de necesidad y pobreza puede llegar ni fatigar al estudiante, que llegue al que tiene un soldado, que hallándose cercado en alguna fuerza, y estando de posta ó guarda en algún rebellín ó caballero, siente que los enemigos están minando hácia la parte donde él está, y no puede apartarse de allí por ningún caso, ni huir el peligro que de tan cerca le amenaza? Sólo lo que puede hacer, es dar noticia á su capitán de lo que pasa, para que lo remedie con alguna contramina, y él estarse quedo, temiendo y

esperando cuando improvisadamente ha de subir á las nubes sin alas, y bajar al profundo sin su voluutad. Y si este parece pequeño peligro, veamos si se iguala ó hace ventaja el de embestirse dos galeras por las proas en mitad del mar espacioso, las cuales enclavijadas y trabadas, no le queda al soldado más espacio del que conceden los pies de tabla del espolón, y con todo esto, viendo que tiene delante de sí tantos ministros de la muerte que le amenazan, cuantos cañones de artillería se asestan de la parte contraria, que no distan de su cuerpo una lanza, y viendo que al primer descuido de sus pies irá á visitar los profundos senos de Neptuno; con todo esto, con intrépido corazón, llevado de la honra que le incita, se pone á ser blanco de tanta arcabucería, y procura pasar por tan estrecho paso al bajel contrario. Y lo que es más de admirar, que apenas uno ha caído donde no se podrá levantar hasta el fin del mundo, cuando otro ocupa el mismo lugar: y si este también cae en el mar, que como á enemigo le aguarda, otro y otro le sucede, sin dar tiempo al tiempo de sus muertes: valentía y atrevimiento el mayor que se puede hallar en todos los trances de la guerra. Bien hayan aquellos benditos siglos, que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería, á cuyo inventor tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invención; con la cual dió causa é que un infame y cobarde brazo quite la vida á un valeroso caballero, y que sin saber cómo ó por dónde, en la mitad del coraje y brío, que enciende y anima á los valientes pechos, llega una desmandada bala, disparada de quien quizá huyó y se espantó del resplandor que hizo el fuego al dispararse la maldita máquina, corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecía gozar luengos siglos. Y así, considerando esto, estoy por decir: que en el alma me pesa de haber tomado este ejercicio de caballero andante en edad tan detestable como es esta, en que ahora vivimos: porque aunque á mí ningún peligro me pone miedo, todavía me pone recelo pensar si la pólvora y el estaño me han de quitar la ocasión de hacerme famoso y conocido por el valor de mi brazo y filos de mi espada por todo el descubierto de la tierra. *(Ibidem).*

FRAY JUAN MÁRQUEZ

DE LA ORDEN DE SAN AGUSTÍN

Alegría con que se recogen las mieses

De los frutos de la tierra ninguno se coge con mayores demostraciones de alegría que el pan. La fruta no hace ruido, la vendimia no se celebra con exceso: al tiempo de la siega todos salen de juicio; aun los segadores que trabajan por solo su jornal, levantan su cruz de paja sobre una banderilla de lienzo; y enramado como pueden su carro, con cantares aldeanos se dan el parabién de haber acabado su labor.

No son lo mismo lanzas que rejas de arado, ni espadas tienen que ver con hoces, ni es de igual dificultad derribar el trigo, ó el enemigo en el campo; y tras eso pone en igual grado el Espíritu Santo el gozo del segador cuando deja hecho el rastrojo, y el del soldado cuando ha salido con la victoria, y goza del fruto de sus asaltos. Son sin ningún linaje de duda parecidísimas estas dos ocupaciones, en los ratos tristes y á veces desconfiados, con que se merecen los alegres y seguros del buen suceso....

Las primeras banderas que levantó el pueblo romano en las batallas, fueron haces de heno pendientes de las puntas de las lanzas, de donde tomaron nombre los estandartes imperiales, que siempre se llamaron *manojos*, y de ahí se llamaron los soldados *manipulares;* pronosticando en sola la forma de haces la alegría de la victoria. Nace esta costumbre de la hartura y satisfacción grande que causa el pan en la tierra....

Estos manojos son el fruto de las lágrimas del labrador: aquí tiene puestos los ojos el hacendado; de él dependen las esperanzas del caballero....

Tristeza de los hebreos al llegar á Babilonia

Quebrantados de la porfía de los pensamientos y descomodidades del camino, y ocasionados de las corrientes de las aguas, lugar á propósito para aliviar las riendas al llanto; se sentaron á la orilla con temor de enojar al tirano, que hasta el descontento del cautivo suele ofenderle; y desenvolviendo las fundas de los instrumentos, con que solían festejar los días solemnes del templo, los colgaron de los sauces, que á la orilla del agua había muchos, despidiéndose de tener hora de placer el tiempo que durase su destierro. *(Espiritual Jerusalén).*

GÉNERO HISTÓRICO

DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA

D. Fernando el Zaguer excita á la rebelión á los moriscos de la Alpujarra

«Excluídos de la vida y conversación de personas, mándannos que no hablemos nuestra lengua; no entendemos la castellana: ¿en qué lengua habemos de comunicar los conceptos, y pedir ó dar las cosas sin que no puede estar el trato de los hombres? Aun á los animales no se vedan las voces humanas. ¿Quién quita que el hombre de lengua castellana no pueda tener la ley del Profeta, y el de la lengua morisca la ley de Jesús? Llaman á nuestros hijos á sus congregaciones y casas de letras; enséñanles artes que nuestros mayores prohibieron aprenderse, porque no se confundiese la puridad, y se hiciese litigiosa la verdad de la ley. Cada hora nos amenazan quitarlos de los brazos de sus madres y de la crianza de sus padres, y pasarlos á tierras ajenas, donde olviden nuestra manera de vida, y aprendan á ser enemigos de sus padres. Mándannos dejar nuestro hábito, y vestir el castellano. Vístense entre ellos los tudescos de una manera, los franceses de otra, los griegos de otra, los frailes de otra, los mozos de otra, y de otra los viejos; cada nación, cada profesión y cada estado usa su manera de vestido, y todos son cristianos; y nosotros moros, porque vestimos á la morisca, como si trajésemos la ley en el vestido, y no en el corazón. Las haciendas no son bastantes para comprar vestidos para dueños y familias; del hábito que traíamos no podemos disponer, porque nadie compra lo que no ha de traer; para traerlo es prohibido, para venderlo es inútil.

«Cuando en una casa se prohibiere el antiguo, y comprare el nuevo del caudal que teníamos para sustentarnos, ¿de qué viviremos? Si queremos mendigar, nadie nos socorrerá como á pobres, porque somos pelados; como ricos nadie nos ayudará, porque los moriscos padecemos esta mise-

ria y pobreza, que los cristianos no nos tienen por prójimos. Nuestros pasados quedaron tan pobres en la tierra de las guerras contra Castilla, que casando su hija el alcaide de Loja, grande y señalado capitán que llamaban Alatar, deudo de algunos de los que aquí nos hallamos, hubo de buscar vestidos prestados para la boda. ¿Con qué haciendas, con qué trato, con qué servicio ó industria, en qué tiempo adquiriremos riqueza para perder unos hábitos y comprar otros?

«Quítannos el servicio de los esclavos negros; los blancos no nos eran permitidos por ser de nuestra nación; habíamoslos comprado, criado, mantenido: ¿esta pérdida sobre las otras? ¿Qué harán los que no tuvieren hijos que les sirvan, ni hacienda con que mantener criados, si enferman, si se inhabilitan, si envejecen, sino prevenir la muerte? Mándannos tener abiertas las puertas que nuestros pasados con tanta religión y cuidado tuvieron cerradas, no las puertas, sino las ventanas y resquicios de casa. ¿Hemos de ser sujetos de ladrones, de malhechores, de atrevidos y desvergonzados, y que éstos tengan días determinados y horas ciertas, cuando sepan que pueden hurtar nuestras haciendas, ofender nuestras personas, violar nuestras honras? No solamente nos quitan la seguridad, la hacienda, la honra, el servicio, sino también los entretenimientos, así los que se introdujeron por la autoridad, reputación y demostraciones de alegría en las bodas, zambras, bailes, músicas, comidas, como los que son necesarios para la limpieza, convenientes para la salud.—

«Representóles el estado de la cristiandad, las divisiones entre herejes y católicos en Francia, la rebelión de Flandes, Inglaterra sospechosa, y los flamencos huídos, solicitando en Alemania á los príncipes de ella. El Rey falto de dineros y gente práctica, mal armadas las galeras, proveídas á remiendos, la chusma libre, los capitanes y hombres de cabo descontentos, como forzados. Si previniesen, no solamente el reino de Granada, pero parte del Andalucía, que tuvieron sus pasados, y ahora poseen sus enemigos, pueden ocupar con el primer ímpetu, ó mantenerse en su tierra, cuando se contenten con ella sin pasar adelante. Montaña áspera, valles al abismo, sierras al cielo, caminos estrechos, barrancos y derrumbaderos sin salida: ellos gente suelta, práctica en el campo, mostrada á sufrir calor, frío, sed, hambre; igualmente diligentes y animosos al acometer, prestos á desparcirse y juntarse; españoles contra españoles, muchos en número, proveídos de vitualla, no tan faltos de armas que para los principios no les basten; y en lugar de las que no tienen, las piedras delante de los pies, que contra gente desarmada son armas bastantes. Y cuanto á los que se hallaban presentes, que en vano se habían juntado, si cualquiera de ellos no tuviera confianza del otro que era suficiente para dar cobro á tan gran hecho, y si, como siendo sentidos habían de ser compañeros en

la culpa y el castigo, no fuesen después parte en las esperanzas y frutos de ellas, llegándolas al cabo; cuánto más que ni las ofensas podían ser vengadas, ni deshechos los agravios, ni sus vidas y casas mantenidas, y ellos fuera de servidumbre, sino por medio del hierro, de la unión y concordia, y una determinada resolución con todas sus fuerzas juntas; para lo cual era necesario elegir cabezas de ellos mismos, ó fuese con nombre de jeque, ó de capitán, ó de alcaide, ó de rey, si les pluguiese, que los tuviese juntos en justicia y seguridad.»

Tal fué la habla que don Fernando el Zaguer les hizo; con que quedaron animados, indignados y resolutos en general de rebelarse presto, y en particular de elegir rey de su nación: pero no quedaron determinados en el cuándo precisamente, ni á quién. Una cosa muy de notar califica los principios de esta rebelión: que gente de mediana condición, mostrada á guardar poco secreto y hablar juntos, callasen tanto tiempo, y tantos hombres, en tierra donde hay alcaldes de corte é inquisidores, cuya profesión es descubrir delitos. Había entre ellos un mancebo llamado don Fernando de Válor, sobrino de don Fernando el Zaguer, cuyos abuelos se llamaron Hernandos y de Válor, porque vivían en Válor el alto, lugar de la Alpujarra puesto cuasi en la cumbre de la montaña: era descendiente del linaje de Abén Humeya, uno de los nietos de Mahoma, hijos de su hija, que en tiempos antiguos tuvieron el reino de Córdoba y el Andalucía; rico de rentas, callado y ofendido, cuyo padre estaba preso por delitos en las cárceles de Granada. En éste pusieron los ojos, así porque les movió la hacienda, el linaje, la autoridad del tío, como porque había vengado la ofensa del padre, matando secretamente uno de los acusadores y parte de los testigos.

De esta resolución, aunque no tan en particular, hubo noticia y fué el Rey avisado; pero estaba el negocio cierto y el tiempo en duda; y como suele acontecer á las provisiones en que se junta la dificultad con el temor, cada uno de los consejeros era en que se atajase con mayor poder; pero juntos juzgaban ser el remedio fácil y las fuerzas de los ministros bastantes, el dinero poco necesario, porque había de salir del mismo negocio; y menospreciaban esto, encareciendo el remedio de mayores cosas; porque los estados de Flandes, desasosegados por el príncipe de Orange, eran recién pacificados por el duque de Alba. Mas, puesto que las fuerzas del Rey y la experiencia del Duque capitán, criado debajo de la disciplina del Emperador, testigo y parte en sus victorias, bastasen para mayores empresas, todavía lo que se temía de parte de Inglaterra, y las fuerzas de los Hugonotes en Francia, y algunas sospechas de príncipes de Alemania y designios de Italia, daban cuidado; y tanto mayor, por ser la rebelión de Flandes por causas de religión comunes con los franceses, ingleses y ale-

manes, y por quejas de tributos y gravezas comunes con todos los que son vasallos, aunque sean livianas, y ellos bien tratados.

Esto dió á los enemigos mayor avilanteza, y á nosotros causa de dilación. Comenzaron á juntar más al descubierto gente de todas maneras: si hombre ocioso había perdido su hacienda, malbaratádola por redimir delitos; si homicida, salteador ó condenado en juicio, ó que temiese por culpas que lo sería; los que se mantenían de perjurios, robos, muertes; los que la maldad, la pobreza, los delitos traían desasosegados, fueron autores ó ministros de esta rebelión. Si algún bueno había y fuera de semejantes vicios, con el ejemplo y conversación de los malos brevemente se tornaba como ellos; porque cuando el vínculo de la vergüenza se rompe entre los buenos, más desenfrenados son en las maldades que los peores. En fin, el temor de que eran descubiertos, y sería prevenida su determinación con el castigo, movió á los que gobernaban el negocio, y entre ellos á don Fernando el Zaguer, á pensar en algún caso con que obligasen y necesitasen al pueblo á salir de tibieza y tomar las armas.

Los moriscos rebeldes eligen por su rey á D. Fernando de Válor

Juntáronse tercera vez las cabezas de la conjuración y otras, con veinte y seis personas del Alpujarra, á San Miguel, en casa del Hardón, hombre señalado entre ellos, á quien mandó el duque de Arcos después justiciar; posaba en la casa del Carcí, yerno suyo. Eligieron á don Fernando de Válor por rey con esta solemnidad: los viudos á un cabo, los por casar á otro, los casados á otro, y las mujeres á otra parte. Leyó uno de sus sacerdotes, que llaman *faquíes*, cierta profecía hecha en el año de los árabes de.... y comprobada por la autoridad de su ley, consideraciones de cursos y puntos de estrellas en el cielo, que trataba de su libertad por mano de un mozo de linaje real, que había de ser bautizado y hereje de su ley, porque en lo público profesaría la de los cristianos. Dijo que esto concurría en don Fernando y concertaba con el tiempo. Vistiéronle de púrpura, y pusiéronle á torno del cuello y espaldas una insignia colorada á manera de faja. Tendieron cuatro banderas en el suelo, á las cuatro partes del mundo, y él hizo su oración inclinándose sobre las banderas, el rostro al oriente (*zalá* la llaman ellos), y juramento de morir en su ley y en el reino, defendiéndola á ella y á él y á sus vasallos. En esto levantó el pie, y en señal de general obediencia, postróse Abén Farax en nombre de todos, y besó la tierra donde el nuevo rey tenía la planta. A éste hizo su justicia mayor; llevárronle en hombros, levantáronle en alto diciendo: «Dios ensalce á Mahomet Abén Humeya, rey de Granada y de Córdoba.» Tal era la antigua ceremo-

nia con que elegían los reyes de la Andalucía, y después los de Granada. Escribieron cartas los capitanes de la gente á los compañeros en la conjuración; señalaron día y hora para ejecutarla; fueron los que tenían cargos á sus partidos. Nombró Abén Humeya por capitán general á su tío Abén Jauhar, que partió luego para Cádiar, donde tenía casa y hacienda.

Matan los moriscos traidoramente á cuarenta soldados con su capitán

Pasaba el capitán Herrera á la sazón de Granada para Adra con cuarenta caballos, y vino á hacer la noche en Cádiar. Mas Abén Jauhar el Zaguer, vista la ocasión tan á su propósito, habló con los vecinos, persuadiéndoles que cada uno matase á su huésped. No fueron perezosos; porque pasada la media noche, no hubo dificultad en matar muchos á pocos, armados á desarmados, prevenidos á seguros; y torpes con el sueño, con el cansancio, con el vino, pasaron al capitán y á los soldados por la espada. Venida la mañana, juntáronse y tomaron lo áspero de la sierra, como gente levantada, donde no hubo tiempo ni aparejo para castigarlos. Éste fué el primer exceso y más descubierto con que los enemigos, ó por fuerza ó por voluntad, fueron necesitados á tomar las armas, sin otra respuesta de Berbería más de esperanzas, y esas generales.

Ocupan los rebeldes la Alpujarra: estado de las cosas de España

Alpujarra llaman toda la montaña sujeta á Granada, como corre de levante á poniente, prolongándose entre tierra de Granada y la mar, diez y siete leguas en largo, y once en lo más ancho, poco más ó menos: estéril y áspera de suyo, sino donde hay vegas; pero con la industria de los moriscos (que ningún espacio de tierra dejan perder), tratable y cultivada, abundante de frutos y ganados y cría de sedas. Esta montaña, como era principal en la rebelión, así la escogieron por sitio en que mantener la guerra, por tener la mar, donde esperaban socorro, por la dificultad de los pasos y calidad de la tierra, por la gente que entre ellos es tenida por brava. Habían ya pensado rebelarse otras dos veces antes; una Jueves Santo, otra por septiembre de este año: tenían prevenido á Aluch Alí con la armada de Argel; mas él, entendiendo que el conde de Tendilla estaba avisado y aguardándole en el campo, volvió, dejándose de la empresa, con la armada á Berbería. En fin, á los 25 de diciembre, luego que sucedió el caso de Cádiar, la misma gente, con las armas mojadas en la sangre de aquellos pocos, salieron en público; movieron los lugares comarcanos y

los demás de la Alpujarra y río de Almería, con quienes tenían común el tratado, enviando por corredores y para descubrir los ánimos y motivo de la gente de Granada y la vega, á Farax Abén Farax con hasta ciento y cincuenta hombres, gente suelta y desmandada, escogida entre los que mayor obligación y más esfuerzo tenían. Ellos, recogiendo la que se les llegaba, tomaron resolución de acometer á Granada, y caminaron para ella con hasta seis mil hombres mal armados, pero juntos y con buena orden, según su costumbre.

En España no había galeras; el poder del Rey ocupado en regiones apartadas, y el reino fuera de tal cuidado, todo seguro, todo sosegado; que tal estado era el que á ellos parecía más á su propósito. Los ministros y gente en Granada, más sospechosa que proveída, como pasa donde hay miedo y confusión. Pero fué acontecimiento hacer aquella noche tan mal tiempo y caer tanta nieve en la sierra que llaman Nevada y antiguamente Soloria, y los moros Solaira, que cegó los pasos y veredas cuanto bastaba para que tanto número de gente no pudiese llegar. Mas Farax, con los ciento y cincuenta hombres, poco antes del amanecer entró por la puerta alta de Guadix, donde junta con Granada el camino de la sierra, con instrumentos y gaitas, como es su costumbre. Llegaron al Albaicín, corrieron las calles, procuraron levantar el pueblo haciendo promesas, pregonando sueldo de parte de los reyes de Fez y Argel, y afirmando que con gruesas armadas eran llegados á la costa del reino de Granada: cosa que escandalizó y atemorizó los ánimos presentes, y á los ausentes dió tanto más en que pensar, cuanto más lejos se hallaban; porque semejantes acontecimientos cuanto más se van apartando de su principio, tanto parecen mayores y se juzgan con mayor encarecimiento. ¡Y que en un reino pacífico, lleno de armas, prudencia, justicia, riquezas; gobernado por rey que pocos años antes había hecho en persona el mayor principio que nunca hizo rey en España, vencido en un año dos batallas, ocupado por fuerza tres plazas al poder de Francia, compuesto negocio tan desconfiado como la restitución del duque de Saboya, hecho por sus capitanes otras empresas, atravesado sus banderas de Italia á Flandes (viaje al parecer imposible) por tierras y gentes que después de las armas romanas nunca vieron otras en su comarca; pacificado sus estados con victorias, con sangre, con castigos; dentro en el reposo, en la seguridad de su reino, en ciudad poblada por la mayor parte de cristianos, tanto mar en medio, tantas galeras nuestras; entrase gente armada con espaldas de tantos hombres por medio de la ciudad, apellidando nombres de reyes infieles enemigos! Estado poco seguro es el de quien se descuida, creyendo que por sola su autoridad nadie se puede atrever á ofenderle.

Crueldades de los moriscos ejecutadas en los católicos

Comenzaron por el Alpujarra, río de Almería, Boloduí y otras partes á perseguir á los cristianos viejos, profanar y quemar las iglesias con el Sacramento, martirizar religiosos y cristianos, que, ó por ser contrarios á su ley, ó por haberlos doctrinado en la nuestra, ó por haberlos ofendido, les eran odiosos. En Güécija, lugar del río de Almería, quemaron por voto un convento de frailes agustinos, que se recogieron á la torre, echándoles por un horado de lo alto aceite hirviendo; sirviéndose de la abundancia que Dios les dió en aquella tierra, para ahogar sus frailes. Inventaban nuevos géneros de tormentos: al cura de Mairena hincheron de pólvora y pusiéronle fuego; al vicario enterraron vivo hasta la cinta, y jugáronle á las saetadas; á otros lo mismo, dejándolos morir de hambre. Cortaron á otros miembros, y entregáronlos á las mujeres que con agujas los matasen; á quién apedrearon, á quién acañaveraron, desollaron, despeñaron; y á dos hijos de Arce, alcaide de la Peza, uno degollaron y otro crucificaron, azotándole é hiriéndole en el costado primero que muriese. Sufriólo el mozo, y mostró contentarse de la muerte conforme á la de nuestro Redentor, aunque en la vida fué todo al contrario, y murió confortando al hermano, que descabezaron.

Estas crueldades hicieron los ofendidos por vengarse; los monfíes por costumbre convertida en naturaleza. Las cabezas ó las persuadían ó las consentían; los justificados las miraban y loaban, por tener al pueblo más culpado, más obligado, más desconfiado, y sin esperanzas de perdón; permitíalo el nuevo rey, y á veces lo mandaba. Fué gran testimonio de nuestra fe, y de compararse con la del tiempo de los apóstoles, que en tanto número de gente como murió á manos de infieles, ninguno hubo (aunque todos ó los más fuesen requeridos y persuadidos con seguridad, autoridad y riquezas, y amenazados y puestas las amenazas en obra) que quisiese renegar; antes con humildad y paciencia cristiana, las madres confortaban á los hijos, los niños á las madres, los sacerdotes al pueblo, y los más distraídos se ofrecían con más voluntad al martirio. Duró esta persecución cuanto el calor de la rebelión y la furia de las venganzas; resistiendo Abén Jauhar y otros tan blandamente, que encendían más lo uno y lo otro. Mas el Rey, porque no pareciese que tantas crueldades se hacían con su autoridad, mandó pregonar que ninguno matase niño de diez años abajo, ni mujer ni hombre sin causa.

P. PEDRO DE RIVADENEIRA S. J.

DE LA HISTORIA DEL CISMA DE INGLATERRA (1)

Muerte de María Estuardo, reina de Escocia

Queriendo ejecutar la sentencia dada contra la Reina de Escocia, despachó Isabel una cédula real para los condes de Scherusbery, de Kent, de Erby, de Comberland y de Pembrok, mandándoles que fuesen al castillo de Fodringhaye, donde estaba presa la Reina, y que se ejecutase la dicha sentencia en el tiempo, lugar y forma que á ellos mejor pareciese.

Con este despacho y cédula real, á los catorce de Febrero de este año pasado de mil quinientos y ochenta y siete, partió de Londres un secretario del Consejo, grande enemigo de la Reina de Escocia, que se llamaba Beale, y llevó consigo al verdugo ordinario de Londres, aunque disfrazado con vestido de terciopelo y una cadena de oro. Y á los diez y siete de Febrero, á las tres de la tarde, vinieron los comisarios al castillo, donde estaba la Reina, y le leyeron las letras patentes de su comisión, y le dijeron que se aparejase para morir la mañana siguiente.

No se turbó la Reina con esta embajaba, más levantó luego el corazón y los ojos al cielo, y después con rostro sereno y grave respondió que no podía creer que tal fuese la voluntad de la Reina, su tía, así por la palabra y fe real que le había dado antes y después de haber entrado en su reino, como por una carta que pocos días antes la misma Reina le había escrito, en la cual le aseguraba que no se haría violencia alguna á su real persona.

Replicaron ellos que, no obstante lo que decía la Reina, la voluntad de

(1) Acerca de esta obra escribía el P. Fr. Luis de Granada á su amigo el P. Rivadeneira:

«No sé con qué pueda servir á V. P. el cuidado que tiene de regalarme con el fruto de sus trabajos, y particularmente con esta Historia de Inglaterra, que la tengo por muy semejante á las historias sagradas, donde se cuentan también, como aquí, los desafueros de los malos reyes, y el estrago de la Religión en tiempo de Manasés, y Sedecías, y en el primero de los Macabeos. Todo el libro pasé de tabla á tabla, y lloré muchas lágrimas en algunos lugares de él, mayormente en la muerte de la Reina de Escocia. Nuestro Señor pague á V. P. el trabajo de este libro, que ha de hacer gran fruto, do quiera que se leyese. Del estilo no digo nada porque se nació con V. P., y ese había yo menester, para alabar esta obra, y por no decir tan poco de ella, concluyo, suplicando á nuestro Señor more siempre en el ánima de V. P. — De Lisboa á 13 de Agosto de 1588.»

su señora era que muriese. Aquí la buena Reina respondió que se maravillaba mucho que se usase con ella de tan grande rigor, siendo reina también como era la de Inglaterra, y soberana señora y libre, y por ninguna vía sujeta á las leyes de Inglaterra, é inocente y sin culpa de lo que le imponían, como lo testificaría hasta la muerte; y que esto era mostrar que la Reina, su tía, tenía tanta sed de sangre de católicos, que no se podía hartar sino con la de su sobrina. Pero, pues Dios nuestro Señor era padre, y por este camino la quería librar de las miserias de esta triste vida, y dar fin á su largo y penoso cautiverio, y á aquel tratamiento que, no como á reina, sino como á esclava, se le había hecho los postreros años de su prisión, que ella se conformaba con la voluntad de su Señor y Padre, el cual tiene cuidado de sus escogidos y lleva á cada uno por el camino que más le conviene. Que ella pagaría con su muerte la deuda que todos los mortales tenemos, y esperaba en Dios que, pues era servido que la suya fuese tan rigurosa y tan sin culpa de lo que ellos decían, por ella le serían perdonadas las otras que había cometido en toda la vida, y lavadas con la sangre de Jesucristo, su Redentor; de manera que la muerte le fuese principio de verdadera y eterna vida, y escalera para el cielo. Añadió más: que aunque había muchos años que aguardaba este golpe (porque de tal reina no se podía aguardar otra sentencia), y se había apercibido para recibirle; pero por ser tan fuerte y el más terrible de la vida, holgaría que se le diese algún poco de tiempo más, para aparejar y proveerse mejor para tan peligrosa é importante jornada, y tener junto de sí algún sacerdote católico, virtuoso y prudente, que la confesase, ayudase y esforzase; porque con esto en alguna manera se mitigaría su dolor, y se ablandaría el rigor de la crueldad que con ella se usaba.

Negáronle la dilación que pedía la Reina, y en lo del sacerdote le dijeron que la Reina, su señora, por su acostumbrada clemencia y por el amor que tenía á su ánima, le había enviado quien le sirviese y consolase. Preguntó la Reina: «¿Es católico esa persona que decís, y tiene la fe y comunión de la Iglesia romana?» Y como respondiesen que no, dijo la santa Reina: «No es eso lo que yo quiero, ni lo que he menester. Yo soy católica, y católica tengo que morir, y por ser católica muero, y téngolo por muy gran merced de Dios. Sin sacerdote me favorecerá mi Dios, que ve mi buen deseo, y sin los medios ordinarios puede salvar y salva á las ánimas, que él mismo con su sangre compró.»

Con esto, la Reina se encerró en su aposento, y escribió á su limosnero un billete con estas palabras:

«Yo he sido hoy combatida y tentada de los herejes contra mi religión, para que recibiese consuelo por su mano de ellos. Vos sabréis de otros que á lo menos yo he hecho fielmente protestación de mi fe, en la cual

quiero morir. Yo he procurado de haberos, y os pedí para confesarme y recibir el Santo Sacramento. Hánmelo negado cruelmente, como también que mi cuerpo sea llevado de esta tierra, y de poder estar libremente, y escribir, si no es por mano de ellos y con voluntad de su señora. Y así, faltándome el aparejo, yo confieso humildemente con gran dolor y arrepentimiento todos mis pecados en general, como lo hiciera en particular, si pudiera; yo os ruego que esta noche queráis velar y orar conmigo, en satisfacción de mis pecados, y de enviarme vuestra bendición. Avisadme por escrito las oraciones más propias y particulares que debo hacer esta noche y en la mañana, y todo lo demás que os pareciere que me puede ayudar para mi salvación. El tiempo es corto, y no puedo escribir más.»

Después de esto, postrada en el suelo, delante el divino acatamiento, comenzó con copiosísimas lágrimas y afectuosos suspiros á resignarse en las manos de Dios, y á suplicarle que, pues era servido que así muriese, le diese fortaleza y constancia en aquella hora. Toda la noche estuvo en oración, sino fueron algunos ratos, que se levantaba para tratar con su mayordomo, y encomendarle lo que de su parte había de decir al Rey, su hijo, y á otros, y luego volvía á su oración. Al fin, postrándose delante del Santísimo Sacramento (que todo el tiempo de su prisión, por particular beneficio de nuestro Señor, había tenido consigo), movida por un cabo de grande devoción á aquel manjar, que da vida y esfuerzo á los que le comen, y por otro, de temor que no fuese maltratado de los herejes después de su muerte; por no haber sacerdote que se le administrase, ella misma le tomó por viático y escudo, con toda humildad y con el acatamiento debido, á la manera que los cristianos antiguos lo hicieron, cuando, en tiempo de las persecuciones de los tiranos, por no poder venir á las iglesias para comulgarse, se comulgaban en sus casas por su mano. Y este uso duró después muchos años en tiempo de paz.

Habían hecho un cadalso de doce pies en cuadro, en la sala grande del castillo, cubierto de paños negros, y puesto en él una almohada de terciopelo negro, y un tajón en que la cabeza de la Reina se había de cortar. Habían encerrado á todos sus criados y criadas, y dejádole solamente á su mayordomo y un médico y dos damas que le acompañasen y sirviesen; los cuales, cuando vieron que se allegaba ya la hora, y asomaba el ejecutor de esta tiranía con sus ministros para llevar á la Reina, comenzaron á dar grandes alaridos y á deshacerse en lágrimas, como habían hecho toda la noche. Mirólos la Reina con ojos amorosos y llorosos, y díjoles: «Mucho me maravillo que vosotros, que habéis sido tantos años compañeros de mis trabajos y penas y de este miserable cautiverio, ahora lloréis y lamentéis mi libertad y la vuestra. Vosotros os iréis á vuestras casas libres, y yo (como confío en mi Dios), libre ya de los males infinitos de este mundo, comenzaré á tener vida y descanso.»

Eran ya las ocho de la mañana, y los que la tenían en guarda le daban priesa, y le decían que se aparejase; y ella con semblante sosegado y constante respondió que ya estaba á punto, y que aun las dos horas que le quedaban de vida hasta las diez (que era el término señalado), de buena gana se las daría, si aquello bastaba para satisfacerles y darles contento. A su mayordomo de nuevo encargó que dijese á su hijo lo que le había mandado, y le sirviese y llevase su bendición, la cual allí le echó, haciendo la señal de la cruz con la mano. No tuvo ánimo ninguno de sus criados de llevarla de la mano al cadalso, donde había de morir, porque todos estaban traspasados y caídos de dolor, y porque no querían ellos ser guías y ministros de su señora en una tragedia tan lastimera y dolorosa como era esta. Y porque se sintió flaca, por su poca salud y mal tratamiento pasado, y por haber velado toda la noche, Paulet le dió dos hombres que la ayudasen.

Estaba la Reina vestida de terciopelo negro: en la una mano llevaba un crucifijo, y en la otra un libro: del cuello pendiente una cruz y de la cinta un rosario. De esta manera salió á la sala, y subió en el tablado, con tan maravilloso esfuerzo y con tanta alegría como si fuera á una gran fiesta y real convite. Subida en el tablado, volvió los ojos con gran gravedad y mesura, y miró la gente que estaba presente, que serían como trescientas personas, que solas habían dejado entrar (sin otras muchas que quedaban fuera), y hablóles de esta manera:

«Creo que entre tantos que aquí estáis presentes y véis este espectáculo lastimoso de una reina de Francia y Escocia y heredera del de Inglaterra, habrá alguno que tenga compasión de mí y llore este triste suceso, y dé verdadera relación á los ausentes de lo que aquí pasa. Aquí me han traido, siendo reina ungida y soberana señora, y no sujeta á las leyes de este reino, para darme la muerte, porque, siendo reina, me fié de la fe y palabra de otra reina que es mi tía. De dos delitos me acusan, que son: el haber tratado de la muerte de la Reina, y haber procurado mi libertad. Mas por el paso en que estoy, y por aquel Señor que es Rey de los reyes y supremo Juez de los vivos y de los muertos, que lo primero me levantan, y que ni ahora ni en algún tiempo jamás traté de la muerte de la Reina. Mi libertad he procurado, y no veo que el procurarla sea crimen, pues soy libre y reina y soberana señora. Pero, pues Dios nuestro Señor quiere que con esta muerte yo pague los pecados de mi vida, que son muchos, y que muera porque soy católica, y que con mi ejemplo aprendan los hombres en qué paran los cetros y grandezas de este mundo, y entiendan bien cuán espantosa cosa es la herejía, yo acepto la muerte de muy buena voluntad, como envidiada de la mano de tan buen Señor, y os pido y ruego á todos los que aquí estáis y sois católicos que roguéis á Dios por mí, y que me

seáis testigos de esta verdad, y que muero en la comunión de la fe católica, apostólica y romana. Y protesto en esta última hora que la causa principal de haber procurado mi libertad ha sido el deseo y celo de restituir y ensalzar nuestra santa y católica religión en esta desventurada isla; y si viviera muchos años, no dejara de procurarlo, aunque ellos no pudieran ser muchos, por la poca salud y mucha flaqueza que tengo, como podéis ver; y así voy contenta y alegre, porque, habiendo de morir una muerte, muero por tan buena causa.»

Acabado este razonamiento, se puso en oración con sus dos damas, hablando en latín con Dios. Llegóse un deán hereje, que se llamaba Pedro Borungo, como quien la quería ayudar en su oración y disponerla para aquel paso: miróle con aspecto grave y turbado, y no quiso que se le acercase, diciendo que ella era católica, y que en la fe católica protestaba querer morir. Quiso el perverso hereje porfiar y de nuevo tentar la constancia en la fe de la santa Reina; mas ella se enojó, y dió voces y dijo: «Callad, deán, que me turbáis, y no os quiero oir ni tener parte con vos.» Y así mandaron los condes al deán que callase, porque no diese pena á la Reina. Aunque uno de ellos, que fué el conde de Kent, la tornó á tentar y á desasosegar, burlándose del crucifijo que llevaba la Reina en la mano; pero no le valió, porque ella le tenía metido en su corazón. Y así dijo al Conde: «Justo es que el cristiano en todo tiempo, y más en el día de la muerte, traiga consigo el marco de su redención.» Mostró otra vez deseo y ansia de algún sacerdote católico, y de nuevo se le negaron. Tornó á repetir que era inocente: perdonó á todos sus enemigos: rogó por los que injustamente la habían condenado á muerte y particularmente por la Reina de Inglaterra. Animó y consoló á sus damas, que estaban allí caídas y atravesadas de dolor, avisándolas que convirtiesen sus lágrimas en oraciones por su ánima; que fueron las postreras palabras que les dijo. Luego se presentó á la muerte, enclavados sus ojos en el cielo, como arrobada y suspensa, con una magnanimidad y constancia admirable.

¡Oh Reina fuerte! ¡Oh Reina constante! ¡Oh Reina alumbrada y esforzada con el espíritu del cielo, para despreciar y hollar las cosas perecederas de la tierra! ¿No os acordáis, señora, de vuestra esclarecida sangre y soberana majestad? ¿No de aquel tiempo florido de vuestra mocedad, hermosura y gallardía? ¿No del trono, no de la corona real, no del cetro y señorío? ¿No de vuestra grandeza, mando é imperio? ¿No de los grandes señores y señoras que os servían, de las guardas y soldados que os acompañaban, de los pueblos y reinos que os obedecían y adoraban? Pues ¿cómo no os turba la memoria de todo eso que perdisteis, y no os aflige el trueque miserable y la suerte lastimosa que al presente tenéis, viéndoos sola y desamparada, en un tablado, rodeada de sayones, el verdugo al lado

y el cuchillo á la garganta, y que siendo reina ungida, morís por mano de otra reina, vuestra tía, de quien por serlo os fiasteis? Ninguna de estas cosas fué parte para que se turbase la santa Reina; porque tenía el corazón y los ojos puestos en el cielo, y sabía que esta vida es una comedia, y que todos los que viven en ella, aunque sean reyes, son representantes; y como amaba lo que es eterno, y deseaba lo que amaba, y moría por la fe católica, no se enflaqueció ni turbó; antes con ánimo invencible, ella misma comenzó con sus propias manos á bajar el collar de su ropa para aparejar el cuello al golpe.

Quísola ayudar el verdugo, y ella estuvo tan en sí, que le dió de mano, diciendo que aquel no era su oficio. Una de sus damas le puso el velo delante de los ojos; y con esto, puesta de rodillas, dijo ciertas oraciones, y suplicó con grande afecto y amorosos suspiros á Dios nuestro Señor que ya que, por sus pecados, no había merecido en su vida alcanzar de su divina Majestad el remedio y salud de aquel triste reino de Inglaterra, á lo menos aceptase en aquella hora su muerte y la sangre que por su fe y verdad derramaba, y le ofrecía por la conversión de tanta gente descaminada y perdida; invocando para esto á la serenísima Reina de los ángeles, nuestra Señora, y á todos los bienaventurados espíritus y santos del cielo, é importunándolos mucho que acompañasen y favoreciesen aquella su oración, y alcanzasen ellos del Señor lo que ella por sí no merecía. Hizo asimismo oración por toda la santa Iglesia, por el Papa, por el Rey su hijo, por el Rey de Francia y Rey de España, y por la misma Reina de Inglaterra, pidiendo á Dios con corazón afectuoso y ardiente que la alumbrase y convirtiese á su santa religión. Con esto dijo tres veces aquellas palabras: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum.* Luego puso la cabeza sobre el madero, y el verdugo se la cortó con un hacha, unos dicen en dos, otros en tres golpes; y la tomó en la mano, diciendo en alta voz: *Dios guarde á nuestra reina Isabel, y esto venga sobre los enemigos del Evangelio.* Y la alzó, y mostró á todos los circunstantes; y después por una ventana la mostró á los que estaban defuera.

Voló el espíritu de la santa Reina, puro y limpio y lavado con su sangre, al cielo, dejando al cuerpo su compañero, tendido en el suelo y revuelto en la misma sangre; y con este espectáculo quedaron sus criados desmayados y llorosos, los circunstantes atónitos, los herejes alegres y los católicos desconsolados y afligidos; el Rey, su hijo, y el Cristianísimo Rey de Francia, su cuñado, obligados á vengar esta injuria tan atroz de su madre y hermana; y los demás reyes de la cristiandad á castigar la afrenta que el nombre y majestad real (que es reverenciado en todo el mundo) en la muerte de María, reina de Escocia, ha recibido; la cual ha permitido Dios para que entendamos todos que hay otra vida, y en ella premio cierto

y castigo; pues en ésta muere María, reina, por mano de Isabel; y que no hay seguridad ni firmeza en las coronas, cetros y señoríos; pues una reina tan esclarecida de Escocia y Francia murió á manos del verdugo de Londres. Y para que todo el mundo quede asombrado, por una parte, de tan bárbara crueldad, y por otra, esforzado con este ejemplo para morir por la fe católica, y acabe de entender cuán horrible monstruo es la herejía.

Cubrieron el cuerpo con un paño negro, y llevároulo á un aposento, y al instante sonaron todas las campanas de la comarca, é hiciéronse luminarias; y lo mismo mandó la Reina de Inglaterra se hiciese en la ciudad de Londres, con grande fiesta y regocijo; y la misma Reina se paseó por la ciudad (á lo que dicen), sobre un caballo blanco, para mayor muestra de su contento y alegría. Este fué el fin de María Stuarda, reina de Escocia y de Francia, y esta es la historia y lastimosa tragedia, escrita breve y sencillamente.

P. JUAN DE MARIANA S. J.

(DE LA HISTORIA DE ESPAÑA)

D. Rodrigo y Tarif arengan respectivamente á sus tropas: batalla de Guadalete

Estaban las haces ordenadas en guisa de pelear. El Rey desde un carro de marfil, vestido de tela de oro y recamados, conforme á la costumbre que los reyes godos tenían cuando entraban en las batallas, habló á los suyos en esta manera: «Mucho me alegro, soldados, que haya llegado el tiempo de vengar las injurias hechas á nosotros y á nuestra santa fe por esta canalla aborrecible á Dios y á los hombres. ¿Qué otra causa tienen de movernos guerra, sino pretender de quitar la libertad á vos, á vuestros hijos, mujeres y patria; saquear y echar por tierra los templos de Dios; hollar y profanar los altares, sacramentos y todas las cosas sagradas, como lo han hecho en otras partes? Y casi veis con los ojos y con las orejas oís el destrozo y ruido de los que han abatido en buena parte de España. El año pasado desbarataron un pequeño número de los nuestros: engreídos con aquella victoria, y por haberlos Dios cegado, han pasado tan adelante que no podrán volver atrás sin pagar los insultos cometidos. El tiempo pasado dábamos guerra á los moros en su tierra, corríamos las tierras de Francia; al presente (oh grande mengua y digna que con la mis-

ma muerte, si fuere menester, se repare) somos acometidos en nuestra tierra; tal es la condición de las cosas humanas, tales los reveses y mudanzas. El juego está entablado de manera que no se podrá perder; pero cuando la esperanza de vencer no fuese tan cierta, debe aguijonarnos y encendernos el deseo de la venganza. Los campos están bañados de la sangre de los vuestros; los pueblos quemados y saqueados; la tierra toda asolada: ¿quién podrá sufrir tal estrago? Lo que ha sido de mi parte ya veis cuán grande ejército tengo juntado: apenas cabe en estos campos; las vituallas y almacen en abundancia; el lugar es á propósito; á los capitanes tengo avisado lo que han de hacer, proveído de número de soldados de respeto para acudir á todas partes. Demás desto hay otras cosas que ahora se callan, y al tiempo de pelear veréis cuán apercibido está todo. En vuestras manos, soldados, consiste lo demás; tomad ánimo y coraje, y llenos de confianza acometed los enemigos; acordaos de vuestros antepasados, del valor de los godos; acordaos de la religión cristiana, debajo de cuyo amparo y por cuya defensa peleamos.»

Al contrario, Tarif, resuelto asimismo de pelear, sacó sus gentes, y ordenados sus escuadrones, les hizo el siguiente razonamiento: «Por esta parte se extiende el Océano, fin último y remate de las tierras; por aquella nos cerca el mar Mediterráneo; nadie podrá escapar con la vida, si no fuere peleando: no hay lugar de huir; en las manos y en el esfuerzo está puesta toda la esperanza. Este día, ó nos dará el imperio de Europa, ó quitará á todos la vida. La muerte es fin de los males; la victoria causa de alegría; no hay cosa más torpe que vivir vencidos y afrentados: los que habéis domado la Asia y la África, y al presente no tanto por mi respeto cuanto de vuestra voluntad acometéis á haceros señores de España, debéis os membrar de vuestro antiguo esfuerzo y valor, de los premios, riquezas y renombre inmortal que ganaréis. No os ofrecemos por premio los desiertos de África, sino los gruesos despojos de toda Europa; ca vencidos los godos, demás de las victorias ganadas el tiempo pasado, ¿quién os podrá contrastar? ¿Temeréis por ventura este ejército sin armas, juntado de las heces del vulgo, sin orden y sin valor? Que no es el número el que pelea, sino el esfuerzo; ni vencen los muchos, sino los denodados: con su muchedumbre se embarazarán, y sin armas, con las manos desnudas los venceréis. Cuando tenían las fuerzas enteras los desbaratasteis; por ventura, ahora perdida gran parte de sus gentes, acobardados con el miedo, ¿alcanzarán la victoria? La alegría, pues, y el denuedo que en vos veo, cierto presagio de lo que será, esa llevad á la pelea confiados en vuestro esfuerzo y felicidad, en vuestra fortuna y en vuestros hados. Arremeted con el ayuda de Dios y de nuestro profeta Mahoma; venced los enemigos que traen despojos, no armas. Trocad los ásperos montes, los collados pe-

lados por el gran calor, las pobres chozas de África con los ricos campos y ciudades de España. En vuestras diestras consiste y lleváis el imperio, la salud, el alegría del tiempo presente, y del venidero la esperanza.»

Encendidos los soldados con las razones de sus capitanes, no esperaban otra cosa que la señal de acometer. Los godos, al son de sus trompetas y cajas, se adelantaron; los moros, al son de los atabales de metal, á su manera, encendían la pelea: fué grande la gritería de la una parte y de la otra; parecía hundirse montes y valles. Primero con hondas, dardos y todo género de saetas y lanzas se comenzó la pelea; después vinieron á las espadas. La pelea fué muy brava, ca los unos peleaban como vencedores, y los otros por vencer. La victoria estuvo dudosa hasta gran parte del día sin declararse: solo los moros daban alguna muestra de flaqueza, y parece querían ciar y aun volver las espaldas, cuando don Oppas (¡oh increíble maldad!) disimulada hasta entonces la traición, en lo más recio de la pelea, según que de secreto lo tenía concertado, con un buen golpe de los suyos se pasó á los enemigos. Juntóse con don Julián, que tenía consigo gran número de los godos, y de través por el costado más flaco acometió á los nuestros. Ellos, atónitos con traición tan grande, y por estar cansados de pelear, no pudieron sufrir aquel nuevo ímpetu, y sin dificultad fueron rotos y puestos en huída, no obstante que el Rey con los más esforzados peleaba entre los primeros y acudía á todas partes; socorría á los que vía en peligro; en lugar de los heridos y muertos ponía otros sanos; detenía á los que huían, á veces con su misma mano, de suerte que no solo hacía las partes de buen capitán, sino también de valeroso soldado. Pero al último, perdida la esperanza de vencer, y por no venir vivo en poder de los enemigos, saltó del carro y subió en un caballo llamado Orelia que llevaba de respeto para lo que pudiese suceder: con tanto él se salió de la batalla.

Los godos, que todavía continuaban la pelea, quitada esta ayuda, se desanimaron; parte quedaron en el campo muertos, los demás se pusieron en huída: los reales y el bagaje en un momento fueron tomados. El número de los muertos no se dice, entiendo yo que por ser tantos no se pudieron contar; que á la verdad esta sola batalla despojó á España de todo su arreo y valor. Día aciago, jornada triste y llorosa. Allí pereció el nombre ínclito de los godos; allí el esfuerzo militar, allí la fama del tiempo pasado, allí la esperanza del venidero se acabaron; y el imperio que más de trescientos años había durado, quedó abatido por esta gente feroz y cruel. El caballo del rey don Rodrigo, su sobreveste, corona y calzado sembrado de perlas y pedrería fueron hallados á la ribera del río Guadalete: y como quier que no se hallasen algunos otros rastros dél, se entendió que en la huída murió ó se ahogó á la pasada del río.

El infante D. Pelayo levanta bandera contra los moros: notable razonamiento que dirige á sus huestes

En el valle que hoy se llama Cangas y entonces Canica, tocó tambor y levantó estandarte. Acudió de todas partes gente pobre y desterrada, con esperanza de cobrar la libertad: tenían entendido que en breve vendría mayor golpe de soldados para atajar aquella rebelión. Muchos de su voluntad tomaron las armas por el gran deseo que tenían de hacer la guerra debajo de la conducta de don Pelayo, por la salud de la patria y por el remedio de tantos males: algunos por miedo que tenían á los enemigos, y por otra parte movidos de las amenazas de los suyos, y por el peligro que corrían de ambas partes (ora venciesen los cristianos, ora fuesen vencidos) de ser saqueados y maltratados por los que quedasen con la victoria, forzados acudieron á don Pelayo, en particular los asturianos casi todos siguieron este partido. Juntó los principales de aquella nación: amonestóles que con grande ánimo entrasen en aquella demanda antes que el señorío de los moros con la tardanza de todo punto se arraigase, que con la novedad andaba en balanzas. «Conviene (dice) usar de presteza y de valor, para que los que tenemos la justicia de nuestra parte sobrepujemos á los contrarios con el esfuerzo. Cada cual de las ciudades tiene una pequeña guarnición de moros: los moradores y ciudadanos son nuestros, y todos los hombres valientes de España desean emplearse en nuestra ayuda. No habrá alguno que merezca el nombre de cristiano, que no se venga luego á nuestro campo. Solo entretengamos á los enemigos un poco, y con corazones atrevidos avivemos la esperanza de recobrar la libertad, y la engendremos en los ánimos de nuestros hermanos. El ejército de los enemigos derramado por muchas partes, y la fuerza de su campo está embarazada en Francia. Acudamos pues con esfuerzo y corazón, que esta es buena ocasión para pelear por la antigua gloria de la guerra, por los altares y religión, por los hijos, mujeres, parientes y aliados que están puestos en una indigna y gravísima servidumbre. Pesada cosa es relatar sus ultrajes, nuestras miserias y peligros, y cosa muy vana encarecellas con palabras, derramar lágrimas, despedir suspiros. Lo que hace al caso es aplicar algún remedio á la enfermedad, dar muestra de vuestra nobleza; y acordaos que sois nacidos de la nobilísima sangre de los godos. La prosperidad y regalos nos enflaquecieron y hicieron caer en tantos males: las adversidades y trabajos nos aviven y nos despierten. Diréis que es cosa pesada acometer los peligros de la guerra: ¿cuánto más pesado es que los hijos y mujeres hechos esclavos sirvan á la deshonestidad de los enemigos? ¡Oh grande y extrañable dolor, fortuna trabajosa y áspera, que vosotros

mismos seáis despojados de vuestras vidas y haciendas! todo lo cual es forzoso que padezcan los vencidos. El amor de vuestras cosas particulares, y el deseo de sosiego por ventura os entretiene. Engañáis os si pensáis que los particulares se pueden conservar destruída y asolada la república: la fuerza desta llama á la manera que el fuego de unas casas pasa á otras, lo consumirá todo sin dejar cosa alguna en pie. ¿Ponéis la confianza en la fortaleza y aspereza desta comarca? A los cobardes y ociosos ninguna cosa puede asegurar; y cuando los enemigos no nos acometiesen, ¿cómo podrá esta tierra estéril y menguada de todo sustentar tanta gente como se ha recogido á estas montañas? El pequeño número de nuestros soldados os hace dudar; pero debéis os acordar de los tiempos pasados y de los trances variables de las guerras, por donde podéis entender que no vencen los muchos, sino los esforzados. A Dios, al cual tenemos irritado antes de ahora, y al presente creemos está aplacado, fácil cosa es y aun muy usada deshacer gruesos ejércitos con las armas de pocos. ¿Tenéis por mejor conformaros con el estado presente, y por acertado servir al enemigo con condiciones tolerables? como si esta canalla infiel y desleal hiciese caso de conciertos, ó de gente bárbara se puede esperar que será constante en sus promesas. ¿Pensáis por ventura que tratamos con hombres crueles, y no antes con bestias fieras y salvajes? Por lo que á mí toca, estoy determinado con vuestra ayuda de acometer esta empresa y peligro bien que muy grande, por el bien común de muy buena gana; y en tanto que yo viviere, mostrarme enemigo no más á estos bárbaros, que á cualquiera de los nuestros que rehusare tomar las armas y ayudarnos en esta guerra sagrada, y no se determinase de vencer ó morir como bueno antes que sufrir vida tan miserable, tan extrema afrenta y desventura. La grandeza de los castigos hará entender á los cobardes que no son los enemigos los que más deben temer.»

Entretanto que don Pelayo decía estas palabras, los sollozos y gemidos de los que allí estaban, eran tan grandes que á las veces no le dejaban pasar adelante. Ponían seles delante los ojos las imágenes de los males presentes y de los que les amenazaban: el miedo era igual al dolor. Pero después que algún tanto respiraron y concibieron dentro de sí alguna esperanza de mejor partido, todos se juramentaron y con grandes fuerzas se obligaron de hacer guerra á los moros, y sin excusar algún peligro ó trabajo ser los primeros á tomar las armas. Tratóse de nombrar cabeza, y por voto de todos señalaron al mismo don Pelayo por su capitán: y le alzaron por rey de España el año que se contaba de nuestra salvación de setecientos y diez y seis: algunos á este número añaden dos años. Deste principio al mismo tiempo que la impiedad armada andaba suelta por toda España, y el furor y atrevimiento por todas partes volaban casi sin alguna espe-

ranza de remedio, un nuevo reino dichosamente y para siempre se fundó en España, y se levantó bandera para que los naturales afligidos y miserables tuviesen alguna esperanza de remedio: tanto importa á las veces no faltar á la ocasión y aprovecharse con prudencia de lo que sucede acaso.

Los gallegos y los vizcaínos, cuyas tierras baña el mar Océano por la parte del Septentrión, y á ejemplo de los asturianos en gran parte conservaban la libertad, fueron convidados á entrar en esta demanda. Lo mismo se hizo de secreto con las ciudades que estaban en poder de moros, que enviaron á requerillas y conjurallas no faltasen á la causa común, antes con obras y con consejo ayudasen á sus intentos. Algunos de los lugares comarcanos acudieron al campo de don Pelayo determinados de aventurarse de nuevo, y ponerse al riesgo y al trabajo; pero los más por menosprecio del nuevo rey, y por miedo de mayor mal se quedaron en sus casas: querían mas estar á la mira y aconsejarse con el tiempo, que hacerse parte en negocio tan dudoso. Bien entendía don Pelayo de cuánta importancia para todo serían los principios de su reinado. Así con deseo de acreditarse corría las fronteras de los moros, acudía á todas partes, robaba, cautivaba y mataba: por otra parte visitaba los pueblos de las Asturias, y con su presencia y palabras levantaba á los dudosos, animaba á los esforzados. Demás desto con grande diligencia se apercibía de todo lo necesario, y lo juntaba de todas partes sin perdonar trabajo alguno á trueque de autorizar su nuevo reino entre los suyos, y atemorizar á los bárbaros, ca sabía acudirían luego á apagar aquel fuego. Tenía vigor y valor, la edad era á propósito para sufrir trabajos, la presencia y traza del cuerpo no por el arreo vistosa, sino por sí misma varonil verdaderamente y de soldado.

D. Pelayo en Covadonga: entrevista del príncipe con D. Opas: razonamientos de ambos. Batalla de Covadonga

Entre los demás capitanes que vinieron con Tarif á la conquista de España, uno de los más señalados fué Alcama, maestro de la milicia morisca, que era como al presente coronel ó maestre de campo. Este, sabidas las alteraciones de las Asturias, acudió prestamente desde Córdoba para reprimir los principios de aquel levantamiento, con recelo que con la tardanza no tomase fuerza aquel atrevimiento, y el remedio se hiciese más dificultoso. Seguía á Alcama un grueso ejército compuesto de moros y de cristianos: llevó en su compañía á don Opas, prelado de Sevilla, para ayudarse de su autoridad y de la amistad y deudo que tenía con don Pelayo, para reducirle á mejor partido; y para que con su prudencia y buena maña diese á entender á los que locamente andaban alterados, que todo atrevimiento es vano cuando le faltan las fuerzas: que los desvaríos en materia

semejante son perjudiciales; y los varones prudentes cuando acometen alguna empresa deben poner primero los ojos en la salida y en el remate: si Munuza ó algún otro gobernador los tenía agraviados, más acertado era alegar de su justicia delante de los moros, que nunca dejaban de hacer razón á quien la pedía: tomar las armas, y fuera de propósito usar de fuerza, el intentarlo era locura, y el remate sería sin duda para todos miserable.

Con el aviso de que venía Alcama, los soldados cristianos se atemorizaron grandemente, y como suele acontecer, los que más blasonaban antes del peligro, y más desgarros decían, al tiempo del menester se mostraban más cobardes. La memoria de las cosas pasadas y la perpetua felicidad de los bárbaros los amedrentaban, y á manera de esclavos parecía que apenas podrían sufrir la vista de los enemigos. Grande era el peligro en que todas las cosas se hallaban. El socorro de Dios y de los santos abogados de España, el esfuerzo y prudencia de don Pelayo ampararon á los que estaban faltos de ayuda, fuerzas y consejo. Fuera locura hacer rostro y contrastar con aquella gente desarmada y ciscada de miedo al enemigo feroz y espantable por tantas victorias como tenía ganadas. Para esto don Pelayo repartió los demás soldados por los lugares comarcanos, y él con mil que escogió de toda la masa, se encerró en una cueva ancha y espaciosa del monte Auseva, que hoy se llama la cueva de Santa María de Covadonga. Apercibióse de provisión para muchos días; proveyóse de armas ofensivas y defensivas con intento de defenderse si le cercasen, y aun si se ofreciese ocasión, hacer alguna salida contra los enemigos. Los moros informados de lo que pretendía don Pelayo, por la huella fueron en su busca, y en breve llegaron á la puerta y entrada de la cueva. Deseaban excusar la pelea y el combate, que no podía ser sin recibir daño en aquellas estrechuras: por esto acordaron de intentar si con buenas razones podrían rendir aquella gente desesperada.

Encargóse desto don Opas: pidió habla á don Pelayo, y alcanzada, desde un macho en que iba, como se llegase cerca de la cueva le habló desta manera: «Cuánta haya sido la gloria de nuestra nación, ni tú lo ignoras, ni hay para qué relatarlo al presente. Por grande parte del mundo extendimos nuestras armas. A los romanos, señores del mundo, quitamos á España: sujetamos y vencimos con nuestro esfuerzo naciones fieras y bárbaras; pero últimamente hemos sido vencidos por los moros, y para ejemplo de la inconstancia de la felicidad humana de la cumbre de la bienandanza, donde poco antes nos hallábamos, hemos caído en grandes y extremos trabajos. Si cuando nuestras fuerzas las teníamos enteras no fuímos bastantes á resistir, ¿por ventura ahora que están por el suelo, pensamos prevalecer? ¿Por ventura esa cueva en que pocos á manera de ladrones estáis

encerrados, y como fieras cercados de redes, será parte para libraros de un grueso ejército, que es de no menos que de sesenta mil hombres? Los pecados sin duda de España, con que tenemos irritado á Dios, que aun no parece está harto de nuestra sangre, os ciegan los ojos para que no veáis lo que os conviene. Lo que si por el suceso de las guerras á ellos próspero, á nosotros contrario, no se entendiera bastantemente, estos intentos tan desvariados lo mostraran. ¿Por qué no os apartáis de ese propósito, y en tanto que hay esperanza de perdón y de clemencia, dejadas luego las armas y rendidas, no trocáis las afrentas, ultrajes, servidumbre y muerte (que será el pago muy cierto de esta locura, si la lleváis adelante) con las honras y premios que os puedo prometer muy grandes, y seguís el juicio y ejemplo de toda España más aína que el ímpetu desenfrenado de vuestro corazón y el desatino comenzado?»

A estas palabras don Pelayo: «Tú (dice) y Witiza tu hermano y sus hijos debéis temer la divina venganza, dado que por breve espacio de tiempo las cosas se encaminen conforme á vuestra voluntad. Vuestras maldades son las que tienen á Dios airado: todos los lugares sagrados están por vuestra causa profanados en toda la provincia: las leyes por su antigüedad sacrosantas abrogadas. Por estos escalones pasasteis á tanta locura, que metisteis los moros en España, gente fiera y cruel de que han resultado tantos daños y tanta sangre cristiana se ha derramado. Por las cuales maldades, si entendemos que Dios cuida de las cosas humanas, vivos y muertos seréis gravísimamente atormentados. Tú más que todos, pues olvidado del oficio y dignidad que tenías, has sido el principal atizador destos males; y ahora con palabras desvergonzadas te has atrevido á amonestarnos que de nuevo bajemos las cervices al yugo de la servidumbre más duro que la misma muerte; esto es, como yo lo entiendo, que de nuevo padezcamos los males y desventuras pasadas, con que hemos sido hasta aquí trabajados. ¿Estos, estos son aquellos premios magníficos, estas las honras con que convidas á nuestros soldados? Nos, don Opas, ni entendemos que las orejas de Dios nos están tan cerradas, ni el corazón tan apartado de ayudarnos, que hayamos de confiar en tus promesas: antes tenemos por cierto que su Majestad sin tardanza trocará la grandeza del castigo pasado en benignidad. Que si no estamos bastantemente castigados, y aunque afligidos y faltos, no nos quisiere acorrer, determinados estamos con la muerte de poner fin á tantos males, y trocar como esperamos esta vida desgraciada con la eterna felicidad.»

Por la respuesta y palabras de don Pelayo se entendió la resolución que todos tenían de vencer ó morir en la demanda, pues apretados de tantas maneras, demás desto convidados con el perdón no se querían entregar ni daban oído á ningún partido. Fué pues forzoso venir á las manos y hacer

fuerza á los cercados. Combatieron con todo género de armas y con un granizo de piedras la entrada de la cueva; en que se descubrió el poder de Dios favorable á los nuestros y á los moros contrario, ca las piedras, saetas y dardos que tiraban, revolvían contra los que los arrojaban, con grande estrago que hacían en sus mismos dueños. Quedaron los enemigos atónitos con tan gran milagro: los cristianos animados y encendidos con la esperanza de la victoria salen de su escondrijo á pelear, pocos en número, sucios y de mal talle: la pelea fué de tropel y sin orden, cargaron sobre los enemigos con gran denuedo, que enflaquecidos y pasmados con el espanto que tenían cobrado, al momento volvieron las espaldas. Murieron hasta veinte mil dellos en la batalla y en el alcance: los demás desde la cumbre del monte Auseva, donde al principio se recogieron, huyendo pasaron al campo Libanense por do corre el río Deva. Allí sucedió otro milagro, y fué que cerca de una heredad, que deste suceso (como yo pienso) se llamó Causegadia, una parte de un monte cercano con todos los que en él estaban, de sí mismo se cayó en el río, y fué causa que gran número de aquellos bárbaros pereciesen. Duró por largo tiempo que se cavaban y descubrían en aquellos lugares pedazos de armas y huesos (en especial cuando con las crecientes del invierno las aguas comen las riberas) para muestra de aquella grande matanza. Pocos escaparon. Alcama pereció en la pelea, el obispo don Opas fué preso; entiéndese, aunque los historiadores lo callan, que conforme á las leyes de la guerra pagó con la vida: cosa muy verosímil por la grandeza de sus maldades y por no hallarse más mención dél en la historia adelante.

Retrato y muerte de San Fernando

Tratóse de pasar la guerra á Africa, y con este intento en las marinas de Vizcaya por mandado del rey don Fernando se apercibía una nueva y más gruesa armada, cuando una recia dolencia le sobrevino, de que finó en Sevilla á 30 de mayo el año que se contaba de 1252. Reinó en Castilla por espacio de treinta y cuatro años, once meses, veinte y tres días; en León veinte y dos años poco más ó menos. Fue varón dotado de todas las partes de ánima y de cuerpo que se podían desear, de costumbres tan buenas que por ellas ganó el renombre de Santo, título que le dió no más el favor del pueblo que el merecimiento de su vida y obras excelentes: muchos dudaron si fuese más fuerte, ó más santo, ó más afortunado. Era severo consigo, exorable para los otros, en todas las partes de la vida templado, y en conclusión, cumplió con todos los oficios de un varón y príncipe justo y bueno.

En ningún tiempo dió mayor muestra de santidad que á la muerte. Co-

mulgóle don Ramón, arzobispo de Sevilla. Al entrar el Sacramento por la sala se dejó caer de la cama, y puestos los hinojos en tierra, con un dogal al cuello y la cruz delante, como reo pecador pidió perdón de sus pecados á Dios con palabras de grande humildad; ya que quería rendir el alma, demandó perdón á cuantos allí estaban: espectáculo para quebrar los corazones, y con que todos se resolvían en lágrimas. Tomó la candela con ambas las manos, y puestos en el cielo los ojos: El reino (dijo), Señor, que me diste, y la honra mayor que yo merecía, te los vuelvo: desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo me ofrezco á la tierra: recibe, Señor mío, mi ánima; y por los méritos de tu santísima pasión ten por bien de la colocar entre los tus siervos. Dicho esto, mandó á la clerecía cantasen las Letanías y el *Te Deum laudamus*, y rindió el espíritu bienaventurado. A su hijo don Alonso, que nombró por heredero poco antes de morir, dió muchos avisos, y juntamente le encomendó con mucho cuidado á la reina doña Juana y sus hijos, de los cuales se hallaron á su muerte don Fadrique, don Enrique y don Felipe, que era electo prelado de Sevilla, y don Manuel; don Sancho electo de Toledo, no se halló por estar en su iglesia. Luego al día siguiente le hicieron el enterramiento y honras con aparato real. Su cuerpo fue sepultado en la iglesia mayor de Sevilla.

Cómo se hizo justicia de D. Álvaro de Luna

En un mismo tiempo el rey de Castilla se apoderaba del estado y tesoros de don Álvaro de Luna, y él mismo desde la cárcel en que le tenían trataba de descargarse de los delitos que le achacaban, por tela de juicio, del cual no podía salir bien, pues tenía por contrario al rey, y más irritado contra él por tantas causas. Los jueces señalados para negocio tan grave, sustanciado el proceso y cerrado, pronunciaron contra él sentencia de muerte. Para ejecutalla, desde Portillo, do le llevaron en prisión, le trajeron á Valladolid. Hiciéronle confesar y comulgar: concluído esto, le sacaron en una mula al lugar donde fué ejecutado, con un pregón que decía: «Esta es la justicia que manda hacer nuestro señor el rey á este cruel tirano, por cuanto él con grande orgullo é soberbia, y loca osadía, y injuria de la real majestad, la cual tiene lugar de Dios en la tierra, se apoderó de la casa y corte y palacio del rey nuestro señor, usurpando el lugar que no era suyo ni le pertenecía: é hizo é cometió en deservicio de nuestro señor rey, é menguamiento y abajamiento de su persona y dignidad, y del Estado y corona real, y en gran daño y deservicio de su corona y patrimonio, y perturbación y mengua de la justicia, muchos y diversos crímenes y excesos, delitos, maleficios, tiranías, cohecho: en pena de lo cual le mandan degollar porque la justicia de Dios y del rey sea ejecutada, y á

todos sea ejemplo que no se atrevan á hacer y cometer tales ni semejantes cosas. Quien tal hace, que así lo pague.»

En medio de la plaza de aquella villa tenían levantado un cadalso, y puesta en él una cruz con dos antorchas á los lados y debajo una alhombra. Como subió en el tablado, hizo reverencia á la cruz; y dados algunos pasos, entregó á un paje suyo que allí estaba el anillo de sellar con estas palabras: «Esto es lo postrero que te puedo dar.» Alzó el mozo el grito con grandes sollozos y llanto, ocasión que hizo saltar á muchos las lágrimas, causadas de los varios pensamientos que con aquel espectáculo se les representaban. Comparaban la felicidad pasada con la presente fortuna y desgracia, cosa que aun á sus enemigos hacía plañir y llorar. Hallóse presente Barrasa, caballerizo del príncipe don Enrique: llamóle don Álvaro y díjole: «Id y decid al príncipe de mi parte que en gratificar á sus criados no siga este ejemplo del rey su padre.» Vió un garfio de hierro clavado en un madero bien alto: preguntó al verdugo para qué le habían puesto allí, y á qué propósito. Respondió él que para poner allí su cabeza luego que se la cortase. Añadió don Álvaro: «Después de yo muerto, del cuerpo haz á tu voluntad, que al varón fuerte ni la muerte puede ser afrentosa, ni antes de tiempo y sazón al que tantas honras ha alcanzado.» Esto dijo, y juntamente desabrochado el vestido, sin muestra de temor, ábajó la cabeza para que se la cortasen á cinco del mes de julio. Varón verdaderamente grande, y por la misma variedad de la fortuna maravilloso. Por espacio de treinta años, poco más ó menos, estuvo apoderado de tal manera de la casa real, que ninguna cosa grande ni pequeña se hacía sino por su voluntad, en tanto grado, que ni el rey mudaba vestido ni manjar, ni recibía criado si no era por órden de don Álvaro y por su mano. Pero con el ejemplo deste desastre quedarán avisados los cortesanos que quieran más ser amados de sus príncipes que temidos, porque el miedo del señor es la perdición del criado, y los hados, (cierto, Dios) apenas permite que los criados soberbios mueran en paz.

Acompañó á don Álvaro por el camino y hasta el lugar en que le justiciaron Alonso de Espina, fraile de San Francisco, aquel que compuso un libro llamado *Fortalitium fidei*, magnífico título, bien que poco elegante: la obra erudita y excelente por el conocimiento que da y muestra de las cosas divinas y de la Escritura Sagrada. Quedó el cuerpo cortada la cabeza por espacio de tres días en el cadalso, con una bacía puesta allí para recoger limosna con que enterrasen un hombre que poco antes se podía igualar con los reyes: así se truecan las cosas. Enterráronle en San Andrés, enterramiento de los justiciados: de allí le trasladaron á San Francisco, monasterio de la misma villa; y los años adelante, en la iglesia Mayor de Toledo, en su capilla de Santiago, sus amigos, por permisión de los reyes le hicieron enterrar.

Cerco de Granada.—Descripción de la ciudad.—Santa Fe.—Incendio de la tienda real.—Tratan los moros de capitular

Pasaron los reyes el invierno en Sevilla; llegada la primavera, volvieron á la guerra. La Reina con sus hijos se quedó en Alcalá la Real para acudir á todo y proveer de lo necesario, y en breve, como lo hizo, pasar adelante y ser participante de la honra y del peligro de aquella empresa. Acudieron los grandes; los consejos y comunidades de las ciudades enviaron compañías de soldados á su sueldo, con que y las demás gentes el rey don Fernando en tres días llegó á vista de Granada un sábado, á 23 de abril, año de nuestra salvación de 1491. Asentó su campo y sus reales á los ojos de Guetar, que es una aldea legua y media de Granada. Desde allí envió al marqués de Villena con tres mil de á caballo para correr los montes que allí cerca están. Prometióle de seguirle él mismo con la fuerza del ejército para socorrerle si los moros de aquellos montes, gente endurecida en las armas, ó los de la ciudad por las espaldas le apretasen. Cumplió la promesa; adelantóse hasta llegar á Padul, y rechazó los moros que salieron de la ciudad para cargar el escuadrón del Marqués.

Con tanto, el Marqués pudo ejecutar fácilmente el orden que llevaba sin tropiezo; quemó nueve aldeas de moros, y cargado de mucha presa, se volvió para el Rey. Pareció que conforme aquel principio sería lo demás. Acordaron de pasar juntos adelante y hacer la tala en lo más adentro de la sierra. Hízose así; todo sucedió prósperamente. Dieron sacomano, quemaron y abatieron otras quince aldeas. Demás de esto, buen golpe de moros de á pie y de á caballo, que por ciertos senderos en lugares estrechos y á propósito pretendían atajar el paso á los nuestros, fueron desbaratados y echados de allí. La presa fué muy grande por estar aquella gente rica, á causa que de las guerras pasadas no les había cabido parte, ni de sus daños; y por ser la tierra á propósito para proveer á la ciudad de bastimentos, era forzoso procurar no lo pudiesen hacer.

Concluídas estas cosas sin recibir algún daño y sin sangre, dentro de tres días volvieron los soldados alegres al lugar de do salieron. En aquel puesto fortificaron sus reales con foso y trinchera por entonces. Pasaron alarde diez mil de á caballo y cuarenta mil infantes, la flor de España, juntada con grande cuidado, gente de mucho esfuerzo y valor. En la ciudad asimismo se hallaba gran número de gente de á pie y de á caballo, soldados de grande experiencia en las armas, todos los que escaparan de las guerras pasadas. La muchedumbre de los ciudadanos poco podían prestar, gente que comunmente bravean y se muestran feroces en tiempo de paz, mas en el peligro y á las puñadas cobardes.

La ciudad de Granada por su sitio, grandeza, fortificación, murallas y baluartes parecía ser inexpugnable. Por la parte de poniente se extiende una vega como de quince leguas de ruedo, muy apacible y muy fértil, así de sí misma, como por la mucha sangre que en ella se derramara por espacio de muchos años, que la engrasaba á fuer de letame, y por regarse con treinta y seis fuentes que brotan de aquellos montes cercanos, más fresca y provechosa de lo que fácilmente se podía encarecer. Por la parte de levante se empina la sierra de Elvira, en que antiguamente estuvo asentada la ciudad de Illiberris, como lo da á entender el mismo nombre de Elvira; la Sierra Nevada cae á la banda de mediodía, que con sus cordilleras trabadas entre sí llega hasta el mar Mediterráneo; sus laderas y haldas no son muy ásperas, y así están muy cultivadas y pobladas de gentes y casas. La ciudad está asentada parte en llano, y parte sobre dos collados, entre los cuales pasa el río Darro, que al salir de la ciudad se mezcla y deja su agua y su nombre en Genil, río que corre por medio de la vega y la baña por el largo. Las murallas son muy fuertes con mil y treinta torres á trechos, muy de ver por su muchedumbre y buena estofa. Antiguamente tenía siete puertas; al presente doce. No se puede sitiar por todas partes por ser muy ancha y los lugares muy desiguales. Por la parte de la vega, que es lo llano de la ciudad y por do la subida es muy fácil, está fortificada con torres y baluartes. En aquella parte está la iglesia mayor, mezquita en tiempo de moros de fábrica grosera, al presente de obra muy prima, edificada en el mismo sitio. Por su majestad y grandeza muy venerada de los pueblos comarcanos, señalada é ilustre, no tanto por sus riquezas, cuanto por el gran número y bondad de los ministros que tiene.

Cerca de este templo está la plaza de Bivarrambla y mercado, ancho doscientos pies, y tres tanto más largo: los edificios que la cercan tirados á cordel, las tiendas y oficinas cosa muy hermosa de ver, la calle del Zacatín, la Alcaicería. De dos castillos que tiene la ciudad, el más principal está entre levante y mediodía, cercado de su propia muralla y puesto sobre los demás edificios; llámase el Alhambra, que quiere decir *roja*, del color que la tierra por allí tiene, y es tan grande, que parece una ciudad. Allí la casa Real y monasterio de San Francisco, sepultura del marqués don Íñigo de Mendoza, primer alcaide y general. Las zanjas de este castillo abrió el rey Mahomad, llamado Mir; prosiguieron la obra los reyes siguientes; acabóla de todo punto el rey Juzef, por sobrenombre Bulhagix, como se entiende por una letra que se lee en arábigo sobre la puerta de aquel castillo en una piedra de mármol, que dice se acabó aquella obra en tiempo de aquel Rey, año de los moros 747, conforme á nuestra cuenta el año del Señor de 1346. Este mismo Rey hizo la muralla del Albaicín, que está enfrente de este castillo. El gasto fué tal, que por no parecer á la gente bas-

taban sus rentas y tesoros, corrió fama que se ayudó del arte del alquimia para proveerse de oro y plata. Entre estos dos castillos del Alhambra y del Albaicín está puesto lo demás de la ciudad, el arrabal de la Churra y calle de los Gomeles por la parte del Alhambra; por la opuesta la calle de Elvira y la ladera de Zenete, de mala traza lo más; las calles angostas y torcidas, por la poca curiosidad y primor que tenían los moros en edificar. Fuera de la ciudad el Hospital Real y San Jerónimo, suntuoso sepulcro del gran capitán Gonzalo Fernández. Refieren tenía sesenta mil casas, número descomunal que apenas se puede creer.

Este era el estado y disposiciones en que se hallaban las cosas de Granada. El cerco entendían iría á la larga; así la Reina con sus hijos vino á los reales, porque el rey don Fernando venía resuelto de poner el postrer esfuerzo y no desistir de la empresa hasta sujetar aquella ciudad.

Con este intento hacía de ordinario talar los campos á fin que los de la ciudad no tuviesen cómo se proveer de vituallas; y en el lugar en que se asentaron los reales hizo edificar una villa fuerte, que hasta hoy se llama de Santa Fe. La presteza con que la obra se hizo fué grande, y todo se acabó muy en breve. Dentro de las murallas tenían sus tiendas y alojamientos repartidos por su orden, sus cuarteles con sus calles y plazas á cierta distancia con una traza admirable. En el mismo tiempo diversas bandas de gente que se enviaban á robar, muchas veces escaramuzaban con los moros que salían contra ellos de la ciudad. En una refriega pasaron tan adelante, que ganaron á los moros la artillería, prendieron á muchos, y forzaron á los demás á meterse en la ciudad. El denuedo de los cristianos fué tal, que se arriscaron á llegar á la muralla de más cerca que antes solían y apoderarse de dos torres que servían á los contrarios de atalayas y de baluartes por tener en ellas puesta gente de guarnición.

La alegría que por estos sucesos recibieron los del Rey se hubiera de destemplar por un accidente no pensado. Fué así, que á 10 de julio, de noche, en la tienda del Rey se emprendió fuego, que puso á todos en gran turbación por el miedo que tenían de mayor mal. Los alojamientos por la mayor parte eran de enramadas, que por estar secas corrían peligro de quemarse, la Reina acaso se descuidó en dejar una candela sin apagar; así la tienda del Rey como las que le caían cerca comenzaron de tal manera á abrasarse, que no se podía remediar. El Rey sospechó no fuese algún engaño y ardid de los enemigos que se querían aprovechar de aquella ocasión. En los ánimos sospechosos aun lo imposible parece fácil. Salió en público, desnudo, embrazada una rodela y su espada. Para prevenir que los moros con tan buena ocasión no acometiesen los reales, el marqués de Cádiz se adelantó con parte de la caballería, y estuvo toda la noche alerta en un puesto por do los moros habían forzosamente de pasar. La turbación y

ruido fué mayor que el peligro y que el daño; así, el día siguiente volvieron á las talas.

Los días adelante asimismo diversas compañías fueron á los montes á robar. No dejaban reposar á los enemigos, ni les quedaba cosa segura, si bien en todas partes se defendían valientemente, irritados con la desesperación, que es muy fuerte arma. La cuita de los moros por todo esto era grande, tanto, que cansados con tantos males, y visto que nunca aflojaban, se inclinaron á tratar de partido. Bulcacín Mulch, gobernador y alcaide de la ciudad, salió á los reales á tratar de los conciertos y capitular. Señaló el Rey para platicar sobre ello á Gonzalo Fernández de Córdoba, que después fué gran capitán, y á Hernando de Zafra, su secretario.

Ventilado el negocio algunos días, finalmente fueron de acuerdo y pusieron por escrito estas capitulaciones, que se juraron por ambas partes á 25 de noviembre. Dentro de sesenta días los moros entreguen los dos castillos, las torres y puertas de la ciudad. Hagan homenaje al rey don Fernando, y juren de estar á su obediencia y guardarle toda lealtad. A todos los cristianos cautivos pongan en libertad sin algún rescate. Entre tanto que estas condiciones se cumplen, den en rehenes dentro de doce días quinientos hijos de los ciudadanos moros más principales. Quédense con sus heredades, armas y caballos; entreguen solamente la artillería. Tengan sus mezquitas y libertad de ejercitar las ceremonias de su ley. Sean gobernados conforme á sus leyes, y para esto se les señalarán de su misma nación personas con cuya asistencia y por cuyo consejo los gobernadores puestos de parte del Rey harán justicia á los moros. Los tributos de presente por espacio de tres años se quiten en gran parte, y para adelante no se impongan mayores de lo que acostumbraban de pagar á sus reyes. Los que quisiesen pasar á África puedan vender sus bienes, y sin fraude ni engaño se les hayan de dar para el pasaje naves en los puertos que ellos mismos nombraren. Concertaron otrosí que á Boabdil restituyesen su hijo y los demás rehenes que el tiempo pasado dió al Rey, pues entregada la ciudad y cumplido todo lo ál del asiento, no era necesaria otra prenda ni seguridad. En cumplimiento los trajeron del castillo de Moclín en que los tenían para se los entregar.

De un alboroto que se levantó en la ciudad: discurso contra los españoles.—Razonamiento de Boabdil: apacíguanse los amotinados

Concertóse la entrega de Granada con las capitulaciones que acabamos de contar; lo cual todo puso en cuentos de desbaratarse cierta ocasión que avino, ni muy ligera ni muy grande. El vulgo, y más de los moros, es de

muy poca fe y lealtad, mudable, amigo de alborotos, enemigo de la paz y del sosiego, finalmente poco basta para alterarle. Un cierto moro, cuyo nombre no se refiere, como si estuviera frenético y fuera de sí, con palabras alborotadas no cesaba de persuadir al pueblo que tomase las armas. Decía que debajo de capa de amistad y de mirar por ellos les tramaban traición, engaño y asechanzas. Que Boabdil y los principales de la ciudad sólo tenían nombre de moros, que de corazón favorecían á los contrarios. «Yugo de perpetua esclavonía es el que ponen sobre vos y sobre vuestros cuellos; mirad bien lo que hacéis, catad que os engañan y se burlan de vos. Que si es cosa pesada sufrir las miserias, cuitas y peligros presentes, mayor mengua será, por no sufrir un poco de tiempo los trabajos, trocar los menores y breves males con los que han de durar para siempre y son más pesados. Mas ¿qué seguridad dan que nos guardarán lo que prometen y la palabra? No trato de los bienes que con la misma vanidad dicen nos los dejarán, como si los nuevos ciudadanos se hubiesen de sustentar de otras heredades. ¿Por ventura ignoráis cuánta sed tienen de vuestra sangre? ¿Dejarán de vengar los padres y parientes que en gran parte han perdido en el discurso de estas guerras?

«No quiero tratar de lo pasado; un año ha que nos tienen cercados, y si nos han aquejado, ellos no han sufrido menores daños. Muchas veces han quedado tendidos en el campo, y no menos han estado ellos cercados dentro de sus estancias que nos en la ciudad, y aun para defenderse han tenido necesidad de edificar un nuevo pueblo. Serían insensibles y de piedra si entregada la ciudad no hiciesen las exequias de sus muertos con derramar vuestra sangre, de que están muy sedientos á manera de fieras muy bravas. La verdad es que no somos hombres, y si lo somos, sufrámonos un poco, que Dios nos ayudará y nuestro profeta Mahoma. Las profecías antiguas y las estrellas nos favorecen, pero si mostramos esfuerzo; que contra los cobardes las piedras se levantan.

«Si decís que hay falta de mantenimiento, con repartirle por tasa y hacer cala y cata de lo que los particulares tienen escondido, nos podemos entretener muchos días, y acabadas todas las vituallas, ¿qué inconveniente hay que nos sustentemos de los cuerpos y carne de la gente flaca que no son á propósito para pelear? Diréis sería cosa nueva, grande y espantable maldad. Respondo que si no tuviésemos ejemplo de los antiguos que se valieron de esto en semejante peligro, yo juzgaría sería muy bueno dar principio y abrir camino para que nuestros descendientes en otro tal aprieto nos imitasen. Mi resolución es que si no podemos evitar ni excusar la muerte, excusemos siquiera los tormentos y afrentas que nos amenazan. Yo á lo menos no veré tomar, saquear y poner á fuego y á sangre mi patria, ser arrebatadas las madres, las doncellas, los niños para ser esclavos.

Que si os contenta esto mismo, sed hombres, tomad las armas, desbaratad este mal concierto. No debéis usar de recato ni dilación, donde el detenerse es más perjudicial que el resolverse y arrojarse.»

Predicaba estas cosas con ojos encendidos, con rostro espantable y á gritos por las calles y plazas, con que amotinó veinte mil hombres, que tomaron las armas y andaban como locos y rabiosos. No se sabía la causa del daño ni lo que pretendían, que hacía más dificultoso el remedio. Boabdil, llamado el rey Chiquito, por no tener ya autoridad ninguna y temer en tan gran revuelta no le perdiesen el respeto, se estuvo dentro del Alhambra. La muchedumbre y canalla tiene las acometidas primeras muy bravas; mas luego se sosiega, mayormente que estaba sin cabeza y sin fuerzas, y sus intentos por ende desvariados. Así, el día siguiente, algún tanto sosegada aquella tempestad, pasó al Albaicín, do tenía la gente aficionada. Juntó los que pudo y hablóles de esta manera:

«Por vuestro respeto, no por el mío, como algunos con poca vergüenza han sospechado, he venido á amonestaros lo que os está bien, de que es bastante prueba que con tener en mi poder el castillo del Alhambra, no quise llamar al enemigo y entregaros en sus manos, magüer que me lo teníais bien merecido. Ni aun antes de ahora en tanto que con vuestras fuerzas os defendíais ó esperabais socorro de otra parte, ni en tanto que en la ciudad duró la provisión, os persuadí que trataseis de paz. Bien confieso haber en muchas cosas errado, en fiarme del enemigo y en alzarme con el reino contra mi padre, pecados que los tengo bien pagados. Perdida toda la esperanza, hice asiento con el enemigo, si no aventajado, á lo menos conforme al tiempo y necesario. No puedo entender qué alegan estos hombres locos y sandios para desbaratar la paz que está muy bien asentada. Si de alguna parte hay remedio, yo seré el primero á quebrantar lo concertado; pero si todo nos falta, las fuerzas, las ayudas, la provisión y casi el mismo juicio, ¿á qué propósito con locura, ó ajena si os descontenta, ó vuestra si venís en este dislate, queréis despeñaros en vuestra perdición? De dos inconvenientes, cuando ambos no se pueden excusar, que se abrace el menor aconsejan los sabios, cuales yo me persuadiría sois los que presentes estáis, si el alboroto pasado no me hiciera trocar parecer. Todo lo que tenéis es del vencedor, la necesidad aprieta; lo que dejan debéis de pensar es gracia, y os la halláis. No trato si los enemigos guardarán la palabra; yo confieso que muchas veces la han quebrantado. El hacer confianza es causa que los hombres guarden fidelidad, especial que para seguridad podemos pedir nos den en rehenes castillos ó personas principales; que con el deseo que el enemigo tiene de concluir la guerra, no reparará en nada.»

Con este razonamiento los ánimos alterados del pueblo se sosegaron. Muchas veces, así los remedios de semejantes alteraciones como las cau-

sas, son fáciles. Qué se haya hecho del moro que amotinó el pueblo, no se dice; puédese entender que huyó. Consta que el rey Chiquito, avisado por el peligro pasado y por miedo que entre tanto que los días que tenían concertados para entregar la ciudad se pasasen, podrían de nuevo resultar revoluciones y novedades, sin dilación envió una carta al rey don Fernando con un presente de dos caballos castizos, una cimitarra y algunos jaeces. Avisábale de lo que pasara en la ciudad, del alboroto del pueblo, que convenía usar de presteza para atajar novedades, viniese aína, pues pequeña tardanza muchas veces suele ser causa de grandes alteraciones. Finalmente, que muy en buen hora, pues así era la voluntad de Dios, el día siguiente le entregaría el Alhambra y el reino como á vencedor de su mano misma, que no dejase de venir como se lo suplicaba.

Entrada de los Reyes católicos en Granada.—Piedad y regocijo de los monarcas.—Juicio del historiador acerca de estos príncipes: su retrato

Esta carta llegó á los reales el día de año nuevo, la cual como el rey don Fernando leyese, bien se puede entender cuanto fué el contento que recibió. Ordenó que para el día siguiente, que es el que en Granada se hace la fiesta de la toma de aquella ciudad, todas las cosas se pusiesen en orden. Él mismo, dejado el luto que traía por la muerte de su yerno don Alonso, príncipe de Portugal, vestido de sus vestiduras reales y paños ricos, se encaminó para el castillo y la ciudad con sus gentes en ordenanza y armados como para pelear, muy lucida compañía y para ver. Seguíanse poco después la Reina y sus hijos, los grandes, arreados de brocados y sedas de gran valor. Con esta pompa y repuesto al tiempo que llegaba el Rey cerca del alcázar, Boabdil, el rey Chiquito, le salió al encuentro acompañado de cincuenta de á caballo. Dió muestra de quererse apear para besar la mano real del vencedor; no se lo consintió el Rey. Entonces, puestos los ojos en tierra y con rostro poco alegre: «Tuyos, dice, somos, Rey invencible; esta ciudad y reino te entregamos, confiados usarás con nosotros de clemencia y de templanza.» Dichas estas palabras, le puso en las manos las llaves del castillo. El Rey las dió á la Reina, y la Reina al Príncipe, su hijo; de él las tomó don Íñigo de Mendoza, conde de Tendilla, que tenía el Rey señalado para la tenencia de aquel castillo y por capitán general en aquel reino, y á don Pedro de Granada por alguacil mayor de la ciudad, y á don Alonso, su hijo, por general de la armada de la mar.

Entró, pues, con buen golpe de á caballo en el castillo. Seguíale un buen acompañamiento de señores y eclesiásticos. Entre éstos los que más se señalaban eran los prelados de Toledo y de Sevilla, el maestre de San-

tiago, el duque de Cádiz, fray Hernando de Talavera, de obispo de Ávila electo por arzobispo de aquella ciudad, el cual, hecha oración como es de costumbre en acción de gracias, juntamente puso el guión que llevaba delante de sí el cardenal de Toledo, como primado, en lo más alto de la torre principal y del homenaje, á los lados dos estandartes, el real y el de Santiago. Siguióse un grande alarido y voces de alegría, que daban los soldados y la gente principal. El Rey, puestos los hinojos con grande humildad, dió gracias á Dios por quedar en España desarraigado el imperio y nombre de aquella gente malvada, y levantada la bandera de la cruz en aquella ciudad, en que por tanto tiempo prevaleció la impiedad con muy hondas raíces y fuerza. Suplicábale que con su gracia llevase adelante aquella merced y fuese durable y perpetua.

Acabada la oración, acudieron los grandes y señores á darle el parabién del nuevo reino, é hincada la rodilla, por su orden le besaron la mano. Lo mismo hicieron con la Reina y con el Príncipe, su hijo. Acabado este auto, después de yantar, se volvieron con el mismo orden á los reales por junto á la puerta más cercana á la ciudad. Dieron al rey Chiquito el valle de Purchena, que poco ántes se ganó en el reino de Murcia de los moros, y señaláronle rentas con que pasase, si bien no mucho después se pasó á África; que los que se vieron reyes no tienen fuerzas ni paciencia bastante para llevar vida de particular. Quinientos cautivos cristianos, según que tenían concertado, fueron sin rescate puestos en libertad. Éstos en procesión luego el otro día después de misa se presentaron con toda humildad al Rey. Daban gracias á los soldados por aquel bien que les vino por su medio. Alababan lo mucho que hicieron por el bien de España, por ganar prez y honra y por el servicio de Dios; llamábanlos reparadores, padres y vengadores de la patria. No pareció entrar en la ciudad ántes de estar para mayor seguridad apoderados de las puertas, torres, baluartes y castillos; lo cual todo hecho, el cuarto día adelante, por el mismo orden que la primera vez, entraron en la ciudad.

En los templos que para ello tenían aderezados cantaron himnos en acción de gracias; capitanes y soldados á porfía engrandecían la majestad de Dios por las victorias que les dió unas sobre otras y los triunfos que ganaron de los enemigos de cristianos. Los reyes don Fernando y doña Isabel con los arreos de sus personas, que eran muy ricos, y por estar en lo mejor de su edad y dejar concluída aquella guerra y ganado aquel nuevo reino, representaban mayor majestad que ántes. Señalábanse entre todos, y entre sí eran iguales; mirábanlos como si fueran más que hombres y como dados del cielo para la salud de España. Á la verdad ellos fueron los que pusieron en su punto la justicia, ántes de su tiempo estragada y caída. Publicaron leyes muy buenas para el gobierno de los pueblos y para

sentenciar los pleitos. Volvieron por la religión y por la fe, fundaron la paz pública, sosegadas las discordias y alborotos, así de dentro como de fuera. Ensancharon su señorío, no solamente en España, sino también en el mismo tiempo se extendieron hasta lo postrero del mundo. Lo que es mucho de alabar, repartieron los premios y dignidades, que los hay muy grandes y ricos en España, no conforme á la nobleza de los antepasados ni por favor de cualquier que fuese, sino conforme á los méritos que cada uno tenía, con que despertaron los ingenios de sus vasallos para darse á la virtud y á las letras.

De todo esto cuánto provecho haya resultado, no hay para qué decirlo; la cosa por sí misma y los efectos lo declaran. Si va á decir verdad, ¿en qué parte del mundo se hallarán sacerdotes y obispos ni más eruditos ni más santos? ¿Dónde jueces de mayor prudencia y rectitud? Es así, que ántes de estos tiempos pocos se pueden contar de los españoles señalados en ciencia; de aquí adelante ¿quién podrá declarar cuán grande haya sido el número de los que en España se han aventajado en toda suerte de letras y erudición?

Eran el uno y el otro de mediana estatura, de miembros bien proporcionados, sus rostros de buen parecer, la majestad en el andar y en todos los movimientos igual, el aspecto agradable y grave, el color blanco, aunque tiraba algún tanto á moreno. En particular el Rey tenía el color tostado por los trabajos de la guerra, el cabello castaño y largo, la barba afeitada á fuer del tiempo, las cejas anchas, la cabeza calva, la boca pequeña, los labios colorados, menudos los dientes y ralos, las espaldas anchas, el cuello derecho, la voz aguda, el habla presta, el ingenio claro, el juicio grave y acertado, la condición suave y cortés y clemente con los que iban á negociar. Fué diestro para las cosas de la guerra, para el gobierno sin par, tan amigo de los negocios, que parecía con el trabajo descansaba. El cuerpo no con deleites regalado, sino con el vestido honesto y comida templada acostumbrado y á propósito para sufrir los trabajos. Hacía mal á un caballo con mucha destreza; cuando más mozo se deleitaba en jugar á los dados y naipes; la edad más adelante solía ejercitarse en cetrería, y deleitábase mucho en los vuelos de las garzas. La Reina era de buen rostro, los cabellos rubios, los ojos zarcos, no usaba de algunos afeites, la gravedad, mesura y modestia de su rostro singular. Fué muy dada á la devoción y aficionada á las letras. Alcanzó alguna noticia de la lengua latina, ayuda de que careció el rey don Fernando por no aprender letras en su pequeña edad; gustaba empero de leer historias y hablar con hombres letrados.

El mismo día que nació el rey don Fernando, según que algunos lo refieren, en Nápoles cierto fraile carmelita, tenido por hombre de santa

vida, dijo al rey don Alonso, su tío: «Hoy en el reino de Aragón ha nacido un infante de tu linaje; el cielo le promete nuevos imperios, grandes riquezas y ventura; será muy devoto, aficionado á lo bueno, y defensor excelente de la cristiandad.» Entre tantas virtudes casi era forzoso, conforme á la fragilidad de los hombres, tuviese algunas faltas. La avaricia de que le tachan se puede excusar con la falta que tenía de dineros y estar enajenadas las rentas reales. Al rigor y severidad en castigar de que asimismo le cargan, dieron ocasión los tiempos y las costumbres tan estragadas. Los escritores extraños le achacan de hombre astuto, y que á veces faltaba en la palabra, si le venía más á cuento. No quiero tratar si esto fué verdad, si invención en odio de nuestra nación; sólo advierto que la malicia de los hombres acostumbra á las virtudes verdaderas poner nombre de los vicios que le son semejables, como también al contrario engañan y son alabados los vicios que semejan á las virtudes; además que se acomodaba al tiempo, al lenguaje, al trato y mañas que entonces se usaban.

D. FRANCISCO DE MONCADA

DE LA EXPEDICIÓN DE LOS CATALANES Y ARAGONESES CONTRA GRIEGOS Y TURCOS

Pelean con todo el poder de los turcos los catalanes y aragoneses en las faldas del monte Tauro, y alcanzan de ellos señaladísima victoria

Poco antes que llegasen á las faldas del monte Tauro, que divide la provincia de Cilicia de Armenia la menor, hicieron alto, y trataron de que primero se reconociesen las entradas y pasos peligrosos, sospechando siempre, como sucedió, que el enemigo no les aguardase. En tanto que esto se consultaba, nuestra caballería, que reconocía la campaña, descubrió el ejército enemigo, que aguardaba el nuestro entre los valles de las faldas del monte. Tocóse arma en ambos ejércitos; y los turcos viéndose descubiertos y que su traza había salido vana y sin fruto, se resolvieron luego de salir á lo llano, y acometer á los nuestros, que venían algo fatigados del camino, antes que pudiesen descansar ni mejorar de puesto. Había en el campo de los turcos veinte mil infantes y diez mil caballos, y la mayor parte de ellos eran de los que habían escapado de las rotas pasadas. Tendióse su caballería por el lado izquierdo, y la infantería por el derecho, la vuelta del campo cristiano. Opúsose Roger con su caballería á la

del enemigo, que por la frente y costado cerró con la nuestra. Rocafort, con su infantería, y Marulli, hizo lo mismo, habiendo primero los almugávares hecho su señal acostumbrada en los encuentros más árduos, que era dar con las puntas de las espadas y picas por el suelo, y decir: *Despierta, hierro;* y fué cosa notable lo que hicieron aquel día, que antes de vencer se daban unos á otros la norabuena, y se animaban con cierta confianza del buen suceso.

Trabóse la batalla en puesto igual para todos, con grandes y varias voces, peleándose valerosamente, porque pendía la vida y la libertad de entrambas partes de la victoria de aquel día. Si los nuestros quedaran vencidos, por ser poco prácticos en la tierra y tener tan lejos la retirada, fuera cierta su muerte, ó lo que se tuviera por peor, quedar cautivos en poder de aquellos bárbaros ofendidos. Los turcos tenían también igual peligro; porque los naturales de aquellas provincias cristianas adonde estaban, viéndolos rotos ó vencidos, los acabaran sin duda, satisfaciendo en ellos una justa venganza. En el primer encuentro, por la multitud y número infinito de los bárbaros, se corrió gran riesgo y estuvo la victoria muy dudosa; pero cobraron nuevo ánimo y vigor; porque los capitanes repitieron segunda vez el nombre de Aragón, y desde entonces parece que esta voz infundió en los enemigos temor, y en los nuestros un esfuerzo nunca visto. Y como ya de una y otra parte se había llegado á los golpes de alfanjes y espadas, en que los nuestros tenían tanta ventaja por las armas defensivas, luego se comenzó á inclinar la victoria por nuestra parte. Los catalanes ejecutaban en los vencidos su rigor y furia acostumbrada en las guerras contra los infieles; que aquel día en los turcos todo fué desesperación, ofreciéndose á la muerte con tanta determinación y gallardía, que no se conoció en alguno de ellos muestras de quererse rendir, ó fuese por estar resueltos de morir como gente de valor, ó porque desesperaron de hallar en los vencedores piedad. En tanto que sus brazos pudieron herir, siempre hicieron lo que debían, y cuando desfallecían, con el semblante y los ojos mostraban que el cuerpo era vencido, no el ánimo. Los nuestros no contentos de haberlos hecho desamparar el campo, los siguieron con el mismo rigor que pelearon en la batalla. La noche y el cansancio de matar dió fin al alcance. Estuvieron hasta la mañana con las armas en la mano. Salido el sol, descubrieron la grandeza de la victoria; grande silencio en todas aquellas campañas, teñida la tierra en sangre, por todas partes montones de hombres y caballos muertos, que afirma Montaner que llegaron á número de seis mil caballos y doce mil infantes, y que aquel día se hicieron tantos y tan señalados hechos de armas, que apenas se pudieran ver mayores; y con encarecer esto no refiere alguno en particular, con grande injuria y agravio de nuestros tiempos, pues tales hazañas merecieran perpetua memoria.

Quedó con tanto brío nuestra gente después de esta victoria, y tan perdido el miedo á las mayores dificultades, que pedían á voces que pasasen los montes y entrasen á la Armenia, porque querían llegar hasta los últimos fines del imperio romano, y recuperar en poco tiempo lo que en muchos siglos perdieron sus emperadores; pero los capitanes templaron esta determinación tan temeraria, midiendo, como era justo, sus fuerzas con la dificultad de la empresa.

Los pocos que quedaron en Galípoli dan barreno á todos los navíos de la armada

Preso Berenguer de Entenza, y muertos los mejores caballeros y soldados que le siguieron, quedaron solos en Galípoli con Rocafort, su senescal, mil y doscientos infantes y doscientos caballos, y cuatro caballeros, buenos soldados, Guillén Siscar y Juan Pérez de Caldes, catalanes, y Fernando Gori y Jimeno de Albaro, aragoneses, y con ellos Ramón Montaner, capitán de Galípoli. Este tan poco número de gente defendió aquella plaza, y cuando supieron que Berenguer con su armada se había perdido, y que el socorro que esperaban había de venir por su mano ya no tenía lugar, y aunque reconocieron el peligro cierto, no perdieron el ánimo; ántes cobrando de la adversidad mayor esfuerzo, dieron ejemplo raro á los venideros de lo que se debe hacer en casos donde el honor corre riesgo de que alguna mal advertida resolución manche su limpieza conservada largos años sin nota de infamia. Tuvieron consejo, y en él hubo diferentes pareceres. Hubo algunos que les pareció forzoso el desamparar á Galípoli, y que tratar de defenderla era desatino; que se embarcasen en sus navíos y fuesen la vuelta de la isla de Metellín, porque con facilidad la podrían ganar y con la misma defenderla, de donde correrían aquellos mares con más seguridad suya y daño del enemigo; y que sus pocas fuerzas no daban lugar á mayor satisfacción. Fué tan mal recibido este consejo de los más, que con palabras llenas de amenazas le contradijeron, y determinaron que Galípoli se defendiese, y que fuese tenido por infame y traidor el que lo rehusase. Estimaron en tanto su determinación, que por quitarse el poder de mudarla, barrenaron los navíos; con que perdieron la esperanza de la retirada por mar, quedándoles la que abriesen sus espadas en los escuadrones enemigos.

Siguieron el ejemplo de Agatocles, en África, y le dieron á Hernán Cortés en el nuevo mundo; entrambos celebrados en la memoria de los hombres por los más ilustres que el valor humano pudo emprender. Agatocles, rey de Sicilia, pasó con una armada á la África contra los cartagineses. Echada su gente en tierra, echó á fondo sus navíos, con que forzosamente

hubo de vencer ó morir; pero éste tenía más confianza y razón de vencer, porque llevaba consigo treinta mil hombres, y la guerra solamente contra Cartago. Los catalanes se hallaron pocos, lejos de su patria, y la guerra contra todas las naciones del oriente. Superior á la mayor alabanza fué la determinación de Cortés; porque ¿quién pudo en ignotas provincias, distando inmenso espacio de su patria, echar á fondo sus navíos y escoger una muerte casi cierta por una victoria imposible, sino un varón á quien Dios con admirable providencia permitió que fuese el que á su verdadero culto redujese la mayor parte de la tierra? No quiero hacer juicio si éste ó el de los catalanes fué mayor hecho, porque pienso que son entrambos tan grandes, que fuera hacerles notable injuria si para preferir al uno buscáramos en el otro alguna parte menos ilustre por donde le pudiéramos juzgar por inferior. Españoles fueron todos los que lo emprendieron, sea común la gloria.

Salen los nuestros de Galípoli á pelear con los griegos, y reportan de ellos señaladísimo triunfo

Después de barrenados los navíos, contentos de verse fuera de peligro de perder la reputación con la retirada, dispusieron su gobierno. Dieron á Rocafort doce consejeros por cuyo parecer se gobernase. Esta elección se hacía por los votos de la mayor parte del ejército, y su poder en los consejos era igual al de Rocafort, y él ejecutaba lo que por parecer de los demás se resolvía. Hicieron sello para sus despachos y patentes, con la imagen de San Jorge, y escritas en su orla estas letras: *Sello de la hueste de los francos que reinan en Tracia y Macedonia.* Prudentemente, á mi juicio, pusieron en lugar de catalanes, francos, por ser más universal y menos aborrecido, y quisieron mostrar que aquel ejército era compuesto de casi todas las naciones de Europa contra los griegos, y que era causa común de todos el socorrerlos. Por grandeza de ánimo tengo no estrecharse los hombres al nombre de su patria, porque con este nombre no se extrañasen los españoles de otras provincias, italianos y franceses; sino dilatarle por todo el orbe de la tierra, patria común de todos los vivientes.

El enemigo se venía llegando á las murallas de Galípoli y estrechaba á los sitiados; y como en las ordinarias escaramuzas, aunque con mayor daño de los griegos, se perdía gente de nuestra parte, resolvieron de salir á pelear con todas sus fuerzas y aventurar en un trance de una batalla su vida y libertad: consejo que le deben seguir los que no pueden largo tiempo conservar la guerra. No se hallaron en Galípoli para salir á pelear, entre infantes y caballeros, mil y quinientos, puesto que Nicéforo dice que fueron tres mil; pero el autor escribió por relación de los griegos, á

quien el temor pudo engañar y parecer doblado el número de los enemigos. Levantaron un estandarte, antes de salir á pelear, con la imagen de San Pedro; pusiéronle sobre la torre principal de Galípoli con grandes demostraciones de piedad; y puestos de rodillas, después de haber hecho una breve oración al Santo, invocaron á la Virgen. Al tiempo que empezaron la Salve con devotas aunque confusas voces, estando el cielo sereno, los cubrió una nube, y llovió sobre ellos hasta que acabaron, y luego de improviso se desvaneció. Quedaron admirados de tan gran prodigio, y sintieron en sus corazones grandes afectos de piedad y religión, con que les creció el ánimo, y tuvieron por cierta la victoria, pues con tan claras señales el cielo los favorecía.

Reposaron aquella noche, no con poco cuidado de que fuese la última de su vida. Sábado por la mañana, que fué el siguiente, á los 21 de junio, salieron de sus murallas y reparos. El enemigo, dejando por guarda de sus reales, que estaban en Brachialo, dos millas de Galípoli, parte de su ejército, con ocho mil caballos y mayor número de infantes se adelantó á pelear. Los nuestros echaron su caballería por el lado izquierdo de su infantería, abrigándose por el derecho del terreno algo quebrado. Guillén Pérez de Caldes, caballero anciano de Cataluña, llevaba el estandarte del rey de Aragón; Fernán Gori el de don Fadrique, rey de Sicilia; que olvidados de sus príncipes, jamás olvidaron su memoria; el de San Jorge dieron á Jimeno de Albaro, y Rocafort encomendó el suyo á Guillén de Tous. Las centinelas que estaban en lo alto de las torres de Galípoli dieron la señal de acometer, porque descubrían mejor al enemigo, que venía mejorándose por los collados. Cerraron de una y otra parte con gallardía, y fué tanta la furia del primer encuentro, que afirma Montaner que los que quedaron dentro de Galípoli les pareció que todo el lugar venía al suelo, á semejanza de terremoto. No pudieron los griegos contra soldados tan prácticos y valientes, aunque con tanta desigualdad, salir con victoria. Dieron luego la vuelta hacia sus reales, donde pensaron rehacerse. Los que quedaron en su defensa, viendo su gente rota, salieron á detener al enemigo, que con furia y rigor increíble venía ejecutando la victoria.

El nuevo socorro de gente descansada detuvo algo á los vencedores, porque era la mejor del ejército; pero repetido el nombre de San Jorge, cerraron con igual ánimo, y segunda vez vencieron á los griegos, ganándoles sus alojamientos. Volvieron las espaldas Humberto Palor, Basila y el grande Eteriarca. Siguióse el alcance veinte y cuatro millas hasta Monocastano, degollando siempre sin resistencia alguna, porque la huída les hizo dejar las armas con que apretados pudieran defenderse de los nuestros, que esparcidos, cansados y pocos, los seguían; pero la vileza de los griegos era tanta, que refiere un autor que por las heridas en el rostro no

osaban volverle, aunque con solo este riesgo se pudieran defender; última miseria á que puede llegar un hombre, cuando teme las heridas más que la infamia. La mayor parte de los griegos vencidos murieron ahogados, porque seguidos de los catalanes, de quien no esperaban buena guerra, sino afrenta y muerte, se arrojaban en los barcos y leños de la ribera, cargando en ellos más gente de la que pudieran llevar; con cuyo peso, con la priesa de los que entraban, venían al fondo y se abrían, ayudando á esta pérdida los propios catalanes, que metidos en el agua, á cuchilladas, y asidos de los bordes de los barcos, les forzaban á echarse en el agua ó morir.

Con la noche dejaron el alcance, y cerca de la media volvieron á Galípoli, sin haber reconocido los despojos que el enemigo les dejaba, juzgando por mayor ganancia quitar vidas y derramar sangre de los que con tanta impiedad quitaron las de sus compañeros y amigos. A la mañana salieron á recoger la presa, y fué de manera, que tardaron ocho días en retirarla dentro de Galípoli; vestidos de seda y oro (en aquel tiempo más estimados por no ser tan comunes) en gran cantidad, armas lucidas y joyas de mucho precio, tres mil caballos de servicio, y bastimentos en tanta abundancia, que en muchos días no se pudiera temer en Galípoli falta de ellos. Murieron de los vencidos veinte mil infantes y seis mil caballos, y de los nuestros un caballo y dos infantes: no me atreviera á referirlo, por parecerme caso imposible, si autores de mucho crédito no refirieran semejantes acontecimientos. Paulo Orosio, escritor antiguo y cristiano, cuenta de Agatocles que degolló con dos mil hombres treinta mil cartagineses con su general Annón, y él perdió solos dos hombres.

P. LUIS DE LA PALMA S. J.

DE LA HISTORIA DE LA SAGRADA PASIÓN

Es quitado de la cruz el cuerpo del Salvador y puesto en la sepultura

Salieron José y Nicodemus de la ciudad con todos los instrumentos y ministros que eran necesarios para quitar el cuerpo del Señor de la cruz. La Virgen nuestra Señora y Madre de nuestro Salvador, con ánimo varonil y maravillosa constancia estaba acompañando al cuerpo difunto de su Hijo, y haciendo presencia al misterio de la cruz con profundísima humildad y altísima conformidad con la voluntad de Dios. No tenía solicitud ni

congoja de la sepultura, porque sabía que esto estaba á cargo de Dios, y esperaba con ánimo quieto y sosegado lo que él acerca de esto disponía: atendía solamente á lo que estaba á su cargo, que era no desamparar aquel puesto, sino llevar con igualdad y perseverancia la parte que le cabía en la cruz; esto es, en los dolores y deshonra de su Hijo. Sentían las entrañas maternales de la Virgen la muerte tan atroz de su querido Hijo; el alma estaba atravesada con aquel espectáculo que tenía delante de sus ojos; y de las olas del corazón revolvían á los ojos copiosas avenidas de lágrimas que con grande serenidad y mesura corrían por su divino rostro.

¡Oh Virgen soberana! no menos favorecida y ayudada de Dios que afligida y traspasada de dolores, en quien sola entre las puras criaturas derramó Dios los tesoros de su gracia, y obró cosas grandes el que es todopoderoso; pues que el Espíritu, que era su maestro y moraba dentro de ella, ninguna ocasión perdía de enseñarla, y por medio de aquel libro que tenía delante abierto sobre la cruz, le comunicaba por momentos nuevas luces y nuevos resplandores, y encendía en su voluntad nuevos fuegos y ardores, y le manifestaba, cuanto es posible en esta vida, los tesoros de la sabiduría de Dios que estaban escondidos en su Hijo. ¡Oh sagrario divino de la Santísima Trinidad, en cuyo pecho se obraron los primores más delicados de la gracia, y en cuyas alabanzas los que menos saben son más atrevidos, y los que algo alcanzan se hallan cortos y mudos! Fué tanto lo que con las ocasiones de este día creciste en conocimiento y amor, que los querubines se hallan ignorantes, y tibios los serafines en tu acatamiento. Y aunque los ángeles de paz lloraban este día amargamente, estuvieran con todo eso solas y faltas de solemnidad las exequias del Hijo de Dios, si no estuvieran honradas y acompañadas con las lágrimas devotas de su Madre, que le conocía más que todos y le amaba sobre todos. ¡Oh maravillosa disposición de la divina Providencia, que así se deleitaba con las penas de la Virgen y se regalaba con sus lágrimas! Por cuanto si un agua olorosa es de tanta más estima cuanto se destila de yerbas y de flores más virtuosas y de más fragancia y suavidad, ¿de cuánta estima serían en los ojos de Dios aquellas lágrimas que procedían de tanta reverencia, de tanto amor y de tanto dolor, de tanto conocimiento y de tan alta admiración, de tan humilde agradecimiento y de tanta conformidad y tan fervoroso ofrecimiento?

En esta contemplación estaba la Virgen ocupada, acompañada del Evangelista y de las otras santas mujeres, honrando la muerte de su Hijo con sus lágrimas, y más con los afectos de su corazón, cuando llegaron al Calvario aquellos dos nobles varones José y Nicodemus con los demás que los acompañaban. Acercáronse luego las demás mujeres y cogieron en medio á la Virgen, la cual como Madre del difunto representaba la viudez y orfandad de toda la Iglesia; y el Evangelista que hacía oficio de buen hijo, se

adelantó al recibimiento. No se oían otras razones sino lágrimas, ni había otros cumplimientos sino sollozos; principalmente cuando llegaron á la afligida Madre, que tenía delante de sus ojos muerto y colgado de una cruz al Hijo de sus entrañas. ¡Espectáculo doloroso, y que quebrara el corazón de los más duros y extraños!

Hiciéronla cortesía y reverencia: lloraba ella y lloraban ellos, y no era posible hablarse otra palabra; finalmente la dirían: «Ya, Señora, es pasada esta tormenta; ya vuestro Hijo descansa, y ha sido vencedor de entre las manos de tan furiosos enemigos. ¡Oh Señora, mucho tenéis de que consolaros entre tantos motivos de dolor! La inocencia de vuestro Hijo es muy notoria; todos ven el agravio que se le ha hecho y la violencia con que se ha tratado su causa; la envidia de los acusadores y la flaqueza del Presidente ha sido pública y manifiesta; y al contrario la constancia y modestia, el silencio y gravedad de vuestro Hijo fué, Señora, tal que causaba admiración y reverencia al mismo Juez que le condenaba. ¡Oh desventurada república y ciudad en donde se ha hecho tal desconcierto! ¡Ciudad que se ha sujetado á la pena de tan horrendo delito y á la infamia de tan abominable maldad! No quiera Dios, Señora, que hayamos sido nosotros parte en consejo tan diabólico: encerrados hemos estado dentro de nuestras casas, por no ver, ni entender ni oir lo que nosotros no podíamos remediar. Pero ¿qué excusación es haber estado encerrados sino confesar nuestra flaqueza y cobardía, que nos escondimos viendo condenar á nuestro Maestro, y no pusimos á riesgo nuestras vidas por salir á la defensa de la inocencia y de la verdad? Mas la voluntad determinada de Dios fué que muriese este inocente por el bien común de todos; y al pueblo loco y furioso, ¿cómo fuera posible corregirle y enfrenarle? Ahora venimos, Señora, y nos presentamos ante vos, tarde para ayudar y defender al vivo, pero muy á tiempo para honrar y sepultar al muerto. Ya traemos licencia del juez; dádnosla vos, Señora, como Madre, y recibid en nombre de vuestro Hijo y nuestro Maestro esta pronta voluntad y devoto servicio.»

No es posible sino que la Virgen humildísima se vió muy obligada á estos varones, y con mucho comedimiento les agradeció á lo que venían. Significaríales la voluntad que su Hijo les tenía, y la obligación en que le estaban, y el gusto que ella tenía de que los hubiese Dios escogido y esforzado para una obra como ésta, que había de tener tan grande paga en esta vida y en la venidera; y tomando de ella licencia, porque la tarde estaba muy adelante, se aplicaron á quitar de la cruz el santo cuerpo para darle sepultura. La Madre quedó con nuevos sobresaltos, esperando ver á su Hijo más de cerca, y desde los brazos de la cruz recibirle en los suyos. Arrimaron, pues, las escalas, y no fiando este oficio de criados, subieron ellos mismos, y poniéndose en lugares convenientes se ayudaban con los marti-

llos y tenazas para arrancar los clavos que fuertemente estaban asidos en la cruz; y quitados que fueron los de las manos, los brazos y todo el peso del cuerpo cayó sobre los mismos que le desclavaban. ¡Dichosos hombres que merecieron recibir los primeros abrazos del cuerpo crucificado y difunto del Señor, y adornarse y hermosearse, y teñir sus vestiduras con la preciosa sangre que había manado de sus heridas! ¡Con cuánto consuelo y devoción de su espíritu se quedó uno de ellos abrazado con el sagrado cuerpo, entretanto que el otro se bajaba á desclavar los pies! Hecho esto, poco á poco y con suma reverencia fueron bajando el santo cuerpo, ayudando en lo que podían los presentes, hasta que vino después de tan furiosa tempestad á tomar tierra.

Estaba esperando la Virgen para recibirle en sus brazos, y no se le podía hacer otro mejor ni más solemne recibimiento. Cuando vuelven los reyes vencedores de las batallas, principalmente si han peleado valerosamente por sus personas y libertado su reino de algún grave yugo y servidumbre, entonces son recibidos de sus vasallos con grandes demostraciones de honra y de regocijos públicos, con danzas, aclamaciones, arcos triunfales y todas las demás invenciones que los hombres han hallado para reconocer, honrar y hacer solemnes los triunfos de sus reyes, y emplear en su servicio la hacienda, honra y libertad que confiesan haber recibido de ellos. Volvía nuestro Rey de pelear con el mundo y con el demonio, con el pecado y con la muerte; había peleado valerosamente por su persona, y recibido muchas heridas en su cuerpo, y dado su vida en la demanda; salía vencedor, y dejaba todos sus enemigos y nuestros vencidos, quebrantados y deshechos. Resultó de esta victoria quedar nosotros libres del poder de las tinieblas, y haber pasado al reino de la luz y esperanza de la vida eterna. ¡Oh Iglesia católica, república escogida del Hijo de Dios, pueblo conquistado y ganado con su sangre! ¿Con qué honra, con qué pompa y aparato, con qué solemnidad y triunfo, con qué aclamación, con qué cánticos y alabanzas, con qué arcos triunfales, con qué aderezos, con qué joyas y preseas recibes á tu Rey que baja victorioso del madero de la cruz? Cierto es, que no tuviste otra cosa en que recibirle sino en los brazos de su Madre. ¡Oh almas deseosas de honrar á Jesucristo y celebrar sus triunfos, reconoced esta gracia que os ha hecho Dios, depositando en esta Virgen sus tesoros, para que en ella y por ella honréis á vuestro Rey y Redentor! ¡Oh perla preciosa de la Iglesia y honra del linaje humano! ¡Suplid, Señora, nuestras menguas, y abrid vuestros brazos y los senos de vuestro corazón, y recibid en ellos después de habernos redimido, al que cuando vino á redimirnos, dignamente recibisteis en vuestras purísimas entrañas!

¿Quién dirá que la Virgen se afrentaba de su Hijo por haber muerto con tanta infamia en la cruz, pues el Apóstol no hallaba otra cosa en que glo-

riarse sino en esa misma cruz? Tenía la Virgen tanto más por qué gloriarse en ella, cuanto había recibido más dones y gracias por medio de ella. Vos, Señora, conocisteis entonces el misterio de la cruz mejor que le conoció el Apóstol después de predicado y recibido el Evangelio. Vos, como tan humilde, sabíais estimar y agradecer las gracias de Dios mejor que ninguna criatura: vos entendíais bien que todas estas gracias os las había ganado vuestro Hijo en la cruz. Pues cuando le visteis bajar de ella, herido y llagado, afeado y como leproso y muerto por vos, ¿qué sentisteis, qué dijisteis, con qué deseos y ansias de amor le recibisteis? «Dadme, dadme (diría) á mi Señor.»

Cuando vuestro preciosísimo Hijo, Señora, os habló desde la cruz, por no enternecerse, ni enterneceros, no quiso llamaros Madre, sino dijo: «Mujer, ve ahí á tu Hijo.» Decidnos ahora, Virgen, por vuestro precioso amor, si ahora que él estaba ya difunto, y vos sola sentíais la ternura y el dolor, si le llamasteis Hijo. Cuando siendo de doce años le perdisteis por tres días y le buscasteis con tanto dolor no se pudieron contener vuestras maternales entrañas, cuando le hallasteis en el templo sin que le llamaseis Hijo, diciendo: «¿Hijo, por qué lo habéis hecho así?» Ahora que os le bajan muerto del tormento, ¿cómo pudisteis detener la fuerza de vuestro amor, que no dijeseis: «Hijo mío, y ¿cómo venís así? ¡Oh señores! Dadme, dadme á mi Hijo y mi Redentor.»

Reprimía la Virgen con modestia y gravedad las olas de su corazón, y salían con abundancia las lágrimas por sus ojos: sentóse al pie de la cruz y recibió en su regazo el cuerpo muerto de su Hijo, y sustentándole por los brazos en los suyos le dejó reclinar su cabeza entre sus virginales pechos. Y poniendo los ojos en él atentamente, y levantándolos después al cielo, dió más fuerza á la meditación devota de la Pasión del Señor, á la compasión y lágrimas, á la contemplación profunda y sosegada, y á los altísimos sentimientos de dolor y de amor, que por todo el discurso de los tiempos habían de tener sobre este misterio los fieles y regalados hijos de Dios.

«Hijo mío (diría), ¿quién os ha puesto así? No me quejo, Señor, de los que os han quitado la vida, pues vos la habéis ofrecido de vuestra voluntad por ellos y por la obediencia de vuestro Eterno Padre. ¡Oh Padre Eterno, bendita sea tu providencia, y bendita sea tu largueza y amor, que por dar la vida á los esclavos has entregado á la muerte á tu mismo Hijo! ¡Hijo mío, éstas eran vuestras ansias; cumplidos están ya vuestros deseos! ¡Estas heridas, estos dolores, estos clavos y esta lanza que yo veo ahora en vuestro cuerpo, es lo que vos habéis traído por toda la vida en vuestro corazón! ¿Cómo habéis podido vivir trayendo tan pesada cruz en él?»

«¡Muerto habéis, Señor, á manos de vuestros enemigos; pero no como flaco y cobarde, sino como mueren los valerosos y esforzados, y como Hijo

de quien sois! ¡Oh Hijo del Eterno Padre, ésta era la obediencia, éste el celo de la honra de Dios, éste el amor de los prójimos, éste el desprecio de todas las cosas temporales, ésta la constancia para predicar la verdad, y la fortaleza para salir á la defensa de ella, que nos había de enseñar en el mundo el que era verdadero Hijo de Dios! ¡Oh Eterno Dios, grande en la justicia y grande en la misericordia! ¿Qué justicia es ésta que has ejecutado en tu querido Hijo? ¿Y qué misericordia la que has usado con los desconocidos y viles esclavos?»

«Hijo mío ¿no me habláis? Si vos teníais pena y congoja cuando entrabais en vuestra Pasión, ¿qué mucho que la sienta yo cuando salís de ella? Y si vos estabais conforme con la voluntad de vuestro Padre, yo lo estoy también con la vuestra. Basta que lo hayáis querido vos para que yo lo quiera; y basta que lo hayáis sentido vos para que lo sienta yo. ¡Oh Padre Eterno, que así os habéis agradado y aplacado en el sacrificio que os ofreció en su cuerpo este inocente cordero! ¡Recibid también el que su afligida Madre os ofrece en su espíritu, y haced de hoy más con los pecadores copiosa misericordia, pues por ellos habéis hecho en vuestro Hijo tan rigurosa justicia!»

De esta manera estaba la Virgen atravesada con agudo dolor y levantada en altísima contemplación; y el Hijo que poco ántes, estando vivo, se había ofrecido con abrasada caridad en los brazos de una cruz muerta, ahora muerto estaba en los brazos de su Madre viva. La cual sentía sus dolores, y los ofrecía también cuanto era de su parte por la honra de Dios y salud de los hombres, con todas las fuerzas de la caridad que el Espíritu Santo le comunicaba. Y fué tan agradable á Dios aquel amor con que en medio de tantos dolores se extendió la Virgen á desear el remedio y salud del linaje humano, que como quedó su Hijo mediador y Redentor de todos los hombres, así también quedó ella mediadora y abogada de los mismos hombres.

Pues como fuese ya tarde, aquellos nobles y piadosos varones pidieron á la Virgen les diese licencia para sepultar el cuerpo del Señor. Estaba junto al lugar donde el Señor había sido crucificado un huerto, junto al Calvario donde se hacía justicia de los malhechores; el cual la divina Providencia quiso que se plantase, y conservarle allí para que sirviese al misterio de nuestra redención. Á causa de que, así como nuestro Salvador tuvo respeto al árbol donde Adán pecó por desobediencia, para extender él también las manos al árbol de la cruz, así también le tuvo á que se había cometido en huerto aquel pecado, para dar principio á su Pasión orando en un huerto y rematarla en otro con su sepultura. También convenía que fuese huerto donde se había de plantar aquella bendita flor de Jesús, y sepultarse aquella semilla de la gloria é inmortalidad.

Y es así que estaba en el mismo huerto un sepulcro nuevo, en el cual no se había sepultado otro ningún difunto. Era como una celda ó aposento redondo cavado en la misma peña, de tanta altura que un hombre puesto en pie apenas con el brazo extendido pudiera tocar en la cumbre. Por la parte del oriente tenía una puerta tan pequeña, que era necesario inclinarse bien para poder entrar por ella; á la parte del norte estaba el lugar de la sepultura, labrado en la misma peña, de siete pies de largo, y levantado como tres palmos de lo restante del suelo; y la piedra dicen que es mezclada de color blanco y colorado. Este sepulcro parece que era propio del mismo José de Arimatea, y que él mismo le había labrado con grande estudio y curiosidad. Pues dice el Evangelio de él, que puso al Señor en un sepulcro suyo, nuevo, que él había labrado en una peña.

De esta manera se vió por una parte la altísima pobreza de nuestro Salvador, pues habiendo muerto desnudo, no sólo no tenía sepultura, pero ni aún mortaja propia en que envolver su cuerpo. Y por otra la Providencia de Dios, que despertó la devoción de estos dos hombres ricos y principales, para que hiciesen este oficio con todas las ceremonias y significaciones de honra que alcanzaron. Pues primeramente, tendiendo el cuerpo sobre una piedra (que es la primera cosa que se visita á la entrada de la Iglesia del santo Sepulcro, y se llama *lapis unctionis*), sobre los lienzos, le ungieron con no pequeña cantidad de unciones aromáticas, y le envolvieron en aquellos lienzos limpios y nuevos que para este efecto había comprado el mismo José. Hicieron con él todo lo que era costumbre hacer entre los judíos con las personas de calidad que sepultaban. No hicieron nada menos, porque les pareció que el Señor por haber muerto en la cruz no había perdido nada de su calidad, para no hacer con él todo lo que era de costumbre; ni quisieron con todo eso hacer más, por su modestia, y por la del mismo Señor que estaba muerto, ni extenderse en la pompa funeral conforme á su fe y devoción, sino templarse y acomodarse en todo á la costumbre.

Después de esto llevaron su santo cuerpo al sepulcro, acompañado de aquellos santos varones y de sus familiares que habían allí concurrido, y de las piadosas mujeres que estaban en compañía de la Virgen, y mucho más de todos los ángeles y espíritus bienaventurados que se hallaron allí presentes para honrarle, asistiendo á la sepultura de su Señor. José y Nicodemus pusieron el cuerpo en aquel sepulcro cavado en la peña, excusándose cortésmente que le ponían allí por estar más cerca y á mano, y no haber tiempo por respeto del sábado ni para buscar otro sepulcro más suntuoso, ni para convocar más gente, ni para hacer más aparato y ostentación por las calles de la ciudad.

Pero en la verdad ningún otro aparato era más conveniente que éste

para el entierro del Señor; conviene á saber, que su cuerpo fuese envuelto en lienzos limpios y nuevos que significasen la pureza y limpieza de las almas que le habían de recibir; y una sepultura cavada en una peña, y en la cual ninguno hasta estónces se había sepultado. Porque así como entrando en esta vida nació de madre virgen, así saliendo de ella volviese á sepultura virgen, de la cual, como de madre virgen, naciese otra vez á la vida inmortal y gloriosa.

Estaban allí presentes María Magdalena, y la otra María, madre de José, y las demás mujeres que habían venido con él desde Galilea, las cuales sentadas enfrente del sepulcro lloraban y lamentaban la muerte del Señor, y juntamente veían y notaban en el lugar donde le ponían, y el modo y disposición con que quedaba el cuerpo en el sepulcro. Porque tenían ánimo de volver pasada la fiesta y dar algún alivio á su pena y á su amor, siquiera viéndole, adorándole y renovando las unciones.

De la Virgen nuestra Señora no se dice que estuvo presente en la sepultura, ni por ventura la dejaron asistir á ella, porque no creciese su llanto y su dolor. Quedaríase en el Calvario con decente compañía. Y para enseñar á toda la Iglesia la adoración y reverencia que había de hacer á la cruz, ella la primera, movida del Espíritu Santo, estaría adorando el santo madero de la cruz, que hasta entonces era tan aborrecible é infame. Juntamente aguardaría su compañía para volverse ántes de la noche á la ciudad.

Los judíos ponen guardia en el sepulcro

Permitió el Señor, que estando ya rendidos los poderíos infernales, los príncipes de los sacerdotes y sinagoga de los judíos ciegos con su incredulidad perseverasen en su dureza y obstinación. No contentos con haber visto morir en un palo al que de balde aborrecían, daban nuevas trazas y ponían todo su esfuerzo por oscurecer su gloria y borrar su nombre de la memoria de los hombres. Ya estaba muerto, y le temían como si estuviera vivo. Los discípulos estaban escondidos de miedo de los sacerdotes y letrados; y los letrados y sacerdotes andaban turbados de miedo de ellos. Su mala conciencia los atormentaba y les ponía delante lo que había de ser; conviene á saber, que aquellos pocos discípulos flacos y temerosos habían de predicar y persuadir al pueblo que aquel muerto había resucitado, y era rey de los judíos y de todos los siglos; y si muchos le habían creído estando vivo, eran muchos más los que habían de creer en él después de muerto. Ellos, furiosos con este suceso que imaginaban, repetían obstinadamente lo que se había dicho por ellos y en nombre de ellos: *Nolumus hunc regnare super nos.*

Teniendo sobre esto su acuerdo un día después del viernes, que sería el

sábado luego de mañana, se juntaron de común consentimiento los príncipes de los sacerdotes y los fariseos á hacer una petición sobre esto al presidente. No miraron que era sábado y día de Pascua también, por lo cual era más solemne la fiesta de aquel sábado, y que no les era permitido, ni por su ley ni por sus costumbres y tradiciones, parecer en semejante día delante del juez, pedirle guarda, llevar los soldados al sepulcro, sellar la piedra y hacer las otras diligencias que querían; solamente los apretaba su cuidado, y el negocio, que no sufría dilación. Los grandes veladores de la guarda del sábado, que les parecía que no podía la misericordia dispensar con él para remedio y cura de un enfermo, ahora quebrantan el sábado movidos de la envidia para hacer mal y calumniar á un justo. Los que el día antes tuvieron escrúpulo de entrar en el pretorio por no contaminarse en el día de la Pascua, éstos mismos en el mismo sábado de Pascua, no sólo entraron á Pilatos, sino que con halago y lisonja, por hacer mejor su negocio, llamaron Señor al que, por querer parecerlo y ejercitarlo en nombre de los romanos, aborrecían y tenían por tirano.

«Señor, dirían, los embustes de este hombre fueron tales, que nos ponen en cuidado después de muerto, y tenemos por necesario poner soldados de guarda en su sepulcro. Bien fuera haber hecho esta diligencia desde el punto que fué su cuerpo puesto en él, mas ¿quién puede advertir en todas las cosas? Ahora, mirando en ello, nos hemos acordado de lo que por olvido no habíamos advertido; y es que este engañador solía decir estando vivo, que había de morir crucificado, y luego resucitar al tercero día de como fuese muerto. De esta manera tenía engañado al mundo, porque les decía que había de padecer aquel género de muerte que él merecía y temía por sus delitos, haciéndoles por esto creer que era profeta, y después con diabólico artificio los tenía suspensos con vanas esperanzas de que había de resucitar glorioso. En lo primero salió profeta verdadero, y no podía dejar de serlo: tal era su vida, que no podía esperar sino tal muerte. La falsedad de lo segundo se convencerá bien presto, pues no es muy largo el plazo de tres días. Por esto, señor, te requerimos y rogamos que interpongas tu autoridad y tu decreto, y mandes poner guardia en el sepulcro hasta que este tercero día sea pasado, porque por ventura vendrán sus discípulos, y para hacer verdad esta mentira, hurtarán y desaparecerán su cuerpo adonde no sea visto ni hallado. Y aun cuando no se atrevieran á parecer delante de nosotros, ni venir con estos cuentos á los hombres de letras y prudencia, el mal es que persuadirán estas fábulas al pueblo, y le harán creer que ha resucitado de los muertos.»

«Y aunque el pueblo es pueblo y el vulgo es ignorante y novelero, no por eso deja de ponernos en grande riesgo con estas sus novedades y alborotos; por motivo de que fueron tantos los que seguían á este hombre

cuando vivo, que con razón temíamos, que si el mal no se atajara se había de arruinar nuestra república. Pues siendo tanta la gente que se le allegaba, y diciendo él, como decía, que era rey de los judíos, y enseñando, como enseñaba, nuevas doctrinas y opiniones, ¿qué se podía esperar sino que el pueblo se partiera en bandos y sectas diferentes, y unos murieran á manos de los otros, y todos á las de los romanos, que justamente pudieran venir sobre nosotros pensando que toda la república se rebelaba contra ellos? Tanta es la fuerza de un hombre engañador y sedicioso. Si esto veíamos cuando era vivo, ¿qué sería si se persuadiese el pueblo que después de muerto había resucitado? Sería sin duda el daño mayor, el peligro más cierto, y el yerro más inexcusable. Por eso conviene, señor, prevenir los daños, y poner suficiente guarda en el sepulcro á tiempo; que con pequeñas diligencias se pueden excusar inconvenientes grandes.»

Oía Pilatos este razonamiento y echaba de ver que aun hervía en los pechos de estos hombres la envidia y furor; y habiendo él pensado que bastaría azotarle, se maravillaba mucho que no bastaba estar muerto y sepultado para que estuviesen satisfechos y libres del temor de que se había de hacer su rey. Mas no queriendo faltar á la obligación de su oficio ni atravesarse por otra parte con gente tan inquieta y bulliciosa, despachó su petición con harta sagacidad y prudencia: pues ni les negó los soldados de guarda, para que no le echasen culpa de lo que después sucediese, ni quiso él ponerlos de su mano y por su orden, no fuera que le tuviesen por sospechoso, y dijesen que se había hecho á una con ellos para que se disimulasen con los discípulos y les permitiesen hurtar y esconder el cuerpo del Señor. *Habetis custodiam*, les dijo; *ite*, *custodite sicut scitis*; ahí tenéis harta guardia, los soldados están á vuestro mandado, no os lo vedo; id vosotros, y poned guarda á vuestro contento y como veis que es necesario. Con esta orden del Presidente, los sacerdotes y fariseos recogieron buen número de soldados, y caminando al sepulcro pusieron todo cuidado en donde había más peligro. Estaba el sepulcro cavado en peña viva, y por ninguna parte se podía hurtar el cuerpo sino solamente por la puerta: ésta quedó cerrada con una gran losa, que para ponerse á removerla era menester más esfuerzo y osadía del que tenían los discípulos, flacos y medrosos. Mas por no faltar á ninguna diligencia, fortalecieron bien el sepulcro, sellaron la piedra, y pusieron gente de guardia y guarnición en todos los pasos y lugares convenientes.

No era menester este aparato para reprimir á los discípulos; que estaban muy lejos de juntarse para esconder al muerto, los que muertos de miedo estaban tan escondidos que apenas acababan de volver en sí, andando el Señor á buscarlos y juntarlos después de resucitado y vivo. No obstante, era menester todo este aparato y diligencia para reprimir á los judíos y

convencer su obstinación y pertinacia. Pues que por una parte ellos mismos con sus prevenciones se cerraban todos los caminos para no poder huir de la verdad, y por otra ponían testigos que diesen testimonio de ella, tales que ni podían desecharlos ni tacharlos, sino que diciendo ellos que el Señor había resucitado había de ser creído y tenido por verdad, pues ellos mismos los habían puesto allí, como confidentes suyos, para que no pudiesen sus discípulos decirlo con mentira.

«¡Oh desdichado y miserable judío! (dice San Atanasio). El que rompió las prisiones de la muerte ¿no romperá los sellos de la sepultura? El que despojó al infierno, ¿temerá por ventura las cerraduras del sepulcro? Date prisa á guardar el sepulcro, sella la piedra, pon soldados de guarnición, cerca el monumento con guardas: de esta manera la obra que por sí misma es excelente tú la harás más ilustre, porque me pones centinelas que se hallen presentes y sean testigos de mi resurrección, y me preparas ministros que sean pregoneros de mis milagros.»

Cuánta verdad sea lo que aquí dice San Atanasio, se ve claramente por una carta que el presidente Pilatos escribió al Emperador sobre lo sucedido en la pasión del Salvador, la cual refiere Egesipo, y de ella hace mención el antiquísimo Tertuliano.

D. FRANCISCO MANUEL DE MELO

Derrota del ejército real en las faldas de Monjuich

Eran las tres de la tarde, y se combatía en Monjuich más duramente que hasta entonces, porque la ira de unos y otros con la contradicción se hallaba en aquel punto más encendida. Iban entrando sin cesar los soldados á las baterías del fuerte: el que una vez disparaba no lo podía volver á hacer de allí á largo espacio por los muchos que concurrían á ocupar su puesto. Afírmase haber sido tales las rociadas de la mosquetería catalana, que mientras se manejaba, á quien la escuchó de lejos parecía un continuado sonido, sin que entre uno y otro estruendo hubiese intermisión ó pausa perceptible á los oídos.

Confusos se hallaban los españoles sin saber hasta entonces lo que habían de ganar por aquel peligro, porque ya los oficiales y soldados, llevados del recelo ó del desorden, igualmente dudaban ó temían el fin de aquel negocio. Algunos lo daban ya á entender con las voces, acusando la disposición del que los traía á morir sin honra ni esperanza, como ya deseoso de que no escapase de aquel trance ninguno que pudiese acusar sus des-

aciertos. No dejaba de oir sus quejas el Torrecusa, ni tampoco ignoraba su peligro; empero entendía que siéndole posible el estarse firme, sin duda los catalanes perderían el puesto por ser inalterable costumbre de las batallas quedarse la victoria á la parte donde se halla la constancia con más actividad. Instaba con nuevas órdenes al Xeli le enviase instrumentos de escalar y cubrirse: por ventura, raro ó nunca visto descuido en un soldado grande disponerse á la expugnación de una fuerza, sin querer usar ó prevenir ninguno de los medios para poder conseguirlo.

Había llegado ya aquella última hora que la divina Providencia decretara para castigo, no solo del ejército, más de toda la monarquía de España, cuyas ruinas allí se declararon. Así, dejando obrar las causas de su perdición, se fueron sucediendo unos á otros los acontecimientos, de tal suerte que aquel suceso en que todos vinieron á conformarse ya parecía cosa antes necesaria que contingente. Pendía del menor desorden la última desesperación de los reales: no se hallaba entre ellos alguno que no desease interiormente cualquiera ocasión honesta de escapar la vida.

A este tiempo (podemos decir que arrebatado de superior fuerza) un ayudante catalán (cuyo nombre ignoramos, y aun lo callan sus relaciones), á quien siguió el segundo Verge, sargento francés, comenzó á dar improvisas voces convidando los suyos á la victoria del enemigo, y clamando (aun entonces no acontecida) la fuga de los españoles: acudieron á su clamor hasta cuarenta de los menos cuerdos que se hallaban en el fuerte, y sin otro discurso ó disciplina más que la obediencia de su ímpetu se descolgaron de la muralla á la campaña por la misma parte donde los escuadrones tenían la frente. Llevábalos tan intrépidos el furor como los miraba temerosos el recelo de los reales, que sin esperar otro aviso ó espanto más que la dudosa información de los ojos averiguada del temor, y creyendo bajaba sobre ellos todo el poder contrario, palateando las picas y revolviendo los escuadrones entre sí (manifiesta señal de su ruina) comenzaron á bajar corriendo hacia la falda de la montaña, alzando un espantoso bramido y queja universal. Los que primero se desordenaron fueron los que estaban más al pie de la muralla enemiga (tan presto el mayor valor se corrompe en afrenta): otros con ciego espanto cargaban sobre los otros de tropel, y llenos de furia rompían sus primeros escuadrones, y estos á los otros, y de la misma suerte que sucede á un arroyo que con el caudal de otras aguas que se le van entrando va cobrando cada vez mayores fuerzas para llevar delante cuanto se le opone, así el corriente de los que comenzaban á bajar, atropellando y trayéndose los más vecinos, llegaba ya con dobladas fuerzas á los otros, por lo cual los que se hallaban más lejos llevaron el mayor golpe. Unos se caían, otros se embarazaban, cuáles atropellaban á estos y eran después hollados de otros. Algunas veces en con-

fusos y varios remolinos pensaban que iban adelante, y volvían atrás ó caminaban siempre en un lugar mismo; todos lloraban: los gritos y clamores no tenían número ni fin: todos pedían sin saber lo que pedían: todos mandaban sin saber lo que mandaban: los oficiales mayores llenos de afan y vergüenza los incitaban á que se detuviesen; pero ninguno entonces conocía otra voz que la de su miedo ó antojo, que le hablaba al oído. Algún maestre de campo procuró detener los suyos, y con la espada en la mano así como se hallaba fué arrebatado del torbellino de gente; pero dejando el espíritu á donde la obligación, el cuerpo seguía el mismo descamino que llevaba la furia de los otros: ni el valor ni la autoridad tenía fuerza; ninguno obedecía más que al deseo de escapar la vida.

A este primer desconcierto esforzó luego la saña de los vencedores, arrojándose tras de los primeros algunos otros que hizo atrevidos la cobardía de los contrarios; tales con las espadas, tales con las picas ó chuzos; algunos con hachas y alfanges, no de otra suerte que los segadores por los campos, bajaban cortando los miserables castellanos. Mirábanse disformes cuchilladas, profundísimos golpes é inhumanas heridas: los dichosos eran los que se morían primero: tal era el rigor y crueldad, que ni los muertos se escapaban: podía llamarse piadoso el que solo atravesaba el corazón de su contrario. Algunos bárbaros (aunque advertidamente) no querían acabar de matarlos porque tuviese todavía en qué cebarse el furor de los que llegaban después: corría la sangre como río, y en otras partes se detenía como lago horrible á la vista y peligroso aun á la vida de alguno, que escapado del hierro del contrario, vino á ahogarse en la sangre del amigo.

Los más, sin escoger otra senda que la que miraban más breve, se despeñaban por aquellas zanjas y ribazos, donde quedaron para siempre: otros, enlazados en las zarzas y malezas, se prendían hasta llegar el golpe; muchos, precipitados sobre sus propias armas, morían castigados de su misma mano: las picas y mosquetes cruzados y revueltos por toda la campaña era el mayor embarazo de su fuga, y ocasión de su caída y muerte. *(Historia de los movimientos, separación y guerra de Cataluña).*

D. ANTONIO DE SOLÍS

DE LA HISTORIA DE LA CONQUISTA DE MÉJICO

Retrato de Hernán Cortés

Antes que pasemos adelante, será bien que digamos quién era Hernán Cortés, y por cuántos rodeos vino á ser (objeto) de su valor y de su entendimiento aquella grande obra de la *Conquista de Nueva España*. Nació en Medellín, villa de Estremadura: hijo de Martín Cortés de Monroy y doña Catalina Pizarro Altamirano, cuyos apellidos, no solo dicen, sino encarecen lo ilustre de su sangre. Dióse á las letras en su primera edad, y cursó en Salamanca dos años, que le bastaron para conocer que iba contra su natural, y que no convenía con la viveza de su espíritu aquella diligencia perezosa de los estudios. Volvió á su casa resuelto á seguir la guerra, y sus padres le encaminaron á la de Italia, que entonces era la de más pundonor, por estar calificada con el nombre del Gran Capitán; pero al tiempo de embarcarse le sobrevino una enfermedad que le duró muchos días, de cuyo accidente resultó el hallarse obligado á mudar de intento, aunque no de profesión. Inclinóse á pasar á las Indias, que como entonces duraba su conquista, se apetecían con el valor más que con la codicia. Ejecutó su pasaje con gusto de sus padres el año de mil quinientos y cuatro, y llevó cartas de recomendación para don Nicolás de Obando, comendador mayor de la orden de Alcántara, que era su deudo y gobernaba en esta sazón la isla de Santo Domingo. Luego que llegó á ella y se dió á conocer, halló grande agasajo y estimación en todos, y tan agradable acogida en el gobernador, que le admitió desde luego entre los suyos, y ofreció cuidar de sus aumentos con particular aplicación. Pero no bastaron estos favores para divertir su inclinación, porque se hallaba tan violento en la ociosidad de aquella isla, ya pacificada y poseída sin contradicción de sus naturales, que pidió licencia para empezar á servir en la de Cuba, donde se traían por entonces las armas en las manos: y haciendo este viaje con beneplácito de su pariente, trató de acreditar en las ocasiones de aquella guerra su valor y su obediencia, que son los primeros rudimentos de esta facultad. Consiguió brevemente la opinión de valeroso, y tardó poco más en darse á conocer su entendimiento; porque sabiendo adelantarse entre los soldados, sabía también dificultar y resolver entre los capitanes.

Era mozo de gentil presencia y agradable rostro, y sobre estas recomen-

daciones comunes de la naturaleza tenía otras de su propio natural que le hacían amable, porque hablaba bien de los ausentes, era festivo y discreto en las conversaciones, y partía con sus compañeros cuanto adquiría, con tal generosidad, que sabía ganar amigos sin buscar agradecidos.

Anima Hernán Cortés á sus soldados para la empresa de Méjico

«Cuando considero, amigos y compañeros míos, cómo nos ha juntado en esta isla nuestra felicidad, cuántos estorbos y persecuciones dejamos atrás, y cómo se nos han deshecho las dificultades; conozco la mano de Dios en esta obra, que emprendemos, y entiendo que en su altísima Providencia, es lo mismo favorecer los principios que prometer los sucesos. Su causa nos lleva y la de nuestro rey, que también es suya, á conquistar regiones no conocidas, y ella misma volverá por sí, mirando por nosotros. No es mi ánimo facilitaros la empresa que acometemos: combates nos esperan sangrientos, facciones increíbles, batallas desiguales, en que habréis menester socorreros de todo vuestro valor: miserias de la necesidad, inclemencia del tiempo y asperezas de la tierra, en que os será necesario el sufrimiento, que es el segundo valor de los hombres y tan hijo del corazón como el primero: que en las guerras más veces sirve la paciencia que las manos. Hechos estáis á padecer, y hechos á pelear en esas islas, que dejáis conquistadas; mayor es nuestra empresa, y debemos ir prevenidos de mayor osadía: que siempre son las dificultades del tamaño de los intentos. Pocos somos; pero la unión multiplica los ejércitos, y en nuestra conformidad está nuestra mayor fortaleza; uno, amigos, ha de ser el consejo en cuanto se resolviere: una la mano en la ejecución: común la utilidad, y común la gloria en lo que se conquistare. Del valor de cualquiera de nosotros se ha de fabricar y componer la seguridad de todos. Vuestro caudillo soy, y seré el primero en aventurar la vida por el menor de los soldados. Más tendréis que obedecer en mi ejemplo, que en mis órdenes: y puedo aseguraros de mí, que me basta el ánimo á conquistar el mundo entero, y aun me lo promete el corazón con no se qué movimiento extraordinario que suele ser el mejor de los presagios. Alto, pues, á convertir en obras las palabras: y no os parezca temeridad esta confianza mía: pues se funda en que os tengo á mi lado, y dejo de fiar de mí lo que espero de vosotros.»

Entrada de Hernán Cortés en Méjico.—Retrato de Motezuma

Había dos leguas de calzada que pasar hasta Méjico, y se tomó la mañana, porque deseaba Cortés hacer su entrada y cumplir con la primera

función de visitar á Motezuma, quedando con alguna parte del día para reconocer y fortificar su cuartel. Siguióse la marcha con la misma orden; y dejando á los lados la ciudad de Magicalcingo en el agua, y la de Cuyoacán en la ribera, sin otras grandes poblaciones que se descubrían en la misma laguna; se dió vista desde más cerca, y no sin admiración, á la gran ciudad de Méjico, que se levantaba con exceso entre las demás, y al parecer se le conocía el predominio hasta en la soberbia de sus edificios. Salieron á poco menos que la mitad del camino más de cuatro mil nobles y ministros de la ciudad á recibir el ejército, cuyos cumplimientos detuvieron largo rato la marcha, aunque sólo hacían reverencia, y pasaban delante para volver acompañando. Estaba poco antes de la ciudad un baluarte de piedra con dos castillejos á los lados, que ocupaba todo el plano de la calzada, cuyas puertas desembocaban sobre otro pedazo de calzada, y esta terminaba en una puente levadiza que defendía la entrada con segunda fortificación. Luego que pasaron de la otra parte los magnates del acompañamiento, se fueron desviando á los lados para franquear el paso al ejército, y se descubrió una calle muy larga y espaciosa, de grandes casas, edificadas con igualdad y correspondencia, cubiertos de gente los miradores y terrados; pero la calle totalmente desocupada; y dijeron á Cortés que se había despejado cuidadosamente, porque Motezuma estaba en ánimo de salir á recibirle para mayor demostración de su benevolencia.

Poco después se fué dejando ver la primera comitiva real, que serían hasta doscientos nobles de su familia, vestidos de librea, con grandes penachos conformes en la hechura y el color. Venían en dos hileras con notable silencio y compostura, descalzos todos y sin levantar los ojos de la tierra: acompañamiento con apariencias de procesión. Luego que llegaron cerca del ejército se fueron arrimando á las paredes en la misma orden, y se vió á lo lejos una gran tropa de gente mejor adornada y de mayor dignidad, en cuyo medio venía Motezuma sobre los hombros de sus favorecidos en unas andas de oro bruñido, que brillaba con proporción entre diferentes labores de pluma sobrepuesta, cuya primorosa distribución procuraba oscurecer la riqueza con el artificio. Seguían el paso de las andas cuatro personajes de gran suposición, que le llevaban debajo de un palio hecho de plumas verdes, entretejidas y dispuestas de manera que formaban tela, con algunos adornos de argentería; y poco delante iban tres magistrados con unas varas de oro en las manos, que levantaban en alto sucesivamente como avisando que se acercaba el rey para que se humillasen todos y no se atreviesen á mirarle: desacato que se castigaba como sacrilegio. Cortés se arrojó del caballo poco antes que llegase, y al mismo tiempo se apeó Motezuma de sus andas, y se adelantaron algunos indios que alfombraron el camino para que no pusiese los pies sobre la tierra, que á su parecer era indigna de sus huellas.

Previnose á la función con espacio y gravedad; y puestas las manos sobre los brazos del señor de Iztacpalapa y el de Tezcuco, sus sobrinos, dió algunos pasos para recibir á Cortés. Era de buena presencia; su edad hasta de cuarenta años; de mediana estatura, más delgado que robusto; el rostro aguileño, de color menos oscuro que el natural de aquellos indios; el cabello largo hasta el extremo de la oreja; los ojos vivos, y el semblante majestuoso, con algo de intención: su traje un manto de sutilísimo algodón, anudado sin desaire sobre los hombros, de manera que cubría la mayor parte del cuerpo, dejando arrastrar la falda. Traía sobre sí diferentes joyas de oro, perlas y piedras preciosas, en tanto número, que servían más al peso que al adorno. La corona una mitra de oro ligero que por delante remataba en punta, y la mitad posterior, algo más obtusa, se inclinaba sobre la cerviz; y el calzado unas suelas de oro macizo, cuyas correas, tachonadas de lo mismo, ceñían el pie y abrazaban parte de la pierna, semejante á las caligas militares de los romanos.

Llegó Cortés apresurando el paso sin desautorizarse, y le hizo una profunda sumisión, á que respondió poniendo la mano cerca de la tierra, y llevándola después á los labios, cortesía de inaudita novedad en aquellos príncipes, y más desproporcionada en Motezuma, que apenas doblaba la cerviz á sus dioses, y afectaba la soberbia ó no la sabía distinguir de la majestad; cuya demostración, y la de salir personalmente al recibimiento, se reparó mucho entre los indios y cedió en mayor estimación de los españoles; porque no se persuadían á que fuese inadvertencia de su rey, cuyas determinaciones veneraban, sujetando el entendimiento. Habíase puesto Cortés sobre las armas una banda ó cadena de vidrio, compuesta vistosamente de varias piedras que imitaban los diamantes y las esmeraldas, reservada para el presente de la primera audiencia; y hallándose cerca en estos cumplimientos, se la echó sobre los hombros á Motezuma. Detuviéronle, no sin alguna destemplanza, los dos braceros, dándole á entender que no era lícito el acercarse tanto á la persona del Rey; pero él los reprendió, quedando tan gustoso del presente que le miraba y celebraba entre los suyos como presa de inestimable valor; y para desempeñar su agradecimiento con alguna liberalidad, hizo traer, entretanto que llegaban á darse á conocer los demás capitanes, un collar que tenía la primera estimación entre sus joyas. Era de unas conchas carmesíes de gran precio en aquella tierra, dispuestas y engarzadas con tal arte, que de cada una de ellas pendían cuatro gambaros ó congrejos de oro, imitados prolijamente del natural. Y él mismo con sus manos se le puso en el cuello á Cortés, humanidad y agasajo que hizo ruido entre los mejicanos. El razonamiento de Cortés fué breve y rendido, como lo pedía la ocasión, y su respuesta de pocas palabras, que cumplieron con la discreción sin faltar á la decencia.

Mandó luego al uno de aquellos dos príncipes sus colaterales que se quedase para conducir y acompañar á Hernán Cortés hasta su alojamiento; y arrimado al otro volvió á tomar sus andas y se retiró á su palacio con la misma pompa y gravedad.

Fué la entrada en esta ciudad á ocho de noviembre del mismo año de mil quinientos diez y nueve.

Batalla de Otumba

Al vencer la cumbre, se descubrió un ejército poderoso, cuya frente llenaba todo el espacio del valle, pasando el fondo los términos de la vista: último esfuerzo del poder mejicano, que se componía de varias naciones, como lo denotaban la diversidad y separación de insignias y colores. Dejábase conocer en el centro de la multitud el capitán general del imperio en unas andas vistosamente adornadas; que sobre los hombros de los suyos le mantenían superior á todos, para que se temiese, al obedecer sus órdenes, la presencia de los ojos. Traía levantado sobre la cuja el estandarte real, que no se fiaba de otra mano, y solamente se podía sacar en las ocasiones de mayor empeño: su forma, una red de oro macizo, pendiente de una pica, y en el remate muchas plumas de varios tintes, que uno y otro contendría su misterio de superioridad sobre los otros jeroglíficos de las insignias menores.

Reconocida por todo el ejército la nueva dificultad á que debían preparar el ánimo y las fuerzas, volvió Hernán Cortés á examinar los semblantes de los suyos, con aquel brío natural que hablaba sin voz á los corazones, y hallándolos más cerca de la ira que de la turbación: «llegó el caso, dijo, de morir ó vencer: la causa de nuestro Dios milita por nosotros.» Y no pudo proseguir, porque los mismos soldados le interrumpieron clamando por la orden de acometer, con que sólo se detuvo en prevenirlos de algunas advertencias que pedía la ocasión. Apellidando como solía unas veces á Santiago, y otras á San Pedro, avanzó prolongada la frente del escuadrón, para que fuese unido el cuerpo del ejército con las alas de la caballería, que iba señalada para defender los costados, y asegurar las espaldas. Dióse tan á tiempo la primera carga de arcabuces y ballestas, que apenas tuvo lugar el enemigo para servirse de las armas arrojadizas. Hicieron mayor daño las espadas y las picas, cuidando al mismo tiempo los caballos de romper y desbaratar las tropas que se inclinaban á pasar de la otra banda, para sitiar por todas partes el ejército. Ganóse alguna tierra de este primer avance. Los españoles no daban golpe sin herida, ni herida que necesitase de segundo golpe. Los tlascaltecas se arrojaban al conflicto con sed rabiosa de sangre mejicana; y todos tan dueños de su cólera que mataban con elec-

ción, buscando á los que parecían capitanes. Pero los indios peleaban con obstinación, acudiendo menos unidos que apretados, á llenar el puesto de los que morían, y el mismo estrago de los suyos era nueva dificultad para los españoles, porque se iba cebando la batalla con gente de refresco. Retirábase al parecer todo el ejército, cuando cerraban los caballos y salían á la vanguardia las bocas de fuego, y volvía con nuevo impulso á cobrar el terreno perdido, moviéndose á una parte y otra la muchedumbre con tanta velocidad, que parecía un mar proceloso de gente la campaña, y no lo desmentían los flujos y reflujos.

Peleaba Hernán Cortés á caballo, socorriendo con su tropa los mayores aprietos, y llevando con su lanza el terror y el estrago del enemigo; pero le traía sumamente cuidadoso la porfiada resistencia de los indios, porque no era posible que se dejasen de apurar las fuerzas de los suyos en aquel género de continua operación; y discurriendo en los partidos que podría tomar para mejorarse, ó salir al camino, le socorrió, en esta congoja una observación de las que solía depositar en su cuidado, para servirse de ellas en la ocasión. Acordóse de haber oído referir á los mejicanos, que toda la suma de sus batallas consistía en el estandarte real, cuya pérdida ó ganancia decidía de sus victorias, ó las de sus enemigos; y fiado en lo que se turbaba y descomponía el enemigo al acometer de los caballos, tomó resolución de hacer un esfuerzo extraordinario para ganar aquella insignia sobresaliente que ya conocía. Llamó á los capitanes Gonzalo de Sandoval, Pedro de Alvarado, Cristóbal de Olid y Alonso Dávila, para que le siguiesen y guardasen las espaldas con los demás que asistían á su persona, y haciéndoles una breve advertencia de lo que debían obrar para conseguir el intento, embistieron á poco más de media rienda por la parte que parecía más flaca, ó menos distante del centro. Retiráronse los indios, temiendo, como solían, el choque de los caballos, y antes que se cobrasen al segundo movimiento, se arrojaron á la multitud confusa y desordenada con tanto ardimiento y desembarazo, que rompiendo y atropellando escuadrones enteros, pudieron llegar, sin detenerse, al paraje en que asistía el estandarte del imperio con todos los nobles de su guardia; y entretanto que los capitanes se desembarazaban de aquella numerosa comitiva, dió de los pies á su caballo Hernán Cortés, y cerró con el capitán general de los mejicanos, que al primer bote de su lanza cayó mal herido por la otra parte de las andas. Habiéndole ya desamparado los suyos, y hallándose cerca un soldado particular, que se llamaba Juan de Salamanca, saltó de su caballo, y le acabó de quitar la poca vida que le quedaba, con el estandarte que puso luego en manos de Cortés.....

Apenas le vieron aquellos bárbaros en poder de los españoles, cuando abatieron las demás insignias, y arrojando las armas, se declaró por todas

partes la fuga del ejército, corriendo despavoridos á guarecerse en los bosques y maizales. Cubriéronse de tropas amedrentadas los montes vecinos, y en breve rato quedó por los españoles la campaña. Siguióse la victoria con todo el rigor de la guerra, y se hizo sangriento destrozo en los fugitivos. Importaba deshacerlos, para que no se volviesen á juntar, y mandaba la irritación lo que aconsejaba la conveniencia. Hubo algunos heridos entre los de Cortés, de los cuales murieron en Tlascala dos ó tres españoles; y el mismo Cortés salió con un golpe de piedra en la cabeza, tan violento, que abollando las armas, le rompió la primera túnica del cerebro, y fué mayor el daño de la contusión. Dejóse á los soldados el despojo, y fué considerable; porque los mejicanos venían prevenidos de galas y joyas para el triunfo. Dice la historia que murieron veinte mil en esta batalla; siempre se habla por mayor en semejantes casos, y quien se persuadiere á que pasaba de doscientos mil hombres el ejército vencido hallará menos disonancia en la desproporción del primer número.

GÉNERO DIDÁCTICO

BEATO JUAN DE ÁVILA

Las dos ciudades

Todos los hombres son repartidos en uno de dos bandos ó ciudades diversas, una de buenos, y otra de malos; las cuales ciudades no son distintas por diversidad de lugares, pues los ciudadanos de una y otra viven juntos, y aun dentro de una casa, mas por diversidad de afecciones: porque según dice San Agustín, *dos amores hicieron dos ciudades*. El amor de sí mismo, hasta despreciar á Dios, hizo á la ciudad *Terrenal*. El amor de Dios, hasta despreciar á sí mismo, hizo la ciudad *Celestial*. La primera ensálzase en sí misma. La segunda, no en sí, mas en Dios. La primera quiere ser honrada de los hombres. La segunda tiene por honra tener la conciencia limpia delante los ojos de Dios. La primera ensalza su cabeza en su propia honra. La segunda dice á Dios: Tú eres mi gloria, y el que alzas mi cabeza. La primera es deseosa de mandar y señorear. En la se-

gunda sírvense unos á otros por caridad. Los mayores aprovechan á los menores, y sus menores, obedeciendo, á sus mayores. La primera atribuye la fortaleza á sus fuerzas, y gloríase en ellas. La segunda dice: *Ámete yo, Señor, fortaleza mía.* En la primera los sabios de ella buscan los bienes criados, ó si conocieron al Criador no le honraron como á tal, mas tornáronse vanos en sus pensamientos, y diciendo, somos sabios, tornáronse necios: mas en la segunda ninguna otra sabiduría hay sino el verdadero servicio de Dios, y espera por galardón honrar al mismo Dios, en compañía de los Santos, hombres y ángeles, para que sea Dios todas las cosas en todos. De la primera ciudad son ciudadanos todos los pecadores. De la segunda todos los justos. Y porque todos los que de Adán descienden (sacando al Hijo de Dios y á su bendita Madre) son pecadores, desde que fueron engendrados; por tanto todos somos naturalmente ciudadanos de aquesta ciudad, de la cual Cristo nos saca por gracia para hacernos ciudadanos de la suya. Esta mala ciudad, que es congregación, no de plazas ni calles, mas de hombres que se aman á sí y presumen de sí, se llama por diversos nombres que declaran la maldad de ella: llámase Egipto, que quiere decir, *tinieblas ó angustia*, porque los que en esta ciudad viven, ó no tienen luz de conocimiento de Dios por no tener fe, ó si la tienen, como los cristianos que viven mal, tiénenla muerta por no tener caridad, que es la vida de ella. Y por esto dice San Juan, *que el que no ama á Dios, no conoce á Dios, porque Dios es amor*, quiere decir, que no tiene conocimiento amoroso, cual lo deben tener para se salvar; y así viviendo los unos en tinieblas de infidelidad, y los otros en tinieblas de pecados, no tienen gozo, sino estrechura y tristeza; porque según dice Tobías: *¿qué gozo puedo yo tener, pues no veo la lumbre del cielo?* Llámase también Babilonia, que quiere decir *confusión*; el cual nombre fué puesto cuando los soberbios quisieron edificar una torre, que llegase hasta el cielo, para defenderse de la ira de Dios, si quisiese destruir el mundo por agua otra vez: y para hacer un tal edificio, por el cual fuesen nombrados en el mundo; *mas impidió el Señor su locura de esta manera*, que les confundió el lenguaje, para que no se entendiesen unos á otros; y así el fin de la soberbia fué confusión. Muy propiamente compete este nombre á la ciudad de los malos, pues quieren pecar y no ser castigados: son soberbios, y todo su fin es que su nombre suene en la tierra, y hacen torres de obras vanas si pueden, y si no en los pensamientos, los cuales destruye Dios.

V. P. FRAY LUIS DE GRANADA

DE LA ORDEN DE SANTO DOMINGO

(DEL SÍMBOLO DE LA FE)

Al conocimiento del Criador nos llama la hermosura y armonía de lo criado: notable pasaje de Aristóteles y Cicerón

Ninguna cosa se hallará en la administración y gobierno del mundo que se pueda justamente reprender; y si alguno quisiere enmendar algo de lo hecho, ó lo hará peor, ó del todo no lo podrá hacer. Pues si todas las partes del mundo están de tal manera fabricadas, que ni para el uso de la vida se pudieran hacer mejores, ni para la vista más hermosas, veamos si pudieran ser hechas acaso, ó perseverar en el estado en que están, si no fueran gobernadas por la divina Providencia. Por donde si son más perfectas las obras de naturaleza que las del arte, si las del arte se hacen con razón, síguese que las de naturaleza no han de carecer de razón. Pues ¿quién habrá que viendo una tabla muy bien pintada no entienda que se hizo por arte? y viendo desde lejos correr un navío por el agua, no conozca que este movimiento se haga por razón y arte? y viendo cómo un reloj señala las horas á sus tiempos debidos, no entienda lo mismo, y se atreva á decir, que el mundo (el cual inventó estas mismas artes, con los oficiales de ellas, y abraza todas las cosas) carece de razón y arte?

Mas levantemos los ojos á las cosas mayores. En el cielo resplandecen las llamas de innumerables estrellas, entre las cuales el príncipe que todas las esclarece y rodea es el sol, que es muchas veces mayor que toda la tierra; y asimismo las estrellas son de inmensa grandeza. Y estos tan grandes fuegos ningún daño hacen á la tierra, ni á las cosas de ella, mas antes la aprovechan de tal manera que si mudasen sus lugares y puestos, ardería todo el mundo. Hermosamente dijo Aristóteles que si habitasen algunos hombres debajo de la tierra, en algunos palacios adornados con diversas pinturas, y con todas las cosas con que están ataviadas las casas de los que son tenidos por bienaventurados y ricos, los cuales hombres morando en aquellos subterráneos nunca hubiesen visto las cosas que están sobre la tierra, y hubiesen oído por fama que hay una divinidad en el mundo soberana; y después de esto, abiertas las gargantas de la tierra, saliesen de aquellos aposentos: cuando viesen la tierra, el mar, y el cielo, la grandeza de las nubes, la fuerza de los vientos, y pusiesen los ojos en el

sol, y conociesen la grandeza y hermosura y eficacia de él, y como él esclareciendo con su luz el cielo, es causa del día; y llegada la noche viesen todo el cielo adornado y pintado con tantas y tan hermosas lumbreras, y notasen la variedad de la luna, con sus crecientes y menguantes, y considerasen la variedad de los nacimientos y puestas de las estrellas tan ordenados y tan constantes en sus movimientos en toda la eternidad: sin duda cuando los tales hombres salidos de la oscuridad de sus cuevas, súbitamente viesen todo esto, luego conocerían haber sido verdadera la fama de lo que les fué dicho, que era haber en este mundo una soberana divinidad, de que todo pendía. Esto dijo Aristóteles.

Mas nosotros (dice Tulio) imaginemos unas tan espesas tinieblas cuantas se dice haber salido en el tiempo pasado de los fuegos del monte Etna, las cuales oscurecieron todas las regiones comarcanas, é imaginemos que por espacio de dos días ningún hombre pudiese ver á otro. Pues si al tercer día el sol esclareciese al mundo, parecería á estos hombres que de nuevo habían resucitado. Y si esto mismo acaeciese á algunos que hubiesen vivido siempre en eternas tinieblas, los cuales súbitamente viesen la luz, ¿cuán hermosa les parecería la figura del cielo? Mas la costumbre de ver esto cada día, hace que los hombres no se maravillen de esta hermosura, ni procuren saber las razones de las cosas que siempre ven, como si la novedad de las cosas nos hubiese de mover, más que su grandeza, á inquirir las causas de ellas. Porque ¿quién tendrá por hombre de razón al que, viendo los movimientos del cielo, y el orden de las estrellas, tan firme y constante, y viendo la conexión y conveniencia que todas estas cosas tienen, diga que todo esto se hizo sin prudencia ni razón, y crea que se hicieron acaso las cosas que ningún consejo ni entendimiento puede llegar á comprender con cuánto consejo hayan sido hechas? ¿Por ventura, cuando vemos alguna esfera movediza, ó reloj, ó algunas figuras moverse artificiosamente, no entendemos que hay algún artífice y causa de estos movimientos? Y viendo el ímpetu con que se mueven los cielos, con tan admirable ligereza, y que hacen sus cursos tan ciertos y tan bien ordenados para la salud y conservación de las cosas, ¿no echaremos de ver que todo esto se hace con razón, y no sólo con razón, sino con excelente y divina razón?

Mas dejada aparte la sutileza de los argumentos, pongámonos á mirar la hermosura de las cosas que por la divina Providencia confesamos haber sido fabricadas. Y primeramente miremos toda la tierra sólida, y redonda, y recogida con su natural movimiento dentro de sí misma; colocada en medio del mundo, vestida de flores, de yerbas, de árboles y de mieses; donde vemos una increíble muchedumbre de cosas tan diferentes entre sí, que con su grande variedad nos son causa de un insaciable gusto y deleite.

Juntemos con esto las fuentes perennales de las aguas frías, los licores claros de los ríos, los vestidos verdes de sus riberas, la alteza de las concavidades de las cuevas, la aspereza de las piedras, la altura de los montes, la llanura de los campos. Añadamos á esto las venas escondidas del oro y plata, y la infinidad de los mármoles preciosos. Y demás de esto, ¿cuánta diversidad vemos de bestias, de ellas mansas, de ellas fieras? ¿Cuántos vuelos y cantos de aves? ¿Cuán grandes pastos para los ganados, y cuántos bosques para la vida de los animales silvestres? Pues, ¿qué diré del linaje de los hombres, los cuales puestos en medio de la tierra, como labradores y cultivadores de ella, no la dejan poblar de bestias fieras, ni hacerse un monte bravo con la aspereza de los árboles silvestres, con cuya industria los campos, y las islas, y las riberas resplandecen, repartidas en casas y ciudades?

Pues si todas estas cosas mirásemos de una vista con los ojos, como las vemos con los ánimos, ninguno habría que mirando toda la tierra junta tuviese duda de la divina Providencia. Mas entre estas cosas, ¿cuán grande es la hermosura de la mar? ¿Cuánta la muchedumbre y variedad de las islas que hay en ella? ¿Qué frescura y deleite de sus riberas? ¿Cuántos linajes de pescados, unos que moran en el profundo de las aguas, otros que andan nadando y corriendo por cima de ellas, otros que están pegados con sus conchas naturales á las peñas? Y el mismo mar de tal manera con sus playas y riberas se abraza con la tierra, que de dos cosas tan diferentes viene á hacerse una común naturaleza de ambas.

Luego el aire vecino á la mar, se diferencia entre día y noche, el cual unas veces adelgazándose sube á lo alto, y otras espesándose se convierte en nubes, y recogiendo en sí los vapores de la mar, riega la tierra con aguas, y corriendo de una parte á otra, causa los vientos. Y él también sostiene sobre sí el vuelo de las aves, y nos da el aire con que se mantienen y sustentan los animales.

Réstanos ahora el postrer lugar del mundo, que es el cielo, tan alejado de nuestras moradas, que ciñe y abraza todas las cosas, que es el último término y cabo del mundo: en el cual aquellas lumbreras resplandecientes de las estrellas hacen sus cursos tan ordenados, que son causa de grande admiración á quien los contempla. Entre los cuales el sol moviéndose al rededor de la tierra, y naciendo y poniéndose, es causa del día y de la noche, y llegándose á nosotros un tiempo del año, y desviándose otro, hace dos vueltas contrarias; y en este intervalo se entristece la tierra con su ausencia, y después se alegra con su venida. Mas la luna caminando por las mismas vías que el sol, envía á la tierra la lumbre que recibe de él, mudándose muchas veces, y eclipsándose con la sombra de la tierra, y eclipsando ella al sol, cuando se le pone delante. Y por los mismos espa-

cios corren los planetas al derredor de la tierra, los cuales á veces se apresuran en sus movimientos, y á veces se tardan, y otras se detienen: que es cosa de grande admiración y hermosura. Síguese luego la muchedumbre de las estrellas fijas, las cuales están de tal manera ordenadas, que vienen á hacer ciertas figuras por las cuales son nombradas, como es el carro, la bucina y otras semejantes, que son guía de los que navegan por la mar. Todo lo susodicho es de Tulio: el cual con el argumento de la fábrica, y hermosura, y provecho de las partes principales de este mundo inferior, y con el orden y constancia invariable de los movimientos del cielo, prueba que cosas tan grandes y tan provechosas, tan hermosas y tan bien ordenadas no se pudieron hacer acaso, sino que tienen un sapientísimo hacedor y gobernador.

Y un poco más abajo, declarando el cuidado que la divina Providencia tiene de acudir á las necesidades humanas, dice de ella, que demás del común pasto y mantenimiento de todo el mundo, produjo en diversos lugares diversas cosas para el uso y provisión de nuestra vida. Y así vemos (dice él) que en Egipto el río Nilo con sus crecientes riega y cubre en el tiempo de estío toda la tierra, y esto hecho, se recoge, dejando los campos ablandados y dispuestos para la sementera. A Mesopotamia hace fértil el río Eufrates: en la cual cada año renueva los campos, y casi los hace otros. Mas el río Indo (que es el mayor de todos los ríos), no sólo alegra y ablanda los campos, sino también los deja sembrados, por traer consigo gran número de semillas, semejantes á los granos de que nacen las mieses. Muchas otras cosas memorables podría contar, que se crían en diversos lugares, y muchos campos fértiles, unos que dan una manera de fruto, y otros otra. Mas ¿cuánta es la benignidad y liberalidad de la naturaleza, en haber criado tantas, y tan diversas, y tan suaves cosas para nuestro mantenimiento, y éstas no en un solo tiempo del año, sino siempre; para que con la novedad de los manjares, y con la abundancia de ellos, se renovase nuestro gusto y deleite? ¿Y cuán saludables vientos, y cuán proporcionados á sus tiempos produce, no sólo para el provecho de los hombres, sino también de los ganados, y de todas las cosas que nacen de la tierra, con los cuales los grandes calores se templan, y con ellos se navega con mayor ligereza la mar?

Muchas otras cosas callamos, y muchas también decimos; porque no se pueden contar los provechos que nos traen los ríos, y las mudanzas de la mar, cuando crece ó mengua, y los montes vestidos de verdura, y los bosques y las salinas que se hallan en lugares muy apartados de la mar, y la muchedumbre de las yerbas medicinales, que produce la tierra, é innumerables artes necesarias para el mantenimiento y uso de nuestra vida. Pues ya la mudanza de los días y de las noches sirve para conservar la vida de

los animales, señalándonos un tiempo para trabajar, y otro para descansar. De manera que por todas partes se concluye, que este mundo se gobierna por la sabiduría y consejo divino, el cual por una manera maravillosa lo endereza y ordena á la salud y conservación de todas las cosas. Lo susodicho es de Tulio en nombre de un filósofo estóico, el cual con tanta atención discurría por todas las cosas del mundo, cebando y recreando su ánima en la contemplación de las obras y maravillas de la divina Providencia. Lo cual es para confusión de muchos cristianos, que tan poco tiempo gastan en la consideración de cosas tan admirables.

Pruébase un solo Hacedor por el orden de las criaturas en el servicio del hombre: figura del mundo descrita por Séneca

Mas entre todas ellas es mucho para considerar, la manera con que todas (como una música concertada de diversas voces) concuerdan en el servicio del hombre, para quien fueron criadas, sin haber una sola que se exima de su servicio, y que no le acarree algún provecho, y pague algún tributo temporal ó espiritual. En lo cual se ha de considerar cómo todas las cosas en este ministerio se ayudan unas con otras, como diversos criados de un señor, que teniendo diferentes oficios, se emplean todos cada cual de su manera en el servicio del señor. De lo cual resulta esta armonía del mundo, compuesta de infinita variedad de cosas, reducidas á esta unidad susodicha, que es el servicio del hombre. Pongamos ejemplo, comenzando del mismo hombre: el cual, según Aristóteles dice, es como fin para cuyo servicio la divina Providencia diputó todas las cosas de este mundo inferior. Pues éste, primeramente tiene necesidad del servicio de diversos animales para mantenerse de sus carnes, para vestirse y calzarse de sus pieles y lanas, para labrar la tierra, para llevar y traer cargas, y aliviar con esto el trabajo de los hombres. Estos animales tienen necesidad de yerba y pasto para sustentarse. Éste se cría y crece con las lluvias que riegan la tierra: éstas se engendran de los vapores que el sol hace levantar así de la tierra como de la mar. Éstos han menester vientos para que los lleven de la mar á la tierra. Para esto son necesarias las influencias del cielo, y el calor del sol que las saque de ella y levante á lo alto. El cielo tiene necesidad de la inteligencia que lo mueva, y ésta de la primera causa que es Dios, para que la conserve y sustente en el oficio que tiene. De esta manera podríamos poner ejemplo en todas las otras cosas criadas, y mostrar cómo se ayudan y sirven unas á otras, y todas finalmente se ordenan y reducen al servicio del hombre, para el cual fueron criadas.

Donde es razón de considerar la divina sabiduría en haber ordenado las

causas de las cosas de tal manera, que unas tengan necesidad de la ayuda y ministerio de las otras, y que ninguna por sí sola baste para todo; para que así se quitase á los hombres la ocasión de idolatrar, viendo la necesidad que las más excelentes criaturas tienen del ministerio y uso de las otras. Porque el sol es el que entre todas ellas tiene más virtud para la procreación de las cosas. Este con su movimiento propio allegándose y desviándose de nosotros, es causa de los cuatro tiempos del año, que son invierno, verano, estío y otoño, que son necesarios para la producción de las cosas. Mas el mismo para causar días y noches (que no son para esto menos necesarias) tiene necesidad del movimiento del primer cielo, que en un día natural hace que el sol dé una vuelta al mundo, y con esto se causa el día y la noche.

Asimismo los otros planetas y estrellas, según los diversos aspectos que tienen entre sí, y con el sol, son causa de diversos efectos acá en la tierra, como son lluvias, serenidad, vientos, frío, y calor y cosas semejantes. Esta cadena, ó, si se puede decir, esta danza tan ordenada de las criaturas, y como música de diversas voces, convenció á Averroes para creer que no había más que un solo Dios. Porque no se pueden reducir á un fin con un orden cosas tan diversas, si no hubiere uno que sea como maestro de capilla, que las reduzca á esta unidad y consonancia. Mas si fuesen dos ó muchos dioses diferentes entre sí, y no fuesen conformes, ni sujetos uno á otro, no se podría causar esta unidad; porque cada uno tiraría por su camino, y unos impedirían á otros: como un navío entre vientos igualmente contrarios, el cual mientras así estuviese, no se movería.

Esta hermosísima figura del mundo describe Séneca elegantemente á una noble matrona romana, por estas palabras. «Imagina que al tiempo que naces en este mundo, te declaro la condición de este lugar adonde entras, y te digo: mira que entras en una gran ciudad, que abraza y encierra en sí todas las cosas, gobernadas por leyes eternas. Verás aquí innumerables estrellas, y una sola, que es el sol, el cual hinche con su luz todas las cosas, y con su ordinario movimiento reparte igualmente el espacio de los días y de las noches, y divide en partes iguales los cuatro tiempos del año. Verás aquí como la luna recibe del sol su hermano la claridad, á veces mayor, á veces menor, según el aspecto y disposición en que lo mira: la cual unas veces del todo se encubre, y otras, llena la cara de claridad, del todo se descubre, mudándose siempre con sus crecientes y menguantes, y diferenciándose del día que precedió. Verás otras cinco estrellas, que van por diversos caminos, y corren contra el común curso del cielo. Maravillarte has de los nublados oscuros, y de las aguas que caen del cielo, y de los truenos y relámpagos, y de los rayos que caen de través.»

«Y cuando recreados ya los ojos con la vista de las cosas altas, los inclinares á la tierra, verás otra forma de cosas que te cause nueva admiración. Verás la llanura de los campos tendidos por largos espacios, y los montes que se levantan en lo alto con sus collados cubiertos de nieve, y la caída de los ríos que nacidos de una fuente, corren de oriente á occidente; y verás las arboledas que en lo alto de los collados se están meneando, y los grandes bosques con sus animales y cantos de aves que en ellos resuenan. Verás los sitios y asientos de diversas ciudades, y las naciones cercadas y apartadas unas de otras, ó con montes altos, ó con riberas, ó lagos, ó valles, ó lagunas de agua. Verás las mieses crecidas con labor é industria, y otras plantas que sin ella dan fruto. Verás correr blandamente los ríos entre los prados verdes, y los senos y riberas de la mar que vienen á hacerse puertos seguros; y verás tantas diferencias de islas tendidas por ese mar grande, que causan distinción entre unos mares y otros. Pues ¿qué diré del resplandor de las perlas preciosas, y del oro que se halla entre las arenas de los arroyos cuando van crecidos, y del mar Océano, que se explaya con gran licencia sobre sus riberas, y con sus tres grandes senos divide la habitación de las gentes? Dentro del cual verás unos pescados de increíble grandeza, otros muy pesados que tienen necesidad de ayuda para moverse, y otros más ligeros que una galera con sus remos, y otros que siguiendo los navíos, echan de sí una grande espadañada de agua, no sin temor y peligro de los navegantes. Verás navíos que buscan tierras no conocidas, y verás que ninguna cosa quedó por tentar al atrevimiento humano.» Hasta aquí son palabras de Séneca.

Locura de los ateístas epicúreos que atribuyeron todo lo criado al acaso

Pues siendo tan grande la variedad y hermosura de las cosas de este mundo, ¿quién será tan bruto, que diga haberse todo esto hecho acaso, y no tener un sapientísimo hacedor? ¿Quién diría que un retablo muy grande, y de muchos y muy excelentes colores y figuras se hizo acaso, con un borrón de tinta, que acertó á caer sobre una tabla? Pues ¿qué retablo más grande, más vistoso, y más hermoso que este mundo? ¿Qué colores más vivos y agradables, que los de los prados y árboles de la primavera? ¿Qué figuras más primas, que las de las flores, y aves, y rosas? ¿Qué cosa más resplandeciente, y más pintada que el cielo con sus estrellas? Pues ¿cuál será el ciego que todas estas maravillas diga que se hicieron acaso?

Si por acaso yendo camino hallases en un bosque una casa de solaz de algún príncipe muy bien edificada, y proveída de todo género de manteni-

mientos, y de las oficinas que fuesen necesarias para servicio del príncipe, y vieses en ella sus mesas puestas, sus hachas encendidas, sus verjeles, y cisternas, y fuentes dè agua, sus aposentos y lugares diversos para todos sus criados; y maravillado tú de todo este aparato, preguntases cómo se había hecho esto, y te respondiesen que había caído un pedazo de aquella montaña, y los pedazos de ella habían acertado á caer de tal manera, que sin mano de oficial se habían fabricado aquellos tan hermosos palacios, con todo lo que hay en ellos, ¿qué dirías? ¿Podría fingirse desatino mayor? Pues decidme ahora, si poniéndoos vos de propósito á considerar la hermosura de la gran casa real de este mundo, y viendo la fábrica, y la provisión de todas las cosas que hay en él, viendo esa bóveda del cielo tan grande, y tan compasada y pintada con tantas estrellas, viendo una mesa tan abastada de tantas diferencias de manjares como es la tierra con todas las carnes, y frutas, y otros mantenimientos que hay en ella, viendo tantas frescuras, y verjeles, y fuentes de agua, tantos paños de verdura como se ven por todas las montañas, y valles, y praderías de los campos, viendo las hachas y lumbreras que arden día y noche en medio de esos cielos para alumbrar esta casa, y las vajillas de oro y plata, y piedras preciosas que nacen en los mineros de la tierra; los aposentos diversos y convenientes para los moradores de esta casa, unos en las aguas para los que saben nadar, otros en el aire para los que pueden volar, otros en la tierra para los cuerpos grandes y pesados, y viendo sobre todo esto el régimen de toda esta casa y familia, y el orden de ella, y todo finalmente encaminado para el servicio del príncipe de esta casa, que es el hombre: quien todo esto ve con otras infinitas cosas que no se pueden comprender en pocas palabras, ¿cómo podrá creer que todo esto se hiciese acaso? ¿Cómo no verá que tuvo y tiene potentísimo y sapientísimo Hacedor?

Pues esta hermosura y grandeza del mundo, con la variedad de las cosas que en él hay, reducidas á aquella unidad que dijimos, movió no solamente á los filósofos, más también á todas las gentes, á creer que cosas tan grandes, tan hermosas y tan bien ordenadas, no se habían hecho acaso, sino que tenían un sapientísimo y potentísimo Hacedor, que con su omnipotencia las había criado, y con su sabiduría las gobernaba. Y esto es lo que David exclama en el salmo 18 cuando dice: «Los cielos denuncian la gloria de Dios, y las obras de sus manos predica el cielo estrellado,» etc. Quiere decir: la hermosura del cielo, adornada con tantas lumbreras, y el orden admirable de las estrellas, y la diversidad de sus movimientos y cursos predican la gloria de Dios, y hacen que todas las naciones le alaben, y se maravillen de su grandeza, y le reconozcan por hacedor y señor de todas las cosas. Asimismo el orden de los días y de las noches, el crecimiento y la diminución de ellos tan ordenada y proporcionada para el uso

de nuestra vida, y la constancia invariable que en sus nacimientos y movimientos guardan, predican y testifican que obras tan grandes y tan bien ordenadas no se han de atribuir al caso, ó á la fortuna, sino que hay en el mundo un soberano presidente que al principio crió todas estas cosas, y las conserva con suma providencia. Mas estas obras admirables no hablan ni testifican esto con voces humanas (las cuales no pudieran llegar al cabo del mundo); mas su habla y testimonio es el orden invariable, y la hermosura de ellas, y el artificio con que están hechas tan perfectamente, como si se hicieran con regla y plomada. Porque esta manera de lenguaje se oye en todas las tierras, y convida á los hombres al culto y veneración del Hacedor.

De los sentidos exteriores de nuestro cuerpo

Quiero referir aquí lo que dice Tulio de la conveniencia y hermosura de los sentidos y partes exteriores de nuestro cuerpo, con lo cual prueba él haber sido todo esto fabricado por una suma sabiduría y Providencia, para el uso y provecho de nuestra vida. Dice pues él, que esta divina Providencia levantó los hombres de la tierra, y los hizo altos y derechos, para que mirando al cielo viniesen en conocimiento de Dios. Porque son los hombres hechos de la tierra, no como inquilinos y moradores della, sino como contempladores de las cosas celestiales y soberanas, cuya contemplación y vista á ningún otro animal pertenece sino á solo el hombre. La cual Providencia formó y asentó maravillosamente los sentidos (que son los intérpretes y mensajeros de las cosas) en la cabeza, como en una torre alta para el uso necesario de la vida. Porque los ojos, que son como atalayas de este cuerpo, están en el lugar más alto, para que mejor ejerciten su oficio, viendo de allí muchas diferencias de cosas.

También los oídos (que han de percibir el sonido) convenientemente se pusieron en esta parte alta, porque el sonido siempre sube á lo alto. Y por esta misma causa también el sentido del oler está en lo alto; porque también los vapores, que llevan consigo las especies de las cosas olorosas, naturalmente suben á lo alto. Y no menos artificiosamente se puso este sentido junto á la boca, por ser mucha parte el olor de lo que se come y se bebe, para juzgar si es bueno ó malo. Pues ya el sentido del gusto (que ha de sentir las diferencias de las cosas con que nos mantenemos) convenientemente se puso en aquella parte de nuestra boca, por donde necesariamente pasa lo que se come y se bebe.

Mas el sentido de tocar igualmente se extiende por todo el cuerpo, para que así pudiésemos sentir todos los golpes, y todos los grandes fríos y calores que nos podían dañar.

Donde es mucho de notar, que así como los hombres sabios ponen más cobro en las cosas preciosas que en las viles, así este artífice divino puso mayor guarda y cobro en los ojos, que en los otros sentidos, por ser ellos (como todos vemos) muy preciados. Porque primeramente los vistió y cercó con unas telas muy delicadas, las cuales hizo transparentes, para que por ellas pudiésemos ver, y por otra parte recias para que pudiesen permanecer. Hizo también los ojos fáciles para moverse de una parte á otra, para que así se desviasen de lo que les pudiese dañar, y fácilmente los volviesen á lo que quisiesen ver. Y la agudeza de la vista, que está en la pupila del ojo (mediante la cual vemos), es muy pequeña, para que así esté más segura de lo que le pueda dañar. Asimismo los párpados, con que se cubren los ojos, hizo muy blandos, porque no exasperasen esta pupila; y muy fáciles para abrirse y cerrarse con toda ligereza, para que no cayese en los ojos cosa que les fuese contraria. Los cuales párpados están armados y guarnecidos con las cejas, que son como una palizada, para que aunque estuviesen abiertos los ojos, despidiesen cualquiera cosa que cayese sobre ellos. Desta manera están recogidos y escondidos los ojos, cerrados por las partes más altas con las sobrecejas, que están encima dellos; las cuales impiden que el sudor que corre de la cabeza y de la frente no caiga sobre ellos. Y por la parte más baja están amparados con las mejillas, que son como un vallado que los defiende. Mas las narices están de tal manera asentadas, que vienen á ser como un muro puesto ante los ojos.

Mas los oídos están siempre abiertos, porque dellos tenemos necesidad aun en el tiempo que dormimos; porque con el sonido que este sentido recibe, despertemos. Y el camino para él tiene muchas vueltas, porque si fuera derecho y simple pudiera entrar por él cosa que le dañara. También se proveyó de remedio, para que si algún animalillo quisiese entrar en él, se embarazase en la cera de los oídos, como en liga. Y las orejas, que están á la puerta, fueron hechas para cubrir y guardar este sentido, y para que las voces no se derramasen primero que llegasen á él. Y las entradas para él hizo duras, y como de cuerno, y con vueltas y revueltas; porque con este artificio se hace mayor el sonido. Asimismo las narices, que siempre han de estar abiertas, para hacer sus oficios, tienen las entradas estrechas, porque no pueda entrar por ellas cosa que les pueda dañar, y tienen un poquito de humor, que sirve para despedir de sí el polvo y otras cosas tales. Pues el sentido de gustar está muy bien cercado, porque está dentro de la boca, para hacer convenientemente su oficio, y para estar más guardado.

Todo lo susodicho es de Tulio, y todo ello nos representa la suma sabiduría y consejo del que tan perfectamente fabricó y guarneció todos estos sentidos para los oficios y uso de nuestra vida, sin descuidarse de cosa al-

guna, por pequeña que sea; pues llegó su providencia á una cosa tan pequeña como es la cera de los oídos, para el oficio que aquí está dicho. Pues ¿qué cuidado tendrá de las cosas mayores, quien tan particular lo tuvo de las menores?

El hombre, imagen de Dios

El mismo Hacedor dijo: *Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza.*

Donde primeramente se ha de notar con cuanta autoridad comenzó el Criador á tratar de la creación del hombre. Porque en la de las otras cosas no hacía más que decir: Hágase esto, y luego era hecho. Y así dijo: Hágase luz, y luego fué hecha la luz; y: Háganse lumbreras en el cielo, y luego salió á luz el sol y la luna, juntamente con todas las estrellas. Mas habiendo de criar al hombre, usó de este lenguaje, diciendo: Hagamos. Las cuales son palabras, no de sola una persona divina, sino de muchas, que es de toda la Santísima Trinidad, que entendió en la fábrica de esta criatura. Pero otra mayor se nos descubre en decir: A nuestra imagen y semejanza. Porque ser imagen de Dios, á sólo el hombre y al ángel pertenece. Porque las demás criaturas, aunque sean sol, y luna, y estrellas con todas las demás, no se llaman imágenes, sino huellas ó pisadas de Dios, por lo poco que representan de su grandeza; mas por representar el hombre y el ángel mucho más de aquella altísima naturaleza, se llaman imágenes de Dios.

Ahora será bien examinar por cuántas razones se dice ser el hombre hecho á imagen y semejanza de Dios. Porque entendido esto conocerá él la alteza de su dignidad, para que se corra y avergüence de afear y oscurecer esta divina imagen, abatiéndose á las vilezas de la carne. Y por aquí también verá lo que debe al Criador que tal joya le dió. Pues primeramente se dice ser el hombre imagen de Dios, porque tiene libre albedrío y entendimiento como Dios y como sus ángeles. Porque ninguna de todas las otras criaturas tiene esta libertad, ca todas son agentes naturales que no pueden dejar de hacer aquello para que tienen facultad; y así el fuego no puede dejar de quemar, ni el sol de alumbrar, etc. Mas el hombre es libre y señor de sus obras, y así puede hacer y dejar de hacer lo que quisiere. En lo cual parece que sólo el hombre es señor, y que todas las otras criaturas son como captivas y siervas, pues solo él es libre y señor de sus obras, y ellas no.

Mas no sólo la libertad de la voluntad, sino también la facultad del entendimiento nos diferencia de las bestias y nos hace semejantes á Dios; pues él también es substancia intelectual, aunque por otra más alta manera. Esta semejanza de los entendimientos se ve en la semejanza de las obras

que proceden de ellos. Por donde se dice, que el arte imita la naturaleza en cuanto puede: lo cual en más claros términos es decir, que el hombre imita á Dios en la manera del obrar. Por donde así como el autor de la naturaleza en todas sus obras dispone y proporciona siempre los medios con los fines que pretende (como los dientes para cortar y moler el manjar, y las manos para obrar, y los pies para andar y las cañas de los huesos para sostener la carga del cuerpo): así el arte guarda esta misma proporción en todas sus obras, como lo vemos en la ropa que corta para vestir, y en las casas que edifica para morar, y en los navíos que fabrica para navegar, donde vemos cuán proporcionada viene cada cosa de estas para el fin que se pretende.

Item así como son cuasi infinitas las obras de naturaleza, así también lo son en su manera las del arte. Lo cual podrá notar quien rodeare con los ojos alguna grande ciudad, como es Venecia ó Lisboa. Porque andando por todas las calles de estas ciudades, verálas pobladas de mil diferencias de oficios y oficiales mecánicos, y si fuere á la marina, verá el trato de la mar, y tantas diferencias de navíos grandes y pequeños, con toda su jarcia fabricada muy á propósito para el oficio de la navegación. Y si de ahí entrare en el almacén de las municiones, ahí verá tantas maneras de armas, unas defensivas y otras ofensivas, unas para pelear de lejos y otras de cerca, que no podrá dejar de maravillarse cómo un animal racional, que la naturaleza crió desnudo y desarmado para la paz, y compañía, y vida política de los hombres, tuvo corazón é ingenio para inventar tantas diferencias de pertrechos y tiros de artillería para la destrucción del género humano. Y si de ahí pasare á las librerías y escuelas generales, hallará mil maneras de libros y de artes y ciencias naturales y sobrenaturales, inventadas por el entendimiento humano. Y si en cabo entrare un día solemne en una iglesia catedral hermosamente fabricada y ornamentada, ahí hallará en que apacentar los ojos con la hermosura del edificio y ornamento de los altares, y en que recrear los oídos con la suavidad de las voces é instrumentos musicales que ahí dulcemente resuenan.

Y si sobre todo esto se hallare en una feria general como es la de Medina del Campo ú otra semejante, ahí verá tanta variedad y muchedumbre de cosas artificiales que le parecerá competir el arte con la naturaleza, no sólo en la fábrica y hermosura de la cosas, como está dicho, sino también en la variedad y muchedumbre de ellas. Y así como Dios crió este mundo lleno de obras naturales, así el arte ha hecho cuasi otro nuevo mundo de cosas artificiales.

Para lo cual todo se sirve de las manos, las cuales fabricó el Criador con maravillosas habilidades y artificio, para que fuesen un convenientísimo y general instrumento de las más principales partes de nuestra ánima,

que son la voluntad y la razón. Porque por ellas obra la razón todas estas cosas susodichas y otras muchas más. Ca ellas, como dice Tulio, nos sirven para labrar los campos, para edificar las casas, para tejer y coser las vestiduras, y para la fábrica de las cosas que se hacen de hierro ó de metal. Con las manos también edificamos las ciudades, los muros y los templos. Y por ellas también nos proveemos de diversos y abundantes frutos para nuestro mantenimiento. Ca por ellas sembramos los campos, los cuales nos dan diversos frutos, unos que se comen luego, y otros que se recogen y guardan para adelante. Por ellas también nos mantenemos de los animales, así de los que andan por la tierra, como de los que nadan en el agua, como de los que vuelan por el aire, no sólo cazándolos, sino también criándolos en nuestras casas. Con ellas también domamos las bestias; las cuales llevando y trayendo cargas nos sirven, dando también á nosotros fuerza y ligereza para caminar. Nosotros también con las manos les ponemos yugos, y asimismo usamos del sentido agudísimo de los elefantes, y de la sagacidad de los canes para nuestro provecho. Nosotros también con ellas sacamos el hierro de las entrañas de la tierra (cosa grandemente necesaria para la labor de los campos); y asimismo descubrimos las venas escondidas del acero, de la plata y del oro, de las cuales cosas nos servimos, así para el uso de la vida, como para la hermosura y ornamento de ella. Aprovechámonos también de todo género de árboles, así fructuosos como silvestres, parte para calentarnos y guisar los manjares; y parte para edificar, con lo cual nos defendemos de los demasiados fríos y calores. Y la misma materia sirve para fabricar navíos, por cuyo medio nos viene de todas partes abundante provisión para las necesidades de la vida. Y así por el arte del navegar venimos á enseñorearnos de las dos cosas más violentas que hay en la naturaleza, que son la mar y los vientos, y por este medio gozamos de muchas cosas que se traen por la mar. Es otrosí nuestro el señorío y uso de todos los frutos y comodidades de la tierra; porque nosotros gozamos de los campos y de los montes, nuestros son los ríos y los lagos, nosotros sembramos las mieses y los árboles, nosotros con riegos artificiales hacemos fértiles las tierras, nosotros represamos y enderezamos los ríos y los encaminamos por las partes que nos puedan aprovechar, y finalmente, usando de la industria de las manos en las cosas de naturaleza, habemos venido á fabricar otra nueva naturaleza. Lo susodicho es de Tulio.

Pues todo esto nos declara la dignidad y semejanza que nuestra ánima tiene con su Criador, pues tanta semejanza tiene, en la manera del obrar, con él. Porque tres cosas pone San Dionisio así en el Criador como en sus criaturas (que son sér, poder y obrar), en las cuales hay tal orden y proporción, que cual es el sér tal es el poder, y cual es el poder tales las

obras. Y así por las obras conocemos el poder y por el poder el sér. Y pues como está dicho vemos tanta conformidad entre las obras del hombre y las de Dios, por aquí podemos rastrear la semejanza y parentesco que hay entre él y Dios, y entenderemos con cuánta razón se dice haber sido criado el hombre á imagen y semejanza de Dios, que es una dignidad incomparable.

Es también singular propiedad de Dios estar en todo lugar presente, en el mundo y fuera del mundo. Y nuestra ánima intelectiva corre también por todos los lugares del mundo cuando quiere. Ahora, dice San Ambrosio, estamos en Italia y pensamos en las cosas de Oriente y Occidente, y conversamos con los de Persia y con los de África, y ahí tratamos con los amigos, caminamos con los que caminan, allegámonos á los peregrinos, juntámonos con los ausentes, hablamos con los que están apartados de nosotros; y hasta los difuntos resucitamos, y los abrazamos y conversamos como si estuvieran vivos. Pues por aquí se entiende no haber sido hecha á imagen de Dios aquella parte corporal que hay en nosotros; sino aquella que con la agudeza de su vista ve los ausentes, y pasa de la otra banda de la mar, y corre con la vista por todas las cosas, escudriña las escondidas, y en un momento rodea sus sentidos por todos los fines del mundo, y sube hasta Dios, y se ayunta con Cristo, y desciende al infierno, y sube al cielo, y libremente se pasea por él: como lo hacía aquel que dice: Nuestra conversación es en los cielos.

Esta es una cosa en que el profeta David grandemente se maravilla cuando dice: Maravillosa es, Señor, vuestra sabiduría: la cual conozco por lo que veo en mí, y tan alta es que yo no la puedo alcanzar. Sobre las cuales palabras, que en este sentido alega Teodoreto, hace él una larga exclamación diciendo así: Cuando yo, Señor, recogido dentro de mí mismo, y libre de los cuidados y negocios exteriores, entro en mí y me pongo á contemplar mi propia naturaleza y aquella facultad del ánima racional que me disteis, y miro las ciencias de que ella ha sido capaz, y las artes por ella inventadas, de que está lleno el mundo (con cuyo beneficio se hace la vida más alegre y suave), y miro aquella infinita abundancia de vocablos que en ella caben, dentro de la cual están distintamente guardados y conservados, y así se le ofrecen fácilmente cuando los ha menester, y miro también cómo esta ánima gobierna todo el cuerpo, y cómo ella misma cometió á los ojos el oficio de juzgar entre los colores, y á la lengua de conocer la diferencia de los sabores, y héchola intérprete de sus conceptos mediante el uso de las palabras, y á las narices dió facultad de examinar los olores, y á los oídos de percibir las palabras que vienen de fuera, y ella misma extendió el sentido del tocar por todo el cuerpo: considerando pues con el ánimo todas estas cosas y otras semejantes, y viendo cómo mu-

chas dellas, al parecer contrarias, concurren en la fábrica de un animal, junto con aquella admirable unión de las dos naturalezas, una mortal y otra inmortal; quedo espantado con este tan grande milagro, y no pudiendo alcanzar la razón de cosa tan grande, confieso que quedo vencido, y predicando la victoria y sabiduría del Criador, vengo á prorrumpir en voces de alabanza, y exclamo con este profeta diciendo: Maravillosa es, Señor, vuestra sabiduría, la cual resplandece en mí: tan alta es, que yo no la puedo comprender. Lo susodicho es de Teodoreto. Esta es, pues, otra admirable excelencia de nuestra ánima; en la cual imita á su Criador, obrando, como dijimos, todas las cosas en su cuerpo, como el Criador las obra en este mundo. Por lo cual, demás de lo dicho, se llama ella imagen de Dios.

MAESTRO FRAY LUIS DE LEÓN

DE LA ORDEN DE SAN AGUSTÍN

Máximas y pensamientos sacados de la Exposición del libro de Job

1

Las cosas con que los malos más se engrandecen, que son las injusticias y despojos ajenos, y los robos, y las tiranías, y el estilo profano y vicioso, les gastan las raíces en que se sustentan, y se las enflaquecen sin que ellos lo sientan. Porque para con Dios, los hacen más dignos de ser derrocados; y para con los hombres, crían envidia en unos, y enemistades en otros: con que se multiplican los que han de derrocar.

2

Como el tronido viene sin pensar, y estremece los corazones sonando, y cría en ellos pavor y maravilla de Dios, ansí la voz del evangelio, no pensada, luego que sonó, se pasmaron las gentes... Y ver tanta virtud en una palabra tan simple, que llegada al oído penetrase á lo secreto del alma, y entrada en ella, la desnudase de sí, y de sus más asidos deseos, y la sacase del ser de la tierra, y le diese espíritu, ingenio y semblantes divinos, y hollando sobre cuanto se precia, viviese-moradora del cielo, maravilló extrañamente sin duda á los que la oyeron, puso á los que lo vieron en espanto grandísimo, crió admiración de Dios, y de contino la cría en los que la experimentan en sí.

3

Dos tiempos hay en que los hombres se arrogan más autoridad de la que merecen, y procuran parecer más y mejores de lo que son, dorando sus culpas: uno, cuando se ven muy estimados de todos, que por no caer de su opinión la ayudan con apariencias fingidas; otro, cuando los acusan otros y los menosprecian, que por volver por su honra no sólo niegan y encubren lo mal hecho, mas se atribuyen lo bueno que nunca hicieron.

4

Como por la corrupción de nuestras costumbres se han hecho compraderas todas las cosas, parécele á quien tiene oro, que allí lo tiene todo, y que es fuerte, sabio, y discreto, y bien afortunado, y finalmente señor poderoso cualquiera que es señor del dinero: de que la altivez, y la presunción, y desvanecimiento, y vana confianza, y engaño, comen de ordinario con los ricos y duermen. El cual es vicio necio, no sólo por su ser instable del oro, sino por ser desleal y traidor: porque sin duda la posesión del tesoro no allega amigos sino envidiosos, y no nos hace en la apariencia tan amados de algunos, cuanto en la verdad aborrecidos y màlquistos de todos. Pues poner la esperanza de mi defensa en lo que de secreto me hace guerra, y llama gente contra mí, necedad es muy conocida.

5

Como al que en el campo y de noche el turbión le arrebata, que ni ve persona que le ayude, ni camino que le guíe, ni árbol do se esconda, ni suelo cierto adonde afirme su paso, y el trueno le espanta, y la lluvia le traspasa, y la avenida le trabuca y anega envuelto en horror y desesperación; ansí, cuando muere el malo, no ve sobre sí sino horror y tiniebla, todo lo que ve es espanto, y lo que imagina temor.

6

Como cuando uno es goloso de algún manjar, ó halla particular gusto en algo que come, se detiene en ello, y lo endura, y lo encubre á los otros porque le quepa más parte, y se saborea en él trayéndolo por el gusto para alargar el sabor, y finalmente lo traga; ansí el logrero, y el violento, y el que con artificios exquisitos é injustos trae á su casa lo ajeno, y se hace rico á sí haciendo pobres á muchos; luego que descubren, ó con su ingenio intentan la presa, luego que ven algún secreto interés, lo callan porque nadie lo entienda, y como manjar dulce lo dan á la boca, que lo encubre sobre la lengua, y lo encomienda á los dientes, y lo pasa con codicia al estómago.

7

De los malos es y de los hipócritas que se les muera la luz. Y llámase luz la felicidad y lo próspero de los sucesos, porque hacen claro al hombre, ansí en los ojos ajenos que le reconocen y estiman, como en su sentido mismo, porque le esclarecen el corazón y le alegran. Y como la claridad despierta los hombres al hacer, y los encamina en sus obras, y los dispone para ellas, y los favorece, y aviva, y la noche, por el contrario, los entorpece y encoge; ansí los miserables y mal afortunados están como impedidos y aprisionados en todo, sin ejecutar sus designios, ni hallar salida en ellos. Y como la noche ata las manos, y deja al discurso del pensamiento más libre, ansí la calamidad y miseria aviva el deseo y la imaginación de las cosas, y pone prisiones á las manos para no conseguirlas.

8

Pecado gravísimo es el del hipócrita, que siendo malo hace significaciones de bueno con apariencias de religión y oración: preséntase á Dios religioso, y tiene el ánimo muy alejado de Dios; muéstrase por defuera siervo suyo, y aborrécele en el pecho; gotean las manos sangre inocente, y álzalas á él como limpias.

9

Quien mucho se enoja, lo primero recoge la ira en sí, y advirtiendo y allegando las causas del enojo, pone leña á la cólera, que bien encendida bulle luego con amenazas, y regaña los dientes, y aguza los ojos, y los enclava en el que padece, y casi le traspasa con ellos, y le turba y le espanta. Como la ira embravece al corazón del enojado, ansí también le pone fiera la cara.

10

Como acontece á aquellos que esgrimen, si acaso en ellos crece el enojo y les desfallece el brazo y el arte, que sin guardar tiempo ni orden tiran y redoblan golpes á ciegas; ansí hacen los que, encendidos con la disputa, y cegándose con la tema y enojo, ni ven lo propio de su propósito por estar ciegos, ni pueden contenerse de hablar sin propósito por estar enojados y corajosos.

11

Como suele acontecer muchas veces á la viña y á la oliva que comienza á florecer, que estando ellas como alegres desplegando al sol puro sus hojas, de improviso se levanta un violento aire, y turba el cielo, y envía una mu-

chedumbre de piedra y granizo, que les derrueca al suelo toda aquella hermosura, quedando en un punto perdidas y pobres las que poco antes estaban frescas y hermosas; ansí acontece á los malos (impíos), que no creyendo otra vida, tienen por cierto que este deleite y mando y riqueza de que agora gozan, no se les trocará después en miseria; mas presto ven la falsedad de su pensamiento, cuando *en día no suyo serán acabados*, es decir, cuando estando más para vivir, y confiando más en su fuerza y poder, revolviendo Dios en un momento los tiempos, por un desastre no pensado perecen. Porque aquel día no era *suyo*, esto es, no era de la muerte al parecer, ni día que prometiese calamidad y desastre, sino muy al revés.

12

En un pecho que no pone límite á sus deseos y antojos, un Perú ó un occéano de oro que entre se desagua luego, y se consume y desaparece. Y debajo desta pena pública se entiende otra secreta, y también de pobreza de alma y de razón: porque, como crece el vigor del apetito desordenado, y según que se va haciendo señor del hombre, ansí descrece y se amengua el uso de la razón, y su clara y limpia luz.

La vida pastoril

En esto que llamamos PASTOR se pueden considerar muchas cosas, unas que miran propiamente á su oficio, y otras que pertenecen á las condiciones de su persona y su vida. Porque lo primero, la vida pastoril es vida sosegada, y apartada de los ruidos de las ciudades, y de los vicios y deleites de ellas. Es inocente así por esto, como por parte del trato y granjería en que se emplea. Tiene sus deleites, y tanto mayores, cuanto nacen de cosas más sencillas, y más puras, y más naturales: de la vista del cielo libre, de la pureza del aire, y de la figura del campo, del verdor de las yerbas, y de la belleza de las rosas, y de las flores. Las aves con su canto, y las aguas con su frescura le deleitan y sirven.

Y así por esta razón es vivienda muy natural, y muy antigua entre los hombres, que luego en los primeros de ellos hubo pastores: y es muy usada por los mejores hombres que ha habido; que Jacob y los doce Patriarcas la siguieron, y David fué pastor: y es muy alabada de todos, que como sabéis, no hay poeta, Sabino, que no la cante y alabe.

Porque puede ser que en las ciudades se sepa mejor hablar; pero la fineza del sentir es del campo y de la soledad. Y á la verdad los poetas antiguos, y cuanto más antiguos tanto con mayor cuidado, atendieron mucho á huir de lo lascivo y artificioso, de que está lleno el amor que en las ciudades se cría, que tiene poco de verdad y mucho de arte y de torpeza.

Mas el pastoril, como tienen los pastores los ánimos sencillos y no contaminados con vicios, es puro y ordenado á buen fin: y como gozan del sosiego y libertad de negocios, que les ofrece la vida sola del campo, no habiendo en él cosa que los divierta, es muy vivo y agudo. Y ayúdales á ello también la vista desembarazada de que contino gozan, del cielo, y de la tierra, y de los demás elementos, que es ella en sí una imagen clara, ó por mejor decir, una como escuela de amor puro y verdadero. Porque los demuestra á todos amistados entre sí, y puestos en orden, y abrazados, como si dijésemos, unos con otros, y concertados con armonía grandísima, y respondiéndose á veces, y comunicándose sus virtudes, y pasándose unos en otros, y ayuntándose, y mezclándose todos, y con su mezcla y ayuntamiento sacando de contino á luz, y produciendo los frutos que hermosean el aire y la tierra. Así que los pastores son en esto aventajados á los otros hombres.

Y así será esta la segunda cosa que señalamos en la condición del PASTOR, que es muy dispuesta al bien querer. Y sea la tercera lo que toca á su oficio, que aunque es oficio de gobernar y regir, pero es muy diferente de los otros gobiernos. Porque lo uno, su gobierno no consiste en dar leyes, ni en poner mandamientos; sino en apacentar y alimentar á los que gobierna. Y lo segundo, no guarda una regla generalmente con todos, y en todos los tiempos; sino en cada tiempo, y en cada ocasión ordena su gobierno conforme al caso particular del que rige. Lo tercero, no es gobierno el suyo que se reparte, y ejercita por muchos ministros; sino él solo administra todo lo que á su grey le conviene: que él la apasta, y la abreva, y la baña, y la trasquila, y la cura, y la castiga, y la reposa, y la recrea y hace música, y la ampara y defiende. Y últimamente es propio de su oficio recoger lo esparcido, y traer á un rebaño á muchos que de suyo cada uno de ellos caminara por sí.

Por donde las sagradas letras, de lo esparcido y descarriado y perdido, dicen siempre que son como ovejas que no tienen PASTOR, como en San Mateo se ve, y en el libro de los Reyes, y en otros lugares. De manera que la vida del pastor es inocente, y sosegada, y deleitosa, y la condición de su estado es inclinada al amor, y su ejercicio es gobernar dando pasto, y acomodando su gobierno á las condiciones particulares de cada uno, y siendo él solo para los que gobierna todo lo que les es necesario, y enderezando siempre su obra á esto, que es hacer rebaño y grey.

Cristo ama el campo y la soledad

Vive en los campos Cristo, y goza del cielo libre, y ama la soledad y el sosiego; y en el silencio de todo aquello que pone en alboroto la vida, tiene

puesto él su deleite. Porque así como lo que se comprende en el campo es lo más puro de lo visible, y es lo sencillo, y como el original de todo lo que de ello se compone y se mezcla; así aquella región de vida, adonde vive aqueste nuestro glorioso Bien, es la pura verdad, y la sencillez de la luz de Dios, y el original expreso de todo lo que tiene sér, y las raíces firmes de donde nacen, y adonde estriban todas las criaturas. Y si lo habemos de decir así, aquéllos son los elementos puros, y los campos de flor eterna vestidos, y los mineros de las aguas vivas, y los montes verdaderamente llenos de mil bienes altísimos, y los sombríos y repuestos valles, y los bosques de la frescura, adonde exentos de toda injuria gloriosamente florecen la haya, y la oliva, y el linaloe, con todos los demás árboles del incienso, en que reposan ejércitos de aves en gloria y en música dulcísima que jamás ensordece. Con la cual región si comparamos este nuestro miserable destierro, es comparar el desasosiego con la paz, y el desconcierto, y la turbación, y el bullicio y disgusto de la más inquieta ciudad, con la misma pureza, y quietud y dulzura. Que aquí se afana, y allí se descansa. Aquí se imagina, y allí se ve. Aquí las sombras de las cosas nos atemorizan y asombran, allí la verdad asosiega y deleita. Esto es tinieblas, bullicio, alboroto; aquello es luz purísima en sosiego eterno.

Cristo es llamado «Brazo de Dios»

Introducción.—Marcelo, Juliano y Sabino, sentados en un apacible soto, principian el diálogo sobre este nombre de Cristo

Después de haber comido, y habiendo tomado algún pequeño reposo, ya que la fuerza del calor comenzaba á caer, saliendo de la granja, y llegados al río que cerca de ella corría, en un barco, conformándose con el parecer de Sabino, se pasaron al soto, que se hacía en medio de él, en una como isleta pequeña, que apegada á la presa de unas haceñas se descubría. Era el soto aunque pequeño espeso y muy apacible, y en aquella sazón estaba muy lleno de hoja, y entre las ramas que la tierra de suyo criaba, tenía también algunos árboles puestos por industria, y dividíale como en dos partes un no pequeño arroyo que hacía el agua que por entre las piedras de la presa se hurtaba del río, y corría casi toda junta. Pues entrados en él Marcelo y sus compañeros, y metidos en lo más espeso de él y más guardados de los rayos del sol, junto á un álamo que estaba casi en medio, teniéndole á las espaldas, y delante los ojos la otra parte del soto, en la sombra y sobre la yerba verde, y casi juntando al agua los pies, se sentaron.

Adonde diciendo entre sí del sol de aquel día, que aún se hacía sentir,

y de la frescura de aquel lugar, que era mucha, alabando á Sabino su buen consejo, Sabino dijo así: Mucho me huelgo de haber acertado tan bien, y principalmente por vuestra causa, Marcelo, que por satisfacer á mi deseo tomáis hoy tan grande trabajo, que según lo mucho que esta mañana dijisteis, temiendo vuestra salud, no quisiera que ahora dijérades más, si no me asegurara en parte la cualidad y frescura de aqueste lugar. Aunque quien suele leer en medio de los caniculares tres lecciones en las escuelas muchos días arreo, bien podrá platicar entre estas ramas la mañana y la tarde de un día, ó por mejor decir, no habrá maldad que no haga. Razón tiene Sabino, respondió Marcelo, mirando hacia Juliano, que es género de maldad ocuparse uno tanto y en tal tiempo en la escuela. Y de aquí veréis, cuán malvada es la vida que así nos obliga. Así que bien podéis proseguir, Sabino, sin miedo; que demás de que este lugar es mejor que la cátedra, lo que aquí tratamos ahora, es sin comparación muy más dulce que lo que leemos allí; y así con ello mismo se alivia el trabajo. Entonces Sabino, desplegando el papel, y prosiguiendo su lectura, dijo de esta manera:

Otro nombre de Cristo es BRAZO DE DIOS. *Isaías en el capítulo cincuenta y tres:* ¿Quién dará credito á lo que habemos oido, y su BRAZO Dios á quién lo descubrirá? *Y en el capítulo cincuenta y dos:* Aparejó el Señor su BRAZO santo ante los ojos de todas las gentes, y verán la salud de nuestro Dios todos los términos de la tierra. *Y en el cántico de la Virgen:* Hizo poderío en su BRAZO, y derramó los soberbios. *Y en otros muchos lugares.*

Lamentable error y ceguedad de los judíos acerca de Cristo

Cesó aquí Sabino, y disponíase ya Marcelo para comenzar á decir. Mas Juliano, tomando la mano, dijo: No sé yo Marcelo, si los Hebreos nos darán que Isaías en el lugar que el papel dice, hable de Cristo. No lo darán ellos, respondió Marcelo, porque están ciegos; pero dánoslo la misma verdad. Y como hacen los malos enfermos, que huyen más de lo que les da más la salud, así estos perdidos en este lugar, el cual solo bastaba para traerlos á luz, derraman con más estudio las tinieblas de su error para oscurecerle; pero primero perderá su claridad este sol. Porque si no habla de Cristo Isaías allí, pregunto, ¿de quién habla? Ya sabéis lo que dicen, respondió Juliano. Ya sé, dijo Marcelo, que lo declaran de sí mismos, y de su pueblo en el estado de ahora. Pero ¿paréceos á vos, que hay necesidad de razones para convencer un desatino tan claro? Sin duda clarísimo, respondió Juliano, y cuando no hubiera otra cosa, hace evidencia de que no es así lo que dicen, ver que la persona de quien Isaías habla allí, el mismo Isaías dice que es inocentísima y ajena de todo pecado, y limpieza y satisfacción de los pecados de todos: y el pueblo hebreo que ahora vive,

por ciego y arrogante que sea, no se osará atribuir á sí aquesta inocencia y limpieza. Y cuando osase él, la palabra de Dios le condena en Oséas, cuando dice, que en el fin y después de este largo cautiverio, en que ahora están los Judíos, se convertirán al Señor. Porque si se convertirán á Dios entonces, manifiesto es que ahora están apartados de él, y fuera de su servicio.

Mas aunque este pleito esté fuera de duda, todavía, si no me engaño, os queda pleito con ellos en la declaración de este nombre. El cual ellos también confiesan que es nombre de Cristo, y confiesan, como es verdad, que ser BRAZO es ser fortaleza de Dios y victoria de sus enemigos: mas dicen, que los enemigos que por el Mesías como por su BRAZO y fortaleza vence y vencerá Dios, son los enemigos de su pueblo, esto es, los enemigos visibles de los Hebreos, y los que los han destruído y puesto en cautividad; como fueron los Caldeos, y los Griegos, y los Romanos y las demás gentes sus enemigas, de las cuales esperan verse vengados por mano del Mesías, que engañados aguardan; y le llaman BRAZO DE DIOS por razón de aquesta victoria y venganza.

Así lo sueñan, respondió Marcelo, y pues habéis movido el pleito, comencemos por él. Y como en la cultura del campo primero arranca el labrador las yerbas dañosas, y después planta las buenas, así nosotros ahora desarraiguemos primero ese error, para dejar después el campo libre y desembarazado á la verdad.

El Mesías profetizado con el nombre de «Brazo de Dios» no había de ser poderoso por las armas. — Refútase victoriosamente el ciego error de los judíos

Mas decidme, Juliano, ¿los Asirios y Babilonios fueron hombres señalados en armas, y hubo reyes belicosos y victoriosos entre ellos, y sujetaron á su imperio á todo, ó á la mayor parte del mundo? Así fué respondió Juliano. Y los Medos y los Persas, que vinieron después, añadió luego Marcelo, ¿no menearon también las armas asaz valerosamente, y enseñorearon la tierra, y floreció entre ellos el esclarecido Ciro, y el poderosísimo Jérjes? Concedió Juliano que era verdad. Pues no menos verdad es, dijo prosiguiendo Marcelo, que las victorias de los Griegos sobraron á éstos, y que el no vencido Alejandro con la espada en la mano, y como un rayo, en brevísimo espacio corrió todo el mundo, dejándole no menos espantado de sí, que vencido: y muerto él sabemos que el trono de sus sucesores tuvo el cetro por largos años de toda Asia, y de mucha parte de África y de Europa.

Y por la misma manera los Romanos que le sucedieron en el imperio y

en la gloria de las armas, también vemos que venciéndolo todo, crecieron hasta hacer que la tierra y su señorío tuviesen un mismo término. El cual señorío aunque disminuído y compuesto de partes, unas flacas y otras muy fuertes, como lo vió Daniel en los pies de la estatua, hasta hoy día persevera por tantas vueltas y siglos. Y ya que callemos los príncipes guerreadores y victoriosos, que florecieron en él en los tiempos más vecinos al nuestro, notorios son los Scipiones, los Marcelos, los Marios, los Pompeyos, los Césares de los siglos antepasados, á cuyo valor y esfuerzo y felicidad fué muy pequeña la redondez de la tierra. Espero, dijo Juliano, dónde vais á parar. Presto lo veréis, dijo Marcelo, pero decidme: Esta grandeza de victorias é imperio que he dicho, ¿diósela Dios á los que he dicho, ó ellos por sí y por sus fuerzas puras, sin orden ni ayuda de él la alcanzaron? Fuera está eso de toda duda, respondió Juliano, acerca de los que conocen y confiesan la providencia de Dios. Y en la Sabiduría dice él mismo de sí mismo: *Por mi reinan los príncipes*. Decís la verdad, dijo Marcelo: mas todavía os pregunto, ¿si conocían y adoraban á Dios aquellas gentes? No le conocían, dijo Juliano, ni le adoraban. Decidme más, prosiguió diciendo Marcelo, ¿antes que Dios les hiciese aquesa merced, prometió de hacérsela? ¿O vendióles muchas palabras acerca de ello? ¿O envióles muchos mensajeros, encareciéndoles la promesa, por largos días, y por diversas maneras? Ninguna de esas cosas hizo Dios con ellos, respondió Juliano: y si de alguna de estas cosas, antes que fuesen, se hace mención en las letras sagradas, como á la verdad se hace de algunas, hácese de paso, y como de camino, y á fin de otro propósito. Pues ¿en qué juicio de hombres cabe, ó pudo caber, añadió Marcelo encontinente, pensar que lo que daba Dios, y cada día lo da á gentes ajenas de sí, y que viven sin ley, bárbaras y fieras y llenas de infidelidad y de vicios feísimos, digo, el mando terreno, y la victoria en la guerra, y la gloria, y la nobleza del triunfo sobre todos ó casi todos los hombres: pues ¿quién pudo persuadirse que lo que da Dios á éstos, que son como sus esclavos, y que se lo da sin prometérselo, y sin vendérselo con encarecimientos, y como si no les diese nada, ó les diese cosas de breve y de poco momento, como á la verdad lo son todas ellas en sí; eso mismo, ó su semejante, á su pueblo escogido, y al que solo, adorando ídolos todas las otras gentes, le conocía y servía, para dárselo, si se lo quería dar como los ciegos pensaron, se lo prometía tan encarecidamente, y tan de atrás, enviándoles casi cada siglo nueva promesa de ello por sus Profetas, y se lo vendía tan caro, y hacía tanto esperar, que el día de hoy, que es más de tres mil años después de la primera promesa, aún no está cumplido, ni vendrá á cumplimiento jamás, porque no es eso lo que Dios prometía?

Gran donaire, ó por mejor decir, ceguedad lastimera es, creer que los

encarecimientos y amores de Dios habían de parar en armas y en banderas, y en el estruendo de los atambores, y en castillos cercados, y en muros batidos por tierra, y en el cuchillo y en la sangre, y en el asalto y cautiverio de mil inocentes. Y creer, que el BRAZO DE DIOS extendido y cercado de fortaleza invencible que Dios promete en sus letras, y de quien él tanto en ellas se precia, era un descendiente de David, capitán esforzado, que rodeado de hierro, y esgrimiendo la espada, y llevando consigo innumerables soldados, había de meter á cuchillo las gentes, y desplegar por todas las tierras sus victoriosas banderas. Mesías fué de esa manera Ciro, y Nabucodonosor, y Artajerjes: ¿ó qué les faltó para serlo? Mesías fué, si ser Mesías es eso, César el dictador, y el grande Pompeyo; y Alejandro en esa manera fué más que todos Mesías. ¿Tan grande valentía es dar muerte á los mortales, y derrocar los alcázares, que ellos de suyo se caen, que le sea á Dios ó conveniente ó glorioso, hacer para ello BRAZO tan fuerte, que por este hecho le llame su fortaleza? ¡Oh cómo es verdad aquello que en persona de Dios les dijo Isaías: *Cuanto se encumbra el cielo sobre la tierra, tanto mis pensamientos se diferencian y levantan sobre los vuestros!* Que son palabras que se me vienen luego á los ojos todas las veces que en este desatino pongo atención. Otros vencimientos, gente ciega y miserable, y otros triunfos y libertad, y otros señoríos mayores y mejores son los que Dios os promete. Otro es su BRAZO, y otra su fortaleza, muy diferente, y muy más aventajada de lo que pensáis. Vosotros esperáis tierra, que se consume y perece: y la Escritura de Dios es promesa del cielo. Vosotros amáis y pedís libertad del cuerpo, y en vida abundante y pacífica, con la cual libertad se compadece servir el ánima al pecado y al vicio: y de estos males, que son mortales, os prometía Dios libertad. Vosotros esperabais ser señores de otros: Dios no prometía sino haceros señores de vosotros mismos. Vosotros os tenéis por satisfechos con un sucesor de David, que os reduzca á vuestra primera tierra, y os mantenga en justicia, y defienda y ampare de vuestros contrarios: mas Dios, que es sin comparación muy más liberal y más largo, os prometía, no hijo de David solo, sino hijo suyo, y de David hijo también, que enriquecido de todo el bien que Dios tiene, os sacase del poder del demonio, y de las manos de la muerte sin fin; y que os sujetase debajo de vuestros pies todo lo que de veras os daña; y os llevase santos, inmortales, gloriosos á la tierra de vida y de paz que nunca fallece. Estos son bienes dignos de Dios: y semejantes dádivas, y no otras, hinchen el encarecimiento y muchedumbre de aquellas promesas.

Y á la verdad, Juliano, entre los demás inconvenientes que tiene este error, es uno grandísimo, que los que se persuaden de él, forzosamente juzgan de Dios muy baja y vilmente. No tiene Dios tan angosto corazón

como los hombres tenemos: y estos bienes y gloria terrena, que nosotros estimamos en tanto, aunque es él solo el que los distribuye y reparte, pero conoce que son bienes caducos, y que están fuera del hombre, y que no solamente no le hacen bueno, mas muchas veces le empeoran y dañan. Y así ni hace alarde de estos bienes Dios, ni se precia del repartimiento de ellos, y las más veces los envía á quien no los merece, por los fines que él se sabe: y á los que tiene por desechados de sí, y que son delante de sus ojos como viles cautivos y esclavos, á ésos les da aqueste breve consuelo. Y al revés con sus escogidos y con los que como á hijos ama, en esto comunmente es escaso; porque sabe nuestra flaqueza, y la facilidad con que nuestro corazón se derrama en el amor de estas prendas exteriores, teniéndolas; y sabe que casi siempre ó cortan ó enflaquecen los nervios de la virtud verdadera.

Mas dirán: «esperamos lo que las sagradas letras nos dicen, y con lo que Dios promete nos contentamos, y eso tenemos por mucho. Leemos capitán, oímos guerras, y caballos, y saetas, y espadas: vemos victorias y triunfos: prométennos libertad y venganza: dícennos que nuestra ciudad y nuestro templo será reparado, que las gentes nos servirán, y que seremos señores de todos. Lo que oímos, eso esperamos, y con la esperanza de ello vivimos contentos.» Siempre fué flaca defensa asirse á la letra, cuando la razón evidente descubre el verdadero sentido: mas aunque flaca, tuviera aquí y en este propósito algún color, si las mismas divinas letras no descubrieran en otros lugares su verdadera intención. Porque, pues Isaías cuando habla sin rodeo y sin figuras de Cristo, le pinta en persona de Dios de aquesta manera: *Veis*, dice, *á mi siervo, en quien descanso, aquél en quien se contenta y satisface mi ánima: puse sobre él mi espíritu: él hará justicia á las gentes: no voceará, ni será aceptador de personas, ni será oída en las plazas su voz: la caña quebrantada no quebrará; y la estopa que humea, no la apagará: no será áspero, ni bullicioso:* manifiestamente se muestra, que este BRAZO y fortaleza de Dios, que es Jesucristo, no es fortaleza militar, ni coraje de soldado; y que los hechos hazañosos de un cordero tan humilde y tan manso, como es el que en este lugar Isaías pinta, no son hechos de esta guerra que vemos, adonde la soberbia se enseñorea, y la crueldad se despierta, y el bullicio y la cólera, y la rabia y el furor menean las manos. No tendrá, dice, cólera para hacer mal ni á una caña quebrada: y antójasele al error vano de aquestos mezquinos, que tiene de trastornar el mundo con guerras.

Y no es menos claro lo que el mismo Profeta dice en otro capítulo: *Herirá la tierra con la vara de su boca, y con el aliento de sus labios quitará la vida al malvado.* Porque si las armas con que hiere la tierra, y con que quita la vida al malo, son vivas y ardientes palabras; claro es que su

obra de aqueste BRAZO no es pelear con armas carnales contra los cuerpos, sino contra los vicios con armas de espíritu. Y así conforme á esto le arma de punta en blanco con todas sus piezas en otro lugar diciendo: *Vistióse por loriga justicia, y salud por yelmo de su cabeza: vistióse por vestiduras venganza, y el zelo se le cobijó como capa.* Por manera que las saetas, que antes decía, que enviadas con el vigor del BRAZO traspasan los cuerpos, son palabras agudas y enherboladas con gracia, que pasan el corazón de claro en claro: y su espada famosa no se templó con acero en las fraguas de Vulcano para derramar la sangre cortando; ni es hierro visible, sino rayo de virtud invisible, que pone á cuchillo todo lo que en nuestras almas es enemigo de Dios: y sus lorigas, y sus petos, y sus arneses por el consiguiente son virtudes heroicas del cielo, en quien todos los golpes enemigos se embotan.

Piden á Dios la palabra, y no despiertan la vista para conocer la palabra que Dios les dió. ¿Cómo piden cosas de esta vida mortal, y que cada día las vemos en otros, y que comprendemos lo que valen y son; pues dice Dios por su Profeta, que el bien de su promesa, y la calidad y grandeza de ella, ni el ojo la vió, ni llegó jamás á los oídos, ni cayó nunca en el pensamiento del hombre? Vencer unas gentes á otras, bien sabemos qué es: el valor de las armas cada día lo vemos: no hay cosa que más entienda, ni más desee la carne que las riquezas y que el señorío: no promete Dios esto; pues lo que promete, excede á todo nuestro deseo y sentido. Hacerse Dios hombre, eso no lo alcanza la carne: morir Dios en la humanidad que tomó para dar vida á los suyos, eso vence el sentido: muriendo un hombre, al demonio, que tiranizaba los hombres, hacerle sujeto y esclavo de ellos, ¿quién nunca lo oyó? Los que servían al infierno, convertíalos en ciudadanos del cielo, y en hijos de Dios; y finalmente hermosear con justicia las almas, desarraigando de ellas mil malos siniestros, y hechas todas luz y justicia, á ellas y á los cuerpos vestirlos de gloria y de inmortalidad; ¿en qué deseo cupo jamás, por más que alargase la rienda al deseo?

Mas ¿en qué me detengo? El mismo Profeta ¿no pone abiertamiente, y sin ningún rodeo ni velo, el oficio de Cristo y su valentía, y la cualidad de sus guerras, en el capítulo sesenta y uno de su profecía, adonde introduce á Cristo, que dice: *El espíritu del Señor está sobre mí, á dar buena nueva á los mansos me envió?* ¿No veis lo que dice? ¿Qué? Buena nueva á los mansos, no asalto á los muros. Más: *A curar los de corazón quebrantado.* Y dice el error que á pasar por los filos de su espada á las gentes. *A predicar á los cautivos perdón.* A predicar, que no á guerrear. No á dar rienda á la saña, sino á publicar su indulgencia, y *predicar el año en que se aplaca el Señor; y el día en que*, como si se viese *vengado*, queda mansa su ira. *A consolar á los que lloran, y á dar fortaleza á los que se lamentan.*

A darles guirnalda en lugar de la ceniza, y unción de gozo en lugar de duelo, y manto de loor en vez de la tristeza de espíritu. Y para que no quedase duda ninguna, concluye: *Y serán llamados fuertes en justicia.* ¿Dónde están ahora los que engañándose á sí mismos, se prometen fortaleza de armas, prometiendo declaradamente Dios fortaleza de virtud y de justicia?

Declárase por qué Cristo es llamado «Brazo de Dios»: hazañas que hizo Dios por medio de Cristo, y obras admirables de su fortaleza

Mas pues habemos dicho acerca de esto todo lo que convenía decir; digamos ya la cualidad de este BRAZO, y aquello á que se extiende su fuerza. Y como se callase Marcelo aquí un poco, tornó luego á decir: De Lactancio Firmiano se escribe, como sabéis, que tuvo más vigor escribiendo contra los errores gentiles, que eficacia confirmando nuestras verdades; y que convenció mejor el error ajeno, que probó su propósito. Mas yo, aunque no le conviene á ninguno prometer nada de sí, confiado de la naturaleza de las mismas cosas, oso esperar, que si acertare á decir con palabras sencillas las hazañas que hizo Dios por medio de Cristo, y las obras de fortaleza, por cuya causa se llama su BRAZO, que por él acabó; ello mismo hará prueba de sí tan eficaz, que sin otro argumento se esforzará á sí mismo, y se demostrará que es verdadero, y convencerá de falso á lo contrario. Y para que yo pueda ahora, refiriendo aquestas obras, mostrar la fuerza de ellas mejor; antes que las refiera, me conviene presuponer, que á Dios que es infinitamente fuerte y poderoso, que para el hacer le basta solo el querer, ninguna cosa que hiciese le sería contada á gran valentía, si la hiciese usando de su poder absoluto, y de la ventaja que hace á todas las demás cosas en fuerzas. Por donde lo grande, y lo que más espanto nos pone, y lo que más nos demuestra lo inmenso de su no comprensible poder y saber, es, cuando hace sus cosas, sin parecer que las hace; y cuando trae á debido fin lo que ordena, sin romper alguna ley ordenada, y sin hacer violencia; y cuando sin poner él en ello, á lo que parece, su particular cuidado ó sus manos, ello de sí mismo se hace: antes con las manos mismas, y con los hechos de los que lo desean impedir, y se trabajan en impedirlo, no sabréis cómo, ni de qué manera, viene ello casi de suyo á hacerse.

Y es propia manera ésta de la fortaleza, á quien la prudencia acompaña. Y en la prudencia lo más fino de ella, y en lo que más se señala, es el dar orden como se venga á fines extremados y altos y dificultosos, por medios comunes y llanos, sin que en ellos se turbe en lo demás el buen orden. Y

Dios se precia de hacerlo así siempre; porque es en lo que más se descubre y resplandece su mucho saber. Y entre los hombres, los que gobernaron bien, siempre procuraron, cuanto pudieron, avecinar á esta imagen de gobierno sus ordenanzas. La cual imagen apenas la imitan ni conocen los que el día de hoy gobiernan. Y con otras muchas cosas divinas, de las cuales ahora tenemos solamente la sombra, también se ha perdido la fineza de aquesta virtud en los que nos rigen, que atentos muchas veces á un fin particular que pretenden, usan de medios, y ponen leyes que estorban otros fines mayores, y hacen violencia á la buena gobernación en cien cosas, para salir con una cosa sola que les agrada. Y áun están algunos tan ciegos en esto, que entonces presumen de sí, cuando con leyes, que cada una de ellas quebranta otras leyes mejores, estrechan el negocio de tal manera, que reducen á lance forzoso lo que pretenden. Y cuando suben, como dicen, el agua por una torre, entonces se tienen por la misma prudencia, y por el dechado de toda la buena gobernación: como (si sirviera para nuestro propósito) lo pudiera yo ahora mostrar por muchos ejemplos.

Pues quedando esto así, para conocer claramente las grandezas que hizo Dios por este BRAZO suyo, convendrá poner delante los ojos la dificultad y la muchedumbre de las cosas que convenía, y era necesario que fuesen hechas por Dios para la salud de los hombres. Porque conocido lo mucho y lo dificultoso que se había de hacer, y la contrariedad que ello entre sí mismo tenía; y conocido como las unas partes de ello impedían la ejecución de las otras; y vista la forma y facilidad, y si conviene decirlo así, la destreza con que Dios por Cristo proveyó á todo, y lo hizo como de un golpe; quedará manifiesta la grandeza del poder de Dios, y la razón justísima que tiene para llamar á Cristo BRAZO suyo, y valentía suya.

Decíamos, pues, hoy que Lucifer enamorado vanamente de sí, apeteció para sí lo que Dios ordenaba para honra del hombre en Jesucristo. Y decíamos que saliendo de la obediencia y de la gracia de Dios por esta soberbia, y cayendo de felicidad en miseria, concibió enojo contra Dios, y mortal envidia contra los hombres. Y decíamos, que movido y aguzado de aquestas pasiones, procuró poner todas sus mañas é ingenio en que el hombre, quebrantando la ley de Dios, se apartase de Dios, para que apartado de él, ni el hombre viniese á la felicidad que se le aparejaba, ni Dios trajese á fin próspero su determinación y consejo: y que así persuadió al hombre que pasase el mandamiento de Dios, y que el hombre le traspasó; y que hecho esto, el demonio se tuvo por vencedor, porque sabía que Dios no podía cumplir su palabra, y que su palabra era que muriese el hombre el día que traspasase su ley. Pues digo ahora, añadiendo sobre esto lo que para aquesto de que vamos hablando conviene, que destruído el hombre, y puesto por esta manera en desorden y en confusión el consejo de Dios, y

quedando contento de sí y de su buen suceso el demonio; pertenecía al honor y á la grandeza de Dios que volviese por sí, y que pusiese en todo conveniente remedio: y ofrecíanse juntamente grande muchedumbre de cosas diferentes, y casi contrarias entre sí, que pedían remedio.

Porque lo primero, el hombre había de ser castigado, y había de morir; porque de otra manera no cumplía Dios, ni con su palabra, ni con su justicia. Lo segundo, para que no careciese de efecto el consejo primero, había de vivir el hombre, y había de ser remediado. Lo tercero, convenía también que Lucifer fuese tratado conforme á lo que merecía su hecho y osadía, en la cual había mucho que considerar. Porque lo uno fué soberbio contra Dios, lo otro fué envidioso del hombre. Y en lo que con el hombre hizo, no solo pretendió apartarle de Dios, sino sujetarle á su tiranía, haciéndose él señor y cabeza por razón del pecado. Y demás de esto procedió en ello con maña y engaño, y quiso como en cierta manera competir con Dios en sabiduría y consejo, y procuró como atarle con sus mismas palabras, y con sus mismas armas vencerle.

Por lo cual para que fuese conveniente el castigo de estos excesos, y para que fuesen respondiendo bien la pena y la culpa; la pena justa de la soberbia que Lucifer tuvo, era, que al que quiso ser uno con Dios, le hiciese Dios siervo y esclavo del hombre. Y asimismo porque el dolor de la envidia es la felicidad de aquello que envidia; la pena propia del demonio envidioso del hombre, era hacer al hombre bienaventurado y glorioso. Y la osadía de haber competido con Dios en el saber y en el aviso, no recibía su debido castigo, sino haciendo Dios que su aviso y su astucia del demonio fuese su mismo lazo, y que perdiese á sí y á su hecho por aquello mismo por donde lo pensaba alcanzar, y que se destruyese pensando valerse. Y en consecuencia de esto, si se podía hacer, convenía mucho á Dios hacerlo, que el pecado y la muerte, que puso el demonio en el hombre para quitarle su bien, fuesen lo uno ocasión, y lo otro causa de su mayor bienandanza; y que viviese verdaderamente el hombre, por haber habido muerte; y por haber habido miseria, y pena y dolor, viniese á ser verdaderamente dichoso; y que la muerte y la pena, por donde á los hombres les viniese este bien, la ordenase y la trajese á debida ejecución el demonio, poniendo en ella todas sus fuerzas, como en cosa que según su imaginación le importaba. Y sobre todo cumplió, que en la ejecución y obra de todo aquesto que he dicho, no usase Dios de su absoluto poder, ni quebrantase la suave orden y trabazón de sus leyes; sino que yéndose el mundo como se va, y sin sacarle de madre, se viniese haciendo ello mismo.

Esto pues había en la maldad del demonio, y en la miseria y caída del hombre, y en el respeto de la honra de Dios; y cada una de estas cosas

para ser debidamente ó castigada ó remediada, pedía la orden que he dicho, y no cumplía consigo misma y con su reputación y honor la potencia divina, si en algo de esto faltaba, ó si usaba en la ejecución de ello de su poder absoluto. Mas pregunto, ¿qué hizo? ¿Enfadóse por ventura de un negocio tan enredado, y apartó su cuidado de él enfadándose? En ninguna manera. ¿Dió por acaso salida y remedio á lo uno, y dejó sin medicina á lo otro, impedido de la dificultad de las cosas? Antes puso recaudo en todas. ¿Usó de su absoluto poder? No, sino de su suma igualdad y justicia. ¿Fueron por dicha grandes ejércitos de ángeles los que juntó para ello? ¿Movió guerra al demonio á la descubierta, y en batalla campal y partida le venció, y le quitó la presa? Con solo un hombre venció. ¿Qué digo un hombre? con solo permitir que el demonio pusiese á un hombre en la Cruz, y le diese allí muerte, trajo á felicísimo efecto todas las cosas que arriba dije, juntas y enteras.

Porque verdaderamente fué así, que sólo el morir Cristo en la Cruz, adonde subió por su permisión, y por las manos del demonio y de sus ministros, por ser persona divina la que murió, y por ser la naturaleza humana en que murió inocente y de todo pecado libre, y santísima y perfectísima naturaleza, y por ser naturaleza de nuestro metal y linaje, y naturaleza dotada de virtud general, y de fecundidad para engendrar nuevo sér y nacimiento en nosotros, y por estar nosotros en ella por esta causa como encerrados: así que aquella muerte por todas aquestas razones y títulos, conforme á todo rigor de justicia, bastó por toda la muerte, á que estaba el linaje humano obligado por justa sentencia de Dios; y satisfizo cuanto es de su parte por todo el pecado; y puso al hombre no sólo en libertad del demonio, sino también en la inmortalidad, y gloria, y posesión de los bienes de Dios. Y porque puso el demonio las manos en el inocente, y en aquél que por ninguna razón de pecado le estaba sujeto, y pasó ciego la ley de su orden, perdió justísimamente el vasallaje que sobre los hombres por su culpa de ellos tenía, y le fueron quitados, como de entre las uñas, mil queridos despojos, y él mereció quedar por esclavo sujeto de aquél que mató; y el que murió, por haber nacido sin deber nada á la muerte, no sólo en su persona, sino también en las de sus miembros, acocea como á siervo rebelde y fugitivo al demonio. Y quedó de esta manera por pura ley aquel soberbio, y aquel orgulloso, y aquel enemigo y sangriento tirano abatido y vencido. Y el que mala y engañosamente al sencillo y flaco hombre, prometiéndole bien, había hecho su esclavo, es ahora pisado y hollado del hombre, que es ya su señor, por el merecimiento de la muerte de Cristo. Y para que el malo reviente de envidia, aquéllos mismos á quien envidió y quitó el paraíso en la tierra, en Cristo los ve hechos una misma con Dios en el cielo. Y porque presumía mucho

de su saber, ordenó Dios que él por sus mismas manos hiciese á sí mismo aqueste gran mal; y con la muerte que él había introducido en el mundo, dándola á Cristo, dió muerte á sí, y dió vida al mundo. Y cuando más el desventurado rabiare, y se despechare, y ansioso se volviere á mil partes, no podrá formar queja sino es de sí solo, que buscando la muerte á Cristo, á sí se derrocó á la miseria extrema; y al hombre que aborrecía, sacándole de esta miseria, le levantó á gloria soberana; y esclareció y engrandeció por extremo el poder y saber de Dios, que es lo que más al enemigo le duele.

¡Oh grandeza de Dios nunca oída! ¡Oh sola verdadera muestra de su fuerza infinita y de su no medido saber! ¿Qué puede calumniar aquí ahora el Judío? ¿Ó qué armas le quedan con que pueda defender más su error? ¿Puede negar que pecó el primer hombre? ¿No estaban todos los hombres sujetos á muerte y á miseria, y como cautivos de sus pecados? ¿Negará que los demonios tiranizaban el mundo? ¿Ó dirá por ventura que no le tocaba al honor y bondad de Dios poner remedio en este mal, y volver por su causa, y derrocar al demonio, y redimir al hombre, y sacarle de una cárcel tan fiera? ¿Ó será menor hazaña y grandeza vencer este león, ó menos digna de Dios, que poner en huída los escuadrones humanos, y vencer los ejércitos de los hombres mortales? ¿Ó hallará, aunque más se desvele, manera más eficaz, más cabal, más breve, más sabia, más honrosa, ó en quien más resplandezca toda la sabiduría de Dios que ésta de que, como decimos, usó, y de que usó en realidad de verdad por medio del esfuerzo, y de la sangre, y de la obediencia de Cristo? Ó si son famosos entre los hombres, y de claro nombre los capitanes que vencen á otros, ¿podrá negar á Cristo infinito y esclarecidísimo nombre de virtud y valor, que acometió por sí solo una tan alta empresa, y al fin le dió cima? Pues todo aquesto que habemos dicho, obró y mereció Cristo muriendo.

Y después de muerto, poniéndolo en ejecución, despojó luego el infierno bajando á él, y pisó la soberbia de Lucifer, y encadenóle: y volviendo el tercero día á la vida, para no morir más, rodeado de sus despojos, subió triunfando al cielo, de donde el soberbio cayera: y colocó nuestra sangre y nuestra carne en el lugar, que el malvado apeteció, á la diestra de Dios. Y hecho señor, en cuanto hombre, de todas las criaturas, y juez y salud de ellas, para poner en efecto en ellas y en nosotros mismos la eficacia de su remedio, y para llevar á sí, y subir á su mismo asiento á sus miembros, y para al fuerte tirano, que encadenó y despojó en el infierno, quitarle de la posesión malvada, y de la adoración injusta que se usurpaba en la tierra, envió desde el cielo al suelo su Espíritu sobre sus humildes y pequeños discípulos, y armándolos con él, les mandó mover guerra contra los tiranos y adoradores de los ídolos, y contra los sabios vanos y presuntuo-

sos, que tenía por ministros suyos el demonio en el mundo. Y como hacen los grandes maestros, que lo más dificultoso y más principal de las obras lo hacen ellos por sí, y dejan á sus obreros lo de menos trabajo; así Cristo, vencido que hubo por sí y por su persona al espíritu de la maldad, dió á los suyos que moviesen guerra á sus miembros. Los cuales discípulos la movieron osadamente, y la vencieron más esforzadamente, y quitaron la posesión de la tierra al príncipe de las tinieblas, derrocando por el suelo su adoración y su silla. ¿Mas cuántas proezas comprende en sí aquesta proeza? ¿Y aquesta nueva maravilla cuántas maravillas encierra?

Maravillosa predicación de los Apóstoles: triunfo y victorias de la Iglesia por medio de las persecuciones

Pongamos delante de los ojos del entendimiento lo que ya vieron los ojos del cuerpo; y lo que pasó en hecho de verdad en el tiempo pasado, figurémoslo ahora. Pongamos de una parte doce hombres desnudos de todo lo que el mundo llama valor, bajos de suelo, humildes de condición, simples en las palabras, sin letras, sin amigos, y sin valedores; y luego de la otra parte pongamos toda la monarquía del mundo, y las religiones ó persuasiones de religión que en él estaban fundadas por mil siglos pasados, y los sacerdotes de ellas, y los templos, y los demonios que en ellos eran servidos, y las leyes de los príncipes, y las ordenanzas de las repúblicas y comunidades, y los mismos príncipes y repúblicas. Que es poner aquí doce hombres humildes, y allí todo el mundo, y todos los hombres, y todos los demonios, con todo su saber y poder. Pues una maravilla es, y maravilla que si no se viera por vista de ojos jamás se creyera, que tan pocos osasen mover contra tantos: y ya que movieron, otra maravilla es que en viendo el fuego que contra ellos el enemigo encendía en los corazones contrarios, y en viendo el coraje, y fiereza y amenazas de ellos, no desistiesen de su pretensión. Y maravilla es, que tuviese ánimo un hombre pobrecillo y extraño de entrar en Roma, digamos ahora, que entonces tenía el cetro del mundo, y era la casa y la morada donde se sentaba el imperio; así que osase entrar en la majestad de Roma un pobre hombre, y decir á voces en sus plazas de ella, que eran demonios sus ídolos, y que la religión y manera de vida que recibieron de sus antepasados, era vanidad y maldad. Y maravilla es, que una tal osadía tuviese suceso; y que el suceso fuese tan feliz como fué, es maravilla que vence el sentido.

Y si estuvieran las gentes obligadas por sus religiones á algunas leyes dificultosas y ásperas, y si los Apóstoles los convidaran con deleite y soltura; aunque era dificultoso mudarse todos los hombres de aquello en que habían nacido, y aunque el respeto de los antepasados de quien lo hereda-

ron, y la autoridad y dicho de muchos excelentes en elocuencia y en letras que lo aprobaron, y toda la costumbre antigua inmemorial, y sobre todo el común consentimiento de las naciones todas que convenían en ello, les hacía tenerlo por firme y verdadero: pero aunque romper con tantos respetos y obligaciones era extrañamente difícil, todavía se pudiera creer, que el amor demasiado con que la naturaleza lleva á cada uno á su propia libertad y contento, había sido causa de una semejante mudanza. Mas fué todo al revés, que ellos vivían en vida y religión libre, y que alargaba la rienda á todo lo que pide el deseo; y los Apóstoles, en lo que toca á la vida, los llamaban á una suma aspereza, á la continencia, al ayuno, á la pobreza, al desprecio de todo cuanto se ve; y en lo que toca á la creencia, les anunciaban lo que á la razón humana parece increíble, y decíanles, que no tuviesen por dioses á los que les dieron por dioses sus padres, y que tuviesen por Dios, y por hijo de Dios á un hombre, á quien los Judíos dieron muerte de cruz. Y el muerto en la cruz dió vigor no creíble á aquesta palabra.

Por manera que aqueste hecho, por donde quiera que le miremos, es hecho maravilloso; maravilloso en el poco aparato con que se principió; maravilloso en la presteza con que vino á crecimiento; y más maravilloso en el grandísimo crecimiento á que vino; y sobre todo maravilloso en la forma y manera como vino. Porque si sucediera así, que algunos persuadidos al principio por los Apóstoles, y por aquéllos persuadiéndose otros, y todos juntos, y hechos un cuerpo, y con las armas en la mano se hicieran señores de una ciudad, y de allí peleando sujetaran á sí la comarca, y poco á poco cobrando más fuerzas ocuparan un reino; y como á Roma le aconteció, que hecha señora de Italia, movió guerra á toda la tierra, así ellos poderosos y guerreando vencieran al mundo, y le mudaran sus leyes; si así fuera, menos fuera de maravillar. Así subió Roma á su imperio: así también la ciudad de Cartago vino á alcanzar grande poder: muchos poderosos reinos crecieron de semejantes principios: la secta de Mahoma falsísima por este camino ha cundido: y la potencia del Turco, de quien ahora tiembla la tierra, principio tuvo de ocasiones más flacas: y finalmente de esta manera se esfuerzan, y crecen y sobrepujan los hombres unos á otros. Mas nuestro hecho, porque era hecho verdaderamente de Dios, fué por muy diferente camino. Nunca se juntaron los Apóstoles y los que creyeron á los Apóstoles para acometer, sino para padecer y sufrir. Sus armas no fueron hierro, sino paciencia jamás oída. Morían, y muriendo vencían. Cuando caían en el suelo degollados nuestros maestros, se levantaban nuevos discípulos. Y la tierra, cobrando virtud de su sangre, producía nuevos frutos de fe. Y el temor y la muerte, que espanta naturalmente y aparta, atraía y acodiciaba á las gentes á la Fe de la Iglesia.

Y como Cristo muriendo venció, así para mostrarse BRAZO y valentía

verdadera de Dios, ordenó que hiciese alarde el demonio de todos sus miembros, y que los encendiese en crueldad cuanto quisiese, armándolos con hierro y con fuego: y no les embotó las espadas como pudiera, ni se las quitó de las manos, ni hizo á los suyos con cuerpos no penetrables al hierro, como dicen de Aquíles; sino antes se los puso como suelen decir en las uñas, y les permitió que ejecutasen en ellos toda su crueza y fiereza. Y lo que vence á toda razón, muriendo los fieles, y los infieles dándoles muerte, diciendo los infieles «matemos,» y los fieles diciendo «muramos,» pereció totalmente la infidelidad, y creció la Fe, y se extendió cuanto es grande la tierra. Y venciendo siempre, á lo que parecía, nuestros enemigos, quedaron no sólo vencidos, sino consumidos del todo y deshechos, como lo dice, por hermosa manera Zacarías profeta: «Y será este el azote con que herirá el Señor á todas las gentes que tomaron armas contra Jerusalén. La carne de cada uno, estando él levantado y sobre sus pies, deshecha se consumirá, y también sus ojos dentro de sus cuencas sumidos, serán hechos marchitos, y secaráseles la lengua dentro de la boca.»

Adonde, como veis, no se dice que había de poner otro alguno las manos en ellos para darles la muerte, sino que ellos de suyo se habían de consumir, y secar y venir á menos, como acontece á los éticos, y que habían de venir á caerse de suyo, y esto al parecer no derrocados por otros, sino estando levantados y sobre sus pies. Porque siempre los enemigos de la Iglesia ejecutaron su crueldad contra ella, y quitaron á los fieles cuantas veces quisieron las vidas, y pisaron victoriosos sobre la sangre cristiana: mas también aconteció siempre, que cayendo los mártires, venían al suelo los ídolos, y se consumían los martirizadores gentiles, y multiplicándose con la muerte de los unos la fe de los otros, se levantaban y acrecentaban los fieles, hasta que vino á reinar en todos la Fe.

Vengan ahora, pues, los que se ceban de solo aquello que el sentido aprende, y los que esclavos de la letra muerta esperan batallas, y triunfos, y señoríos de tierra, porque algunas palabras lo suenan así; y si no quieren creer la victoria secreta y espiritual, y la redención de las ánimas que servían á la maldad y al demonio, que obró Cristo en la cruz, porque no se ve con los ojos, y porque ni ellos para verlo tienen los ojos de fe que son menester; esto á lo menos que pasó y pasa públicamente, y que lo vió todo el mundo, la caída de los ídolos, y la sujeción de todas las gentes á Cristo, y la manera cómo las sujetó y las venció: ¿pues vengan y díganos si les parece aqueste hecho pequeño, ó usado, ó visto otra vez? ¿Ó siquiera imaginado como posible el poder de este hecho, antes que por el hecho se viese? ¿Dígannos, si responde mejor con las promesas divinas, y si las hinche más este vencimiento, y si es más digno de Dios que las armas que fantasea su desatino? ¿Qué victoria, aunque junten en uno todo lo

próspero en armas, y lo victorioso y valeroso que ha habido, traída con esta victoria á comparación, tiene sér? ¿Qué triunfo, ó qué carro vió el sol que iguale con éste? ¿Qué color les queda ya á los miserables, ó qué apariencia para perseverar en su error?

Yo persuadido estoy para mí, y téngolo por cosa evidente, que sola esta conversión del mundo, considerada como se debe, pone la verdad de nuestra Religión fuera de toda duda y cuestión, y hace argumento por ella tan necesario, que no deja respuesta á ninguna infidelidad, por aguda y maliciosa que sea; sino que por más que se aguce y esfuerce, la doma, y la ata, y la convence; y es argumento breve y clarísimo y que se compone todo él de lo que toca el sentido. Porque ruégoos, Juliano y Sabino, que me digáis (y si mi ingenio por su flaqueza no pasa adelante, tended vosotros la vista aguda de los vuestros, que quizá veréis más): así que decidme, hablando ahora de Cristo y de las cosas y obras suyas, que á todas las gentes así fieles como infieles fueron notorias, así las que hizo él por sí en su vida, como las que hicieron sus discípulos de él después de su muerte; decidme, ¿no es evidente á todo entendimiento, por más ciego que sea, que aquello se hizo ó por virtud de Dios, ó por virtud del demonio, y que ninguna fuerza de hombre, no siendo favorecido de alguna otra mayor, no era poderosa para hacer lo que, viéndolo todos, hicieron Cristo y los suyos? Evidente es esto sin duda. Porque aquellas obras maravillosas que las historias de los mismos infieles publican, y la conversión de toda la gentilidad que es notoria á todos ellos, y fué la más milagrosa obra de todas; así que estas maravillas y milagros tan grandes, necesaria cosa es decir, que fueron ó falsos, ó verdaderos milagros: y si falsos, que los hizo el demonio, y si verdaderos, que los obró Dios. Pues siendo esto así, como es, si fuere evidente que no los hizo el poder del demonio, quedará convencido que Dios los obró. Y es evidente que no los hizo el demonio, porque por ellos, como todas las gentes lo vieron, fué destruído el demonio y su poder, y el señorío que tenía en el mundo, derrocándole los hombres sus templos, y negándole el culto y servicio que le daban antes, y blasfemando de él.

Y lo que pasó entonces en toda la redondez del orbe romano, pasó en la edad de nuestros padres, y pasa ahora en la nuestra, y por vista de ojos lo vemos en el mundo nuevamente hallado. En el cual, desplegando por él su victoriosa bandera la palabra del Evangelio, destierra, por donde quiera que pasa, la adoración de los ídolos. Por manera que Cristo ó es BRAZO DE DIOS, ó es poder del demonio. Y no es poder del demonio, como es evidente, porque deshace y arruina el poder del demonio. Luego evidentemente es BRAZO DE DIOS. ¡Oh! ¡cómo es luz la verdad, y cómo ella misma se dice, y defiende, y sube en alto, y resplandece, y se pone en lugar seguro y libre de contradicción! ¿No veis con cuán simples y breves palabras la

pura verdad se concluye? Que torno á decirlo otra y tercera vez: Si Cristo no fué error del demonio, de necesidad se concluye que fué luz y verdad de Dios. Porque entre ello no hay medio. Y si Cristo destruyó el sér, y saber, y poder del demonio, como de hecho le destruyó, evidente es que no fué ministro ni fautor del demonio. Humíllese, pues, á la verdad la infidelidad, y convencida confiese, que Cristo nuestro bien no es invención del demonio, sino verdad de Dios, y fuerza suya, y su justicia, y su valentía, y su nombrado y poderoso BRAZO. El cual si tan valeroso nos parece en esto que ha hecho, en lo que resta por hacer, y nos tiene prometido de hacerlo, ¿qué nos parecerá cuando lo hiciere; y cuando, como escribe San Pablo, dejare vacías, esto es, depusiere de su sér y valor á todas las potestades y principados, sujetando á sí y á su poder enteramente todas las cosas, para que reine Dios en todas ellas; cuando diere fin al pecado, y acabare la muerte, y sepultare en el infierno para nunca salir de allí la cabeza y el cuerpo del mal? Mucho más es lo que se pudiera decir acerca de este propósito; mas para dar lugar á lo que nos resta, basta lo dicho, y aun sobra, á lo que parece, según es grande la priesa que se da el sol en llevarnos el día.

Aquí Juliano, levantando los ojos miró hacia el sol que ya se iba á poner, y dijo: Huyen las horas, y casi no las habemos sentido pasar, detenidos, Marcelo, con vuestras razones. Mas para decir lo demás que os placiere, no será menos conveniente la noche templada, que ha sido el día caluroso. Y más, dijo encontinente Sabino, que como el sol se fuere á su oficio, vendrá luego en su lugar la luna, y el coro resplandeciente de las estrellas con ella, que, Marcelo, os harán mayor auditorio, y callando con la noche todo, y hablando sólo vos, os escucharán atentísimas. Vos mirad no os halle desapercibido un auditorio tan grande.

P. PEDRO DE RIVADENEIRA S. J.

(DE LA RELIGIÓN Y VIRTUDES QUE DEBE TENER EL PRÍNCIPE CRISTIANO)

Excelencia de la religión cristiana

Nuestra santa Religión nos ha venido del cielo, y la Sabiduría eterna nos la ha enseñado, y el Unigénito de Dios, que está en el seno del Padre, nos la ha manifestado. Él ha sido el Maestro de esta doctrina divina, y El sólo lo podía ser. Porque, como dice San Hilario, de Dios, á Dios sólo se

debe creer. Pues así como no hay nadie que sepa lo que está en el corazón del hombre sino el hombre; así no hay quien sepa lo que hay en Dios, sino el mismo Dios y á quién Él se digna revelarlo. De aquí es que nuestra Religión siente altísimamente de la majestad de Dios, porque el mismo Dios se lo ha revelado, y confiesa que es acto puro, que quiere decir una cosa tan perfecta que ninguna cosa se puede añadir á sus perfecciones, que son infinitas, y cada una de ellas es el mismo Dios, y que para Él no hay cosa nueva, ni vieja, porque todas las cosas pasadas y venideras le son presentes. Confiesa que es la primera causa, que mueve todas las otras causas, y la primera verdad, de la cual dependen todas las otras verdades, y la primera bondad, que es fuente manantial de todo lo que es bueno, y la primera hermosura, por la cual todas las otras cosas son hermosas, y la primera y suma perfección, de donde tuvieron principio todas las perfecciones de sus criaturas: las cuales todas están en Él por otra más alta manera, con otras infinitas que son propias suyas.

Finalmente todo lo que pertenece á la omnipotencia y gloria de la majestad de Dios, le atribuye la religión cristiana, y ninguna cosa más, ni mayor, ni mejor se le puede atribuir de lo que ella confiesa, así de su omnipotencia como de su sabiduría y bondad inmensa é infinita. Y juntamente nos enseña que este soberano Señor, debe ser servido con limpio, entero y perfecto corazón, y amado sobre todo lo que se puede amar, y aborrecido el pecado sobre todo lo que se puede aborrecer, y amado el prójimo por amor del mismo Dios, con aquel amor y afecto que el hombre ama á sí mismo.

Y porque el hombre de suyo es flaco, y por sus solas fuerzas no puede cumplir con la ley de Dios, y llegar á la cumbre de tan alta perfección, y la ley vieja, aunque mandaba lo que se debía hacer, no daba espíritu y fuerzas para hacerlo, y por esta causa era imperfecta, y de suyo más ocasión de cometer pecados obrando contra ella, que ayuda para guardarla, como dice San Pablo; nuestra sagrada Religión nos enseña que la ley evangélica no es como la de los judíos, ni escrita en las tablas de piedra como aquella, sino en los corazones de los cristianos, porque es aquel asiento y concierto que Dios prometió de hacer con los hombres, poniendo su ley en sus corazones, y escribiéndola en sus entrañas, para que los pobres fuesen enseñados por Dios, y que es una ley celestial y divina, que enseña lo que debemos hacer, y nos da voluntad y fuerzas para lo hacer. Y que los sacramentos que tenemos en nuestra Religión (los cuales ninguna otra ha tenido en el mundo), son los instrumentos que Jesucristo nuestro Redentor instituyó para darnos este espíritu y esta gracia. Porque los sacramentos de la nueva ley no solamente significan la gracia, mas la obran y causan en el ánima del que dignamente los recibe.

Pues ¿qué diré de la antigüedad? ¿Qué de la constancia y perpetuidad de nuestra santísima fe, la cual desde el principio del mundo en todos los siglos ha sido la misma, y siempre una, aunque en un tiempo más declarada y explicada que en otro? Digo que siempre fué y es una, porque Dios, que revela los misterios es uno, y la Iglesia á quien se revelan es una, y la cabeza de la Iglesia por quien se revelan (que es el Sumo Pontífice) es uno, y porque las mismas cosas reveladas que pertenecen á la fe, siempre son unas y nunca se mudan, aunque se muden otras en la Iglesia, que no pertenecen á la fe. ¿Quién podrá con lengua no humana sino de Ángeles explicar las otras excelencias y maravillas de nuestra santa Religión? ¿Quién declarará el tesoro riquísimo de la sagrada Escritura, que como una mesa real está proveída de todos los manjares para pasto y sustento de todas las ánimas santas, y para todos los ingenios y entendimientos por elevados que sean? ¿Quién la doctrina tan pura y sincera, sin ninguna mezcla de error? ¿Quién el favor grande que promete á la virtud, y el disfavor y castigos que amenaza á los vicios? ¿Quién la felicidad que promete y da, pues no solamente hace buenos á los hombres, sino también bienaventurados, cumpliéndoles el deseo natural que tenemos todos del sumo bien y último fin? ¿Quién la pureza de vida que causa en los que la profesan? ¿Quién las mudanzas que hace en los corazones, pues muda los lobos en ovejas, los leones en corderos, las serpientes en palomas, y los árboles silvestres y estériles en árboles hermosos, cargados de frutos de vida eterna? ¿Quién podrá contar la infinidad que ha habido y hay en la Iglesia católica de sántos que en todo linaje de virtudes han resplandecido y resplandecen en el mundo, más que las estrellas del firmamento? ¿Qué de niños tiernos vestidos de puridad é inocencia? ¿Qué de doncellas más limpias que el sol, adornadas con la laureola de la virginidad? ¿Qué de matronas tan continentes que merecieron ser dechado de toda virtud y honestidad? ¿Qué de monjes, de anacoretas, de sacerdotes, de levitas que siendo hombres en la naturaleza, fueron más que hombres por la gracia, y estando en la tierra con el cuerpo, fueron con el espíritu moradores del cielo?

Pues de los sagrados Doctores, que en todas las provincias y regiones del mundo han ilustrado la santa Iglesia católica, ¿qué Tulio ó qué Demóstenes dignamente podrá hablar? Oh ¡qué río de elocuencia no se agotara, en contar el número sin número de ellos! La sabiduría no humana sino celestial, la profundidad y agudeza de ingenio, la madureza y gravedad de juicio, la excelencia y alteza de sentencias, la copia y elegancia de palabras, el orden y disposición en lo que tratan, la fuerza y evidencia de los argumentos que usan, ahora sea impugnando á los enemigos de la Iglesia, ahora respondiéndoles y defendiendo la verdad? Y sobre todo aquel espíritu humilde, suave, amoroso y celoso y verdaderamente divino con que todo lo que escriben está empapado?

De manera que así como la claridad del sol se conoce por los rayos de la luz que echa de sí, así la sabiduría incomprensible de Dios resplandece y se echa de ver en lo que tantos, y tan grandes, y tan sabios Doctores alumbrados por Él nos enseñaron. Y todo ha sido menester para cultivar nuestros entendimientos por una parte rudos y por sí inhábiles, y por otra confiados y atrevidos; para derribar la vana presunción y altivez de los filósofos; para convencer la maliciosa ignorancia é ignorante malicia de los herejes; para declarar la majestad soberana de los misterios de la religión cristiana, y navegar seguramente por el piélago profundísimo y altísimo de la sagrada Escritura. De los fortísimos y valerosísimos mártires mejor es callar, y con un casto y debido silencio honrarlos, que quererlos alabar con nuestra lengua muda: pues la de los Ángeles apenas podrá contar los ejércitos sin cuento de ellos, la variedad de los tormentos, la atrocidad de las penas, la crueldad y linajes de muertes que padecieron, y el esfuerzo y alegría con que padecieron.

Todos estos santos y bienaventurados mártires son caballeros de la Iglesia católica. Todos estos sapientísimos Doctores son sus discípulos. Todos los obispos y pastores sus ovejas. Todos los religiosos y seglares, vírgenes y casadas, príncipes y plebeyos, niños y viejos, sabios é ignorantes, y finalmente todos los que en cualquiera suerte, estado y manera de vida han participado de la gracia y redención de nuestro Señor Jesucristo, y se han salvado por sus merecimientos, son plantas hermosísimas de este paraíso de deleites, discípulos de esta escuela de sabiduría celestial, soldados esforzados de esta milicia sagrada, cortesanos escogidos de la corte de Dios, ovejas obedientes y mansas de este aprisco, hijos verdaderos de la Iglesia apostólica y romana, y criados con la leche purísima de la religión católica. La cual rodeada de tantos y tan lucidos escuadrones, y teniendo á Dios por Capitán General, es invencible, y siempre ha sido y es y será vencedora de los tiranos poderosos, de los herejes engañosos, del pecado, de la muerte, del demonio y del infierno, cuyas puertas y poder jamás podrán prevalecer contra ella.

Antes esta santa Religión ha sido tan poderosa, que por medio de doce pobres pescadores y soldados suyos, pudo echar de su reino al príncipe y tirano del mundo, el cual se había encastillado en él, y por medio de la idolatría quitado al verdadero Rey y Señor de su silla, y tomádole la corona de su divinidad, y puéstola sobre su cabeza. Y tenía tan tiranizados á los hombres, que le ofrecían sacrificios deshonestos, furiosos y tan crueles, que los padres sacrificaban á sus hijos: y la potencia del Crucificado pudo limpiar la tierra, purgar la mar, y santificar el aire inficionado con el humo de los sacrificios abominables, y desterrar del universo esta pestilencia, asolar los templos de los falsos dioses, derribar sus altares, que-

mar y despedazar y arrastrar sus ídolos; y derribar de su trono á este fiero y sangriento tirano, como Dios lo tenía prometido por el profeta Zacarías; y la manera con que se acabó una hazaña tan grande, y una victoria tan gloriosa fué con la muerte de los que vencían, y con los milagros innumerables y esclarecidos que obraba el Señor que por ellos vencía: entre los cuales, como muy bien dice el P. Fray Luis de Granada, tomándolo de San Agustín, el mayor, sin duda de todos, fué la misma conversión del mundo, y cualquiera hombre prudente dirá que es así, si considerare que los predicadores del Evangelio, y de esta santa Religión, eran (como dijimos) unos pocos y pobres y despreciados pescadores, y que predicaban cosas arduas y dificultosas para creerse, y no menos para obrarse, porque predicaban los misterios de la Trinidad, de la Encarnación, del santo Sacramento del altar, y que un hombre crucificado era Dios, y criador del cielo y de la tierra, que son cosas que tanto sobrepujan todo humano entendimiento, y juntamente enseñaban una perpetua cruz y mortificación, y que el hombre debe contradecir á todos sus gustos y apetitos, y negarse á sí mismo: que son cosas tan contrarias y repugnantes á nuestra estragada y mal inclinada voluntad.

Los hombres á quienes predicaban eran deshonestísimos y carnalísimos, y unos brutos y esclavos de Satanás: y los predicadores de esta doctrina tenían por contrarios y por enemigos á todos los príncipes, emperadores y monarcas del mundo, que resistían á la predicación, y resistían con todo su poder, y con todos los géneros de tormentos, suplicios y muertes que el demonio que los movía supo inventar. Pero pelearon y cayeron; resistieron y fueron vencidos; mataron á nuestros soldados, y ellos con su muerte, (ó por mejor decir verdadera vida) triunfaron de sus matadores; y nuestra santa Religión quedó señora del campo, y después acá siempre lo ha sido y lo será, por virtud del que es su virtud, su amparo y defensa, su gloria, su corona y triunfo. Pues siendo ella tal, ¿no ha de ser servida y preferida á todas las cosas del mundo?

Que el príncipe debe procurar que su reino sea rico y abundante, y que los labradores y mercaderes sean favorecidos

No hay trabajos más bien empleados que los que se toman en cultivar la tierra: porque son trabajos honestos, justos, saludables, provechosos y necesarios, y sin los cuales no se puede pasar la vida. Son trabajos que tocan á todos, y que ejercitan el cuerpo de los labradores, y conservan y apartan el ánima de muchos vicios, y proveen de sustento y mantenimiento á toda la república. Porque de las otras cosas que se traen á ella por industria de los artífices y mercaderes, muchas hay que son perniciosas

para las costumbres, y que hacen afeminados y regalados á los que usan de ellas. Demás de esto al tiempo de la necesidad el labrador puede tomar las armas mejor que el mercader, y pasar los trabajos de la milicia, el calor y el frío, el hambre y la sed, y andar con sus armas, y dormir en el suelo, porque está ya hecho á ello: y como no tiene otros tesoros, ni otras riquezas, sino las que le da la tierra, pelea por ella y la defiende mejor que el mercader, que tiene sus bienes como portátiles, y hoy está aquí y mañana en otra parte, donde le lleva el viento de su mayor aprovechamiento y ganancia.

Y por esto en la república romana no sólo se sacaban los soldados del campo, pero aun los cónsules, y dictadores, y los más principales magistrados que la habían de gobernar, y del arado y de la azada salieron capitanes generales y varones excelentísimos. Los cuales después de haber vencido á sus enemigos y desbaratado sus ejércitos, se volvieron á la labor del campo: como lo hicieron Cincinato, Fabricio y Curio Dentato. Una de las mayores alabanzas que solían dar los romanos á alguno de sus ciudadanos (aunque fuese caballero y principal) era decir que era buen hombre y buen labrador: como dijo Catón el Censor. Del cual por gran loa se dijo que era muy buen senador, y muy buen orador, y muy buen capitán general, y muy buen labrador: juntando con los otros oficios de tanta honra el de labrador; y así escribió algunos libros maravillosos del arte de cultivar el campo.

Y el rey Ciro el menor, con ser tan grande y valeroso príncipe, puso tanto estudio en esto, que se gloriaba haber por sus manos plantado un campo con admirable orden y artificio. Y Diocleciano emperador, después de haber imperado algunos años con gran majestad, dejó el imperio, y se retiró á su tierra, donde se ocupaba en cultivar una huerta suya. Y gustaba tanto de ello, y de comer de las lechugas que él mismo había plantado, que por mucho que le rogaron nunca quiso tornar á tomar el imperio, y á ser monarca del mundo. Y hasta el oráculo de Apolo Délfico juzgó, que un pobre viejo y labrador que se llamaba Aglao (el cual tenía un pedazo de tierra, y le labraba, y se sustentaba de lo que de él cogía) era el hombre más dichoso y bienaventurado del mundo. Y Cicerón, y Virgilio, y Horacio, y otros muchos y graves autores dicen maravillas del arte del campo.

Lo cual he traído, para que mejor se entienda la cuenta que los antiguos sabios tuvieron siempre con la tierra, como con madre de todos, y como con aquella que no solamente nos sustenta, pero nos recrea y da alivio con la muchedumbre y variedad de tantas y tan admirables y saludables cosas que produce, para la conservación, salud y regalo de esta nuestra miserable vida. Pues considerando esto el príncipe cristiano, favorezca mucho á los labradores, y al arte del campo. Tenga gran cuidado que se

cultive toda la tierra que se pudiere cultivar: favorezca á los que se esmeran en labrarla: mande castigar á los que fueren negligentes: y para que todos se animen y se ocupen con mayor aliento y alegría en cosa tan importante y trabajosa, déles privilegios y exenciones: no permita que se les hagan agravios, que los comisarios los coman, que los alguaciles los vejen, que todas las cargas caigan sobre ellos, sino que sean relevados más que otros; pues llevan á cuestas el mayor peso de toda la república.

Con esto habrá abundancia de pan y mantenimientos, y frutos de la tierra, que son las mejores y más naturales riquezas, y el reino estará bien proveído y abastado, y no tendrá necesidad de sujetarse á los que le proveen, y darles su hacienda, y empobrecerse por faltarle pan y los otros mantenimientos necesarios.

Después de los labradores los mercaderes y tratantes deben ser muy favorecidos: porque con industria se saca del reino lo que sobra, y entra lo que falta, y está abastado de las cosas necesarias y hay comunicación entre diversas naciones, y trueque de unas mercadurías por otras. Y por medio de la navegación parece que todo el mundo se hace como una plaza y feria abundantísima, y que gozan todos de cuantas cosas hay en él: y se descubren nuevas provincias, y diversas costumbres de gentes y reinos, y de cosas admirables y nunca vistas, y estando un hombre en su reino, es como un morador y ciudadano del universo. Y demás de esto con este trato y comercio crecen las haciendas de sus súbditos y las rentas reales, y el reino (como dijimos) está rico y abundante.

Pero debe advertir el príncipe, que con esta ocasión no se traigan á su reino cosas superfluas y de mucha costa y regalo, ó impertinentes: porque son perniciosas, y hacen á los hombres muelles, afeminados y regalados, y estragan las buenas costumbres de los naturales; y por ellas comunmente se suele sacar del reino la moneda ó las riquezas sustanciales; y las cosas muy provechosas ó necesarias, con notable daño del mismo reino. Y porque es cosa dificultosa vedar del todo semejantes mercaderías regaladas y costosas, algunos varones graves y prudentes son de parecer, que se habían de cargar de alcabala, de suerte que no se trajesen, ó fuesen tan caras que solos los ricos y poderosos pudiesen usar de ellas. Porque con esto se reprimiría algo el apetito destemplado de los hombres: y las otras mercaderías, y cosas necesarias ó muy provechosas para la vida humana, quedarían más libres y baratas para uso y provecho de la república. Y con ser el tributo ó la alcabala que se echa sobre ellas pequeña ó moderada, saldrían las que han de salir, y entrarían en el reino las que han de entrar con mayor abundancia: y con ella suplirían la mayor suma de la renta que resultaría si se cargasen más: porque muchos pocos hacen un mucho, y se lleva la carga con mayor suavidad.

Cómo debe el príncipe estimar y honrar el arte militar

Sobre este fundamento firme y seguro, que Dios es Señor de los ejércitos y de las victorias, debe el príncipe edificar todo lo demás que toca á la verdadera y cristiana fortaleza. Ante todas cosas debe estimar el arte militar, y honrar y hacer grandes mercedes á los soldados que en las guerras pasadas se han señalado en su servicio, ó para adelante se pueden señalar: y esto debe hacer aun en tiempo de paz; para que en el de la guerra de mejor gana ellos derramen su sangre por él. Porque no se puede negar sino que las armas y los buenos soldados son los tutores, conservadores, defensores, y amplificadores de la república, los nervios de los reinos, y el establecimiento y seguridad de los reyes. Ellos son los que amparan la religión, los que dan brazo y fuerza á la justicia, los que mantienen la paz, reprimen al enemigo, castigan al facineroso y atrevido: debajo de su tutela y protección puede el labrador arar, y sembrar su campo, y cultivar su viña, y coger los frutos de la tierra, y dormir sin sobresalto á la sombra de su higuera y de su vid, y el mercader navegar y proveer y enriquecer el reino, y la madre criar seguramente sus hijos, y el oficial trabajar, y el letrado estudiar, y el clérigo ocuparse quietamente en rezar, y el religioso en contemplar y alzar las manos al cielo, y el juez en hacer justicia, y finalmente el príncipe ser señor de sus estados. ¿Quién ha fundado los reinos, y hecho y deshecho las grandes monarquías que ha habido en el mundo? ¿Quién ha abierto la mar, y penetrado la inmensidad del Océano, y peleado con las ondas espantosas, y vencido innumerables é increíbles dificultades de la navegación, descubierto y conquistado un nuevo mundo, rendido y sujetado tantas y tan extendidas provincias y naciones, sino el ánimo valeroso de los soldados y marineros, armados de fortaleza y constancia?

«Esta virtud (dice Cicerón) es la que ha dado nombre al pueblo romano, y gloria eterna á nuestra ciudad: ésta es la que con sus armas ha sojuzgado el mundo, y sujetádole á nuestro imperio. Todas las cosas de la ciudad, y todos los excelentes estudios y ejercicios, y la misma elocuencia está debajo de las alas y presidio de la virtud militar, y habiendo el menor ruido de guerra, luego callan y enmudecen nuestras artes; y siendo así, justo es que los tribunales cedan á los reales, el ocio á la milicia, la pluma á la espada, la sombra al sol: y que en nuestra ciudad sea la primera y señora de todas las otras aquella virtud, por la cual ella es la primera de todas las ciudades, y señora del mundo.» Todo esto dice Cicerón.

Y no solamente Cicerón, y Platón, Aristóteles, y los otros sabios del mundo encarecen y suben de punto la fortaleza militar: pero los santos

Doctores y las sagradas letras lo hacen, alabando y magnificando á los capitanes esforzados, que por su Dios y por su fe, y por su rey, y por su patria pelearon las batallas del Señor, y alcanzaron gloriosas victorias. Y es mucho de notar, que entre las otras amenazas que Dios hace á su pueblo, le dice por el profeta Isaías: *Auferam fortem et virum bellatorem, judicem, et prophetam.* «Quitaros he el valiente soldado, y guerrero, y el juez y el profeta.» De manera que faltando los valientes vendrán á mandar y á guerrear los regalados y afeminados; y como no hay virtud ni valor en ellos, caerá el pueblo y será arruinada la república.

D. DIEGO DE SAAVEDRA FAJARDO

De la educación del príncipe.—Índoles de los niños

Luego en naciendo se han de señalar los maestros y ayos á los hijos con la atención que suelen los jardineros poner encañados á las plantas, aun antes que se descubran sobre la tierra, porque ni las ofenda el pie, ni las amancille la mano. De los primeros esbozos y delineamentos pende la perfección de la pintura; así la buena educación, de las impresiones en aquella tierna edad, antes que robusta, cobren fuerza los afectos y no se puedan vencer. De una pequeña simiente nace un árbol, al principio débil vara que fácilmente se inclina y endereza; pero en cubriéndose de cortezas, y armándose de ramas, no se rinde á la fuerza. Son los afectos en la niñez, como el veneno; que si una vez se apodera del corazón, no puede la medicina repeler la palidez que introdujo. Las virtudes que van creciendo con la juventud, no solamente se aventajan á las demás, sino también á sí mismas.

Desde el principio es menester observar y advertir los naturales de los niños, sin cuyo conocimiento no puede ser acertada la educación; y ninguna edad más á propósito que la infancia, en que desconocida á la naturaleza la malicia y la disimulación, obra el niño sencillamente, y descubre en la frente, en los ojos, en la risa, en las manos y en los demás movimientos sus afectos é inclinaciones. Habiendo los embajadores de Bearne alcanzado de D. Guillén de Moncada, que eligiesen á uno de los dos niños, hijos suyos, para su príncipe, hallaron al uno con las manos cerradas y al otro abiertas; y escogieron á éste, arguyendo de aquello su liberalidad, como se experimentó después.

Si el niño es magnánimo y altivo serena la frente y los ojuelos; y risueño oye las alabanzas, y los retira, entristeciéndose, si le afean algo. Si es

animoso, afirma el rostro; y no se conturba con las sombras y amenazas de miedos. Si generoso, desprecia los juguetes y los reparte. Si vengativo, dura en los enojos, y no depone las lágrimas sin la satisfacción. Si colérico, por ligeras causas se conmueve, deja caer el sobrecejo, mira de soslayo y levanta las manecillas. Si benigno, con la risa y los ojos granjea las voluntades. Si melancólico, aborrece la compañía, ama la soledad, es obstinado en el llanto y difícil en la risa: siempre cubierta con nubecillas de tristeza la frente. Si alegre, ya levanta las cejas, y adelantando los ojuelos, vierte por ellos luces de regocijo: ya los retira, y, plegados los párpados en graciosos dobleces, manifiesta por ellos lo festivo del ánimo. Así las demás virtudes ó vicios traslada el corazón al rostro y ademanes del cuerpo, hasta que más advertida la edad los retira y cela.

Pero no siempre estos juicios de la infancia salen ciertos, porque la naturaleza tal vez burla la curiosidad humana, que investiga sus obras; y se retira de su curso ordinario. Vemos en algunas infancias brotar aprisa los malos afectos, y quedar después en la edad madura purgados los ánimos, ó ya sea que los corazones altivos y grandes desprecian la educación y siguen los afectos naturales, no habiendo fuerzas en la razón para domarlos; hasta que siendo fuerte y robusta, reconoce sus errores y con generoso valor los corrige. Y así fué cruel y bárbara la costumbre de los Brachmanes, que, después de dos meses nacidos los niños, si les parecían, por las señales, de mala índole, ó los mataban ó los echaban en las selvas. Los lacedemonios los arrojaban en el río Taigetes. ¡Poco confiaban de la educación y de la razón y libre albedrío, que son los que corrigen los defectos naturales!

Otras veces la naturaleza se esfuerza por excederse á sí misma, y junta monstruosamente grandes virtudes y grandes vicios en un sujeto; no de otra suerte que cuando en dos ramos se ponen dos ingertos contrarios, que siendo un mismo el tronco, rinden diversos frutos, unos dulces y otros amargos. Esto se vió en Alcibíades, de quien se puede dudar, si fué mayor en los vicios que en las virtudes. Así obra la naturaleza desconocida á sí misma; pero la razón y el arte corrigen y pulen sus obras.

La educación del príncipe no ha de ser muelle y regalada: paralelo entre Juan II y Fernando el Católico

Con la asistencia de una mano delicada, solícita en los regalos del riego y en los reparos de las ofensas del sol y del viento, crece la rosa; y suelto el nudo del botón, extiende por el aire la pompa de sus hojas. Hermosa flor, reina de las demás, pero solamente lisonja de los ojos; y tan achacosa, que peligra en su delicadez. El mismo sol que la vió nacer, la ve morir

sin más fruto que la ostentación de su belleza, dejando burlada la fatiga de muchos meses, y aun lastimada tal vez la misma mano que la crió; porque tan regalada cultura no podía dejar de producir espinas. No sucede así al coral, nacido entre los trabajos, que tales son las aguas, y combatido de las olas y tempestades; porque en ellas hace más robusta su hermosura, la cual, endurecida después con el viento, queda á prueba de los elementos para ilustres y preciosos usos del hombre. Tales efectos, contrarios entre sí, nacen del nacimiento y crecimiento de este árbol y de aquella flor por lo mórbido ó duro en que se criaron; y tales se ven en la educación de los príncipes, los cuales si se crían entre los armiños y las delicias, que ni los visite el sol ni el viento, ni sientan otra aura que la de los perfumes, salen achacosos é inútiles para el gobierno; como al contrario robusto y hábil quien se entrega á las fatigas y trabajos. Con estos se alarga la vida: con los deleites se abrevia. A un vaso de vidrio, formado á soplos, un soplo le rompe: el de oro, hecho al martillo, resiste al martillo. Quien ociosamente ha de pasear sobre el mundo, poco importa que sea delicado: el que le ha de sustentar sobre sus hombros conviene que los críe robustos. No ha menester la República á un príncipe entre viriles, sino entre el polvo y las armas. Por castigo da Dios á los vasallos un rey afeminado.

La conveniencia ó daño de esta ó aquella educación, se vieron en el rey D. Juan el segundo y el rey D. Fernando el Católico. Aquel se crió en el palacio: éste en la campaña. Aquel entre damas: éste entre soldados. Aquel cuando entró á gobernar, le pareció que entraba en un golfo no conocido, y, desamparando el timón, le entregó á sus validos: éste no se halló nuevo, antes en un reino ajeno se supo gobernar y hacer obedecer. Aquel fué despreciado: éste respetado. Aquel destruyó su reino; y éste levantó una monarquía.—Considerando esto el rey D. Fernando el Santo crió entre las armas á sus hijos D. Alonso y D. Fernando. ¿Quién hizo grande al emperador Carlos V, sino sus continuas peregrinaciones y fatigas?

La República literaria

Habiendo discurrido entre mí del número grande de los libros y de lo que va creciendo, así por el atrevimiento de los que escriben, como por la facilidad de la imprenta con que se ha hecho trato y mercancía, estudiando los hombres para escribir y escribiendo para granjear; me venció el sueño: y luego el sentido interior corrió el velo á las imágenes de aquellas cosas en que despierto discurría. Halléme á la vista de una ciudad, cuyos capiteles de plata y oro bruñidos deslumbraban la vista y se levantaban á comunicarse con el cielo. Su hermosura encendió en mí un gran deseo de verla; y ofreciéndose delante de mí un hombre anciano que se encami-

naba á ella, le alcancé: y trabando con él conversación, supe que se llamaba *Marco Varrón;* de cuyos estudios y erudición en todas materias, profanas y sagradas, tenía yo muchas noticias por testimonio de Cicerón y de otros: y preguntando yo qué ciudad era aquella; me dijo con agrado y cortesía, que era la *República literaria:* y ofreciéndose á mostrarme lo más curioso de ella, acepté la compañía y la oferta; y fuímos caminando en buena conversación. Por el camino fuí notando que aquellos campos vecinos llevaban más eléboro que otras yerbas: y preguntándole la causa, me respondió, que la divina Providencia ponía siempre vecinos á los daños los remedios; y que así había dado á la mano aquella yerba para cura de los ciudadanos, los cuales con el continuo estudio padecían graves achaques de cabeza. Muchos buscaban el eléboro; la anacardina para hacerse memoriosos, con evidente peligro del juicio. Poco me pareció que tenían los que le aventuraban por la memoria: porque si bien es depósito de las ciencias, también lo es de los males; y fuera feliz el hombre, si como está en su mano el acordarse, estuviera también el olvidarse. La memoria de los bienes pasados nos desconsuela; y la de los males presentes nos atormenta. Habiendo llegado á la ciudad, reconocí sus fosos; los cuales estaban llenos de un licor oscuro. Las murallas eran altas; defendidas de cañones de ánsares y cisnes, que disparaban balas de papel. Unas blancas torres servían de baluartes; dentro de las cuales levantaba la fuerza del agua unas vigas, cuyas cabezas, batiendo en pilones de mármol gran cantidad de pedazos de lienzo, los reducían á menudos átomos: y recogidos estos en cedazos cuadrados de hilo de alambre, y enjutos entre fieltros, quedaban hechos pliegos de papel; materia fácil de labrar, y bien costosa á los hombres. ¡Qué ingeniosos somos en buscar nuestros daños! Escondió la naturaleza próvidamente la plata y el oro en las entrañas de la tierra, como á metales perturbadores de nuestro sosiego; y con gran providencia los retiró á regiones más remotas, poniéndoles por foso el inmenso mar Océano, y por muros altas y peñascosas montañas: y el hombre industrioso busca artes é instrumentos con que navegar los mares; penetrar los montes; y sacar aquella materia que tantos cuidados, guerras y muertes causa al mundo. Están en los muladares los viles andrajos, de que aun no pudo cubrirse la desnudez; y de entre aquella basura los saca nuestra diligencia, y labra con ellos nuestro desvelo y fatiga aquellas hojas donde la malicia es maestra de la inocencia, siendo causa de infinitos pleitos y de la variedad de religiones y sectas.

El frontispicio de la puerta de la ciudad era de hermosas columnas de diferentes mármoles y jaspes. En ellas (no sin misterio) parece que faltaba á sí misma la arquitectura: porque de los cinco órdenes solamente se veía el dórico, duro y desapacible, símbolo de la fatiga y del trabajo. Entre las

columnas estaban en sus nichos nueve estatuas de las nueve Musas, con varios instrumentos de música en las manos; á las cuales había dado la escultura tal aire y movimiento á pesar del mármol, que la imaginación se daba á entender que imprimían en ella aquellos afectos que suelen infundir desde las esferas del cielo donde las consideró inteligencias ó almas la antigüedad. *Clío* parece que encendía en los pechos llamas de gloria con las hazañas de los varones ilustres. *Terpsícore* elevaba los pensamientos con la dulzura de la música. *Erato* daba números y compases al movimiento de los pies. *Polimnia* avivaba la memoria. *Urania* se servía de ella para persuadir en el ánimo la contemplación de los astros. *Calíope* levantaba los espíritus heroicos á acciones gloriosas.

Este frontispicio se remataba en la estatua de Apolo, cuya madeja de oro con lustroso curso de luz bajaba sobre los hombros; ocupaba su mano derecha el plectro, y la izquierda la lira....

Retrato de varios historiadores

Deseoso yo de reconocerlos, les salí al paso, pidiendo á Polidoro que uno á uno me refiriese sus nombres y cualidades. Este (me respondió) que camina con pasos graves y circunspectos es Tucídides, á quien la emulación á la gloria de Heródoto puso la pluma en la mano para escribir sentenciosamente las guerras del Peloponeso. Aquel de profundo semblante es Polibio, que en cuarenta libros escribió las historias Romanas, de que solamente han quedado cinco, á los cuales perdonó la injuria de los tiempos; pero no la malicia de Sebastián Maccio que ignorantemente le maltrata, sin considerar que es tan docto que enseña más que refiere.

El que con la toga lisa y llana, y con libre desenvoltura le sigue, en cuya frente está delineado un ánimo cándido y prudente, libre de la servidumbre de la lisonja, es Plutarco; tan versado en las artes políticas y militares que, como dijo Bodino, puede ser árbitro en ellas.

El otro de suave y apacible rostro, que con ojos amorosos y dulces atrae á sí los ánimos, es Jenofonte; á quien Diógenes Laercio llamó Musa Atica, y otros con más propiedad abeja Atica.

Este, vestido sucintamente, pero con gran policía y elegancia, es Cayo Salustio; gran enemigo de Cicerón: en quien la brevedad comprende cuanto pudiera dilatar la elocuencia; aunque á Séneca y á Asinio Polión parece oscuro, atrevido en las translaciones, y que deja cortadas las sentencias. Aquel de las cejas caídas y nariz aguileña, con anteojos de larga vista, desenfadado y cortesano, cuyos pasos cortos ganan más tierra que los demás, es Cornelio Tácito; tan estimado del emperador Claudio, que mandó se pusiese su retrato en todas las librerías, y que diez veces al año se

escribiesen sus libros: pero no bastó esta diligencia para que no ocultase el olvido la mayor parte de ellos; y que los demás estuviesen sepultados por muchos años sin que hiciesen ruido en el mundo, hasta que un Flamenco le dió á conocer á las naciones; que también ha menester valedores la virtud: pero no sé si fué en esto más dañoso al sosiego público, que el otro inventor de la pólvora. ¡Tales son las doctrinas tiránicas, y el veneno que se ha sacado de esta fuente! por quien dijo Budeo, que era el más facineroso de los escritores. A este peligro se exponen los que escriben en tiempo de príncipes tiranos: que si los alaban, son lisonjeros; y si los reprenden penetrando sus vicios, parecen maliciosos. Esta calumnia se recompensa con lo que otros alaban en él: pues Plinio y Cecilio le llaman elocuente; Vopisco facundo; Esparciano puro y cándido; Bodino agudo; y Sidonio digno de toda alabanza.

Repara en la serena frente y en los eminentes labios de éste, que parece destilan miel; y nota bien el ornato de sus vestidos, sembrado de varias flores: porque es Tito Livio Patavino; de no menos gloria á los romanos, que la grandeza de su Imperio: huyó de la impiedad de Polibio, y dió en la superstición; así por librarnos de un vicio damos alguna vez en el opuesto.

No menos debes considerar la garnacha de Cayo Suetonio Tranquilo que viene después de él, tan perfectamente acabada, que quien la quisiere mejorar la estragaría. En su semblante conocerás la impaciencia de su condición; que no puede acomodarse á la lisonja, ni tolerar los vicios de los príncipes, aunque sean ligeros: si pueden serlo los que comete la cabeza de la República; cuyas acciones imita ciegamente el pueblo, sin que la lisonja ó lo abatido de la servidumbre repare en si son buenas ó malas: antes todas le parecen buenas; porque no de otra suerte que suele la estimación del príncipe á esta especie de piedras preciosas más que á aquellas darles mayor valor en la opinión del vulgo, aunque en su naturaleza no le tengan, así estiman los vasallos por loables las costumbres depravadas que ven ejercitadas y aprobadas en la cabeza que los gobierna.

El que con la espada en la una mano y la pluma en la otra se te ofrece delante, que no menos atemoriza con lo feroz á los enemigos que con la elegancia á los que quieren imitarle, es Julio César, último esfuerzo de la naturaleza en el valor, en el ingenio y juicio: tan industrioso, que supo descubrir sus aciertos y disimular sus errores. Pero ¿quién es tan constante amigo de la verdad que los descubra, ó tan retirado de sí mismo que los reconozca? Pues si el afecto á otros suele dar diferentes luces á las cosas ajenas ¿qué fuerza tendrá en las obras propias, y principalmente en aquellas que son hijas del ingenio y del valor?

El vestido á lo cortesano, aunque llana y sencillamente sin arreo ni jo-

yas, es Felipe Comineo, Señor de Argentón; cuya frente, en quien obra la naturaleza sin ayuda del arte, tendida, descubre su buen juicio: y el otro de prolija barba, mal ceñido y flojo, es Guicciardini; gran enemigo de la casa de Urbino. El que va á su lado, con un ropón de martas que apenas puede darle bastante calor, es Paulo Jovio; adulador del Marqués del Basto y de los Médicis, y enemigo declarado de los españoles: vicios que desacreditan la verdad de su historia.

El otro de largas y tendidas vestiduras es Zurita: á quien acompañan D. Diego de Mendoza, advertido y vivo en sus movimientos; y Mariana, cabezudo; que por acreditarse de verdadero y desapasionado con las demás naciones, no perdona á la suya y la condena en lo dudoso: afecta la antigüedad; y como otros se tiñen las barbas por parecer mozos, él por hacerse viejo.

P. JUAN EUSEBIO NIEREMBERG S. J.

(DE LA HERMOSURA DE DIOS)

De la belleza: en qué consiste: sus condiciones, y como estas se hallan en Dios

Conviene inquirir la causa por qué se ama tanto lo hermoso.... Digo que la causa porque la hermosura corporal agrada, es por ser una sombra y remedo de la razón, por verse en un cuerpo un rasgo y seña de lo que es intelectual y espíritu. De lo cual se puede colegir cómo la verdadera hermosura es la de la razón y espíritu, y así, cuanto más tuviere una cosa de espíritu, de razón y de ser intelectual, tanto más hermosa será; por donde, como Dios es puro espíritu y la misma verdad y razón, y su esencia sea intelección, su hermosura será sobre toda amabilidad y belleza.

Para confirmación desto, se ha de advertir que lo que hace más graciosa y amable á la hermosura corporal es, según todos los filósofos, la proporción de partes bien ordenadas, de suerte que la orden, la cual es propia de la razón, es lo que agrada y hace hermoso, y así no hay hermosura sino en las cosas en que puede haber orden. Lo hermoso es un resplandor y rayo de lo bueno en las cosas que percibe la vista, el oído ó el entendimiento. Por gustoso que sea el olor ó el sabor, no hay en él hermosura, porque no hay proporción ni orden. En la vista y en el oído sí, porque hay en sus objetos orden y proporción, conformándose de muchas

partes, por la correspondencia que tienen entre sí, un todo agradable y gustosísimo, por el rastro que en esto tienen de razón. Por esta misma causa las naturalezas más capaces, ó vecinas á la razón, son las que más gustan de la hermosura, y así los animales más brutos y torpes, ni gustan de la música, ni de la arquitectura y aseo, porque no llegan á alcanzar el orden y huella de la razón que en estas cosas hay. Mas los hombres que son capaces de razón, son los que gustan de una música concertada y de una vista compuesta y ordenada, porque la hermosura es *prenda propia de la razón*, jurisdicción del espíritu y *empleo del entendimiento*. Y así la belleza corporal sólo agrada por ser una cifra ó borrón de la razón, por el orden y proporción de partes que en sí encierra. Por esto dijeron algunos platónicos que *la hermosura era la razón congruente ó concertada;* y á lo gracioso, que acompaña á la hermosura, definieron que era un resplandor exterior de la razón.

Esta gloria de la hermosura de consistir ó emparentar con la razón, se puede echar de ver por su contrario, la fealdad, la cual no es otra cosa sino desproporción de miembros, desorden de partes, lo cual causa disonancia á la razón, que dicta no estar las cosas en su lugar ni en la composición debida, de modo que la contrariedad á la razón hace las cosas feas: lo cual se echa de ver claramente en la fealdad espiritual y moral, que es el pecado. De donde, por el contrario, se sigue que la verdadera hermosura es la proporción y ajustamiento á la razón, por lo cual no puede haber cosa más hermosa que aquel Ser, que es única regla de la misma razón. Y en El, no sólo hay orden entre sus atributos, sino unidad, que es sobre toda proporción y orden y razón, y así es sobre toda hermosura.

Confírmase lo mismo con lo que los platónicos dijeron que la hermosura de la virtud era incomparablemente mayor que la de los cuerpos.... De suerte que por la mayor semejanza, vecindad ó relación á la razón, son las cosas hermosas, más ó menos hermosas, y la razón es la medida, la gloria y la flor de todo lo hermoso; y como en Dios esté la razón esencial y sustancialmente, en Él está la esencia y sustancia de la hermosura, y toda amabilidad, y dél se deriva y participa cuanto hay bello y agradable, porque como es la misma razón, todas las demás cosas proporciona, ordena y dispone que tengan hermosura y perfección. Por lo cual, la misma razón ha de ser cosa hermosísima.... ¿Cuál será la hermosura del que es puro espíritu, puro acto, pura razón?.... Porque es la hermosura de Dios total y sustancial, no como los cuerpos hermosos, que ni son entera ni esencialmente hermosos....

Toda la hermosura de Dios nace de la infinidad de sus divinas perfecciones, la cual toda está fundada en un raro y estupendo privilegio de su incomprensible naturaleza, el cual es carecer de causa y principio, y tener

ser de sí mismo. Y así Sócrates, que puso las propiedades y condiciones de la belleza en Dios solamente, dijo que la hermosura era un privilegio de la naturaleza.... que es no tener ser de nadie, sino de sí mismo desde una eternidad.... Y así dijo Plotino: «Dios lo que quiso es, y como quiere, porque es cuanto pudo querer ser....» ¡Cuál será la belleza de Dios, que tiene cuantas hermosuras, gracias, perfecciones y bienes hay, no sólo en la naturaleza, pero cuantas encierra la posibilidad de cuantas naturalezas hay, y éstas en sumo grado.... y esto, no como quiera, sino encerrándolas todas, por innumerables que sean, en una suma simplicidad de su purísima esencia!.... Esta es una rara hermosura de Dios, por lo cual dice Alcinoo, platónico, que Dios se dice hermoso, porque por su naturaleza es estas dos cosas, es más y es igual, y es igual en todos los atributos, pues ninguno es mayor ni menor que otros, siendo cada uno infinito, y es más, porque excede á todo lo que se puede pensar, pues cada uno es todos los demás.... En Dios están las *ideas*, esto es, las perfecciones de todas las cosas, no por figuras, sino infinitamente más cabal y perfectamente que en ellas mismas.... Porque Dios es todas las cosas, en cuanto contiene la flor y perfección de todas; pero es nada de las cosas, porque no es ninguna perfección ni hermosura dellas, sino sobre toda su perfección y hermosura, y sobre cuanto puede concebir hermoso y perfecto el ingenio humano.... La vista hermosísima del ser divino es el último fin para que fuimos criados, y la última perfección de toda criatura capaz de razón, porque esta vista endiosa al alma, y la santifica, y la hace más pura que los cielos, y más hermosa que las más hermosas naturalezas del mundo....

De otra condición de la belleza: el lustre y claridad

Otra calidad de la hermosura señalan muchos filósofos en un cierto género de gracia y resplandor que acompaña á la proporción de partes y las demás propiedades de lo hermoso, con que se hace más apacible y agradable. Los latinos la llaman *nitor;* mas en romance no hallo tan acomodado vocablo que lo declare, si no es llamándole *lustre*, ó dándole el nombre de *claridad*, con que algunos la llaman, para hacerla común á los sentidos capaces della, según Platón, que son la vista y el oído, porque es particular gracia de la música que tenga voces claras, como también de los colores que tengan lustre, resplandor y claridad.... Y sin duda la claridad hermosea y agracia mucho, pues el sol, que es astro tan hermoso, no tiene otra parte de hermosura sino su claridad y luz.... que por sí es hermosísima; y así no podía faltar en Dios esta hermosura.... porque á las demás propiedades y causas, por las cuales es infinitamente hermoso, se

llega ser Él una luz inaccesible y de infinita claridad y agrado. Hermes Trimegistro refiere, en el principio de su *Pimandro*, una revelación que tuvo de Dios, que se le apareció en forma de luz, y le causó una vista admirable: «Veía (dice) un inmenso espectáculo, esto es, parecíame que todas las cosas se habían convertido en luz, la cual vista era maravillosamente suave y gustosa.» Y no hay duda sino que sería este un teatro admirable, si viésemos transformarse en luces todas las cosas, las aves, los animales, los árboles, las hierbas, las piedras, los elementos; pues en Dios todas estas cosas, esto es, todas las perfecciones dellas, están esmaltadas de luz, ó, por mejor decir, son luz, porque su ser divino es una luz inmensa que se extiende por espacios infinitos, comprendiendo en sí, con particular gracia y hermosura, cuantas hermosuras y lindezas hay. Si consideramos las admirables calidades y excelencias de la luz material, veremos que son todas una sombra de la luz sobrenatural é inmensa de Dios. La luz es el ornato y gala del mundo, y la hermosura de la misma hermosura; porque sin luz nada fuera hermoso: es el lustre de los colores, el alma de todo lo visible, la gloria y belleza de los astros, y el vigor de todo este universo, sujeto á generaciones....

La luz fertiliza la naturaleza, y hasta en las entrañas de la tierra se siente su eficacia, aunque no se ve su presencia.... Todo esto es un rayo ó sombra de Dios, luz inmensa, del cual depende el ser y hermosura de todas las cosas, y sin Dios no hay nada hermoso: Él es el que da sér á todo, El es la gloria y lo bueno de todo, y la flor de todo lo perfecto. Es gran argumento de Dios, de su infinita luz y hermosura, la claridad y resplandor que de su perfección derrama en las criaturas. Por lo cual dijeron los *platónicos* que las hermosuras de las cosas criadas eran sólo un resplandor del rostro divino.... unos muy pequeños arroyuelos que, como de fuente original, proceden de aquella hermosura infinita.... Todo lo hermoso de las criaturas, pues es limitado, tiene algo de no hermoso, y mucho de necesidad y pobreza, no teniendo ser de sí, ni de suyo más que la nada. Y de cualquiera manera, en comparación del Sumo Ser increado y de la esencial bondad y hermosura del Criador, es la criatura más perfecta como si no fuera, y su bondad como si no fuera bondad, y su hermosura no es hermosura.

GÉNERO ORATORIO

V. P. FRAY LUIS DE GRANADA

DE LA ORDEN DE SANTO DOMINGO

(DEL LIBRO DE LA ORACIÓN)

De la fealdad del cuerpo muerto: del enterramiento y sepultura: vanidad de las cosas humanas

Consideremos qué tal queda el cuerpo, después que el ánima se aparta de él. ¿Qué cosa más estimada, que el cuerpo de un príncipe, cuando vive? Y ¿qué cosa más desestimada y más vil, que el mismo cuerpo, cuando muere? ¿Dónde está aquella antigua majestad, aquella gentileza, aquella autoridad, aquel temblar todos delante de él, y aquel hablarle de rodillas y con tantas reverencias? ¡Qué presto se deshace toda aquella pompa, como si fuera una cosa soñada ó un negocio de farsa, que se deshace en una hora!

Luego se apareja la mortaja, que es la más rica joya que se puede sacar de esta vida, con la que se hace paga al más rico de los hombres en aquella hora. Por lo cual con mucha razón dijo el Profeta: «No temas cuando el hombre enriqueciere mucho, y vieres que se multiplica la gloria de su casa; porque cuando muriere, no llevará consigo sus cosas, ni descenderá con él su gloria.»

Luego abren un hoyo de siete ú ocho pies en largo, aunque sea para Alejandro Magno, que no cabía en el mundo; y con solo esto se da allí el cuerpo por contento. Allí se le da casa para siempre: allí toma solar perpetuo en compañía de los otros muertos: allí le salen á recibir los gusanos; y finalmente le depositan en una pobre sábana, cubierto el rostro con un sudario, y atados los pies y manos, aunque en balde, porque bien seguro está que no huirá de la cárcel, ni se defenderá de allí. Allí le recibe

la tierra en su regazo, le dan paz los huesos de los finados, le abrazan los polvos de sus antepasados, y le convidan á aquella mesa y á aquella casa, que está constituída para todo viviente. Y la postrera honra que le puede hacer el mundo en aquella hora, es echarle encima una capa de tierra, y cobijarle muy bien con ella, para que no vean las gentes su hediondez y su deshonra. Y el mayor beneficio que le puede allí hacer el mayor de sus amigos, es honrarle con un puñado de tierra. Y por esto los fieles suelen usar de esta ceremonia con los difuntos, porque Dios depare quien haga otro tanto con ellos. ¿Qué mayor confusión se puede tomar de nuestra miseria, que ver aquí los hombres prevenirse con tiempo, para no carecer de un tan pequeño beneficio? ¡Oh avaricia de vivos y pobreza de muertos! ¡Cómo desea tanto para tan breve vida, quien con tan poco espera contentarse en aquella hora!

Luego el enterrador toma la azada y pisón, y comienza á trastornar huesos sobre huesos, y tapiar encima la tierra muy tapiada. De manera que el más lindo rostro del mundo y más curado y más guardado del sol y aire, andará allí debajo del pisón del rústico cavador, que no tiene empacho de darle con él en la frente, quebrarle los cascos, y sumirle los ojos y las narices, porque quede bien acompañado de tierra; y sobre el otro gentilhombre, que cuando vivía no le había de tocar el aire, ni caer un pelico en la ropa, sin que luego anduviese la escobilla por encima, le echarán aquí un muladar de basura. Y el otro que andaba lleno de ámbar y olores, se verá aquí cubierto de hediondez y de gusanos. Éste es, pues, el paradero de las galas y de toda la gloria del mundo.

De esta manera le dejarán aposentado sus amigos en aquella casa tan estrecha, en aquella tierra de olvido y en aquella cárcel tenebrosa, en la cual quedará acompañado de perpetua soledad. Oh mundo, ¿y qué es de tu gloria? Riquezas, ¿qué es de vuestro poder? Amigos, ¿dónde me habéis dejado? ¿Cómo desapareció tan presto una tan antigua compañía? ¿Cómo se deshizo tan presto la rueda de tan grande felicidad? Los que vieron á la reina Jezabel, por justo juicio de Dios, comida de perros, y que no quedó otra cosa más de toda aquella su hermosura que la calavera y los extremos de los pies y manos, como la habían conocido antes en tanta gloria, y entonces la veían en tal figura, maravillados de tan gran mudanza, preguntaban y decían: «¿Ésta es aquella Jezabel?» Y todos cuantos pasaban por aquel camino, y la miraban así comida de perros como estaba, repetían aquella misma exclamación, diciendo: «¿Ésta es aquella Jezabel? ¿Ésta es aquella gran reina y señora de Israel? ¿Ésta es aquella tan poderosa, que se enseñoreaba de las haciendas de sus vasallos con la sangre de sus dueños?» A tan baja suerte puede traer la muerte á los poderosos.

Pues desciende tú ahora, hermano, con el espíritu á las sepulturas de

los príncipes y grandes señores, que habrás oído ó conocido en este mundo; y mira aquella tan horrible y disforme figura que allí se muestra, y verás cómo tienes razón para exclamar con las mismas palabras, y decir: «¿Ésta es aquella Jezabel? ¿Ésta es aquella cara que yo conocí tan viva? ¿Éstos aquellos ojos claros? ¿Ésta aquella lengua tan ligera? ¿Éste aquel cuerpo tan pulido? ¿En esto paran los cetros y las coronas? ¿Éste es el fin de la gloria del mundo?» «¡Oh! cuántas veces, dice un sabio, me acaece entrar en los sepulcros de algunos muertos, y maravillado y atónito de lo que veo, pongo los ojos en aquella figura, meneo los huesos, junto las manos, concierto los labios, y póngome á decir entre mí: mira aquellos pies, ¡cuántos caminos anduvieron! Aquellas manos, ¡cuánto apañaron y guardaron! Aquellos ojos, ¡cuántas vanidades miraron! Para aquella boca, ¡cuántas golosinas se guisaron! Aquellos huesos de la cabeza, ¡cuántas torres de viento fabricaron! Por el deleite de aquellos polvos y pellejos tan sucios, ¡cuántos pecados se hicieron, por los cuales el ánima de este cuerpo por ventura estará ahora penando para siempre! Salgo después de aquel lugar atónito, y encontrando con algunos hombres, pongo los ojos en ellos, y miro que éstos también y yo con ellos nos hemos de ver presto de aquella manera y en aquella misma vileza. Pues, ¡oh miserable de mí! ¿Para qué son las riquezas, si aquí me tengo de ver tan desnudo? ¿Para qué las galas y atavíos, pues aquí me tengo de ver tan feo? ¿Para qué los deleites y comidas, pues aquí tengo de ser manjar de gusanos?»

El alma al separarse del cuerpo

Ahora dejemos el cuerpo en el sepulcro, veamos el camino que lleva el ánima por aquel nuevo mundo, que es como otro hemisferio, donde hay cielo nuevo, tierra nueva, otra suerte de vida, otro modo de entender y conocer. Salida, pues, de la carne, entra en esta nueva región, por donde nunca jamás anduvieron los vivos, llena de espanto y de sombras de muerte. Pues ¿qué hará aquí el nuevo peregrino en tierra tan extraña, si no tiene merecida para este tiempo la guarda y la defensión angélica? «Oh ánima mía, dice San Bernardo, ¿cuál será aquel día, cuando sola entrarás en aquella región no conocida, donde te saldrán al camino aquellos monstruos tan temerosos y tan terribles? ¿Quién volverá por tí? ¿Quién te defenderá? ¿Quién te librará de aquellos leones, que rabian de hambre, y están aparejados para tragar?»

Temeroso es por cierto este camino, pero mucho más temeroso es el juicio, que allí se ha de celebrar. ¿Quién podrá declarar cuán estrecha sea la tela de este juicio, cuán derecho el juez, qué solícitos los acusadores,

cuán pocos los padrinos, cuán menuda la cuenta, y cuán largo el proceso de nuestra vida? Pues si el justo, como dice san Pedro, apenas se salvará; el pecador y malo ¿dónde parecerá? Y es cosa muy para notar, que en esta tan grande necesidad, donde parece que las cosas que más amamos, y por quienes más hicimos, nos habían de ayudar; no solamente no nos ayudarán, sino antes ellas serán las que más allí nos apretarán. La cosa que más amaba y apreciaba aquel hermoso Absalón, eran sus cabellos: y éstos mismos ordenó Dios, por justo juicio, que le causasen la muerte. Este mismo juicio se apareja á los malos en aquella hora, que las cosas que más amaron en esta vida, y por quienes más ofendieron á Dios, ésas vengan entonces á hacer su pleito más dudoso, y darles mayor tormento. Allí los hijos, que por fas y por nefas procuraron enriquecer; allí la mala mujer por cuyo amor quebrantaron la ley de Dios; allí la hacienda, la honra, los deleites, que fueron nuestros ídolos, se harán nuestros verdugos, y nos atormentarán más crudamente. Allí hará Dios su juicio en todos los dioses de Egipto, ordenando que aquellas mismas cosas en que nosotros teníamos puesta nuestra gloria, ésas vengan allí á ser causa de nuestra perdición.

Pues el golpe de aquella sentencia divina, si es conforme á nuestras culpas, ¿quién le podrá esperar? Decía uno de aquellos padres del yermo, que de tres cosas vivía siempre con grande temor: la primera, cuando había su ánima de salir de las carnes; la segunda, cuando había de ser presentada ante el juicio de Dios; y la tercera, cuando había de ser pronunciada la sentencia de su causa. Pues ¿qué será sobre todo esto, si al cabo se da por sentencia, que sea para siempre condenada? ¿Qué angustias serán aquellas para ti? ¿Y qué día de fiesta para tus enemigos? ¿Cómo se cumplirán entonces aquellas palabras del Profeta, que dicen: «abrieron su boca sobre ti tus enemigos; y silbaron y regañaron con sus dientes, y dijeron: Tragarémosle: éste es el día que esperamos: hallámosle, vímosle.»

Mas tú, oh buen Jesús, alumbra los ojos de mi ánima, para que no duerma yo en la muerte, y para que nunca diga mi enemigo: «prevalecido he contra el ánima.»

Como el Salvador llevó la cruz á cuestas

Como Pilatos viese, que no bastaban las justicias que se habían hecho en aquel santo Cordero, para amansar el furor de sus enemigos, entró en el tribunal, para dar final sentencia en aquella causa. Estaba ya á las puertas aparejada la cruz, y asomaba por lo alto aquella temerosa bandera, amenazando á la cabeza del Salvador. Dada ya y promulgada la sentencia

cruel, añaden los enemigos una crueldad á otra, que fué cargar sobre aquellas espaldas tan molidas y despedazadas con los azotes, el madero de la cruz. No rehusó con todo eso el piadoso Señor esta carga, en la cual iban todos nuestros pecados, sino antes la abrazó con suma caridad y obediencia por nuestro amor; y así camina su camino, como otro verdadero Isaac con la leña en los hombros, al lugar del sacrificio.

Camina, pues, el inocente con aquella carga tan pesada sobre sus hombros tan flacos, siguiéndole mucha gente y muchas piadosas mujeres, que con sus lágrimas le acompañaban. ¿Quién no había de derramar lágrimas, viendo al Rey de los ángeles caminar paso á paso con aquella carga tan pesada, temblando las rodillas, inclinado el cuerpo, los ojos mesurados, el rostro sangriento, con aquella guirnalda en la cabeza, y con aquellos tan vergonzosos clamores y pregones que daban contra Él?

Camina también la Virgen en busca del Hijo, dándole el deseo de verle las fuerzas, que el dolor le quitaba. Oye desde lejos el ruido de las armas y el tropel de la gente y el clamor de los pregones con que le iban pregonando. Ve luego resplandecer los hierros de las lanzas y alabardas, que asomaban por lo alto: halla en el camino las gotas y el rastro de la sangre, que bastaban ya para mostrarle los pasos del Hijo, y guiarla sin otra guía. Acércase más y más á su amado Hijo, y tiende sus ojos oscurecidos con el dolor, para ver, si pudiese, al que amaba su ánima. ¡Oh amor y temor del corazón de María! Por una parte deseaba verle, y por otra rehusaba ver tan lastimera figura. Finalmente, llegada ya donde le pudiese ver, míranse aquellas dos lumbreras del cielo una á otra, y atraviésanse los corazones con los ojos, y hieren con la vista sus ánimas lastimadas. Las lenguas estaban enmudecidas para hablar, mas al corazón de la Virgen hablaba el afecto natural del Hijo dulcísimo, y le decía: «¿Para qué veniste aquí, paloma mía, querida mía y Madre mía? Tu dolor acrecienta el mío, y tus tormentos me atormentan. Vuélvete, Madre mía, vuélvete á tu posada, que no pertenece á tu pureza virginal compañía de homicidas y ladrones. Si lo quisieres así hacer, templarse ha el dolor de ambos, y quedaré yo para ser sacrificado por el mundo, pues á ti no pertenece este oficio, y tu inocencia no merece este tormento. Vuélvete, pues, oh paloma mía, al arca hasta que cesen las aguas del diluvio; pues aquí no hallarás dónde descansen tus pies.»

Pues al corazón del Hijo respondería el de la santa Madre, y le diría: «¿Por qué me mandas eso, Hijo mío? ¿Por qué me mandas alejar de este lugar? ¿Cómo puedo yo partirme de ti, sin partirme de mí? De tal manera tiene ocupado mi corazón este dolor, que fuera de él ninguna cosa puedo pensar: á ninguna parte puedo ir sin ti; y de ninguna pido, ni puedo recibir consolación. En ti está todo mi corazón, y dentro del tuyo tengo he-

cha mi morada, y mi vida toda pende de ti. Y pues tú por espacio de nueve meses tuviste mis entrañas por morada, ¿por qué no tendré yo estos tres días por morada las tuyas?»

Cristo clavado en la cruz

Después de esto considera cómo el Señor fué enclavado en la cruz, y el dolor que padecería al tiempo que aquellos clavos gruesos y esquinados entraban por las delicadas partes del más delicado de todos los cuerpos. Y mira también lo que la Virgen sentiría, cuando viese con sus ojos, y oyese con sus oídos los crueles y duros golpes, que sobre aquellos miembros divinales tan á menudo caían. Mira cómo luego levantaron la cruz en alto, y cómo la fueron á meter en un hoyo, que para esto tenían hecho, y cómo, según eran crueles los ministros, al tiempo del asentar la dejaron caer de golpe, y así se estremecería todo aquel santo cuerpo en el aire, y se rasgarían más las llagas, y crecerían más sus dolores.

Pues, ¡oh Salvador y Redentor mío! ¿Qué corazón habrá tan de piedra, que no se parta de dolor, pues en este día se partieron las piedras, considerando lo que padeces en esa cruz? Cercádote han, Señor, dolores de muerte, y embestido han sobre ti las olas de la mar: atollado has en el profundo de los abismos, y no hallas sobre qué estribar. El Padre te ha desamparado; ¿qué esperas, Señor mío, de los hombres? Los enemigos te dan grita, los amigos te quiebran el corazón, tu ánima está afligida, y no admites consuelo por mi amor. Duros fueron, cierto, mis pecados, y tu penitencia lo declara. Véote, Rey mío, cosido con un madero: no hay quien sostenga tu cuerpo, sino tres garfios de hierro: de ellos cuelga tu sagrada carne, sin tener otro refrigerio: cuando cargas el cuerpo sobre los pies, desgárranse las heridas de los pies con los clavos que tienen atravesados: cuando lo cargas sobre las manos, desgárranse las heridas de las manos con el peso del cuerpo. No se pueden socorrer los miembros unos á otros sino con igual perjuicio. Pues la santa cabeza atormentada y enflaquecida con la corona de espinas, ¡qué almohada la sostendrá! ¡Oh cuán bien empleados fueran allí vuestros brazos, serenísima Virgen, para este oficio! Mas no servirán ahora allí los vuestros, sino los de la cruz. Sobre ellos se reclinará la sagrada cabeza, cuando quisiere descansar, y el refrigerio que de ellos recibirá, será hincarse más las espinas por el cerebro. Sobre todo esto veo esas cuatro llagas principales, como cuatro fuentes, que están siempre manando sangre: veo el suelo encharcado y arroyado de sangre: veo ese tan precioso licor hollado y derramado sobre la tierra, dando voces y clamando mejor que la sangre de Abel, pues aquella pedía venganza contra el homicida; mas ésta pide perdón para el pecador.

Compasión de Jesucristo al ver á su Madre junto á la cruz

¿Quién podrá, oh buen Jesús, declarar lo que sentías, cuando considerabas las angustias de aquella ánima santísima, la cual tan de cierto sabías estar contigo crucificada en la cruz; cuando veías aquel piadoso corazón traspasado y atravesado con cuchillo de dolor; cuando tendías los ojos sangrientos, y mirabas aquel divino rostro, cubierto de amarillez de muerte, y aquellas angustias de su ánima, sin muerte ya más que muerta, y aquellos ríos de lágrimas, que de sus purísimos ojos salían, y oías los gemidos, que se arrancaban de aquel sagrado pecho, exprimidos con el peso de tan grave dolor? Verdaderamente no se puede encarecer lo mucho que esta invisible cruz atormentaba tu piadoso corazón.

Compasión de la Virgen al ver á su Hijo crucificado

Y ¿quién podrá, oh bendita Madre, declarar la grandeza de los dolores y ansias de tus entrañas, cuando veías morir con tan graves tormentos al que viste nacer con tanta alegría; cuando veías escarnecido y blasfemado de los hombres aquél, que allí viste alabado de los ángeles; cuando veías aquel santo cuerpo, que tú tratabas con tanta reverencia, y criaste con tanto regalo, tan maltratado y atormentado de los malos; cuando mirabas aquella divina boca, que tú con leche del cielo recreaste, amargada con hiel y vinagre; y aquella divina cabeza, que tantas veces en tus virginales pechos reclinaste, ensangrentada y coronada de espinas? ¡Oh cuántas veces alzabas los ojos á lo alto para mirar aquella divinal figura, que tantas veces alegró tu alma mirándola; y se volvieron los ojos del camino, porque no podía sufrir tu vista la ternura del corazón!

Pues ¿qué lengua podrá declarar la grandeza de este dolor? Si las almas, que verdaderamente aman á Cristo, cuando contemplan estos dolores ya pasados, tan tiernamente se compadecen de Él, ¿que harías tú siendo madre, y más que madre, viendo de presente con tus ojos padecer á tal Hijo tal pasión? Si aquellas mujeres que acompañaban al Señor, cuando caminaba con la cruz, sin tenerle parentesco, lloraban y lamentaban por verle ir con tan lastimera figura, ¿cuáles serían tus lágrimas, cuando vieses á quien tanto te tocaba, no sólo llevando la cruz á cuestas, sino enclavado ya y levantado en la misma cruz?

Y con ser tan grandes estos dolores no rehusaste, Virgen bendita, la compañía de la cruz, ni le volviste las espaldas, sino allí estuviste junto á ella, no caída ni derribada, sino en pie, como columna de fortaleza, contemplando con inestimable dolor al Hijo en la cruz, para que así como

Eva, mirando con deleite aquel fruto y árbol de muerte, intervino en la perdición del mundo; así tú, mirando con tan gran amargura el fruto de vida, que de aquel árbol pendía, intervinieses en el remedio del mundo.

Descendimiento de la cruz, y llanto de la Virgen

Después de esto, considera cómo fué quitado aquel santo cuerpo de la cruz, y recibido en los brazos de la Virgen.

Pues cuando la Virgen le tuvo en sus brazos, ¿qué lengua podrá explicar lo que sintió? Oh Ángeles de paz, llorad con esta sagrada Virgen: llorad cielos, llorad estrellas del cielo, y todas las criaturas del mundo acompañad el llanto de María. Abrázase la Madre con el cuerpo despedazado; apriétale fuertemente en sus pechos (para esto sólo le quedaban fuerzas); mete su cara entre las espinas de la sagrada cabeza; júntase rostro con rostro; tíñese la cara de la Madre con la sangre del Hijo, y riégase la del Hijo con las lágrimas de la Madre. ¡Oh dulce Madre! ¿Es ése por ventura vuestro dulcísimo Hijo? ¿Es ése el que concebisteis con tanta gloria, y paristeis con tanta alegría? Pues ¿qué se hicieron vuestros gozos pasados? ¿A dónde se fueron vuestras alegrías antiguas? ¿Dónde está aquel espejo de hermosura, en quien Vos os mirabais? Ya no os aprovecha mirarle á la cara; porque sus ojos han perdido la luz: ya no os aprovecha darle voces y hablarle; porque sus orejas han perdido el oir: ya no se menea la lengua que hablaba las maravillas del cielo; ya están quebrados los ojos, que con su vista alegraban al mundo. ¿Cómo no habláis ahora, Reina del cielo? ¿Cómo han atado los dolores vuestra lengua? La lengua estaba enmudecida, mas el corazón allá dentro hablaría con entrañable dolor al Hijo dulcísimo, y le diría:

«¡Oh vida muerta! ¡Oh lumbre oscurecida! ¡Oh hermosura afeada! Y ¿qué manos han sido aquellas, que tal han parado vuestra divina figura? ¿Qué corona es ésta, que mis manos hallan en vuestra cabeza? ¿Qué herida es ésta, que veo en vuestro costado? ¡Oh sumo sacerdote del mundo! ¿Qué insignias son éstas, que mis ojos ven en vuestro cuerpo? ¿Quién ha manchado el espejo y hermosura del cielo? ¿Quién ha desfigurado la cara de todas las gracias? ¡Éstos son aquellos ojos que obscurecían el sol con su hermosura! ¡Éstas son las manos, que resucitaban los muertos á quienes tocaban! ¡Ésta es la boca por donde salían los cuatro ríos del paraíso! ¿Tanto han podido las manos de los hombres contra Dios? Hijo mío y sangre mía, ¿de dónde se levantó á deshora esta fuerte tempestad? ¿Qué ola ha sido ésta, que así te me ha llevado? Hijo mío, ¿qué haré sin ti, á dónde iré, quién me remediará? Los padres y los hermanos afligidos venían á rogarte por sus hijos y por sus hermanos difuntos, y Tú con tu infinita vir-

tud y clemencia los consolabas, y socorrías. Mas yo que veo muerto á mi Hijo, y mi padre, y mi hermano, y mi Señor, ¿á quién rogaré por Él, quién me consolará? ¿Dónde está el buen Jesús Nazareno, hijo de Dios vivo, que consuela á los vivos, y da vida á los muertos? ¿Dónde está aquel grande profeta, poderoso en obras y palabras?

«Hijo, antes de ahora descanso mío, y ahora cuchillo de mi dolor, ¿qué hiciste porque los judíos te crucificasen, qué causa hubo para darte tal muerte? ¿Éstas son las gracias de tantas buenas obras, éste es el premio que se da á la virtud, ésta es la paga de tanta doctrina? ¿Hasta aquí ha llegado la maldad del mundo, hasta aquí la malicia del demonio, hasta aquí la bondad y clemencia de Dios? ¿Tan grande es el aborrecimiento que Dios tiene contra el pecado? ¿Tanto fué menester para satisfacer por la culpa de uno? ¿Tan grande es el rigor de la divina justicia? ¿En tanto tiene Dios la salud de los hombres?

«Oh dulcísimo Hijo mío, ¿qué haré sin ti? Tú eras mi hijo, mi padre, mi esposo, mi maestro y toda mi compañía. Ahora quedo como huérfana sin padre, viuda sin esposo, y sola sin tal maestro y tan dulce compañía. Ya no te veré más entrar por mis puertas, cansado de los discursos y predicación del Evangelio: ya no limpiaré más el sudor de tu rostro, asoleado y fatigado de los caminos y trabajos: ya no te veré más asentado á mi mesa comiendo, y dando de comer á mi alma con tu divina presencia. Fenecida es ya mi gloria: hoy se acaba mi alegría, y comienza mi soledad.

«Hijo mío, ¿no me habláis? Oh lengua del cielo que á tantos consolasteis con vuestras palabras, á tantos disteis habla y vida, ¿quién os ha puesto tanto silencio, que no habláis á vuestra Madre? ¿Cómo no me dejáis siquiera alguna manda con que yo me consuele? yo la tomaré con vuestra licencia. Esta corona real será la manda: de estos clavos y de esta lanza quiero ser vuestra heredera. Estas joyas tan preciosas guardaré yo siempre en mi corazón: allí estarán hincados vuestros clavos, allí estará guardada vuestra corona, y vuestros azotes y vuestra cruz. Este es el mayorazgo que yo elijo para mí, mientras me durare la vida.

«¡Cómo dura poco la alegría en la tierra, y cómo se siente mucho el dolor después de mucha prosperidad! Oh Belén y Jerusalén, ¡cuán diferentes días he llevado en vosotras! ¡Qué noche fué aquella tan clara, y qué día éste tan oscuro! ¡Qué rica entonces, y qué pobre ahora! No podía ser pequeña la pérdida de tan gran tesoro. Oh ángel bienaventurado, ¿dónde están ahora aquellas tan grandes alabanzas de la antigua salutación? No era vana mi turbación, ni mi temor en aquella hora, porque á grandes alabanzas, por fuerza es que se ha de seguir ó gran caída ó grande cruz. No quiere el Señor que estén sus dones ociosos: nunca da honra sin carga, ni mayoría sin servidumbre, ni mucha gracia sino para mu-

cho trabajo. Entonces me llamaste llena de gracia, ahora estoy llena de dolor: entonces bendita entre las mujeres, ahora la más afligida de las mujeres: entonces dijiste: «El Señor es contigo,» ahora también está conmigo; mas no vivo, sino muerto, como le tengo en mis brazos.

«¡Oh dulce Redentor mío! ¿Fué alguna culpa tenerte yo en mis brazos con tanta alegría recién nacido, por donde viniese ahora á tenerte en ellos tan atormentado? ¿Fué algún pecado recibir tanto gozo en darte la dulce leche de mis pechos, porque ahora me hayas querido dar á beber un cáliz de tanta amargura? ¿Fué algún yerro mirarme yo en tu rostro, como en un espejo luciente, porque ahora has querido que te vea yo tan afeado y atormentado? ¿Fué algún delito amarte tanto, porque ahora has querido, que el amor se me hiciese verdugo, y que tanto más padeciese, cuanto más te amo?»

Tales palabras en su corazón diría la Virgen, y semejantes las dirían aquellas santas Marías que la acompañaban. Lloraban todos los que presentes estaban: lloraban aquellas santas mujeres; lloraban aquellos nobles varones: lloraba el cielo y la tierra, y todas las criaturas acompañaban las lágrimas de la Virgen. Lloraba otrosí el santo Evangelista, y abrazado con el cuerpo de su Maestro, decía: «Oh buen Maestro y Señor mío, ¿quién me enseñará ya de aquí adelante? ¿Á quién iré con mis dudas? ¿En cuyos pechos descansaré? ¿Quién me dará parte de los secretos del cielo? ¿Qué mudanza ha sido ésta tan extraña? Anteanoche me tuviste en tus sagrados pechos dándome alegría de vida, y ahora te pago aquel tan grande beneficio, teniéndote en los míos muerto. ¿Éste es el rostro, que yo ví transfigurado en el monte? ¿Ésta es aquella figura más clara que el sol de medio día?»

Lloraba también aquella santa pecadora, y abrazada con los pies del Salvador, decía: «Oh lumbre de mis ojos y remedio de mi alma, si me viere fatigada de los pecados, ¿quién me recibirá, quién curará mis llagas, quién responderá por mí, quién me defenderá de los fariseos? ¡Oh cuán de otra manera tuve yo estos pies, y los lavé cuando en ellos me recibiste! ¡Oh amado de mis entrañas, quién me diese ahora que yo muriese contigo! ¡Oh vida de mi alma, cómo puedo decir que te amo, pues estoy viva, teniéndote delante de mis ojos muerto!»

De esta manera lloraba y lamentaba toda aquella santa compañía, regando y lavando con lágrimas el cuerpo sagrado. Llegada, pues, ya la hora de la sepultura, envuelven el santo cuerpo en una sábana limpia: atan su rostro con un sudario, y puesto encima de un lecho, caminan con Él al lugar del monumento, y allí depositan aquel precioso tesoro. El sepulcro se cubrió con una losa, y el corazón de la Madre con una oscura niebla de tristeza. Allí se despide otra vez de su Hijo; allí comienza de nuevo á sentir

su soledad: allí se ve ya desposeída de todo su bien, y allí se le queda el corazón sepultado, donde quedaba su tesoro.

Efectos de la oración en las almas virtuosas

(DE LA GUÍA DE PECADORES)

Y si prosiguiendo más adelante esta materia, me preguntares: ¿dónde señaladamente gozan los virtuosos de estas consolaciones que habemos dicho? A esto responde el Señor por el profeta Isaías: «A los hijos de los extranjeros que se llegan al Señor para servirle y amarle y guardar las leyes de su amistad, yo los llevaré á mi santo monte y alegrarlos he en la casa de mi corazón.» De manera que en este santo ejercicio señaladamente alegra el Señor á sus escogidos. Porque, como dice S. Lorenzo Justiniano, en la oración se enciende el corazón de los justos en el amor de su Criador; y allí á veces se levantan sobre sí mismos, y paréceles que están ya entre los coros de los ángeles; y allí en presencia del Criador cantan y aman, gimen y alaban, lloran y gózanse, comen y han hambre, beben y han sed, y con todas las fuerzas de su amor trabajan, Señor, por trasformarse en vos, á quien contemplan con la fe, acatan con la humildad, buscan con el deseo y gozan con la caridad. Entonces conocen por experiencia ser verdad lo que dijiste: «Mi gozo será cumplido en ellos;» el cual como un río de paz se extiende por las potencias del ánima, esclareciendo el entendimiento, alegrando la voluntad y recogiendo la memoria y todos sus pensamientos en Dios; y aquí con unos brazos de amor abrazan y tienen una cosa dentro de sí, y no saben qué es: mas desean con todas sus fuerzas tenerla, que no se les vaya. Y así como el patriarca Jacob luchaba con aquel ángel y no le quería soltar de las manos, así acá lucha en su manera el corazón con aquel divino dulzor, porque no se le vaya, como cosa que halló todo lo que deseaba..... Entonces el ánima encendida con esta divina llama desea con gran deseo salir de esta cárcel, y sus lágrimas le son pan de día y de noche, mientras se le dilata esta partida. La muerte tiene en deseo, y la vida en paciencia..... Entónces, maravillándose de sí misma como tales tesoros le estaban escondidos en los tiempos pasados, y viendo que todos los hombres son capaces de tan grande bien, desea salir por todas las plazas y calles, y dar voces á los hombres y decir: ¡Oh locos, oh desvariados! ¿En qué andáis? ¿Qué buscáis? ¿Cómo no os dáis priesa por gozar de tan grande bien? Gustad y ved cuán suave es el Señor. Bienaventurado el varón que espera en él. Aquí, gustada ya la dulcedumbre espiritual, toda carne le es desabrida. La compañía le es cárcel; la soledad tiene por paraíso, y sus deleites son estar con el Señor que ama. La honra le es carga pesada, y la gobernación de la casa y hacienda tiene por

un linaje de cruz. No querría que el cielo ni la tierra le estorbasen sus deleites, y por esto trabaja que no se le trabe el corazón de cosa alguna. No tiene más de un amor y un deseo: todas las cosas ama en uno, y uno es el amado en todas las cosas. Sabe muy bien decir con el Profeta: «¿Qué tengo yo que querer en el cielo, ni qué bienes te pido yo, Señor, en la tierra? Desfallecido ha mi carne y mi corazón, Dios de mi corazón y mi única y sola parte, Dios para siempre.»

No le parece que tiene ya tan escuro conocimiento de las cosas sagradas, sino que las ve con otros ojos, porque tales movimientos y mudanzas siente en su corazón que le son grandísimos argumentos y testimonios de las verdades de la fe. El día le es enojoso cuando amanece con sus cuidados, y desea la noche quieta para gastarla con Dios.

Ninguna noche tiene por larga, antes la más larga le parece la mejor. Y si la noche fuere serena, alza los ojos á mirar la hermosura de los cielos y el resplandor de la luna y de las estrellas, y mira todas estas cosas con otros diferentes ojos y con otros muy diferentes gozos. Míralas como á unas muestras de la hermosura de su Criador; como á unos espejos de su gloria; como á unos intérpretes y mensajeros que le traen nuevas de él; como á unos dechados vivos de sus perfecciones y gracias, y como á unos presentes y dones que el esposo envía á su esposa para enamorarla y entretenerla hasta el día que se hayan de tomar las manos y celebrarse aquel eterno casamiento en el cielo. Todo el mundo le es un libro que le parece que habla siempre de Dios, y una carta mensajera que su amado le envía, y un largo proceso y testimonio de su amor. Estas son, hermano mío, las noches de los amadores de Dios, y este es el sueño que duermen. Pues con el dulce y blando ruido de la noche sosegada, con la dulce música y armonía de las criaturas, arrúllase dentro de sí el ánima, y comienza á dormir aquel sueño velador de quien se dice: «Yo duermo y vela mi corazón.» Y como el Esposo dulcísimo la ve en sus brazos adormecida, guárdale aquel sueño de vida y manda que nadie sea osado á la despertar, diciendo: «Conjúroos, hijas de Jerusalén, por los gamos y por los ciervos de los campos, que no despertéis á mi amada hasta que ella quiera despertar.»

Servidumbre en que viven, los codiciosos de la honra y del dinero

Y no sólo en este vicio, mas en todos los otros hay esta misma tiranía. Si no, pon los ojos en el ambicioso y vanaglorioso que anda perdido por el humo de la honra, y mira cuán sujeto vive á este deseo, cuán apetitoso de gloria, cuán diligente en procurarla, pues toda la vida y todas las cosas

ordena para este fin: el servicio, el acompañamiento, el vestido, el calzado, la mesa, la cama, el aparato de casa, los criados, los gestos, los meneos, la manera del andar y del hablar y del mirar; y finalmente, todo cuanto hace, para este fin lo hace; pues de tal manera lo hace como más convenga para parecer mejor, y ser loado, y alcanzar este soplo de viento. De manera que, si bien lo miras, todo lo que ordinariamente dice y hace es armar lazos y redes para cazar este aplauso y aire popular. Y si nos maravillamos del otro emperador que gastaba todas las siestas en andar á caza de moscas con un punzón en la mano, ¿cuánto es más de maravillar la locura de este miserable, que no sólo las siestas, sino toda la vida gasta en cazar este mundo y airecico del mundo? Por lo cual el triste, ni hace lo que quiere, ni viste como quiere, ni va donde quiere; pues deja muchas veces de ir aun á las iglesias y tratar con los buenos por miedo de lo que el mundo á quien él vive sujeto dirá. Y lo que más es, por esto gasta mucho más de lo que quiere y de lo que tiene, y se pone en mil necesidades, con que infierna su ánima y también las de sus descendientes, á los cuales deja por herederos de sus deudas é imitadores de sus locuras. Pues ¿qué pena merecen estos sino la que escriben haber dado un rey á un hombre muy ambicioso, al cual mandó que diesen humo á narices hasta que muriese, diciendo que justamente era castigado con muerte de humo, pues toda la vida había gastado en procurar humo de vanidad? Pues ¿qué mayor miseria que esta?

¿Qué diré también del avariento codicioso, que no sólo es esclavo, sino también idólatra de su dinero, á quien sirve, á quien adora, á quien obedece en todo cuanto le manda; por quien ayuna y se quita el pan de la boca, y á quien finalmente ama más que á Dios, pues por él mil veces ofende á Dios? En él tiene su descanso, en él su gloria, en él su esperanza, en él todo su corazón y pensamiento; con él se acuesta, con él se levanta, y toda la vida y todos los sentidos emplea en tratar de él, olvidado de sí y de todo lo al. De este tal ¿diremos que es señor del dinero para hacer de él lo que quisiere, ó esclavo y cautivo de él, pues no ordena el dinero para sí, sino á sí para el dinero, quitándolo de la boca y aun del ánima para ponerlo en él?

Pues ¿qué mayor cautiverio puede ser que este? Porque si llamáis cautivo al que está encerrado en una mazmorra ó al que tiene los pies en un cepo, ¿cómo no estará preso el que tiene el ánima presa con la afición desordenada de lo que ama? Porque cuando esto hay, ninguna potencia queda al hombre perfectamente libre, ni es señor de sí mismo, sino esclavo de aquello que desordenadamente ama; porque donde está su amor, allí está preso su corazón, aunque no se pierda por eso su libre albedrío.

Beneficio inestimable de nuestra redención

Vengamos al beneficio inestimable de nuestra redención. Para hablar de este misterio, verdaderamente yo me hallo tan indigno, tan corto y tan atajado, que ni sé por dó comience, ni dónde acabe, ni qué deje, ni qué tome para decir. Si no tuviera la torpeza del hombre necesidad de estos estímulos para bien vivir, mejor fuera adorar en silencio la alteza de este misterio, que borrarlo con la rudeza de nuestra lengua. Cuéntase de un famoso pintor, que habiendo pintado en una tabla la muerte de una doncella, hija de un rey, y dibujado en torno de ella los deudos con rostros en gran manera tristes, y á la madre mucho más triste, cuando vino á querer dibujar el rostro del padre, cubrióle de industria con una sombra, para dar á entender que allí ya faltaba el arte para exprimir cosa de tan gran dolor. Pues si todo lo que sabemos no basta para explicar solo el beneficio de la creación; ¿qué elocuencia bastará para engrandecer el de la redención? Con una simple muestra de su voluntad crió Dios todas las cosas del mundo, y quedáronle las arcas llenas, y el brazo sano, acabándole de criar: mas para haberle de redimir, sudó treinta y tres años, y derramó toda su sangre, y no quedó en él miembro ni sentido que no padeciese su dolor. Menoscabo parece de tan grandes misterios, ser con lengua de carne manifestados. Pues ¿qué haré? ¿callaré ó hablaré? Ni debo callar, ni puedo hablar. ¿Cómo callaré tan grandes misericordias? Y ¿cómo hablaré misterios tan inefables? Callar es desagradecimiento; y hablar parece temeridad. Por esto suplico yo ahora, Dios mío, á vuestra infinita piedad, que entre tanto que yo estuviere apocando vuestra gloria con mi rudeza, por no saber más, deseando engrandecerla y declararla, estén allá en el cielo, glorificándoos los que os saben alabar: y ellos compongan lo que yo descompongo, y doren ellos lo que el hombre desdora con su poco saber.

Después de criado el hombre, y puesto por mano de Dios en aquel lugar de deleites, en tan grande dignidad y gloria, estando tan obligado al servicio de su Criador, cuanto más de él había recibido; alzóse con todo, y de donde había de tomar mayores motivos para más amarle, de ahí los tomó para hacerle traición. Por esta causa fué lanzado del paraíso en el destierro de este mundo, y sobre esto condenado á las penas del infierno, para que pues había sido compañero del demonio en la culpa, también lo fuese en la sentencia. Dijo el Profeta á su criado Gieci, después que tomó los dones de Naamán leproso: «Tomaste la hacienda de Naamán? Pues la lepra de Naamán se pegará á ti, y á todos sus descendientes eternalmente.» Éste fué el juicio de Dios contra el hombre; que pues él quiso la riqueza de Lucifer, que fué la culpa de su soberbia, también se le pegase la

lepra de Lucifer, que fué la pena de ella. Pues cata aquí al hombre comparado con el demonio, imitador de su culpa, y compañero de su pena.

Estando, pues, el hombre tan caído en los ojos de Dios, y en tanta desgracia suya, tuvo por bien aquel Señor (no menos grande en la misericordia, que en la majestad) de mirar no á la injuria de su bondad soberana, sino á la desventura de nuestra miseria: y teniendo más lástima de nuestra culpa, que ira por su deshonra, determinó remediar al hombre por medio de su unigénito Hijo, y reconciliarle consigo. Mas ¿cómo le reconcilió? ¿Cómo lo podrá eso hablar lengua mortal? Hizo tan grandes amistades entre Dios y el hombre, que vino á acabar, no sólo que Dios perdonase al hombre, y le restituyese en su gracia, y se hiciese una cosa con él por amor; sino (lo que excede todo encarecimiento) llegó á hacerle tan una cosa consigo, que en todo lo que tiene criado, no hay cosa más una, que son ya los dos: porque no solamente son uno en amor y gracia, sino también en persona. ¿Quién nunca jamás pensara, que así se había de soldar esta quiebra? ¿Quién imaginara, que estas dos cosas, entre las cuales la naturaleza y la culpa habían puesto tan grande distancia, habían de venir á juntarse, no en una casa, ni en una mesa, ni en una gracia, sino en una persona? ¿Qué cosas más distantes que Dios y el pecador? ¿Qué cosa ahora más junta que Dios y el hombre? «Ninguna cosa hay (dice San Bernardo) más alta que Dios; y ninguna más baja, que el cieno de que el hombre fué formado. Mas con tanta humildad descendió Dios al cieno, y con tanta dignidad subió el cieno á Dios, que todo lo que hizo Dios, se diga que lo hizo el cieno; y todo lo que sufrió el cieno, se diga que lo padeció Dios.»

¿Quién dijera al hombre, cuando tan desnudo y tan enemistado se sintió con Dios, que andaba buscando los rincones del paraíso terrenal para esconderse, que tiempo vendría en que se juntase aquella tan baja sustancia en una persona con él? Fué tan estrecha esta junta, y tan fiel, que cuando hubo de quebrar, que fué al tiempo de la pasión, ántes quebró, que despegó; porque no faltó por la juntura, sino por lo sano. Pues pudo la muerte apartar el ánima del cuerpo, que era junta de naturaleza; mas no pudo apartar á Dios ni del ánima ni del cuerpo, que era junta de la persona divina, porque lo que una vez por nuestro amor tomó, nunca jamás lo dejó.

Estas son las paces, y éste el remedio que nos vino por manos de nuestro Salvador y medianero. Y aunque le seamos tan deudores por este remedio, cuanto ninguna lengua criada puede explicar; no menos lo somos por la manera del remediarnos, que por el mismo remedio. Mucho os debo, Dios mío, porque me librasteis del infierno, y me reconciliasteis con vos: mas mucho más os debo por la manera en que me librasteis, que por la libertad que me disteis. Todas vuestras obras en todo son maravillosas;

y cuando le parece al hombre que no le queda espíritu para mirar sola una, deshácese esta maravilla, cuando alza los ojos, y mira otra. No es deshonra, Señor, de vuestras grandezas, que se deshagan las unas con las otras, sino muestra de vuestra gloria.

Pues ¿qué medio tomasteis, Señor, para remediarme? Infinitos medios había con que pudierais darme cumplida salud sin trabajo y sin costa vuestra. Pero fué tan grande y tan espantosa vuestra largueza, que por mostrarme más claro la grandeza de vuestra bondad y amor, quisisteis remediarme con tan grandes dolores, que sólo pensarlos bastó para haceros sudar sangre; y el padecerlos, para hacer despedazar á las piedras de dolor. Alábenos, Señor, los cielos, y los ángeles prediquen siempre vuestras maravillas. ¿Qué necesidad teníais vos de nuestros bienes? Ni ¿qué perjuicio os venía de nuestros males? «Si pecares, (dice Job) ¿qué mal le harás? Y si se multiplicaren tus maldades, ¿en qué le dañarás? Y si bien hicieres, ¿qué le darás, ó qué podrá él recibir de tus manos?» Pues aquel Dios tan rico, y tan exento de males; aquel cuyas riquezas, cuyo poder, cuya sabiduría, ni puede crecer, ni ser más de lo que es; aquel que ni antes de la creación del mundo, ni ahora después de criado, es mayor, ni menor de lo que era; ni porque todos los ángeles y hombres se salven y le alaben, es en sí más honrado; ni porque todos se condenen y le blasfemen, menos glorioso; este tan gran Señor, no por necesidad, sino por caridad, siendo nosotros sus enemigos y traidores, tuvo por bien de inclinar los cielos de su grandeza, y descender á este lugar de destierro, y vestirse de nuestra mortalidad, y tomar sobre sí todas nuestras deudas, y padecer por ellas los mayores tormentos que jamás se padecieron, ni padecerán. Por mí, Señor, naciste en un establo; por mí fuiste reclinado en un pesebre; por mí circuncidado al octavo día; por mí desterrado en Egipto; y por mí finalmente perseguido y maltratado con infinitas maneras de injurias. Por mí ayunaste, velaste, caminaste, lloraste, y probaste por experiencia todos los males, que había merecido mi culpa, no siendo tú el culpado, sino el ofendido. Por mí finalmente fuiste preso, desamparado, vendido, negado, presentado ante unos y otros tribunales y jueces; y ante ellos acusado, abofeteado, infamado, escupido, escarnecido, azotado, blasfemado, muerto y sepultado. Finalmente, remediásteisme muriendo en una cruz, y acabando la vida en presencia de vuestra Santísima Madre, con tan grande pobreza, que no tuvisteis una sola gota de agua en la hora de vuestra muerte; y con tan gran desamparo de todas las cosas, que de vuestro mismo Padre fuisteis desamparado. Pues ¿qué cosa de mayor espanto, que venir un Dios de tan grande majestad, á acabar así la vida en un madero con título de malhechor?

Cuando un hombre, por bajo que sea, viene por su culpa á parar en

este lugar, si por acaso le conocías antes, y te llegas á él de cara para mejor verle, apenas acabas de maravillarte, considerando á cuán baja suerte le trajo su miseria, que así viniese á acabar. Pues si es cosa de admiración ver un hombre bajo en tal lugar, ¿qué será ver en el mismo al Señor de todo lo criado? ¿Qué será ver á Dios en tal lugar, que para un malhechor es abatido? Y si cuanto la persona ajusticiada es más alta y más conocida, tanto mayor espanto nos pone su caída; ¿vosotros, ángeles bienaventurados, que tan bien conocéis la alteza de este Señor, ¿qué sentisteis, cuando allí le visteis? Mirándose están uno á uno los querubines, que mandó Dios poner á los dos lados del arca del testamento, vueltos los rostros al propiciatorio, con semblante de maravillados, para dar á entender cuán espantados están aquellos espíritus soberanos, considerando esta obra de tanta piedad, que es mirando á Dios hecho propiciatorio del mundo en aquel santo madero. Como atónita queda la misma naturaleza; suspensas están todas las criaturas; espántanse los principados y potestades del cielo de tan inestimable bondad, como por aquí conocen en Dios. Pues ¿quién no cae debajo de la ola de tan grandes maravillas? ¿Quién no se ahoga en este piélago de tanta piedad? ¿Quién no sale fuera de sí, como hizo Moisés en el monte, cuando mostrándole Dios la figura de este misterio, daba voces y decía: «Misericordioso, piadoso, sufridor, Dios de gran misericordia:» sin saber decir otra cosa más, que proclamar á gritos aquella gran misericordia, que Dios allí le había representado? ¿Quién no cubre aquí sus ojos, como Elías, cuando ve pasar á Dios, no con pasos de majestad, sino de humildad; no trastornando los montes, y quebrantando las piedras con su omnipotencia, sino derribado ante los malos, y haciendo despedazar á las piedras de compasión? Pues ¿quién no cerrará aquí los ojos de su entendimiento, y abrirá los senos de su voluntad, para que ella sienta la grandeza de este amor y beneficio, y ame cuanto pudiere, sin tasa y medida? ¡Oh alteza de caridad! ¡Oh bajeza de humildad! ¡Oh grandeza de misericordia! ¡Oh abismo de incomprehensible bondad!

Pues si tanto, Señor, os debo, porque me redimisteis; ¿cuánto os deberé por esta manera de remedio? Redimísteisme con inestimables dolores y deshonras, y con venir á ser oprobio de los hombres y deshecho del mundo. Con estas deshonras me honrasteis; con estas acusaciones me defendisteis; con esta sangre me lavasteis; con esta muerte me resucitasteis; y con esas lágrimas vuestras me librasteis de aquel perpetuo llanto y crujir de dientes. ¡Oh buen Padre, que así amáis á vuestros hijos! ¡Oh buen pastor, que así os dáis en pasto y mantenimiento á vuestro ganado! ¡Oh fiel guardador, que así os entregáis á la muerte por los que os encargasteis de guardar! Pues ¿con qué dávidas responderé á esta dádiva? ¿Con qué lágrimas á estas lágrimas? ¿Con qué vida pagaré esta vida? ¿Qué va de

vida de hombre á vida de Dios, y de lágrimas de criaturas á lágrimas de Criador?

Y si por ventura te parece, hombre, que no le debes tanto, porque no padeció por tí solo, sino también por todos los otros; no te engañes: porque realmente, de tal manera padeció por todos, que también padeció por cada uno; porque con su sabiduría infinita, él tuvo todos aquellos por quienes padeció tan presentes ante sus ojos, como si fueran uno solo: y con su caridad inmensa abrazó á todos y á cada uno, y derramó su sangre por él, como por todos. Finalmente, tan grande fué su caridad, que (como dicen los Santos) si uno solo entre todos los hombres fuera culpado, por él solo padeciera lo que padeció por todos. Mira, pues, ahora cuánto debes á este Señor, que tanto hizo por ti, y que tanto más hiciera de lo que hizo, si te fuera necesario.

Pues díganme ahora todas las criaturas, si puede ser beneficio mayor, ni obligación mayor, ni gracia mayor? Digan todos los coros de los ángeles, si ha hecho Dios otro tanto por ellos? Pues ¿quién no se ofrecerá del todo al servicio de tal Señor? «Tres veces (dice San Anselmo) te debo, Señor, todo lo que soy; porque me criaste, te debo todo lo que hay en mí; porque después me redimiste, te debo aun con más justo título la misma deuda; y porque después de todo esto me prometes en galardón, también me debo todo.» Pues ¿cómo no me entregaré yo una vez á quien por tantos títulos me debo? ¡Oh ingratitud y dureza del corazón humano, si con tales beneficios no se vence! No hay cosa tan dura, que por algún artificio no se pueda ablandar. Los metales se regalan con el fuego: el hierro se ablanda en la fragua: y la dureza del diamante se doma y labra con sangre de animales. Mas ¡oh corazón más que de piedra, más que de hierro, más que de diamante, á quien ni ablanda el fuego del infierno, ni el regalo de Padre tan piadoso, ni la sangre del cordero sin mancilla, derramada por ti! Pues habiendo vos, Señor, descubierto á los hombres tal bondad y misericordia, ¿es cosa tolerable, que haya quien no os ame, que haya quien de este beneficio se olvide, que haya quien con todo esto os ofenda? ¿A quién ama quien á vos no ama? ¿Qué beneficios agradece, quien los vuestros no agradece? ¿Cómo no serviré yo á quien así me amó, así me buscó, así me remedió? «Si yo (dice el Salvador) fuere levantado de la tierra, todas las cosas traeré á mí.» ¿Con qué fuerzas? ¿Con qué cadenas? Con fuerzas de amor, y con cadenas de beneficios: «con las cuerdas de Adán lo traeré á mí (dice el Señor) y con ataduras de amor.» Pues ¿quién no será llevado por estas cuerdas? ¿Quién no se dejará prender de estas cadenas? ¿Quién no será vencido con tales beneficios?

Y si tan grande culpa es no amar á este Señor, ¿qué será ofenderle y quebrar sus mandamientos? ¿Cómo puedes tener manos para ofender

aquellas manos que tan liberales fueron para contigo, hasta ponerse en una cruz?.....

De la gloria del paraíso

§ I

Bastaba cualquier cosa de las susodichas para inclinar nuestros corazones al amor de la virtud. Mas porque es tan grande la rebeldía del corazón humano, que muchas veces ni con todo esto se vence, añadiré aquí otro motivo no menos eficaz que los pasados, que es la grandeza del premio que se promete á la virtud, que es la gloria del paraíso, donde se nos ofrecen dos cosas señaladas que considerar. La una es la hermosura y excelencia de este lugar, que es el cielo empíreo; y la otra es la hermosura y excelencia del rey, que mora en él con todos sus escogidos.

Y cuanto á lo primero, cuán grande sea la hermosura y riquezas de este lugar, no hay lengua mortal que lo pueda explicar; mas todavía por algunas conjeturas podremos como de lejos barruntar algo de lo que esto es: entre las cuales, la primera es el fin de esta obra; porque ésta es una de las circunstancias que más suelen declarar la condición y excelencia de las cosas. Pues el fin para que nuestro Señor edificó y aparejó este lugar, es para manifestación de su gloria: porque aunque todas las cosas haya criado este Señor para su gloria, como dice Salomón; pero ésta señaladamente se dice haber criado para este fin, porque en ella singularmente resplandece la grandeza y magnificencia de él. Por donde así como aquel grande rey Asuero (que reinó en Asia sobre ciento y veinte y siete provincias) celebró un convite solemnísimo en la ciudad de Susa por espacio de ciento y ochenta días, con toda la opulencia y grandeza que se puede imaginar, para descubrir por este medio á todos sus reinos la grandeza de su poder y de sus riquezas; así también este Rey soberano determinó hacer en el cielo otro convite solemnísimo, no por espacio de ciento y ochenta días, sino de toda la eternidad, para manifestar en él la inmensidad de sus riquezas, de su sabiduría, de su largueza y de su bondad. Éste es el convite de que habla Isaías, cuando dice: «Hará el Señor en este monte un solemne convite á todos los pueblos, de vinos y manjares muy delicados:» esto es, de cosas de grandísimo valor y suavidad. Pues si este tan solemne convite hace Dios á fin de que por él sea manifestada la grandeza de su gloria, y esta gloria es tan grande, ¿qué tal será la fiesta y las riquezas que para este propósito servirán?

Esto se entenderá aún más claramente, si consideramos la grandeza del poder y de las riquezas de este Señor. Es tan grande su poder, que con una sola palabra crió toda esta máquina tan admirable del mundo, y con otra so-

la la podría destruir; y no sólo un mundo, mas mil cuentos de mundos podría él criar con una sola palabra, y tornarlos á deshacer con otra. Y demás de esto, lo que hace, hácelo tan sin trabajo, que con la facilidad que crió la menor de las hormigas, crió el mayor de los serafines, porque no gime, ni suda debajo de la carga mayor, ni se alivia con la menor; porque todo lo que quiere puede; y todo lo que quiere obra con sólo querer. Pues dime ahora, si la omnipotencia de este Señor es tan grande, y la gloria de su santo nombre tan grande, y el amor de ella tan grande; ¿cuál será la casa, la fiesta y el convite que tendrá aparejado para este fin? ¿Qué falta aquí para que no sea perfectísima esta obra? Falta de manos aquí no la hay, porque el hacedor es infinitamente poderoso. Falta de cabeza aquí no la hay, porque es infinitamente sabio. Falta de querer aquí no la hay, porque es infinitamente bueno. Falta de riquezas aquí no la hay, porque él es el piélago de todas ellas: pues luego ¿qué tal será la obra donde tales disposiciones hay para que sea tan grande? ¿Qué tal será la obra, que saldrá de esta oficina donde concurren tales oficiales, como son la omnipotencia del Padre, la sabiduría del Hijo, y la bondad del Espíritu Santo; donde la bondad quiere, la sabiduría ordena, y la omnipotencia puede todo aquello que quiere la infinita bondad, y ordena el infinito saber, aunque todo esto sea uno en todas las divinas Personas?

Hay otra consideración para este propósito semejante á ésta; porque no sólo dispuso Dios esta casa para honra suya, sino también para honra y gloria de todos sus escogidos. Pues cuán grande sea el cuidado que este Señor tiene de honrarlos y de cumplir aquello que él mismo dijo: «Yo honro á los que me honran,» claramente se ve por las obras, pues aun viviendo ellos en este mundo, puso debajo de su obediencia el señorío de todas las cosas. ¿Qué cosa es ver al santo Josué mandar al sol, que se parase en medio del cielo, y que como si él tuviera en la mano las riendas de toda la máquina del mundo, así lo hiciese detener, «obedeciendo (como dice la Escritura) Dios á la voz de un hombre?» ¿Qué cosa es ver al profeta Isaías dar á escoger al rey Ezequías, qué quería que hiciese del mismo sol, si quería que le mandase ir adelante, ó que volviese atrás, que con la misma facilidad que haría lo uno, haría lo otro? ¿Qué cosa es ver al profeta Elías suspender las aguas y las nubes del cielo por todo el tiempo que quiso, y mandarlas otra vez volver con la virtud y palabras de su oración?

Y no sólo en la vida, sino también en muerte los honró tanto, que dió este mismo señorío y poder á sus huesos y cenizas. ¿Quién no alaba á Dios, viendo que los huesos de Eliseo muerto resucitaron un muerto, que acaso unos ladrones echaron en su sepulcro? ¿Quién no ve el regalo de Dios para con sus Santos, cuando lee, que el día de la pasión de San Clemente Mártir, se abría la mar por espacio de tres millas, para que entrasen los hom-

bres á ver los huesos de un hombre que padeció trabajos por su amor? A la cadena de San Pedro quiso Dios que se hiciese fiesta general en toda la Iglesia, para que se vea en cuanto estima él los cuerpos de los Santos, pues las cadenas infames de las cárceles, por haber tocado en ellos, quiere que se tengan en tanta veneración. Mas ¿qué es todo esto en comparación de aquella honra tan grande que hizo Dios, no á la cadena de este Apóstol, ni á sus huesos, ni á su cuerpo, sino á la sombra de su cuerpo, pues le dió aquella virtud, que escribe San Lucas en los Actos de los Apóstoles, que todos los enfermos que tocaban en ella sanaban? ¡Oh admirable Dios! ¡Oh sumamente bueno y honrador de buenos! Pues dió á este hombre lo que para sí no tomó; porque no se lee de Cristo, que con su sombra sanase los enfermos, como se lee de San Pedro. Pues si en tanta manera es amigo Dios de honrar á sus Santos, aun en el tiempo y lugar, que no es propio de galardonar, sino de trabajar; ¿qué tal podremos entender que será la gloria que él tiene diputada para honrarlos, y para ser honrado en ellos? Quien tanto desea honrarlos, y tanto puede y sabe hacer en que los honre, ¿qué es lo que les debe tener allá dispuesto para esto?

Considera otrosí demás de esto, cuán largo sea este Señor en pagar los servicios que se le hacen. Mandó Dios al patriarca Abrahán, que le sacrificase un hijo que tanto amaba, y estando él para sacrificarle, díjole Dios: «No le sacrifiques, porque ya tengo vista tu lealtad y obediencia. Mas yo te juro por quien soy, de darte por ese hijo tantos hijos, cuantas estrellas hay en el cielo, y arenas en la mar, y entre ellos uno, que sea Salvador del mundo, el cual sea juntamente hijo tuyo é hijo de Dios.» ¿Parécete que es buena paga ésta? Ésta es paga digna de Dios, porque Dios en todas las cosas ha de ser Dios, Dios en pagar, y Dios en castigar, y Dios en todo lo demás.

Púsose David una noche á pensar como él tenía casa, y el arca de Dios no la tenía, y trató con su pensamiento de edificarle una casa. Otro día por la mañana envióle Dios un Profeta, que le dijese: «Porque trataste en tu corazón de edificarme una casa, yo te juro de edificar para ti y para tus descendientes una casa eterna, y un reino perpetuo, de quien nunca jamás apartaré mi misericordia.» Así lo dijo, y así lo cumplió; porque hasta que vino Cristo reinaron hombres de la familia de David en la casa de Israel, y luego Cristo, hijo de David, que en los siglos de los siglos reinará en ella. Pues si no es otra cosa la gloria del paraíso, sino una gratificación y paga universal de los servicios de todos los Santos, y tan largo es este Señor en esta parte, ¿qué tal podremos por aquí conjeturar que será esta gloria? Aquí hay mucho que pensar y que ahondar.

Hay también otra conjetura para esto, que es considerar cuán grande sea el precio que Dios pide por esta gloria, siendo él tan liberal y tan magnífico como es. Pues para darnos esta gloria no se contentó con otro me-

nor precio, después del pecado, que la sangre y muerte de su unigénito Hijo. De manera, que por la muerte de Dios se da al hombre vida de Dios: por las tristezas de Dios se le da alegría de Dios: y porque estuvo Dios en la cruz entre dos ladrones, se da al hombre que esté entre los coros de los Ángeles. Pues díme ahora (si se puede decir) ¿cuál es aquel bien, que para que se te diese fué menester que sudase Dios gotas de sangre, y que fuese preso, azotado, escupido, abofeteado y puesto en cruz? ¿Qué es lo que tendrá Dios aparejado (siendo como es tan magnífico) para dar por este precio? Quien supiese ahondar en este abismo, más entendería por aquí la grandeza de la gloria, que por todos los otros medios que se pueden imaginar.

Y demás de esto nos pide este Señor como por añadidura, lo último que se puede á un hombre pedir. Esto es, que tomemos nuestra cruz á cuestas, y que saquemos el ojo derecho si nos escandalizare; y que no tengamos ley con padre, ni madre, ni con otra cosa criada, cuando se encontrare con lo que manda Dios. Y sobre todo esto, que por nuestra parte hacemos, dice aquel soberano Señor, que nos da la gloria de gracia, y así dice por San Juan: «Yo soy principio y fin de todas las cosas; yo daré al que tuviere sed á beber agua de vida de balde.» Pues díme ahora ¿qué tal bien será aquél por quien tanto nos pide Dios, y después de todo esto dado, dice que nos lo da de balde? Y digo de balde, mirando lo que nuestras obras por sí valen, no por el valor que por parte de la gracia tienen. Pues dime, si este Señor es tan largo en hacer mercedes, si su divina magnificencia concedió en esta vida á todos los hombres tantas diferencias de cosas, si á todos indiferentemente sirven las criaturas del cielo y de la tierra, y de los justos é injustos es común la necesidad de este mundo; ¿qué bienes tendrá guardados para sólo los justos? Quien tan graciosamente dió tan grandes tesoros sin deberlos, ¿qué dará á quien los tuviere debidos? Quien tan liberal es en hacer mercedes, ¿cuánto más lo será en pagar servicios? Si tan inestimable es la largueza del que da, ¿cuánta será la magnificencia del que restituye? Sin duda no se puede con palabras declarar la gloria que dará á los agradecidos, pues tales cosas dió aun á los ingratos.

§ II

También declara algo de esta gloria el sitio y alteza del lugar diputado para ella, que es el cielo empíreo, el cual así como es el mayor de todos los cielos; así es el más noble, y más hermoso, y de mayor dignidad. Llámase en la Escritura «tierra de los que viven,» por donde entenderás que ésta en que aquí moramos es tierra de los que mueren. Pues si en esta tierra de muertos hay cosas tan excelentes y tan vistosas, ¿qué habrá en aquella tierra de los que para siempre viven? Tiende los ojos por todo este

mundo visible, y mira cuántas y cuán hermosas cosas hay en él. Cuánta es la grandeza de los cielos. Cuánta la claridad y resplandor del sol, de la luna, y de las estrellas. Cuánta la hermosura de la tierra, de los árboles, de las aves, y de todos los otros animales. Qué es ver la llanura de los campos, la altura de los montes, la verdura de los valles, la frescura de las fuentes, la gracia de los ríos repartidos como venas por todo el cuerpo de la tierra; y sobre todo, la anchura de los mares poblados de tantas diversidades y maravillas de cosas. ¿Qué son los estanques y lagunas de aguas claras, sino unos como ojos de la tierra, ó como espejos del cielo? ¿Qué son los prados verdes entretejidos de rosas y flores, sino como un cielo estrellado en una noche serena? ¿Qué diré de las venas de oro y plata y de otros tan preciosos metales? ¿Qué de los rubíes, esmeraldas, diamantes y otras piedras preciosas, que parecen competir con las mismas estrellas en claridad y hermosura? ¿Qué de las pinturas y colores de las aves, de los animales, de las flores, y de otras cosas infinitas? Juntóse con la gracia de la naturaleza también la del arte, y doblóse la hermosura de las cosas. De aquí nacieron las vajillas de oro resplandecientes, los dibujos perfectos y acabados, los jardines bien ordenados, los edificios de los templos y de los palacios reales, vestidos de oro y mármol, con otras cosas innumerables. Pues si en este elemento, que es el más bajo de todos (según dijimos) y tierra de los que mueren, hay tantas cosas que deleitan; ¿qué habrá en aquel supremo lugar, que cuanto está más alto que todos los cielos y elementos, tanto es más noble, más rico y más hermoso? Especialmente si consideramos, que estas cosas del cielo, que se descubren á nuestros ojos (como son las estrellas, el sol y la luna) sobrepujan en claridad, virtud, hermosura y perpetuidad á todas las cosas de acá con tan grandes ventajas; pues ¿qué será lo que de esotra banda está descubierto á los ojos inmortales? Apenas se puede esto bastantemente conjeturar.

También nos declara esto la diferencia de los moradores de estos lugares; porque la forma y excelencia de los edificios ha de ser conforme á la condición de los moradores de ellos. Ésta es pues (como decíamos) tierra de los que mueren, aquélla de los que viven; ésta de pecadores, aquella de justos; ésta de hombres, aquella de Ángeles; ésta de penitentes, aquella de perdonados; ésta de los que pelean, aquella de los que triunfan; finalmente ésta de amigos y enemigos, aquella de solos amigos y escogidos. Pues siendo tan diferentes los moradores de estos dos lugares, ¿cuánto lo serán los mismos lugares, pues todos los lugares crió Dios conforme á los moradores de ellos? Verdaderamente gloriosas cosas nos han dicho de ti, Ciudad de Dios. Grande eres en tu anchura, hermosísima en la hechura, preciosísima en la materia, nobilísima en la compañía, suavísima en los ejercicios, riquísima en todos los bienes, libre y exenta de todos los

males. En todo eres grande, porque es grandísimo el que te hizo, y altísimo el fin para que te hizo, y nobilísimos aquellos bienaventurados moradores, para quienes te hizo.

§ III

Todo esto pertenece á la gloria accidental de los Santos. Mas hay aún otra gloria sin comparación mayor, que es la que llaman esencial, la cual consiste en la visión y posesión del mismo Dios, de la cual dice San Agustín: «El premio de la virtud será el mismo que dió la virtud, el cual se verá sin fin, y se amará sin hastío, y se alabará sin cansancio.» De manera que este galardón es el mayor que puede ser; porque ni es cielo, ni tierra, ni mar, ni otra alguna criatura, sino el mismo Criador y Señor de todo, el cual aunque sea uno y simplicísimo bien, en él está la suma de todos los bienes.

Para cuyo entendimiento es de saber, que una de las grandes maravillas que hay en aquella divina substancia es, que con ser una simplicísima, encierra en sí con infinita eminencia las perfecciones de todas las cosas criadas; porque como él sea el Hacedor y Criador de ellas, y el que las gobierna, y encamina á sus últimos fines y perfecciones, no puede él carecer de lo que da, ni estar falto en sí de lo que parte con los otros: de donde nace, que todos aquellos bienaventurados espíritus en él solo gozarán y verán todas las cosas, cada uno según la parte que le cupiere de gloria. Porque así como ahora las criaturas son espejo en que en alguna manera se ve la hermosura de Dios; así entonces Dios será espejo en que se vea la de las criaturas, y esto mucho más perfectamente que si se viesen en sí mismas; de manera que allí será Dios bien universal de todos los Santos, y perfecta felicidad y cumplimiento de todos sus deseos. Allí será espejo á nuestros ojos, música á nuestros oídos, miel á nuestro gusto, y bálsamo suavísimo al sentido del oler. Allí veremos la variedad y hermosura de los tiempos, la frescura del verano, la claridad del estío, la abundancia del otoño, y el descanso y reposo del invierno: y allí finalmente estará todo lo que á todos estos sentidos y potencias de nuestra ánima puede alegrar. «Allí (como dice San Bernardo) será Dios plenitud de luz á nuestro entendimiento, muchedumbre de paz á nuestra voluntad, y continuación de eternidad á nuestra memoria.» Allí parecerá ignorancia la sabiduría de Salomón y fealdad la hermosura de Absalón, y flaqueza la fortaleza de Sansón, y mortalidad la vida de los primeros hombres del mundo, y pobreza la riqueza de todos los reyes de la tierra.

Pues, ¡oh hombre miserable! Si esto es así (como de verdad lo es) ¿en qué te andas por la tierra de Egipto, buscando pajas, y bebiendo en todos los charquillos de agua turbia, dejando aquella vena de felicidad y fuente

de luto viendo padecer á su Señor, por esconder su desnudez, en este día con doblada claridad resplandecieron, viéndole salir del sepulcro, vencedor. Alégrese, pues, el cielo; y tú, tierra, toma parte en esta alegría, porque mayor resplandor nace hoy del sepulcro que del mismo sol que alumbra en el cielo. Dice un doctor contemplativo que todos los domingos, cuando se levantaba á los maitines, era tanta la alegría que recibía con la memoria del gozo de este día, que le parecía que oía una música general de todas las criaturas del cielo y de la tierra, que decían: «En tu resurrección, Cristo, *Alleluya:* los cielos y la tierra se alegran: *Alleluya.*»

Pues para sentir alguna cosa del misterio de este día, considera primeramente cómo el Salvador, acabada ya la jornada de su pasión, con aquella caridad que subió por nosotros en la cruz, con ésa misma descendió de la cruz á los infiernos para dar cabo á la obra de nuestra redención; porque así como tomó por medio el morir para librarnos de la muerte, así el descender á los infiernos para sacar de allí á los suyos.

Descendió, pues, el noble triunfador á los infiernos vestido de claridad y fortaleza, cuya entrada describe un santo doctor por estas palabras: ¡Oh luz hermosa, que resplandeciendo de lo alto vestiste de súbita claridad á los que estaban en las tinieblas y sombra de muerte! Porque en el punto que el Señor allí bajó, luego aquella eternal noche resplandeció, y el estruendo de los que lamentaban cesó, y toda aquella cruel tienda de atormentadores tembló con la bajada del Salvador. Allí se turbaron los príncipes de Edóm, y temblaron los poderes de Moab, y pasmaron los moradores de la tierra de Canaán.

Y todos en medio de sus tinieblas, comenzaron entre sí á murmurar y decir: «¿Quién es éste tan fuerte, tan resplandeciente, tan poderoso? Nunca tal hombre como éste se vió en nuestro infierno. Nunca á estas cuevas tal persona nos envió el mundo, nuestro tributario. Acreedor es éste, no deudor: quebrantador nuestro, no pecador: juez parece, no culpado: á pelear viene, y no á penar. Decid: ¿á dónde estaban nuestras guardas y porteros cuando este conquistador rompió nuestras puertas y cerraduras? ¿Cómo ha entrado por fuerza? ¿Quién será éste que tanto puede? Si éste fuera culpado, no sería tan osado. Si tuviera alguna oscuridad de pecado, no resplandecieran nuestras tinieblas con su luz. Mas si es Dios, ¿qué hace en el infierno? Si es hombre, ¿cómo tiene tanto atrevimiento? Si es Dios, ¿qué hace en el sepulcro? Y si es hombre, ¿cómo despoja nuestro limbo? ¡Oh cruz, cómo tienes burladas nuestras esperanzas y causada nuestra perdición! En un árbol alcanzamos todas nuestras riquezas, y ahora en el de la cruz las perdimos.»

Tales cosas decían y murmuraban entre sí aquellas compañías infernales, cuando el noble triunfador entró á libertar sus cautivos: allí estaban

recogidas todas las almas de los justos, que desde el principio del mundo hasta aquel día habían salido de esta vida. Allí estaba un profeta aserrado, otro apedreado, otro quebradas las cervices con una barra de hierro, y otros que con otras maneras de muertes gloriosas glorificaron al Señor. ¡Oh compañía gloriosa! ¡Oh nobilísimo tesoro! ¡Oh riquísima parte del triunfo de Cristo! Allí estaban aquellos dos primeros padres, pobladores del mundo, que así como fueron los primeros en la culpa, así lo fueron en la fe y la esperanza. Allí estaba aquel santo viejo que con la fábrica de aquella grande arca guardó los que después volvieron á poblar el mundo, acabadas las aguas del diluvio. Allí estaba el padre de los creyentes, el cual primero mereció recibir el testamento de Dios, y en su carne la señal y divisa de los del pueblo de Dios. Allí estaba su obediente hijo Isaac, que, llevando sobre sus hombros la leña en que había de ser sacrificado, representó el sacrificio y remedio del mundo. Allí estaba el santo Padre de las doce tribus, que ganando con ropas ajenas y hábito extranjero la bendición de su padre, figuró el misterio de la Humanidad y Encarnación del Verbo Divino. Allí estaba también, como huésped y nuevo morador de aquella tierra, el santo Bautista, y el bienaventurado Simeón, que no quiso salir del mundo hasta ver con sus ojos el remedio de él, y recibirlo en sus brazos, y cantar antes que muriese suavísimamente aquel tan dulce cántico. Allí tenía también su lugar el pobrecillo lastimado Lázaro del Evangelio, que por la paciencia de sus llagas mereció ser participante de tan dulce compañía y esperanza.

Todo este coro de almas santas estaba allí gimiendo y suspirando por este día; y en medio de todos ellos aquel santo rey y profeta David repetía sin cesar aquella su antigua lamentación, diciendo: «Así como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así desea mi alma á ti, mi Dios. Fuéronme mis lágrimas pan de día y de noche, mientras dicen á mi alma: ¿á dónde está tu Dios?» Oh santo rey, si esa es la causa de tu lamentación, cese ya ese cantar; porque aquí está ya tu Dios presente, y aquí está tu Salvador. Muda ya ese cantar, y canta el que mucho antes en espíritu cantaste, cuando escribiste: «Bendijiste, Señor, tu tierra; sacaste de cautiverio á Jacob; perdonaste la maldad de tu pueblo; disimulaste la muchedumbre de sus culpas.» Y tú, santo Jeremías, que por este Señor fuiste apedreado, cierra ya el libro de tus lamentaciones por la destrucción de tu ciudad y templo; porque presto verás otro mejor templo reedificado, y otra más hermosa Jerusalén por todo el mundo renovada.

Pues como aquellas dichosas almas vieron ya sus tinieblas alumbradas, y su destierro acabado, y su gloria comenzada, ¿qué lengua podrá explicar lo que sintieron? Cuán de veras, viéndose ya fuera del cautiverio de Egipto, y anegados sus enemigos en el mar Bermejo, cantarían todos, di-

ciendo: «Cantemos al Señor que gloriosamente triunfó, pues al caballo y al caballero arrojó en la mar.» Con qué corazón aquel primer padre del género humano, derribado ante los pies de su hijo y Señor, diría: «Venisteis ya, muy amado y deseado Señor, tan esperado, á remediar mi culpa: venisteis á cumplir vuestra palabra, y no olvidasteis á los que en vos esperaban: vuestra grande piedad venció la dificultad del camino, y la grandeza del amor la de los trabajos y dolores de la cruz.»

No se puede con palabras declarar la alegría de estos santos padres; mas sin comparación era mayor la del Salvador, viendo tan grande número de almas remediadas por su pasión. ¡Oh por cuán bien empleados dió entonces todos los trabajos de su vida y los dolores de su muerte, cuando vió el fruto que comenzaba á dar aquel sagrado árbol de la cruz! Con dos hijos que nacieron al santo patriarca José en Egipto olvidó todos sus trabajos; y para significar esto llamó al primero Manasés, diciendo: «Hízome el Señor olvidar todos mis trabajos y la casa de mi padre.» Pues ¿qué sentiría el Salvador cuando se viese cercado de tantos hijos, acabado el martirio de la cruz, cuando aquella preciosa oliva se viese rodeada de tantos y tan hermosos pimpollos?

Mas, ¡oh Salvador mío! ¿qué hacéis que no dais parte de vuestra gloria á aquel cuerpo santísimo que está aguardándoos en el sepulcro? Acordaos, Señor, que la ley del repartimiento de los despojos dice que quepa igual parte al que quedó guardando el bagaje, como al que entró en la batalla. Vuestro santísimo cuerpo quedó aguardándoos en el sepulcro, y vuestra alma santísima entró á despojar el infierno: repartid, Señor, con él de vuestra gloria, pues habéis vencido la batalla.

Estaba el santo cuerpo en el sepulcro, con aquella lastimosa figura con que lo había dejado la sacratísima ánima, tendido en la losa fría, amortajado y cubierto su rostro en un sudario, descoyuntados todos sus miembros. Era ya más de la media noche, y quiso el sol de justicia anticipar al de la mañana, y tomarle en este camino la delantera. En esta tan dichosa hora entró aquella gloriosa ánima en aquel cuerpo santísimo; ¿y qué tal (si piensas) le devolvió? No puede esto explicarse; mas algo se puede entender por un ejemplo. Acontece estar una nube oscura en la parte del Poniente al tiempo que el sol se va á poner; el cual, tomándola delante y hiriéndola con sus rayos, la pone tan dorada que compite con él en hermosura. Pues así, después que aquella ánima gloriosa se envistió en aquel santo cuerpo, todas sus tinieblas convirtió en luz y toda su fealdad en hermosura, y del más afeado de todos los cuerpos hizo el más claro y hermoso. De esta manera salió el Señor del sepulcro, todo ya perfectamente glorioso, como primogénito de los muertos y dechado de nuestra resurrección.

Esta salida figuró el santo patriarca José cuando salió de la cárcel, y le cortaron sus cabellos, y vistieron de ropas reales, y le pregonaron gobernador de toda la tierra de Egipto. Aquí sale el Señor cortados los cabellos de su inmortalidad, vestido de ropas de gloria, Señor de todo lo criado. Éste es el santo Moisés, sacado de las aguas y de la pobre canastilla de juncos, que después vino á destruir todo el poder de Faraón. Éste es el santo Mardoqueo, despojado ya de su saco y cilicio, vestido de ropas reales; el cual, vencido su enemigo y crucificado en su misma cruz, libró á todo su pueblo de la muerte. Éste es aquel santo Daniel, salido de entre los leones sin haber recibido daño de las bestias hambrientas, y fué vengado de sus enemigos. Éste es aquel valeroso Sansón, que estando encerrado en la ciudad, se levantó á media noche y se llevó consigo las puertas, dejando burlados todos sus adversarios. Éste es aquel santo Jonás, entregado á la muerte por librar de ella á sus compañeros; el cual, engolfado en los abismos de las aguas gozó de los aires de vida, y sumido en el profundo, la misma muerte le sirvió.

Ya, Señor, habéis glorificado esa carne santísima, que con vos padeció en la cruz: acordaos que también vuestra santísima Madre es vuestra carne, y que también padeció ella viéndoos padecer en la cruz. Sentencia es de vuestro Apóstol que los que fueron compañeros de vuestras penas también lo serán de vuestra gloria. Serenad, Señor, aquel cielo oscurecido, descubrid aquella luna eclipsada, deshaced aquellas espesas nieblas de su alma entristecida, enjugad las lágrimas de aquellos virginales ojos, mandad que vuelva el verano florido después del tempestuoso invierno.

Estaría la santísima Virgen en aquella hora orando y esperando esta nueva luz. Clamaba en lo íntimo de su corazón, y como piadosa leona daba voces al hijo muerto, diciendo: «Levantaos, gloria mía, levantaos: volved triunfador al mundo: recoged, buen pastor, vuestro ganado: oid los clamores de vuestra afligida Madre; y pues éstos fueron parte para haceros bajar del cielo á la tierra, éstos os hagan ahora subir del infierno al mundo.»

En el medio de estas lágrimas y clamores resplandeció súbitamente el aposento con la luz gloriosa, y pónese el Hijo delante de su Madre vivo y glorioso. No sale tan hermoso el lucero de la mañana, ni resplandece tan claro el sol del mediodía como resplandeció en los ojos de la Madre aquel rostro lleno de gracias y aquel claro espejo de la gloria divina. Vió aquel sacratísimo cuerpo resucitado y glorioso, despedidas todas las fealdades pasadas, vuelta la gracia de aquellos divinos ojos, restituída y acrecentada su primera hermosura. Las aberturas de las llagas que á la Madre habían sido espadas de dolor, ya le son fuentes de amor. Al que había visto penar entre los ladrones, ya ve glorioso entre las almas santas y ángeles. Al que la encomendó de la cruz al discípulo, ve cómo ahora extiende sus brazos y la

regala con dulce paz en su rostro. Al que de la cruz recibió muerto en sus brazos, ve ahora resucitado ante sus ojos. Tiénelo y no lo deja; abrázalo, y pídele que no se le vaya. La que al pie de la cruz, enmudecida de dolor, no sabía qué decirle, ahora, enmudecida de alegría, no le puede hablar.

¿Qué lengua podrá decir, ó que entendimiento comprender á dónde llegó este gozo? No podemos entender las cosas que exceden nuestra capacidad sino por otras más bajas, haciendo como escalera de lo bajo á lo alto, y conjeturando las unas por las otras. Pues para sentir alguna cosa de esta alegría, considera la que recibió el santo patriarca Jacob cuando, después de haber llorado con tantas lágrimas por muerto á José, su amado hijo, le dijeron que era vivo y gobernador de toda la tierra de Egipto. Dice la divina Escritura que cuando le dieron estas nuevas, fué tan grande su espanto y alegría, que como quien despierta de un profundo sueño, así no acababa de entrar en sí, ni creer que estaba despierto y que no soñaba, y que era verdad lo que sus hijos le afirmaban. Y cuando ya lo creyó, dice la Escritura que su espíritu volvió á revivir de nuevo, y que dijo estas palabras: «Si José mi hijo es vivo, sólo este bien me basta; iré, y verle he antes que me muera.»

Decidme, pues, ahora: si el que tenía consigo otros once hijos tanta alegría recibió de saber que uno solo que él tenía por muerto, y de cuya muerte ya estaba consolado, era vivo, ¿cuál fué la alegría de la sacratísima Virgen, que no tenía más de uno, y éste tal y tan querido, cuando después de verle muerto tan cruelmente, y ella tan lastimada, y su dolor tan reciente, le viese súbitamente delante de sí resucitado y tan glorioso y señor de todo lo criado? ¿Hay entendimiento que pueda entender esto? Verdaderamente fué tan grande este gozo, que no lo pudiera su corazón sufrir, si con particular milagro no fuera confortada por Dios.

¡Oh Vírgen bienaventurada! Básteos, Señora, sólo este bien; básteos que vuestro Hijo sea vivo, y que le tengáis delante, y le veáis antes que salgáis de esta vida, para que no os quede más que desear. ¡Oh, Señor, y como sabéis consolar á los desconsolados por vuestra causa! Ya no le parecía grande aquella primera pena en comparación de esta alegría. Si así consoláis á los que por Vos padecen, bienaventuradas y dichosas todas sus pasiones, pues así por Vos han de ser remuneradas.

P. PEDRO DE RIVADENEIRA, S. J.

Beneficios que reciben los hombres por medio de los ángeles custodios

Lengua de ángel sería menester para referir y explicar dignamente los beneficios que continuamente recibimos por manos de los santos ángeles custodios, porque son tantos, que nosotros no lo sabemos ni lo entendemos: porque ¿quién entenderá lo que el demonio procura dañar á la criatura en naciendo, para que no reciba el agua del bautismo, ó quede contrahecha en el cuerpo y sin juicio y seso en el alma? ¿Quién las veces que después que llega á los años de discreción, la ofusca y embaraza, para que no conozca y ame al sumo Bien, y encamine sus pasos al Señor que la crió? Al cual resiste el santo ángel, alumbrando el entendimiento ó inflamando la voluntad del hombre, para librarle de los peligros del alma y del cuerpo. ¡Cómo detiene á su pupilo y encomendado cuando va á caer! ¡Cómo lo desvía de los tropiezos para que no caiga! ¡Cómo pone la mano, como una almohada blanda, para que no se quebrante y haga pedazos cuando cae! ¡Cómo lo levanta después de caído! ¡Cómo deshace los lazos que le arma el demonio, y le descubre el anzuelo que debajo del cebo del deleite y gusto está escondido! ¿Qué diré de las inspiraciones santas, de tantas amonestaciones saludables, de los consejos provechosos, de los remordimientos amargos, de las reprensiones y sofrenadas necesarias, para que tome bien el freno, y asiente el paso, y se deje regir y guiar de Dios? ¡Cuántas veces el hombre virtuoso y deseoso de su salvación se halla triste y afligido, y le parece que el camino de la virtud es áspero, horrible é inaccesible, y desmaya y desfallece, y como otro Elías, pide al Señor que le lleve de esta vida, y se echa á dormir á la sombra del enebro; y el ángel le despierta, le consuela y esfuerza, y le hace comer el pan de vida, en cuya virtud alentado, anda, corre, vuela como llevado en manos de su ángel, hasta llegar al santo monte de Horeb! Que esto es lo que dice el real Profeta: «El Señor mandó á sus ángeles que tuviesen cuidado de ti y te guardasen en todos tus caminos.» Ellos te llevarán en sus manos para que no caigas ni tropieces: ellos son los que, estando nosotros descuidados, cuidan de nuestro bien, y velan cuando dormimos, y están siempre á nuestro lado armados para nuestra defensa: ellos son los que se alegran con nuestras espirituales ganancias, y se entristecen con nuestras pérdidas; los que ofrecen nuestras oraciones y buenas obras al Señor, y le piden perdón

por nuestros pecados: ellos son los que á la hora de la muerte con más particular vigilancia nos asisten, para librarnos de la boca del infierno é infernal dragón que en aquella hora nos querría tragar; los que acompañan nuestras almas y las presentan á Dios; los que las visitan y consuelan en el purgatorio; y finalmente, los que en todos nuestros trabajos y peligros del alma y cuerpo, en todos los bienes y males, en las cosas prósperas y adversas, de día y de noche, en todo lugar y tiempo, nos asisten, acompañan, amparan, defienden y aprovechan; algunas veces entendiendo nosotros los beneficios que nos hacen, y las más no entendiéndolos por ser tantos y tan ocultos, y porque consisten no solamente en los bienes que conocemos que por su mano recibimos, sino también en los males de que sin saberlo ni entenderlo nosotros nos apartan, y con su providencia los previenen y desvían.

Todo esto hacen los santos ángeles por su caridad y humildad, y por el conocimiento que tienen de la grandeza y majestad soberana del Señor, y por el deseo de servirle, reputándose felicísimos, porque él quiere servirse de ellos, aunque sea en cosa tan baja, como ser ayo y maestro de los hombres, que en su comparación son como niños respecto de varones sapientísimos.

De este beneficio tan señalado é inefable que el Señor hace al hombre, dándole un ángel para su guarda, dice el gran doctor de la Iglesia San Agustín: «No os habéis contentado, Dios mío, dice, con haberme hecho señor de todas vuestras criaturas, sino que me habéis dado aquellos soberanos espíritus, para que sean ángeles, guardas, y defensores míos, y en todos mis caminos me acompañen, para que no tropiece ni caiga. Estas son las centinelas que velan siempre sobre los muros de esa nueva Jerusalén: son los montes que la cercan, las guardas que nos defienden, los ciudadanos de esa bienaventurada ciudad nuestra madre, que vos enviáis para bien de aquellos que han de ser herederos de vuestra gloria, para que los acompañen en todos sus caminos, y defiendan de sus enemigos y los amonesten y esfuercen, y ofrezcan sus oraciones delante del acatamiento de vuestra soberana Majestad.»

Poder y misericordia de la Virgen

En el cielo está en cuerpo y alma nuestra Madre, nuestra Abogada y nuestra Reina, alegrando con su vista todas aquellas jerarquías de los ángeles, y á todos los cortesanos y moradores del cielo, é intercediendo por nosotros; y como fiel depositaria y dispensadora universal de todos los tesoros y gracias de Dios, repartiendo de ellas á los fieles, y con más larga mano á los que con más cuidado la sirven y con más particular devoción

se le encomiendan. Porque ella es el cuello, por el cual nuestra cabeza, que es su benditísimo Hijo, influye en el cuerpo de su Iglesia todo el sentimiento y movimiento espiritual con que ella vive y se conserva; es el caño y arcaduz por donde pasa toda el agua que de aquella fuente de vida se deriva á nuestras almas; es la tesorera general de todas las riquezas que Dios tiene en el cielo y en la tierra; y es la puerta por donde habemos de entrar, si queremos alcanzar perdón y misericordia en el acatamiento del Señor. Es Madre de la gracia, por ser Madre de Jesucristo, que es autor y dador de la misma gracia, por quien han sido agradables á Dios todos los que lo han sido desde el principio del mundo, y lo serán hasta el fin de los siglos. Por donde se ve las obligaciones precisas que nos corren de ser devotísimos de esta Virgen sacratísima, no solamente por habernos dado á su Hijo preciosísimo, concebido de su sangre en sus entrañas, que es todo nuestro bien, y el cumplimiento y remate de todos nuestros deseos y de nuestra bienaventuranza, sino también porque no podemos gozar de ese tesoro y sumo bien, si no somos ayudados y favorecidos de la misma Reina, por cuya mano el Señor nos lo comunicó con tan inestimable liberalidad.

Tenemos necesidad, como dice San Bernardo, de esta medianera para con su Hijo, que es único medianero entre nosotros y el Padre Eterno. Por esto todos los Santos, de todas las edades y naciones que ha habido en la Iglesia católica, han sido siempre devotos y fidelísimos siervos de esta Señora, y se han empleado en alabarla, magnificarla y servirla con sus pensamientos, meditando sus grandezas; con sus lenguas, predicando sus maravillas; con su estilo, escribiendo sus excelencias; con su vida, imitando la vida divina de la que Dios puso por ejemplo del mundo. Cuanto han sido más santos, tanto han sido más devotos de la gloriosa Virgen.

Y los santos y graves autores dicen que es singular gracia y favor de Dios, y unas como prendas de la salvación, el tenerle particular devoción, y acudir á ella con confianza, hacerle algún servicio, tomarla por Abogada y Patrona, é imitar sus virtudes; porque es Madre de misericordia, y ninguno esperó en ella y quedó confuso; y á esta causa el melífluo San Bernardo, devotísimo de nuestra Señora, dice: «Calle vuestra misericordia, ¡oh Virgen beatísima!, si hay alguno que no halló vuestro favor como os lo pidió en sus necesidades;» y en otro lugar nos exhorta á todos á tener con ella especial devoción, y á acudir á ella en todas nuestras necesidades, por estas palabras: «¡Oh tú, que entre las ondas de este siglo andas fluctuando! Si no quieres perecer en la tormenta, no desvíes los ojos de este norte y de esta estrella. Si se levantaren los vientos de las tentaciones, si fueres á dar en la roca de las tribulaciones, mira á la estrella, y llama á MARÍA. Si te arrebata la ola de la soberbia, de la ambición, de la detrac-

ción ó envidia, mira á la estrella, y llama á MARÍA. Si la navecilla de tu alma zozobrare y estuviere en peligro por la codicia ó algún apetito sensual, mira á MARÍA. Si te comienzas á ahogar por la gravedad de tus delitos y fealdad de tu conciencia, y espantado del juicio divino te afliges, y temes caer en el profundo abismo de la desesperación, piensa en MARÍA. En los peligros, en las angustias, en las caídas congojosas, piensa en MARÍA, llama á MARÍA. No se aparte de tu boca, no se aparte de tu corazón; y para que alcances el favor de su oración, no dejes los ejemplos de su conversación; porque, siguiéndola, no vas fuera de camino; rogándola, no desesperas; pensando en ella, no yerras; teniéndote ella, no caes; defendiéndote, no temes; siendo tu guía, no te cansas; y siéndote ella propicia, llegas al deseado puerto de la eterna felicidad.» Todo esto es de San Bernardo. Y es cierto que esta Virgen castísima y Madre benignísima toma debajo de sus alas, y con especial amparo defiende á los que con entrañable afecto se encomiendan á ella, y les hace particulares mercedes, favores y regalos.

A San Gregorio Taumaturgo, obispo de Neocesarea, le apareció, y mandó á San Juan Evangelista que le enseñase lo que había de creer y predicar acerca del misterio de la Santísima Trinidad. A San Cirilo Alejandrino, que por su servicio salió en campo contra Nestorio, hereje, y le venció, le socorrió á la hora de la muerte. A San Juan Damasceno restituyó la mano derecha, que el rey bárbaro, por falsa acusación de los herejes, le había mandado cortar; y, en testimonio de este milagro, quedó por señal como un hilo en la juntura donde la mano se pegó con su brazo. San Ildefonso, Arzobispo de Toledo, por haber defendido con singular valor, celo y doctrina la pureza y perpetua virginidad de esta Reina de los Ángeles contra ciertos herejes que la pretendían oscurecer, mereció verla y adorarla en su templo de Toledo, y recibir de su mano aquella vestidura celestial con que quedó tan rico, y hecho en la tierra ciudadano del cielo.

Ruperto, abad Tuiciense, que, por ser tardo de ingenio, desconfiaba poder entender y penetrar bien los misterios que están encerrados en las divinas Letras, impetró de la Virgen sacratísima tan grande luz de ciencia y de doctrina, que fué uno de los sapientísimos varones de su tiempo, y esclarecido en vida y en muerte con muchos milagros. Y el mismo beneficio recibió el beato Alberto Magno, fraile de la Orden de Santo Domingo, y maestro del gran Doctor de la Iglesia Santo Tomás de Aquino, en el conocimiento de todas las letras, y especialmente de las naturales y filosóficas, que él deseó y pidió á nuestra Señora, por verse de poca habilidad y rudo ingenio.

Sería nunca acabar si quisiéramos referir aquí todo lo que graves autores escriben de los favores que esta Señora nuestra ha hecho á los que

con limpio y devoto corazón le han pedido remedio y le han hecho algún servicio. Pero no es menos admirable su misericordia para con los pecadores, que su liberalidad y magnificencia para con sus devotos siervos. Y son innumerables los milagros, que en todos los siglos pasados y en todas las provincias y naciones del mundo, con todo género de estados y condiciones de personas, en paz y en guerra, en la prosperidad y en la adversidad, en vida y en muerte, con justos y pecadores, ha obrado el Unigénito y todopoderoso Hijo de MARÍA, para honra de su Madre Santísima. Y los que cada día obra en toda la redondez de la tierra, y especialmente en algunos señalados lugares y santuarios, que él ha escogido para que en ellos sea más invocada y reverenciada esta Señora, como son la santa casa de Loreto en Italia, las de Montserrat y Guadalupe en España, y las otras muchas que en ella y en toda la cristiandad son tenidas en grande veneración, son tantos y tan notorios, que no tienen cuenta, y como cosa muy sabida es mejor dejarlos, pues por mucho que se diga, siempre quedará más que decir.

La estatura de la Virgen fué mediana, aunque algunos dicen que fué algo más que mediana. El color era trigueño, el cabello rubio y de color de oro, los ojos vivos, y las niñetas de ellos un poco coloradas, las cejas arqueadas, negras y graciosas, la nariz un poco larga, los labios hermosos y de mucha suavidad en el hablar, el rostro más largo que redondo, las manos y dedos largos, su aspecto grave y modesto, sin ningún género de fausto ni melindres, ni afectaciones, sino sencillo y humilde. Los vestidos que traía no eran teñidos, sino de su color nativo. Era muy mansa, compuesta y recatada; no iracunda, ni risueña, ni libre en el hablar. Pintó San Lucas Evangelista, viviendo la Virgen, algunas imágenes suyas: una de ellas está hoy día en Roma, en la iglesia de Santa María la Mayor, en la cual se echan de ver las facciones de la Virgen, y cuánto se parecía la Madre á su Hijo.

ORATORIA MILITAR

P. PEDRO DE RIVADENEIRA S. J.

Exhortación para los soldados y capitanes, que van á la jornada de Inglaterra, en nombre de su Capitán general

Si no supiese, invictos capitanes y esforzados soldados, el celo y piedad y el ánimo y el valor con que vuestras mercedes han deseado esta jornada de Inglaterra, y van á ella confiados en el favor de Dios, y piensan acabarla y concluirla felicísimamente; gastaría yo muchas palabras y traería muchas razones para persuadirles lo que ella importa. Mas porque esos pechos esforzados y ánimos valerosos no tienen necesidad de palabras, y lo que habría que decir es tanto que con muchas no se podría explicar; quiero acortar razones, y brevemente representar á vv. mm. algunas pocas de las muchas que se me ofrecen para confirmar la alegría y contento que tienen en la presente ocasión, y para que hagan gracias á Dios nuestro Señor, que se la da para gloria suya y honra de España y para su particular acrecentamiento.

En esta jornada, Señores, se encierran todas las razones de justa y santa guerra que puede haber en el mundo: y aunque parezca que es guerra ofensiva y no defensiva, y que acometemos al reino ajeno, y no defendemos el nuestro; pero si bien se mira, hallaremos que es guerra defensiva, en la cual se defiende nuestra sagrada religión y santísima fe católica romana; se defiende la reputación importantísima de nuestro Rey y Señor y de nuestra nación; se defienden todas las haciendas y bienes de todos los reinos de España, y con ellos nuestra paz, sosiego y quietud.

Ninguno pudo bien saber, que no lo haya visto ó leído, las injurias que en Inglaterra cada día se hacen á Dios y á sus santos, porque son tantas que no se pueden contar, y tan extrañas que no se pueden creer. No hablo de las maldades que en tiempo de Enrique, padre de esta reina Isabel, que ahora reina en Inglaterra, y de su hermano Eduardo, se han cometido en aquel reino; dejo mil monasterios de grandes siervos y siervas de Dios

asolados, y más de diez mil iglesias profanadas y destruídas, violados los templos, saqueados los santuarios, derribadas por el suelo las memorias antiguas de los santos, quemados sus cuerpos y derramadas al viento las cenizas sagradas, descoyuntados con atroces y exquisitos tormentos innumerables siervos de Dios con tan fiera crudeza é impiedad, que en ningún reino de gentiles y de moros y bárbaros ha padecido mayor persecución la Iglesia Católica. No quiero revolver cosas pasadas, ni traer á la memoria las calamidades que después que el rey Enrique VIII se apartó de la obediencia de la Iglesia, han pasado los católicos del reino de Inglaterra, porque esto sería nunca acabar; sólo quiero decir el estado presente y miserable que ahora tiene debajo de esta Isabel, hija de Ana Bolena, con la cual se casó Enrique, descasándose de la santa reina D.ª Catalina hija de los Reyes Católicos, de gloriosa memoria, su legítima mujer.

Esta Isabel, hija de tales padres, se ha hecho cabeza de la Iglesia de Inglaterra, y no pudiendo según la orden de Dios, hablar en la Iglesia; quiere que la reconozcan por cabeza espiritual los clérigos, religiosos, obispos y prelados de la Iglesia, los cuales quita y pone, visita, corrige y castiga, y les concede y restringe la potestad de ordenar y consagrar y ejercer los demás actos pontificales á su beneplácito y voluntad: y por no haberla querido obedecer, ha perseguido, maltratado, depuesto, encarcelado y aprisionado y finalmente muerto todos los obispos católicos que había en Inglaterra. Ésta es la que ha mandado callar á los predicadores católicos y hablar á los herejes; la que ha recogido y amparado, regalado y favorecido á todos los pestilentísimos ministros de Satanás y maestros diabólicos de todos los errores y desvaríos, que se han inventado contra nuestra sagrada religión en nuestros tiempos, y los ha llamado á su reino de Francia, Escocia, Alemania la alta y baja, de las demás provincias inficionadas de herejías, y ellos han acudido á Inglaterra como á la universidad más principal de su doctrina, como á una cueva de serpientes, como á puerto seguro de ladrones y corsarios, como á feria universal de tan ponzoñosa mercadería, para desde allí derramarse, y extenderla por todo el mundo más fácilmente.

Ésta es la que ha quitado las imágenes de los santos, perseguido sus reliquias, pervertido el uso de los santos Sacramentos, prohibido no se diga misa en su reino, mandado que no se reconozca ni obedezca al Pontífice Romano, Vicario de Jesucristo y suprema cabeza en la tierra, de la Iglesia de los fieles.

Esta es la que tiene á todos los católicos de su reino, que son la mayor y mejor parte de él, tan afligidos y oprimidos con leyes injustas, con nuevos y severos mandatos, con penas atrocísimas, con ejecutores inhumanos, con calumnias de malsines y falsos acusadores, con sentencias de jueces inicuos

y desalmados, que ni pueden hablar una palabra, ni menearse, ni chistar, ni aun resollar como católicos cristianos sin perder sus bienes, sin ser desterrados ó afrentados ó detenidos en alguna horrible y tenebrosa cárcel, ó con nuevos y terribles linajes de muertes consumidos y acabados. Esta es la que ha destruído el reino de Escocia y puesto el rey de ella en las miserias que vemos; la que á la reina María su madre, que fué juntamente reina de Escocia y de Francia y heredera en el reino de Inglaterra, la prendió con engaño debajo de su palabra y fe real, y al cabo de veinte años de dura y áspera prisión la mandó matar, porque era católica, y cortar la cabeza por mano del verdugo de Londres. Esta es la que ha turbado al reino de Francia, y puesto á peligro de perder sus vidas á los tres reyes hermanos Francisco II, Carlos IX y Enrique III, y hoy día favorece á los rebeldes y paga á los soldados herejes que vienen de aquel reino para arruinarle.

Ésta es la que sustenta la guerra tan larga, costosa y sangrienta de los estados de Flandes contra el rey nuestro señor; la que ha procurado siempre revolverlos, echar los soldados españoles de ellos, matar al señor D. Juan de Austria, dar nuevas fuerzas y alientos á los que estaban ya desmayados y caídos; la que ha tomado la pretensión de Irlanda y Holanda, ocupado sus ciudades, fuerzas y puertos, infestado nuestros mares, robado las haciendas de los mercaderes, y con sus dineros, soldados, armas, vituallas, consejos y ardides entretenido y dilatado la guerra en aquellos estados contra las amistades antiguas y confederaciones nuevas de la casa de Borgoña é Inglaterra, contra nuestro rey y contra nuestra sagrada religión y contra Dios. Ésta es la que, tomando nuevo ánimo y bríos con nuestra paciencia y blandura, se ha atrevido á acometer á los estados de las Indias occidentales, quemar nuestras islas robando nuestros pueblos, tomar y echar á fondo nuestros navíos, entrar por fuerza y saquear nuestras ciudades, y poner en aprieto las justicias y gobernadores reales, y á todos los reinos de España en cuidado y confusión.

Y porque no pareciese poco esto, y se entendiese que no solamente tenía en su mano los estados más conocidos, sino que acometía y robaba los más apartados de su reino, tuvo atrevimiento y osadía (cosa espantosa y para los siglos advenideros increíble) de asaltar y robar nuestros puertos de España. Llegó primero en Galicia, y después en Cádiz, estando en aquel puerto parte de nuestra armada, á acometerla, despojarla, quemarla, echarla á fondo, y hubiera quemado, saqueado y asolado la misma ciudad, si Dios por su misericordia no lo hubiera estorbado, y el duque de Medina no la socorriera con su persona y gente. Esto lo ha hecho Isabel á nuestros ojos, á vista de todo el mundo, estando el marqués de Santa Cruz aprestando su armada en Lisboa, y la Andalucía llena de soldados, y en España

nuestro poderoso rey y monarca del mundo D. Felipe, quien por hacer poco caso de esta Isabel, por ser mujer y parecerle que era mejor ganarla por beneficios que no venir al rompimiento de las armas, ha tenido sufrimiento y paciencia hasta que ha visto tan grande desvergüenza y temeridad.

Esta misma Isabel es la que, pareciéndole poco todo lo que está referido, para salir mejor con su intento y arrancar de raíz de todos los reinos de los fieles nuestra santa y católica religión, ha hecho sus ligas con los príncipes herejes: ha enviado sus embajadores á Moscovia y sus armadas hasta Constantinopla para solicitar al Turco y llamarle contra nosotros, y traerle á nuestras tierras, y desasosegarnos y afligirnos en nuestras casas, y quitarnos, si pudiese, las haciendas y vidas, y, lo que más importa, la ley de Dios, la fe católica, la salvación eterna de nuestras almas.

Esto es lo que se trata en esta guerra, y por esto dije al principio que era guerra defensiva, y que en ella se defiende nuestra sagrada religión y santísima fe católica. Y ¿á quién toca el hacer esto, sino al rey nuestro señor y á los reinos de España? ¿Á quién toca defender la fe católica, sino al Rey Católico? ¿Á quién toca conservar la fe católica en aquel reino, sino al que, siendo desterrada de él, fué parte para restituirla? ¿Quién tiene obligación de vengar los agravios y muerte de la serenísima reina D.ª Catalina, nuestra española, hija de los esclarecidos Reyes Católicos D. Fernando y D.ª Isabel, que fué repudiada y aborrecida del rey Enrique por casarse con la madre de esta Isabel, sino el rey de España, que fué yerno de la misma reina D.ª Catalina, y es biznieto y sucesor de los mismos Reyes Católicos? ¿Qué reino de toda la cristiandad tiene fuerzas y puede hoy ir á tomar las armas contra el de Inglaterra, sino el de España? ¿Con qué puede pagar España á nuestro Señor una merced tan grande, como es que se haya conservado en ella por celo y vigilancia de su rey y señor entera y pura y limpia y sin mezcla de falsedad y errores nuestra santa Iglesia Católica y religión, y que en tiempo que casi todos los reinos se abrasan de guerra causada de las herejías, tengamos nosotros en los nuestros segura paz y quietud?

¿Cuán grande gloria será de nuestra nación, que no solamente se conserve en su pureza y vigor la fe católica en sus reinos, sino que por medio suyo se restituya en los ajenos; que no solamente tenga Inquisición para castigar á los herejes de fuera que quisieren venir á inficionar á España, sino que de España salgan ejércitos y soldados para destruir á los herejes de otras provincias y reinos? Grandísima y admirable honra es de los españoles que con su valor hayan descubierto, conquistado, y sujetado un nuevo mundo; pero sin comparación es mayor honra y gloria suya que con su cristiandad y celo se haya predicado el Evangelio de Cristo nuestro Señor en este mismo nuevo mundo, y que una infinidad de gente bárbara,

de provincias extrañas, de reinos poderosos se haya sujetado al suavísimo yugo del Señor, y reconocídole y adorádole como un sólo Dios vivo y verdadero. Estas maravillas ha obrado Dios por mano de nuestros españoles, tomándolos su divina Majestad, por su infinita misericordia, por instrumento de ellas. Pues ¿con qué pagaremos al Señor esta merced tan señalada, sino con procurar que no se derriben los templos de Dios, antiguamente edificados de los cristianos, que no reine un monstruo, un ídolo de una mujer que se hace cabeza de la Iglesia? No será menos honra para España echar el demonio de Inglaterra, que haberlo desterrado de las Indias; ni restituir la fe católica á un reino poderoso, piadoso, y el primero de los primeros que públicamente abrazaron la fe de Cristo, que el haberla plantado de nuevo en provincias tan apartadas y extrañas; y especialmente que no será echar de sola Inglaterra la herejía, sino ahuyentarla y como desterrarla de todas las otras provincias de la cristiandad; porque, como se ha dicho, de todas ellas han corrido á Inglaterra los mayores y más perversos herejes, que en ella han hecho su manida y asiento, y con el favor de Isabel se sustentan. Ella es la raíz, la fuente manantial, la que continuamente atiza este fuego, y ceba esta tormenta, y fomenta este aire corrupto y pestilente, y le derrama y extiende por las otras provincias y reinos; y así, cortada esta mala raíz, se secarán las ramas que en ella se sustentan.

Consideremos, Señores, si, lo que Dios no permita, por nuestros pecados estuviese España oprimida de algún rey hereje y tirano, y los españoles católicos padeciésemos lo que ahora padecen los católicos de Inglaterra, ¿cómo desearíamos ser socorridos y ayudados? ¿cómo suplicaríamos á Dios que moviese los corazones de los católicos de las otras naciones, como vinieron de Francia, Flandes, Alemania y de la misma Inglaterra caballeros nobles y soldados esforzados á librar los cristianos españoles, cuando estaban oprimidos de los moros? Pues seamos nosotros reconocidos de esta buena obra que entonces recibimos, y paguémosla en la misma moneda, y pues desearíamos ser ayudados, si estuviésemos en semejante trance y conflicto, ayudemos y socorramos á los que ya se hallan en él, y no hay debajo del cielo quien les pueda dar la mano sino el invicto ejército de los españoles enviado como socorro del cielo por el católico rey D. Felipe.

Esto es, pues, lo que toca á la defensa de nuestra católica religión, en la cual se encierra la honra y gloria verdadera de España. Veamos ahora lo que toca á la reputación del rey nuestro Señor y de la nación española, que es lo que propusimos en el segundo punto, y dijimos que se comprende en esta guerra defensiva.

Después que España es España, jamás tuvo la reputación que hoy tiene

en todas las naciones del mundo: así porque jamás su imperio estuvo tan extendido como ahora, pues abraza desde Oriente á Poniente, y desde Septentrión á Mediodía, como por las hazañas y cosas señaladísimas que han hecho los españoles en las guerras de Francia, Italia, Alemania, Flandes; en África, Asia, Europa y el Nuevo Mundo; contra moros y turcos, contra cristianos y paganos, contra católicos y herejes.

Las cuales son tantas y tales que sin duda exceden á todas las que se hallan escritas de asirios, medos, persas, griegos, latinos, cartagineses y romanos. Y si se escribiesen, no digo con elocuencia y artificio de historiadores encarecedores y mentirosos, como en muchas de las otras naciones se han escrito, sino con llaneza y verdad, espantarían á los siglos advenideros y se tendrían por fabulosas. Por esta reputación é imperio ¡cuán extendido es el reino de D. Felipe nuestro Señor, el mayor monarca que ha habido jamás entre cristianos! Pues dejando los otros reinos y estados en Europa, que son tales que cada uno de ellos es bastante para hacer poderoso á cualquiera señor de él, y tantos en número, que con dificultad se pueden contar; los límites de su imperio son límites del mundo, y ha juntado con su grandeza á Oriente con Poniente, y al polo ártico con el antártico, y el Norte con el Sur, enviando sus poderosas armadas y estandarte real á Angola, Congo, Monomotapa, Guinea, Etiopía, seno arábico, seno pérsico, á la Florida, Santo Domingo, Cuba, Méjico, Perú, Goa, Molucas, Islas de Luzón ó Filipinas, China y Japón, rodeando el universo sin embarazo ni estorbo.

Esta reputación es la que ha dado y conservado tantos años la paz en la cristiandad, la que ha tenido á raya á Francia, enfrenado á los herejes, reprimido á los turcos, sosegado á los inquietos: y con ser nuestra nación ésta, unas porque le están sujetas, y otras porque les pesa que otras lo estén, ninguna se ha atrevido á menearse y tomar las armas contra ella en estos años, temiendo su ruina y destrucción. Sólo los estados de Flandes han continuado la guerra contra el rey nuestro señor, pero esto no acometiendo sino resistiendo, no buscando ellos sino peleando y defendiéndose de los que los buscaban en sus casas. Lo cual ellos no hubieran hecho ni podido hacer tan largo tiempo sino con las espaldas y favor de la reina de Inglaterra; la cual no se ha contentado con habernos gastado y consumido nuestras riquezas y tesoros con esta guerra, sino que se ha desvergonzado á buscarnos en nuestra casa, y robar nuestros puertos y quemar nuestras naves, como se ha dicho.

Pues ¿qué mayor afrenta y menoscabo de reputación puede ser, que decirse y publicarse por el mundo, que una mujer que se llama reina, y no lo es, ose enviar un corsario ó capitán suyo á España, y asaltar las costas de ella, saquear los puertos y quemar á nuestros ojos nuestras naves, y

tomar las que vienen de las Indias orientales, y que se va alabando, y es recibido como triunfante, y regalado y festejado con regocijos; y que se representen comedias en vituperio y escarnio nuestro, y en alabanza y gloria suya, como se ha hecho en Inglaterra? ¿Qué sentirán las otras naciones? ¿Qué juzgarán de la nuestra? ¿Qué dirán?

Dirán por ventura que es mucha nuestra paciencia, ó que es sobrada nuestra poquedad; que no queremos, ó que no podemos vengarnos, si este loco y desvariado atrevimiento quedase sin castigo. El mundo y más las cosas de la guerra se gobiernan por opinión; con ella se sustentan los imperios; mientras ella está en pie, ellos están, y cayendo ella, caen, y con la reputación muchas veces se acaban más cosas que con las armas y con los ejércitos. Y los reyes y príncipes poderosos de ninguna cosa deben ser más celosos, después de hacer lo que deben á Dios y á sus reinos, en ninguna más vigilantes y solícitos que en ganar, conservar, y acrecentar esta opinión, y que todo el mundo sepa que ni ellos quieren hacer agravio, ni consentir que nadie se le haga á ellos. Porque, perdiéndose esta reputación, se pierde mucho, y una vez perdida, con dificultad se torna á cobrar. Todo el mundo teme nuestro poder, y aborrece nuestra grandeza; tenemos muchos enemigos descubiertos, y muchos más encubiertos, y amigos fingidos: los descubiertos, faltando la reputación, tomarán ánimo para acometernos, y los encubiertos para descubrirse y publicar lo que tienen encerrado en sus pechos.

Por esto conviene velar, y para que nadie se atreva, castigar al atrevido, y con el castigo de Isabel enfrenar á los demás. Porque de otra suerte poco nos aprovecharía haber ganado el nombre y fama de soldados valerosos é invencibles en las guerras pasadas, si ahora se perdiese, y quitado el freno con que todos los estados y señoríos fuera de España están enfrenados y quietados; con menoscabo de la república, de la majestad de nuestro rey y señor y de nuestra nación les diésemos ocasión para alterarse y revolverse contra nosotros; que para que esto no sucediese, se ha entretenido tantos años, con tanta costa de nuestra sangre y hacienda, la guerra de Flandes: porque si los herejes y los vasallos rebeldes de su majestad saliesen con la suya y se perdiese la reputación con que los reinos se sustentan, ¿qué seguridad podríamos tener que los demás estados fuera de España no se rebelasen y perdiesen el respeto?

Pues ¿qué diré de la tercera razón que es nuestro provecho é interés? La cual aunque no debe tener en los pechos cristianos tanta fuerza como la de la religión y celo de la fe, ni en el de los generosos, como el de la reputación y honra, como hasta aquí habemos tratado; pero comunmente vale mucho y mueve á la mayor parte de los hombres y los arrebata en sus consejos y deliberaciones: justo es, cierto, que tenga su lugar en ellos,

y que el que es conservador de la república, que esto es ser rey, atienda al pro de sus vasallos, y procure mucho con todas sus fuerzas desviar y apartar todo lo que les pueda acarrear daño, y allegar y acrecentar lo que es para su bien y provecho.

Primeramente, bien sabemos lo que á estos reinos cuesta la guerra de los estados de Flandes, y que para sustentarla se desangra España y se consume, queriendo antes perder hacienda, que no la obediencia de aquellos estados y con ella, como dije, la reputación, sin la cual no se puede conservar lo demás. Pues esta guerra ¿cuándo tendrá fin? ¿cuándo se acabará? ¿cuándo nuestras calamidades y nuestros daños? ¿cuándo su desolamiento y nuestro desentrañamiento? Dejar lo comenzado no es posible; llevarlo adelante y sustentar tan excesivos gastos mucho tiempo es muy dificultoso; que se acabe la guerra no hay esperanza, mientras que Isabel viviere, é Inglaterra la fomentare.

Porque ya los flamencos con el uso de las armas se han hecho soldados, y aun fortificado muchas plazas, y están irritados contra nuestra nación, y muchos de ellos por ser herejes quieren gozar de sus libertades y anchuras. No conviene conceder lo que ellos pretenden contra la Iglesia Católica y contra Dios; no hay esperanza de ganarlos con halagos, ni atraerlos con promesas, ni convencerlos con buenos tratamientos y conciertos, especialmente siendo ellos fáciles, y habiendo siempre quien los predique y persuada por rigor de las armas. Este negocio, si Dios es servido que se acabe, y es de esperar que lo será, como se ha comenzado, se acabará. Pero si él no pone la mano, no parece humanamente posible que se acabará, mientras que tuvieren los rebeldes las ayudas y socorros que al presente tienen. Porque el ejército y presidio español, que es la fuerza principal con que se ha de cobrar lo que queda por ganar de aquellos estados, por irse cada día menoscabando, es necesario repararle continuamente y esforzarle con nueva gente, y esta gente se ha de enviar de España, lo cual no se puede hacer sin mucha costa y trabajo: los enemigos tienen cerca y aparejado el socorro, pues de Inglaterra á Zelanda y Holanda en pocas horas se puede pasar, teniendo nosotros las fuerzas tan apartadas para acometer y ellos casi dentro de su casa los que han de menester para resistir. Hasta aquí bien se ve que hasta que se les quiten estas fuerzas, mal podrán ser del todo vencidos: otras fuerzas no tienen sino las de la Inglesa. El Imperio está quieto: Francia ya hizo lo que pudo, y ahora, aunque quiera, no puede; los otros príncipes no pueden ó no quieren: sola Isabel, perversa hereje y enemiga de Dios y nuestra, quiere, ó, por estar tan cerca, puede esforzarlos y entretener la guerra con desasosiego nuestro y pérdidas de nuestras haciendas y de nuestras vidas.

Si queremos que se acabe esta guerra, la de Inglaterra se ha de comen-

zar, y cortada esta mala raíz, el árbol que en ella se sustenta caerá; mientras que duraren los vientos que soplan de Inglaterra, durará la tormenta, y mientras que se echare leña al fuego, arderá.....

Pues para que España no se acabe de consumir y desentrañar, enviando cada año lo que les habrá de enviar para sustentar la guerra de Flandes, conviene buscar medios para que ella se acabe, y no se ve otro ni más fuerte ni más eficaz que meter la guerra dentro de Inglaterra, y gastar en una, con esperanza del fruto, lo que sin ella se ha de gastar. Porque faltando las fuerzas de Inglaterra, Holanda y Zelanda, luego se rendirán. Esto es hacer con Isabel lo que ella ha hecho con su Majestad, y con los otros reyes sus vecinos, que ha sido emprender el fuego en las casas de ellos para tener ella paz en la suya, y turbar á los suyos para reirse de ellos, y estar como de talanquera, mirándolos en los cuernos del toro.

Y así esta guerra de Inglaterra es guerra defensiva, como dije, pues en ella defiende su Majestad, sus estados de Flandes, y acaba de una vez una guerra tan costosa, y da fin á los gastos inmensos y continuos, que mientras ella durare, necesariamente han de durar, y con esto tendrá España, que es lo que hace á nuestro propósito, algún alivio y descanso. Pero no es solo éste el provecho que de esta guerra se sigue.

No tratamos aquí solamente de sacar á su Majestad de necesidad, y quitarle la obligación de gastar para su reino lo que su reino le da, sino que no se hundan y acaben de una vez las riquezas, haciendas y bienes de todo el reino, como sin duda se acabarían, si la reina y los de su consejo saliesen con su intento. Porque no pretenden ellos solamente embarazar al rey nuestro señor con los movimientos y rebeliones de Flandes, no infestar el mar Océano, no impedir el comercio y trato de los mercaderes, no tomar una ó dos naves que vienen desmandadas de las Indias y robar las haciendas de algunos particulares tratantes; pero viendo que la riqueza y grandeza de España depende de los millones de oro y plata, y de los tesoros inestimables de las piedras preciosas y especería que cada año viene de las unas y de las otras Indias, que el sustento y vida de estos reinos está ya colgado de estos tratos y de esta mercadería, y de la ordinaria y segura navegación de las flotas, pretenden quitarnos las mismas Indias, ó á lo menos turbarnos el curso de esta navegación, y robar las flotas para afligir y asolar estos reinos, y dar al través de un golpe con la grandeza y riqueza de todos ellos.

Esto intentaron pocos años ha, entrando por el estrecho de Magallanes y robando gran suma de oro y plata en el Perú; y hoy día de nuevo han pasado á aquel reino mismo con más brío y atrevimiento que pretendieron dos años ha, pues llegaron á las Islas de Santo Domingo, y tomaron y robaron la Isla de Cartagena, y estuvieron tres días sobre la Habana para ha-

cer lo mismo, y pasaron más adelante, haciendo por todas partes innumerables daños é insultos, y si Dios casi milagrosamente no guardara las flotas, cayeran en sus manos. Y para que sepamos que con nuestra paciencia y disimulación acrece su osadía, y que la herejía es desvergonzada y atrevida; este año han robado á nuestra armada en nuestro puerto de Cádiz, y quemado y tomado parte de ella, y algunas naves cargadas de la India, y pretendían topar nuestras flotas, y hacernos los daños que de su desordenada intención se pueden temer: y si estos males no se apartan, sin duda crecerán, y cada año nos veremos en nuevos cuidados y en nuevos aprietos y sobresaltos; y lo que en estos años no ha acontecido, por ventura sucederá en otro, y tendrá España para muchos que llorar, y si Dios por nuestros pecados y por nuestros descuidos lo permitiese, acrecentando con su osadía y robos sus fuerzas, la Inglesa podría alterar y alborotar los estados de las Indias, apartados, desarmados, sujetos á movimientos y alteraciones, y expuestos á cualquiera violencia. De manera que ya que no los pudiese ella tomar y sustentar, nos diese que pensar y en que entender. Esto se ha de atajar: y no hay otra mejor manera que cortar la raíz, como se ha dicho. Por esto digo que en esta guerra se defienden las haciendas y bienes de todo el reino, y su paz y sosiego y quietud.

No es este negocio de pocos, sino de muchos: no toca solamente á los mercaderes y hombres de negocios, aunque si á ellos sólo tocase, sería causa bastante para emprender la guerra, porque sin ellos no se puede conservar el patrimonio real, ni la república. Mas á todos toca el dote de la doncella, el amparo de la viuda, la defensa del pupilo, el sustento de los monasterios, la conservación de los hospitales, la comida de los pobres, la seguridad de los labradores, la quietud de los ciudadanos, el lustre de los caballeros y señores. Más diré: la grandeza y reputación de nuestro rey, y el descanso de todo el reino en gran parte depende de este trato y comercio, y anual y segura navegación de las Indias, que la reina de Inglaterra nos quiere quitar. Y así, Señores, en este jornada no piensen vv. mm., que, acometen aquel reino, sino que defienden el suyo: y todo lo que aquí he referido y mucho más, que por comprenderlo tan bien con su discreción y prudencia, no hay para qué dilatarlo y encarecerlo con palabras; pues si en esta guerra se defiende la fama y gloria de la nación, si se defiende la honra de España, ¿qué español habrá que no vaya á ella con alegría? Si se defiende la reputación de nuestro rey tan sabio, tan justo, tan moderado y poderoso, de la cual cuelga todo el bien de toda la cristiandad, ¿qué vasallo habrá que no muestre su lealtad, su zelo y valor? Si nuestras haciendas, si nuestras vidas, si nuestros contentos están á riesgo, y no pueden tener seguridad sino con el castigo de esta Isabel y de sus ministros, ¿quién no se ceñirá la espada y embrazará el escudo, y blandeará la lanza, y de-

rramará la sangre por defender y asegurar la patria en que nació, por salvar la nave en que navega, por su rey, por su reino, por su ley, y por su Dios?

Aunque no vamos á derramar la sangre, Señores, en esta jornada, ni á dar nuestras vidas, que por tantos y tan justos títulos serán muy bien dadas. Mas vamos á quitarlas á los herejes, y á darla á innumerables católicos del reino de Inglaterra. Vamos á tomar los despojos de las riquezas, los tesoros infinitos que eran de la Iglesia y templo de Dios, y ahora están tiranizados de Isabel y de sus impíos ministros. Vamos á saquear y despojar un reino que está rico con nuestros sacos y despojos, y con la paz que ha tenido muchos años causada de nuestra guerra. Vamos á una empresa muy fácil, si hay en nosotros pecho español y valor, y tal que el comenzarla es acabarla.

Vamos, Señores, vamos con contento y alegría, vamos á una empresa gloriosa, honrosa, necesaria, provechosa y no dificultosa. Honrosa para Dios, que para castigo de Inglaterra se ha dejado desterrar de ella, y ha permitido que no se ofrezca en ella el santísimo sacrificio de la misa; para su Iglesia, que es oprimida de los herejes ingleses, sus enemigos; para los santos, que han sido en ella maltratados, afrentados y quemados; para nuestra nación, por quererse nuestro Señor servir de ella para cosas tan grandes. Necesaria para la reputación de nuestro rey, necesaria para seguridad de nuestros reinos, necesaria para la conservación de las Indias y de las flotas y riquezas y tesoros que de ellas nos vienen. Provechosa para que con el favor de Dios se acabe la guerra de los estados de Flandes, y con ella la necesidad de sacar y enviar de España para sustentarla nuestra sangre, nuestra vida, nuestra sustancia; provechosa por los despojos y riquezas que habremos de Inglaterra, de los cuales cargados, y de gloria y victoria, con el favor de Dios, volveremos á nuestras casas.

Vamos á una empresa no dificultosa, porque Dios nuestro Señor, cuya causa y santísima religión defendemos, irá delante: con tal capitán no tenemos que temer. Los santos del cielo irán en nuestra compañía y particularmente los patronos de España. Y los santos y protectores de la misma Inglaterra, que son perseguidos de los herejes ingleses, y desean y piden á Dios su venganza, nos saldrán al camino y nos recibirán y nos favorecerán; y además los otros bienaventurados santos que plantaron en ella con su vida y doctrina celestial nuestra santa fe, ó la regaron con su sangre, ya nos están aguardando. Hallaremos en nuestro favor á los santos varones Juan Fistero, cardenal y obispo Refense, al grande Tomás Moro, y á otros innumerables de la Cartuja, de San Francisco, de Santa Brígida y de las otras órdenes. La sangre derramada por Enrique clama á Dios desde la tierra donde se derramó, y pide venganza, y no menos la de Edmundo

Campiano, de Tomás Cataneo de la Compañía de Jesús, de Rodolfo Curvino, de Alejandro Briante, y de otros muchísimos sacerdotes venerables y siervos de Dios, á los cuales su hija Isabel ha despedazado con atroces y exquisitos tormentos, y la de la santa é inocente María, reina de Escocia, que todavía está fresca y aun no enjuta, y con su hervor, calor y copiosa abundancia arguye la crueldad ó impiedad de esta Isabel, y tira saetas contra ella.

Allí nos están aguardando los gemidos de infinitos católicos aprisionados; las lágrimas de muchas viudas, que por no perder la fe perdieron sus maridos; los sollozos de innumerables doncellas, que ó han de dar sus vidas, ó destruir sus haciendas, ó destruir sus ánimas; los niños y muchachos que, si no se remedian, criados con la leche ponzoñosa de las herejías, se perderán. Finalmente, una muchedumbre sin número de labradores, ciudadanos, hidalgos, caballeros, sacerdotes y de todos estados; muchedumbre de católicos, que está afligida y oprimida y tiranizada de los herejes, y nos está aguardando para su libertad. En nuestra compañía van la fe, la justicia, la verdad, la bendición del Papa, que tiene lugar de Dios en la tierra, los deseos de todos los buenos, las oraciones y plegarias de toda la Iglesia católica. Más podrá Dios que el diablo, más la verdad que la mentira, más la fe católica que la herejía, más los santos y ángeles del cielo, que todo el poderío del infierno, más el ánimo invencible y brazo robusto español que los ánimos caídos y cuerpos helados y flojos de los herejes. No falta, Señores, sino que vaya con nosotros la pura y buena conciencia, el corazón limpio y encendido de amor y celo de la gloria de Dios, la intención fina de pelear principalmente por la fe católica y por nuestro rey y nuestro reino: vivamos vida cristiana, y por nuestra ley y nuestro rey, y sin escándalo y ofensas públicas de Dios: haya en nosotros piedad para con él, unión y hermandad entre los soldados, obediencia á los capitanes, ánimo, esfuerzo y valor español, que con éste no tenemos que temer y nuestra es la victoria.

ORATORIA POLÍTICA

D. JUAN DONOSO CORTÉS

DEL DISCURSO PRONUNCIADO EN EL CONGRESO EL 4 DE ENERO DE 1849

(FRAGMENTOS)

Las dos represiones: el termómetro religioso y el termómetro político

Os ruego, señores, que guardéis en vuestra memoria mis palabras; porque lo que os voy á decir, los sucesos que voy á anunciar en un porvenir más próximo ó más lejano, pero muy lejano nunca, se han de cumplir á la letra.

Señores, no hay más que dos represiones posibles: una interior y otra exterior, la religiosa y la política. Estas son de tal naturaleza, que cuando el termómetro religioso está subido, el termómetro de la represión está bajo; y cuando el termómetro religioso está bajo, el termómetro político, la represión política, la tiranía está alta. Esta es una ley de la historia.

Y sino, señores, ved lo que era el mundo, ved lo que era la sociedad que cae al otro lado de la Cruz: decid lo que era cuando no había represión interior, cuando no había represión religiosa. Entonces aquella era una sociedad de tiranías y de esclavos. Citadme un solo pueblo de aquella época, donde no hubiera esclavos y donde no hubiera tiranía. Este es un hecho evidente. La libertad verdadera, la libertad de todos y para todos no vino al mundo sino con el Salvador del mundo. *(Muy bien, muy bien).* Este también es un hecho incontrovertido, es un hecho reconocido hasta por los mismo socialistas, que lo confiesan. Los socialistas llaman á Jesús un hombre divino; y los socialistas hacen más, se llaman sus continuadores. ¡Sus continuadores, santo Dios! Ellos, los hombres de sangre y de venganzas, continuadores del que no vivió sino para hacer bien; del que no abrió la boca sino para bendecir; del que no hizo prodigios sino para librar á los pecadores del pecado, á los muertos de la muerte; del que en

el espacio de tres años hizo la revolución más grande que han presenciado los siglos, y la llevó á cabo sin haber derramado más sangre que la suya! *(Vivos y generales aplausos).*

Señores, os ruego me prestéis atención; voy á poneros en presencia del paralelismo más maravilloso que ofrece la historia. Vosotros habéis visto que en el mundo antiguo, cuando la represión religiosa no podía bajar más, porque no existía ninguna, la represión política subió hasta no poder más, porque subió hasta la tiranía. Pues bien: con Jesucristo, donde nace la represión religiosa, desaparece completamente la represión política. Es esto tan cierto, que habiendo fundado Jesucristo una sociedad con sus discípulos, fué aquella la única sociedad que ha existido sin gobierno. Entre Jesús y sus discípulos no había más gobierno que el amor del maestro á los discípulos, y el amor de los discípulos al maestro. Es decir, que cuando la represión interior era completa, la libertad era absoluta.

Sigamos el paralelismo. Llegan los tiempos apostólicos, que los extenderé, porque así conviene ahora á mi propósito, desde los tiempos apostólicos, propiamente dichos, hasta la subida del cristianismo al Capitolio en tiempo de Constantino el Grande. En este tiempo, señores, la religión cristiana, es decir la represión religiosa interior, estaba en todo su apogeo; pero aunque estaba en todo su apogeo, sucedió lo que sucede en todas las sociedades compuestas de hombres: que comenzó á desarrollarse un germen, nada más que un germen de licencia y de libertad religiosa. Pues bien, señores, observad el paralelismo: á este principio de descenso en el termómetro religioso corresponde un principio de subida en el termómetro político. No hay todavía gobierno, no es necesario el gobierno; pero es necesario ya un germen de gobierno. Así, en la sociedad cristiana entonces no había de hecho verdaderos magistrados, sino jueces árbitros y amigables componedores, que son el embrión del gobierno. Realmente no había más que eso; los cristianos de los tiempos apostólicos no tuvieron pleitos, no iban á los tribunales; decidían sus contiendas por medio de árbitros.

Llegan los tiempos feudales, y en ellos la religión se encuentra todavía en su apogeo, pero hasta cierto punto viciada por las pasiones humanas. ¿Qué es lo que sucede, señores, en este tiempo en el mundo político? Que ya es necesario un gobierno real y efectivo; pero que basta el más débil de todos; y así se establece la monarquía feudal, la más débil de todas las monarquías.

Seguid observando el paralelismo. Llega, señores, el siglo XVI. En este siglo, con la gran reforma luterana, con ese gran escándalo político y social, tanto como religioso; con ese acto de emancipación intelectual y moral de los pueblos, coinciden las siguientes instituciones. En primer

lugar, en el instante las monarquías, de feudales se hacen absolutas. Vosotros creeréis, señores, que más que absoluta no puede ser una monarquía: un gobierno ¿qué puede ser más que absoluto? Pero era necesario, señores, que el termómetro de la represión política subiera más, porque el termómetro religioso seguía bajando: y con efecto subió más. ¿Y qué nueva institución se creó? La de los ejércitos permanentes. ¿Y sabéis, señores, lo que son los ejércitos permanentes? Para saberlo, basta saber lo que es un soldado: un soldado es un esclavo con uniforme. Así, pues, veis que en el momento en que la represión religiosa baja, la represión política sube al absolutismo, y pasa más allá. No bastaba á los gobiernos ser absolutos; pidieron y obtuvieron el privilegio de ser absolutos, y tener un millón de brazos.

A pesar de esto, señores, era necesario que el termómetro político subiera más, porque el termómetro religioso seguía bajando: y subió más.... Los gobiernos dijeron: necesitamos un millón de ojos; y tuvieron la policía.... No les bastó tener un millón de ojos; quisieron tener un millón de oídos; y los tuvieron con la centralización administrativa, por la cual vienen á parar al gobierno todas las reclamaciones y todas las quejas.

Y bien, señores, no bastó esto, porque el termómetro religioso siguió bajando, y era necesario que el termómetro político subiera más.... ¡Señores hasta dónde!... Pues subió más.

Los gobiernos dijeron: para reprimir, no nos bastan un millón de brazos.... ni un millón de ojos.... ni un millón de oídos...: necesitamos tener el privilegio de hallarnos á un mismo tiempo en todas partes. Y lo tuvieron: y se inventó el telégrafo. *(Grandes aplausos).*

Señores, tal era el estado de Europa y del mundo, cuando el primer estallido de la última revolución vino á anunciarnos que aun no había bastante despotismo en el mundo; porque el termómetro religioso estaba por bajo de cero. Ahora bien, señores, una de dos.... ó la reacción religiosa viene, ó no: si hay reacción religiosa, ya veréis señores, cómo subiendo el termómetro religioso, comienza á bajar natural, espontáneamente, sin esfuerzo ninguno de los pueblos ni de los gobiernos ni de los hombres, el termómetro político hasta señalar el día templado de la libertad de los pueblos. *(Bravo).* Pero si por el contrario, señores, el termómetro religioso continúa bajando, no sé á donde hemos de ir á parar. Yo, señores, no lo sé, y tiemblo cuando lo pienso. Contemplad las analogías que he propuesto á vuestros ojos; y si cuando la represión religiosa estaba en su apogeo, no era necesario gobierno ninguno; cuando la represión religiosa no exista, no habrá bastante con ningún género de gobierno; todos los despotismos serán pocos. *(Profunda sensación).*

Señores, esto es poner el dedo en la llaga; esta es la cuestión de Espa-

ña, la cuestión de Europa, la cuestión de la humanidad, la cuestión del mundo. *(Cierto, cierto).*

Sobre los sucesos de Roma

Señores, los sucesos de Roma no tienen un nombre: ¿cómo los llamaréis, señores? Los llamaríais deplorables? Deplorables, todos los que he citado lo son: esos son mucho más. Los llamaríais horribles? Señores, esos acontecimientos son sobre todo horror.

Había en Roma, ya no le hay, sobre el trono más eminente, el varón más justo, el varón más angélico de la tierra. ¿Qué ha hecho Roma de ese varón evangélico, de ese varón justo? ¿Qué ha hecho esa ciudad en donde han imperado los héroes, los Césares y los Pontífices? Ha trocado el trono de los Pontífices por el trono de los demagogos. Rebelde á Dios ha caído bajo la idolatría del puñal. Eso ha hecho. El puñal, señores, el puñal demagógico, el puñal sangriento, ese es hoy el ídolo de Roma. Ese es el ídolo que ha derribado á Pío IX. Ese es el ídolo que pasean por las calles tropas de caribes. ¿Dije caribes? Dije mal: que los caribes son feroces; pero los caribes no son ingratos. *(Aplausos).*

Señores, me he propuesto hablar con toda franqueza, y hablaré. Digo que es necesario que el rey de Roma vuelva á Roma, ó que no quede en Roma piedra sobre piedra. (En los bancos de la mayoría: *Muy bien, muy bien).*

El mundo católico no puede consentir, y no consentirá, en la destrucción virtual del Cristianismo por una ciudad sola, entregada al frenesí de la locura. La Europa civilizada no puede consentir y no consentirá, que se desplome, señores, la cúpula del edificio de la civilización europea. El mundo, señores, no puede consentir y no consentirá, que en Roma, esa ciudad santa, se verifique el advenimiento al trono de una nueva y extraña dinastía, la dinastía del crimen. *(Bravo).* Y no se diga, señores, que hay dos cuestiones allí, una temporal y otra espiritual; y que la cuestión ha sido entre el rey temporal y su pueblo; que el Pontífice existe todavía. Dos palabras sobre esta cuestión: dos palabras, señores, lo explicarán todo.

Sin duda ninguna el poder espiritual es lo principal en el Papa; el temporal es accesorio; pero ese accesorio es necesario. El mundo católico tiene el derecho de exigir que el oráculo infalible de sus dogmas sea libre é independiente: el mundo católico no puede tener una ciencia cierta, como se necesita, de que es independiente y libre, sino cuando es soberano; porque solo el soberano no depende de nadie. *(Muy bien).* Por consiguiente, señores, la cuestión de soberanía, que es una cuestión política en todas partes, es en Roma además una cuestión religiosa: el pueblo, que puede

ser soberano en todas partes, no puede serlo en Roma: asambleas constituyentes, que pueden existir en todas partes, no pueden existir en Roma: en Roma no puede haber más poder constituyente que el poder constituído. Roma, señores, los Estados Pontificios no pertenecen á Roma, no pertenecen al Papa; los Estados Pontificios pertenecen al mundo católico: el mundo católico se los ha reconocido al Papa, para que fuera libre é independiente; y el Papa mismo no puede despojarse de esa soberanía, de esa independencia. *(Generales aplausos)*....

Del discurso sobre la situación general de Europa, pronunciado en el Congreso el 30 de Enero de 1850, al discutirse el proyecto de autorización al Gobierno, para plantear los presupuestos de aquel año

Señores:

Retirado de la escena política por causas que mis amigos conocen y que adivinan todos, había pensado no tomar parte hoy en esta discusión ni en ninguna. Si rompo hoy este silencio, es por cumplir con un deber, un deber que estimo sagrado, como estimo sagrados todos mis deberes. Sin embargo, señores, el desaliento profundo que ha motivado en mí la resolución de retirarme de la vida pública, este desaliento profundo es hoy mucho mayor que ayer, ayer mucho mayor que el día anterior. Mis tristes pronósticos tenían antes por objeto á la Europa en general; hoy por desgracia tienen por objeto también á la nación española. Yo creo, señores, creo con la convicción más profunda que entramos en un período angustioso: todos los síntomas que lo anuncian, se presentan juntos á la vez: la ceguedad de los entendimientos, el encono de los ánimos, las discusiones sin objeto, las contiendas sin motivo; sobre todo, y más que todo esto, (y será lo que más extrañe al Congreso), el furor que de todos se apodera por las reformas económicas. Este furor que á todos agita por esta clase de cuestiones, no se presenta nunca en primer término, sin que sea anuncio seguro de grandes catástrofes y de grandes ruinas.

Encargado, señores, por la comisión de resumir este largo, importantísimo y tristísimo debate, seré, sin embargo, relativamente breve, y lo seré por varias razones; porque la cuestión viene á mis manos agotada; porque no estoy para hablar ni el Congreso para oirme, y porque, descartados los episodios dramáticos, terriblemente dramáticos (1); descartadas las alusiones personales, los ataques dirigidos á los ministros y á que los ministros han contestado; descartados, por último, los mo-

(1) El orador alude á un duelo sangriento, que por aquellos días se verificó entre dos diputados célebres ambos, y ambos, especialmente uno de ellos, ligados con Donoso por vínculos de íntima y antigua amistad. *(Nota de D. G. Tejado).*

vimientos oratorios, apenas quedan que resumir sino tres ó cuatro argumentos.

En esta discusión, señores, ha habido algunas veces palabras acerbas y duras: yo no seré ni duro ni acerbo: permita el cielo, señores, que antes de entrar en ese camino de perdición, se pegue la lengua en mi paladar, y se ahogue la voz en mi garganta. *(Risas en los bancos progresistas).* El Sr. San Miguel nos ha dicho que no era partidario de la táctica que consiste en poner á los hombres en contradicción consigo mismos, de ponerlos en contradicción con otros de su mismo partido, y de poner en contradicción consigo mismos á los partidos. Yo tampoco adoptaré esta táctica: no hablaré de estas cosas, á que por mi parte no doy importancia ninguna. ¿Cómo extrañaré yo que haya divergencias en casos especiales, entre hombres de un mismo partido, cuando desde que nací estoy buscando un hombre que esté de acuerdo consigo propio, y no le he encontrado todavía? *(Muy bien)*....

Voy, señores, á la gran cuestión, porque en todos los asuntos que se ventilan en los congresos y en cualquiera otra parte, hay muchas cuestiones; pero una sola es la verdadera, y voy á la verdadera cuestión. La verdadera cuestión es la cuestión económica, considerada políticamente. Considerada así, tengo que combatir tres gravísimos errores en que han incurrido todos, la oposición progresista, la oposición conservadora, el ministerio hasta cierto punto, y hasta cierto punto la opinión pública. Yo, señores, que ataco el error allí donde le encuentro, le atacaré donde le he encontrado. Ved aquí los tres que caracterizo de errores, y que combato. Primeramente: las cuestiones económicas son de suyo las más importantes. Segundo error: ha llegado el tiempo de que en España se dé á esas cuestiones la importancia que en sí tienen. Tercer error: las reformas económicas son cosas no solamente posibles, sino fáciles. En estos tres errores han incurrido todos; yo me he levantado aquí únicamente para combatir á todos en este terreno, para combatir contra estos errores.

En apoyo de la primera de estas proposiciones, se ha acudido aquí á la autoridad de los hombres de Estado. Si se habla de los hombres de Estado que ahora se estilan, no lo niego; pero si se habla de aquellos hombres de colosal estatura, que con el nombre de fundadores de imperios, de civilizadores de monarquías, de civilizadores de pueblos, han recibido un encargo providencial con diversos títulos, en diversas épocas y con diversos fines; si se trata de esos hombres inmortales, que son como el patrimonio y la gloria de las generaciones humanas; si se trata, por decirlo de una vez, de esa dinastía magnífica, cuya línea arranca en Moisés y acaba en Napoleón, pasando por Carlo Magno; si se trata de esos hombres inmortales, yo lo niego absolutamente; yo lo niego. Ningún hombre que

ha alcanzado la inmortalidad, ha fundado su gloria en la verdad económica; todos han fundado las naciones sobre la base de la verdad social, sobre la base de la verdad religiosa. Y esto no es decir (pues yo preveo los argumentos, y salgo delante de ellos), no es decir que yo crea que los gobiernos hayan de descuidar la cuestión económica; que yo crea que los pueblos hayan de ser mal administrados. Señores ¿tan falto estoy de razón, tan falto de corazón, que pueda dejarme llevar de semejante extravío? No digo eso; pero digo que cada cuestión debe estar en su lugar; y el lugar de estas cuestiones es el tercero ó cuarto, no el primero: eso digo.

Se ha dicho que traer aquí esas cuestiones, era el medio de vencer al socialismo. ¡Ah, señores, el medio de vencer al socialismo! Pues ¿qué es el socialismo, sino una secta económica? El socialismo es hijo de la economía política, como el viborezno es hijo de la víbora, que, nacido apenas, devora á su propia madre. Entrad en esas cuestiones económicas, ponedlas en primer término; y yo os anuncio que antes de dos años tendréis todas las cuestiones socialistas en el parlamento y en las calles. ¿Se quiere combatir al socialismo? Al socialismo no se le combate así; y esta opinión, de que antes se hubieran reído los espíritus fuertes, no causa risa ya en la Europa ni en el mundo: si se quiere combatir al socialismo, es preciso acudir á aquella religión que enseña la caridad á los ricos, á los pobres la paciencia; que enseña á los pobres á ser resignados, y á los ricos á ser misericordiosos. *(Aplausos; bien, bien).*

Voy, señores, al segundo error, que consiste en afirmar que ha llegado ya el día para nosotros de tratar esas cuestiones con toda la importancia que en sí tienen. Señores; esta idea nació en el verano último.

Vencida la revolución social en las calles de Madrid, resuelta la cuestión dinástica en los campos catalanes, la opinión pública, ciega entonces, porque es ciega casi siempre; ciega aquí, porque es ciega en todas partes, la opinión pública, creyó que estábamos tan seguros de la vida, que podíamos cuidar exclusivamente de la hacienda. Se equivocó grandemente. Entonces el error, sin embargo, era disculpable; hoy no lo es ni en la opinión pública, ni en el gobierno, ni en la opinión conservadora. ¿Quién se atreve hoy á decir que estamos seguros? ¿Quién no vé el nublado en el oscuro horizonte?

Ahora bien: si estamos tan vacilantes hoy, ¿cómo es posible que estuviéramos ayer tan firmes? Y si ayer estábamos firmes, ¿cómo es que estamos hoy tan vacilantes? La verdad, señores, yo la diré. La verdad es que no estamos hoy tan firmes, porque no lo estuvimos ayer, porque desde la revolución de febrero (1) no lo hemos estado nunca. Desde esa revolución

(1) En la que cayó Luis Felipe de Francia, proclamándose la República.

de recordación tremenda nada hay firme, nada hay seguro en Europa. España es la más firme, señores, y ya veis lo que es España; este congreso es el mejor, y ya veis lo que es este congreso. *(Risas)*. España, señores, es en Europa lo que un oasis en el desierto de Sahara. Yo he conversado con los sabios; y sé cuán poco vale en estas circunstancias la sabiduría: he conversado con los valientes; y sé cuán poco vale en estas circunstancias el valor: he conversado con los hombres prudentísimos; y sé cuán flaca es en estos momentos la prudencia. Ved, señores, el estado de Europa. Todos los hombres de Estado no parece sino que han perdido el don del consejo; la razón humana padece eclipses; las instituciones, vaivenes; y las naciones, grandes y súbitas decadencias: tended, señores, tended conmigo la vista por la Europa desde Polonia hasta Portugal; decidme con la mano puesta sobre el corazón, decidme de buena fe si encontráis una sola sociedad que pueda decir: «estoy firme en mis cimientos;» decidme si encontráis un solo cimiento que pueda decir: «estoy firme sobre mí mismo.»

Y no se diga, señores, que la revolución ha sido vencida en España, que ha sido vencida en Italia, que ha sido vencida en Francia, y que ha sido vencida en Hungría; no, señores, esto no es la verdad. La verdad es, que reconcentradas todas las fuerzas sociales, apenas han bastado para contener el monstruo.

Desde aquí no se conocen los progresos del socialismo sino en Francia. Pues bien, sabed que el socialismo tiene tres grandes teatros. En Francia están los discípulos, y nada más que los discípulos; en Italia están los seides, y nada mas que los seides; en Alemania están los pontífices y los maestros. La verdad es, señores, que á pesar de esas victorias, que nada tienen de victorias sino el nombre, la pavorosa esfinge está delante de vuestros ojos, sin que haya habido hasta ahora un Edipo que sepa descifrar ese enigma. La verdad es que el tremendo problema está en pie, y la Europa no sabe ni puede resolverle. Esta es la verdad. Todo anuncia, todo, para el hombre que tiene buena razón, buen sentido é ingenio penetrante, todo anuncia, señores, una crísis próxima y funesta; todo anuncia un cataclismo como no le han visto los hombres. Y sino, señores, pensad en estos síntomas que no se presentan nunca, y sobre todo, que no se presentan nunca reunidos, sin que detrás vengan pavorosas catástrofes. Hoy día, señores, en Europa todos los caminos hasta los más opuestos, conducen á la perdición. Unos se pierden por ceder, otros se pierden por resistir. Donde la debilidad ha de ser la muerte, allí hay príncipes débiles; donde la ambición ha de causar la ruina, allí hay príncipes ambiciosos; donde el talento mismo, señores, ha de ser causa de perdición, allí pone Dios príncipes entendidos.

Y lo que sucede con los príncipes, sucede con las ideas. Todas las ideas

las más asquerosas como las más magníficas, producen los mismos resultados. Y sino, señores, poned los ojos en París y ponedlos en Venecia: y ved el resultado de la idea demagógica y de la idea magnífica de la independencia italiana.... Y lo que sucede con los príncipes y con las ideas, eso sucede con los hombres.

Señores, donde un solo hombre bastaría para salvar á la sociedad, este hombre no existe; y si existe, Dios disuelve para él un poco de veneno en los aires. Por el contrario, cuando un solo hombre puede perder la sociedad, ese hombre se presenta, ese hombre es llevado en las palmas de las gentes, ese hombre encuentra llanos los caminos. Si queréis ver, señores el contraste, poned los ojos en la tumba del mariscal Bugeaud y en el trono de Mazzini. Y lo que sucede con los príncipes y con las ideas y con los hombres, eso sucede con los partidos.

Señores, para este mal no son remedio esencial las reformas económicas; no es remedio la caida de un gobierno y la suplantación de otro gobierno. El error fundamental en esta materia consiste en creer que los males que Europa padece, nacen de los gobiernos. Yo no negaré la influencia del gobierno sobre los gobernados: ¿cómo la he de negar? ¿quién la ha negado nunca? Pero el mal es mucho más hondo, el mal es mucho más grave. El mal no está en los gobiernos, el mal está en los gobernados; el mal está en que los gobernados han llegado á ser ingobernables. *(Risas: bien, bien).*

Señores, la verdadera causa del mal hondo y profundo que aqueja á Europa, está en que ha desaparecido la idea de la autoridad divina y de la autoridad humana. Ese es el mal que aqueja á Europa, ese es el mal que aqueja á la sociedad, ese es el mal que aqueja al mundo: y por eso, señores, son los pueblos ingobernables.....

El remedio radical contra la revolución y el socialismo no es más que el catolicismo; porque el catolicismo es la única doctrina que es su contradicción absoluta. ¿Qué es, señores, el catolicismo? Es sabiduría y humildad. ¿Qué es el socialismo, señores? Es orgullo y barbarie. El socialismo, señores, como el rey babilónico, es rey y bestia al mismo tiempo. *(Risas y grandes aplausos).*

Queda demostrado: primero, que las cuestiones económicas no son, ni deben ser, ni pueden ser las más importantes de todas: segundo que no ha llegado aquel estado de tranquilidad y de seguridad en que podamos dedicarnos á ellas exclusivamente. Voy, señores, ahora á combatir el tercero y último error, que consiste en afirmar que las economías son no solamente posibles, sino fáciles.

Señores, el Congreso me permitirá que ahora como antes diga la verdad, nada más que la verdad; pero toda la verdad con la franqueza y buena fe

que me caracteriza. No habrá ningún señor diputado que ponga en duda este axioma: que los gobiernos, aun aquellos que mayores ventajas ofrecen, ofrecen á vuelta de esas ventajas algunos inconvenientes; y al revés: que aun los gobiernos que presentan mayores inconvenientes, á vuelta de esos mismos inconvenientes, ofrecen algunas ventajas; y por último que no hay gobiernos inmortales.

En este sitio yo puedo hablar con toda libertad de las ventajas y de los inconvenientes y hasta de la muerte de los gobiernos: porque todos tienen sus inconvenientes, sus ventajas y todos mueren.

Pues bien, señores, yo digo que á vuelta de los gravísimos inconvenientes que tienen los gobiernos absolutos, tienen una gran ventaja, y es que son gobiernos relativamente baratos; y yo digo que á vuelta de las grandes ventajas que tienen los gobiernos constitucionales tienen un gravísimo inconveniente, y es que son carísimos. No conozco ninguno más caro sino el republicano. Y arguyendo por analogía, es fácil prever la suerte de cada uno de estos gobiernos. Yo digo, señores, que lo más probable es que todos los gobiernos absolutos en donde existan, perecerán por la discusión; que todos los gobiernos constitucionales en donde existan, perecerán por la bancarrota. Esta es mi convicción íntima, señores; yo hago á los señores diputados depositarios de mis convicciones.

Hay un solo medio, señores, de hacer reformas y grandes reformas económicas: ese solo medio es el licenciamiento ó el casi licenciamiento de los ejércitos permanentes. Esto, señores, podría librar á los gobiernos por algún tiempo de la bancarrota; pero ese licenciamiento sería la bancarrota de la sociedad entera; porque, señores, y aquí llamo vuestra atención, los ejércitos permanentes son hoy los únicos que impiden que la civilización vaya á perderse en la barbarie. Hoy día, señores, presenciamos un espectáculo nuevo en la historia, nuevo en el mundo; ¿cuándo, señores, cuando ha visto el mundo sino hoy, que se vaya á la civilización por las armas, y á la barbarie por las ideas? Pues esto es lo que está viendo el mundo en la hora en que estoy hablando. *(Aplausos)*.

Este fenómeno, señores, es tan grave, es tan peregrino que exige alguna explicación por mi parte. Toda civilización verdadera viene del Cristianismo. Es esto tan cierto, que la civilización toda se ha reconcentrado en la zona cristiana: fuera de esa zona no hay civilización, todo es barbarie; y es esto tan cierto, que antes del Cristianismo no ha habido pueblos civilizados en el mundo, ni uno siquiera.

Ninguno, señores: digo que no ha habido pueblos civilizados, porque el pueblo romano y el pueblo griego no fueron pueblos civilizados; fueron pueblos cultos, que es cosa muy diferente. La cultura es el barniz, y nada más que el barniz de las civilizaciones. El Cristianismo civiliza al mundo,

haciendo estas tres cosas: ha civilizado al mundo, haciendo de la autoridad una cosa inviolable; haciendo de la obediencia una cosa santa; haciendo de la abnegación y del sacrificio, ó por mejor decir, de la caridad, una cosa divina. De esa manera el Cristianismo ha civilizado á las naciones. Ahora bien (y aquí está la solución de ese gran problema) ahora bien; las ideas de la inviolabilidad de la autoridad, de la santidad de la obediencia y de la divinidad del sacrificio, esas ideas no están hoy en la sociedad civil; están en los templos donde se adora al Dios justiciero y misericordioso, y en los campamentos donde se adora al Dios fuerte, al Dios de las batallas, bajo los símbolos de la gloria. Por eso, porque la Iglesia y la milicia son las únicas que conservan íntegras las nociones de la inviolabilidad de la autoridad, de la santidad de la obediencia y de la divinidad de la caridad; por eso son hoy los dos representantes de la civilización europea.

No sé, señores, si habrá llamado vuestra atención, como ha llamado la mía, la semejanza, cuasi la identidad entre las dos personas que parecen más distintas y más contrarias; la semejanza entre el sacerdote y el soldado: ni el uno ni el otro viven para sí: ni el uno ni el otro viven para su familia: para el uno y para el otro, en el sacrificio, en la abnegación está la gloria. El encargo del soldado es velar por la independencia de la sociedad civil. El encargo del sacerdote es velar por la independencia de la sociedad religiosa. El deber del sacerdote es morir, dar la vida como el buen pastor por sus ovejas. El deber del soldado, como buen hermano, es dar la vida por sus hermanos. Si consideráis la aspereza de la vida sacerdotal, el sacerdocio os parecerá, y lo es en efecto, una verdadera milicia. Si consideráis la santidad del ministerio militar, la milicia cuasi os parecerá un verdadero sacerdocio. ¿Qué sería del mundo, qué sería de la civilización, qué sería de Europa si no hubiera sacerdotes ni soldados? *(Aplausos prolongados)*. En vista de esto, señores, si hay alguno que después de expuesto lo que acabo de exponer, crea que los ejércitos deben licenciarse, que se levante y lo diga. Si no hay ninguno, señores, yo me río de todas vuestras economías, porque todas vuestras economías son utopias. ¿Sabéis lo que pretendéis hacer cuando queréis salvar la sociedad con vuestras economías sin licenciar el ejército? Pues lo que pretendéis hacer, es apagar el incendio de la nación con un vaso de agua. Eso es lo que pretendéis.

Queda, pues, demostrado, como me propuse demostrar, que las cuestiones económicas no son las más importantes; que no ha llegado la ocasión de tratarlas aquí exclusivamente; y que las reformas económicas no son fáciles, y hasta cierto punto no son posibles.....

¡Diputados de la nación, mirad por la vida de las asambleas españolas! Y vosotros, señores de la oposición conservadora, yo os lo pido, mirad también por vuestro porvenir: mirad, señores, por el porvenir de vuestro

partido. Juntos hemos combatido siempre; combatamos juntos todavía. Vuestro divorcio es sacrílego; la patria os pedirá cuenta de él en el día de sus grandes infortunios. Ese día quizás no está lejos; el que no lo vea posible, padece una ceguedad incurable. Si sois belicosos, si queréis combatir aquí, guardad para ese día vuestras armas. No precipitéis los conflictos. Señores, ¿no le basta á cada hora su pena, á cada día su congoja y á cada mes su trabajo? Cuando llegue ese día de la tribulación, la congoja será tanta, que llamaremos hermanos aun á aquellos que son nuestros adversarios políticos: entonces os arrepentiréis, aunque tarde tal vez, de haber llamado enemigos á los que son vuestros hermanos. *(El orador se sienta en medio de prolongados y repetidos aplausos y de numerosas felicitaciones).*

ORATORIA FORENSE

D. FLORENCIO GÓMEZ PARREÑO

Defensa de la ruidosa causa seguida por el juzgado de primera instancia que despacha el señor D. Miguel María Durán, contra D. Gabino Ranz, por la muerte causada involuntariamente á Román Pinillos

Si alguna vez cabe satisfacción á un procesado en medio de la desgracia que le atormenta; si puede su corazón hallar consuelo en medio del dolor que le devora; es sin duda, cuando los hechos se encargan de presentar la verdad de las cosas como realmente fueron en sí, cuando el tiempo toma á su cuidado la averiguación de los sucesos que dieron lugar á los procedimientos criminales, cuando el tiempo y los hechos vienen de consuno á justificar su inculpabilidad. No sabemos qué fatalidad suele presidir en los tristes acontecimientos de la vida del hombre, que desde el momento mismo en que alguno de ellos tiene lugar, se apoderan de él la maledicencia y la envidia; y sin conocimiento, sin datos, sin antecedentes, esparcen por donde quiera una relación absurda, exagerada, caprichosa contra el desventurado que en el hecho de verse sometido á la acción de los tribunales de justicia, tiene derecho á todo respeto, á toda consideración de parte de

los demás. La envidia de unos, la garrulidad de otros, la ligereza de aquellos y las malas pasiones de éstos, se reunen admirable é insensiblemente con una prontitud extraordinaria, para formar la opinión pública contra el procesado, y presentarle desde los primeros instantes ataviado con los inmundos andrajos de la más abominable criminalidad. De esta suerte se apodera de todos los ánimos el terror y la indignación contra el único objeto de los procedimientos judiciales: de este modo se extravía la razón de todos: y harto se alcanza si algunos más reflexivos, sofocando el fuerte impulso de la voz pública así formada, dan entrada á la duda, siquiera deploren más de veras la desgracia ocurrida. Y ¿cómo contener el estrago que esa pública voz extraviada produce contra la honra y existencia del procesado? ¡cómo estorbar que aun el juez llamado á dirigir la sumaria no esté afectado, y participe sin advertirlo de la impresión que en su alma cause la relación primera que de la desgraciada ocurrencia circuló! Fatalidad terrible que una vez y otra vemos justificada en la práctica.

No bien ha tenido lugar un desagradable acontecimiento, cuando se alza imponente un grito general, demandando justicia contra el culpable; repite ese mismo grito la humanidad; la moral y la sociedad ofendidas reclaman castigo también. El público en los primeros momentos mira como criminal al que solo es acusado; poseído de una profunda indignación pide venganza, sin advertir que la sociedad, representada por la ley, está interesada en el castigo. En tanto el infeliz acusado, alejado aun de las prendas más caras á su alma, no cuenta con otros elementos para conjurar la tormenta que se levanta contra él, que el testimonio de su conciencia y la divina justicia: y como la mano del hombre se abre pronta y fácilmente para la acusación, como en los primeros momentos de la ocurrencia es en demasía débil, imperceptible, casi nula, la voz de la humanidad, si el acusado comparece ante el juzgador con la posible confianza que presta el convencimiento de no haber cometido un daño á sabiendas, aunque con el más hondo pesar de haber sido causa involuntaria de él, atribúyese su confianza á perversidad escandalosa: si se presenta afligido al considerar que un solo golpe le ha robado á la persona á quien amaba, le ha privado de la paz y dulzuras que en el seno de su idolatrada familia disfrutaba felizmente, ha puesto en duda su honor y labrado su desgracia en todos los sentidos; interprétase su aflicción como el más inconcuso testimonio, como la prueba más irrefragable de su culpabilidad en el hecho que nadie como él deplora tal vez. ¡Miserable condición humana! Pues bien: he ahí lo que ha sucedido contra el desfortunado D. Gabino Ranz. Apenas tuvo lugar la desagradable ocurrencia que cada día llora más su corazón, cuando se esparció por todas partes la noticia, no como realmente fuera en sí, sino desfigurada por la calumnia ponzoñosa, que siempre presta sus ne-

gros colores al genio del mal; y no satisfecha con el estrago que producía la mentida relación que contra D. Gabino Ranz, de labio en labio circulaba, invadió el terreno de la prensa pública, y con más saña, con mayor malignidad apareció consignada en varios periódicos de esta corte, que, sin advertirlo quizá, contribuyeron á extraviar la opinión y á prevenir desfavorablemente los ánimos contra el procesado, víctima á un tiempo de su infortunio y de la calumnia.

Empero, merced al cielo, el sumario instruído con actividad y prolijidad exquisitas, nos patentiza de la manera más elocuente la injusticia con que D. Gabino Ranz fué tratado por la pública voz; nos descubre la bondad de su alma; nos le presenta como el autor involuntario de la muerte del desventurado Román Pinillos. Hoy ya existe acreditada la verdad: hoy los hechos del sumario demuestran claramente la falta de criminalidad del procesado; pues si bien ha sido el agente de la desgracia que lamentamos, no tuvo intención de causarla....

Román Pinillos, de quince años de edad, natural de Villoslada de Cameros, en la Rioja, hijo de Galo y de Brígida Pérez, hallábase colocado en la casa-comercio de D. Gabino Ranz, en la calle Mayor, número 37, para aprender el oficio de sastre, que con tanto crédito ejercía éste. El elogio más completo de Ranz queda hecho con sólo advertir, que D. Blas Pérez de Agreda, tío de Román, y D. Melitón Arana, también pariente del mismo, vivamente interesados por la felicidad y bienestar del jóven, se le confiaron á D. Gabino, íntimamente penetrados de su honradez, de su probidad, de su continua aplicación al trabajo, con lo cual había conseguido adquirir una fortuna bastante regular. De suerte que aquellos celosos parientes, llevando al jóven Román á la casa de D. Gabino, se propusieron que á un tiempo aprendiese el oficio y las virtudes de éste. El carácter de Román y su buena disposición hicieron que D. Gabino le apreciase cada día más, y le dispensase tal confianza que era el encargado del manejo y cobranza del dinero. Ya había transcurrido más de año y medio, cuando lució el para todos fatal día 26 de abril último; día cuya memoria quedará tristemente grabada en el corazón de D. Gabino Ranz por la pérdida de un jóven á quien tan de veras quería, y por cuya felicidad tan conocidamente se interesaba, que era para él un individuo de la familia, más bien que un dependiente de la casa.

En ese día, pues, hallábanse en la tienda el malogrado Pinillos, D. Gabino y sus dependientes, ocupados cada uno en su respectiva obligación, cuando se presentó doña Luisa Navarro á pagar 280 reales, importe de dos pares de pantalones que anteriormente había sacado. Dió al efecto un billete de Banco, valor 500 rs., y D. Gabino lo entregó á Román para que subiese á la habitación principal, cobrase los 14 duros, volviese lo demás

en un billete de 200 reales y un duro en plata. Bajó, en efecto, con un billete de 200 rs. y 15 duros en plata con los que se dió la vuelta ó diferencia á dicha señora. Había pasado ya más de una hora cuando Ranz subió á almorzar, y mientras esto hacía preguntó á su señora esposa doña Francisca Javiera de la Rubia, qué recado le había dado Román al entregarle el billete de 500. Luego que concluyó, bajó á la tienda y se puso de nuevo á trabajar en el sitio acostumbrado; y estando cortando un paletó, comenzó á hacer varias reflexiones á Román porque no había ejecutado su encargo sobre el particular, hallándose tan escasa la plata; y le amonestó suave y naturalmente, aconsejándole que para en lo sucesivo procediese con más detenimiento y reflexión. Román, lejos de respetar los consejos, en vez de escuchar la reprensión con docilidad, ó al menos con silencio, comenzó á mofarse, cantando y tarareando á media voz: este proceder incomodó á Ranz, quien sin reparar lo que ejecutaba, sin saber lo que hacía, le tiró las tijeras con que estaba cortando el paletó azul; y cayeron en la espalda, causándole la herida de que más tarde falleció en la cama de la habitación principal, á donde había subido desde que se comenzó á quejar por el golpe que recibiera. Tan pronto como dijeron á Ranz los dependientes que Román estaba herido, mandó se buscase un facultativo para que le curase, y quedó consternado por la noticia inesperada que se le acababa de dar, como que no creyó pudiese haber sido herido: y desde el instante mismo en que supo que había sobrevenido la muerte, se presentó á ponerlo en conocimiento de la primera autoridad que halló, que fué el teniente de alcalde del distrito, y seguidamente fué á ponerse á disposición del señor juez de primera instancia, dándole parte de cuanto había ocurrido.

Esta es la fiel historia del suceso que nos demuestran las páginas del sumario. Vamos ahora á su examen. Ante todas cosas, creemos conveniente dejar consignado, que según nuestros principios, el delito consiste en la acción ú omisión voluntaria penada por la ley: de modo que es necesaria la cooperación de la inteligencia y de la voluntad; es indispensable *saber* que la acción que va á ejecutarse es mala, está prohibida, y *quererla* sin embargo realizar. Cuando esto sucede, cuando ambas condiciones existen, cuando en efecto obran la inteligencia y la voluntad, entonces hay delito, entonces hay delincuente. Empero, no siempre acontece que una y otra circunstancia se reunan en el agente. Ocasiones hay en que una causa exterior, al parecer insignificante, que no se había previsto, se presenta instantaneamente, ofusca el ánimo, trastorna la inteligencia del hombre y excita su cólera de un modo portentoso. En este caso podemos decir con un escritor célebre, que la razón del hombre está como envuelta de improviso en una nube; no sabe lo que hace, y la violencia y rapidez de sus movimientos tienen algo de maquinal.

Asentadas estas doctrinas, consignados así nuestros principios, paréce-nos llegado el momento de examinar si D. Gabino Ranz (á quien llama homicida el ministerio público, diciendo serlo con arreglo á las pruebas consignadas en la causa y á la calificación que nuestras leyes hacen de su delito), ha querido cometer el delito de que se mira acusado. Desde luego afirmamos que no: y para demostrarlo, bastará colocarse en las circuns-tancias en que él se hallaba, pues sólo así se puede juzgar al hombre.

Todo cuanto pasa en la vida de éste, todo cuanto se ejecuta, es nacido del interés que tiene en realizarlo; y este interés tanto será mayor cuanto mayor sea el deseo de conseguir el objeto propuesto. Pues bien: supuesto que el móvil de las humanas acciones es el interés, ¿cuál podrá suponerse tuviera D. Gabino Ranz para cometer un homicidio? ¿qué interés, qué ventajas podrá decirse le movieran á privar de la existencia al malogrado Román Pinillos? Cabalmente el interés de D. Gabino estaba en conservarle á su lado. Ya consta cumplidamente en el sumario que el joven Román Pinillos era el que por su buena disposición y apreciables cualidades merecía de tal modo la confianza de D. Gabino, que le tenía encargado el manejo de los caudales, el giro de cuentas, la cobranza del dinero, en términos de que este punto tan importante se hallaba exclusivamente abandonado á aquel, sin saber nuestro principal quiénes debían á la casa, qué sumas, ni por qué concepto. De aquí se infiere naturalmente que D. Gabino Ranz, aun por conveniencia propia, estaba interesado en no hacer mal alguno al que tenía en su mano el medio de causarle un per-juicio grande, irreparable. Perjuicio que ya se ha hecho sentir; pues la desgraciada muerte de Román ha privado al que patrocinamos de una cantidad de consideración, toda vez que pasan de mil duros las cuentas pendientes, cuyo cobro es difícil, si no imposible, por falta de datos y antecedentes que sólo Román Pinillos sabía. Por otra parte, consta de pública notoriedad en esta corte, que D. Gabino Ranz era por demás laborioso; que todos sus afanes se dirigían á asegurar su subsistencia y el porvenir de su querida familia: consta asimismo que de tal suerte le do-minaba el amor al trabajo, que puede asegurarse que era su pasión exclu-siva, su continuo pensamiento.

Ahora bien: ¿es verosímil que el que sólo vive para el trabajo, el que tanto se sacrificaba por asegurar en lo posible una cómoda subsistencia, tuviese interés de ser homicida, y precisamente homicida de un joven á quien tanta predilección había demostrado? ¿Qué causas podía haber que impulsasen á D. Gabino á cometer un crimen abominable contra un niño á quien tan de veras apreciaba? ¡Desde cuándo un padre de familia honrado, víctima de su constante laboriosidad, prefiere su ruina, la de su esposa é hijos, el deshonor, la infamia, el cadalso, por sólo el rudo y bárbaro

placer de que su nombre escandalice á los buenos y pase á la posteridad en el catálogo funesto de los homicidas! ¡Desde cuándo un hombre que, siendo apegado á los intereses, los confía á un joven de la más tierna edad para así manifestarle su consideración y cariño; desde cuándo, volvemos á repetir, sin causa, sin interés, tiñe su mano criminal en la sangre inocente del objeto de su aprecio y de su confianza! ¡Desde cuándo un hombre pacífico y virtuoso comete un crímen tan execrable por sólo el placer de ejecutarlo!

Preséntanos la historia del corazón humano una víctima sacrificada por la pasión de los celos: aquí vemos armado el brazo por la sed del oro: allí la envidia y la desesperación, preparando el tóxigo funesto; ¿pero cuándo nos ha presentado á un honrado y laborioso padre de familia escondiendo el hierro homicida en las entrañas de un joven apreciable, á quien amaba como á hijo, y á quien en prueba de estimación le tenía confiado el cargo más importante en una casa de comercio; el manejo del dinero? La naturaleza se resiste á tan absurdo suceso. Sin interés grande, no hay grande crimen: el interés nace del deseo: el deseo nace de la pasión: pero aquí no hay términos hábiles para suponer siquiera la verosimilitud de una pasión, de un deseo, de un interés capaz de mover la inteligencia y voluntad de D. Gabino Ranz, no diremos á privarle de la vida, pero ni aún á causarle el mas leve daño. Si embargo, menester es buscar la causa verdadera que existió para tan lastimosa ocurrencia.

El promotor dice, que ésta fué producida por el cambio del billete de doña Luisa Navarro; pero ¿qué relación existe entre ese cambio de billete y la herida que D. Gabino infirió, sin saberlo, en la persona de su querido dependiente Pinillos?

Que el cambio en cuestión no fué el motivo que produjo la catástrofe, aparece con sólo advertir que Román no fué el que entregó la vuelta del billete á doña Luisa, sino D. Gabino; que éste no tenía giro ni comerciaba en el cambio de billetes del Banco; si bien es cierto, que por eso mismo tenía encargado á Román, como que era el que manejaba el dinero, que cuando se le pagasen cuentas con billetes, procurase dar las vueltas con billetes también, siempre que fuera posible, á fin de no sufrir el doble quebranto que de otro modo se le seguiría. Pero Román no lo ejecutó así: y sin embargo, D. Gabino, obrando con delicadeza no le reprendió delante de aquella señora, y dió á ésta la vuelta del billete en plata; es más: ni aun le reprendió después que se ausentó doña Luisa: prueba de que ese interés mezquino en nada influyó en su ánimo. Creyó entonces que su esposa había dispuesto que Román entregase la vuelta en los términos que tuvo lugar; mas, cuando D. Gabino subió á almorzar, preguntó á aquella qué recado le había dado el muchacho, y entonces vió que éste no había hecho

lo que le tenía encargado. Si Román Pinillos hubiera sido una persona indiferente para D. Gabino Ranz, si no le hubiese apreciado tan de veras, si no hubiera tenido un grande interés por él, seguramente no le hubiera aconsejado luégo, ni le hubiera dejado de reprender delante de doña Luisa Navarro en el crítico momento de bajar la vuelta en plata, y contra lo que le tenía prevenido; pero D. Gabino miraba á Román como á uno de su propia familia, tenía empeño en hacerle hombre de provecho, y por lo mismo creyó deberle aconsejar lo conveniente para en adelante. Así fué, que después de bajar de almorzar, estando trabajando comenzó á amonestarle suavemente y á darle consejos para que en lo sucesivo fuese más detenido y obrase con más reflexión; pero desgraciadamente, aquel joven tan querido, en vez de oir con respeto, ya que no fuese con gratitud y reconocimiento, las amonestaciones y prudentes consejos que D. Gabino le dirigía, comenzó á tararear en tono bajo y á burlarse de él así. D. Gabino tuvo también la desgracia de arrojarle las tijeras maquinalmente en el mismo instante, y el peso de ellas, y la distancia hicieron que, dándole en la espalda, le hiriesen, causándole la muerte después. Ahora bien: ¿cuál es el motivo verdadero de la catástrofe? ¿es el cambio del billete, según expresa la censura del fiscal? No: muy otro es por cierto. La impresión producida en su alma por el terrible á inesperado desprecio que de sus consejos se hizo: impresión tanto más fuerte, cuanto mayor era el cariño que D. Gabino profesaba al que tan duramente le acababa de tratar: impresión tanto más viva, cuanto más distancia apareció entre el buen deseo de D. Gabino y el proceder de Román. El motivo, pues, fué puro en su esencia: tristes los efectos que tuvieron lugar. Entonces no se ocupaba el ánimo en la idea pobre y mezquina de un cambio de billete; abrumaba al corazón en aquel instante otra idea más elevada, la del desprecio á los buenos consejos, la de la falta de respeto de parte del menor edad al mayor, del subordinado al principal, la de la falta de gratitud, reconocimiento y consideración que bajo todos conceptos creyó D. Gabino se le debían.

«Cualquiera que reconozca la existencia del libre albedrío, dice el promotor, no podrá negar que el hecho imputado á D. Gabino Ranz constituye un grave delito, porque aun cuando es cierto que hirió á Román en un momento de cólera excitada por el poco aprecio que manifestaba á su reprensión, aunque es cierto que arrojó el arma homicida sin ánimo deliberado, pero *tenía verdadera intención de causar un daño*, obraba impulsado por un deseo de venganza del agravio que su dependiente le hacía: y según dice un autor célebre, lo que esta pasión tiene de instintivo, lo que tiene de natural no la justifica, no hace sus consecuencias menos culpables, pues la razón está particularmente destinada á combatir los movimientos involuntarios que nos arrastran hacia un fin condenable: porque

la reflexión es tan natural en el hombre, como la fuerza impulsiva de las pasiones.»

¡Qué *tenía* D. Gabino *verdadera intención de causar un daño!* —Terrible aseveración que jamás creímos pudiera consignarse. ¿Cuáles son los fundamentos de tan gravísimo aserto? Si los hay, ¿cómo es que no los enumera el ministerio público, aunque no sea más que para demostrar la exactitud de sus ideas, la severa imparcialidad de su proceder? ¿De dónde se infiere la existencia de esa intención verdadera de causar un daño? ¿acaso de las páginas del proceso? No: por eso el promotor no apela á ellas. Por ventura ¿se infiere de los antecedentes con relación á la persona ó á las cosas? Tampoco: por eso el promotor no los ha invocado. ¿Cuál es, pues, la razón legal, el fundamento lógico que hay para permitirse la delicadísima y trascendental acusación hecha á D. Gabino Ranz tan afirmativamente? Al considerar las explicaciones á que aludimos, y al observar el resultado del sumario, plácenos imaginar que un descuido involuntario, ó una equivocación involuntaria también ha podido hacer que semejantes palabras se asienten contra el infortunado, cuya defensa nos está encomendada. De otro modo no es fácil explicarlo. Porque á la verdad, ¿no consta justificado en el proceso que fueron instantáneos el consejo, el desprecio y la burla, y el arrojar las tijeras? ¿Desde cuándo, desde qué momento supone el ministerio fiscal la verdadera intención de hacer un daño? ¿Desde que comenzó á amonestar D. Gabino á Román? Pues en ese caso le advertiremos, que su aserto es en demasía voluntario é injusto, en atención á que los testigos que presenciaron el suceso, declaran que D. Gabino reprendió á su dependiente sin alterarse y sin amenazas de ningún género. ¿Tal vez desde que arrojó las tijeras? Pues entonces le advertiremos, que aun es más violenta y gratuita la acusación, toda vez que el acto de arrojar las tijeras fué imprevisto, y ocurrió en el momento de observar la mofa y el desprecio que el infeliz joven hiciera. Y ¿cómo conocer en tan angustioso trance que D. Gabino tenía verdadera intención de causar un mal? ¿cómo calificar así la intención humana? Cuando los que presenciaron el suceso y estaban en mejor disposición de apreciar más bien todas las circunstancias, aun el más pequeño movimiento, no han osado sospechar siquiera, ¿se cree el promotor bastantemente autorizado para asentar tan graves expresiones contra el infeliz, cuyo corazón cada día llora más la falta del joven en quien tenía fijos sus ojos, fundadas sus mejores esperanzas, y cuyo porvenir deseaba asegurar? ¿Por qué lógica infernal ha llegado á deducirse tan detestable consecuencia? La única intención que tuvo D. Gabino fué la de aconsejar prudentemente al inexperto Román para lo sucesivo. Este fué su pensamiento único, verdadero; atribuirle otro es injuriarle en su desgracia. Esa fué su intención: la empresa era sencilla, legítima, inocente, hija

de un corazón puro, comenzóla con pureza de corazón también, sin que en lo humano hubiese motivo para sospechar siquiera cuál podría ser el resultado y las consecuencias de un paso tan natural y conveniente al mismo Pinillos.

Un padre cariñoso, que vive únicamente para la felicidad de su hijo, le reprende: éste, inexperto, falta á la consideración y respeto debido; y en el momento mismo, sin reparar, arroja el padre sobre él un instrumento con que le hiere. ¿Podremos decir que el padre tenía verdadera intención de causar un daño á su hijo por eso? De ningún modo: obró con pureza de alma; y el resultado fué más allá de lo que apetecía. ¡Cómo suponer que tenía intención de hacer un daño al idolatrado sér por cuya conservación perdería cien veces su existencia, si cien veces le fuera dado volver á la vida! Pues he ahí lo que sucedió á D. Gabino Ranz en la tristísima é inolvidable mañana del 26 de abril. Su cariño para con el desgraciado Román le obligó á aconsejarle y reprenderle, y la burla con que fué correspondido le hizo que maquinalmente le arrojase lo que tenía en la mano, pero sin imaginar el resultado funesto que tuvo después. En ese acto no hay intención verdadera de causar un daño, no: ese es un movimiento instantáneo, maquinal, en el que no interviene el entendimiento, ni toma parte la voluntad. Este es un acontecimiento que diariamente ocurre. Don Gabino arrojó las tijeras por ser lo que tenía en la mano, como habría arrojado un libro ú otra cosa á tenerlo en la mano también. Esa es una acción *indeliberada:* ejecutada como dicen los moralistas y filósofos, sin pensar, sin saber el hombre que la hace: por eso tales acciones se llaman *actus hominis*, porque en ellas obra el hombre por un movimiento maquinal, por un mero instinto; á diferencia de los *actos humanos* en que el hombre obra usando de su razón. La burla, el desprecio provocó esa acción instintiva; y harto es sabido que la provocación en todos casos excluye la premeditación del hecho ejecutado en uno de estos movimientos maquinales.

Increíble parece que después de estudiado atentamente el proceso, haya podido decirse que D. Gabino tenía verdadera intención de causar un daño, al mismo tiempo que se expresa que arrojó las tijeras en un momento de cólera excitado por el poco aprecio que Pinillos manifestaba á su reprensión. Contradicción terrible que se descubre tan luego como se reflexiona, que para que existiese verdadera intención de causar un daño, era menester suponer en D. Gabino una acción *deliberada;* porque la intención..... supone que el hombre sabe lo que hace y lo premedita, mientras que en la acción ejecutada en un momento de cólera, no hay reflexión de parte del actor, ni ha podido éste tener clara y distinta percepción del mal. Harto ligero anduvo el promotor al consultar tamaño anacronismo, y al permitirse invadir de tan mala manera el terreno sagrado de las intenciones: te-

rreno de suyo espinoso, delicadísimo, respetable siempre, y mucho más cuando se penetra en él para agravar la posición angustiosa de un infeliz acusado. Afortunadamente, empero, esa acusación arrojada, lleva en sí misma el sello de su nulidad, como hemos patentizado; y la impresión que al pronto produce su lectura, desaparece de todo punto al reflexionar un poco sobre las ideas que hemos tenido la honra de consignar en su refutación. Ni estuvo más feliz al manifestarnos, siguiendo á un autor, que «la razón está particularmente destinada á combatir los movimientos involuntarios que nos arrastran hacia un fin condenable, porque la reflexión es tan natural en el hombre como la fuerza impulsiva de las pasiones.» Esas ideas para nosotros ciertas, no tienen aplicación al caso presente; y si alguna se les quiere dar, es precisamente en pro de D. Gabino Ranz, y contra el que nos la cita. Porque á la verdad, aunque la razón está particularmente destinada *á combatir* los movimientos involuntarios que nos arrastran hacia un fin condenable, pero no siempre le es dado *vencer*, y hay una distancia inmensa entre una cosa y otra. Por lo visto, el ministerio fiscal, al tratar de hacer aplicación de esa doctrina contra el acusado, no tuvo en cuenta que el hombre, unas veces es instintivo, otras veces es apasionado, otras veces es intelectual, según que le dominan los instintos, las pasiones ó la razón. Por otra parte, si el promotor reconoce que la reflexión es tan natural en el hombre como la fuerza impulsiva de las pasiones, ¿cómo fulmina su anatema contra el acusado porque no ha podido resistir á esa fuerza impulsiva que es tan natural como la reflexión? Si ambas cosas son igualmente naturales en el hombre ¿cómo acusar á D. Gabino Ranz por no haber preponderado en él la reflexión y sí la fuerza impulsiva de las pasiones?

Después de decir el promotor que D. Gabino Ranz tenía verdadera intención de causar un daño, manifiesta que la ley y la moral exigen también se investigue cuál era su intención en aquel momento para apreciar la verdadera importancia de este delito. «¿Quería causar la muerte á su dependiente (pregunta en la acusación) cuando le arrojó el arma homicida? Si se atiende sólo á la cortísima distancia que había de uno á otro, á la postura en que se hallaba Pinillos reclinado sobre el mostrador, donde estaba escribiendo; al grande peso y dimensiones de las tijeras, y á que al tirarlas, teniéndolas cogidas por los anillos, debían casi necesariamente caer de punta sobre la espalda del Román, parece que el ánimo se inclina á creer que D. Gabino Ranz debió concebir en aquel fatal momento y aceptar todo el mal producido por el delito.» Aunque ya dejamos contestado en su esencia á esta parte del dictamen fiscal, añadiremos sin embargo, que las causas indicadas por el promotor para manifestar que *parece que el ánimo se inclina á creer*, conducen á persuadir lo contrario. En efecto, la

postura en que Román estaba escribiendo sobre el mostrador, no era la más á propósito para asegurar el golpe terrible, y menos recordando que D. Gabino es de estatura pequeña y no podía dominar la altura necesaria para dicho fin: además, sólo una casualidad fatal hizo que las tijeras diesen de punta al infeliz Pinillos; porque lo regular, lo que casi siempre sucede (y apelamos á la experiencia) es, que dan y caen por los anillos, como que es la parte más pesada de ellas. La dificultad todavía es mayor recordando que las tijeras colocadas en la mano de D. Gabino, por estar cortando con ellas un paletó, debieron ser arrojadas de cualquier modo, sin dirección, y aun la distancia de dos varas y media en que ambas personas se hallaban, no era la más á propósito para dar lugar á que en tan corto espacio diesen la vuelta para caer de punta. Todas esas circunstancias, repetimos, hacen imposible esa creencia á que parece inclinarse algo el promotor: fuera de que si el ánimo de D. Gabino hubiese sido el causar la muerte de Román, en vez de arrojar las tijeras maquinalmente, sin dirección, y sin moverse del sitio en que estaba trabajando, habría corrido á buscar al desventurado joven, y al llegar á él le hubiera dado con la punta expresa y directamente.

Penetrado el ministerio fiscal de esta verdad, y de que el corazón humano no rompe sin dificultad con todos sus antecedentes, no puede menos de advertir que D. Gabino trataba con interés á su dependiente; que deseaba hacer de él un hombre de provecho, según declara D. Melitón Arana; que ninguna queja tenía el Román de las personas con quienes vivía: que D. Gabino hacía de él particular confianza encomendándole las cobranzas y los encargos de más cuidado; y que entre dos personas á quienes unen vínculos tan estrechos, ni el leve motivo que produjo la reprensión del día 26 de abril, ni el poco aprecio que hizo de ella Román cuando le reprendía su maestro, bastan para que pueda desearse la muerte. De lo cual deduce, que el procesado no tuvo verdadera intención de privar de la vida á su dependiente, si bien, «deseaba herirle y aceptaba hasta ese punto las consecuencias de su acción.» ¡Lastimosa ceguedad! ¿En qué se apoya semejante graduación? Se reconoce que D. Gabino no tuvo intención de privar de la vida á Pinillos, sin duda porque escandaliza al corazón tan absurda idea, examinados los antecedentes y circunstancias indispensables: y no ha de reconocerse del mismo modo que D. Gabino no tuvo intención de herir, acaso porque la idea de una herida no aterra tanto como la idea de un asesinato, de una muerte..... Pues qué, ¿el que tiene verdadera intención de herir está en el caso de calcular el resultado de la herida que infiera? ¿Estará seguro del sitio en que cause la herida, de las partes que interesará, de la violencia con que dará el golpe para poder decir que solo tuvo intención de herir y no de matar? Y ¿cómo sostener esa

idea tampoco contra el acusado, cuando el promotor acaba de manifestar los estrechos vínculos que entre aquel y su dependiente existían? ¿Por ventura tan fácilmente desaparecen esos vínculos estrechos? ¿Tan fácilmente tasca el freno que la moral, la ley civil, el trato doméstico, el verdadero cariño, ponen para contener las pasiones bastardas del hombre? ¡Fatal inconsecuencia! ¡Qué D. Gabino deseaba herir á su dependiente!..... ¿Por qué lógica extraña se deduce tan fatal deseo? «El corazón no rompe tan fácilmente con todos sus antecedentes,» decimos ahora con el promotor. D. Gabino trataba con interés á su dependiente; deseaba hacer de él un hombre de provecho: hacía particular confianza de él, le encomendaba las cobranzas y los encargos de más cuidado, y entre dos personas á quienes unen vínculos tan estrechos, ni el leve motivo que produjo la reprensión del día 22 abril, ni el poco aprecio que de ella hizo Román, poniéndose á tararear, cuando le reprendía su maestro, bastan para que pueda desearse la herida. Ese deseo es gratuito, inverosímil, inhumano, repugnante: ese deseo es evidentemente contrario á las ideas por el promotor asentadas y que acabamos de transcribir. La especie que el promotor afirma contra el acusado es repugnante en sí misma, y no ha menester otra refutación que la que proporcionan las expresiones arriba copiadas de la censura fiscal.

Todavía si examinamos el proceder de D. Gabino en el instante mismo en que se le dijo que el apreciable Pinillos había dejado de existir, hallaremos un nuevo comprobante de la pureza de su intención. Hallábase ocupado en sus tareas, cuando bajando del cuarto principal uno de los dependientes, manifestó á D. Gabino que Román había fallecido. Aterrado, con tan cruel é inopinada noticia, deja sus ocupaciones, abandona su esposa é hija, y sin perder un momento corre á dar parte de la catástrofe á la autoridad más inmediata, y se pone á su disposición, y se delata á sí mismo; y de orden del señor teniente de alcalde D. Francisco Sánchez Ocaña, vuela á presentarse en seguida ante el señor juez de primera instancia del cuartel y le refiere la ocurrencia triste que había tenido lugar.

Vosotros, los que habéis aprovechado los instantes primeros de la desgracia para injuriar á un desventurado padre de familia; vosotros, los que habéis esparcido con la rapidez del rayo una historia abominable que la envidia dictaba, la maledicencia escribía y la calumnia negra divulgaba, para sepultar la honra de un hombre pacífico y virtuoso en el inmundo lodazal de la perversidad y del crimen: vosotros, los que no contentos con el estrago que instantáneamente producía la voz pública á vuestro placer formada, os aprovechásteis de la prensa periódica para mentir la irritante narración de un suceso que no habíais presenciado, y asentabais tantas falsedades y calumnias como letras; vosotros, los que parece os saboreáis

anticipadamente con la idea de ver removida la arena para alzar el cadalso en que había de inmolarse la víctima, que tratabais de presentarle sin piedad, y á cuyo luctuoso espectáculo os preparabais, como para el más puro y anhelado festín: venid, abrid las páginas de este proceso terrible, y encontraréis, como realmente es en sí, al objeto de vuestra infernal intención. El comerciante avaro, el irascible maestro, el mal esposo y padre de familia, el que no pisa por la vez primera la senda del crimen, D. Gavino Ranz, en fin, ejecuta lo que ninguno de vosotros ni aun acertaría á sentir tal vez, cuanto menos á realizar. Venid, venid conmigo y le veréis hacer de denunciador, de custodio de la persona responsable y de acusado. «He reprendido, dice al juzgador, he reprendido á mi dependiente Román Pinillos, á quien estimaba: se ha burlado de mí, ha despreciado mi consejo; y en un momento fatal, sin ánimo deliberado, arrojé las tijeras que en la mano tenía, hube la desgracia de herirle, y el apreciable Román Pinillos ha dejado de existir. Si consideráis que soy digno de castigo, aquí me tenéis: juzgadme.»

Y qué ¿es este el proceder de un asesino, de un malvado? Si D. Gabino hubiese abrigado la intención que malignamente se le supone, una vez conseguida, ¿no habría apelado á la fuga para buscar en ella la impunidad y la salvación? ¿quién se lo estorbaba entonces? Es, pues, indudable que en el hecho de presentarse D. Gabino Ranz espontánea é inmediatamente á las autoridades, demostró que no había tenido intención de matar, ni herir, ni de causar un daño. Esta demostración es importante; fúndase en hechos muy más elocuentes que nuestra voz sencilla. Esta demostración tiene en su apoyo los antecedentes de la vida del acusado; antecedentes que no es dado sofocar, de que no es lícito prescindir, cuando se trata de conocer y juzgar imparcialmente á una persona, como que ellos forman la regla más segura, como que ellos son el mejor testimonio de la moralidad del procesado.

Lo hemos dicho una vez y ahora lo repetimos; la buena conducta y laboriosidad de D. Gabino Ranz constan de pública notoriedad en esta corte; así es que el celador del barrio, en su oficio al fólio 49, expresa que D. Gabino «es de los más laboriosos y aplicados de su clase, como igualmente de una conducta intachable, tanto moral como política, no habiendo llegado á noticia de dicha autoridad indicio alguno de lo contrario.» He ahí á D. Gabino Ranz según es en sí; he ahí la pureza de sus sentimientos, la nobleza de su alma. Meditad esos elocuentes hechos consignados en la causa, oh, vosotros los que sin piedad os apresurasteis á abrir un abismo en que sepultarle y sepultar su buen nombre y que ya únicamente sirve para vuestra confusión y oprobio; meditad su proceder, y decidnos si es verosímil que sin interés y con ánimo deliberado, D. Gabino hiriese al de-

pendiente que tanto estimaba; si es verosímil que teniendo verdadera intención de herirle, ya que no se quiera suponer de matarle, hubiera de presentarse voluntariamente en el momento mismo á la autoridad para ser juzgado. Meditad esos hechos, comparadlos con los que sin miramientos á la verdad, sin respeto á la desgracia, le habéis atribuído, y decidnos si el D. Gabino Ranz que con escándalo de la razón condenabais á la execración pública, es el D. Gabino Ranz que las páginas del proceso nos presentan. ¡Lección terrible que convendría no fuese estéril!

Pero ¡qué más! Aun la persona en quien pudiera imaginarse mayor prevención contra el procesado, aun el mismo D. Galo Pinillos, padre del malogrado Román, ha venido á consignar solemnemente en esta causa el convencimiento profundo en que está de la falta de premeditación de D. Gabino en la desgracia ocurrida en la mañana del 26 de abril; por eso es, que aunque se había mostrado parte y se le había entregado el proceso, se ha apartado de la acción, ha renunciado su derecho, ha perdonado á D. Gabino Ranz. Véase sino el documento público, que existe al fólio 87, documento que contiene el justo homenaje á la sana intención del acusado, el debido tributo á la pureza del corazón de éste, y el reconocimiento al cariño é interés con que siempre miró y había distinguido á Román.

Nada más dulce, nada más grande para un padre, que el hijo idolatrado de su corazón. Ese amor profundo hacia los hijos, que eleva al hombre, le sujeta, y excita á grandes empresas, es tanto más vehemente cuanto mayor es la edad del padre, cuanto más bellas circunstancias reúnen aquellos. Ese amor profundo se convierte en desesperación, en delirio, cuando el padre agobiado por el peso de la ancianidad, ve desaparecer el sér en que cifraba sus más halagüeñas esperanzas, su más grato porvenir; cuando ve caer para siempre marchita, deshojada, la planta tierna que con tantos afanes había cuidado, y que formaba su única delicia. Pues bien, D. Galo Pinillos, padre del inolvidable Román, en medio de su justo dolor, ha perdonado á D. Gabino por estar íntimamente satisfecho de sus antecedentes, de su amor hacia Román, del interés con que le trataba; por estar íntimamente penetrado de que solo un movimiento maquinal instintivo, ha sido la causa de que arrojase las tijeras que hirieron y produjeron la muerte de éste. Y harto se deja conocer cuál sea la bondad de alma, la acreditada buena moralidad del acusado, cuando tan manifiesta justicia le tributa la persona, cuyas particulares circunstancias parece habían de estorbar la entrada á la razón fría y á la imparcialidad. Hecho es este, que patentiza también la verdad que hemos sostenido.

Después de examinada así la causa y el dictámen del Promotor, cumple á nuestro propósito hacernos cargo de lo que éste manifiesta al hacer la clasificación del delito que en la presente causa se persigue.

Comienza diciendo, que en el estado de nuestra legislación, en 26 de abril, el delito de que se trata es un verdadero homicidio; porque homicida es siempre el que mata á otro. En el Código penal que comenzó á regir en 1.° de julio, en el cap. 4.° del título 9.°, lib. 2.°, donde se penan las lesiones corporales, no tiene un solo artículo que hable de aquellas que causan la muerte; antes bien, su simple lectura demuestra, que con arreglo al sistema de este código, es indispensable que las heridas hechas voluntariamente no causen la muerte del ofendido para que puedan ser calificadas de lesiones graves ó leves: que cuando llegan á ese extremo, ya no son aplicables á ellas las disposiciones de aquel capítulo, sino las del 1.° del mismo título y libro, que trata del homicidio, y estarán por regla general comprendidas en el número 1.° del artículo 324 si son hechas con alevosía, etc., y en el número 2.° en cualquier otro caso. Que este sistema es también el de nuestras leyes antiguas, pues aunque al describir el delito de homicidio en la 1.ª del título 17, lib. 4.° del Fuero Real, y en la 2.ª del título 8.°, Partida 7.ª se exige siempre que sea hecho *á sabiendas*, el verdadero objeto de esta palabra era excluir sólo de la calificación de la ley al homicidio casual y en que no ha habido dolo ni culpa; pero de ninguna manera aquel que resulta de heridas hechas voluntariamente como sucede en el presente caso....

Ya que se han citado algunas leyes, parécenos que ninguna otra más oportunamente debió serlo que la 4.ª del título 8.°, Partida 7.ª, en que se dice: «Desventura muy grande acaesce á las vegadas á omes y ha, que matan á otros por ocasión, non lo queriendo fazer. Esto podría acaescer, como si ome corriese cauallo en lugar que fuesse acostumbrado para correllos, e atravesasse por aquella calle, o carrera algún ome, e topasse el cauallo en él, e lo matasse, o si cortasse algún ome árboles, o labrasse alguna casa, e diciendo á los que passassen por aquel lugar, que se guardassen, de manera que lo pudiessen oyr, cayesse el árbol, o alguna teja, o piedra, o madera, o otra cosa cualquier, é por ocasión matasse algún ome. *Ca, en qualquier destas maneras sobredichas, ó en otras semejantes destas, que matase* UN OME A OTRO POR OCASION, NON LO QUERIENDO FAZER, NON CAE POR ENDE EN PENA NINGUNA. Pero el que matase á otro en alguna destas manera sobre dichas, deve jurar que la muerte acaesció por ocasión o por desauentura, e non por su grado. E demás desto deue prouar con omes buenos, que non auia enemistad contra aquel que así mató por ocasión. E si por auentura non lo pudiere prouar, e non lo quisiere jurar, assi como es sobredicho, sospecha podria ser contra él, que lo ficiera maliciosamente. E por ende el juzgador del lugar deue dar pena, según su aluedrío cual entendiere que meresce.»

He aquí terminantemente resuelta la dificultad; he aquí la ley que ne-

cesariamente debemos tener en cuenta en la causa que llama nuestra atención. El que mata á otro por ocasión, por desventura, no queriendo matarle, *no cae en pena ninguna*, pero debe jurar que la muerte no ocurrió por su grado, y probar que no existía enemistad contra el que por ocasión murió así. Pues bien; esa prueba ya resplandece en el sumario. D. Francisco Somalo declara al fólio 5 que «no solamente no había tenido Gabino disgusto alguno antes del 26 de abril con Román Pinillos, sino que al contrario, era el dependiente que quería más, y á quien confiaba las cobranzas y los encargos de más cuidado.» Lo mismo exponen D. Manuel Miranda al fólio 6 vuelto y Antonia Ruíz al 8 vuelto. D. Melitón Arana, pariente del Román, depone al fólio 34 vuelto, que «ignora hubiese alguna disensión ó disgusto entre D. Gabino y su dependiente, y aun cree que no, porque ha advertido siempre que el Ranz apreciaba al Román, que le tenían muy bien vestido y cuidado en su casa, lo que ha podido observar muy bien, porque continuamente está en la casa del mismo, donde come y duerme; que el declarante estuvo anteriormente en la casa del Ranz como dependiente suyo, y hace cuatro ó cinco meses le manifestó éste que iba á ver si sacaba de Román un hombre de provecho, porque se aplicaba.» De estas declaraciones aparece justificado uno de los dos extremos de que habla la ley, á saber: que no había enemistad de parte de D. Gabino contra Román. El otro extremo relativo á que jure el acusado que la muerte acaeció por ocasión ó por desventura y no por su voluntad, quedará cumplido en tiempo oportuno; pero en tanto llega esa época de prueba, habremos de manifestar que el hecho de que se trata, considerado en sí mismo, atendidas las declaraciones de los testigos del sumario, la conducta é interés propio de D. Gabino, y lo que la natural razón aconseja, ha ocurrido por ocasión, por desventura y sin voluntad é intención de parte de éste.

Es por tanto indudable, que procede la solicitud que al principio de nuestro discurso habemos consignado. D. Gabino Ranz no cae en pena alguna por la muerte de Román Pinillos, pues no la quiso hacer; fué casual, fué contra sus propios sentimientos, contra sus mismos intereses. La ley no señala taxativamente los casos en que deba considerarse casual la muerte de un hombre herido por otro; no: enumera algunos para que sirvan de ejemplo y mejor se entienda la mente, el espíritu del legislador al dictarla; por eso expresa «CA EN QUALQUIER DESTAS MANERAS SOBREDICHAS, O EN OTRAS SEMEJANTES DESTAS,» y una de esas maneras semejantes es la que tuvo lugar en el día 26 de abril....

Al terminar su acusación el ministerio público, dice que D. Gabino Ranz es reo de homicidio y responsable de la muerte de Román Pinillos; pero que este delito tiene circunstancias atenuantes de la mayor importan-

cia, que disminuyen mucho su gravedad, consistiendo la principal en no haber tenido el procesado intención de causar todo el mal que su acción produjo: enumera la falta de respeto cometida por Román, y la presentación voluntaria de D. Gabino á los tribunales cuando supo el fallecimiento de aquel; y concluye manifestando que debe castigarse el delito con arreglo á la legislación vigente antes del 26 de abril.

Después de haber demostrado, como queda hecho, que en la presente causa no existe homicida en el sentido legal, después de haber manifestado que D. Gabino no es responsable de la muerte de Pinillos; después de haber justificado que no tuvo intención de matar ni de herir á éste, ni aun de causarle daño alguno, y por consiguiente, que es infundado, injusto, en demasía voluntario y expuesto el proceder que contra D. Gabino Ranz se ha permitido el ministerio público al extender su censura; parécenos inútil reproducir nuestras ideas en refutación de las que la acusación contiene en su última parte. Ellas son una repetición de las que ampliamente en aquel escrito se han consignado, y á las cuales habemos dado contestación cumplida en la presente defensa.

¡Qué resta ya! ¿Qué puede recelar D. Gabino Ranz de un juez ilustrado y recto? ¿Acaso habrá de castigársele suponiendo que tuvo intención de causar un daño? Pues entonces advertiremos, que para juzgar de su intención, D. Gabino Ranz no reconoce más juez que su propia conciencia y la divina justicia. Por ventura ¿habrá de castigársele porque de la causa resulte justificado el delito de homicidio, en la buena acepción de esta voz? Pues en ese caso advertiremos, que la causa es el mejor comprobante de su inocencia. Tal vez ¿habrá de castigársele porque la ley así lo preceptúe? Pues nosotros cabalmente demandamos el cumplimiento de la que declara á D. Gabino Ranz libre de toda pena.

Nosotros pedimos justicia: la sociedad y la moral reclámanla también en pro del infeliz acusado, cuya suerte va á decidir de la de muchas familias. ¡Qué espectáculo tan singular se ofrece hoy á nuestra consideración! Don Gabino Ranz mírase acusado de homicida por una muerte involuntaria dada á un joven á quien en testimonio de su verdadero aprecio tenía confiados los encargos más importantes, y ese mismo D. Gabino Ranz (en época no muy lejana) herido de gravedad por una mano aleve que le condujo al borde del sepulcro, perdonó desde luego á su agresor contra el cual se procedía por este juzgado. D. Gabino Ranz, contra cuyo buen nombre alzó precipitadamente su ronca voz la calumnia, aprovechando la ocasión que le brindaba el triste suceso del día 26 de abril, mírase hoy rodeado de más de treinta familias á quienes proporcionaba la subsistencia, y que yacen ahora víctimas de la más cruel necesidad. ¡D. Gabino Ranz, que vivía para tantos seres desvalidos y aplicados, hoy ni aun vive para sí!

Huid, padres de familia: no más os acerquéis á la morada del que os facilita el honroso y seguro medio de llevar á vuestros idolatrados hijos el olvidado alimento del rico; el único, el ansiado manjar del pobre. No la piséis ya más; huid, que está viciada su atmósfera por el crimen, y aspirando aquel aire ponzoñoso, podéis contagiaros, y llevar sin saberlo al corazón de vuestros hijos inocentes el germen del crimen, y de la perversidad más abominables. La casa en que un día era todo actividad y concurrencia, es hoy paralización y soledad: allí donde antes reinaba la alegría, se ve tan sólo la tristeza ahora; la mano de aquel fiel esposo y tierno padre, no se abre ya como antes para la virtud: ya sólo se emplea en la maldad. Reparad en ella y temblad: vedla tinta en la sangre de un joven apreciable, cuyas entrañas traspasó con el acero que le proporcionaba fama y á vosotros subsistencia. Mirad en su frente el sello de los homicidas: manchado el semblante con la sangre pura que brotó al rudo golpe de su ruda diestra. Admirarle y huid: mas..... ¡deteneos! No es D. Gabino Ranz el que con tan negros colores pintó la envidia en su infernal conciliábulo con la monstruosa calumnia. Venid, venid con nosotros: abrid las severas páginas de este proceso, y ellas os demostrarán la inocencia de D. Gabino Ranz en la desgraciada muerte del infeliz Pinillos: ellas os le presentarán víctima de una casualidad lamentable que á un tiempo ha puesto en duda su buena reputación, comprometido sus intereses, é incapacitádole de poder aliviar vuestra situación desgraciada. Venid y le compadeceréis. Vedle inconsolable por la pérdida del joven cuya fortuna quería labrar: vedle, atormentado su corazón, donde penetran sin cesar vuestros suspiros, donde llega el hondo clamor de vuestras necesidades. ¡Qué dulce es enjugar las lágrimas de más de treinta familias honradas, de más de ciento cincuenta seres desventurados!....

Venid y le veréis privado de su honra: separado de su esposa é hijo; lejos de la amistad, en el banco de los criminales, confundido con ellos. Empero, no vengáis; ahora vuestra memoria aflige su corazón: ahora aumentaríais su amargura con vuestra presencia. ¡Dichoso una y mil veces el juzgador á quien distingue el cielo con la inestimable satisfacción de reparar de una vez con una sentencia justa tantos y tan terribles males! ¡Feliz el magistrado que por medio de un fallo ilustrado é imparcial puede, como V. S. en esta causa, reparar el honor de un acusado inocente, hacer pública su inculpabilidad, devolver á una afligida esposa, un fiel esposo; á un tierno hijo, su cariñoso padre; á padres de familia laboriosos un protector, un amigo que les proporciona honrosa subsistencia; y que en fin, puede como V. S. restituir á la sociedad un ciudadano probo y aplicado. Grandes deberes pesan sobre el magistrado, y principalmente en la administración de la justicia criminal: amargas tareas tiene más de una

vez que cumplir; pero ¡qué placer iguala al que siente su pecho cuando se le presenta ocasión de restituir á la inocencia sus hermosos triunfos, y la posible felicidad á una familia desventurada! Pues bien; esa ocasión feliz se acerca, y V. S. no la desdeñará seguramente. Luzca para D. Gabino Ranz el día de la justicia, ya que apareció el de su infortunio; celebren su victoria la equidad, la imparcialidad y la razón, ya que antes entonaron cánticos gozosos la envidia y la calumnia. Por lo que á nosotros toca, honrados con la confianza que D. Gabino Ranz nos ha dispensado, si no hemos sabido ser hábiles intérpretes de su inocencia lastimada, cábenos el dulce consuelo de haber seguido con lealtad los fuertes impulsos de nuestra conciencia pura. ¡Acaso para mayor triunfo del procesado, estuviese escrito en el libro de los destinos, que negocio tan delicado debía encomendarse á nuestra limitada capacidad!

ORATORIA ACADÉMICA

D. GREGORIO MAYÁNS Y SISCAR

Oración sobre la elocuencia española

Que las principales lenguas europeas hayan llegado ya á perfeccionarse tanto que gloriosamente compitan con los antiguos idiomas latino y griego, cosa es de que debemos regocijarnos mucho, pues logramos vivir en tan erudito siglo. Pero que la lengua española, majestuosa entre todas las que hoy se hablan, como la más semejante á su nobilísima madre la latina, haya degenerado tanto que desconocida ya su natural grandeza viva tan poco favorecida aun de los ingenios propios, cosa es sensible, cosa por cierto lastimosa. No acabo de admirar que una gloriosísima nación que dió á la lengua latina un Porcio Latrón, primer profesor de retórica de nombre y fama que tuvo Roma; una y tan insigne familia como la de los Anneos Sénecas, seminario ilustre de elocuentísimos varones; un Marco Fabio Quintiliano, que fué el primero que con el salario del fisco abrió escuelas públicas en la metrópoli del mundo; no acabo, digo, de admirar

que una nación tan gloriosa sufra que otras la excedan en el adorno y cultura de sus lenguas, siendo estas los principales instrumentos de la sociedad humana y pruebas incontestables de estar la razón más ó menos ilustrada.

Yo ciertamente no sé á que poder atribuirlo, sino á la falsa idea que comunmente se tiene de la verdadera elocuencia. Muchos piensan que hablar perfectamente es usar de ciertos pensamientos que llaman ellos *conceptos*, debiéndose decir *afectados delirios;* procurar vestirlos con frases inventadas, taraceadas estas de palabras poéticas extranjeras, y nuevamente forjadas; multiplicar palabras magníficas sin elección ni juicio; y en fin, hablar de manera que lo entiendan pocos y á veces nadie, y ni aun ellos mismos; y por eso mismo lo admiran muchos ignorantes é idiotas. ¡Oh torpeza de la razón humana! ¡Hasta dónde llegas!

¿No es así que se inventó el lenguaje para representar á los oyentes con la mayor viveza una clarísima idea de lo que la mente esconde? ¿Pues qué locución mejor que la que más bien explica nuestros pensamientos? ¿A este fin nos conduce el mendigar oscuros vocablos buscados con diligencia, ó en las obras poéticas de nuestros tiempos, ó en los diccionarios extraños, ó en el capricho propio? Las palabras comunes, aunque no vulgares, propiamente aplicadas ó decorosamente traspuestas á la materia sujetas, estas son las voces de que la oración se compone. Y que esto sea así, manifiestamente se convence.

Si preguntamos á los mismos que estudiosamente afectan un tan extraño lenguaje cuáles han sido los principios de la elocuencia española, el uno dirá (y con razón) que el venerable Padre Fray Luis de Granada: el otro (y bien) que el Padre Pedro de Rivadeneira: el otro (si se inclina más á la moderna elocuencia) que el Padre Antonio de Vieira, para que pongamos ejemplo en autor que haya escrito en portugués y castellano.

Ahora bien: sea uno de los príncipes de nuestra lengua el que cada uno quiera, con tal que sea de aquellos, cuyo decir haya sido universalmente aprobado. Cada cual abunde en su sentir. Solamente deseo que me respondáis á esto. Si es así lo que decís, ¿cómo no procuráis imitar á esos mismos? O si acaso sois muy ambiciosos de gloria, ¿cómo no trabajáis en excederlos, alargando el paso por aquel camino que allanaron ellos? ¿Hay alguna cláusula de cuantas han escrito esos insignes varones que necesite de intérpretes? No por cierto. Tan lejos están de incurrir en la menor oscuridad, que me persuado de que muchos no los quieren imitar, porque sólo aman el estilo que necesita de tener un lector ingenioso. Infiero de esto que los sectarios de este afectadísimo estilo, ó no han llegado á concebir la verdadera idea de la elocuencia, ó erradamente se inclinan á una verbosa algarabía. En fe de los hombres juiciosos, públicamente confiesan que son elocuentes

los que poco ha nombramos; y como ven que todos los juzgan constantemente por tales, no se atreven á manifestar su sentir opuesto, para que no los tengan por hombres de juicio leve. Pero su mismo estilo persuade que ellos lo menos que piensan es en imitarlos. Y así á la lección de aquellos y de algunos más que les ayudaría á formar un juicioso, eficaz y agradable estilo, prefieren otros con quienes su juicio niñea, ó por mejor decir, estudiosamente delira. De ahí se sigue la formación de un estilo mucho más absurdo que aquel que imitan.

Los grandes progresos que así se hacen, mejor que yo los dirá el discretísimo Padre Pedro Juan Perpiñán, de quien seriamente decía Marco Antonio Mureto, primer orador de su siglo, que de su boca, como de la de otro Néstor, salía una oración más dulce que la misma miel. Este jesuíta, pues, en una de sus oraciones dice: que habiéndose propuesto imitar en sus primeros años, por la poco diestra dirección de sus indiscretos maestros (¡cuántos de estos hay!), algunos malos artífices del bien decir, cuanto más trabajaba, se alejaba más de su deseado fin, hasta que reconociendo seriamente que el que corre más por el camino errado es el que se adelanta menos hacia donde se debe ir, siguió el trillado y único de imitar á Tulio, y así llegó á ser en muy pocos años un Cicerón cristiano.

¿Pues qué hacéis, señores, que no seguís aquellas venerables pisadas que para memoria eterna de su admirable sabiduría nos han dejado impresas los más elocuentes españoles?

En el estilo familiar (además de las epístolas históricas del bachiller Fernán Gómez de Ciudad-Real, y de las ingeniosas de Hernando del Pulgar); tenemos, entre otras muchas que publiqué, las serio-burlescas de D. Francisco de Quevedo Villegas; las juiciosas y graves de D. Nicolás Antonio; las discretas de D. Antonio de Solís, y las eruditas y elocuentes de D. Manuel Martí, deán de Alicante y singular esplendor de la elocuencia española, latina y griega.

En la ficción entretenida, ó bien se llame jocosidad milesia, que es un género de narración fabulosa que pide menos gravedad y más arte en deleitar que la verdadera ó histórica, tenemos á Miguel de Cervantes Saavedra que en mi opinión se aventaja á Eliodoro en la eutropelia y en la pureza y suavidad de estilo.

En el estilo filosófico, que es el propio de los hombres juiciosos y bien enseñados, tenemos á los grandes maestros Alexio Venegas, que por su gran doctrina y erudición vastísima, profana y sagrada, fué justamente celebrado como español Varrón: á Fernán Pérez de Oliva, que fué en su tiempo un Marco Tulio, de tan elegante estilo, que aun hoy admira; y acercándonos más á nuestros tiempos, á Antonio López de Vega, que en el ingenio parece un Séneca y en el decir le excede. Fuera de lo cual tiene

este gran filósofo moral, aunque poco conocido, la prerrogativa de que su estilo es muy emendado, perfección que han logrado muy pocos españoles, porque es rarísimo el que sabe la gramática de su propia lengua. Y no es mucho, pues no hay gramática buena que poder estudiar; y haber de observar en todo, ó la analogía de la lengua, ó la costumbre de hablar, ó la uniforme y constante autoridad de los más elocuentes, es para muy pocos.

Pero dejando esto para otra ocasión, ¿quién hay que sea tan poco leído que ignore hasta dónde hemos llegado en el estilo histórico? D. Diego de Mendoza compitió con César en la pureza, facilidad y elegancia. Pero su *Guerra de Granada* debe leerse como él la escribió. ¡Quiera Dios que algún día la publique yo cotejada con los manuscritos que tengo para este fin! El maestro Fr. Juan Márquez, en su *Gobernador cristiano*, si solamente se lee en las *Vidas de Moisés y Josué*, las cuales están artificiosamente separadas, sirviendo como de texto á sus excelentes discursos morales y políticos, nos dejó una idea nobilísima de la perfecta historia por el juicio, arte, singular propiedad y dulzura con que escribió. Fr. Diego de Yepes, obispo de Tarazona, fué tan puro español como Cornelio Nepote fué latino, y dió á sus escritos mucha mayor eficacia. La vida que publicó de *Santa Teresa de Jesús* está escrita con gran espíritu y pureza de estilo. El maestro Cano, hombre de severo, pero de justísimo juicio, gravemente se dolía de que los filósofos gentiles hubiesen logrado historiadores más hábiles que los héroes cristianos. Dióse por entendido el Padre Pedro de Rivadeneira, y publicó las *Vidas de los Santos* con suave, ameno y elegante estilo. Después escribió el licenciado Muñoz, de castizo, dulce y agradable decir, en cuyas partes no cede á Suetonio Tranquilo.

Hablo solo del estilo, no de lo sustancial de la historia; porque si hubiésemos de hacer anatomía de ella, en tal caso diría que en lo que toca á la descripción de las personas me parece Hernando del Pulgar, en sus *Claros varones*, un Veleyo Patérculo, al cual excedió en pintar con sus vicios tan al vivo á los hombres principales que entonces vivían, como si fuesen muertos y no tuviesen parientes. En lo que toca á la descripción de los lugares de nuestro continente, añadiría yo que el maestro Florián de Ocampo fué el Estrabón, el segundo Mela, el Plinio de España. Ni me faltaría que decir de la distinción de tiempos; pues el Padre Juan de Mariana dió nueva luz á la computación de los años árabes; D. José de Pellicer á toda la cronología; y finalmente, diría yo, que el marqués de Mondéjar y D. Nicolás Antonio, en sus obras impresas y especialmente en las manuscritas, son los dos ojos críticos de la historia de España, y que hasta que se publiquen sus obras y las memorias originales de que estos y otros grandes varones se valieron, y se lean, y estudien, se escribirá muy á ciegas de los sucesos pertenecientes á los primeros siglos cristianos.

Pero no es tiempo de entretenerme en manifestar estos y semejantes progresos de nuestra historia. Solo me toca hablar de la narración seguida de los sucesos en que, según mi juicio, igualó en prudencia y gravedad, y excedió en diligencia y abundancia á Tito Livio, príncipe de los historiadores romanos, el gran Jerónimo Zurita; que si bien fué parco en las oraciones hechas en derechura, lo ejecutó así por conformarse más con la verdad, refiriendo las cosas como pasaron y no como debían pasar. Y si esto pareciere falta de elocuencia, como la tuvo, y se la notó como tal su grande amigo D. Antonio Agustín, yo no lo tengo por defecto, si se atiende al sumo rigor del arte histórica. Y cuando Zurita haya sido defectuoso en esto (que no es fácil unir con una suma elocuencia una exactísima diligencia como la suya en referir las cosas como fueron en sí), ya procuró suplir esta falta otro gran varón menos versado que Zurita en el conocimiento de las cosas antiguas y modernas, pero tan prudente como él y muy experimentado en las políticas de su tiempo, las cuales manejó con gran acierto, retirándose después con tanto desengaño suyo como ejemplo de todos; D. Diego Saavedra Fajardo, que en su *Corona gótica* tiró á imitar las oraciones de Tito Livio, como también las de Quinto Curcio D. Antonio de Solís con su discreto y florido estilo.

¿Pero qué diré del estilo oratorio? Flaqueamos algo en el arte, como ya lo manifesté en mi *Orador cristiano*. Pero si de los mejores libros históricos se entresacasen algunas oraciones, y de los místicos algunos discursos, se verían tales piezas ó retazos de elocuencia que pudiesen dar una nobilísima idea, así del modo de pensar como de la prudencia en disponer, eficacia en persuadir, y propiedad y dulzura en el decir. Y tengo esto por tan cierto, que hice una gustosísima experiencia quitando á uno de los profundísimos diálogos sobre los *Nombres de Cristo*, de Fr. Luis de León, las demandas é introducciones á las respuestas, juntando estas sin añadir siquiera una palabra; y con admiración mía salió una oración totalmente proporcionada, tan alta por la grandeza de su asunto y tan perfecto en el arte, que puede competir con cualquier otra por excelente que sea. Experiencia que prueba y manifiesta (en mi opinión) que si tuviésemos oraciones de Fr. Luis de León, serían en todo admirables. En el cual sentir tanto más me confirmo cuanto más considero que igual fuerza de razones, elección de autoridades, arte en dispensarlas y propiedad de estilo en explicarlas no se halla en otro escritor español. Pero la extensión necesaria en los grandes misterios fastidia á los ingenios curiosos de novedades, y la profundidad con que los trata aparta á los entendimientos superficiales.

La lástima es que las obras de este gran varón, de los venerables maestros Avila y Granada, y de otros pocos (pues semejantes á ellos en muchos siglos hay pocos), ó no suelen leerse, ó si por ventura se leen no se suele

conocer lo mejor que tienen, y únicamente se imita lo que se debiera huir, y es que por lo regular se ignora dónde está ó falta el artificio que prescribe el arte; y la distinción que hay de las cosas al estilo, y de las partes del buen estilo entre sí, siendo frecuente en los autores ser eminente en alguna prenda, ó de pensar ó de decir, y ni aún medianos en todas las demás. ¿Y qué hay que admirar que muy pocos disciernan esto, si son tan pocos los que leen, para lo que toca al arte de hablar, entre los griegos á Aristóteles y Dionisio Longino, entre los latinos á Cicerón y Quintiliano, excelentísimos maestros del bien decir? Y muchos menos son los que beben la doctrina en las mismas fuentes de sabiduría, los libros sagrados, y los que escribieron los inventores y propagadores de las artes y ciencias. Y si hay algunos que los leen, ¿cuán pocos son los que practican lo que enseñan esos? Y si lo intentan practicar, ¿qué pueriles son?

Antiguamente se quejaba con muchísima razón el juiciosísimo escritor del célebre *Diálogo de los oradores*, de que los que en su tiempo oraban hacían sobrado caso de los sequísimos preceptos de Hermágoras y Apolodoro, haciendo sus oraciones ridículas con la impertinente afectación de reglas tan frías. Hoy vemos con grande lástima que de la facultad oratoria, ó no se aprende cosa, ó se aprende sólo aquella parte pueril de tropos y figuras que sólo basta á formar un retoriquillo, ó por decirlo mejor, un necio bachiller. Gravemente, como suele, dijo el Padre Juan de Mariana en su *Instrucción de reyes*, que la oratoria es en sí difícil, pero su arte breve. Atendiendo á esto, ¡cuántas veces he dicho que seis bien digeridos pliegos de Francisco Sánchez de las Brozas, y muy pocos más de mi sabio paisano Juan Luis Vives, aprovecharían más que cuantas instituciones hay escritas en lengua española!

Yo quisiera ver á la juventud mucho menos instruída en tanta multitud de preceptos, y más bien ejercitada con pocos y claros documentos. Quisiera, digo, ver á la juventud más aplicada á fecundar la mente de noticias útiles; ejercitar el ingenio en razonar con juicio; elegir las cosas que sean más del intento; escoger las palabras con que se declaren mejor; disponerlo todo con la debida orden, y dar á la oración una hermosura natural y no afectada armonía. Quisiera, digo una y otras mil veces, unos entendimientos más libres, sin las pihuelas del arte; unos discursos más sólidos, sin afectación de vanas sutilezas; un lenguaje más propio, sin oscuridades estudiadas; y por acabar de decirlo, un juicioso pensar, disimuladamente dulce en la expresión y eficazmente agradable. Esto es elocuencia. Todo lo demás bachillería.

¡Y que haya tan pocos que se animen á seguir un tan seguro rumbo! Si no lo viéramos, ¡quién había de creerlo! Sucede así por ventura, porque esto, que parece fácil, es tan dificultoso en la práctica, que entre mil ape-

nas uno puede seguirlo, cuando lo otro es muy fácil á cualquiera idiota balsamista. ¿Qué otra cosa se puede decir? La elocuencia supone un entendimiento capacísimo, que perfectamente informado del asunto que emprende, debe proponer y esforzar aquellas más eficaces razones que se puedan hallar para mantener constantes á los bien afectos; inclinar á su dictamen los ánimos indiferentes y dudosos; y convencer también á los pertinaces y rebeldes, para lo cual se necesita de un conocimiento grande del genio de los oyentes, y de los medios y fines de las cosas, para callar con prudencia lo que no se debe decir, esforzar con viveza lo que se debe persuadir, y convencer los ánimos con una disimulada violencia, tanto más halagüeña, cuanto más imperiosa ocultamente.

Este singular triunfo de la razón humana no es para entendimientos vulgares, ni aun para aquellos más sublimes, si no se aplican á ello con la mayor diligencia. Desengañémonos, pues, y sepamos que sólo es elocuente aquel en cuya oración la dialéctica dirige y regula al entendimiento; la filosofía natural en su ocasión averigua y descubre las ocultas causas de las cosas; la metafísica traspasa el ser de ellas y sus materiales términos; la moral decide según los dictámenes de la razón natural; la teología eleva los pensamientos humanos al conocimiento de los divinos misterios, que sin la luz sobrenatural no se pudieran alcanzar; la historia enseña deleitando; la retórica brilla; la música forma una gustosa consonancia, y todas las facultades y ciencias hacen su deber. Por esto vemos que el común consentimiento de los doctos sólo ha tenido por elocuentes á aquellos que estuvieron dotados de un conocimiento universal de casi todas las ciencias: á los Demóstenes, digo, y Cicerones, entre los gentiles; á los Naciancenos y Crisóstomos, á los Ciprianos y Jerónimos entre los cristianos; y por hablar de nuestros españoles, á los venerables Padres Fr. Luis de Granada y Fr. Luis de León.

No he dicho esto para desanimar á la juventud, sino para que se acabe de entender que el que siguiere otro rumbo irá muy desatinado, y por donde pensara ser muy plausible se hará despreciable á los hombres doctos, y en fin á todos; porque, finalmente, el juicio de los que son eruditos llega con el tiempo á triunfar de la común ignorancia. Y así las obras escritas con afectación y publicadas cien años ha, apenas se halla hoy quien quiera leerlas; cuando las de los hombres elocuentes del mismo tiempo con diligencia se buscan, con mucho gusto se leen y con veneración se alaban. Se desconocerá la lengua, y siempre habrá quien estudie el lenguaje antiguo para saber imitarlas, ó á lo menos para saber lo mucho que enseñan.

Pues si esto es así, ¿qué desconcierto es de la razón emplearla toda en hacerse desestimable? Toda Europa desprecia y aun hace burla del extravagante modo de escribir que casi todos los españoles practican hoy. Es

casi nada lo que se traduce de nuestra lengua en las otras: argumento claro del poco aprecio que se hace de nuestro modo de pensar, enseñar y decir; y más en un tiempo en que codiciosa Francia de enriquecer su idioma con los mejores escritos que ha logrado el mundo, no se acuerda de los nuestros. No sucedía así cuando tenía España á los venerables Luises, Granada y León; al ingeniosísimo Quevedo, juiciosísimo Saavedra y otros semejantes. ¿Mas qué digo semejantes? Un picarillo de Alfarache no se contentaba de andar por toda España, sino que atravesando los altos Pirineos y fríos Alpes gustosamente entretenía á toda Europa. ¿Qué mucho si se paseaba también por toda ella, y placenteramente la embelesaba un ciego astuto guiado de un Lazarillo? Pero lo que es más, aun el flaco Rocinante de aquel ingenioso hidalgo lo corría todo en compañía del rucio, que fué más célebre, y aun al día de hoy es más bien tratado que el tan aplaudido de Apuleyo, por más que digan algunos que fué de oro.

No quiero decir con esto que no tiene España hombres que con singular elocuencia ilustren hoy el lenguaje español. Los tiene sin duda. Conozco algunos. Los venero cuanto su mérito pide. Únicamente me quejo de la facilidad inconsiderada de tantos millares, que sin bastante ingenio, sin conocimiento de las ciencias, sin inteligencia del arte del bien decir, sin fruto alguno (qué es el más cierto argumento de la verdadera elocuencia), con grave daño del público (que es lo peor de todo) desautorizan la oratoria, embarazan las prensas, manchan el papel, y con su multitud oprimen á los buenos ingenios y sus maravillosas obras.

Pues si hubo tiempo en que se haya escrito en España con algún acierto, como ciertamente lo ha habido, ninguno más á propósito que el que hoy logramos para poder escribir con la mayor perfección. España, siempre fecundísima de grandes ingenios, los produce hoy iguales á los que en otro tiempo, esto es, iguales á los mayores del mundo. La que dió maestros á Roma cuando fué más sabia y elocuente, los pudiera hoy dar á todo el orbe, si la juventud se instruyese y cultivase debidamente. Con razón me duelo de que en el arte de decir no procuremos, no sólo igualar sino también exceder á las demás naciones; y más siendo tan notoria la ventaja que nuestro lenguaje hace á los extraños.

Tenemos una lengua sumamente copiosa, grave, majestuosa y suavísima. Fuera de todo esto, las ciencias en Europa llegaron ya al mayor auge que nunca. Todas tuvieron sus veces. Todas nos dejaron sus ideas en varios siglos para que fuese el nuestro más sabio. El que medió entre Orfeo y Pitágoras, fué poético; entre Pitágoras y Alejandro, filosófico; entre Alejandro y Augusto, oratorio; entre Augusto y Constantino, jurídico; entre Constantino y San Bernardo, teológico; entre San Bernardo y León X, escolástico; entre León X y nosotros, físico y crítico; de suerte que en

nuestra edad se manifiestan la naturaleza y los progresos de la sabiduría humana.

Siendo, pues, certísimo que la fuente del escribir es el saber; para escribir ¿qué tiempo hay más á propósito que éste en que mejor se puede saber? ¿Pues qué embarazo hay que nos impida adelantar el paso hacia la verdadera elocuencia? Ea, procuremos lograrla, así por la propia estimación como por no pasar por la ignominia de ser inferiores en tan excelente calidad á las naciones extrañas. Cierta es la competencia con las más cultas de Europa. Superiores son nuestras armas, quiero decir, nuestra lengua, si la manejamos tan bien como nuestros mayores la espada. No es muy incierta la esperanza de conseguir la victoria como á la diligencia de los extraños corresponda la nuestra. Fué elocuentísima Atenas. Quiso Roma competir con ella; pero no pudo igualarse, así porque no fué tan sabia, como porque la lengua no era tan expresiva y copiosa. La nuestra lleva una gran ventaja á todas las europeas, pues siendo igual en abundancia á la más fecunda, es superior á cualquiera en la magnificencia de sus voces.

Siendo esto así, el que desee formar y seguir una perfectísima idea de la verdadera elocuencia, observe con juicio la erudición de Rhua, Venegas y Agustín: la invención de Cervantes, y Saavedra en su admirable *República literaria*, que por mi diligencia se lee como su autor la escribió: la elección y método de Fr. Luis de León: la abundancia de voces de don Francisco de Quevedo: la pureza de los vocablos y propiedad de las frases de Santa Teresa de Jesús: la facilidad y elegancia de decir de don Diego de Mendoza: el espíritu y gallardía del obispo Mañero, y del deán de Alicante don Manuel Martí: la dulzura y numerosidad de Fr. Luis de Granada: y considerando así en otros pocos y felices escritores las perfecciones que brillan más en sus obras, tenga bien entendido que la bien ordenada y decorosa composición de todas ellas es la idea verdadera de la elocuencia española, y la única que con aplicación, diligencia y ejercicio se debe imitar y procurar seguir.

Aspiremos, pues, á esta. Trabajemos por acercarnos á ella cuanto nos sea posible. Está España infamada de poco elocuente. Vindicad su honra, españoles. Generosísimos espíritus, vindicad la nuestra.

D. JUAN DONOSO CORTÉS

FRAGMENTOS

del discurso sobre la «Biblia» pronunciado al ingresar en la Academia española el 16 de Abril de 1848

Señores:

Llamado por vuestra elección á llenar el vacío que ha dejado en esta academia un varón ilustre por su doctrina, célebre por la agudeza y la fecundidad de su ingenio, y por su literatura y su ciencia merecedor de eterna y esclarecida memoria, ¿qué podrá decir, que sea digno de escritor tan eminente, y de esta nobilísima asamblea, quien como yo es pobre de fama y escaso de ingenio? Puesto en caso tan grave, me ha parecido conveniente escoger para tema de este discurso un asunto subidísimo, que cautivando vuestra atención, os fuerce á apartar de mí vuestros ojos, para ponerlos en su grande majestad y en su sublime alteza.

Hay un libro, tesoro de un pueblo que es hoy fábula y ludibrio de la tierra, y que fué en tiempos pasados estrella del Oriente, adonde han ido á beber su divina inspiración todos los grandes poetas de las regiones occidentales del mundo, y en el cual han aprendido el secreto de levantar los corazones, y de arrebatar las almas con sobrehumanas y misteriosas armonías. Ese libro es la Biblia, el libro por excelencia.

En él aprendió Petrarca á modular sus gemidos: en él vió Dante sus terríficas visiones: de aquella fragua encendida sacó el poeta de Sorrento los espléndidos resplandores de sus cantos. Sin él, Milton no hubiera sorprendido á la mujer en su primera flaqueza, al hombre en su primera culpa, á Luzbel en su primera conquista, á Dios en su primer ceño; ni hubiera podido decir á las gentes la tragedia del Paraíso, ni cantar con canto de dolor la mala ventura y triste hado del humano linaje. Y para hablar de nuestra España, ¿quién enseñó al maestro Fr. Luis de León á ser sencillamente sublime? ¿De quién aprendió Herrera su entonación alta, imperiosa y robusta? ¿Quién inspiraba á Rioja aquellas lúgubres lamentaciones, llenas de pompa y majestad, y henchidas de tristeza, que dejaba caer sobre los campos marchitos y sobre los mustios collados, y sobre las ruinas de los imperios, como un paño de luto? ¿En cuál escuela aprendió Calderón á remontarse á las eternas moradas sobre las plumas de los vientos? ¿Quién puso delante de los ojos de nuestros grandes escritores mís-

ticos los oscuros abismos del corazón humano? ¿Quién puso en sus labios aquellas santas armonías, y aquella vigorosa elocuencia, y aquellas tremendas imprecaciones, y aquellas fatídicas amenazas, y aquellos arranques sublimes, y aquellos suavísimos acentos de encendida caridad y de castísimo amor, con que unas veces ponían espanto en la conciencia de los pecadores, y otras levantaban hasta el arrobamiento las limpias almas de los justos? Suprimid la Biblia con la imaginación, y habréis suprimido la bella, la grande literatura española, ó la habréis despojado al menos de sus destellos más sublimes, de sus más espléndidos atavíos, de sus soberbias pompas y de sus santas magnificencias.

¿Y qué mucho, señores, que las literaturas se deslustren, si con la supresión de la Biblia quedarían todos los pueblos asentados en tinieblas y en sombra de muerte? Porque en la Biblia están escritos los anales del cielo, de la tierra y del género humano; en ella, como en la divinidad misma, se contiene lo que fué, lo que es, y lo que será: en su primera página, se cuenta el principio de los tiempos y el de las cosas; y en su última página el fin de las cosas y de los tiempos. Comienza con el Génesis, que es un idilio; y acaba con el Apocalipsis de San Juan, que es un himno fúnebre. El Génesis es bello como la primera brisa que refrescó á los mundos; como la primera aurora que se levantó en el cielo; como la primera flor que brotó en los campos; como la primera palabra amorosa que pronunciaron los hombres; como el primer sol que apareció en el Oriente. El Apocalipsis de San Juan es triste como la última palpitación de la naturaleza; como el último rayo de luz; como la última mirada de un moribundo. Y entre este himno fúnebre y aquel idilio, vénse pasar unas en pos de otras á la vista de Dios todas las generaciones, y unos en pos de otros todos los pueblos: las tribus van con sus patriarcas; las repúblicas con sus magistrados; las monarquías con sus reyes; y los imperios con sus emperadores: Babilonia pasa con su abominación; Nínive con su pompa; Menfis con su sacerdocio; Jerusalén con sus profetas y su templo; Atenas con sus artes y con sus héroes; Roma con su diadema y con los despojos del mundo. Nada está firme sino Dios; todo lo demás pasa y muere, como pasa y muere la espuma que va deshaciendo la ola.

Allí se cuentan ó se predicen todas las catástrofes; y por eso están allí los modelos inmortales de todas las tragedias; allí se hace el recuento de todos los dolores humanos; por eso las arpas bíblicas resuenan lúgubremente, dando los tonos de todas las lamentaciones y de todas las elegías. ¿Quién volverá á gemir como Job, cuando derribado en el suelo por una mano excelsa que le oprime, hinche con sus gemidos y humedece con sus lágrimas los valles de Idumea? ¿Quién volverá á lamentarse, como se lamentaba Jeremías en torno de Jerusalén, abandonada de Dios y de las

gentes? ¿Quién será lúgubre y sombrío, como era sombrío y lúgubre Ezequiel, el poeta de los grandes infortunios y de los tremendos castigos, cuando daba á los vientos su arrebatada inspiración, espanto de Babilonia? Cuéntanse allí las batallas del Señor, en cuya presencia son vanos simulacros las batallas de los hombres: por eso, la Biblia, que contiene los modelos de todas las tragedias, de todas las elegías, y de todas las lamentaciones, contiene también el modelo inimitable de todos los cantos de victoria. ¿Quién cantará como Moisés, del otro lado del mar Rojo, cuando cantaba la victoria de Jehová, el vencimiento de Faraón, y la libertad de su pueblo? ¿Quién volverá á cantar un himno de victoria como el que cantaba Débora, la Sibila de Israel, la Amazona de los hebreos, la mujer fuerte de la Biblia? Y si de los himnos de victoria pasamos á los himnos de alabanza, ¿en cuál templo resonaron jamás como en el de Israel, cuando subían al cielo aquellas voces suaves, armoniosas, concertadas, con el delgado perfume de las rosas de Jericó y con el aroma del incienso del Oriente? Si buscáis modelos de la poesía lírica, ¿qué lira habrá comparable con el arpa de David, el amigo de Dios, el que ponía el oído á las suavísimas consonancias y á los dulcísimos cantos de las arpas angélicas; ó con el arpa de Salomón, el Rey sabio y felicísimo, que puso la sabiduría en sentencias y en proverbios, y acabó por llamar vanidad á la sabiduría; que cantó el amor y sus regalados dejos, y su dulcísima embriaguez, y sus sabrosos trasportes y sus elocuentes delirios? Si buscáis modelos de la poesía bucólica, ¿en dónde los hallaréis tan frescos y tan puros como en la época bíblica del patriarcado; cuando la mujer, la fuente y la flor eran amigas, porque todas juntas y cada una de por sí eran el símbolo de la primitiva sencillez y de la cándida azucena? ¿Dónde hallaréis sino allí los sentimientos limpios y castos, y el encendido pudor de los esposos, y la misteriosa fragancia de las familias patriarcales?

Y ved, señores, por qué todos los grandes poetas, todos los que han sentido sus pechos devorados por la llama inspiradora de un Dios, han corrido á aplacar su sed en las fuentes bíblicas de aguas inextinguibles, que ahora forman impetuosos torrentes, ahora ríos anchurosos y hondables, ya estrepitosas cascadas y bulliciosos arroyos, ó tranquilos estanques y apacibles remansos.

Libro prodigioso aquel, señores, en que el género humano comenzó á leer, treinta y tres siglos ha; y con leer en él todos los días, todas las noches y todas las horas, aun no ha acabado su lectura. Libro prodigioso aquel, en que se calcula todo, antes de haberse inventado la ciencia de los cálculos: en que sin estudios lingüísticos, se da noticia del origen de las lenguas; en que sin estudios astronómicos, se computan las revoluciones de los astros; en que sin documentos históricos, se cuenta la historia; en

que sin estudios físicos, se revelan las leyes del mundo. Libro prodigioso aquel, que lo ve todo y que lo sabe todo; que sabe los pensamientos que se levantan en el corazón del hombre, y los que están presentes en la mente de Dios; que ve lo que pasa en los abismos del mar, y lo que sucede en los abismos de la tierra: que cuenta ó predice todas las catástrofes de las gentes, y en donde se encierran y atesoran todos los tesoros de la misericordia, todos los tesoros de la justicia, y todos los tesoros de la venganza. Libro en fin, señores, que cuando los cielos se replieguen sobre sí mismos como un abanico gigantesco, y cuando la tierra padezca desmayos, y el sol recoja su luz y se apaguen las estrellas, permanecerá él solo con Dios, porque es su eterna palabra resonando eternamente en las alturas.

Ya veis, señores, cuán libre y extendido campo se abre aquí á las investigaciones de los hombres. Obligado empero, por la índole exclusivamente literaria de esta ilustre asamblea, á considerar á la Biblia solamente como un libro que contiene la poesía de una nación digna de perdurable memoria, me limitaré á indicar algo de lo mucho que podría indicarse y decirse acerca de las causas que sirven para explicar su poderoso atractivo y su resplandeciente hermosura....

Los Patriarcas bíblicos. — Moisés y Homero

La historia del pueblo hebreo no es otra cosa, si bien se mira, sino un drama religioso, compuesto de una promesa, de una amenaza y de una catástrofe. La promesa la oyó Abrahám, y la oyeron todos los patriarcas: la amenaza la oyó Moisés, y la oyeron los profetas: la catástrofe todos la presenciamos. Vivos están los autores de esta tragedia aterradora. Vivo está el Dios de Israel, que tan grandes cosas obró para enseñanza perpetua de las gentes: vivo está el pueblo desventurado que puso una mano airada y ciega en el rostro de Dios, y que, peregrino en el mundo, va contando á las naciones sus pasadas glorias y sus presentes desventuras.

Si es una cosa puesta fuera de toda duda, que la explicación de su historia está en la palabra divina, no es menos evidente que hay una correspondencia admirable entre las vicisitudes de su poesía y las evoluciones de su historia. La primera palabra de su Dios es una promesa: su primer período histórico, el patriarcado; y los primeros cantos de su musa dicen al pueblo la promesa de su Dios, y á Jehová las esperanzas de su pueblo. El encargo religioso y social de la poesía hebraica, en aquellos tiempos primitivos, era ajustar paces y alianzas entre la divinidad y el hombre: siendo los mensajeros de estas paces, por parte del hombre, su profunda adoración; por parte de la divinidad, su infinita misericordia. Nada es comparable al encanto de la poesía bíblica que corresponde á este período.

El patriarca es el tipo de la sencillez y de la inocencia. Más bien que el varón incorruptible y justo, es el niño sin mancilla de pecado: por eso, oye á menudo aquella habla suavísima y deleitosa con que Dios le llama hacia sí: por eso, recibe visitas de los ángeles. Más bien que el hombre recto, que anda gozoso por las vías del Señor, es el habitante del cielo que anda triste por el mundo, porque ha perdido su camino y se acuerda de su patria. Su único padre es su Dios, los ángeles son sus hermanos. Los patriarcas eran entonces, como los apóstoles han sido después, la sal de la tierra. En vano buscaréis por el mundo, en aquellos remotísimos tiempos, al hombre, pobre de espíritu, rico de fe, manso y sencillo de corazón, modesto en las prosperidades, resignado en las tribulaciones, de vida inocente y de honestas y pacíficas costumbres. El tesoro de esas virtudes apacibles resplandeció solamente en las solitarias tiendas de los patriarcas bíblicos.

Huésped en la tierra de Faraón, el pueblo hebreo se olvidó de su Dios en los tiempos adelante, y amancilló sus santas costumbres con las abominaciones egipciacas: dióse entonces á supersticiones y agüeros en aquella tierra agorera y supersticiosa, y trocó á un mismo tiempo su Dios por los ídolos, y su libertad por la servidumbre. Arrancóle de ella violentamente la mano de un hombre gobernado por una fuerza sobrehumana, el más grande entre los profetas de Israel, y el más grande entre los hijos de los hombres.

Cuéntase de muchos que han ganado el señorío de las gentes, y asentado su dominación en las naciones por la fuerza del hierro: de ninguno se cuenta sino de Moisés, que haya fundado un señorío incontrastable con solo la fuerza de la palabra. Ciro, Alejandro, Mahoma llevaron por el mundo la desolación y la muerte; y no fueron grandes, sino porque fueron homicidas. Moisés aparta su rostro lleno de horror de las batallas sangrientas, y entra en el seno de Abrahám, vestido de blancas vestiduras y bañado de pacíficos resplandores. Los fundadores de imperios y principados, de que están llenas las historias, abrieron las zanjas y echaron los cimientos de su poder, ayudados de fortísimos ejércitos y de fanáticas muchedumbres. Moisés está solo en los desiertos de la Arabia, rodeado de un gigantesco motín por seiscientos mil rebeldes, y con esos seiscientos mil rebeldes, derribados en tierra por su voluntad soberana, se compone un grande imperio y un vastísimo principado. Todos los filósofos y todos los legisladores han sido hijos, por su inteligencia, de otros legisladores, y de más antiguos filósofos. Licurgo es el representante de la civilización dórica: Solón el representante de la cultura intelectual de los pueblos jonios: Numa Pompilio representa la civilización etrusca: Platón desciende de Pitágoras: Pitágoras de los sacerdotes del Oriente. Solo Moisés está sin antecesores.

Los babilonios, los asirios, los egipcios y los griegos estaban oprimidos por reyes: y él funda una república. Los templos levantados en la tierra estaban llenos de ídolos: él da la traza de un magnífico santuario, que es el palacio silencioso y desierto de un Dios tremendo é invisible. Los hombres estaban sujetos unos á otros: Moisés declara que su pueblo sólo está sujeto á su Dios. Su Dios gobierna las familias por el ministerio de la paternidad; las tribus, por el ministerio de los ancianos; las cosas sagradas, por el ministerio de los sacerdotes; los ejércitos, por el ministerio de sus capitanes; y la república toda, por su omnipotente palabra, que los ángeles del cielo ponen en el oído de Moisés en las humeantes cimas de los montes, que, turbándose con la presencia del que los puso allí, tiemblan en sus anchísimos fundamentos, y se coronan de rayos.

Con los patriarcas tuvo fin la época de la promesa, y en Moisés tiene principio la época de la amenaza. Con la palabra de Dios, cambia de súbito el semblante de su pueblo; y la poesía hebrea se conforma de suyo á ese nuevo semblante y á aquella nueva palabra. Dios se ha convertido, de Padre que era, en Señor: el pueblo, de hijo que era, en esclavo: Dios le quita la libertad, en castigo de sus prevaricaciones, y en premio de su rescate. «Yo soy vuestro Dios, y vosotros sois mi pueblo,» había dicho Jehová á los santos patriarcas: «ya soy tu Señor y tu propietario; el que te libró de la servidumbre de los Faraones:» esto dice Jehová por la boca de Moisés á su pueblo prevaricador y rebelde: Dios deja de hablar dulce y secretamente á los hombres: los ángeles no visitan ya sus tiendas hospitalarias: la blanca y pura flor de la inocencia no abre su casto cáliz en los campos de Israel, que resuenan lúgubremente con amenazas fatídicas y con sordas imprecaciones. Todo es allí sombrío: el desierto con su inmensa soledad, el monte con sus pavorosos misterios, el cielo con sus aterradores prodigios. La musa de Israel amenaza como Dios, y gime como el pueblo. Su pecho, que hierve como un volcán, está henchido hoy de bendiciones, mañana de anatemas: sus cantos imitan hoy la apacible serenidad de un cielo sin nubes; mañana el sordo estruendo de un mar en tumulto: hoy compone su rostro con la majestad épica, mañana se descomponen sus facciones con el terror dramático: poco después, parece una bacante en su desórden lírico: ya se ciñe de palmas y canta la victoria: ya se inunda de llanto, y deja que se escapen de su pecho tristes y dolorosas elegías.

Moisés, que es el más grande de todos los filósofos, el más grande de todos los fundadores de imperios, es también el más grande de todos los poetas. Homero canta las genealogías griegas; Moisés las genealogías del género humano: Homero cuenta las peregrinaciones de un hombre; Moisés las peregrinaciones de un pueblo: Homero nos hace asistir al choque violento de la Europa y del Asia; Moisés nos pone delante las maravillas

de la creación: Homero canta á Aquiles: Moisés á Jehová: Homero desfigura á los hombres y á los dioses; sus hombres son divinos, y sus dioses humanos: Moisés nos muestra sin velo el rostro de Dios y el rostro del hombre. El águila homérica no subió más alta que las cumbres del Olimpo, ni voló más allá de los griegos horizontes. El águila del Sinaí subió hasta el trono resplandeciente de Dios, y tuvo debajo de sus alas todo el orbe de la tierra. En la epopeya homérica, todo es griego: griego es el poeta, griegos son los dioses, griegos los héroes. En la epopeya bíblica, todo es local y general, á un tiempo mismo. El Dios de Israel es el Dios de todas las gentes: el pueblo de Israel es sombra y figura de todos los pueblos; y el poeta de Israel es sombra y figura de todos los hombres. Entre la epopeya homérica y la bíblica; entre Homero y Moisés, hay la misma distancia que entre Júpiter y Jehová, entre el Olimpo y el cielo, entre la Grecia y el mundo.

María Santísima, la mujer por excelencia

Para conocer á la mujer por excelencia; para tener noticia cierta del encargo que ha recibido de Dios; para considerarla en toda su belleza inmaculada y altísima; para formarse alguna idea de su influencia santificadora, no basta poner la vista en aquellos bellísimos tipos de la poesía hebraica, que hasta ahora han deslumbrado nuestros ojos y han embargado nuestros sentidos dulcemente. El verdadero tipo, el ejemplar verdadero de la mujer no es Rebeca, ni Débora, ni la esposa del Cantar de los cantares, llena de fragancias como una taza de perfumes. Es necesario ir más allá, y subir más alto; es necesario llegar á la plenitud de los tiempos, al cumplimiento de la primitiva promesa: para sorprender á Dios formando el tipo perfecto de la mujer, es necesario subir hasta el trono resplandeciente de María. María es una criatura aparte, más bella por sí sola que toda la creación: el hombre no es digno de tocar sus blancas vestiduras: la tierra no es digna de servirla de peana, ni de alfombra los paños de brocado: su blancura excede á la nieve que se cuaja en las montañas, su rosicler al rosicler de los cielos: su esplendor al esplendor de las estrellas. María es amada de Dios, adorada de los hombres, servida de los ángeles. El hombre es una criatura nobilísima, porque es señor de la tierra, ciudadano del cielo, hijo de Dios; pero la mujer se le adelanta y le deslustra y le vence, porque María tiene nombres mas dulces y atributos más altos. El Padre la llama hija, y le envía embajadores: el Espíritu Santo la llama esposa, y le hace sombra con sus alas: el hijo la llama madre, y hace su morada de su sacratísimo vientre: los serafines componen su corte: los cielos la llaman Reina; los hombres la llaman Señora: nació sin mancha, salvó al mundo, murió sin dolor, vivió sin pecado.

Ved ahí la mujer, señores, ved ahí la mujer: porque Dios en María las ha santificado á todas: á las vírgenes, porque ella fué Virgen: á las esposas, porque ella fué esposa: á las viudas, porque ella fué viuda: á las hijas, porque ella fué hija: á las madres, porque ella fué madre. Grandes y portentosas maravillas ha obrado el cristianismo en el mundo: él ha hecho paces entre el cielo y la tierra: ha destruído la esclavitud: ha proclamado la libertad humana y la fraternidad de los hombres; pero con todo eso, la más portentosa de sus maravillas, la que más hondamente ha influído en la constitución de la sociedad doméstica y de la civil, es la santificación de la mujer, proclamada desde las alturas evangélicas. Y cuenta, señores, que desde que Jesucristo habitó entre nosotros, ni sobre las pecadoras es lícito arrojar los baldones y el insulto; porque hasta sus pecados pueden ser borrados por sus lágrimas. El Salvador de los hombres puso á la Magdalena debajo de su amparo; y cuando hubo llegado el día tremendo en que se anubló el sol y se estremecieron y dislocaron dolorosamente los huesos de la tierra, al pie de la cruz estaban juntas su inocentísima Madre y la arrepentida pecadora, para darnos así á entender, que sus amorosos brazos estaban abiertos igualmente á la inocencia y al arrepentimiento.

Los profetas del pueblo de Dios

Jamás en ningun pueblo de la tierra, antiguo ni moderno, hubo una institución tan admirable, tan santa y tan popular como la de los profetas del pueblo de Dios.

Atenas tuvo poetas y oradores: Roma tribunos y poetas. Los profetas del pueblo de Dios fueron poetas, tribunos y oradores á un tiempo mismo: como los poetas, cantaban las perfecciones divinas: como los tribunos, defendían los intereses populares; como los oradores, proponían lo que juzgaban conforme á las conveniencias del Estado. Un profeta era más que Homero, más que Demóstenes, más que Graco; era Graco, Homero y Demóstenes á un mismo tiempo. El profeta era el hombre que daba de mano á todo regalo de la carne y á todo amor de la vida, y que mensajero de Dios, tenía el encargo de poner su palabra en el oído del pueblo, en el oído de los sacerdotes y en el oído de los reyes. Por eso, los profetas amenazaban, imprecaban, maldecían; por eso, dejaban escaparse de sus pechos, poderosas, tremendas aquellas voces de temor y de espanto, que se oían en Jerusalén cuando venía sobre ella con ejército fortísimo y numerosísimo el rey de Babilonia, ministro de las venganzas de Jehová y de sus iras celestiales. Los poetas cesáreos miraban siempre, antes de hablar, los semblantes de los príncipes.

Los oradores y los tribunos de Atenas y de Roma tenían puestos los

ojos, antes de soltar los torrentes de su elocuencia, en los semblantes del pueblo: los profetas de Israel cerraban los ojos para no lisonjear ni los gustos de los pueblos ni los antojos de los reyes, atentos sólo á lo que Dios les decía interiormente en sus almas: por eso hicieron frente á los odios implacables de los príncipes, que habiendo puesto su sacrílega mano en el templo de Dios, no temían ponerla en el rostro augusto de sus profetas: por eso resistieron con constantísimo semblante á la grande indignación y bramido popular, creciendo su constancia al compás de la persecución y al compás de las olas de aquellas furiosas tempestades, sin que se doblegasen sus almas sublimes al miedo de los tormentos: por eso, en fin, casi todos, ó entregaron sus gargantas al cuchillo, ó buscaron en tierras extrañas un triste sepulcro.

Yo no sé, señores, si hay en la historia un espectáculo más bello que el de los profetas del pueblo de Dios luchando, armados con el solo ministerio de la palabra, contra todas las potestades de la tierra. Yo no sé si ha habido en el mundo poetas más altos, oradores más elocuentes, hombres más grandes, más santos y más libres; nada faltó á su gloria, ni la santidad de la vida, ni la santidad de la causa que sustentaron, ni la corona del martirio.

Con los profetas tuvo fin la época de la amenaza; con el Salvador del mundo, comienza la época del castigo.

El Edipo de Sófocles y el pueblo judío.—Conclusión

Antes de poner término á este discurso, hagamos todos aquí una estación: recojamos el espíritu y el aliento, porque el momento es tan terrible como solemne.

Sófocles escribió una de las más bellas tragedias del mundo, que intituló *Edipo Rey*. Esta tragedia ha sido traducida, imitada, reformada por los más bellos ingenios, y á nosotros nos ha cabido la suerte de poseer con ese título una de las tragedias que más honran nuestra literatura clásica.

Pero hay otra tragedia más admirable, más portentosa todavía, que corre sin nombre de autor, y á quien su autor no puso título, sin duda porque no es una tragedia especial, sino más bien la tragedia por excelencia. Son sus actores principales Dios y un pueblo; el escenario es el mundo, y al prodigioso espectáculo de su tremenda catástrofe asisten todas las gentes y todas las naciones. Entre esa gran tragedia y la de Sófocles, á vuelta de algunas diferencias, hay tan maravillosas semejanzas, que me atrevería á intitularla *Edipo pueblo*.

Edipo adivina los enigmas de la esfinge; y es reputado por el más sabio y el más prudente de los hombres: el pueblo judío adivina el enigma de la humanidad, oculto á todas las gentes, es decir, la unidad de Dios y la

unidad del género humano; y es llamado por Jehová antorcha de todos los pueblos. Los dioses dan á Edipo la victoria sobre todos sus competidores, y le asisten en el trono de Tebas. Jehová lleva como por la mano al pueblo hebreo á la tierra de promisión, y le saca vencedor de todos sus enemigos. Los dioses, por la voz de los oráculos délficos, habían anunciado á Edipo, entre otras cosas nefandas, que sería el matador de su padre: Jehová, por la voz de los oráculos bíblicos, había anunciado á los judíos que matarían á su Dios. Un hombre muere á manos de Edipo en una senda solitaria: un hombre muere á manos del pueblo de Dios en el Calvario; este hombre era el Dios de Judá; aquel hombre era el padre de Edipo. Yo no sé lo que hay; pero algo hay, señores, en este *similiter cadens* de la historia, que causa un involuntario, pero profundísimo estremecimiento.

Ya lo veis, señores: unos mismos son los oráculos, y una misma la catástrofe: ahora veréis cómo una misma ceguedad hace inevitable esa catástrofe, y hace buenos aquellos tremendos oráculos.

Edipo sabe que mató á aquel hombre en aquella senda; pero su conciencia está tranquila, porque su padre era Polibio: Polibio estaba muy lejos de allí, y el que murió á sus manos, era desconocido y extranjero. Los judíos saben que mataron al hombre de Nazareth: saben que le pusieron en una cruz en el Monte Calvario, y que le pusieron entre dos ladrones para más escarnecerle; pero su conciencia está tranquila: su Dios había de venir, pero aun estaba lejos: su Dios había de ser conquistador y rey, y había de rugir como el león de Judá; mientras que el hombre de la cruz había nacido en pobre lugar, de padres pobres, y no había encontrado una piedra en donde reclinar su frente. «Si eres hijo de Dios, ¿por qué no bajas de la cruz?» dijo el pueblo judío: «si el que murió á mis manos me había dado el sér, ¿cómo al darle la muerte no saltó el corazón en mi pecho? ¿Cómo es que no me habló la voz de la sangre?» esto dijo el rey parricida. Y el pueblo matador de su Dios, y el hombre matador de su padre se complacieron en su sagacidad, y escarnecieron á los oráculos, y se mofaron de los profetas.

Pero la divinidad implacable, que calladamente está en ellos y obra en ellos, los empuja para que caigan, y quita la luz de sus ojos para que no vean los abismos. Ambos se hallan poseídos de súbito de una curiosidad inmensa, sobrehumana. Edipo pregunta á Yocasta, pregunta á Tiresias, pregunta al anciano que sabe su secreto: «¿Quién es el hombre de la senda? ¿Quién es mi padre? ¿Quién soy yo?» El pueblo judío pregunta á Jesús: «¿Quién eres? ¿Eres por ventura nuestro Dios y nuestro rey?» El drama aquí comienza á ser terribilísimo: no hay pecho que no sienta una opresión dolorosa, inexplicable, increíble; ni frente que no esté bañada con sudores; ni alma que no desfallezca con angustias.

SEGUNDA PARTE

MODELOS EN VERSO

GÉNERO LÍRICO

ODAS Y CANCIONES

MAESTRO FRAY LUIS DE LEÓN

A la vida retirada

¡Qué descansada vida
La del que huye el mundanal ruído,
Y sigue la escondida
Senda, por donde han ido
Los pocos sabios que en el mundo han sido!
Que no le enturbia el pecho
De los soberbios grandes el estado,
Ni del dorado techo
Se admira, fabricado
Del sabio Moro, en jaspes sustentado.
No cura si la fama
Canta con voz su nombre pregonera,
Ni cura ni encarama
La lengua lisonjera
Lo que condena la verdad sincera.
¿Qué presta á mi contento,
Si soy del vano dedo señalado?
¿Si en busca de este viento
Ando desalentado
Con ansias vivas, con mortal cuidado?
¡Oh monte, oh fuente, oh río,
Oh secreto seguro deleitoso!
Roto casi el navío,
A vuestro almo reposo
Huyo de aqueste mar tempestuoso.
Un no rompido sueño,
Un día puro, alegre, libre quiero:
No quiero ver el ceño
Vanamente severo
De á quien la sangre ensalza ó el dinero.
Despiértenme las aves
Con su cantar sabroso no aprendido,
No los cuidados graves,
De que es siempre seguido,
El que al ajeno arbitrio está atenido.
Vivir quiero conmigo,
Gozar quiero del bien que debo al cielo,
A solas, sin testigo,

Libre de amor, de zelo,
De odio, de esperanzas, de recelo.
Del monte en la ladera
Por mi mano plantado tengo un huerto,
Que con la primavera
De bella flor cubierto,
Ya muestra en esperanza el fruto cierto.
Y como codiciosa,
Por ver y acrecentar su hermosura,
Desde la cumbre airosa
Una fontana pura
Hasta llegar, corriendo se apresura.
Y luego sosegada,
El paso entre los árboles torciendo,
El suelo de pasada
De verdura vistiendo,
Y con diversas flores va esparciendo.
El aire el huerto orea,
Y ofrece mil olores al sentido:
Los árboles menea
Con un manso ruído,
Que del oro y del cetro pone olvido.
Ténganse su tesoro
Los que de un falso leño se confían:
No es mío ver el lloro
De los que desconfían,
Cuando el Cierzo y el Ábrego porfían.
La combatida antena
Cruje, y en ciega noche el claro día
Se torna, al cielo suena
Confusa vocería,
Y la mar enriquecen á porfía.
A mí una pobrecilla
Mesa, de amable paz bien abastada,
Me basta, y la vajilla
De fino oro labrada
Sea de quien la mar no teme airada.
Y mientras miserable-
mente se están los otros abrasando
Con sed insaciable
Del peligroso mando,
Tendido yo á la sombra esté cantando.
A la sombra tendido,
De hiedra y lauro eterno coronado,
Puesto el atento oído
Al són dulce acordado
Del plectro sábiamente meneado.

A Francisco de Salinas

El aire se serena,
Y viste de hermosura y luz no usada,
Salínas, cuando suena
La música extremada
Por vuestra sabia mano gobernada.
A cuyo són divino
El alma, que en olvido está sumida,
Torna á cobrar el tino
Y memoria perdida
De su origen primera esclarecida.
Y como se conoce,
En suerte y pensamiento se mejora:
El oro desconoce
Que el vulgo vil adora,
La belleza caduca, engañadora.
Traspasa el aire todo
Hasta llegar á la más alta esfera;
Y oye allí otro modo
De no perecedera
Música, que es la fuente y la primera.
Y como está compuesta
De números concordes, luego envía
Consonante respuesta,
Y entre ambos á porfía
Se mezcla una dulcísima armonía.
Aquí el alma navega
Por un mar de dulzura, y finalmente
En él ansí se anega,

Que ningún accidente
Extraño y peregrino oye ni siente.
¡Oh desmayo dichoso!
¡Oh muerte que das vida! ¡oh dulce olvido!
Durase en tu reposo,
Sin ser restituído
Jamás aqueste bajo y vil sentido!
A este bien os llamo
Gloria del Apolíneo, sacro coro,
Amigo, á quien amo
Sobre todo tesoro,
Que todo lo visible es triste lloro.
¡Oh! suene de contino,
Salínas, vuestro són en mis oídos,
Por quien al bien divino
Despiertan los sentidos,
Quedando á lo demás adormecidos.

En la Ascensión

¿Y dejas, Pastor santo,
Tu grey en este valle hondo, oscuro,
Con soledad y llanto,
Y tú, rompiendo el puro
Aire, te vas al inmortal seguro?
Los ántes bien hadados,
Y los agora tristes y afligidos,
A tus pechos criados,
De ti desposeídos,
¿A dó convertirán ya sus sentidos?
¿Qué mirarán los ojos
Que vieron de tu rostro la hermosura,
Que no les sea enojos?
Quien oyó tu dulzura,
¿Qué no tendrá por sordo y desventura?
Aqueste mar turbado
¿Quién le pondrá ya freno? ¿quién concierto
Al viento fiero airado?
Estando tú encubierto,
¿Qué norte guiará la nave al puerto?
¡Ay! nube envidiosa,
Aun de este breve gozo, ¿qué te aquejas?
¿Do vuelas presurosa?
¡Cuán rica tú te alejas!
¡Cuán pobres y cuán ciegos, ay, nos dejas!

A Nuestra Señora

Vírgen, que el sol más pura,
Gloria de los mortales, luz del cielo,
En quien es la piedad como la alteza,
Los ojos vuelve al suelo,
Y mira un miserable en cárcel dura
Cercado de tinieblas y tristeza,
Y si mayor bajeza
No conoce, ni igual juicio humano,
Que el estado en que estoy por culpa ajena,
Con poderosa mano
Quiebra, Reina del cielo, la cadena.
Virgen, en cuyo seno
Halló la Deïdad digno reposo,
Do fué el rigor en dulce amor trocado,
Si blando al riguroso
Volviste, bien podrás volver sereno
Un corazón de nubes rodeado;
Descubre el deseado
Rostro, que admira el cielo, el suelo adora:
Las nubes huirán, lucirá el día,
Tu luz, alta Señora,
Venza esta ciega y triste noche mía.
Virgen y Madre junto,
De tu Hacedor dichosa engendradora,
A cuyos pechos floreció la vida;
Mira cómo empeora

Y crece mi dolor más cada punto:
El odio cunde, la amistad se olvida:
Si no es de ti valida
La justicia y verdad que tú engendraste,
¿Adónde se hallará seguro amparo?
Y pues Madre eres, baste
Para contigo el ver mi desamparo.
Virgen del sol vestida,
De luces eternales coronada,
Que huellas con divinos pies la luna;
Envidia emponzoñada,
Engaño agudo, lengua fementida,
Odio cruel, poder sin ley ninguna,
Me hacen guerra á una:
Pues contra un tal ejército maldito,
¿Cuál pobre y desarmado será parte,
Si tu nombre bendito,
María, no se muestra por mi parte?
Virgen por quien vencida
Llora su perdición la sierpe fiera,
Su daño eterno, su burlado intento;
Miran de la ribera
Seguras muchas gentes mi caída,
El agua violenta, el flaco aliento:
Los unos con contento,
Los otros con espanto, el más piadoso
Con lástima la inútil voz fatiga:
Yo puesto en ti el lloroso
Rostro, cortando voy onda enemiga.
Virgen del Padre Esposa,
Dulce Madre del Hijo, templo santo
Del inmortal Amor, del hombre escudo;
No veo sino espanto:
Si miro la morada, es peligrosa,
Si la salida, incierta, el favor mudo,
El enemigo crudo,
Desnuda la verdad, muy proveída
De armas y valedores la mentira;
La miserable vida
Sólo, cuando me vuelvo á ti, respira.
Virgen, que al alto ruego
No más humilde *sí* diste que honesto,
En quien los cielos contemplar desean;
Como terrero puesto,
Los brazos presos, de los ojos ciego,
A cien flechas estoy que me rodean,
Que en herirme se emplean;
Siento el dolor, más no veo la mano;
Ni me es dado el huir ni el escudarme.
Quiera tu soberano
Hijo, Madre de amor, por ti librarme.
Virgen, lucero amado,
En mar tempestuoso clara guía,
A cuyo santo rayo calla el viento;
Mil olas á porfía
Hunden en el abismo un desarmado
Leño de vela y remo, que sin tiento
El húmedo elemento
Corre: la noche carga, el aire truena,
Ya por el cielo va, ya el suelo toca,
Gime la rota antena:
Socorre ántes que embista en dura roca.
Virgen no inficionada
De la común mancilla y mal primero
Que al humano linaje contamina;
Bien sabes que en ti espero
Desde mi tierna edad: y si malvada
Fuerza que me venció ha hecho indina
De tu guarda divina
Mi vida pecadora, tu clemencia
Tanto mostrará más su bien crecido,
Cuanto es más la dolencia,
Y yo merezco ménos ser valido.
Virgen, el dolor fiero
Añuda ya la lengua, y no consiente
Que publique la voz cuanto desea,
Mas oye tú al doliente
Ánimo que contino á ti vocea.

A D. Oloarte

NOCHE SERENA

Cuando contemplo el cielo
De innumerables luces adornado;
Y miro hacia el suelo
De noche rodeado,
En sueño y en olvido sepultado;
El amor y la pena
Despiertan en mi pecho un ansia ardiente,
Despiden larga vena
Los ojos hechos fuente,
Oloarte, y digo al fin con voz doliente:
Morada de grandeza,
Templo de claridad y hermosura,
El alma que á tu alteza
Nació, ¿qué desventura
La tiene en esta cárcel baja, oscura?
¿Qué mortal desatino
De la verdad aleja así el sentido,
Que de tu bien divino
Olvidado, perdido
Sigue la vana sombra, el bien fingido?
El hombre está entregado
Al sueño, de su suerte no cuidando,
Y con paso callado
El cielo vueltas dando,
Las horas del vivir le va hurtando.
¡Oh! despertad mortales,
Mirad con atención en vuestro daño.
¿Las almas inmortales,
Hechas á bien tamaño,
Podrán vivir de sombras y de engaño?
¡Ay! levantad los ojos
A aquesta celestial, eterna esfera;
Burlaréis los antojos
De aquesa lisonjera
Vida, con cuanto teme y cuanto espera.
¿Es más que un breve punto
El bajo y torpe suelo comparado
Con ese gran trasunto,
Do vive mejorado
Lo que es, lo que será, lo que ha pasado?
Quien mira el gran concierto
De aquestos resplandores eternales,
Su movimiento cierto,
Sus pasos desiguales,
Y en proporción concorde tan iguales;
La luna cómo mueve
La plateada rueda, y va en pos della
La luz, do el saber llueve,
Y la graciosa estrella
De Amor la sigue reluciente y bella;
Y cómo otro camino
Prosigue el sanguinoso Marte airado,
Y el Júpiter benino
De bienes mil cercado
Serena el cielo con su rayo amado:
Rodéase en la cumbre
Saturno, padre de los siglos de oro,
Tras él la muchedumbre
Del reluciente coro
Su luz va repartiendo y su tesoro:
¿Quién es el que esto mira,
Y precia la bajeza de la tierra,
Y no gime y suspira,
Y rompe lo que encierra
El alma y destos bienes la destierra?
Aquí vive el contento,
Aquí reina la paz, aquí asentado
En rico y alto asiento
Está el Amor sagrado,
De glorias y deleites rodeado.

Inmensa hermosura
Aquí se muestra toda, y resplandece
Clarísima luz pura,
Que jamás anochece;
Eterna primavera aquí florece.
¡Oh campos verdaderos
¡Oh prados con verdad frescos y amenos!
¡Riquísimos mineros!
¡Oh deleitosos senos,
Repuestos valles de mil bienes llenos!

A Felipe Ruiz

¿Cuándo será que pueda
Libre de esta prisión volar al cielo,
Felipe, y en la rueda,
Que huye más del suelo,
Contemplar la verdad pura sin duelo?
Allí á mi vida junto,
En luz resplandeciente convertido,
Veré distinto y junto
Lo que es, y lo que ha sido,
Y su principio propio y escondido.
Entonces veré cómo
La soberana mano echó el cimiento,
Tan á nivel y plomo,
Do estable y firme asiento
Posee el pesadísimo elemento.
Veré las inmortales
Colunas, do la tierra está fundada,
Las lindes y señales
Con que á la mar hinchada
La Providencia tiene aprisionada.
Porqué tiembla la tierra:
Porqué las hondas mares se embravecen:
Dó sale á mover guerra
El Cierzo; y porqué crecen
Las aguas del Océano, y descrecen;
De dó manan las fuentes:
Quién ceba, y quién bastece de los ríos
Las perpetuas corrientes:
De los helados fríos
Veré las causas, y de los estíos.
Las soberanas aguas,
Del aire en la región quién las sostiene:
De los rayos las fraguas:
Dó los tesoros tiene
De nieve Dios; y el trueno dónde viene.
¿No ves cuando acontece
Turbarse el aire todo en el verano,
El día se ennegrece,
Sopla el Gállego insano,
Y sube hasta el cielo el polvo vano;
Y entre las nubes mueve
Su carro, Dios, ligero y reluciente?
Horrible són conmueve,
Relumbra fuego ardiente,
Treme la tierra, humíllase la gente:
La lluvia baña el techo,
Envían largos ríos los collados;
Su trabajo deshecho,
Los campos anegados
Miran los labradores espantados.
Y de allí levantado,
Veré los movimientos celestiales,
Ansí el arrebatado,
Como los naturales,
Las causas de los hados, las señales.
Quién rige las estrellas
Veré, y quién las enciende con hermosas
Y eficaces centellas:
Porqué están las dos osas
De bañarse en la mar siempre medrosas.
Veré este fuego eterno,
Fuente de vida y luz, dó se mantiene,
Y porque en el invierno
Tan presuroso viene;
Quién en las noches largas le detiene.
Veré, sin movimiento,

En la más alta esfera las moradas
Del gozo y del contento,
De oro y luz labradas,
De espíritus dichosos habitadas.

A Felipe Ruiz

¿Qué vale cuanto vee
Do nace, y do se pone el sol luciente,
Lo que el Indio posee,
Lo que da el claro Oriente,
Con todo lo que afana la vil gente?
El uno mientras cura
Dejar rico descanso á su heredero,
Vive en pobreza dura,
Y perdona al dinero,
Y contra sí se muestra crudo y fiero.
El otro, que sediento,
Anhela el señorío, sirve ciego:
Y por subir su asiento
Abájase á vil ruego,
Y de la libertad va haciendo entrego.
Dichoso el que se mide,
Felipe, y de la vida el gozo bueno
A sí solo lo pide,
Y mira como ajeno
Aquello que no está dentro en su seno.
Si resplandece el día,
Si Éolo su reino turba en saña,
El rostro no varía,
Y si la alta montaña
Encima le viniere, no le daña.
Bien como la ñudosa
Carrasca en alto risco desmochada
Con hacha poderosa,
Del ser despedazada
Del hierro torna rica y esforzada.
Querrás hundirle, y crece
Mayor que de primero; y si porfía
La lucha, más florece,
Y firme al suelo envía
Al que por vencedor ya se tenía.
Exento á todo cuanto
Presume la fortuna, sosegado
Está y libre de espanto
Ante el tirano airado,
De hierro, de crueza y fuego armado.
«El fuego, dice, enciende,
Aguza el hierro crudo, rompe y llega,
Y si me hallares, prende,
Y da á tu hambre ciega
Su cebo deseado, y la sosiega.
«¿Qué estás? ¿no ves el pecho
Desnudo, flaco, abierto? ¡oh! no te cabe
En puño tan estrecho
El corazón que sabe
Cerrar cielos y tierra con su llave.
«Ahonda más adentro,
Desvuelve las entrañas, el insano
Puñal penetre al centro:
Mas es trabajo vano,
Jamás me alcanzará tu corta mano.
«Rompiste mi cadena
Ardiendo por prenderme; al gran consuelo
Subido he por tu pena:
Ya suelto, encumbro el vuelo,
Traspaso sobre el aire, huello el cielo.»

De la vida del cielo

Alma región luciente,
Prado de bienandanza, que ni al hielo,
Ni con el rayo ardiente
Fallece, fértil suelo,
Producidor eterno de consuelo.
De púrpura y de nieve,

Florida la cabeza, coronado,
A dulces pastos mueve
Sin honda ni cayado
El buen pastor en ti su hato amado.
Él va, y en pos dichosas
Le siguen sus ovejas, do las pace
Con inmortales rosas,
Con flor que siempre nace,
Y cuanto más se goza, más renace.
Y dentro á la montaña
Del alto bien las guía, ya en la vena
Del gozo fiel las baña,
Y les da mesa llena
Pastor y pasto él solo y suerte buena.
Y de su esfera cuando
La cumbre toca altísimo subido
El sol, él sesteando,
De su hato ceñido,
Con dulce són deleita el santo oído.
Toca el rabel sonoro,
Y el inmortal dulzor al alma pasa,
Con que envilece el oro,
Y ardiendo se traspasa,
Y lanza en aquel bien libre de tasa.
¡Oh són! ¡oh voz! siquiera
Pequeña parte alguna descendiese
En mi sentido, y fuera
De sí el alma pusiese,
Y toda en ti, oh amor, la convirtiese!
Conocería dónde
Sesteas, dulce esposo, y desatada
Desta prisión adonde
Padece, á tu manada
Viviré junta, sin vagar errada.

Salmo CIII

BENEDIC, ANIMA MEA, DOMINO, DOMINE DEUS

Alaba, oh alma, á Dios: Señor, tu alteza
¿Qué lengua hay que la cuente?
Vestido estás de gloria y de belleza,
Y luz resplandeciente.
Encima de los cielos desplegados
Al agua diste asiento;
Las nubes son tu carro, tus alados
Caballos son el viento.
Son fuego abrasador tus mensajeros,
Y trueno y torbellino:
Las tierras sobre asientos duraderos
Mantienes de contino.
Los mares las cubrían de primero
Por cima los collados,
Mas visto de tu voz el trueno fiero
Huyeron espantados.
Y luego los subidos montes crecen,
Humíllanse los valles;
Si ya entre sí hinchados se embravecen,
No pasarán las calles,
Las calles que les diste, y los linderos,
Ni anegarán las tierras:
Descubres minas de agua en los oteros,
Y corre entre las sierras.
El gamo y las salvajes alimañas
Allí la sed quebrantan,
Las aves nadadoras allí bañas,
Y por las ramas cantan.
Con lluvia el monte riegas de tus cumbres,
Y das hartura al llano:
Así das heno al buey, y mil legumbres
Para el servicio humano.
Así se espiga el trigo, y la vid crece
Para nuestra alegría:
La verde oliva así nos resplandece,
Y el pan da valentía.
De allí se viste el bosque, y la arboleda,
Y el cedro soberano,

Adonde anida el ave, adonde enreda
Su cámara el milano.
Los riscos á los corzos dan guarida,
Al conejo la peña;
Por ti nos mira el sol, y su lucida
Hermana nos enseña
Los tiempos. Tú nos das la noche oscura
En que salen las fieras,
El tigre, que ración con hambre dura
Te pide á voces fieras.
Despiertas el aurora, y de consuno
Se van á sus moradas:
Da el hombre á su labor sin miedo alguno
Las horas situadas.
¡Cuán nobles son tus hechos, y cuán llenos
De tu sabiduría! [senos
Pues ¿quién dirá el gran mar, sus anchos
Y cuántos peces cría?
¿Las naves que en él corren, la espantable
Ballena que le azota?
Sustento esperan todos saludable
De ti, que el bien no agota.
Tomamos, si tú das; tu larga mano
Nos deja satisfechos;
Si huyes, desfallece el sér liviano;
Quedamos polvo hechos.
Mas tornará tu soplo, y renovado
Repararás el mundo,
Será sin fin tu gloria, y tú alabado
De todos sin segundo.
Tú que los montes ardes si los tocas,
Y al suelo das temblores,
Cien vidas que tuviera y cien mil bocas
Dedico á tus loores.
Mi voz te agradará, y á mí este oficio
Será mi gran contento:
No se verá en la tierra maleficio,
Ni tirano sangriento.
Sepultará el olvido su memoria:
Tú, alma, á Dios da gloria.

FRANCISCO DE LA TORRE

I. A la aurora

Rompe del seno del dorado Atlante
La vestidura negra
De la noche la Aurora rutilante
Que el cielo y mundo alegra.
A las plantas y flores, del rocío
De la noche inclinadas,
Restituye su fuerza, y al sombrío
Bosque sus alboradas.
Hácense conocer las avecillas,
El campo ensordeciendo;
Festejan tu venida, maravillas
Con la garganta haciendo.
Las casi ya marchitas, bellas flores
Del plateado hielo,
Heridas de tus vivos resplandores
Miran derecho al cielo.
La cárdena violeta, reclinada
La corona de hojas,
Levanta la cabeza violada
Con las blancas y rojas.
El pobre ganadero que velando
Te estuvo al raso cielo,
Las estrellas y cielos contemplando,
Dice humillado al suelo:
«Salve, divina y sacrosanta Aurora,
Gloria del sér humano,
De la color del día á quien adora
El coro soberano;

Tres y más veces salve la rosada
Madre de Menón fuerte;
Salve la soberana y trasformada
Mononia por la muerte.»
Levántase el pastor, y de la extraña
Copia de flor preciosa
Corona, y enguirnalda la cabaña
Con la corona hermosa.
Y mientras lo permites, sol dorado,
Regala la ribera
Con la zampoña dulce, y emboscado
Huye tu furia fiera.
Allí mira una planta, allí una bella
Fuente ligera salta;
Apolo mira su belleza en ella,
De oro su plata esmalta.
Y de cuidados enojosos libre,
No sólo no apetece
Cuanto riega Pactolo y baña Tibre,
Mas antes lo aborrece.

II. A Tirsis

¡Tirsis! ¡ah Tirsis! vuelve y endereza
Tu navecilla contrastada y frágil
A la seguridad del puerto; mira
Que se te cierra el cielo.
El frío Bóreas y el ardiente Noto
Apoderados de la mar insana
Anegaron ahora en este piélago
Una dichosa nave.
Clamó la gente mísera, y el cielo
Escondió los clamores y gemidos
Entre los rayos y espantosos truenos
De su turbada cara.
¡Ay; que me dice tu animoso pecho
Que tus atrevimientos mal regidos
Te ordenan algún caso desastrado
Al romper de tu Oriente!
¿No ves cuitado, que el hinchado Noto
Trae en sus remolinos polvorosos
Las imitadas mal seguras alas
De un atrevido mozo?
¿No ves, que la tormenta rigurosa
Viene del abrasado monte, donde
Yace muriendo vivo el temerario
Encélado y Tifeo?
Conoce desdichado tu fortuna,
Y prevén á tu mal, que la desdicha
Prevenida con tiempo no penetra
Tanto como la súbita. [ve:
¡Ay que te pierdes! vuelve, Tirsis, vuel-
Tierra, tierra, que brama tu navío,
Hecho prisión y cueva sonorosa
De los hinchados vientos.
Allá se avenga el mar, allá se avengan
Los mal regidos súbditos del fiero
Eolo, con soberbios navegantes,
Que su furor desprecian.
Miremos la tormenta rigurosa
Dende la playa, que el airado cielo
Menos se encruelece de continuo,
Con quien se anima menos.

FERNANDO DE HERRERA

Al señor D. Juan de Austria

Cuando con resonante
Rayo y furor del brazo impetuoso
A Encélado arrogante
Júpiter poderoso
Despeñó airado en Etna cavernoso:
Y la vencida tierra,
A su imperio rebelde, quebrantada
Desamparó la guerra
Por la sangrienta espada
De Marte, aun con mil muertes no domada:
En el sereno polo
Con la suave cítara presente
Cantó el crinado Apolo
Entonces dulcemente,
Y en oro y lauro coronó su frente.
La canora armonía
Suspendía de dioses el senado;
Y el cielo, que movía
Su curso arrebatado,
El vuelo reprimía enajenado.
Halagaba el sonido
Al piélago sañudo, al raudo viento
Su fragor encogido,
Y con divino aliento
Las musas consonaban á su intento.
Cantaba la victoria
Del ejército etéreo y fortaleza,
Que engrandeció su gloria,
El horror y aspereza
De la titania estirpe y su fiereza.
De Palas Atenea
El gorgóneo terror, la ardiente lanza;
Del rey de la onda Egea
La indómita pujanza,
Y del hercúleo brazo la venganza.
Mas del Bistonio Marte
Hizo en grande alabanza luenga muestra,
Cantando fuerza y arte
De aquella armada diestra,
Que á la Flegrea hueste fué siniestra.
«A ti, decía, escudo,
A ti, del cielo esfuerzo generoso,
Poner temor no pudo
El escuadrón sañoso,
Con sierpes enroscadas espantoso.
«Tú solo á Oromedonte
Trajiste al hierro agudo de la muerte
Junto al doblado monte;
Y abrió con diestra suerte
El pecho de Peloro tu asta fuerte.
«¡Oh hijo esclarecido
De Juno! ¡Oh duro y no cansado pecho!
Por quien cayó vencido,
Y en peligroso estrecho
Mimante pavoroso fué deshecho.
Tú, cubierto de acero,
Tú, estrago de los hombres indignado,
Con sangre hórrido y fiero
Rompes acelerado
Del ancho muro el torreón alzado.
«A ti libre ya debe
De recelo Saturnio, que el profano
Linaje, que se atreve
Alzar la osada mano,
Sienta su bravo orgullo salir vano.
«Mas aunque resplandezca
Esta victoria tuya conocida
Con gloria, que merezca

Gozar eterna vida,
Sin que yaga en tinieblas ofendida;
«Vendrá tiempo en que tenga
Tu memoria el olvido, y la termine;
Y la tierra sostenga
Un valor tan insine,
Que ante él desmaye el tuyo y se le incline.
«Y el fértil Occidente,
Cuyo inmenso mar cerca el orbe y baña,
Descubrirá presente
Con prez y honor de España
La lumbre singular de esta hazaña.
«Que el cielo le concede
Aquel ramo de César invencible
Que su valor herede,
Para que al turco horrible
Derribe el corazón y ardor terrible.
«Vese el pérfido bando
En la fragosa, yerta, aérea cumbre,
Que sube amenazando
La soberana lumbre,
Fiado en su animosa muchedumbre.
«Y allí, de miedo ajeno,
Corre cual suelta cabra, y se abalanza
Con el fogoso trueno
De su cubierta estanza,
Y sigue de sus odios la venganza.
«Mas después que aparece
El joven de Austria en la enriscada sierra,
Frío miedo entorpece
Al rebelde, y lo atierra
Con espanto y con muerte la ímpia guerra.
«Cual tempestad ondosa
Con horrísono estruendo se levanta,
Y la nave medrosa
De rabia y furia tanta,
Entre peñascos ásperos quebranta.
«O cual del cerco estrecho
El flamígero rayo se desata
Con luengo surco hecho,
Y rompe y desbarata
Cuanto al encuentro su ímpetu arrebata.
«La fama alzará luégo,
Y con las alas de oro, la victoria
Sobre el giro del fuego,
Resonando su gloria
Con puro lampo de inmortal memoria,
«Y extenderá su nombre
Por do céfiro espira en blando vuelo,
Con ínclito renombre
Al remoto indio suelo,
Y á do esparce el rigor helado el cielo.
«Si Peloro tuviera
Parte de su destreza y valentía,
Él solo te venciera,
Gradivo, aunque á porfía
Tu esfuerzo acrecentaras y osadía.
«Si éste al cielo amparara
Contra las duras fuerzas de Mimante,
Ni el trance recelara
El vencedor Tonante,
Ni sacudiera el brazo fulminante.
«Traed, cielos, huyendo
Este cansado tiempo espacioso,
Que oprime deteniendo
El curso glorïoso:
Haced que se adelante presuroso.»
Así la lira suena,
Y Jove el canto afirma, y se estremece
El Olimpo, y resuena
En torno, y resplandece,
Y Mavorte dudoso se oscurece.

A la victoria de Lepanto

Cantemos al Señor que en la llanura
Venció, del ancho mar, al Trace fiero:
Tú, Dios de las batallas, tú eres diestra,
Salud y gloria nuestra.

Tú rompiste las fuerzas, y la dura
Frente de Faraón, feroz guerrero:
Sus escogidos príncipes cubrieron
Los abismos del mar, y descendieron
Cual piedra en el profundo: y tu ira luégo
Los tragó, como arista seca el fuego.
El soberbio tirano confiado
En el grande aparato de sus naves,
Que de los nuestros la cerviz cautiva,
Y las manos aviva
Al ministerio injusto de su estado,
Derribó con los brazos suyos graves
Los cedros más excelsos de la cima;
Y el árbol que más yerto se sublima,
Bebiendo ajenas aguas, y atrevido
Pisando el bando nuestro y defendido.
Temblaron los pequeños, confundidos
Del ímpio furor suyo: alzó la frente
Contra ti, Señor Dios; y con semblante
Y con pecho arrogante,
Y los armados brazos extendidos,
Movió el airado cuello aquel potente;
Cercó su corazón de ardiente saña
Contra las dos Hesperias que el mar baña;
Porque en ti confiadas le resisten,
Y de armas de tu fe y amor se visten.
Dijo aquel insolente y desdeñoso:
«¿No conocen mis iras estas tierras,
Y de mis padres los ilustres hechos?
¿O valieron sus pechos
Contra ellos con el húngaro medroso,
Y de Dalmacia y Rodas en las guerras?
¿Quién las pudo librar? ¿Quién de sus manos
Pudo salvar los de Austria y los germanos?
¿Podrá su Dios, podrá por suerte ahora
Guardarlas de mi diestra vencedora?
«Su Roma, temerosa y humillada,
Los cánticos en lágrimas convierte:
Ella y sus hijos tristes mi ira esperan,
Cuando vencidos mueran.
Francia está con discordia quebrantada,
Y en España amenaza horrible muerte,
Quien honra de la luna las banderas;
Y aquellas en la guerra gentes fieras
Ocupadas están en su defensa;
Y aunque no, ¿quién hacerme puede ofensa?
«Los poderosos pueblos me obedecen,
Y el cuello con su daño al yugo inclinan,
Y me dan por salvarse ya la mano:
Y su valor es vano;
Que sus luces cayendo se oscurecen.
Sus fuertes á la muerte ya caminan:
Sus vírgenes están en cautiverio,
Su gloria ha vuelto al cetro de mi imperio.
Del Nilo á Eufrates fértil é Istro frío,
Cuanto el sol alto mira todo es mío.»
Tú, Señor, que no sufres que tu gloria
Usurpe quien su fuerza osado estima,
Prevaleciendo en vanidad y en ira;
Este soberbio mira,
Que tus aras afea en su victoria.
No dejes que los tuyos así oprima,
Y en sus cuerpos, cruel, las fieras cebe,
Y en su esparcida sangre el odio pruebe,
Que hechos ya su oprobio, dice: «¿Dónde
El Dios de éstos está? ¿De quién se esconde?»
Por la debida gloria de tu nombre;
Por la justa venganza de tu gente;
Por aquel de los míseros gemido,
Vuelve el brazo tendido
Contra éste que aborrece ya ser hombre,
Y las honras que celas tú consiente;
Y tres y cuatro veces el castigo
Esfuerza con rigor á tu enemigo,
Y la injuria á tu nombre cometida
Sea el yerro contrario de su vida.
Levantó la cabeza el poderoso
Que tanto odio te tiene: en nuestro estrago
Juntó el consejo; y contra nos pensaron
Los que en él se hallaron.
«Venid, dijeron, y en el mar ondoso
Hagamos de su sangre un grande lago:

Deshagamos á éstos de la gente,
Y el nombre de su Cristo juntamente;
Y dividiendo de ellos los despojos,
Hártense en muerte suya nuestros ojos.»
Vinieron de Asia y portentosa Egito
Los árabes y leves africanos;
Y los que Grecia junta mal con ellos,
Con los erguidos cuellos,
Con gran poder y número infinito;
Y prometer osaron con sus manos
Encender nuestros fines, y dar muerte
A nuestra juventud con hierro fuerte,
Nuestros niños prender y las doncellas,
Y la gloria manchar y la luz de ellas.
Ocuparon del piélago los senos,
Puesta en silencio y en temor la tierra,
Y cesaron los nuestros valerosos,
Y callaron dudosos,
Hasta que al fiero ardor de sarracenos,
El Señor eligiendo nueva guerra,
Se opuso el joven de Austria generoso
Con el claro español y belicoso;
Que Dios no sufre ya en Babel cautiva
Que su Sión querida siempre viva.
Cual león á la presa apercibido
Sin recelo los ímpios esperaban
A los que tú, Señor, eras escudo:
Que el corazón desnudo
De pavor, y de fe y amor vestido,
Con celestial aliento confiaban.
Sus manos á la guerra compusiste,
Y sus brazos fortísimos pusiste,
Como el arco acerado, y con la espada
Vibraste en su favor la diestra armada.
Turbáronse los grandes, los robustos
Rindiéronse temblando, y desmayaron;
Y tú entregaste, Dios, como la rueda,
Como la arista queda
Al ímpetu del viento, á estos injustos,
Que mil huyendo de uno se pasmaron.
Cual fuego abrasa selvas, cuya llama
En las espesas cumbres se derrama;
Tal en tu ira y tempestad seguiste,
Y su faz de ignominia convertiste.
Quebrantaste al cruel dragón, cortando
Las alas de su cuerpo temerosas,
Y sus brazos terribles no vencidos:
Que con hondos gemidos
Se retira á su cueva, do silbando
Tiembla con sus culebras venenosas,
Lleno de miedo torpe sus entrañas,
De tu león temiendo las hazañas;
Que, saliendo de España, dió un rugido
Que lo dejó asombrado y aturdido.
Hoy se vieron los ojos humillados
Del sublime varón y su grandeza,
Y tú solo, Señor, fuiste exaltado;
Que tu día es llegado,
Señor de los ejércitos armados,
Sobre la alta cerviz y su dureza,
Sobre derechos cedros y extendidos,
Sobre empinados montes y crecidos,
Sobre torres y muros, y las naves
De Tiro, que á los tuyos fueron graves.
Babilonia y Egipto amedrentada
Temerá el fuego y la asta violenta,
Y el humo subirá á la luz del cielo;
Y faltos de consuelo,
Con rostro oscuro y soledad turbada
Tus enemigos llorarán su afrenta.
Mas tú, Grecia, concorde á la esperanza
Egipcia, y gloria de su confianza,
Triste, que á ella pareces, no temiendo
A Dios, y á tu remedio no atendiendo.
¿Por qué, ingrata, tus hijas adornaste
En adulterio infame á una ímpia gente,
Que deseaba profanar tus frutos;
Y con ojos enjutos
Sus odiosos pasos imitaste,
Su aborrecida vida y mal presente?
Dios vengará sus iras en tu muerte;
Que llega á tu cerviz con diestra fuerte

La aguda espada suya: ¿quién, cuitada,
Reprimirá su mano desatada?
Mas tú, fuerza del mar, tú, excelsa Tiro,
Que en tus naves estabas gloriosa,
Y el término espantabas de la tierra;
Y si hacías guerra,
De temor la cubrías con suspiro,
¿Cómo acabaste, fiera y orgullosa?
¿Quién pensó á tu cabeza daño tanto?
Dios, para convertir tu gloria en llanto,
Y derribar tus ínclitos y fuertes,
Te hizo perecer con tantas muertes.
Llorad, naves del mar, que es destruída
Vuestra vana soberbia y pensamiento:
¿Quién ya tendrá de ti lástima alguna,
Tú que sigues la luna,
Asia adúltera, en vicios sumergida?
¿Quién mostrará un liviano sentimiento?
¿Quién rogará por ti? que á Dios enciende
Tu ira, y la arrogancia que te ofende,
Y tus viejos delitos y mudanza
Han vuelto contra ti á pedir venganza.
Los que vieron tus brazos quebrantados,
Y de tus pinos ir el mar desnudo,
Que sus ondas turbaron y llanura;
Viendo tu muerte oscura
Dirán, de tus estragos espantados:
«¿Quién contra la espantosa tanto pudo?»
El Señor que mostró su fuerte mano:
Por la fe de su príncipe cristiano,
Y por el nombre santo de su gloria
A su España concede esta victoria.
Bendita, Señor, sea tu grandeza,
Que después de los daños padecidos,
Después de nuestras culpas y castigo,
Rompiste al enemigo
De la antigua soberbia la dureza.
Adórente, Señor, tus escogidos;
Confiese cuanto cerca el ancho cielo [suelo;
Tu nombre, oh nuestro Dios, nuestro con-
Y la cerviz rebelde condenada
Perezca en bravas llamas abrasada.

Por la pérdida del rey D. Sebastián

Voz de dolor y canto de gemido,
Y espíritu de miedo, envuelto en ira,
Hagan principio acerbo á la memoria
De aquel día fatal aborrecido,
Que Lusitania mísera suspira,
Desnuda de valor, falta de gloria.
Y la llorosa historia
Asombre con horror funesto y triste,
Dende el áfrico Atlante y seno ardiente
Hasta do el mar de otro color se viste;
Y do el límite rojo de Oriente
Y todas sus vencidas gentes fieras
Ven tremolar de Cristo las banderas.
¡Ay de los que pasaron, confiados
En sus caballos, y en la muchedumbre
De sus carros, en ti, Libia desierta!
Y en su vigor y fuerzas engañados,
No alzaron su esperanza á aquella cumbre
De eterna luz; mas con soberbia cierta
Se ofrecieron la incierta
Victoria; y sin volver á Dios sus ojos,
Con yerto cuello y corazón ufano,
Sólo atendieron siempre á los despojos;
Y el Santo de Israel abrió su mano,
Y los dejó, y cayó en despeñadero
El carro, y el caballo y caballero.
Vino el día cruel, el día lleno
De indignación, de ira y furor que puso
En soledad, y en un profundo llanto
De gente, y de placer el reino ajeno.
El cielo no alumbró, quedó confuso
El nuevo sol, presago de mal tanto;
Y con terrible espanto
El Señor visitó sobre sus males,

Para humillar los fuertes arrogantes;
Y levantó los bárbaros no iguales,
Que con osados pechos y constantes
No busquen oro; mas con hierro airado
La ofensa venguen y el error culpado.
Los ímpios y robustos, indignados,
Las ardientes espadas desnudaron
Sobre la claridad y hermosura
De tu gloria y valor; y no cansados
En tu muerte, tu honor todo afearon,
Mezquina Lusitania sin ventura.
Y con frente segura
Rompieron sin temor con fiero estrago
Tus armadas escuadras y braveza.
La arena se tornó sangriento lago,
La llanura con muertos aspereza:
Cayó en unos vigor, cayó denuedo;
Mas en otros desmayo y torpe miedo.
¿Son éstos por ventura los famosos,
Los fuertes, los belígeros varones
Que conturbaron con furor la tierra,
Que sacudieron reinos poderosos,
Que domaron las hórridas naciones,
Que pusieron desierto en cruda guerra,
Cuanto el mar Indo encierra,
Y soberbias ciudades destruyeron?
¿Dó el corazón seguro y la osadía?
¿Cómo así se acabaron y perdieron
Tanto heroico valor en solo un día;
Y lejos de su patria derribados,
No fueron justamente sepultados?
Tales ya fueron éstos, cual hermoso
Cedro del alto Líbano, vestido
De ramos, hojas, con excelsa alteza;
Las aguas lo criaron poderoso,
Sobre empinados árboles crecido,
Y se multiplicaron en grandeza
Sus ramos con belleza;
Y extendiendo su sombra, se anidaron
Las aves que sustenta el grande cielo;
Y en sus hojas las fieras engendraron,
Y hizo á mucha gente umbroso velo:
No igualó en celsitud y en hermosura
Jamás árbol alguno á su figura.
Pero elevóse con su verde cima,
Y sublimó la presunción su pecho,
Desvanecido todo y confiado,
Haciendo de su alteza sólo estima.
Por eso Dios lo derribó deshecho,
A los ímpios y ajenos entregado,
Por la raíz cortado.
Que opreso de los montes arrojados,
Sin ramos y sin hojas, y desnudo,
Huyeron de él los hombres espantados,
Que su sombra tuvieron por escudo:
En su ruína y ramos cuantas fueron
Las aves y las fieras se pusieron.
Tú, infanda Libia, en cuya seca arena
Murió el vencido reino Lusitano,
Y se acabó su generosa gloria,
No estés alegre y de ufanía llena;
Porque tu temerosa y flaca mano
Hubo sin esperanza tal victoria,
Indigna de memoria:
Que si el justo dolor mueve á venganza
Alguna vez el español coraje,
Despedazada con aguda lanza,
Compensarás muriendo el hecho ultraje;
Y Luco amedrentado, al mar inmenso
Pagará de africana sangre el censo.

Al santo rey D. Fernando

Inclinen á tu nombre, oh luz de España,
Ardiente rayo del divino Marte,
Camilo y el belígero Africano,
Y el vencedor de Francia y de Alemaña,
La frente armada de valor y de arte;
Pues tú con grave seso y fuerte mano

Por el pueblo cristiano
Contra el ímpetu bárbaro sañudo
Pusiste osado el generoso pecho.
Cayó el furor ante tus pies desnudo;
Y el ímpio orgullo vándalo deshecho,
Con la fulmínea espada traspasado,
Rindió la acerba vida al fiero hado.
De ti temblaron todas las riberas,
Todas las ondas, cuantas juntamente
Las colunas del grande Briareo
Miran; y al tremolar de tus banderas
Torció el Nilo medroso la corriente;
Y el monte Libio, á quien mostró Perseo
El rostro Meduseo,
Las cimas altas humilló rendido
Con más pavor que cuando los Gigantes,
Y el áspero Tifeo fué vencido.
Postráronse los bravos y arrogantes,
Temiendo con espanto y con flaqueza
El vigor de tu excelsa fortaleza.
Pero en tantos triunfos y victorias,
La que más te sublima y esclarece,
De Cristo, ¡oh excelso capitán Fernando!
Y remata la cumbre de tus glorias,
Con que á la eternidad tu nombre ofrece;
Es que peligros mil sobrepujando,
Volviste al sacro bando,
Y á la cristiana religión trajiste
Esta insigne ciudad y generosa;
Que en cuanto Febo Apolo de luz viste,
Y ciñe la grande orla espaciosa
Del mar cerúleo, no se ve otra alguna
De más nobleza y de mayor fortuna.
Cubrió el sagrado Betis de florida
Púrpura y blandas esmeraldas llena,
Y tiernas perlas la ribera undosa,
Y al cielo alzó la barba revestida
De verde musgo; y removió en la arena
El movible cristal de la sombrosa
Gruta, y la faz honrosa
De juncos, cañas y coral ornada
Tendió los cuernos húmidos, creciendo
La abundosa corriente dilatada,
Su imperio en el Océano extendiendo;
Que el cerco de la tierra en vario lustre
De soberbia corona hace ilustre.
Tú, después que tu espíritu divino,
De los mortales nudos desatado,
Subió ligero á la celeste alteza
Con justo culto, aunque en lugar no dino
A tu inmenso valor, fuiste encerrado;
Hasta que ahora la real grandeza
Con heroica largueza
En este sacro templo y alta cumbre
Trasfiere tus despojos venerados:
Do toda esta devota muchedumbre,
Y sublimes varones humillados
Honran tu santo nombre glorioso;
Tu religión, tu esfuerzo belicoso.
Salve, oh defensa nuestra, tú, que tanto
Domaste las cervices Agarenas,
Y la fe verdadera acrecentaste.
Tú cubriste á Ismael de miedo y llanto,
Y en su sangre ahogaste las arenas,
Que en las campañas Béticas hollaste.
Tú sólo nos mostraste
Entre el rigor de Marte violento,
Entre el peso y molestias del gobierno
Juntas en bien trabado ligamento
Justicia, piedad, valor eterno;
Y como puede, despreciando el suelo,
Un Príncipe guerrero alzarse al cielo.

LUPERCIO LEONARDO DE ARGENSOLA

Al martirio de San Lorenzo

¿A quién no espantará la ardiente pira,
Que en el romano foro se levanta,
O el hierro que en el fuego se convierte?
A su autor (bien que no le amansa) admira:
Sólo al que ha de sufrirle no le espanta:
Sólo el paciente allí se muestra fuerte;
Los ministros de muerte,
Bárbaros, inhumanos,
Aunque aplican las manos
Al ministerio, en algo al fin clementes,
Huyen los ojos derramando fuentes:
O que temen del Juez la furia ciega,
Si á las brasas ardientes
Socorro inútil viere que les llega.
La turba infiel, en general silencio,
Viendo inventar tormentos tan enormes,
De piedad y temor da claro indicio.
Duro el tirano, y duro está Laurencio:
De un ánimo los dos, los dos conformes
En dar y en padecer aquel suplicio.
Hace el fuego su oficio:
Mas el constante pecho
Casi cenizas hecho,
No sólo no da muestras de mudanza:
Pero increpando al fuego su tardanza,
(Cual si pidiera refrigerio al Tibre),
Dice, que pues no alcanza,
Le vuelvan de aquel lado que está libre.
Dinos, Laurencio, ¿qué corona y palma,
Por angélicas manos sustentadas,
O qué escuadrones descubrióte el cielo?
¿Con qué triunfo esperabas que tu alma
Dejase tus cenizas consagradas,
Y diese para Dios el alto vuelo?
¿Rompióse acaso el velo
Del trono soberano,
Y viste al que en su mano
Tiene todos los fines de la tierra?
¿Quién te dió tal valor en esta guerra?
Debístele de ver; no tengo duda:
Y viste cómo yerra
Quien sólo en lo de acá pide su ayuda.
Bien viste tú que tiene el gran tridente
Con que las aguas embravece y doma,
Y en un arca cifró al linaje humano:
También viste que vibra el rayo ardiente,
Con que abrazó á la mísera Sodoma,
Y ha de juzgar después al siglo vano:
Al fin, solo en
Todas las
Pero no le
Que con l ayudase,
O al fueg cto le privase,
Como cua ó á los tres hebreos;
Sino que le aumentase,
Para hacer más gloriosos tus trofeos.
«Si quieres, dijo, ver aquel tesoro,
Que con ansia rabiosa hallar deseas,
Aplícame, tirano, más al fuego,
Que en él se apura y aquilata el oro:
Y si se te permite que le veas,
(Que agora estás con la codicia ciego)
Quedarás libre luégo
De ese infernal afecto,
Y el tesoro perfecto
Hallarás donde vive mi deseo,
Que cuanto más me abraso, más le veo:
El que dejo en el mundo es vil escoria;
Y aunque este otro poseo,
No lo puedo gozar sino en la gloria.»

BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA

Canción á San Miguel

(FRAGMENTOS)

Dijo el soberbio antiguo:
—Mi solio ensalzaré donde merezco
En las cumbres del cielo; y las alturas
De tantas nubes dejaré inferiores:
Y las estrellas que hizo Dios mayores,
Con pompa digna pasaré triunfante.
Sobre Aquilón levantaré mi asiento,
Al Altísimo mismo semejante:
Quien no es bien que adelante
A criatura inferior, y la mejore
A que el más alto Serafío la adore.—
Esta rebelde [illegible] fué luégo
Con las armas [illegible]
Y contra Dios en [illegible] erra
Luzbel prueba su [illegible] spada:
Y el bando, á quien arm[illegible]o y fuego,
Con su caudillo se recog[illegible].
Todo el mar se alteró, tembló la tierra
En el primer furor; mas de otra parte
El ejército justo resplandece
En armas de diamante, y obedece
Al sol, que va oriental en su estandarte,
Y el angélico Marte,
Gran Dios, primer ministro de tu furia,
Y vengador de la mayor injuria.
De oro cendrado y puro va ceñido
El pecho de crisólitos lucientes,
La faz el resplandor del rayo muestra,
Y los ojos dos lámparas ardientes.
Cubre el metal fogoso y encendido
Por las espaldas desde el pie á la diestra:
La voz dulce y suave; mas da muestra
De que es formada de otra muchedumbre:
—*¿Quién cómo Dios?* ¿Quién niega el mi-
Al eterno consorte de su imperio? [nisterio
¿A la lumbre engendrada de la lumbre?
¿Quién pretende la cumbre
De aquel en quien la tierra y cielos hizo,
Y que *ab eterno* en él se satisfizo?—
Con estas voces busca al gran tirano,
Cuando el Eterno Padre á sus legiones
Gran general y príncipe lo elige.
—Tú del cielo guiarás mis escuadrones;
Y si en la tierra algún poder humano
La verdadera religión aflige;
Guía mi pueblo, y sus designios rige:
Pase las aguas con enjutas plantas:
Tú el intérprete fiel de su Escritura,
Y en el tiempo también de la futura
Esposa abrazarás sus almas santas;
Y de mercedes tantas
Gozarás tú y mis fieles en mi gracia
De irrevocable fuerza y eficacia.—
Esto diciendo, de esmeralda fuerte
Le cubre un grande yelmo de infalible
Promesa y esperanza de victoria;
Y la espada le da fulmínea, horrible,
Con que guardó el jardín, donde la muerte
Fundó el principio á la inmortal historia.
Más el émulo fiero de esta gloria,
A singular batalla provocado,
Ardiendo en ira, salta de las haces
(¡Eterna obstinación!) de sus secuaces.
—Aquí estoy (dice) de mí mismo armado,
Y tan asegurado,
Que he de vencer en mi opinión tan firme,

Que no quiero poder arrepentirme.—
A vista de los dos campos feroces
Se forma al punto un bélico teatro;
Y Dios desde su solio y real asiento
De sus ángeles fuertes manda á cuatro,
Que hagan silencio, y las rebeldes voces
Cesen por su preciso mandamiento,
Y por las cuatro partes pare el viento,
Porque ninguno á tierra ó mar ofenda.
Todo es silencio; y mientras todo calla,
Los dos contrarios entran en batalla;
En la cual quiere Dios que el cruel defienda
Su obstinación horrenda,
Y materia de gloria en su porfía
Hallen los justos de su monarquía.
Soberbia propia le ministra, y crece
Las fuerzas y los ímpetus le inflama.
Tigre, que sigue al cazador astuto;
León, que enfermo y ofendido brama;
Toro, que con sus celos se embravece;
Corriente, que á la mar da su tributo;
Y el mar, cuando no sólo al suelo enjuto,
Mas al cielo y estrellas guerra mueve,
Son poca furia y semejanza breve:
A sí misma se debe
Su rabia compararse; y siendo inmensa,
Su límite (si lo hay) exceder piensa....
Él de oro, azul y verde las escamas
Del fogoso rigor arma y enciende,
Y de escamosas crestas la cabeza:
Entra en sí mismo, y á sí mismo atiende
En mil ñudosas ruedas, y en sus llamas
Con no visto furor de nuevo empieza
A mostrar en los dientes su braveza;
Mas Miguel con la lanza vengativa,
Con que después libró del rey Asirio
Al pueblo amenazado de martirio,
Al transformado Serafín derriba.
Así es bien que reciba
De mis armas (le dice) su diadema,
Quien aspira á ser Dios, y le blasfema.
Yace el dragón; mas bravo y repugnante,
Arrojando veneno, en la encendida
Asta revuelto, al vencedor resiste,
Miran sus escuadrones la caída,
Y alabándole el ánimo constante,
O porque su victoria en él consiste,
O de ver espectáculo tan triste,
De su rabiosa lástima impacientes
Tarjas y escudos en su ayuda embrazan,
Y ya con general guerra amenazan;
Ya desnudan las haces diligentes
Las espadas ardientes,
Y de las grandes lanzas bajan juntas
Horrendas mieses de ferradas puntas.
Y como si tal vez acá en la tierra
Acordando evitar mayor ruína,
Al esfuerzo de solos dos guerreros,
Por pactos de la humana disciplina,
Encomiendan las causas de la guerra,
Su antigua pretensión; dos campos fieros:
Mientras sus combatientes los aceros
En singular batalla están probando,
Viendo una parte la victoria en duda,
Contra la ley á su guerrero ayuda;
Y por la fe violada en otro bando
El desdén renovando,
Arremete y presenta al enemigo
Guerra común y general castigo:
De esta manera los guerreros fieles
El ímpetu primero sosteniendo,
Súbito, de sus armas prevenidos,
Mueven el campo justo, resistiendo
Al de los obstinados y crueles:
Suenan luego instrumentos nunca oídos,
Los clásicos y lituos retorcidos
Confunden el furor y la osadía:
Con sobrehumanas fuerzas de ambas partes
Extienden los contrarios estandartes.
Arde la guerra, y su furor rehace
La monstruosa esperanza del tirano
Implacable y feroz en sus centellas:

Mézclase entre las suyas; pero en vano,
Que buena parte de ellas débil yace,
La tercera de todas las estrellas;
Y no pudiendo ya sufrir él ni ellas
Del capitán de Dios la luz y fuego,
—Huid (dice), y durad conmigo á una,
Y reservaos para mejor fortuna;
Montes pondremos sobre montes luégo,
Y turbando el sosiego
De la tierra y del cielo, en sus confines
Verán los enemigos Serafines.
Huyamos, pues, y sea de Dios trofeo
La huída de Luzbel; pero no entienda
Que me rindo á su fuerza, y que le cedo.
Renovaré la nuestra; y la contienda
Renacerá mayor, y mi deseo,
Siendo á su reino verdadero miedo,
Conocerá (aunque tarde) lo que puedo.—
Esto decía, cuando el cielo puro,
Incapaz de tinieblas, les da puerta
A su ruína irreparable abierta.
Sale el más claro Serafín oscuro
Por el abierto muro:
Tras él con espantosas voces grita
La turba, y con furor se precipita.
Persíguelos la diestra vencedora,
Y como seca nube al rayo ardiente,
El cielo los arroja de su seno.
Y con nocturna sombra impropiamente
Más de un orbe inferior se descolora;
Y el aire en su región claro y sereno
Quedó de monstruos y prodigios lleno.
Llega Miguel, y dales sus colores,
Y ahuyenta las precitas gerarquías....
Alcanzada por Cristo la victoria,
La plaza de oro y de cristal inflaman
De la ciudad las luces celestiales;
Y al vencedor al digno triunfo llaman
Las angélicas trompas de su gloria,
Y abre sus doce puertas tribunales:
Resplandecen gloriosos los umbrales,
Y entra Miguel, oyendo su alabanza,
Como el hermoso pastorcillo hebreo,
Que á su pueblo libró del Filisteo,
Cuya cabeza alzó en su misma lanza,
Y fió la venganza
De su rústica honda y fuertes brazos,
Con que mil fieras dividió en pedazos....

D. FRANCISCO DE MEDRANO

ODA (1)

A D. Fernando Niño de Guevara, Cardenal y Arzobispo de Sevilla

Sosiego pide á Dios en su desierta
Y alta mar el piloto, á quien la luna
Nubes robaron tristes, y ninguna
Le luce estrella cierta;
Sosiego el alemán infante armado,
Sosiego el volador jinete moro;
Que no con perlas, Niño, ni tesoro
El sosiego es comprado;
No la América toda es de provecho,
Ni las flamencas guardas ni españolas,
O á mitigar las ensañadas olas
Que baten el real pecho,

(1) Imitación de Horacio: *Otium divos rogat in patenti.*

O á arredrar dél los tímidos cuidados,
Que importunos sin término rodean
Los techos que el gran dueño lisonjean,
Con oro artesonados.
Vívese bien con poco; y quien codicia
De sus abuelos el hogar pequeño,
No romperá con miedo el fácil sueño,
Ni con bruta avaricia.
¿Qué tiramos en vida, mal valientes,
Tan breve, á tan prolijas pretensiones?
¿Qué inquirimos, solícitos, regiones
Con otro sol calientes?
Sube á caballo, y en la nao primero
Entra que yo el cuidado congojoso,
Más ligero que el gamo y que el nevoso
Aquilón más ligero.
A lo presente el ánimo alentado,
Del porvenir no cuide, y la precisa
Ocasión de pesar temple con risa;
Que no hay bien consumado.
Robó á Alejandro el hado intempestivo;
Alargóse, envidioso de Adriano;
Y á mí por dicha el tiempo dará humano
Lo que á ti niega esquivo.
De apriscos á ti un ciento en torno ciñen,
Mil vacas para ti las ubres crecen,
Y para ti el relincho ensoberbecen
Mil yeguas, y se tiñen
Tus paños una y otra vez en grana;
A mí una grey dió el cielo, de vil precio,
Un grato ingenio, un señoril desprecio
De la chusma profana.

ODA (1)

A D. Alonso de Medrano, su hermano

Al cielo si las manos levantares
Y los ojos, Minardo, vergonzosos;
Si con votos piadosos
Sus iras aplacares;
No sentirá los astros pestilentes
Tu vid, ni las langostas tu sembrado,
Ni los hielos tu prado,
Ni los soles ardientes.
El rico, á quien el oro ensoberbece,
Diez escogidas vacas, las más gruesas
Que pastan sus dehesas,
A Dios en voto ofrece.
A ti, de un hogar pobre, humilde dueño,
No toca, no, tan ambiciosa ofrenda;
Darle has la mejor prenda
De tu redil pequeño;
Que si implorasen su deidad ajenas
Tus manos de venganza y de codicia,
Hallarla han más propicia
Que las del rico, llenas.

(1) Imitación de Horacio: *Cœlo si tuleris manus.*

D. FRANCISCO DE QUEVEDO

Roma antigua y moderna

Esta que miras grande Roma ahora,
Huésped, fué yerba un tiempo, fué collado:
Primero apacentó pobre ganado,
Ya del mundo la ves reina y señora.
Y la que pobre dios tuvo en el prado
Deidad preciosa en alto templo adora.
Jove tronó sobre desnuda peña
Donde se ven subir los chapiteles
A sacarle los rayos de la mano;
Lo que primero fué, rica desdeña;
Senado rudo, que vistieron pieles,
Da ley al mundo, y peso al Oceano.
Cuando nació la dieron
Muro un arado, reyes una loba,
Y no desconocieron
La leche, si este mata, y aquel roba.
Dioses, que trujo hurtados
Del Dánao fuego la piedad troyana,
Fueron aquí hospedados
Con fácil pompa, en devoción villana;
Fué templo el bosque, los peñascos aras,
Víctima el corazón, los dioses varas;
Y pobre, y común fuego en estos llanos
Los grandes reinos de los dos hermanos.
A la sed de los bueyes
De Evandro fugitivo Tibre santo
Sirvió: después los cónsules, los reyes
Con sangre le mancharon,
Le crecieron con llanto
De los reinos, que un tiempo aprisionaron:
Fué triunfo suyo, y viólos en cadena
El Danubio y el Reno
Los dos Hebreos, y el padre Tajo ameno,
Cano en la espuma, y rojo con la arena.
Trofeos y blasones,
Que en arcos diste á leer á las estrellas,
Y no sé si á envidiar á las más de ellas,
O Roma generosa,
Sepultados se ven, donde se vieron
Los orgullosos arcos
Como en espejo, en la corriente undosa:
Tan envidiosos hados te siguieron,
Que el Tibre, que fué espejo á su hermosura,
Los da en sus hondas llanto y sepultura.
Y las puertas triunfales,
Que tanta vanidad alimentaron,
Hoy ruinas desiguales,
Que, ó sobraron al tiempo, ó perdonaron
Las guerras, ya caducan, y mortales
Amenazan donde antes admiraron.
Los dos rostros de Jano
Burlaste, y en su templo, y ara apenas
Hay yerba que dé sombra á las arenas,
Que primero adoró tanto Sirano.
Donde antes hubo oráculos, hay fieras;
Y descansadas de los altos templos,
Vuelven á ser riberas las riberas,
Los que fueron palacios son ejemplos:
Las peñas que vivieron
Dura vida con almas imitadas,
Son troncos lastimosos,
Robados sin piedad de los curiosos.
¡O coronas, ó cetros imperiales
Que fuisteis en monarcas diferentes
Breve lisonja de soberbias frentes,
Y rica adulación en los metales!
¿Dónde dejasteis ir los que os creyeron?
¿Cómo en tan breves urnas se escondieron?

¿De sus cuerpos sabrá decir la fama,
Donde se fué lo que sobró á la llama?
El fuego examinó sus monarquías,
Y yacen poco peso en urnas frías,
Y visten (ved la edad cuanto ha podido)
Sus huesos polvo, y su memoria olvido.
Tú, no de aquella suerte,
Te dejas poseer, Roma gloriosa,
De la envidiosa mano de la muerte:
Con los Sumos Pontífices, gobierno
De la Iglesia, te viste en solo un día
Reina del mundo y cielo, y del infierno.
Las águilas trocaste por la llave,
Y el nombre de ciudad por el de nave;
Los que fueron Nerones insolentes,
Son Píos y Clementes.
Tú dispensas la gloria, tú la pena,
Y á esotra parte de la muerte alcanza,
Lo que el gran sucesor de Pedro ordena
Tú das aliento, y premio á la esperanza,
Siendo en tan dura guerra
Gloriosa corte de la Fe en la tierra.

RODRIGO CARO

A la villa de Carmona

Salve, alcázar sagrado,
Salve una y otra vez, antiguo muro,
De mí por patria cara venerado;
Aunque del tiempo vives mal seguro,
Y del mismo te veo
Ya casi en tus ruínas sepultado,
No sé qué de valor y de grandeza
A mis ojos ofreces,
Con que respeto y afición mereces.
Cuán bien te puso nombre de alegría
¡Oh ínclita Carmona!
Quien tu primero pueblo disponía;
Pues con mural corona
Sales festiva á recibir el día,
Y con la fértil copia de tus bienes
Alegre le festejas y entretienes.
Previnote la mano artificiosa,
Sobre altos pedernales arriscada,
Para que, de altos fines
Émula, á las estrellas te avecines;
Y tú, á grandes hazañas ardidosa,
Les hurtaste no menos que un lucero,
Que resplandece empresa gloriosa,
En el escudo de tu limpio acero;
De tu ilustre trofeo
Las dos Hesperias envidiosas veo,
Pues usurpas su honor á Leurotea,
Y el espejo luciente á Citerea.
Para ser como reina respetada
Te dió naturaleza
La majestad y alteza;
Y así, en hombros de montes levantada,
Presides al gran llano,
Que enriquece de espigas el verano.
¡Cuánto es mejor tu vega
Que la que, en varias flores deleitosa,
Darro barre con oro y Genil riega!
¡Cuánto te debe Palas belicosa
De olivas siempre verdes!
¡Cuánto licor sagrado,
Pródiga, en aras de Dionisio pierdes!
Mas ¿para qué tu generoso aliento
Desacredito en lo caduco y vano,
Y arrastro por el suelo el pensamiento?
Voces me da en su templo soberano
La fama de tus hijos inmortales,

Cuyo nombre la aurora en sus umbrales
Oyó admirada, y su valor pregona
El indio mar en la tostada zona.
Aquí y allí corrieron orgullosos,
El renombre español acreditando,
Y dando á Marte ejemplos gloriosos,
Que está la fiera envidia murmurando;
Pues vió cuánto esta gloria tuya abona,
Que para el César invencible fuese
Flaco el poder romano,
Y al mismo pareciese
(Quizá temió) fortísima Carmona.
De la bárbara gente descreída,
Del feroz africano
Tanto fuiste temida,
Que acometer no osó tu muro fuerte,
Y así pudo engañarte, no vencerte.
¡Ay, cuánto precio diste
De noble sangre al fiero alfanje moro,
A la vida la cruz anteponiendo,
La lealtad al tesoro!
Dígalo el cuello santo
De uno solo ¡y cuán grande! Teodomiro,
Admiración de Córdoba, y espanto
Del bruto Abderramén enfurecido;
Y ¿qué retorno diste á su venganza?
Mil te pagó por uno.
Tú fuiste de Fernando la esperanza,
Que, con sólo á aquistar tu alcázar fuerte,
Adelantó su intento glorïoso
Sobre el oscuro reino de la muerte;
Lloró su fatal suerte
El bárbaro en Sevilla delicioso,
Arrastró negro luto, entristecido,
El gran Califa, en África temido.
¿Qué reñidas batallas, qué escuadrones
No honraron tus pendones?
Ilustres hijos tuyos
Dan ser al promontorio militeo
Desde el mar gaditano al turbio Egeo.
¿Quién el genio no admira
De los que con benigno aspecto mira
Erudita Minerva?
Mas su decoro á sí sola reserva
Su debida alabanza; [miento,
Que aunque se esfuerce osado el pensa-
El decir no lo alcanza.
Vive siempre segura, vive ufana,
No temas de tu luz sombra enemiga;
Tu gloria soberana
Vivirá eternamente,
Que es mayor que el olvido tu alta frente.

FRANCISCO DE RIOJA

SILVA I. — A la rosa

Pura encendida rosa,
Émula de la llama
Que sale con el día,
¿Cómo naces tan llena de alegría,
Si sabes que la edad que te da el cielo,
Es apenas un breve y veloz vuelo?
Y ni valdrán las puntas de tu rama,
Ni tu púrpura hermosa,
A detener un punto
La ejecución del hado presurosa.
El mismo cerco alado,
Que estoy viendo rïente,
Ya temo amortiguado,
Presto despojo de la llama ardiente.
Para las hojas de tu crespo seno
Te dió amor de sus alas blandas plumas,

Y oro de sus cabellos dió á tu frente.
¡Oh fiel imagen suya peregrina!
Bañóte en su color, sangre divina,
De la deidad que dieron las espumas.
¿Y esto, purpúrea flor, y esto no pudo
Hacer menos violento el rayo agudo?
Róbate en una hora,
Róbate licencioso su ardimiento
El color y el aliento:
Tiendes aun no las alas abrasadas,
Y ya vuelan al suelo desmayadas:
Tan cerca, tan unída
Está al morir tu vida,
Que dudo si en sus lágrimas la aurora
Mustia tu nacimiento ó muerte llora.

SILVA II. — Al jazmín

¡Oh en pura nieve y púrpura bañado
Jazmín, gloria y honor del cano estío!
¿Cuál habrá tan ilustre entre las flores,
Hermosa flor, que competir presuma
Con tu fragante espíritu y colores?
Tuyo es el principado
Entre el copioso número que pinta
Con su pincel y con su varia tinta
El florido verano.
Naciste entre la espuma
De las ondas sonantes, [Chío:
Que blandas rompe y tiende el Ponto en
Y quizá te formó suprema mano,
Como á Venus también de su rocío;
O si no es rumor vano,
La misma blanca diosa de Citera,
Cuando del mar salió la vez primera,
Por do en la espuma el blando pie estampaba
De la playa arenosa
Albos jazmines daba.
Y de la tersa nieve y de la rosa,
Que el tierno pie ocupaba,
Fiel copia apareció en tan breves hojas.
La dulce flor de su divino aliento
Liberal escondió en su cerco alado;
Hizo inmortal en el verdor tu planta,
El soplo la respeta más violento,
Que impele vuelto en nieve el cierzo frío,
Y la luz más flamante,
Que Apolo esparce altivo y arrogante.
Si de suave olor despoja ardiente
La blanca flor divina,
Y amenaza á su cuello y á su frente
Cierta y veloz ruína,
Nunca tan licenciosa se adelanta,
Que al incansable suceder se opone
De la nevada copa,
Que siempre al mayor sol igual florece,
É igual al mayor yelo resplandece.
¡Oh jazmín glorioso!
Tú solo eres cuidado deleitoso
De la sin par hermosa Citerea;
Y tú también su imagen peregrina.
¡Oh! corona mis sienes,
Flor, que al olvido de mi luz previenes.

ANTONIO MIRADEMESCUA

A la instabilidad de las cosas de la vida

CANCIÓN REAL

Ufano, altivo, alegre, enamorado,
Rompiendo el aire el pardo jilguerillo,
Se sentó en los pimpollos de una haya,
Y con su pico de marfil nevado,
De su pechuelo verde y amarillo
La pluma concertó pajiza y gaya;
Y celoso se ensaya
A discantar en alto contrapunto
Sus celos y amor junto,
Y al ramillo, su apoyo, y á las flores
Libre y gozoso cuenta sus amores.
Mas ¡ay! que en este estado
El cazador cruel, de astucia armado,
Escondido le acecha,
Y al tierno corazón aguda flecha
Tira con mano esquiva,
Y envuelto entre su sangre lo derriba.
¡Simple avecilla errada,
Imagen de mi suerte desdichada!
De la custodia del amor materno
El corderillo juguetón se aleja,
Enamorado de la yerba y flores.
Y por la libertad, del pasto tierno
El cándido licor olvida y deja,
Por quien hizo á su madre mil amores:
Sin conocer temores,
De la florida primavera bella
El vario manto huella
Con retozos y brincos licenciosos,
Y pace tallos tiernos y sabrosos.
Mas ¡ay! que en un otero
Dió en la boca de un lobo carnicero,
Que en partes diferentes
Lo dividió con sus voraces dientes,
Y á convertirse vino
En purpúreo el nevado vellocino.
¡Oh inocencia ofendida!
¡Breve bien, caro pasto, corta vida!
Rica con sus penachos y copetes,
Ufana y loca, con lijero vuelo
Se remonta la garza á las estrellas,
Y puliendo sus negros martinetes,
Procura ser allá cerca del cielo
La reina sola de las aves bellas;
Y por ser ella de ellas
La que más altanera se remonta,
Ya se encubre y trasmonta
A los ojos del lince más atentos,
Y se contempla reina de los vientos.
Mas ¡ay! que en la alta nube
El águila la vió, y al cielo sube,
Donde con pico y garra
El pecho candidísimo desgarra
Del bello airón, que quiso
Volar tan alto con tan corto aviso.
¡Ay pájaro altanero,
Retrato de mi suerte verdadero!
Al són de las belísonas trompetas
Y al retumbar del sonoroso parche
Formó escuadrón el capitán gallardo;
Con relinchos, bufidos y corvetas
Pidió el caballo que la gente marche
Trocando en paso presuroso el tardo:
Sonó el clarín bastardo
La esperada señal de arremetida,
Y en batalla rompida,

Teniendo cierta de vencer la gloria,
Oyó á su gente, que cantó victoria.
Mas ¡ay! que el desconcierto
Del capitán bisoño y poco experto,
Por no observar el orden,
Causó en su gente general desorden;
Y la ocasión perdida,
El vencedor perdió victoria y vida.
¡Ay fortuna voltaria,
En mis prósperos fines siempre varia!
Sobre frágiles leños, que con alas
De lienzo débil de la mar son carros,
El mercader surcó sus claras olas;
Llegó á la India, y rico de bengalas,
Perlas, aromas, nácares bizarros,
Volvió á ver las riberas españolas;
Tremoló banderolas,
Flámulas, estandartes, gallardetes;
Dió premio á los grumetes
Por haber descubierto
De la querida patria el dulce puerto;
Mas ¡ay! que estaba ignoto
A la experiencia y ciencia del piloto
En la barra un peñasco,
Donde tocando de la nave el casco,
Dió al fondo, hecho mil piezas
Mercader, esperanzas y riquezas.
¡Pobre bajel, figura
Del que anegó mi próspera ventura!...

D. JUAN MELÉNDEZ VALDÉS

La gloria de las artes

¿Adónde incauto desde el ancha vega
Del claro Tormes, que con onda pura
Y paso sosegado
De Otea el valle fertiliza y riega,
Hoy el númen procura
Su vuelo levantar? ¿De qué sagrado
Espíritu inflamado,
Dejando ya á los tímidos pastores
El humilde rabel, canta atrevido
La gloria de las artes, sus primores,
Y de la patria el nombre esclarecido?
Cual el ave de Jove, que saliendo
Inexperta del nido, en la vacía
Región desplegar osa
Las alas voladoras, no sabiendo
La fuerza que la guía:
Y ora vaga atrevida, ora medrosa:
Ora más orgullosa
Sobre las altas cimas se levanta:
Tronar siente á sus pies la nube obscura,
Y el rayo abrasador ya no la espanta,
Al cielo remontándose segura:
Entonce el pecho generoso, herido
De miedo y alborozo, ufano late:
Riza su cuello el viento,
Que en cambiantes de luz brilla encendido:
El ojo audaz combate
Derecho al claro sol, le mira atento;
Y en su heroico ardimiento
La vista vuelve, á contemplar se para
La baja tierra; y con acentos graves
Su triunfo engrandeciendo, se declara
Reina del vago viento y de las aves:
Yo así saliendo de mi humilde suelo
En día tan alegre y venturoso
A gloria no esperada,
Dudo, temo, me inflamo, y alzo el vuelo
Do el afán generoso

Al premio corre y palma afortunada.
Palma que colocada
Al pie de la Verdad y la Belleza,
Quien de divino genio conducido
Consigue arrebatarla, á ser empieza
En fama claro, y libre ya de olvido.
Al modo que en la olímpica victoria
El vencedor en la feliz carrera
La ilustre sien ceñía
Del ínclito laurel; y su memoria
Eterna después era.
Mas tú la voz y plácida armonía,
Noble Academia, guía,
Mi verso al cielo cristalino alzando.
¡Felice yo si tu favor consigo,
Y el dulce plectro de marfil sonando,
Las Artes canto tras mi dulce amigo!
Desde estos lares, su palacio augusto,
Cual vivaz fénix renacer las veo
Del hondo y largo olvido,
En que la Iberia con desdén injusto
Vió un tiempo su alto empleo.
¡Oh nombre de Borbón esclarecido!
A ti fué concedido
Las artes restaurar: con tus favores
A nueva gloria y esplendor tornaron:
La fama resonó de sus loores,
Y los cisnes de Mantua las cantaron.
Ellas alegres en unión amiga
La frente levantaron con ardiente
Afán, hasta encumbrarse
A la ideal belleza. A su fatiga
Cede el bronce obediente;
Y el mármol del cincel siente animarse:
Tus séres mejorarse,
¡Oh natura! en el lienzo trasladados
El carmín puro de la fresca rosa,
Los matices del iris variados,
El triste lirio y la azucena hermosa.
¡Oh divina pintura, ilusión grata
De los ojos y el alma! ¿De qué vena
Sacas el colorido
Que al alba el velo cándido retrata,
Cuando asoma serena
Por el oriente en rayos encendido?
¿Cómo el cristal bruñido
Finges de la risueña fuentecilla?
De los alegres prados la verdura?
Tanta varia y fragante florecilla?
El rutilante sol, la nube obscura?
¿Cómo en un plano inmensos horizontes,
La atmósfera bañada de alba lumbre,
Sereno y puro el cielo,
La sombra obscura de los pardos montes,
Nevada la alta cumbre,
La augusta noche, y su estrellado velo,
Del ave el raudo vuelo,
El ambiente, la niebla, el polvo leve,
Tu mágico poder tan bien remeda,
Que á competir con la verdad se atreve,
Y el alma enajenada en ellos queda?
Tú, de la dulce poesía hermana,
Cual ella el pecho blandamente agitas,
Y en amoroso fuego
Con tu expresión y gracia soberana
Le enciendes, ó le excitas
A tierna compasión, á rencor ciego,
A desmayado ruego, [mirable
Y amargo lloro. ¡Oh Sancio! ¡oh! tu ad-
Pincel cuál ha mi espíritu movido!
¡Oh! al contemplar tu Virgen adorable
En su extremado dolor, ¡cuánto he gemido!
La dolorida Madre, arrodillada
Piedad pide á los bárbaros sayones
Para el Hijo postrado.
Su rostro está cual la azucena ajada:
Sus humildes razones
Resuenan en mi oído. ¡Ay! ¡cuál sagrado
Aspecto, aunque ultrajado,
El del Hijo de Dios! ¡cuál la ternura
De Magdalena y Juan! ¡cuál la fiereza
Del que herirte, oh Jesús, brutal procura!

¡Y en tu celestial mano, qué belleza!
¡Oh pinceles! ¡Oh alteza peregrina
Del grande Rafael! ¡Oh bienhadada
Edad, en que hasta el cielo
En alas del ingenio la divina
Invención se vió alzada,
Cuando su alma sublime el denso velo
Corrió con noble anhelo
De la naturaleza, y vió pasmado
El hombre ante sus ojos reverente
El universo estar, y hermoseado
De su mano salir y augusta mente!
Admira, oh hombre, tu grandeza; admira
Tu espíritu creador, y á la estrellada
Mansión vuela seguro
Donde tu aliento celestial suspira.
La mente allí inflamada
Cruza con presto giro del Arturo
A do tiene el sol puro
Su rutilante trono; y con brioso
Pincel, guiado de furor divino,
Copia el concento raudo y armonioso
Con que se vuelve el orbe cristalino.
Que no tú sola, ¡oh música! el rüido
Finges del arroyuelo transparente,
O imitas las undosas
Corrientes de la mar, ó el alarido
Del soldado valiente
En las lides de Marte sanguinosas.
No menos pavorosas,
Oh fiero Julio, en tu batalla siento
Crujir las roncas armas y la fiera
Trompa, estrépito, gritos y ardimiento,
Que si en el medio de su horror me viera.
¿Pues qué si entre los vientos bramadores
Nave de airadas olas combatida
Diestro pincel me ofrece?
Yo escucho el alarido y los clamores
De la chusma afligida;
Y si de Dios los cielos estremece
El carro, y se enardece
Su cólera, y el trueno en són horrendo
Retumba por la nube pavorosa;
De la pálida luz y el ronco estruendo
Mi vista siente la impresión medrosa.
Pero el mármol se anima, del agudo
Cincel herido, y á mis ojos veo
A Laocoón cercado
De silbadoras sierpes: en su crudo
Dolor escuchar creo
Los gemidos del pecho congojado,
Y aspirar alzado.
Los hórridos dragones con ñudosos
Cercos le estrechan; y su mano fuerte
En vano de sus cuerpos sanguinosos
Librarse anhela, y redimir la muerte.
¡Mira cómo en su angustia el sufrimiento
Los músculos abulta, y cuál violenta
Los nervios extendidos! [to,
¡Cuál sume el vientre el comprimido alien-
Y la ancha espalda aumenta!
Y en el cielo los ojos doloridos,
Por sus hijos queridos
¡Ay! ¡cuán tarde su auxilio está implorando!
En tan terrible afán aun la ternura
Sobre el semblante paternal mostrando,
Cual débil luz por entre niebla obscura.
Ellos á él vueltos con la faz llorosa
Y débil gesto al miserable llaman
En quejido doliente,
Rodeados de lazada ponzoñosa.
¡Oh! ¡cuán en vano claman!
¡Oh! ¡cómo el padre por los tristes siente!
¡Y cuál muestra en su frente
La fortaleza y el dolor luchando;
Y con las sierpes en batalla fiera,
Sus vigorosos muslos agitando
Los fuertes lazos sacudir quisiera!
Mientra en Apolo la beldad divina
Se ve grata animar un cuerpo hermoso,
Do la flaqueza humana
Jamás cabida halló. Su peregrina

Forma, y el vigoroso
Talle en la flor de juventud lozana,
Su vista alta y ufana,
De noble orgullo y menosprecio llena,
El triunfo y el esfuerzo sobrehumano
Muestran del dios, que en actitud serena
Tiende la firme, omnipotente mano.
Parece en la soberbia, excelsa frente
Lleno de complacencia victoriosa
Y de dulce contento,
Cual si el coro de musas blandamente
Le halagara: la hermosa
Nariz hinchada del altivo aliento:
Libre el pie en firme asiento,
Ostentando gallarda gentileza:
Y como que de vida se derrama
Un soplo celestial por su belleza,
Que alienta el mármol, y su hielo inflama.
Tan divinos modelos noche y día
Contempla atenta, oh juventud hispana;
Y el pecho así excitado,
La senda estrecha que á la gloria guía
Emprende alegre, ufana.
El genio creador vaya á tu lado:
Aquel que al cielo alzado
Huye lo popular, cual garza hermosa,
Cuando del suelo rápida se aleja,
Al firmamento se levanta airosa,
Y el vulgo de las aves atrás deja.
¡Oh venturoso, el que en las artes siente
Propicio al cielo, que al nacer le infunde
Su vivífica llama!
Dadme musas, guirnalda floreciente
Que su frente circunde;
Mientra el pecho latiéndole se inflama
De noble ardor, exclama
Desvelado en su afán, no halla reposo
Al inquieto furor, suspira
De un númen lleno, y con pincel fogoso,
Odio, miedo, terror y amor me inspira.
Quizá algún joven al mirar la gloria
De tan augusto día, y de mi canto
Quizá también herido,
Se excita ya á la próxima victoria;
No la duda, y en llanto
Se baña de placer. ¡Oh esclarecido
Premio, muy más subido
Que el tesoro más rico! Quien merece
Que tú le enjugues el sudor dichoso,
Inmortal vuela por el orbe, y crece
En cada edad con nombre más famoso.
Así Fidias, Lisipo, Apéles viven
En eterna memoria; así la rara
Fama de Zeuxis dura,
Y el grande Urbino y Micael reciben
Cual ellos honra clara;
Ni á ti, oh Velazquez, en tiniebla obscura
Sumió la muerte dura.
Sus huellas, noble juventud, sus huellas
Sigue, imítalos, insta; y denodada
Hiere con alta frente las estrellas,
En sus divinas obras inflamada.....

ANACREÓNTICAS Y COMPOSICIONES LIGERAS

La paloma

Amada Palomilla,
¿De dónde, dí, ó á dónde
Vienes con tanta priesa,
Vas con tantos olores?—
¿Pues á ti que te importa?
Sabrás que Anacreonte
Me envía á su Batilo,
Señor de todo el orbe:
Que como por un himno
Me emancipó Dione,

Nombróme por su paje,
Y él por tal recibióme.
Suyas son estas cartas,
Suyos estos renglones,
Por lo cual me promete
Libertad cuando torne.
Pero ya no la quiero,
Ni quiero que me ahorre;
Porque ¿de qué me sirve
Andar cruzando montes,
Comer podridas vacas,
Ni pararme en los robles?
A mí, pues, me permite
El mismo Anacreonte,
Comer de sus viandas,
Beber de sus licores:
Y cuando bien brindada
Doy saltos voladores,
Le cubro con mis alas,
Y él dulce las recoge.
Su cítara es mi cama,
Sus cuerdas mis colchones,
En quien süavemente
Duermo toda la noche.
Mi historia es esta, amigo;
Pero queda á los dioses,
Que me has hecho parlera
Mas que graja del monte. (VILLEGAS).

La primavera

Ahora que süave
Nace la primavera,
¿No ves cómo los Gracias
De rosas mil se llenan?
¿No ves cómo las ondas
Del ancho mar inquietas
Aflojan los furores,
Y amigas se serenan?
¿No ves cómo ya nada
El ánade, y empieza
La grulla á visitarnos,
Y el sol á barrer nieblas?
Los trabajos del hombre
Ya lucen y ya medran,
La vega pare gramas,
La oliva flores echa,
Las cepas se coronan
De pámpanos que engendran,
Y de bullentes hojas
Los campos y alamedas. (EL MISMO).

A la barquilla

Pobre Barquilla mía,
Entre peñascos rota,
Sin velas desvelada,
Y entre las olas sola.
¿Adónde vas perdida?
¿Adónde, di, te engolfas?
Que no hay deseos cuerdos
Con esperanzas locas.
Como las altas naves
Te apartas animosa
De la vecina tierra,
Y al fiero mar te arrojas.
Igual en las fortunas,
Mayor en las congojas,
Pequeña en las defensas
Incitas á las ondas.
Advierte que te llevan
A dar entre las rocas,
De la soberbia envidia,
Naufragio de las honras.
Cuando por las riberas
Andabas costa á costa,

Nunca del mar temiste
Las iras procelosas.
Segura navegabas:
Que por la tierra propia
Nunca el peligro es mucho
Adonde el agua es poca.
Verdad es, que en la patria
No es la virtud dichosa;
Ni se estimó la perla,
Hasta dejar la concha.
Dirás, que muchas barcas,
Con el favor en popa,
Saliendo desdichadas
Volvieron venturosas.
No mires los ejemplos
De las que van y tornan,
Que á muchas ha perdido
La dicha de las otras.
Para los altos mares
No llevas cautelosa,
Ni velas de mentiras,
Ni remos de lisonjas.
¿Quién te engañó, Barquilla?
Vuelve, vuelve la proa,
Que presumir de nave
Fortunas ocasiona.... (LOPE DE VEGA).

Vida del muchacho

Hermana Marica,
Mañana que es fiesta,
No irás tú á la amiga,
Ni yo iré á la escuela.
Pondráste el corpiño
Y la saya buena,
Cabezón labrado,
Toca y albanega.
Y á mí me pondrán
Mi camisa nueva,
Sayo de palmilla,
Media de estameña,
Y si hace bueno,
Traeré la montera
Que me dió la Pascua
Mi señora abuela,
Y el estadal rojo,
Con lo que le cuelga,
Que trujo el vecino
Cuando fué á la feria.
Iremos á misa,
Veremos la iglesia,
Darános un cuarto
Mi tía la ollera.
Compraremos dél,
Que nadie lo sepa,
Chochos y garbanzos
Para la merienda.
Y en la tardecita
En nuestra plazuela
Jugaré yo al toro,
Y tú á las muñecas
Con las dos hermanas
Juana y Magdalena,
Y las dos primillas
Marica y la tuerta.
Y si quiere madre
Dar las castañetas,
Podrás tanto de ello
Bailar en la puerta,
Y al son del adufe
Cantará Andregüela:
Y yo de papel
Haré una librea
Teñida con moras,
Porque bien parezca,
Y una caperuza
Con muchas almendras.
Pondré por penacho
Las dos plumas negras

Del rabo del gallo
Que acullá en la guerra
Anaranjeamos
Las carnestolendas:
Y en la caña larga
Pondré una bandera
Con dos borlas blancas
En sus tranzaderas.
Y en mi caballito
Pondré una cabeza
De guadamecí,
Dos hilos por riendas.
Y entraré en la calle
Haciendo corbetas,
Yo y otros del barrio,
Que son más de treinta.
Jugaremos cañas
Junto á la plazuela,
Porque Bartolilla
Salga acá y nos vea:
Bartola la hija
De la panadera,
La que suele darme
Tortas con manteca. (GÓNGORA).

CANTATAS É HIMNOS DE VARIOS AUTORES (1)

Cántica de loores de Santa-María

Quiero seguir á ti, flor de las flores,
Siempre desir cantar de tus loores,
Non me partir de te servir,
Mejor de las mejores.
Grand fïanza he yo en ti, Sennora,
La mi esperanza en ti es toda hora,
De tribulación sin tardanza
Venme librar agora.
Virgen muy santa, paso atribulado
Pena atanta con dolor atormentado,
En tu esperanza coyta atanta
Que veo, mal pecado.
Estrella del mar, puerto de folgura,
De mi dolor complido et de tristura
Venme librar et conortar,
Sennora del altura.
Nunca falleçe tu merçed complida,
Tu guaresçes de coytas et das vida,
Nunca peresçe nin entristeçe
Quien á ti non olvida.
Sufro grand mal sin meresçer á tuerto,
Escribo tal porque pienso ser muerto,
Mas tú me val, que non veo ál
Que me saque á puerto.
(ARCIPRESTE DE FITA).

A Nuestra Señora de Montserrat

Siempre quise en deuoçion las tus casas visitar,
Por lo qual acordé vn punto á trabajar,
E yr en Catalunna á un santo lugar,
Que Montserrat es llamado segunt podré contar.
En vna sierra alta la santa eglesia vy

(1) Colócanse aquí estas composiciones (además de su mérito intrínseco) para que los alumnos tengan modelos de diferentes metros.

Do muy muchos miraglos disen fase allí:
En las mis presas é prisiones allí me prometí,
Fasiendo este cantar que agora porné aquí:

Sennora con humildat
E deuoto coraçon,
Prometo á Montserrat
Ir faser mi oraçion.
Si pluguiere á ti Sennora,
De me tú librar de aquí,
Voto fago desde agora
De te yr servir allí.
En la sierra do ya
Vi tu imagen e figura
Porque siempre ove cura
De aver en ti deuoçion.
Sennora, con humildat
E deuoto coraçon
Prometo á Montserrat
Ir faser mi oraçion.
A muchos, Sennora mía,
Acorres en tribulança,
E quien te llama cada día
Non es puesto en olvidança.
Pues en ti es mi esperança,
Líbrame desta angostura,
Que tengo grant tristura
En esta tribulaçion.
Sennora, con humildat
E deuoto coraçon
Prometo á Montserrat
Ir faser mi oraçion.
Conorte de los cuytados
Eres tú, Sennora mía,
Estrella de los errados,
E por ende cada día.
En ti espero syn porfía
Atendiendo tu mesura,
Que de aquesta amargura
Yo auré por ti perdon.
Sennora, con humildat
E deuoto coraçon
Prometo á Montserrat
Ir faser mi oraçion.

(P. López de Ayala, *Rimado de Palacio).*

Al túmulo del príncipe D. Carlos

Aquí yacen de Carlos los despojos;
La parte principal volvióse al cielo,
Con ella fué el valor; quedóle al suelo
Miedo en el corazón, llanto en los ojos.

(Fr. Luis de León).

Al niño Jesús, fiesta de Mayo

Si queréis que os enrame la puerta,
Alma mia de mi corazón,
Si queréis que os enrame la puerta,
Vuestros amores mios son.
Si queréis que os enrame la puerta,
Alma mía de mi corazón,
Dejádmela abierta,
Veréisla cubierta
De rosas y flores,
De letras y amores,
Y en ella plantado,
Por Mayo clavado
El árbol de vida,
A donde en comida
A todos me doy.
Si queréis que os enrame la puerta,

Alma mía, etc.
Si queréis que os enrame la puerta,
Alma mia de mi corazón,
Que soy os aviso
Flor del paraíso
Que son de claveles
Mis labios fieles,
Y de maravillas
Mis rojas mejillas,
Que á veros asisto
Con ojos de Cristo,
Que piadosos son.
Si queréis que os enrame la puerta,
Alma mía, etc.
Si queréis que os enrame la puerta,
Alma mía de mi corazón,
Seré un girasol,
Buscando mi sol;
Veréis en la calle
El lirio del valle,
La rosa nativa,
La piadosa oliva,
Y en vuestro desmayo
Seré galán Mayo
Y vuestro amador.
Si queréis que os enrame la puerta,
Alma mía de mi corazón,
Si queréis que os enrame la puerta
Vuestros amores míos son. (VALDIVIELSO).

A las llagas de Cristo nuestro Señor

Vuestras llagas, Jesús mío,
Mi bien y regalo son;
Mas quiébranme el corazón.
Son de esa piedra divina,
Quiebras donde amor se asoma
A hacer nido á la paloma
Que desalada camina;
Puertas son de la piscina
Y puertos de salvación;
Mas quiébranme el corazón.
Son de un rosal encarnado
Cinco rosas descubiertas,
Cinco granadas abiertas,
De un pechiabierto granado;
Son flor y fruto que ha dado
La tierra de promisión;
Mas quiébranme el corazón.
Son llagas de un Capitán
Por reconocer la tierra,
Y heridas que en buena guerra
Por salvar á otros os dan;
Son heridas de un galán
Que descubre su pasión;
Mas quiébranme el corazón.
Son llagas que recibir
Quisisteis por los humanos,
Para no herir, en las manos,
Y en los pies, para no huir;
Y en el pecho para abrir
Una puerta del perdón;
Mas quiébranme el corazón. (EL MISMO).

Madrigales al Santísimo Sacramento

(PARA NAVIDAD)

Vuelvo de nuevo al llanto,
Porque el ausencia de mi amado dura,
Y del celeste manto
No desciende el rocío de hermosura,
De amor enternecido
A dar descanso al triste y afligido.

Nubes, lloved al Justo,
Que es maná de los cielos soberano;
Con inefable gusto
La tierra virgen brote el vivo grano,
Y aparezca nacido
A dar descanso al triste y afligido.

Traiga la Virgen nave
El Pan de flor, y tome en Belén puerto,
Que es Dios, aunque á pan sabe,
Y pan que puede dar la vida á un muerto;
Y es de lejos venido [MO).
A dar descanso al triste y afligido. (EL MIS-

Al niño Jesús

MADRIGAL

Ojos bellos que me dais
Dulce muerte con mirarme;
Ojos que con no mirarme
Dulce vida me quitáis;
Vuestra bondad ó rigor
Siempre á morir me condena:

Si no me miráis, de pena,
Y si me miráis, de amor,
Mas si tal es mi destino
Que de todas suertes muero,
Morirme de amores quiero;
Miradme, Jesús divino. (ANÓNIMO).

Salmo XII

RECURRE A DIOS EL ALMA ATRIBULADA

¿Hasta cuándo ese olvido, Dios mío?
¿Hasta cuándo en eterno desvío
Te he de ver ese rostro apartar?
¿Cuánto tiempo con pecho dudoso
Todo el día en afán doloroso
Tendrá el alma tan duro penar?
¿Hasta cuándo
Así conmigo
Mi enemigo
Triunfará?
Mira, ó Dios,
Que no sosiego:
Y á mi ruego
Atiende ya.
Mis ojos ilumina,
No me sorprenda el sueño de la muerte,

Y hecho con mi ruina
El contrario más fuerte,
Me dirá un día: ya logré vencerte;
Triunfando presumido
De verme así caído.
Mas no será; pues firme mi esperanza
En tu misericordia se afianza.
Mi pecho en el misterio
De tu salud se goza,
Y en ver como rebosa
Tu mano tanto bien.
Tu bondad y largueza
Celebrará mi canto:
Tu nombre sacrosanto
Aplaudirá también. (T. G. CARVAJAL).

Salmo XCVII

HIMNO POR EL ESTABLECIMIENTO DEL REINO DE CRISTO

Cantad alegres al Señor, ahora
Que en maravillas se señala tanto,
Un nuevo canto, que en humana lira
Nunca sonara.
Con el auxilio de su diestra sólo
Sin más apoyo que su fuerte brazo,
Rompido el lazo de la muerte dura,
Salva su plebe.
Triunfa, y glorioso Salvador al orbe
Claro se muestra en inmortal victoria,
Y hace notoria su verdad al ciego
Fiero pagano.
Fiel á su pacto, á su piedad atento
Lo ve Israel: el universo adora
La bienhechora generosa mano
Que lo redime.
La tierra toda á nuestro Dios aclame,
Festivo canto en su recinto suene,
Que el aire llene de alegría, y todo
Júbilo sea.
La voz alterne en melodía grata
Con el laúd: y la sonora trompa
El aire rompa, con la travesera
Flauta suave.
Del Rey divino al elevado trono
Venid gozosos: y la mar, la tierra,
Con cuanto encierra racional y bruto,
Cante su gloria.
Ya, blandas ovas sacudiendo, veo
Batir las palmas con aplauso pío
El claro río: y el nevado monte
Salta de gozo,
Al ver la gloria del Señor del orbe,
Del juez eterno, que favor no vicia,
Y la justicia con igual balanza
Pesa severo. (El mismo).

Salmo XCIX

CANCIÓN EUCARÍSTICA

De júbilo llena
La tierra se goce,
Y en Dios se alboroce,
Que es su criador.
Servidle contentos,
Y de su presencia
Mostrad complacencia;
Que es Dios el Señor.
Sabed que autor de nuestro sér ha sido,
Y de él hemos tenido,
No de nosotros el vital aliento.
Pueblo nos hizo suyo: en su rebaño
Pasto nos da y sustento
Regalado, sabroso y sin engaño.
Llegad á sus umbrales:
Elogios inmortales
Le dad, y publicando su grandeza,
Humildes confesad vuestra flaqueza.
Y en sus atrios ahora
Himnos cantad, en música sonora
Al cielo levantando
El nombre del Señor, que es dulce y blando.
De un siglo en otro siglo
Pasando las edades,
Eternas sus piedades
Inmutables serán.
Los hijos de los hijos,
Los nietos de los nietos,
De su verdad completos
Los dones gozarán. (El mismo).

Salmo CXLIX

CÁNTICO EN ACCIÓN DE GRACIAS

Al Señor nuevo canto conviene
Cantar, que resuene
Hoy con tonos y música nueva;
De sus santos la Iglesia lo alabe;
Ningún otro sabe;
Fuera de ella ninguno se atreva.
Con su dueño y autor soberano
Alégrese ufano
Israel; y haga mil regocijos
A su Rey y Señor poderoso
Sión venturoso:
Con placer lo festejen sus hijos.
Den aplauso á su nombre: sonoro
Repítalo el coro.
Al salterio y al tímpano unida
En acorde y armónica clave
La flauta suave
Acompañe la voz repetida.
Pues también el Señor se complace
Y grato se hace
Con su pueblo, y en él se recrea:
Y por manso y humilde lo estima
Y en alto sublima,
Y le da la salud que desea.
Rebosando gloriosa alegría
Los santos un día
Vivirán en eterna bonanza.
Descansados en paz y serenos,
De males ajenos,
Y placer será todo y holganza.
La grandeza cantar ya los veo,
Con dulce gorjeo,
De su Dios en garganta canora:
Y en sus manos aceros templados
De filos doblados,
Esperando que llegue su hora.
Para hacer, en llegando, la fiera
Venganza postrera
En naciones rebeldes y duras:
Para dar el condigno castigo
Al odio enemigo
De los pueblos; y echar en obscuras
En estrechas prisiones los reyes
Que hicieron sus leyes:
Y á su loca y altiva nobleza,
Dos á dos en horribles esposas
Las manos briosas,
Con el hierro abatir su fiereza.
Aquel día será ejecutada
La ya decretada
Rigorosa sentencia, por ellos;
Que tal gloria da Dios á sus santos,
Victoria de tantos [MO).
Enemigos, y triunfos tan bellos. (EL MIS-

La Anunciación

Voz 1.ª
¿Qué nuncio divino
Desciende veloz,
Moviendo las plumas
De vario color?

Voz 2.ª
El bello semblante
En risa bañó,
Que inspira alegría,
Disipa temor.

Corred, corred, briosos,
Corred á la victoria,
Y á nueva eterna gloria
Subid vuestro valor.

(G. MELCHOR DE JOVELLANOS).

La tempestad

¿Qué quieren esas nubes que con furor se agrupan
Del aire trasparente por la región azul?
¿Qué quieren cuando el paso de su vacío ocupan
Del Zénit suspendiendo su tenebroso tul?
¡Cuál rápidas se agolpan! ¡Cuál ruedan y se ensanchan
Y al firmamento trepan en lóbrego montón,
Y el puro azul alegre del firmamento manchan
Sus misteriosos grupos en torva confusión!
Resbalan lentamente por cima de los montes,
Avanzan en silencio sobre el rugiente mar;
Los huecos oscurecen de entrambos horizontes;
El orbe y las tinieblas bajo ellas va á quedar.
La luna huyó al mirarlas: huyeron las estrellas:
Su claridad escasa la inmensidad sorbió;
Ya reinan solamente por los espacios ellas;
Do quier se ven tinieblas, más firmamento no.
En vano nuestros ojos se afanan por hallarle
Del tenebroso velo que le embozó detrás,
Que cuanto más los ojos se empeñan en buscarle,
Se esconde el firmamento de nuestros ojos más.
¡Las nubes solamente! ¡Las nubes se acrecientan
Sobre el dormido mundo! ¡Las nubes por do quier!
A cada instante que huye la lobreguez aumentan,
Y se las ve en montones sin límites crecer.
Ya montes gigantescos semejan sus contornos
Al brillo de un relámpago que aumenta la ilusión,
Ya de volcanes ciento los inflamados hornos,
Ya de movibles monstruos alígero escuadrón.
Ya imitan apiñadas de los espesos pinos
Las desiguales copas y el campo desigual,
Ya informes pelotones de objetos peregrinos
Que mudan de colores, de forma y de local.
¿Qué brazo las impele? ¿qué espíritu las guía?
¿Quién habla dentro de ellas con tan gigante voz
Cuando retumba el trueno y cuando va bravía

Rugiendo por su vientre la tempestad veloz?.....
¡Señor, yo te conozco! la noche azul serena
Me dice desde lejos: «Tu Dios se esconde allí,»
Pero la noche oscura, la de nublados llena,
Me dice más pujante: «Tu Dios se acerca á ti.»
Te acercas, sí; conozco las orlas de tu manto
En esa ardiente nube con que ceñido estás;
El resplandor conozco de tu semblante santo
Cuando, al cruzar el éter, relampagueando vas.
Conozco de tus pasos las invisibles huellas
Del repentino trueno en el crujiente son,
Las chispas de tu carro conozco en las centellas,
Tu aliento en el rugido del rápido Aquilón.
¿Quién ante ti parece? ¿quién es en tu presencia
Más que una arista seca que el aire va á romper?
Tus ojos son el día: tu soplo la existencia:
Tu alfombra el firmamento: la eternidad tu ser....
Tu espíritu infinito resbala ante mis ojos,
Aunque mi vista impura tu aparición no ve,
Mi alma se estremece, y ante tu faz de hinojos
Te adora en esas nubes mi solitaria fe.

(ZORRILLA, *Cantos del Trovador*).

ELEGÍAS

Coplas de Jorge Manrique á la muerte de su padre el maestre D. Rodrigo

Recuerde el alma adormida,
Avive el seso y despierte,
Contemplando
Cómo se pasa la vida,
Cómo se viene la muerte,
Tan callando.
Cuán presto se va el placer,
Cómo después de acordado,
Da dolor;
Cómo á nuestro parecer,
Cualquiera tiempo pasado,
Fué mejor.
Y pues vemos lo presente,
Cómo en un punto se es ido,
Y acabado;
Si juzgamos sabiamente,
Daremos lo no venido
Por pasado;
No se engañe nadie, no,
Pensando que ha de durar
Lo que espera
Más que duró lo que vió;
Porque todo ha de pasar
Por tal manera.
Nuestras vidas son los ríos
Que van á dar en la mar,
Que es el morir:
Allí van los señoríos

Derechos á se acabar
Y consumir:
Allí los ríos caudales,
Allí los otros medianos,
Y más chicos:
Allegados son iguales,
Los que viven por sus manos,
Y los ricos.
Este mundo es el camino
Para el otro que es morada
Sin pesar;
Mas cumple tener buen tino,
Para andar esta jornada
Sin errar.
Partimos cuando nacemos,
Andamos mientras vivimos,
Y allegamos
Al tiempo que fenecemos;
Así que cuando morimos
Descansamos.
Decidme: la hermosura,
La gentil frescura y tez
De la cara,
La color y la blancura,
Cuando viene la vejez,
¿Qué se para?
Las mañas y ligereza,
Y la fuerza corporal
De juventud,
Todo se torna graveza
Cuando llega al arrebal
De senectud.
Si fuese en nuestro poder
Tornar la cara hermosa
Corporal,
Como podemos hacer
El alma tan gloriosa
Angelical,
¿Qué diligencia tan viva
Tuviéramos toda hora,
Y tan presta,
En componer la cautiva,
Dejándonos la señora
Descompuesta?
Estos reyes poderosos
Que vemos por escrituras
Ya pasadas,
Con casos tristes llorosos
Fueron sus buenas venturas
Trastornadas.
Así no hay cosa tan fuerte;
Que á papas y emperadores
Y prelados
Así los trata la muerte
Como á los pobres pastores
De ganados.
Dejemos á los troyanos,
Que sus males no los vimos,
Ni sus glorias:
Dejemos á los romanos,
Aunque oímos y leímos
Sus historias.
No curemos de saber
Lo de aquel siglo pasado
Qué fué de ello:
Vengamos á lo de ayer,
Que también es olvidado
Como aquello.
¿Qué se hizo el rey don Juan?
Los infantes de Aragón
¿Qué se hicieron?
¿Qué fué de tanto galán,
Qué fué de tanta invención
Como trajeron?
Las justas y los torneos,
Paramentos, bordaduras
Y cimeras,
¿Fueron sino devaneos?
¿Qué fueron sino verduras
De las eras?
Las huestes innumerables,
Los pendones, estandartes,

Y banderas,
Los castillos impugnables,
Los muros, y baluartes
Y barreras,
La cava honda chapada,
O cualquier otro reparo,
¿Qué aprovecha?
Que si tú vienes airada
Todo lo pasas de claro,
Con tu flecha.
Aquél de buenos abrigo,
Amado por virtuoso
De la gente,
El maestre don Rodrigo
Manrique tanto famoso
Y tan valiente;
Sus grandes hechos y claros
No cumple que los alabe,
Pues los vieron;
Ni los quiero hacer caros;
Pues el mundo todo sabe
Cuáles fueron.
Amigo de sus amigos,
¡Qué señor para criados
Y parientes!
¡Qué enemigo de enemigos!
¡Qué maestro de esforzados
Y valientes!
¡Qué seso para discretos!
¡Qué gracia para donosos!
¡Qué razón!
Muy benigno á los sujetos,
Y á los bravos y dañosos
Un león.....

D. FERNANDO DE HERRERA

Enseñanzas del tiempo

Estoy pensando en medio de mi engaño
El error de mi tiempo mal perdido,
Y cuán poco me ofendo de mi daño.
Vuelvo los ojos que el mejor sentido
Alumbra, y hallo una pequeña senda,
Do paso humano apena está esculpido.
Procuro antes que el breve sol descienda
A encubrirse en el último Occidente,
Llegar al fin de esta mortal contienda.
Y como quien se ve del daño ausente,
Que considera su temor pasado,
Y aun no descansa con el bien presente;
Tal de mi afrenta y mi dolor cargado,
En la seguridad nunca sosiego,
Y en el sosiego siempre estoy turbado.
Aquel vigor, aquel celeste fuego,
Que enciende mis entrañas, me levanta
De la oscura tiniebla y error ciego.
Veo el tiempo veloz que se adelanta,
Y derriba con vuelo presuroso
Cuanto el hombre fabrica y cuanto planta.
¡Oh cierto desengaño vergonzoso!
¡Oh grave confusión de nuestro yerro!
¡Claro enemigo, amigo sospechoso!....
La edad robusta huye apriesa, y gasta
Las fuerzas, y se pierde la ufanía;
Y á tu furor ninguna fuerza basta.
¿Cuántas cosas mostró el sereno día
Alegres, que tu furia apresurada
Entristeció en la noche y sombra fría?
Venció vencida Troya, y derribada
Se alzó; y en su ruína se postraron
Los muros de Micenas estimada.
Las vencedoras llamas abrasaron
Las altas torres que labró Neptuno,
Y á Grecia sus cenizas acabaron.

El africano ejército importuno
A España sepultó en sangriento lago,
Y libre su furor dejó á ninguno.
Mas roto sufre igual el duro estrago
Por la mano española; y al fin siente
El hierro, no una vez, la gran Cartago.
Y el que en el patrio suelo estrechamente
Vivía oscuro, osado se aventura
Por el remoto golfo de Occidente;
Y con valor, igual á su ventura,
Bravas gentes sujeta y fieros pechos,
Sin rendirse al temor de muerte oscura.
Arcos y claros títulos estrechos
Son á su gloria inmensa; pues él solo
Vence los grandes hechos con sus hechos.
No descubre la luz del rojo Apolo
Tal vigor y osadía, y brazo fuerte,
En cuanto cerca en uno y otro polo.
Tú, domador de toda humana suerte,
Al fin vences, abates su grandeza,
Y entregas á los brazos de la muerte.
Tú ejercitas ahora la riqueza,
Las armas del soberbio turco fiero,
Y del persa el valor y fortaleza.
Las celadas y escudos el ligero,
Araxes vuelve en ondas espumosas,
Del bravo Trace y Medo caballero.
Osadas gentes, duras y sañosas,
A la ambición de cuyo grande pecho
Es pequeño el imperio de las cosas;
Teñid en sangre el hierro, y el estrecho
Paso abrid ¡oh crueles! á la muerte;
Vengad el daño á vuestras honras hecho.
No volváis la fiereza y brazo fuerte,
Y el furor de la ira no vencida,
Sobre nuestra desnuda y flaca suerte.
Que ya la gloria del valor perdida
Nuestra virtud en ocio se remata;
Nuestra virtud que tanto fué temida.
Culpa de quien, pudiendo, la maltrata
Y no le da lugar; antes procura
Que muera á manos de la envidia ingrata.
La ardiente Libia es triste sepultura
Del destruído reino Lusitano,
Y eterna pena á su fatal locura:
Bañado en noble sangre el africano
Campo rebosa, y con dolor suspira
Lejos Atlante, y Ávila cercano.
El ímpio Cimbro osadamente aspira,
Y espera el cetro; y sin pavor seguro
A su marino claustro se retira.
El alto, fuerte, inexpugnable muro
Pasó la fuerza hispana, y puso á tierra
Cuanto halló el furor del fuego oscuro.
Mas ¡oh infame remate de tal guerra!
Reina el vencido, y el engaño tanto
Puede, que al mesmo vencedor destierra.
¡Oh cuánto en vano se ha expendido! ¡Oh cuánto
Valor esconde aquel ingrato suelo,
Que al turco de temor cubriera y llanto!
No ha visto el, que ve todo, inmenso cielo
Empresa de mayor atrevimiento,
Más firme corazón y sin recelo.
Contumaz y cobarde movimiento,
Furor plebeyo y desleal nobleza,
Indigna de sufrir vital aliento;
¿Do está la fe que á la real alteza
Debes? ¿A do huyó de tu memoria?
¿A do la religión y su firmeza?
¿Piensas ó esperas alcanzar victoria
Contra Dios, contra el rey? ¡Oh ciego intento!
Digno de vituperio y no de gloria.
¡Oh cómo crías en tu pecho fuego
Que ha de abrasar tu patria generosa,
Sin que esfuerzo te valga ó humilde ruego!
Cual soberbio turbión de la fragosa
Alcázar se despeña de Apenino,
Tal va contra ti España poderosa.
Apresurar el paso á su destino
Veo las cosas todas; y en mi pecho
Hacer los pensamientos un camino.
No puedo, aunque procuro á mi despecho,

Librarme de ellos; y mal grado mío
Voy con ellos adonde el mal me han hecho.
Oso temiendo, y con el mal porfío;
Y tal vez la razón lugar me deja
Contra mi obstinación y desvarío.
Mas poco dura, porque al fin se aleja
En la ocasión que viene; y quedo ufano
De aquello que debiera tener queja.
¿Quién pudiera traer siempre á la mano
De la razón la voluntad perdida,
Sin que temiera su ímpetu liviano?
Varias revueltas de confusa vida,
Dejadme respirar de mi deseo,
Dejadme ya curar esta herida:
Que todo cuanto pienso y cuanto veo
Es dar aliento á la ardorosa llama,
Dar vigor sin provecho al devaneo.
Dichoso aquél á quien jamás inflama
Vano amor, ambición, y lo que adora
Y teme el vulgo incierto, siempre y ama.
Que el miedo y la esperanza engañadora
Con gran pecho seguro y sosegado
En todo trance doma á cualquier hora.
Y de cuanto fatiga y da cuidado
A nuestros votos, libre va paciente
En todos los peligros no turbado.
Y no sufre en su pecho ni consiente
Que algún liviano afecto le dé asalto,
Y ofenda su sosiego injustamente.
Antes mayor, más glorioso y alto,
Que lo que alcanza fortaleza alguna
Se ve, y de ricos bienes menos falto.
Firme y constante, sin temer fortuna,
Con mesurado curso va contino,
Y cualquier ocasión le es importuna.
No lo ve en el dudoso torbellino
De las cosas el día extremo; pero
Dispuesto sí á seguirle en su camino.
Nosotros, turba vil, con afán fiero
Puestos en desear y amar estamos,
Y en servir á este bien perecedero.
En mil casos presentes peligramos;
Y pocas ó ninguna vez concede
Nuestra ruda ignorancia que huyamos.
Nuestro valor tan cortamente puede,
Que caemos de la alta pesadumbre,
Y alzarnos casi nunca nos sucede.
El mira de la sacra excelsa cumbre
Los que erramos, y el gozo y vano intento
Desprecia con aguda y pura lumbre.
Soplo airado no bate al yerto asiento
Del elevado Olimpo, si no alcanza
A su ensalzada cima el fiero viento.
Quien tan rastrera trae la esperanza,
Desespere llegar á tal estado;
Que aunque tenga de sí más confianza,
Al fin verá que en vano se ha cansado.

A la muerte de doña Leonor de Milán, condesa de Gelves

Bien debes esconder, sereno cielo,
Tus luces, y tejer de oscuro manto
En torno luengamente el ancho velo;
Y España deshacerse en mustio llanto,
Y volver en un triste sentimiento
Siempre la dulce voz y alegre canto;
Y Betis remover del hondo asiento
Negras ondas, creciendo el mar hinchado
El curso de su mísero lamento.
Pues ¡oh dolor tarde temido! el hado
Pudo airado robar la luz hermosa
Al suelo eternamente despojado.
Perpetua sombra y niebla tenebrosa
Desconorte los pechos espantados
De dureza tan áspera y llorosa.
Acábense con éste los cuidados,
Las congojas antiguas, y el gemido
Por todos los sucesos desdichados.

El sol de hermosura esclarecido,
Rayo de la divina hermosura,
Yace en fría tiniebla oscurecido.
Quien pudo ver la luz suave y pura,
Clarísima Eliodora, de tus ojos,
Nunca esperó tan grande desventura.
Las ricas hebras, lúcidos manojos
De oro terso, sutil y ensortijado,
Son ya de muerte míseros despojos.
Vese el dulce color amortiguado,
Y sin vigor la bella y blanca frente,
Y queda el cuello apuesto derribado.
El blando trato, el corazón clemente,
La gracia generosa y cortesía,
La fe y modestia y la virtud presente
Entrega un desdichado y cruel día
En duros brazos de la muerte fiera,
Cuando menos al miedo se debía.
Esta engañosa vida lisonjera,
Desierta, y en confuso error perdida,
Después de tanto mal ¿qué bien espera?
Con esta triste y última partida
Es dulce vida ya la amarga muerte,
Y amarga muerte ya la dulce vida.
Ningún caso tan áspero, ó tan fuerte
Estrago, y ningún ímpetu soñado
Del cielo, que contrasta nuestra suerte,
Puede, aunque quebrantando proceloso,
Arranque gruesos muros bien trabados,
Y se confunda el orbe temeroso,
Rendir los corazones levantados;
Que el valor glorioso los alienta
Entre peligros mil nunca turbados.
Mas ésta, que enemiga se presenta,
Y deshace cruel con ímpia mano
La verde flor, indigna de esta afrenta;
Al más excelso pecho y sobrehumano
Desnuda de la usada fortaleza,
Que contra su rigor se opone en vano.
Terrible mal, pero común tristeza,
Que desbarata la ambición profana,
Freno de vanas pompas y grandeza.
Contra esta furia rígida, tirana,
Sólo queda un reparo no ofendido,
Que es la ardiente virtud y soberana.
Rompa el cielo, en mil rayos encendido,
Y con pavor horrísono cayendo,
Se despedace en hórrido estampido:
Tal es, que este furor y horror tremendo,
Y cuanto conspirare por su daño,
Rendido ante ella quedará gimiendo. [traño
Bien puede al hombre ciego y de ella ex-
Enflaquecer; y su memoria injusta
Acabar del olvido en lento engaño:
Mas nunca podrá haber victoria justa
De quien se aparta, y singular contino
Sigue, y alcanza al bien con gloria augusta.
Dichoso aquel espíritu divino
Que la alta frente descubrió seguro,
Sin temer el común peligro indino;
Y al estrellado claustro y ardor puro
Encumbró el fácil vuelo en paz, purgado
De corteza mortal y error oscuro.
Si amor de la virtud jamás cansado;
Si la piedad, si corazón honesto;
Si sufrimiento apenas enseñado;
Y si ánimo humillado y bien dispuesto;
Si trabajos de inmenso sentimiento;
Si á santas obras pecho firme y puesto,
Pueden de este apartado y grave asiento
Colocarte, oh sin par bella Eliodora,
En los giros de eterno movimiento;
Tú serás en el cielo nueva aurora,
Ántes luciente sol, que muestre al día
La riqueza y valor que en ti atesora.
Y cuando la desnuda noche fría
Oscurezca el fulgor, serás lucero
Que descubra en su horror serena vía.
Y viendo el color tuyo verdadero,
Variado en la púrpura y la nieve,
Y el oro, que igual nunca vió el Ibero;
Dirá, quien te mirare, si osar debe

En tanto mal, ingrato á tu belleza,
¿El ímpio hado á tanto bien se atreve?
Tú jamás descansaste en la estrecheza
Que tu alma ofendía, y padeciste
Dolor, y siempre afanes y tristeza.
No quiso el claro Olimpo, ni pudiste
Ya esperar más trabajos, y dejaste
Alegre el cielo todo, á España triste.
Contigo arrebatado nos llevaste
El deseo de honor honesto y santo,
Con el que en nuestros pechos inflamaste.
Yo canté tu valor, y ahora canto
El premio merecido de tu gloria,
Aunque á la voz impide el tierno llanto.
Mas en mí no desmaya la memoria
De tu virtud, de quien el tibio olvido
Desespere ganar jamás victoria;
Y veo que es el llanto mal perdido;
Porque descansas libre ya y segura,
Y la ocasión de mi dolor olvido.
No podía tu inmensa hermosura,
Tu valor, tu divino entendimiento
Contento sosegar en sombra oscura:
Y desdeñando, el duro ligamento
Deslazaste; y en leve vuelo suelta
Pisas el cerco etéreo, y firme asiento.
Si puede renovarte alguna vuelta
La memoria del cielo despreciada,
En dichosa alegría y bien envuelta;
Da esfuerzo á este mi espíritu cuitado
Para sufrir la acerba y luenga pena,
De esta vida la lástima y cuidado.
Que ya de la esperanza se enajena,
Ya su intento engañado y error siente,
Y en tormento molesto se condena.
Que en tu honra inclinado el Occidente,
El frío Ebro, el Tajo caudaloso
Venerará este día humildemente.
El Betis, que contigo fué dichoso,
Pero ya desdichado que te pierde,
Y triste, y sin el ancho curso undoso;
En medio de su fértil campo verde
Hará que el coro todo se levante
De ninfas, que con dulce voz concuerde;
Y metiendo en el piélago de Atlante
La frente por su abierto y hondo seno
Con ímpetu extendido resonante:
Dara ocasión, que el mar de peñas lleno,
Alce el canto en tu gloria, rodeando
Sus bandas, de otra alguna voz ajeno.
Hasta que el claro són multiplicando
Éntre, volviendo el paso, en el Egeo,
En el último Euxino reparando.
Yo, si el Cielo, presente á mi deseo,
No corta el hilo frágil de esta vida,
Y al canto aspira espíritu febeo;
Espero tu memoria esclarecida
Hacer insigne ejemplo de la fama,
Prenda sólo á mis lágrimas debida.
Y quien oir pudiere de tu llama
Viva el puro esplendor, y la belleza,
Que, por cuanto el sol cerca, se derrama;
Culpará de sus hados la dureza
Que le negó admirar en este suelo
La luz excelsa de ínclita grandeza.
Alma dichosa, tú, que el alto cielo
Enriqueces alegre, y gloriosa
Te cubres de purpúreo y sutil velo;
Vuelve á mirar á España lastimosa
En tu partida, que de bien ya ajena,
Yace en terreno afecto congojosa.
Esta triste ribera, de afán llena,
Que vió desparecer su blanca aurora,
Con mustio verso murmurando suena:
«La sublime y bellísima Eliodora,
Roto el cansado y grave peso frío,
Abrasada en la eterna luz, que adora,
Es tutela del sacro Hesperio río.»

RODRIGO CARO

A las ruinas de Itálica

Estos, Fabio ¡ay dolor! que ves ahora
Campos de soledad, mustio collado,
Fueron un tiempo Itálica famosa.
Aquí de Scipión la vencedora
Colonia fué; por tierra derribado
Yace el temido honor de la espantosa
Muralla, y lastimosa
Reliquia es solamente
De su invencible gente.
Sólo quedan memorias funerales
Donde erraron ya sombras de alto ejemplo.
Este llano fué plaza, allí fué templo;
De todo apenas quedan las señales!
Del gimnasio y las termas regaladas
Leves vuelan cenizas desdichadas;
Las torres que desprecio el aire fueron
A su gran pesadumbre se rindieron.
Este despedazado anfiteatro,
Ímpio honor de los dioses, cuya afrenta
Publica el amarillo jaramago,
Ya reducido á trágico teatro
¡Oh fábula del tiempo! representa
Cuánta fué su grandeza, y es su estrago.
¿Cómo en el cerco vago
De su desierta arena
El gran pueblo no suena?
¿Dónde, pues fieras hay, está el desnudo
Luchador? ¿dónde está el atleta fuerte?
Todo despareció, cambió la suerte
Voces alegres en silencio mudo;
Mas aun el tiempo da en estos despojos
Espectáculos fieros á los ojos,
Y miran tan confusos lo presente,
Que voces de dolor el alma siente.

Aquí nació aquel rayo de la guerra,
Gran padre de la patria, honor de España,
Pío, felice, triunfador Trajano,
Ante quien muda se postró la tierra
Que ve del sol la cuna, y la que baña
El mar también vencido gaditano.
Aquí de Elio Adriano,
De Teodosio divino,
De Silio peregrino,
Rodaron de marfil y oro las cunas.
Aquí ya de laurel, ya de jazmines
Coronados los vieron los jardines,
Que ahora son zarzales y lagunas.
La casa para el César fabricada,
¡Ay! yace de lagartos vil morada.
Casas, jardines, Césares murieron,
Y aun las piedras que de ellos se escribieron.
Fabio, si tú no lloras, pon atenta
La vista en luengas calles destruídas,
Mira mármoles y arcos destrozados,
Mira estatuas soberbias, que violenta
Némesis derribó, yacer tendidas,
Y ya en alto silencio sepultados
Sus dueños celebrados.
Así á Troya figuro,
Así á su antiguo muro,
Y á ti, Roma, á quien queda el nombre apenas,
¡Oh patria de los dioses y los reyes!
Y á ti, á quien no valieron justas leyes,
Fábrica de Minerva, sabia Atenas:
Emulación ayer de las edades,
Hoy cenizas, hoy vastas soledades;
Que no os respetó el hado, no la muerte,
¡Ay! ni por sabia á ti, ni á ti por fuerte.

¿Más para qué la mente se derrama
En buscar al dolor nuevo argumento?
Basta ejemplo menor, basta el presente;
Que aun se ve el humo aquí, se ve la llama,
Aun se oyen llantos hoy, hoy ronco acento.
Tal genio ó religión fuerza la mente
De la vecina gente,
Que refiere admirada
Que en la noche callada
Una voz triste se oye, que llorando,
Cayó *Itálica*, dice; y lastimosa
Eco reclama *Itálica* en la hojosa
Selva que se le opone, resonando
Itálica; y el claro nombre oído
De Itálica, renuevan el gemido
Mil sombras nobles de su gran ruína.
¡Tanto aun la plebe á sentimiento inclina!...

ÉGLOGAS É IDILIOS

FRAY LUIS DE LEÓN

(TRADUCCIÓN DE VIRGILIO)

Debajo un roble, que movido al viento
Hacía blando estruendo, el Dafni estaba,
Y Tirsi y Coridón al mismo asiento
Su hato cada uno amenazaba:
El Tirsi conduciendo ovejas ciento,
Cabras el Coridón apacentaba,
Ambos zagales bellos, ambos diestros,
Y en responder cantando muy maestros.
Allí fué, en cuanto encumbro, defendien-
Los mirtos del mal Cierzo, desmandado [do
Del hato un cabrón mío, y yo siguiendo
Al Dafni vi, y de él visto fuí llamado:
Aquí ven, Melibeo, aquí corriendo,
Dice, que tu cabrón aquí ha parado,
Y si te vaga un poco, aquí tendido
Descansarás la presa que has traído.
Aquí las vacas por el prado y éras
Se vienen á beber, aquí florecen
Del Mincio en verdes hojas las riberas,
Y los enjambres suenan y adormecen.
Mas quien diera recaudo á mis corderas,
Que ni Filis, ni Alcipe no parecen,
Y estaban á cantar desafiados
El Tirsi, el Coridón, y muy trabados.
Al fin aventajó su canto y ruego
A mi negocio propio, y comenzaron
El uno acometiendo, el otro luego
Volviendo la respuesta, y porfiaron
Gran pieza así en el dulce y docto juego,
Que á aquesta ley los mismos se obligaron:
El Coridón decía así cantando,
Y al Tirsi así cantaba replicando:
Cor.—Amadas musas, inspiradme ahora
De versos la feliz y docta vena
Del Codro, que con el que en Delo mora
Cantando á las parejas casi suena,
O si para aquel solo se atesora
El primor todo de la docta avena,
Colgada para siempre desde luego
A aqueste pino mi zampoña entrego.
Tir.—Este poeta que ahora se levanta,
Pastores los de Arcadia, coronado
De hiedra levantad á gloria tanta,
Que con envidia el Codro traspasado
Reviente, y si excediere en lo que canta,
El uno le ceñid y el otro lado,
Con bácar le ceñid la docta frente,
No prenda en él la lengua maldiciente.
Cor.—De un jabalí cerdoso te presenta
Esta cabeza el Títiro, ó Diana,

Y estos ramosos cuernos donde cuenta
El ciervo vividor su vida vana;
Y si lo que en el alma representa,
Por medio de tu mano alza y gana,
De mármol estarás, y con calzado
De tornasol teñido y de violado.
Tir.—Y tú de leche un vaso por ofrenda
De mí tendrás en cada un año cierto:
No es justo que el pequeño don te ofenda,
Pues guardas tú, Priapo, un pobre huerto.
De piedra eres ahora, mas si enmienda
El año, de riqueza irás cubierto,
Con oro lucirás, si acrecentare
La nueva cría el año, y mejorare.
Cor.—Fuentes de verde musgo rodeadas,
Y más que el blando sueño yerba amena,
Y vos, ramas, que en torno levantadas,
Hacéis sombra á la pura y fresca vena:
Debajo de vosotras allegadas
Sesteen las ovejas, que ya suena
El grillo y la vid brota, y ya camina
Viniendo el seco estío y se avecina.
Tir.—Aquí hay hogar y fuego, aquí la llama
Con tea resinosa siempre dura,
Aquí el humo que sube y se derrama,
Matiza con hollín el techo oscura;
Aquí, si el blando Cierzo sopla y brama,
Curamos de lo mismo que se cura
De no robar el río su ribera,
O de guardar la grey del lobo entera.
Cor.—Debajo de sus árboles caída
Yace la fruta, y sobre la montaña
Tuerce de su serbal al ramo asida
La serba, y del castaño la castaña:
La copia por los campos extendida
El valle y monte todo en gozo baña:
Mas si Alexis sus ojos relucientes
Cubre, se secarán las mismas fuentes.
Tir.—Los campos están secos y agostados
Por culpa del sereno aire, muere
La yerba de sedienta en los collados,
Tender su hoja ya la vid no quiere.
Serán aquestos daños remediados
Al punto que mi Filis pareciere:
Ante ella su verdor cobrará el suelo,
Y abajará con lluvia larga el cielo.
Cor.—El álamo de Alcídes es querido,
De Baco la vid sola es estimada,
El mirto de la Venus siempre ha sido,
Y en el laurel de Febo es Dafne amada.
El córilo es de Filis escogido,
Del córilo la Filis pues se agrada,
Al córilo conozcan por rey sólo
El mirto y el laurel del rojo Apolo.
Tir.—Bellísimo en el bosque el fresno crece,
El pino es de los huertos hermosura,
El álamo en los ríos bien parece,
La haya de los montes el altura:
Mas cuando ante mis ojos aparece,
Oh Lícida divino, tu figura,
El pino de los huertos no es hermoso,
El fresno de los bosques no es vistoso.

LOPE DE VEGA

Nacimiento de Jesús

PIRENO

Hüid, lobos cruëles, que ha venido
El divino Pastor á la montaña,
A nuestros mayorales prometido
Con palabra de Dios, que nunca engaña;
Hüid, hüid, que puesto que ha nacido

En pajas de una mísera cabaña,
Será tan fuerte, que por él Judea
Sus ganados pacíficos posea.

ELISIO

Sus ganados pacíficos posea
De Dan á Betsabé toda montaña
Y cuantos prados el Jordán pasea,
Hasta que en roja sal sus plantas baña;
Los extremos que el Líbano hermosea,
Y de olorosos cedros acompaña,
Ya no teman león ni tigre fiero;
Huyendo van los lobos del cordero.

PIRENO

Huyendo van los lobos del cordero,
Como saben que viene á desterrallos
El Pastor de Belén, el verdadero
Mayoral poderoso á derriballos;
No sólo de los perros del apero,
Mas de la voz de los despiertos gallos,
Huirán corbardes, y en estampa breve
Sus pies conoceremos en la nieve.

ELISIO

Sus pies conoceremos en la nieve,
Y su cueva sacando por la estampa,
Tendrá su atrevimiento lo que debe
En lazo oculto de engañosa trampa;
Ya el Justo, ya el Pastor el cielo llueve,
Y del rigor la tempestad escampa;
Ya influyen vida sus piadosos ojos,
Ya el arco puso paz en sus enojos.

PIRENO

Ya el arco puso paz en sus enojos,
De solas dos colores matizado,
Dando á su blanco amor nuestros despojos,
Con que sale vestido de encarnado;
Flores produce el campo en vez de abrojos,
Retozan los corderos en el prado,
Los montes saltan, y sus claras fuentes
Instrumentos hicieron sus corrientes.

ELISIO

Instrumentos hicieron las corrientes,
Las aguas que á los valles descendían
Desde las sierras altas eminentes,
Que en otra edad de lágrimas servían;
Sobre cuyas espaldas hacen puentes
Los sauces y los plátanos que crían,
Que viéndose vestir de tantos modos,
Besan el agua por mirarse todos.

PIRENO

Besan el agua por mirarse todos
Con tantas flores y hermosura tanta,
Que saltando en las ramas de mil modos;
El villano de Libia en ellas canta;
Ya desde los egipcios á los godos,
Y desde el Tibre á la ribera santa
Del sagrado Jordán, la paz que espera
Anticipó la dulce primavera.

ELISIO

Anticipó la dulce primavera
Un nuevo sol por el diciembre helado,
Haciendo de carámbanos su esfera;
¿Quién vió fuego en el hielo, y sol nevado?
Los signos en que agora reverbera
Son una Virgen y su esposo amado;
Aquí comienza el año, y se desvía
De aquel león en que otro tiempo ardía.....

PIRENO

. . . . . .

¡Dichoso quien besó las plantas bellas,
Y vió con una faja el poderoso
Brazo de Dios atado y detenido,
Bañando ofensas en eterno olvido!

ELISIO

Está en la tierra el libro de los cielos,
Cerrado ahora, y tan abierto un día,
Que llorarán, rompiéndose, los velos
De cielo y tierra para gloria mía;
Montañas de Belén, corred los hielos
Líquidos ya de su cadena fría;
Destilen miel los árboles sombríos;
Cándida leche correrán los ríos.

PIRENO

Cándida leche correrán los ríos,
Y miel darán los duros alcornoques,
Para que cobre Emanüel sus bríos,
Y contra el lobo su deidad invoques;
Alégrate, oh Tabor, cuando con fríos
Mármoles sus divinas plantas toques,
Que allí con el humor que se le debe
Sus vestiduras vencerán tu nieve.

ELISIO

Sus vestiduras vencerán tu nieve,
Y tus flores, Carmelo, su hermosura;
Tu grana, Tiro, en púrpura más breve,
De dos claveles en la sangre pura.
Hüid, lobos, hüid; que si se atreve
La presa vil de vuestra boca obscura,
Piedra ha nacido, que al alzar la honda,
No ha de quedar león que no se esconda.

Cantilena

Yo ví sobre un tomillo
Quejarse un pajarillo,
Viendo su nido amado
De un labrador robado.
Víle tan congojado
Por tal atrevimiento
Dar mil quejas al viento,
Para que el cielo santo
Lleve su tierno llanto,
Lleve su triste acento.
Ya con triste armonía,
Esforzando el aliento,
Mil quejas repetía;
Y al nuevo sentimiento
Ya cansado callaba,
Ya sonoro volvía,
Ya circular volaba,
Ya rastrero corría,
Ya pues de rama en rama
Al rústico seguía,
Y saltando en la grama
Parece que decía:
—«Dame, rústico fiero,
Mi dulce compañía.»
Y que le respondía
El rústico:—«No quiero.»

(Esteban de Villegas).

Al sol

Padre del universo,
Autor del claro día,
Brillante sol, á cuyos
Influjos la infinita
Turba de los vivientes,
El sér debe y la vida:
Tú, que rompiendo el seno
De la alba cristalina,
Sales sobre el oriente
A derramar el día,
Por los profundos valles
Y por las altas cimas;
De cuyo reluciente
Curso las diamantinas
Y voladoras ruedas,
Con rapidez no vista,
Hienden el aire vago
De la región vacía;
En hora buena vengas
De luces matutinas,
De rayos coronado
Y llamas nunca extintas,

A henchir las almas nuestras
De paz y de alegría.
La tenebrosa noche,
De fraudes, de perfidias
Y dolos medianera,
Se ausenta de tu vista,
Y busca en los profundos
Abismos su guarida.
El sueño perezoso,
Las sombras, las mentidas
Fantasmas y los sustos,
Su horrenda comitiva,
Se alejan de nosotros;
Y en pos del claro día
El júbilo, el sosiego
Y el gozo nos visitan.
Las horas transparentes
De clara luz vestidas
Señalan nuestros gustos
Y miden nuestras dichas.
O bien brillante salgas
Por elevadas cimas
Rigiendo tus caballos
Con las doradas bridas;
O ya el luciente carro
Con nuevo ardor dirijas
Al reino austral, de donde
Más luz y fuego vibras;
O, en fin, precipitado
Sobre las cristalinas
Occíduas aguas caigas
Con luz más blanda y tibia;
Tu rostro refulgente,
Tu ardor, tu luz divina,
Del hombre serán siempre
Consuelo y alegría. (JOVELLANOS).

SONETOS

Al marqués de Santa Cruz

Tú, que vengando con la armada mano
El ya perdido honor del Occidente,
Teñiste del mar Jonio la corriente
Con la vertida sangre de otomano;
Y volviendo, en el piélago africano
Venciste el reino antiguo y tiria gente,
Y del francés y escoto el pecho ardiente
Rompiste, y la pujanza del germano;
Y de rendir cansado el mar y tierra,
Descansas ya en la paz del alto cielo;
Que la tierra era poca á tanta gloria;
Ahora, que amenaza cruda guerra
El ímpio cita y tiembla todo el suelo, [RA).
Ven, ó envía á los tuyos la victoria. (HERRE-

En alabanza de Carlos V

Temiendo tu valor, tu ardiente espada,
Sublime Carlo, el bárbaro africano
Y el espantoso á todos otomano
La altiva frente inclina quebrantada.
Italia, en propia sangre sepultada,
El invencible, el áspero germano,
Y del francés osado el pecho ufano
Al yugo rinde la cerviz cansada.
Alce España los arcos en memoria,
Y en columnas á una y á otra parte
Despojos y coronas de victoria;
Que ya en tierra y en mar no queda parte
Que no sea trofeo de tu gloria,
Ni resta más honor al fiero Marte. (ID.)

Por la victoria de Lepanto

Hondo ponto, que bramas atronado
Con tumulto y terror, del turbio seno
Saca el rostro, de torpe miedo lleno;
Mira tu campo arder ensangrentado;
Y junto en este cerco y encontrado
Todo el cristiano esfuerzo y sarraceno,
Y cubierto de humo y fuego y trueno,
Huir temblando el ímpio quebrantado.
Con profundo murmurio la victoria
Mayor celebra que jamás vió el cielo,
Y más dudosa y singular hazaña:
Y di que sólo mereció la gloria
Que tanto nombre da á tu sacro suelo
El joven de Austria y el valor de España.

(El mismo).

A una vid

Sube frondosa vid, y en extendido
Ramo corona la desnuda frente
De este infelice pobo, que al corriente
Cristal yace, de honor destituído.
Sube, así no amancille el aterido
Invierno en duro yelo tu excelente
Cima, ni Febo, cuando más ardiente
Muestra á tu gloria el rayo embravecido.
Que pues cuando en su lustre florecía
Te dió el áspero tronco y dilatado
Seno, donde luciese tu ufanía;
Es razón, sacra vid, que el despojado
Leño de verde y fresca lozanía,
Ornes agora en su funesto estado.

(Francisco de Rioja).

Al monte donde fué Cartago

Excelso monte, do el romano estrago
Eterna mostrará vuestra memoria;
Soberbios edificios, do la gloria
Aun resplandece de la gran Cartago;
Desierta playa, que apacible lago
Fuiste lleno de triunfos y victoria;
Despedazados mármoles, historia
En que se lee cuál es del mundo el pago;
Arcos, anfiteatros, baños, templo,
Que fuisteis edificios celebrados,
Y ahora apenas vemos las señales;
Gran remedio á mi mal es vuestro ejemplo,
Que si del tiempo fuisteis derribados,
El tiempo derribar podrá mis males.

(Gutierre de Cetina).

La Providencia

«Dime, Padre común, pues eres justo,
¿Porqué ha de permitir tu providencia,
Que arrastrando prisiones la inocencia
Suba la fraude á tribunal augusto?
«¿Quién da fuerzas al brazo, que robusto
Hace á tus leyes firme resistencia,
Y que el celo, que más las reverencia
Gima á los pies del vencedor injusto?
«Vemos que vibran victoriosas palmas
Manos inícuas, la virtud gimiendo

Del triunfo en el injusto regocijo.»
Esto decía yo, cuando riendo
Celestial ninfa apareció y me dijo:
«Ciego, es la tierra el centro de las almas?»

(BARTOLOMÉ DE ARGENSOLA).

El soneto

Un soneto me manda hacer Violante,
Que en mi vida me he visto en tal aprieto:
Catorce versos dicen, que es soneto:
Burla burlando, van los tres delante.
Yo pensé que no hallara consonante,
Y estoy en la mitad de otro cuarteto:
Mas, si me hallo en el primer terceto,
No hay cosa en los cuartetos, que me espante.
Por el primer terceto voy entrando,
Y aun presumo que entré con pie derecho;
Pues fin con este verso le voy dando.
Ya estoy en el segundo, y aun sospecho,
Que estoy los trece versos acabando;
Contad si son catorce, y está hecho.

(LOPE DE VEGA).

El poder del tiempo

Soberbias torres, altos edificios,
Que ya cubristeis siete excelsos montes,
Y agora en descubiertos horizontes
Apenas de haber sido dais indicios:
Griegos liceos, célebres hospicios:
De Plutarcos, Platones, Jenofontes,
Teatro, que lidió rinocerontes,
Olimpias, lustros, baños, sacrificios:
¿Qué fuerzas deshicieron peregrinas
La mayor pompa de la gloria humana,
Imperios, triunfos, armas y doctrinas?
¡Oh gran consuelo á mi esperanza vana,
Que el tiempo, que os volvió breves ruínas,
No es mucho que acabase mi sotana!

(EL MISMO).

Guzmán el Bueno

Al tierno niño, al nuevo Isaac cristiano
En el arena de Tarifa mira
El mejor padre con piadosa ira,
La lealtad y el amor luchando en vano.
Alta la daga en la temida mano,
Glorioso vence, intrépido la tira,
Ciega el sol, nace Roma, amor suspira,
Triunfa España, enmudece el africano.
Bajó la frente Italia, y de la suya
Quitó á Torcuato el lauro en oro y bronces,
Porque ninguno ser Guzmán presuma:
Y la fama, principio de la tuya,
Guzmán el Bueno escribe, siendo entonces
La tinta sangre, y el cuchillo pluma.

(EL MISMO)

A Jesucristo

¿Qué tengo yo que mi amistad procuras?
¿Qué interés se te sigue, Jesús mío,
Que á mi puerta cubierto de rocío
Pasas las noches del invierno oscuras?

¡Oh cuánto fueron mis entrañas duras,
Pues no te abrí! ¡qué extraño desvarío!
Si de mi ingratitud el hielo frío
Pasmó las llagas de tus plantas puras!
Cuántas veces mi ángel me decía:
«Alma, asómate ahora á la ventana,
Verás con cuanto amor llamar porfía.»
Y cuántas, hermosura soberana,
«Mañana le abriremos,» respondía,
Para lo mismo responder mañana. (ID.)

Al Betis

Tú á quien ofrece el apartado polo,
Hasta donde tu nombre se dilata,
Preciosos dones de luciente plata
Que envidia el rico Tajo y el Pactolo;
Para cuya corona como á solo
Rey de los ríos, entreteje y ata
Palas su oliva con la rama ingrata
Que contempla en tus márgenes Apolo;
Claro Guadalquivir, si impetuoso
Con crespas ondas y mayor corriente
Cubrieres nuestros campos mal seguros;
De la mejor ciudad por quien famoso
Alzas igual al mar la altiva frente,
Respeta humilde los antiguos muros.
(JUAN DE ARQUIJO).

La tempestad y la calma

Yo vi del rojo sol la luz serena
Turbarse, y que en un punto desfallece
Su alegre faz, y en torno se oscurece
El aire con tiniebla de horror llena:
El austro proceloso airado suena,
Crece su furia, y la tormenta crece,
Y en los hombros de Atlante se estremece
El alto Olimpo, y con espanto truena.
Mas luego vi romperse el negro velo
Deshecho en agua, y á su luz primera
Restituirse alegre el claro día;
Y de nuevo esplendor ornado el cielo
Miré, y dije: «¿quién sabe si le espera
Igual mudanza á la fortuna mía?» (ID.)

A la muerte de Cicerón

Detén un poco la cobarde espada,
Cruel Popilio ingrato, y considera
La injusta empresa que á tu brazo espera,
Y largos siglos ha ser llorada.
¿Posible es que se ve tu mano armada
Contra el gran Tulio, á quien librar debiera
En igual recompensa de la fiera
Muerte, á tu ingratitud recomendada?
¡Oh cuán poco aprovecha la memoria
Del recibido bien, que al obstinado
Ninguna cosa de su error le muda!
Desciende el golpe sobre la alta gloria
De la latina lengua, derribado
Deja el valor, y la elocuencia muda. (ID.)

A las honras de Felipe II en Sevilla

¡Vive Dios! que me espanta esta grandeza,
Y que diera un doblón por descrebilla;
Porque ¿á quién no suspende y maravilla
Esta máquina insigne, esta riqueza?

Por Jesucristo vivo, cada pieza
Vale más de un millón, y que es mancilla
Que esto no dure un siglo, ¡oh gran Sevilla,
Roma triunfante en ánimo y nobleza!
Apostaré que el ánima del muerto,
Por gozar de este sitio, hoy ha dejado
El cielo, de que goza eternamente.
Esto oyó un valentón, y dijo: «Es cierto
Cuanto dice vosacé, seor soldado,
Y quien dijere lo contrario, miente.»
Y luego incontinente
Caló el chapeo, requirió la espada,
Miró al soslayo, fuese, y no hubo nada.
(CERVANTES).

Un narigudo

Érase un hombre á una nariz pegado,
Érase una nariz superlativa,
Érase una nariz sayón y escriba,
Érase un peje espada muy barbado.
Era un reloj de sol mal encarado,
Érase una alquitara pensativa,
Érase un elefante boca arriba,
Era Ovidio Nasón más narizado.
Érase un espolón de una galera,
Érase una pirámide Egipto,
Las doce Tribus de narices era.
Érase un naricísimo infinito,
Muchísimo nariz, nariz tan fiera
Que en la cara de Anás fuera delito.
(QUEVEDO).

Contra Pilatos

¿Queréis que suelte á Barrabás ó á Cristo?
Preguntas, Pilatillos, muy lavado,
Porque á costa de Dios, no hay mal letrado
Que no trueque lo justo á lo bien quisto.
¿En qué Consejo ó decisión has visto
Que sentencie el que acusa al acusado?
La ley que has de guardar has condenado
Muy preciado de imperio Meromisto.
¡Qué á mano hallan las Pascuas los ladrones!
Y soltar Barrabases, aun hoy dura:
Y todos para Dios somos prisiones!
Tu mujer sueña, y duerme tu cordura;
Mas presto con garnacha de tizones
Te diremos el sueño y la soltura. (EL MISMO).

Ladrón que se despide de sus instrumentos

Yo que en este lugar haciendo Hurtados
Tanto extendí la casa de Mendoza:
Yo que desde el alcázar á la choza
Sofaldé cerraduras y candados:
Estos dos garabatos sazonados,
Con quien toda ventana se retoza,
Galgos de mucho trasto y mucha broza,
Ministros del *agarro* corcovados:
Esta lima, esta llave, con que allano
Todo escondite, ofrezco ante las aras
Del arañón de bolsas cortesano.
Y compungido de maldades raras,
Harto de hurtar á palmos con la mano,
Quiero Alguacil hurtar con ella á varas.
(EL MISMO).

GÉNERO DIDÁCTICO

FÁBULAS MORALES

D. FÉLIX M. SAMANIEGO

El labrador y la Providencia

Un labrador cansado
En el ardiente estío,
Debajo de una encina
Reposaba pacífico y tranquilo.
Desde su dulce estancia
Miraba agradecido
El bien con que la tierra
Premiaba sus penosos ejercicios.
Entre mil producciones,
Hijas de su cultivo,
Veía calabazas,
Melones por los suelos esparcidos.
«¿Por qué la Providencia,
Decía entre sí mismo,
Puso á la ruín bellota
En elevado preeminente sitio?
¿Cuánto mejor sería,
Que, trocando el destino,
Pendiesen de las ramas
Calabazas, melones y pepinos?
Bien oportunamente,
Al tiempo que esto dijo,
Cayendo una bellota
Le pegó en las narices de improviso.
Par diez, prorrumpió entonces
El labrador sencillo,
Si lo que fué bellota
Algún gordo melón hubiera sido,
Desde luego pudiera
Tomar á buen partido,
En caso semejante,
Quedar desnarigado, pero vivo.»
Aquí la Providencia
Manifestarle quiso
Que supo á cada cosa
Señalar sabiamente su destino.
A mayor bien del hombre
Todo está repartido,
Preso el pez en su concha,
Y libre por el aire el pajarillo.

Un cojo y un picarón

A un cojo un descortés
Insultó atrevidamente:
Oyólo pacientemente
Continuando su carrera,
Cuando al son de la cojera
Dijo el otro: «una, dos, tres,
Cojo es.»
Oyólo el cojo: aquí fué
Donde el buen hombre perdió
Los estribos; pues le dió

Tanta cólera, y tal ira,
Que la muleta le tira,
Quedándose, ya se ve,
Sobre un pie.
Sólo el no poder correr
Para darte el escarmiento,
Dijo el cojo, es lo que siento,
Que este mal no me atormenta:
Porque al hombre sólo afrenta
Lo que supo merecer,
Padecer.

El lobo y el perro

En busca de alimento
Iba un lobo muy flaco y muy hambriento:
Encontró con un perro tan relleno,
Tan lucio, sano y bueno,
Que le dijo: «yo extraño
Que estés de tan buen año
Como se deja ver por tu semblante;
Cuando á mí más pujante,
Más osado y sagaz, mi triste suerte
Me tiene hecho retrato de la muerte.»
El perro respondió: «sin duda alguna
Lograrás, si tú quieres, mi fortuna.
Deja el bosque y el prado;
Retírate á poblado,
Servirás de portero
A un rico caballero,
Sin otro afán, ni más ocupaciones
Que defender la casa de ladrones.»
«Acepto desde luego tu partido,
Que para mucho más estoy curtido;
Así me libraré de la fatiga
A que el hambre me obliga
De andar por montes sendereando peñas,
Trepando riscos y rompiendo breñas,
Sufriendo de los tiempos los rigores,
Lluvias, nieves, escarchas y calores.»
A paso diligente
Marchaban juntos amigablemente,
Trataban varios puntos de confianza
Pertenecientes á llenar la panza.
En esto el lobo por algún recelo,
Que comenzó á turbarle su consuelo,
Mirando al perro dijo: «He reparado
Que tienes el pescuezo algo pelado.
Dime: ¿qué es eso?»—«Nada.»—
«Dímelo por tu vida, camarada.»—
«No es más que la señal de la cadena:
Pero no me da pena;
Pues aunque por inquieto
A ella estoy sujeto,
Me sueltan cuando comen mis señores:
Recíbenme á sus pies de mil amores:
Ya me tiran el pan, ya la tajada,
Y todo aquello que les desagrada:
Éste lo mal asado;
Aquél un hueso poco descarnado;
Y aun un glotón que todo se lo traga,
A lo menos me halaga
Pasándome la mano por el lomo:
Yo meneo la cola, callo y como.»—
«Todo eso es bueno, yo te lo confieso;
Pero por fin y postre tú estás preso:
Jamás sales de casa,
No puedes ver lo que en el pueblo pasa.»—
«Es así.»—«Pues amigo,
La amada libertad que yo consigo
No he de trocarla de manera alguna
Por tu abundante y próspera fortuna.
Marcha, marcha á vivir encarcelado:
No serás envidiado
De quien pasea el campo libremente,
Aunque tú comas tan glotonamente
Pan, tajadas y huesos; porque al cabo
No hay bocado en sazón para un esclavo.»

El leopardo y las monas

No á pares, á docenas se encontraba
Las monas en Tetuán cuando cazaba
Un leopardo: apenas lo veían
A los árboles todas se subían,
Quedando del contrario tan seguras,
Que pudiera decir: no están maduras.
El cazador astuto se hace el muerto
Tan vivamente, que parece cierto:
Hasta las viejas monas,
Alegres en el caso y juguetonas,
Empiezan á saltar: la más osada
Baja, arrímase al muerto de callada:
Mira, huele, y aun tienta,
Y grita muy contenta:
Llegad, que muerto está de todo punto,
Tanto, que empieza á oler el tal difunto.
Bajan todas con bulla y algazara:
Ya le tocan la cara,
Ya le saltan encima,
Aquella se le arrima,
Y haciendo mimos á su lado queda;
Otra se finge muerta, y lo remeda:
Mas luego que las siente fatigadas
De correr, de saltar y hacer monadas,
Levántase ligero;
Y más que nunca fiero,
Pilla, mata, devora; de manera
Que parecía la sangrienta fiera,
Cubriendo con los muertos la campaña,
Al Cid matando moros en España.
Es el peor enemigo el que aparenta
No poder causar daño, porque intenta,
Inspirando confianza,
Asegurar su golpe de venganza.

El ciervo y la fuente

Un ciervo se miraba
En una hermosa y cristalina fuente:
Placentero admiraba
Los enramados cuernos de su frente;
Pero al ver sus delgadas largas piernas,
Al alto cielo daba quejas tiernas.
¡Oh, dioses! ¿á qué intento
A esta fábrica hermosa de cabeza
Construís su cimiento
Sin guardar proporción en la belleza?
¡Oh, qué pesar! ¡Oh, qué deber profundo
No haber gloria cumplida en este mundo!
Hablando de esta suerte
El ciervo, vió venir un lebrel fiero.
Por evitar su muerte
Parte al espeso bosque muy ligero;
Pero el cuerno retarda su salida
Con una y otra rama entretejida.
Mas libre del apuro
A duras penas, dijo con espanto:
Si me veo seguro,
Pese á mis cuernos, fué por correr tanto;
Lleve el diablo lo hermoso de mis cuernos,
Haga mis feos pies el cielo eternos.
Así frecuentemente
El hombre se deslumbra con lo hermoso:
Elige lo aparente,
Abrazando tal vez lo más dañoso;
Pero escarmiente ahora en tal cabeza.
El útil bien es la mejor belleza.

FÁBULAS LITERARIAS

D. TOMÁS DE IRIARTE

El té y la salvia

El té, viniendo del imperio chino,
Se encontró con la salvia en el camino.
Ella le dijo: «¿á dónde vas, compadre?»
«A Europa voy, comadre,
Donde sé que me compran á buen precio.»
«Yo (respondió la salvia) voy á China,
Que allá con sumo aprecio
Me reciben por gusto y medicina.
En Europa me tratan de salvaje,
Y jamás he podido hacer fortuna.»
«Anda con Dios, no perderás el viaje;
Pues no hay nación alguna
Que á todo lo extranjero
No dé con gusto aplausos y dinero.»
La salvia me perdone
Que al comercio su máxima se opone.
Si hablase del comercio literario
Yo no defendería lo contrario;
Porque en él para algunos es un vicio
Lo que es en general un beneficio.
Y español que tal vez recitaría
Quinientos versos de Boileau y el Taso,
Puede ser que no sepa todavía
En qué lengua los hizo Garcilaso.

El cazador y el hurón

Cargado de conejos,
Y muerto de calor,
Una tarde, de lejos,
A su casa volvía un cazador.
Encontró en el camino
Muy cerca del lugar
A un amigo y vecino,
Y su fortuna le empezó á contar.
«Me afané todo el día
(Le dijo) ¿pero qué?
Si mejor cacería
No la he logrado, ni la lograré.
Desde por la mañana
Es cierto que sufrí
Una buena solana,
Mas mira qué gazapos traigo aquí.
Te digo y te repito,
Fuera de vanidad,
Que en todo ese distrito
No hay cazador de más habilidad.»
Con el oído atento
Escuchaba un hurón
Este razonamiento,
Desde el corcho en que tiene su mansión;
Y el puntiagudo hocico
Sacando por la red
Dijo á su amo: «suplico,
Dos palabritas con perdón de usted.
Vaya, ¿cuál de nosotros
Fué el que más trabajó?
Esos gazapos y otros
¿Quién se los ha cazado sino yo?
Patrón, ¿tan poco valgo
Que me tratan así?
Me parece que en algo
Bien se pudiera hacer mención de mí.»
Cualquiera pensaría,
Que este aviso moral

Seguramente haría
Al cazador gran fuerza; pues no hay tal.
Se quedó tan sereno,
Como ingrato escritor,
Que del auxilio ajeno
Se aprovecha y no cita al bienhechor.

El pedernal y el eslabón

Eslabón de cruel
Trató el pedernal un día,
Porque á menudo le hería
Para sacar chispas dél.
Riñendo éste con aquél,
Al separarse los dos
«Quedáos, dijo, con Dios,
¿Valéis vos algo sin mí?»
Y el otro responde: «Sí,
Lo que sin mí valéis vos.»

Este ejemplo material
Todo escritor considere
Que largo estudio no uniere
Al talento natural.
Ni da lumbre el pedernal
Sin auxilio de eslabón;
Ni hay buena disposición
Que luzca faltando el arte,
Si obra cada cual aparte
Ambos inútiles son.

La ardilla y el caballo

Mirando estaba una ardilla
A un generoso alazán,
Que dócil á espuela y rienda
Se adiestraba en galopar.
Viéndole hacer movimientos
Tan veloces y á compás,
De aquesta suerte le dice
Con muy poca cortedad:
«Señor mío,
De ese brío,
Ligereza
Y destreza
No me espanto,
Que otro tanto
Suelo hacer, y acaso más.
Yo soy viva,
Soy activa:
Me meneo,
Me paseo;
Yo trabajo,
Subo y bajo;
No me estoy quieta jamás.»

El paso detiene entonces
El buen potro, y muy formal
En los términos siguientes
Respuesta á la ardilla da:
«Tantas idas
Y venidas,
Tantas vueltas
Y revueltas
(Quiero, amiga,
Que me diga)
¿Son de alguna utilidad?
Yo me afano,
Mas no en vano.
Sé mi oficio,
Y en servicio
De mi dueño
Tengo empeño
De lucir mi habilidad.»
Con que algunos escritores
Ardillas también serán,
Si en obras frívolas gastan
Todo el calor natural.

LETRILLAS, EPITAFIOS Y EPIGRAMAS

I

Ande yo caliente
Y ríase la gente.

Traten otros del gobierno
Del mundo y sus monarquías,
Mientras gobiernan mis días
Mantequillas y pan tierno,
Y las mañanas de invierno,
Naranjada y aguardiente;
Y riase la gente.
Coma en dorada vajilla
El Príncipe mil cuidados
Como píldoras dorados,
Que yo en mi pobre mesilla
Quiero más una morcilla
Que en el asador reviente,
Y riase la gente.
Cuando cubra las montañas
De plata y nieve el Enero,
Tenga yo lleno el brasero
De bellotas y castañas,
Y quien las dulces patrañas
Del rey que rabió me cuente,
Y riase la gente.
Busque muy en hora buena
El mercader nuevos soles,
Yo conchas y caracoles
Entre la menuda arena,
Escuchando á Filomena
Sobre el chopo de la fuente,
Y riase la gente. (GÓNGORA).

II

Da bienes fortuna,
Que no están escritos,
Cuando pitos flautas,
Cuando flautas pitos.
¡Cuán diversas sendas
Se suelen seguir
En el repartir
Las honras y haciendas!
A unos da encomiendas,
A otros sambenitos;
Cuando pitos etc.
A veces despoja
De choza y apero
Al mayor cabrero;
Y á quien se le antoja,
La cabra más coja
Le dió dos cabritos:
Cuando pitos etc.
Porque en una aldea
Un pobre mancebo
Hurtó un sólo huevo,
Al són bambolea,
Y otro se pasea
Con cien mil delitos:
Cuando pitos etc. (EL MISMO).

III

¿Ves aquel señor graduado,
Roja borla, blanco guante,
Que, *nemine discrepante*,
Fué en Salamanca aprobado?

Pues, con su borla, su grado,
Cátedra, renta y dinero,
Es un grande majadero.
¿Ves servido un señorón
De pajes en real carroza,
Que un rico título goza
Porque acertó á ser varón?
Pues con su casa, blasón,
Título, coche y cochero,
Es un grande majadero.
¿Ves al jefe blasonando
Que tiene el cuerpo cosido
De heridas que ha recibido
Allá en Flandes batallando?
Pues con su escuadrón, su mando,
Su honor, heridas y acero,
Es un grande majadero.
¿Ves al juez con fiera cara
En su tribunal sentado,
Condenando al desdichado
Reo que en sus manos pára?
Pues con sus ministros, vara,
Audiencia y juicio severo,
Es un grande majadero.
¿Ves al que esta satirilla
Escribe con tal denuedo,
Que no cede ni á Quevedo.
Ni á otro ninguno en Castilla?
Pues con su vena, letrilla,
Pluma, papel y tintero,
Es mucho más majadero. (IGLESIAS).

EPITAFIOS

Del «Mudo,» pintor famosísimo (1)

No quiso el cielo que hablase,
Porque con mi entendimiento
Diese mayor sentimiento
A las cosas que pintase;
Y tanta vida les dí
Con el pincel singular,
Que, como no pude hablar,
Hice que hablasen por mí. (LOPE DE VEGA).

De María de Escocia

Esmalta esta piedra helada
Sangre de un alma preciosa;
Cuanto bien nacida, hermosa,
Cuanto hermosa, desdichada.
Murió santa é inocente
A manos de otra mujer,
Que en todo, fuera del ser,
Fué de su ser diferente. (EL MISMO).

Del marqués de Santa Cruz

Esta pirámide encierra
Entre jarcias y fanales
Con mil victorias navales
De Francia y de Ingalaterra,
Aquel Bazán, rey del mar,
Que sobre sus altas olas
Su cruz y las españolas
Hizo adorar y temblar. (EL MISMO).

(1) Véanse las páginas 57 y siguientes.

De un médico

Enseñé, no me escucharon:
Escribí, no me leyeron:
Curé mal, no me entendieron:
Maté, no me castigaron.
Ya con morir satisfice:
Oh muerte, quiero quejarme:
Bien pudieras perdonarme
Por servicios que te hice. (El mismo).

De un astrólogo

Yace un astrólogo aquí,
Que á todos pronosticaba,
Y que jamás acertaba
A pronosticarse á sí.
De una coz y mil molestias
Le mató una mula un día:
Que entiende la astrología
Al cielo, mas no á las bestias. (El mismo).

A un pretendiente

Aquí yace sepultada
De un pretendiente prolijo
La esperanza más osada;
O César, ó nada, dijo,
Y se salió con ser nada. (Salas).

EPIGRAMAS

I

En un muladar un día
Cierta vieja sevillana
Buscando trapos y lana,
Su ordinaria granjería,
Acaso vino á hallarse
Un pedazo de un espejo,
Y con un trapillo viejo
Lo limpió para mirarse.
Viendo en él aquellas feas
Quijadas de desconsuelo,
Dando con él en el suelo,
Le dijo: «maldito seas.» (Alcázar).

II

Cuatro dientes te quedaron
Si bien me acuerdo; mas dos
Julia, de una tos volaron;
Las otras dos de otra tos.
Seguramente toser
Puedes ya todos los días,
Pues no tiene en tus encías
La tercera tos que hacer. (Argensola).

III

Viejo y rico, tan de veras
Quien ha dado en regalarte,
Él quiere, Gauro, heredarte,
Y te dice que te mueras. (SALINAS).

IV

Hablando de cierta historia
A un necio se preguntó:
¿Te acuerdas tú? Y respondió:
Esperen que haga memoria.
Mi Inés, viendo su idiotismo,
Dijo risueña al momento:
Haz también entendimiento,
Que te costará lo mismo. (IGLESIAS).

V

Al andaluz más valiente
De todos los andaluces,
Cuya charpa omnipotente
Pobló estos barrios de cruces,
Cierta noche á la una dada
En el conejal hallé;
Me miró, yo le miré
Y... fuése sin decir nada. (EL MISMO).

VI

Levántome á las mil, como quien soy:
Me lavo. Que me vengan á afeitar,
Traigan el chocolate; y á peinar.
Un libro... Ya leí... Basta por hoy.
Si me buscan, que digan que no estoy...
Polvos... venga el vestido verdemar...
¿Si estará ya la misa en el altar?...
¿Han puesto la berlina?... Pues me voy.
Hice ya tres visitas; á comer...
Traigan barajas: ya jugué. Perdí.
Pongan el tiro. Al campo; y á correr...
Ya doña Eulalia esperará por mí...
Dió la una. A cenar y á recoger.
¿Y es éste un racional?...—Dicen que sí.
(IRIARTE).

BALTASAR DE ALCÁZAR

La cena

En Jaén donde resido
Vive Don Lope de Sosa,
Y diréte, Inés, la cosa
Más brava de él que has oído.
Tenía este caballero
Un criado portugués...
Pero cenemos, Inés,
Si te parece, primero.

La mesa tenemos puesta,
Lo que se ha de cenar junto,
Las tazas del vino á punto;
Falta comenzar la fiesta.
Comience el vinillo nuevo,
Y échale la bendición;
Yo tengo por devoción
De santiguar lo que bebo.
Franco fué, Inés, este toque;
Pero arrójame la bota:
Vale un florín cada gota
De aqueste vinillo aloque.
¿De qué taberna se trajo?
Mas ya... de la del Castillo:
Diez y seis vale el cuartillo,
No tiene vino más bajo.
Por nuestro Señor que es mina
La taberna de Alcocer:
Grande consuelo es tener
La taberna por vecina.
Si es ó no invención moderna,
Vive Dios que no lo sé;
Pero delicada fué
La invención de taberna.
Porque allí llego sediento,
Pido vino de lo nuevo,
Mídenlo, dánmelo, bebo,
Págolo, y voyme contento.
Esto, Inés, ello se alaba,
No es menester alaballo:
Sola una falta le hallo,
Que con la prisa se acaba.
La ensalada salpicón
Hizo fin ¿qué viene ahora?
La morcilla, gran señora,
Digna de veneración.
¡Qué oronda viene y qué bella!
Qué través y enjundia tiene,
Paréceme, Inés, que viene,
Para que demos con ella.
Pues sús, encójase y éntre
Que es algo estrecho el camino...
No eches agua, Inés, al vino,
No se escandalice el vientre.
Echa de lo trasañejo,
Porque con más gusto comas:
Dios te guarde que así tomas,
Como sabia el buen consejo.
Mas di ¿no adoras y aprecias
La morcilla ilustre y rica?
¡Cómo la traidora pica!
Tal debe tener especias.
¡Qué llena está de piñones!
Morcilla de cortesanos,
Y asada por esas manos
Hechas á cebar lechones.
El corazón me revienta
De placer: no sé de ti.
¿Cómo te va? yo por mí
Sospecho que estás contenta.
Alegre estoy, vive Dios:
Mas oye un punto sutil;
¿No pusiste allí un candil?
¿Cómo me parecen dos?
Pero son preguntas viles,
Ya sé lo que puede ser:
Con ese negro beber
Se acrecientan los candiles.
Probemos lo de pichel,
Alto licor celestial,
No es el aloquillo tal
Ni tiene que ver con él.
¡Qué suavidad! ¡qué clareza!
¡Qué rancio gusto y olor!
¡Qué paladar! ¡qué color!
Todo con tanta fineza.
Mas el queso sale á plaza,
La moradilla va entrando,
Y ambos vienen preguntando
Por el pichel y la taza.
Prueba el queso que es extremo,
El de Pinto no le iguala,

Pues la aceituna no es mala,
Bien puede bogar su remo.
Haz, pues, Inés, lo que sueles,
Daca de la bota llena
Seis tragos: hecha es la cena
Levántense los manteles.
Ya, Inés, que habemos cenado
Tan bien, y con tanto gusto,
Parece que será justo
Volver al cuento pasado.
Pues sabrás, Inés hermana,
Que el portugués cayó enfermo...
Las once dan, yo me duermo;
Quédese para mañana.

Régimen de vida

¿Deseáis, Señor Sarmiento,
Saber en estos mis años,
Sujetos á tantos daños,
Cómo me porto y sustento?
Yo os lo diré en brevedad,
Porque la historia es bien breve,
Y el daros gusto se os debe
Con toda puntualidad.
Salido el sol por Oriente,
De rayos acompañado,
Me dan un huevo pasado
Por agua, blando y caliente,
Con dos tragos del que suelo
Llamar yo néctar divino,
Y á quien otros llaman vino,
Porque nos vino del cielo.
Cuando el luminoso vaso
Toca en lo meridional,
Distando por un igual
Del Oriente y del Ocaso,
Me dan asada y cocida
De una gruesa y gentil ave,
Con tres veces del suave
Licor que alegra la vida.
Después que cayendo viene
A dar en el mar hesperio,
Desamparado el imperio
Que en este horizonte tiene,
Me suelen dar á comer
Tostadas en vino mulso,
Que el enflaquecido pulso
Restituyen á su sér.
Luego me cierran la puerta,
Y me entrego al dulce sueño;
Dormido, soy de otro dueño,
No sé de mí nueva cierta,
Hasta que habiendo sol nuevo
Me cuentan como he dormido,
Y así de nuevo les pido
Que me den néctar y huevo.
Ser vieja la casa es esto,
Veo que se va cayendo,
Voyle puntales poniendo,
Porque no caiga tan presto.
Mas todo es vano artificio;
Presto me dicen mis males,
Que han de faltar los puntales
Y allanarse el edificio.

ROMANCES SATÍRICOS Y JOCOSOS

Mis soledades

A mis soledades voy,
De mis soledades vengo,
Porque para andar conmigo
Me bastan mis pensamientos.
No sé que tiene el Aldea,
Donde vivo y donde muero,
Que con venir de mí mismo
No puedo venir más lejos.
Ni estoy bien, ni mal conmigo;
Mas dice mi entendimiento,
Que un hombre que todo es alma
Está cautivo en su cuerpo.
Entiendo lo que me basta,
Y solamente no entiendo
Como se sufre á sí mismo
Un ignorante soberbio.
De cuantas cosas me cansan,
Fácilmente me defiendo;
Pero no puedo guardarme
De los peligros de un necio.
Él dirá que yo lo soy,
Pero con falso argumento,
Que humildad y necedad
No caben en un sujeto.
La diferencia conozco
Porque en él y en mí contemplo,
Su locura en mi arrogancia,
Mi humildad en su desprecio.
O sabe naturaleza
Mas que supo en este tiempo;
O tantos que nacen sabios,
Es porque lo dicen ellos.
Solo sé que no sé nada,
Dijo un Filósofo, haciendo
La cuenta con su humildad,
Adonde lo más es menos.
No me precio de entendido,
De desdichado me precio,
Que los que no son dichosos,
¿Cómo pueden ser discretos?
No puede durar el mundo,
Porque dicen, y lo creo,
Que suena á vidrio quebrado
Y que ha de romperse presto.
Señales son del juicio
Ver que todos le perdemos,
Unos por carta de más,
Otros por carta de menos.
Dijeron, que antiguamente
Se fué la verdad al Cielo:
Tal la pusieron los hombres,
Que desde entonces no ha vuelto.
En dos edades vivimos
Los propios y los ajenos,
La de plata los extraños,
Y la de cobre los nuestros.
¿A quién no dará cuidado,
Si es español verdadero,
Ver los hombres á lo antiguo
Y el valor á lo moderno?
Dijo Dios, que comería
Su pan el hombre primero
Con el sudor de su cara
Por quebrar su mandamiento:
Y algunos inobedientes
A la vergüenza y al miedo,
Con las prendas de su honor
Han trocado los efectos.
Virtud y Filosofía
Peregrinan como ciegos:
El uno se lleva al otro,
Llorando van y pidiendo.

Dos polos tiene la tierra,
Universal movimiento,
La mejor vida el favor,
La mejor sangre el dinero.
Oigo tañer las campanas,
Y no me espanto, aunque puedo,
Que en lugar de tantas cruces
Haya tantos hombres muertos.
Mirando estoy los sepulcros,
Cuyos mármoles eternos
Están diciendo sin lengua
Que no lo fueron sus dueños.
¡O bien haya quien los hizo!
Porque solamente en ellos
De los poderosos grandes
Se vengaron los pequeños.
Fea pintan á la envidia:
Yo confieso que la tengo
De unos hombres que no saben
Quien vive pared en medio.
Sin libros y sin papeles,
Sin tratos, cuentas ni cuentos,
Cuando quieren escribir,
Piden prestado el tintero.
Sin ser pobres, ni ser ricos,
Tienen chimenea y huerto:
No los despiertan cuidados,
Ni pretensiones, ni pleitos.
Ni murmuraron del grande
Ni ofendieron al pequeño,
Nunca como yo firmaron
Parabién, ni Pascuas dieron.
Con esta envidia que digo,
Y lo que paso en silencio
A mis soledades voy, [GA).
De mis soledades vengo. (LOPE DE VE-

A mi musa

Cantemos, señora musa,
Pues no tenemos guitarra,
Al són de vuestro pandero,
Y al ruído de mis sonajas.
Entre lo malo del cuerpo
Salga lo bueno del alma;
Que es justo que sepa el mundo
Lo que por el mundo pasa.
Anden públicas pasiones,
Y déjense las privadas;
Que, aunque en general hablemos,
Todos entramos en danza.
Den todos en perseguirme,
Pues suficiente es la causa;
Pretendan unos por sobras,
Y otros pretendan por faltas.
¡Pobre del que estando ausente
Es terrero de pedradas,
Y sin poder defenderse
Todo llueve en sus espaldas!
Ruego al cielo que escapemos
Con salud de esta borrasca,
Que aunque salgamos á nado,
No habremos perdido nada.
Ya me olvidaba del mundo,
Si mi musa no llamara.
¡Oh qué gentil coronista
De verdades apuradas!
En tiempo del Cid Rui Diaz
Era el mundo de otra traza;
Aunque viejo, venerable,
Y más llano que la palma:
Entonces el rey don Sancho
Vestía un justo botarga,
Unas calzas de contray,
Y unos zapatos de vaca:
Ahora cualquier gabacho
Rompe seda y huella raja,
De un extremo en otro extremo
Botas justas, calzas anchas.

La conformidad entonces
Entre extraños era amada;
Mas ya entre padres é hijos
Hay África, Europa y Asia.
Los hermanos no lo son
En llegando á edad formada;
Ya los propinquos parientes
Como solían no empatan.
Todos lo malo conocen,
Y lo bueno no lo alcanzan;
Ya las mentiras se usan
Como valonas y calzas,
Y porque pasan tormenta,
Ya las verdades amainan;
Ya el trato llano se veda,
Y se establecen las trampas,
Como vínculo heredado
Y blasón que está en sus armas;
Ya en los hombres la malicia
Es como sangre heredada,
Y en todos estados cunde,
En fin, como grande mancha.
Ya se compra á peso de oro
Lo que nunca valió nada,
Y son doseles de seda
Los que antes eran de lana.
Los reinos de nuestros tiempos
Son Cícladas encantadas,
Pues hacen aquí los hombres
Lo que es imposible se haga.
¡Qué de torres locas vemos
Por esos vientos fundadas!
¡Qué de ciudadanos ricos
Porque domaron las aguas!
En verano y en invierno
¡Qué vemos de calabazas,
Cuyo peso es infinito,
Por ser infinito vanas!
¡Qué correr de vientos ya,
Que no vimos en el mapa,
Que en un único sujeto
Contrarios efectos causan!
¡Qué de virtudes se humillan!
¡Qué de vicios que se ensalzan!
¡Qué de necios que se estiman!
¡Qué de discretos se ultrajan!
¡Qué de amigos que se pierden!
¡Qué de enemigos se ganan!
¡Cuántos corren sin poder,
Y cuántos pudiendo paran!
¡Qué de habladores son mudos,
Y qué de mudos que hablan!
¡Qué de locos que se sueltan,
Y qué de cuerdos se atan!
¡Qué de medios que se buscan,
Y qué de medios que se hallan!
¡Qué de altos que se huellan!
¡Qué de bajos no se alzan!
¡Qué de cueros visten cueras!
¡Qué de sayos visten sayas!
¡Y qué de capas capotes!
¡Y qué de capotes capas!
¡Qué de mezclas que se venden,
Unas buenas y otras malas,
Y por ser pocas las buenas
Se venden las malas caras!
¡Qué de moneda que corre
Sin ser oro, cobre ó plata!
¡Qué de calvos hay con pelo!
¡Qué de pelones con calvas!
Encomendémoslo á Dios:
Señora musa, ya basta,
Que no faltará quien diga
Que estoy loco y vos borracha. (ANÓNIMO).

Origen humilde del papel

Una incrédula de años
De las que niegan el fué,
Y al limbo dan tragantonas
Callando el Matusalén;
De las que detrás del moño
Han procurado esconder,
Si no el agua del bautismo
Las edades de la fe;
Buscaba en los muladares
Los abuelos del papel,
(No quise decir andrajos
Porque no se afrente el leer).
Fué, pues, muy contemplativa
La vejezuela esta vez,
Y quedóse así elevada
En un trapajo de bien.
Tarazón de cuello era,
De los que solían ser
Más azules que los cielos,
Más entonados que juez.
Y bamboleando un diente,
Volatín de la vejez,
Dijo con la voz sin huesos,
Y remedando el sorber:
«Lo que era ayer estropajo
Que desechó la sartén,
Hoy, pliego, manda dos mundos
Y está amenazando tres.
Buen andrajo, cuando seas,
(Pues que todo puede ser)
O provisión ó decreto
O letra de ginovés;
Acuérdate que en tu busca
Con este palo soez
Te saqué de la basura
Para tornarte á nacer.»
En esto, haciendo cosquillas
Al muladar con el pie,
Llamada de la vislumbre,
Y asustado el interés,
Si es diamante, no es diamante,
Sacó envuelto en un cordel
Un casquillo de un espejo,
Perdido por hacer bien.
Miróse la viejecilla,
Prendiéndose un alfiler,
Y vió un orejón con tocas
Donde buscó un Aranjuez,
Dos cabos de ojos gastados
Con caducas por niñez,
Y á boca de noche un diente
Cerca ya de anochecer:
Más que cabellos arrugas
En su cáscara de nuez;
Pinzas por nariz y barba
Con que el hablar es morder.
Y arrojándole en el suelo
Dijo con rostro cruel:
«Bien supo lo que se hizo
Quien te echó donde te ves.»—
Señoras, si aquesto propio
Os llegare á suceder,
Arrojar la cara importa:
Que el espejo no hay por qué. (QUEVEDO).

La isla de Jauja

Desde el Sur al Norte frío
Desde el Oriente al Ocaso,
La fama con trompas de oro
Publique en acentos claros
El suceso más famoso,
Y el más prodigioso hallazgo

Que el dorado sol registra
Luz á luz y rayo á rayo.
Es el caso que un navío
Del general don Fernando,
Surcando del dios Neptuno
El más sazonado charco,
Ha descubierto una isla,
Cuyos rumbosos palacios,
O brillan con margaritas
O deslumbran con topacios:
Sus fachadas y paredes
Todas son de piedra mármol,
De marfiles espejosos,
Y cándidos alabastros;
Sus cuadras son aposentos,
Que están todos entoldados
De tela de plata y oro,
Y brocado de tres altos.
Bufetes de filigrana,
Escritorios de oro vario,
Baúles de pedrería,
Camas de cristal cuajado,
Sábanas de holanda prima,
Colchas de vistosos lazos,
Mantas de olorosas felpas,
Colchones de pluma blandos.
Llámase esta ciudad *Jauja*,
Isla deliciosa, y tanto,
Que allí ninguna persona
Puede aplicarse al trabajo,
Y al que trabaja le dan
Doscientos azotes agrios,
Y sin orejas le arrojan
De esta tierra desterrado.
Allí todo es pasatiempos,
Salud, contento y regalos.
Vívese allí comunmente
Lo menos trescientos años
Sin hacerse jamás viejos,
Y mueren de risa al cabo.
Las calles de esta ciudad
Hacen con curioso ornato
De ébanos y de marfiles
Curiosos encajonados;
Las murallas que las cercan,
Siendo de bronce dorado,
Tienen de cerco diez leguas
Y de ancho doscientos pasos.
Doce principales puertas,
Que están diamantes brillando,
Paso á la ciudad ofrecen;
Pero defienden el paso
Dos guardas en cada una,
Que hechos vigilantes Árgos
No dejan entrar adentro
Pesares, congojas, llantos.
Es tan rica esta ciudad,
Y es abastecida tanto,
Que si acierta á describirlo
Mi pluma, será un milagro.
Primeramente hay en ella,
A trechos proporcionados,
Treinta mil hornos, y todos
Tienen, sin costar un cuarto,
Con abundancia molletes,
Pan de aceite azucarado,
Bizcochos de mil maneras,
Chullas de tocino magro,
Empanadas excelentes
De pichones y gazapos,
De pollos y de conejos,
De faisanes y de pavos,
De lampreas, de salmones,
De atunes, truchas y barbos,
De sabogas y besugos,
Y de otros muchos pescados;
Pastelones de ternera,
Lechoncillos bien tostados,
Tostadas de varios dulces
Y de sazonados agrios;
Cazuelas de codornices,
De arroz, tórtolas y gansos

Y de otros pájaros bobos
Sabrosos y extraordinarios.
Hay un mar de vino griego,
Otro de San Martín, blanco,
Dos ríos de Malvasía,
De vino moscatel cuatro.
De hipocrases tres arroyos,
De limonada diez charcos,
De agua de limón y guindas,
Canela y anís, seis lagos;
De vinagre blanco y tinto
Diez balsas en breve espacio,
De aguardiente treinta pozos,
Los más de ellos anisados;
De agua dulce, clara y fresca,
Doce mil fuentes, que es pasmo
Lo artificioso de todas,
Lo primoroso y lo vario;
De queso una gran montaña,
De mantecadas un campo,
De manjar blanco una dehesa
Y de cuajada un barranco;
Un valle de mermeladas,
De mazapanes dos llanos,
De canalones dos montes,
Y de acitrón dos collados.
Hay de miel un largo río,
Guarnecido y margenado
De arboledas, cuyos frutos
Son pellas de manjar blanco;
Hay hojaldres muy sabrosos,
Buñuelos almibarados,
Mantequillas, requesones
Y pepinos confitados.
Hay treinta acequias de aceite,
Y un dilatado peñasco,
La mitad de queso fresco,
Y la otra mitad salado.
Hay diez y siete lagunas
Continuamente manando;
Aceitunas como huevos,
Y alcaparrones tamaños;
Hay de leche un ancho río,
En muchas partes helado,
Otro de natas y azúcar,
A los golosos brindando.
Hay una hermosa arboleda,
Que tiene por todo el año
Peras, membrillos, camuesas,
Melocotones, duraznos,
Manzanas, granadas, higos,
Todo bueno y sazonado.
Hay campos que dan melones
Ya blancos, ya colorados,
Ya chinos, ya moscateles,
Ya escritos, ó ya borrados.
Hay un espacioso bosque
Adonde nacen caballos
Andantes y corredores,
Ensillados y enfrenados,
Potros, yeguas, mulas, vacas,
Carneros, cabritos, gamos,
Corzos, cabras y terneras,
Jabalíes y venados.
Hay un millón de carrozas,
De coches un *mare magnum:*
De centeno y trigo montes,
De paja y cebada barrios.
Hay ciento y cincuenta cuevas
Que ninguna tiene amo,
Llenas de paño de Londres,
De sedas y de brocados,
Tafetanes y tapices,
Espolines y damascos,
Toda variedad de sedas,
De lanas y de brocados.
Para las señoras damas
Hay también vestidos varios,
Muy llenos de plata y perlas,
Y de diamantes bordados,
Sin que falte cosa alguna
Que sea para su ornato;

Y todo lo dicho cuesta
Sólo llegar y tomarlo.
Hay una hermosa alameda,
De cuyos copiosos ramos
Penden diversos vestidos,
A cada cual ajustados.
Ropillas, guantes, coletos,
Sombreros, medias, zapatos,
Camisas, valonas, vueltas,
Calzones, ligas y lazos.
Hay cuatrocientas iglesias,
Ermitas y santuarios,
Todas de plata maciza,
Y oro fino fabricados.
La riqueza y ornamentos
De esculturas y retablos,
Considérelo el prudente
Mientras lo envidia el avaro.
De nieve una gran montaña,
De virtud prodigio raro,
Que calienta en el invierno
Y refresca en el verano.
Hay en cada casa un huerto
De oro y plata fabricado,
Que es prodigio lo que abunda
De riquezas y regalos.
A las cuatro esquinas de él
Hay cuatro cipreses altos:
El primero da perdices,
El segundo gallipavos,
El tercero cría conejos,
Y capones cría el cuarto.
Al pie de cada ciprés
Hay un estanque cuajado,
Cuál de doblones de á ocho,
Cuál de doblones de á cuatro.
Ánimo pues, caballeros,
Ánimo, pobres hidalgos;
Miserables, buenas nuevas;
Albricias, todo cuitado;
Que el que quisiere partirse
A ver este nuevo pasmo,
Diez navíos salen juntos
De la Coruña este año. (ANÓNIMO).

Julepe entre un gitano y un jaque

Dijo un jaque de Jerez
Con su faja y traje majo:
«Yo al más guapo el juego atajo
Que soy jaque de Ajedrez.»
Un gitano que el jaez
Aflojaba á un jaco cojo,
Cogiendo, lleno de enojo,
De esquilar la tijereta,
Dijo al jaque: «Por la jeta
Te la encajo si te cojo.»
—«Nadie me moja la oreja»
Dijo el jaque, y arrempuja;
El gitano también puja,
Y uno aguija y otro ceja.
En jarana tan pareja
El jaco cojo se encaja,
Y tales coces baraja,
Que, al empuje del zancajo,
Hizo entrar sin gran trabajo
A gitano y jaque en caja. (ARRIAZA. [1]).

(1) Pidió en cierta ocasión Fernando VII al autor unos versos de difícil pronunciación, para que en su presencia los recitase el italiano conde de Giraldelli. En vano se resistió Arriaza: el rey quería poner en apuro al Conde; obedeció el poeta, y compuso estos versos en diez minutos.

DEL POEMA DE LA PINTURA

POR

D. PABLO DE CÉSPEDES

Caducidad de las cosas humanas: poder de las artes para inmortalizar al hombre

Los soberbios alcázares alzados
En los latinos montes hasta el cielo,
Anfiteatros y arcos levantados
De poderosa mano y noble celo,
Por tierra desparcidos y asolados,
Son polvo ya, que cubre el yermo suelo:
De su grandeza apenas la memoria
Vive, y el nombre de pasada gloria.

De Príamo infelice solo un día
Deshizo el reino tan temido y fuerte:
Crece la inculta yerba do crecía
La gran ciudad, gobierno y alta suerte;
Viene espantosa con igual porfía
A los hombres y mármoles la muerte:
Llega el fin postrimero, y el olvido
Cubre en oscuro seno cuanto ha sido.

Humo envuelto en las nieblas, sombra vana
Somos, que aun no bien vista desparece:
Breve suma de números que allana
La parca, cuando multiplica y crece:
Tirana suerte en condición humana
Que con nuestros despojos enriquece;
Deuda cierta nacemos y tributo
Al gran tesoro del hambriento Pluto.

Todo se anega en el Estigio lago:
Oro esquivo, nobleza, ilustres hechos:
El ancho imperio de la gran Cartago
Tuvo su fin con los soberbios techos:
Sus fuertes muros de espantoso estrago
Sepultados encierra en sí, y deshechos
El espacioso puerto donde suena
Ahora el mar en la desierta arena.

Espantoso su nombre fué, espantoso
El hierro agudo á la ciudad de Marte:
Ella lo sabe, y Trasimeno undoso,
Que en sangre hirvió de parte á parte:
Caverna ahora del león velloso,
Do áspid sorda y serasta se reparte
A do no humano acento, mas bramidos
De fieras resonantes son oídos.

Vos sentisteis también menos amigos,
Los tristes hados con discurso extraño,
No tanto por los golpes enemigos,
Mas por vuestro valor último daño.
¡Oh Numancia! ¡oh Sagunto! que testigos
Ahora sois de humano desengaño:
Caisteis, mas quitó vuestra venganza
Al vencedor la palma y la esperanza.

¡Qué, si el tiempo y la edad hambrienta
Las peñas enriscadas y subidas,
El fiero diente y su crueza ceba
De piedras arrancadas y esparcidas!
Las altas torres con extraña prueba
Al tiempo rinden las eternas vidas:
Hiéndese y abre el duro lado en tanto
El mármol liso, el simulacro santo.

Del gran Señor la omnipotente mano,
Que las ruedas formó del ancho mundo,
Y cuanto adorna el pavimiento humano,
Y el mar, y cuanto esconda en el profundo;
¿No vemos que refrena ó va á la mano
De la natura al gran poder segundo,

Pues todo cuanto á luz sacar le place
Acaba, y con morir su curso hace?
¿Cuántas obras la tierra avara esconde,
Que ya ceniza y polvo las contemplo?
¿Dónde el bronce labrado y oro? ¿Y dónde
Atrios y gradas del asirio templo,
Al cual de otro gran rey nunca responde
De alta memoria peregrino ejemplo?
Solo el tesoro que el ingenio adquiere
Se libra del morir, ó se difiere.
No creo que otro fuese el sacro río,
Que al vencedor Aquíles y ligero
Le hizo el cuerpo con fatal rocío
Impenetrable al homicida acero,
Que aquella trompa y sonoroso brío
Del claro verso del eterno Homero,
Que viviendo en la boca de la gente
Ataja de los siglos la corriente.
Como se opuso con igual aliento
El verso grande de Marón divino,
Cuando con paso audaz de ilustre intento
De la aurea eternidad halló el camino:
Puso en el trono del purpúreo asiento
La noble tinta del poeta Andino
Al magnánimo Enéas, no el inico
Pasaje, y la creciente de Numico.

Pintura del caballo

Que parezca en el aire y movimiento
La generosa raza do ha venido:
Salga con altivez y atrevimiento,
Vivo en la vista, en la cerviz erguido:
Estribe firme el brazo en duro asiento
Con el pie resonante y atrevido,
Animoso, insolente, libre, ufano,
Sin temer el horror de estruendo vano.
Brioso el alto cuello y enarcado
Con la cabeza descarnada y viva:
Llenas las cuencas: ancho y dilatado
El bello espacio de la frente altiva:
Breve el vientre rollizo, no pesado,
Ni caído de lados, y que aviva
Los ojos eminentes: las orejas
Altas, sin derramarlas y parejas.
Bulla hinchado el fervoroso pecho
Con los músculos fuertes y carnosos:
Hondo el canal, dividirá derecho
Los gruesos cuartos limpios y hermosos.
Llena el anca y crecida, largo el trecho
De la cola y cabellos desdeñosos:
Ancho el grueso del brazo y descarnado:
El casco negro, liso y acopado.
Parezca que desdeña ser postrero,
Si acaso caminando, ignota puente
Se le opone al encuentro; y delantero
Preceda á todo el escuadrón siguiente:
Seguro, osado, denodado y fiero,
No dude de arrojarse á la corriente
Rauda, que con las ondas retorcidas
Resuena en las riberas combatidas.
Si de lejos el arma dió el aliento
Ronco la trompa militar de Marte,
De repente estremece un movimiento
Los miembros, sin parar en una parte:
Crece el resuello, y recogido el viento
Por la abierta nariz, ardiendo, parte:
Arroja por el cuello levantado
El cerdoso cabello al diestro lado.
Tal las sueltas madejas extendidas
De la fiera cerviz con fiero asalto,
Cuando con los relinchos encendidas
El aire y blanca nieve á Pelio alto,
Las matas más cerradas esparcidas
Al vago viento igual de salto en salto,
En el encuentro de su ninfa bella,
Saturno volador delante della:
Tal el gallardo Cílaro iba en suma,
Y los de Marte atroz iban, y tales,

Fuego espiraba la albicante espuma
De los sangrientos frenos y bozales:
Tal con el tremolar de libia pluma
Volaban por los campos desiguales
Con ánimos y pechos varoniles
Los del carro feroz del grande Aquíles.

ANDRÉS FERNÁNDEZ DE ANDRADE

Epístola moral (1)

Fabio, las esperanzas cortesanas
Prisiones son do el ambicioso muere,
Y donde al más astuto nacen canas.
El que no las limare ó las rompiere,
Ni el nombre de varón ha merecido,
Ni subir al honor que pretendiere.
El ánimo plebeyo y abatido
Elija en sus intentos temeroso,
Primero estar suspenso que caído:
Que el corazón entero y generoso
Al caso adverso inclinará la frente,
Antes que la rodilla al poderoso.
Más triunfos, más coronas dió al prudente,
Que supo retirarse la fortuna,
Que al que esperó obstinada y locamente.
Esta invasión terrible é importuna
De contrarios sucesos nos espera
Desde el primer sollozo de la cuna.
Dejémosla pasar, como á la fiera
Corriente del gran Betis, cuando airado
Dilata hasta los montes su ribera.
Aquél entre los héroes es contado
Que el premio mereció, no quien le alcanza
Por vanas consecuencias del Estado.
Peculio propio es ya de la privanza,
Cuanto de Astrea fué, cuanto regía
Con su temida espada y su balanza.
El oro, la maldad, la tiranía
Del inícuo procede, y pasa al bueno:
¿Qué espera la virtud, ó en qué confía?
Ven y reposa en el materno seno
De la antigua Romúlea, cuyo clima
Te será más humano y más sereno.
A donde por lo menos, cuando oprima
Nuestro cuerpo la tierra, dirá alguno:
«Blanda le sea» al derramarla encima:
Donde no dejarás la mesa ayuno
Cuando te falte en ella el pece raro,
O cuando su pavón nos niegue Juno.
Busca, pues, el sosiego dulce y caro,
Como en la oscura noche del Egeo
Busca el piloto el eminente faro:
Que si acortas y ciñes tu deseo,
Dirás: «lo que desprecio he conseguido,
Que la opinión vulgar es devaneo.»
Más precia el ruiseñor su pobre nido,
De pluma y leves pajas, más sus quejas,
En el bosque repuesto y escondido,
Que agradar lisonjero las orejas
De algún príncipe insigne, aprisionado
En el metal de las doradas rejas.
¡Triste de aquel que vive destinado
A esa antigua colonia de los vicios,
Augur de los semblantes del privado!
Cese el ansia y la sed de los oficios;
Que acepta el dón, y burla del intento

(1) D. Adolfo de Castro ha probado recientemente que la *Epístola* moral que se creía de Rioja, es del capitán Andrés Fernández de Andrade, quien la dirigió á D. Alonso Tello de Guzmán corregidor que había sido en Méjico, y pretendiente entonces en Madrid.

El ídolo á quien haces sacrificios.
Iguala con la vida el pensamiento,
Y no le pasarás de hoy á mañana,
Ni quizá de un momento á otro momento.
Casi no tienes ni una sombra vana
De nuestra antigua Itálica: ¿y esperas?
¡Oh error perpetuo de la suerte humana!
Las enseñas grecianas, las banderas
Del senado, y romana monarquía
Murieron, y pasaron sus carreras, [día
¿Qué es nuestra vida más que un breve
Do apena sale el sol, cuando se pierde
En las tinieblas de la noche fría? [verde,
¿Qué es más que el heno, á la mañana
Seco á la tarde? ¡Oh ciego desvarío!
¿Será que de este sueño me recuerde?
¿Será que pueda ver que me desvío
De la vida viviendo, y que está unída
La cauta muerte al simple vivir mío?
Como los ríos en veloz corrida
Se llevan á la mar, tal soy llevado
Al último suspiro de mi vida.
De la pasada edad ¿qué me ha quedado?
¿O qué tengo yo, á dicha, en la que espero,
Sin ninguna noticia de mi hado?
¡Oh si acabase, viendo como muero,
De aprender á morir, antes que llegue
Aquel forzoso término postrero!
¡Antes que aquesta mies inútil siegue
De la severa muerte dura mano,
Y á la común materia se la entregue!
Pasáronse las flores del verano,
El otoño pasó con sus racimos,
Pasó el invierno con sus nieves cano:
Las hojas que en las altas selvas vimos,
Cayeron: ¡y nosotros á porfía
En nuestro engaño inmóviles vivimos!
Temamos al Señor que nos envía
Las espigas del año y la hartura,
Y la temprana pluvia y la tardía.
No imitemos la tierra siempre dura
A las aguas del cielo y al arado,
Ni la vid cuyo fruto no madura.
¿Piensas acaso tú que fué criado
El varón para el rayo de la guerra,
Para surcar el piélago salado,
Para medir el orbe de la tierra,
Y el cerco por do el sol siempre camina?
¡Oh, quien así lo entiende, cuánto yerra!
Esta nuestra porción, alta y divina,
A mayores acciones es llamada,
Y en más nobles objetos se termina.
Así aquella, que al hombre solo es dada,
Sacra razón y pura me despierta,
De esplendor y de rayos coronada;
Y en la fría región dura y desierta
De aqueste pecho enciende nueva llama,
Y la luz vuelve á arder que estaba muerta.
Quiero, Fabio, seguir á quien me llama,
Y callado pasar entre la gente,
Que no afecto los nombres ni la fama.
El soberbio tirano del Oriente,
Que maciza las torres de cien codos
Del cándido metal, puro y luciente,
Apenas puede ya comprar los modos
De pecar; la virtud es más barata,
Ella consigo misma ruega á todos.
Pobre de aquel que corre y se dilata
Por cuantos son los climas y los mares,
Perseguidor del oro y de la plata.
Un ángulo me basta entre mis lares,
Un libro y un amigo, un sueño breve
Que no perturben deudas ni pesares.
Esto tan solamente es cuanto debe
Naturaleza al parco y al discreto,
Y algún manjar común, honesto y leve.
No, porque así te escribo, hagas conceto
Que pongo la virtud en ejercicio:
Que aun esto fué difícil á Epiteto.
Basta que empiece á aborrecer el vicio,
Y el ánimo á enseñar á ser modesto,
Después le será el cielo más propicio.

Despreciar el deleite no es supuesto
De sólida virtud, que aun el vicioso
En sí propio le nota de molesto.
Mas no podrás negarme cuán forzoso
Este camino sea al alto asiento,
Morada de la paz y del reposo.
No sazona la fruta en un momento
Aquella inteligencia, que mensura
La duración de todo á su talento:
Flor la vimos primero hermosa y pura,
Luego materia acerba y desabrida,
Y perfecta después, dulce y madura.
Tal la humana prudencia es bien que mi-
Y dispense y comparta las acciones
Que han de ser compañeras de la vida.
No quiera Dios que imite estos varones
Que moran nuestras plazas macilentos,
De la virtud infames histriones:
Esos inmundos trágicos, atentos
Al aplauso común, cuyas entrañas
Son infaustos y oscuros monumentos.
¡Qué callada que pasa las montañas
El aura respirando mansamente!
¡Qué gárrula y sonante por las cañas!
¡Qué muda la virtud por el prudente!
¡Qué redundante y llena de ruído
Por el vano, ambicioso y aparente!
Quiero imitar al pueblo en el vestido,
En las costumbres sólo á los mejores,
Sin presumir de roto y mal ceñido.
No resplandezca el oro y los colores
En nuestro traje, ni tampoco sea
Igual al de los dóricos cantores.
Una mediana vida yo posea,
Un estilo común y moderado,
Que no lo note nadie que lo vea.
En el plebeyo barro mal tostado
Hubo ya quien bebió tan ambicioso
Como en el vaso múrico preciado:
Y alguno tan ilustre y generoso
Que usó, como si fuera plata neta,
Del cristal transparente y luminoso.
¿Sin la templanza viste tú perfeta
Alguna cosa? ¡Oh muerte, ven callada
Como sueles venir en la saeta!
No en la tonante máquina preñada
De fuego y de rumor; que no es mi puerta
De doblados metales fabricada.
Así, Fabio, me muestra descubierta
Su esencia la virtud, y mi albedrío
Con ella se compone y se concierta.
No te burles de ver cuánto confío,
Ni al arte de decir vana y pomposa
El ardor atribuyas de este brío.
¿Es por ventura menos poderosa
Que el vicio la virtud? ¿Es menos fuerte?
No la arguyas de flaca y temerosa.
La codicia en las manos de la suerte
Se arroja al mar: la ira á las espadas,
Y la ambición se ríe de la muerte:
¿Y no serán siquiera tan osadas
Las opuestas acciones, si las miro
De más ilustres genios ayudadas?
Ya, dulce amigo, huyo y me retiro
De cuanto simple amé: rompí los lazos:
Ven y verás al alto fin que aspiro,
Antes que el tiempo muera en nuestros bra-

JORGE PITILLAS

SÁTIRA

Contra los malos escritores

No más, no más callar, ya es imposible:
Allá voy, no me tengan, fuera digo,
Que se desata mi maldita horrible.
No censures mi intento, ó Lelio amigo,
Pues sabes cuánto tiempo he contrastado
El fatal movimiento que ahora sigo.
Ya toda mi cordura se ha acabado,
Ya llegó la paciencia al postrer punto,
Y la atacada mina se ha volado.
Protesto que, pues hablo en el asunto,
Ha de ir lo de antaño y lo de hogaño,
Y he de echar el repollo todo junto.
Las piedras que mil días ha que apaño
He de tirar sin miedo, aunque con tiento,
Por vengar el común y el propio daño.
Baste ya de un indigno sufrimiento,
Que reprimió con débiles reparos
La justa saña del conocimiento.
He de seguir la senda de los raros:
Que mendigar sufragios de la plebe,
Acarrea perjuicios harto caros.
Y ya que otro no chista ni se mueve,
Quiero yo ser satírico Quijote
Contra todo escritor follón y aleve.
Guerra declaro á todo monigote;
Y pues sobran justísimos pretextos,
Palo habrá de los pies hasta el cogote.
No me amedrentes, Lelio, con tus gestos
Que ya he advertido, que el callar á todo
Es confundirse tontos y modestos.
En vano intentas con severo modo
Serenar el furor que me arrebata,
Ni á tus pánicos miedos me acomodo.
¿Quieres que aguante más la turba ingrata
De tanto necio, idiota y presumido,
Que vende el plomo por preciosa plata?
¿Siempre he de oir no más? ¿no permitido
Me ha de ser el causarles un mal rato,
Por los muchos peores que he sufrido?
También yo soy al uso literato,
Y sé decir *Rhomboides*, *Turbillones*,
Y blasfemar del viejo *Peripato*.
Bien sabes que imprimí unas conclusiones
Y en el famoso teatro argüí recio,
Fiando mi razón de mis pulmones.
Sabes con cuánto afán busco y aprecio
Un libro de impresión Elzeviriana,
Y le compro, aunque ayune, á todo precio.
También el árbol quise hacer de Diana;
Mas faltóme la plata del conjuro,
Aunque tenía vaso, nitro y gana.
Voy á la biblioteca: allí procuro
Pedir libros, que tengan mucho tomo,
Con otros chicos de lenguaje oscuro.
Apunto en el papel que pesa el plomo,
Que Dioscórides fué grande herbolario,
Según refiere Wandenlarchk el Romo.
Y allego de noticias un armario,
Que pudieran muy bien según su casta
Aumentar el *Mercurio literario*.
Hablo francés aquello que me basta
Para que no me entiendan, ni yo entienda,
Y á fermentar la castellana pasta.
Y aun por eso me *choca* la leyenda,
En que no *arriba* hallarse un *apanaje*
Bien entendido que al discreto ofenda.
Batir en ruina es célebre *pasaje*
Para adornar una española *pieza*,

Aunque Galván no entienda tal potaje.
¿Qué es esto, Lelio? ¿Mueves la cabeza?
¿Que no me crees dices? ¿Que yo mismo
Aborrezco tan bárbara simpleza?
Tienes, Lelio, razón: de este idiotismo
Abomino el ridículo ejercicio
Y huyo con gran cuidado de su abismo.
La práctica de tanto error y vicio
Es empero (según te la he pintado)
De un moderno escritor sabido oficio.
Hácele la ignorancia más osado,
Y basta que no sepa alguna cosa,
Para escribir sobre ella un gran tratado.
Y si acaso otra pluma más dichosa
En docto escrito deleitando instruye,
Se le exalta la bilis envidiosa;
Y en fornido volumen, que construye
Empuñando por pluma un varapalo
Le acribilla, le abrasa, le destruye.
Ultrajes y dicterios son regalo
De que abundan tan torpes criaturas,
Siendo cada palabra un fuerte palo.
En todo lo demás camina á oscuras,
Y el asunto le olvida ó le defiende
Con simplezas é infieles imposturas.
Su ciencia sólo estriba en lo que ofende;
Y como él diga desvergüenzas muchas,
La razón ni la busca ni la entiende.
A veces se prescinde de estas luchas,
Y hace toda la costa el propio Marte, [chas.
En que hay plumas también que son muy du-
No menor ignorancia se reparte
En estas infelices producciones,
De que Dios nos defienda y nos aparte.
Fíjanse en las esquinas cartelones
Que al poste más macizo y berroqueño
Le levantan ampollas y chichones.
Un título pomposo y halagüeño,
Impreso en un papel azafranado
Da del libro magnífico diseño.
Atiza la gaceta por su lado;
Y es gran gusto comprar por pocos reales
Un librejo amarillo y jaspeado...
Toda dedicatoria es clausulones
Y voces de pie y medio, que al Mecenas
Le dan, en vez de incienso, coscorrones.
Todo prólogo entona cantilenas,
En que el autor se dice gran supuesto,
Y bachiller por Lugo ó por Atenas.
No menos arrogante é inmodesto
Pondera su proyecto abominable,
Y ofrece de otras obras dar un cesto.
Yo lo fío, copiante perdurable,
Que de ajenos andrajos mal zurzidos
Formas un libro ingerto en porra ó sable....
El estilo y la frase inculta y fea
Ocupa la primera y postrer llana,
Que leo enteras sin saber qué lea.
No halla la inteligencia siempre vana
Sentido en que emplearse, y en las voces
Derelinques la frase castellana.
¿Porqué nos das tormentos tan atroces?
Habla, bribón, con menos retornelos,
A paso llano y sin vocales coces.
Habla como han hablado tus abuelos,
Sin hacer profesión de boquilobo,
Y en tono que te entienda Ciempozuelos.
Perdona, Lelio, el descortés arrobo:
Que en llegando á este punto no soy mío,
Y estoy con tales cosas hecho un bobo.
Déjame lamentar el desvarío
De que nuestra gran lengua esté abatida,
Siendo de la elocuencia el mayor río.
Es general locura tan crecida,
Y casi todos hablan cual pudiera
Velloso Geta, ó rústico Numida.
¡Y á éstos respeta el Tajo! ¡A éstos venera
Manzanares y humilde los adora!
¡Oh ley del barbarismo agria y severa!
Preguntarásme acaso, Lelio, ahora
Cuáles son los implícitos escribas,
Contra quienes mi pluma se acalora.

Yo te daré noticias positivas,
Cuando hable *nominatim* de estos payos,
Y les ponga el pellejo como cribas.
Más claro que cincuenta papagayos
Dirá su nombre mi furioso pico,
Sin rodeos, melindres ni soslayos.
¿La frente arrugas? ¿tuerces el hocico?
¿Al *nominatim* haces arrumacos?
Óyeme dos palabras te suplico.
Yo no he de llamar á estos bellacos
Palabra alguna que la ley detesta,
Ni diré que son Sátiros ó Bacos.
Sólo diré que su ignorante testa,
Animada de torpe y brutal mente,
Al mundo racional le es muy infesta.
Tontos los llamaré tan solamente,
Y que sus libros á una vil cocina
Merecen ser llevados prestamente,
A que Dominga rústica y mohina
Haga de ellos capaces cucuruchos
A la pimienta y á la especie fina.
De este modo han escrito otros más du- [chos
Satírica de grados y corona,
De que da la leyenda ejemplos muchos.
En sus versos Lucilio no perdona
Al cónsul, al plebeyo, al caballero,
Y hace patente el vicio y la persona.
Ni Lelio adusto, ni Escipión severo
Del poeta se ofenden, aunque maje
A Metelo y á Lupo en su mortero.
Cualquiera sabe bien, aunque sea paje,
Que Horacio con su pelo y con su lana
Satiriza el pazguato y el bardaje.
Y entre otros á quien zurra la badana
Por defectos y causas diferentes,
Con Casio el escritor no anduvo rana.
Pues montas, si furioso hincó los dientes
Al culto Alpino, aquél que en sus cantares,
Degollaba Memnones inocentes:
El que pintaba al Rhin los aladares
En versos tan malditos y endiablados
Como pudiera el mismo *Cañizares*.
Persio á todo un Nerón tiró bocados,
Y sus conceptos saca á la vergüenza
A ser escarnecidos y afrentados.
Juvenal su labor así comienza,
Y á Codro el escritor nombra y censura,
Sin que se tenga á mucha desvergüenza.
No sólo la Teseida le es muy dura;
A Télefo y á Oreste espiritado
También á puros golpes los madura.
Con esto á sus autores hunde un lado
Si á Cluvieno le quiebra una costilla,
Y una pierna á Matón el abogado.
Con libertad, en fin, pura y sencilla
Observa toda su obra el mismo estilo,
Nombrando á cuantos lee la cartilla.
Y por si temes que me falte asilo
En ejemplo de autor propio y casero,
Uno he de dar que te levante en vilo.
Cervantes, el divino viajero,
El que se fué al parnaso piano piano
A cerner escritores con su arnero,
Si el gran Mercurio no le va á la mano,
Echa á Lofraso de la nave al ponto
Por escritor soez y chabacano...
Cesen ya, Lelio, pues, tus displicencias,
Y á vista de tan nobles ejemplares,
Ten los recelos por impertinencias.
Y excusemos de dares y tomares,
Que el hablar claro siempre fué mi maña,
Y me como tras ello los pulgares.
Conozco que el fingir me aflige y daña;
Y así á lo blanco siempre llamé blanco,
Y á *Mañer* le llamé siempre alimaña.
No por eso mi genio liso y franco
Se empleará tan sólo en la censura
Del escritor que cree cojo ó manco.
Con igual gusto, con igual lisura
Dará elogios humilde y respetuoso
Al que goza en el mundo digna altura;
Que no soy tan mohino y escabroso,

Que me oponga al honor, crédito y lustre
De autor que es benemérito y famoso. [tre!
  Pero ¡oh cuán corto que es el bando ilus-
¡Cuán pocos los que el justo Jove ama,
Y en quien mi justa crítica se frustre!
  Ya ves que impetuosa se derrama
La turba multa de escritores memos
Que escriben á la hambre, no á la fama. [mos
  Y así no extrañes, no, que en mis extre-
Me muestre más sañudo que apacible,
Pues me fuerza el estado en que nos vemos.
  La vista de un mal libro me es terrible;
Y en mi mano no está que en este caso
Me deje dominar de la irascible.
  Días ha que con ceño nada escaso
Hubiera desahogado el entresijo
De las fatigas tétricas que paso,
  Si tú en tus cobardías siempre fijo
No hubieras conseguido reportarme;
Pero ya se fué, amigo, quien lo dijo.
  De aquí adelante pienso desquitarme,
Tengo de hablar y caiga el que cayere;
Y en vano es detenerme y predicarme.
  Y si acaso tú ó otro me dijere,
Que soy semipagano, y corta pala,
Y que este empeño más persona quiere;
  Sabe, Lelio, que en esta cata y cala
La furia que me impele y que me ciega,
Es la que el desempeño más señala; [ga
  Que aunque es mi musa principiante y le-
Para escribir contra hombres tan perversos,
Si la naturaleza me lo niega,
La misma indignación me hará hacer versos.

LEANDRO FERNÁNDEZ MORATÍN

EPÍSTOLA SATÍRICA

El filosofastro

  Ayer don Ermeguncio, aquel pedante
Locuaz, declamador, á verme vino
En punto de las diez. Si de él te acuerdas,
Sabrás que no tan solo es importuno,
Presumido, embrollón; sino que á tantas
Gracias añade la de ser goloso,
Más que el perro de Filis. No te puedo
Decir con cuantas indirectas frases,
Y tropos elegantes y floridos,
Me pidió de almorzar. Cedí al encanto
De su elocuencia, y vieras conducida
Del rústico gallego que me sirve,
Ancha bandeja con tazón chinesco
Rebosando de hirviente chocolate;
(Ración cumplida para tres Doctores
De Salamanca) y en cristal luciente,
Agua que serenó barro de Andújar:
Tierno y sabroso pan, mucha abundancia
De leves tortas y bizcochos duros,
Que toda absorben la porción suave
De Soconusco, y su dureza pierden.
No con tanto placer el lobo hambriento
Mira la enferma res, que en solitario
Bosque perdió el pastor; como el ayuno
Huésped, el don que le presento opimo.
  Antes de comenzar el gran destrozo,
Altos elogios hizo del fragante
Aroma que la taza despedía,
Del esponjoso pan, de los dorados
Bollos, del plato, del mantel, del agua;
Y empieza á devorar. Mas no presumas
Que por eso calló; diserta y come,

Engulle y grita, fatigando á un tiempo
Estómago y pulmón. ¡Qué cosas dijo!
¡Cuánta doctrina acumuló, citando,
Vengan al caso ó no, godos y etruscos!
Al fin, en ronca voz;—¡Oh! edad nefanda,
Vicios abominables! ¡Oh costumbres!
¡Oh corrupción! exclama; y de camino
Dos tortas se tragó.—¡Que á tanto llegue
Nuestra depravación, y un placer solo
Tantos afanes y dolor produzca
A la oprimida humanidad! Por este
Sorbo llenamos de miseria y luto
La América infeliz, por él Europa,
La culta Europa, en el oriente usurpa
Vastas regiones; porque puso en ellas
Naturaleza el cinamomo ardiente:
Y para que más grato el gusto adule
Este licor, en duros eslabones
Hace gemir al atezado pueblo,
Que en África compró, simple y desnudo.
¡Oh! ¡qué abominación!—Dijo, y llorando
Lágrimas de dolor, se echó de un golpe
Cuanto en el hondo cangilón quedaba.
Claudio, si tú no lloras, pues la risa
Llanto causa también, de mármol eres:
Que es mucha erudición, celo muy puro,
Mucho prurito de censura estoica
El de mi huésped; y este celo, y esta
Comezón docta, es general locura
Del filosofador siglo presente.
Más difíciles somos y atrevidos
Que nuestros padres, más innovadores,
Pero mejores nó. Mucha doctrina,
Poca virtud. No hay picarón tramposo,
Venal, entremetido, disoluto,
Infame delator, amigo falso,
Que ya no ejerza autoridad censoria
En la Puerta del Sol, y allí gobierne
Los Estados del mundo: las costumbres,
Los ritos y las leyes mude y quite.
Próculo, que se viste, y calza, y come
De calumniar y de mentir, publica
Centones de moral. Névio, que puso
Pleito á su madre y la encerró por loca,
Dice que ya la autoridad paterna
Ni apoyos tiene ni vigor, y nace
La corrupción de aquí. Zenón, que trata
De no pagar á su pupila el dote,
Habiéndola comido el patrimonio
Que en su mano rapaz la ley le entrega,
Dice que no hay justicia, y se conduele
De que la probidad es nombre vano.....
..... Camilo apunta
Cien onzas, mil, á la mayor de espadas,
En ilustres garitos disipando
La sangre de sus pueblos infelices;
Y habla de patriotismo..... Claudio, todos
Predican ya virtud como el hambriento
D. Ermeguncio cuando sorbe y llora.....
Dichoso aquel que la practica y calla.

D. FRANCISCO MARTÍNEZ DE LA ROSA

ARTE POETICA

Canto I. —De las reglas generales de composición

Si el noble anhelo de la eterna fama
Que nuestros patrios vates merecieron
Vuestros fogosos ánimos inflama,
No os arrojéis, oh jóvenes hispanos,
Con temerario afán á la árdua empresa:
Ni con incierto paso
Holléis á ciegas la escabrosa vía
Que á la cumbre conduce del Parnaso.

Temed antes, temblad: una es la senda,
Los precipicios mil; quien en sí propio,
Del arte los preceptos desdeñando,
Vanamente confía,
Cual Ícaro tal vez remonta el vuelo;
Mas deshechas las alas mal seguras,
Despéñase con mengua al hondo suelo.
Si igual hado teméis, consultad antes
Cien veces y otras cien las propias fuerzas;
Y ved si grato el cielo
Os otorgó la ardiente *fantasía*,
El *genio* creador, digno tan sólo
Del sacro lauro del divino Apolo.
Con tan sublime don favorecidos,
No dudéis aspirar en vuestros cantos
Al digno galardón: *natura bella*
Os mostrará las gracias, los encantos
A los ciegos profanos escondidos;
Y alzando el sacro velo,
Ofrecerá benigna á vuestros ojos
El propio, el solo, el único *modelo*.
Su fiel *imitación* continuo sea
Vuestro estudio y solaz, sin que del arte
El duro anhelo ni el afán se vea:
Desdeñando sacar una vil copia
Con baja esclavitud, libre campea
El *genio* creador: compara, elige,
Forma de mil objetos una idea;
Y ornando á su placer su propia hechura,
Emulo de natura,
La iguala, la corrige, la hermosea.
Así diestro pintor no copia á Silvia,
La hija más bella de su patrio suelo,
Al retratar la hermosa Citerea;
De una y otra beldad forma en su mente
De la alma diosa el *ideal modelo*,
Al lienzo lo traslada, le da vida;
Y á su *genio* divino,
No á Jove ni á las Gracias, debe Venus
Su airoso talle y rostro peregrino.
Mas si el ímpetu osado
No modera la ardiente *fantasía;*
Si del *buen gusto* altiva menosprecia
El cauto aviso y la prudente guía,
No os admiréis si su arrogancia necia
De la segura senda os extravía.
Así el bridón lozano,
Indócil, impaciente,
Si el yugo rompe de la diestra mano,
Corre el monte y el llano,
Salva el torrente, el muro, el hondo río;
Mas en oculta sima despeñado,
Sepúltanlo su orgullo y ciego brío.
No menos orgullosa, menos ciega,
Se estrella la arrogante *fantasía*,
Si al libre impulso de su ardor se entrega:
Sus partos prodigiosos
Su fecunda invención muestran en vano;
Informes, monstruosos,
A la razón insultan, cual nacidos
En la embriaguez ó en el delirio insano.
Siempre el *buen gusto* vuestro *genio* enfrene;
Cual hábil arquitecto, elija, ordene
El sitio, el plan, los propios materiales;
Y sus obras continuo vigilando,
Sin imponerle un yugo embarazoso,
Deje al *genio* propicio
Levantar el magnífico edificio.
Mas no con breve afán livianamente
Buen gusto adquiriréis; que ni lo prestan
Los áridos preceptos,
Ni el sutil raciocinio de la mente:
Con modelos bellísimos nutrido
Fórmase lentamente,
Cual con música acorde el fino oído;
Menos juzga que siente;
Natural nos parece, no adquirido,
Y á la grata beldad acostumbrado,
Por instinto condena cuanto advierte
Que disgusto le causa, en vez de agrado.
No lo viciéis, y cual segura guía
Seguid su voto, oh jóvenes hispanos:

De griegos y romanos
Estudiad los modelos noche y día:
Y no apartéis jamás de la memoria
Que así lograron tan sublime gloria
Nuestros ilustres vates castellanos.
Ante los griegos venturosos quiso
Mostrar naturaleza
Su nativa belleza;
Y ellos sencilla, pura,
Sin arte ni atavíos,
Cual ciegos amadores
Presentaron desnuda su hermosura.
Viéronla los romanos, se prendaron;
Y depuesto el orgullo de señores,
A sus mismos vencidos envidiaron:
Siguiendo entonces con ardor su huella,
Tal vez más rica, noble y ostentosa,
Tal vez menos sencilla y menos bella,
A natura en sus obras imitaron.
Mas no se satisfizo
Con tanta gloria su ambicioso anhelo;
Y con ornato frívolo y postizo
Engalanar queriendo su modelo,
Sus gracias afearon,
Y á las armas del Vándalo y del Godo
La ruina del *buen gusto* prepararon.
Tornó, empero, á brillar su clara aurora
Tras largos siglos de tiniebla umbría;
Y la Italia feliz levantó el grito
Al columbrar su luz encantadora:
Con noble aliento y con tenaz porfía
Busca entre ruinas los preciosos libros
Que el tiempo respetó; ve de natura
Grabada en ellos la divina imagen;
Y asómbrase y recrea
Al contemplar cuál dura
Igual, intacta, eterna su hermosura,
Como en la bella Venus Medicea.
Entre el hórrido estruendo y alaridos
De bélicas naciones,
Absorta escucha Italia
Del Dante y del Petrarca las canciones;
En tanto que las Musas placenteras
A coronar su frente descendían
Del Arno á las bellísimas riberas.
De tanta gloria el español celoso,
El sagrado laurel ciñó el segundo;
Y al tiempo que aspiraba victorioso
Al imperio del mundo,
Adorando sumiso y respetuoso
De Grecia y Roma los divinos ecos,
Dulce canto entonaba,
Y la corona á Italia disputaba.
Así el divino coro
De tanto ilustre vate dió renombre
A aquella edad feliz de *siglo de oro;*
Y á par de la victoria
Hizo famoso el castellano nombre.
Seguid, seguid su ejemplo: de memoria
Sus cantos aprended; y repetidos
Cien veces y otras ciento,
El alma aficionad á su belleza
Y el gusto y los oídos
A su grato sabor y dulce acento.
Mas si del propio *ingenio* envanecidos
Desdoro y mengua reputáis acaso,
Por tan claros varones conducidos,
Seguir sus huellas con seguro paso,
Y preferís que os abra incierta vía
La osada fantasía;
En la siguiente edad, del loco empeño
El escarmiento ved: ensalzó ufana
Al *ingenio sutil*, ataviado
Con brillante oropel y pompa vana;
Cual rey de farsa, con fugaz imperio
Vióle reinar triunfante y aclamado;
Mas confundido al fin su orgullo necio,
La razón y el *buen gusto*
Su pompa vil miraron con desprecio.
Al ostentoso ornato y falso brillo
Anteponed prudentes
De un plan vario y sencillo

La agradable *unidad:* el alma goza
Al ver las varias partes convenientes
Ligadas en un punto,
Y que abarcar consigue sin esfuerzo
De una sola mirada su conjunto.
Mas si discordes partes mal trabadas
A un fin único y simple no conspiran,
En vano con esmero trabajadas
Muestran ingenio y arte prodigioso;
No aplacen sus bellezas dislocadas
En el total deforme y monstruoso.
Si unierais por ventura
Del Hércules de Roma al tronco bello
La augusta faz de Jove soberano,
De Cipria el blando cuello,
Y de Aquiles veloz el pie liviano;
Aunque del mismo Fidias obra fuera,
¿Quién del necio capricho no riyera?
No lo olvidéis jamás; y vuestras obras
Cual ley primera observen:
Que del principio al fin sus varias partes
Concierto, enlace y *unidad* conserven.
Cuidad después de darles con acierto
Debida *proporción:* ella á las Artes
Les presta sus encantos; al *buen gusto*
Halaga y lisonjea;
Y á la austera razón al par recrea.
A una breve coluna mal asienta
La basa y capitel de gran altura;
Y á colosal figura
Y cuerpo giganteo
La cabeza y la planta de pigmeo.
Mas un vate indiscreto,
Por ostentar fecunda fantasía,
De su fin se extravía.
Piérdese; olvida el principal objeto;
Y si su infausta estrella
Le ofrece en breve canto
Una larga pintura, tal vez bella,
Dispensen los lectores
Que no atienda á sus gritos hasta tanto
Que apure uno por uno sus primores.
Si canta de Alejandro la victoria,
¿Qué vale que en cien versos armoniosos
Pinte el soberbio carro de Darío?
Cansados los lectores, sin aliento,
Sólo piden ansiosos
De la horrenda batalla el fin sangriento.
Mas ya *proporcionadas*
Las varias partes que al total responden,
Ved si en su *propio sitio* colocadas
A su fin y á su intento corresponden.
Aquel arco elevado y suntuoso
Propio es de ese palacio, y dignamente
Sostuviera su pórtico grandioso;
Mas ¿á qué en los jardines? ¿qué sustenta?
De su firmeza y de su altura ufano,
Tan sólo representa
El peso sostener del aire vano.
Tal descripción es viva, encantadora;
Ese cuadro magnífico, ingenioso,
Muestra rara invención; mas cuando finge
Que de su amado bien la muerte llora,
¿El importuno vate tiene aliento
Para ostentar tranquilo su talento?
Imitad al pintor: si de Ariadna
El triste caso retratar intenta,
De cerca, á la luz clara, el bello rostro
Muestra el grave dolor que la atormenta;
Un grupo de Amorcillos más distante
La fuga llora del infiel amante,
Y entre la sombra del confín perdido
Divísase el bajel del fementido.
Fuera del *lugar propio* nada hay bello.
Invente la fecunda *fantasía;*
Mas prudente el *buen gusto* el plan ordene;
La varias partes á *unidad* reduzca;
Con *oportuna unión* las encadene;
Y la que al fin propuesto no conduzca
Como inútil y frívola condene.
Luzca luego el *ingenio* sus tesoros
Al darles *variedad:* la obra más bella

Causa tedio sin ella;
Y menos place al alma
El ancho mar en calma,
O la inmensa llanura
Cubierta de verdura,
Que ver el prado y río
A par del bosque umbrío;
O de mástiles llena
La ribera del mar embravecido
Que corre, hierve, estréllase en la arena.
Mas un pintor mezquino,
Si á desdeñar acierta por acaso
Un rostro peregrino,
Al guerrero, al anciano, á la doncella
Les pinta la faz bella;
Y aparecen hermanos,
En hábito y en rostro semejantes,
Pirro y Anquises, griegos y troyanos.
El que tan sólo canta
Guerras, heridas, muertes,
Con triste horror espanta;
Y el que solo de amor dulces ternezas,
Cual con miel y beleño,
Con suavísimos versos causa sueño.
Más vario nos encanta
Quien de Troya refiere el crudo estrago,
Y los tiernos amores
De la mísera reina de Cartago.
¿Y no tendrá su término y medida
La grata *variedad*?—Sólo en *un medio*
El acierto consiste y la belleza:
Quién por tímido y cauto
Muestra estéril pobreza;
Quién por lucir su rica *fantasía*,
Sin tino muda objetos y colores,
Y parece que sueña ó desvaría.
Ya llenó ese paisaje de pastores,
De apriscos y cabañas;
¿Qué le podrá añadir? Cubrirá luego
De corales y conchas las montañas.
¿Es *propio* tal adorno? ¿Es *conveniente*?
Senténcielo el *buen gusto* riguroso;
Que el más rico, el más bello,
Sin esa cualidad es en vil sayo
Un retazo de púrpura ostentoso.
Diverso ornato exige la morada
Del culto ciudadano,
La del simple aldeano,
Y la mansión á un príncipe labrada;
Mas si un vate confunde
Lugar, personas, ocasión, intento,
Tal vez con oro y ricos pabellones
Adornará los rústicos hogares,
Y con sencillos ramos y festones
De altivo prócer los soberbios lares.
Ni basta que el ornato propio sea:
Si á su antojo la rica *fantasía*
Lo prodiga con loca demasía,
En vez de darles gala y hermosura,
Las obras más perfectas desfigura.
Con sólo noble manto una matrona
De su beldad blasona;
Mas la Maya de aldea
Con cintas, dijes, flores,
Mientras más se engalana, más se afea.
Ostente en hora buena sus primores
Del pérfido Boabdil el regio alcázar,
De sus ricas techumbres las labores,
Los muros entallados,
De nácar, oro y púrpura adornados:
Tal vez allí encantada
Recordará la ardiente fantasía
La unión afortunada
De amor, nobleza, ingenio y bizarría;
Mas si movemos luego nuestra planta
Del Quinto Carlos al palacio augusto,
Su sencillez magnífica, sublime,
El ánimo engrandece,
Y en el rotundo circo nos parece
Que vemos gladiadores en la arena,
Y que el eco de Roma allí resuena.
Tanto puede en las artes el *buen gusto!*

Elegidle por juez; y haciendo gratas
Del *genio* la invención y la riqueza,
Dé á vuestras obras unidad, enlace,
Proporción, orden, sencillez, belleza....

Canto IV. — De la índole propia de varias composiciones

Invención, habla hermosa, dulces versos
Al par en vuestras obras resplandecen;
¿Por qué suerte fatal, apenas nacen,
Olvidadas del público perecen?
Porque no basta á vates y pintores
La feliz invención, el fiel diseño,
Ni hermanar diestramente los colores:
Han menester el arte, el dón preciso,
De tan raros ingenios poseído,
De dar á cada asunto, á cada cuadro,
La propia forma, el propio colorido.
Coronada de flores
Natura placentera
A Albano concediera
Las gracias retratar y los amores:
Al par sencillo y grato
Con su fácil pincel el gran Velázquez
Del hombre nos ofrece el fiel retrato;
Mas el pasmo divino
Presentar del Tabor tan sólo es dado
Al audaz genio del pintor de Urbino.
En concierto feliz el arte ostente
Composición, diseño, colorido
Propio de cada cuadro y conveniente;
Y en asuntos diversos
Al par de ellos varíe
Pensamientos, dicción, estilo, versos.
Que no asienta el ornato, el fausto y brillo
Al asunto sencillo;
Al grave, la altivez ó la llaneza;
Y al noble y elevado
Cuanto amengüe su lustre y su grandeza.
Con voz distinta y peculiar acento
Enseña la razón altas verdades,
Luce el festivo ingenio su agudeza,
Pinta la fantasía,
Y expresa el corazón su sentimiento;
Mas quien los varios tonos
Mezcla al acaso y sin cesar varía,
¿Qué pretende con torpe disonancia,
Sino mostrar su orgullo y su ignorancia?
Nacida entre la paz y la dulzura
De la dorada edad, la *Égloga* amable
Su inocencia celebra y su ventura:
Sus blandos sentimientos,
Sus sencillos acentos
Fáciles nacen en su pecho y labio;
Ni muestra ingenio, ni agradar procura;
Y cándida, inocente,
Nos muestra fiel cuanto en el alma siente.
A par condena el fausto y el esmero
De altiva cortesana,
Y el tono vil y el hábito grosero
De rústica villana:
Con arte no aprendido
Cual el canto del ave
Suena su voz suave;
Con las flores del prado se engalana;
Y en su inocencia pura
Con la vecina fuente
Sus adornos consulta y su hermosura.
Pero natura misma
Le inspira amor, y canta sus amores;
No conoce más ansias ni más duelos
Que el desdén y los celos,
Otro bien sino el huerto y el ganado,
Mi más reinos y mares
Que el monte y río, la laguna y prado.
Mas su tono sencillo
No es menos variado
Que dulce y sazonado;
Y su canto suave,

Siguiendo el eco de apacible avena,
Cual manso arroyo entre las flores suena.
De campestres guirnaldas más ornado,
Y de artificio y pompa al par ajeno,
Muéstrase el tierno *Idilio*
De nativa bondad y gracia lleno;
Ya con fácil pincel en breves cuadros
Retrate de la plácida natura
La gala y hermosura;
Ya con eco sensible y lastimero
De Adonis nos describa el caso fiero.
Con voz más elevada
Y noble desaliento afectuoso,
Suelto el cabello, humedecida en llanto,
Andrómaca lamenta al tierno esposo:
Ni la mísera expresa su quebranto
Con tono osado y fuego impetuoso,
Ni recuerda con fausto las memorias
De las troyanas glorias;
Envidia en su aflicción la cruda muerte
De otra infeliz princesa, y la antepone
Al lento afán de su enemiga suerte.
Tal la triste *Elegía*
Con blanda voz y pecho enternecido
Los casos llora de la suerte impía:
En su lánguido tono, en su descuido,
Descubre su dolor y su ternura,
Sin humillarse nunca torpemente
Ni presumir de ingenio y hermosura.
Mísera y sola, en sus amargas quejas
Alivio busca el ánimo doliente;
Sus cantos son gemidos,
Y sus ecos sentidos
Nacen del corazón, no de la mente.
Hija de la pasión y el sentimiento,
También de amor ternísima suspira;
No cual la osada lira
Que su triunfo celebra y su contento;
Mas sensible doliéndose y suave,
Como tórtola bella
Que con blanda querella
En solitario bosque y noche oscura
Nos inspira su amor y su ternura.
Así con su laud Tibulo un día
En eco dulce y blando
Al corazón más duro enternecía:
Y á las glorias de amor y su ventura
Tristísimos recuerdos enlazando,
Ya ve á Delia amada
Que junto al lecho de su muerte llora
Triste y desconsolada;
Ya en su postrimer hora
Mirarla sólo anhela, y quiere en vano
Estrecharla al morir con débil mano.
Con mayor pompa, fuego y osadía
Que la tierna Elegía,
Dioses, hazañas, ínclitos varones
La *Oda sublime* entusiasmada canta:
Ya al claro són de la armoniosa lira
Píndaro arrebatado
La olímpica palestra abrirse mira;
Los carros ve volar, oye el estruendo;
De cien pueblos escucha los clamores,
Y en cánticos de gloria
Del triunfador ensalza la victoria.
Tal es del entusiasmo
El divino poder: dicta fecundo
Libres giros, grandísonos acentos;
Y á cuanto encierra inanimado el mundo
Con fuego celestial vida reparte;
Y los grillos al genio desatando,
Con arrojo feliz supera al arte.
Menos libre y audaz, pero al par noble,
Si la santa virtud al vate inspira,
Dulces *Himnos* cantando en su alabanza,
Con grave majestad pulsa la lira:
Así Horacio y León cantan suaves
La blanda libertad y paz serena
De la inocente vida,
De ambición libre y de temor ajena;
Mas si la horrenda faz aborrecida
Les muestra el vicio y su furor provoca,

Inflámase su mente,
Su voz airada truena,
Y al crímen insolente
A eterno oprobio y confusión condena.
¡Con qué diverso tono
De Anacreón la lira
Placeres sólo canta,
Tan sólo amor respira!
Ya el néctar de Lieo
Celebra en son festivo,
Y sigue nuestra planta
Su canto alegre y vivo;
Ya expresa con dulzura
De amor los falsos bienes,
Su gozo y su ventura,
Sus ansias y desdenes.
Mas rápida y sencilla
La amorosa *Letrilla*
Parece el leve juego
Del niño alado y ciego:
Imita su donaire,
Su planta fugitiva;
Deslízase ligera,
Graciosa nos cautiva.
No tan leve y fugaz el Amor mismo
Dió al modesto *Romance*
De Venus la belleza;
De Apolo la soltura y gentileza.
¡Cuán plácido y suave
Del tierno sentimiento
El tono y blando acento
Con su flexible voz imitar sabe!
Ya alégrase inocente;
Ya triste se querella;
Ya lánguido retrata
El tierno amor de Angélica la bella.
Su sencillez admira y dulce encanto
El alma embebecida,
Mientras al fácil canto
Su fluidez y cadencia nos convida.
Mas antes que sencillo apareciese
En traje pastoril cogiendo flores,
El morisco alquicel vistió con gala,
O cantó de Jimena los amores:
De los siglos de gloria nos recuerda
Los dulces galanteos,
Las lides y combates,
Cañas y fiestas, justas y torneos.
Así los trovadores algún día
En la plaza, en la lid dieron lecciones
De amor y bizarría:
Los niños, las doncellas, los ancianos
Sus fáciles tonadas repitieron;
Los jóvenes ufanos
En sed de honor y gloria se encendieron.
Si en más altas *Canciones*,
Del són acompañado de la lira,
El sacro vate á remedar aspira
El ímpetu y ardor de las pasiones,
Sus imágenes vivas y animadas,
Su voz, su canto, el número, el acento,
Del corazón reciban
El tono, la expresión, el movimiento.
Mas al festivo ingenio deba sólo
El sutil *Epigrama* su agudeza:
Un leve pensamiento,
Una voz, un equívoco le basta
Para lucir su gracia y su viveza;
Y cual rápida abeja, vuela, hiere,
Clava el fino aguijón y al punto muere.
Sin aguda saeta venenosa,
El ala leve y ricos los colores,
Cual linda mariposa
Que juega revolando entre las flores,
El tierno *Madrigal* ostenta ufano
En su voluble giro mil primores;
Mas si al ver su beldad tocarle intenta
Áspera y ruda mano,
Conviértese al instante en polvo vano.
El rígido *Soneto*,
Avaro en voces, pródigo en sentido,
Encierra en breve espacio un gran conceto

Ya festivo, ya grave, ya sublime,
Siempre exacto, bellísimo, ingenioso,
Estrecha un pensamiento, no le oprime;
Mas sin darle ni tregua ni reposo,
Le ve nacer, crecer, apresurarse,
Y espirar en el término forzoso.
No en tan estrechos límites cercado,
Breve, sencillo, fácil, inocente
De graciosas ficciones adornado
El *Apólogo* instruye dulcemente:
Cual si sólo aspirase al leve agrado,
De la verdad oculta el tono grave,
Al bruto, al pez, al ave,
Al ser inanimado
Les presta nuestra voz, nuestras pasiones;
Y al hombre da, sin lastimar su orgullo,
De la razón las útiles lecciones.
Para encubrir su cándido artificio,
Finge una acción sencilla, interesante;
Con breve narración, propia y amena
Pinta el lugar, la escena,
Retrata con vivísimos colores
El genio y situación de los actores;
Y en un drama pueril, fácil y grato,
Nos ofrece sagaz nuestro retrato.
Así nos muestra Fedro á la inocencia
En figura del tímido cordero,
Víctima débil de la atroz violencia
Retratada en el lobo carnicero:
De uno y otro carácter la pintura
Al natural copiada, fiel y viva,
Nuestra atención cautiva;
Y con crédula angustia nos parece
Oir del corderillo el triste acento,
Y el ronco aullar de su opresor sangriento.
Desdeñando valerse de artificio,
La *Sátira*, maligna en la apariencia,
Sana de corazón, persigue al vicio
Por vengar la virtud y la inocencia:
Ya su enérgico tono, grave, austero,
Muestra un censor severo;
Ya su rápido curso, su vehemencia,
El fuego que respira,
Su indócil impaciencia
El ímpetu descubren de la ira;
Ya, en fin, sagaz su cólera ocultando,
Las finas armas del ingenio emplea;
Y al vicio vil la máscara arrancando,
Burlándose festiva se recrea.
Así el adusto Persio
Conciso, vigoroso,
Insta, reprende, arguye;
Juvenal acre, ardiente,
Arrójase á su presa impetuoso,
La hiere, la destruye;
Mientras Horacio, plácido y festivo,
Asesta al vil, al necio, al codicioso,
Las leves flechas de su ingenio vivo.
Mas ora en fácil juego
Gracia, donaire y libertad ostente;
Ora grave corrija; ora indignada
Del corazón anuncie el noble fuego;
De puro celo armada
Muestre siempre la sátira modesta
Su pecho generoso,
Y al vicio acose, pero no al vicioso.
Con tono más pacífico y templado
La *Musa del saber* al hombre enseña,
Y darle útil doctrina no desdeña
Con voz sonora y celestial agrado:
Ni envuelve la verdad en ficción leve,
Como el sencillo *Apólogo*, ni osada
El torpe vicio á perseguir se atreve;
Tranquila, grave, augusta,
Enseña sosegada
Las ciencias y las artes bienhechoras;
Y temiendo mostrar su faz adusta,
Adórnala con gracias seductoras.
Así en acorde y plácida armonía
Con enlace sagaz, que el arte oculta,
Ordena la razón el plan sencillo:
La amena fantasía

Con delicadas sombras y colores,
Los objetos abulta,
Y de su noble hermana
Con mil vistosas flores
Los áridos preceptos engalana;
Y del sonoro verso la mensura,
Grabándolos profundos en la mente,
Les presta rapidez, fuerza y dulzura.
Siempre atento á su fin, útil y grato,
No consiente el *didáctico poema*
Ocioso lujo y frívolo aparato:
Sencillez, claridad, breves preceptos,
Sin vana ostentación ni vil bajeza,
Son su mayor belleza,
Su noble fondo, su modesto ornato;
Y si tal vez enlaza artificioso
Dulce ficción y vivas descripciones,
Es para dar al ánimo reposo
Y hacer gratas sus útiles lecciones.
¡Con qué tono tan dulce y variado
Virgilio ensèña á cultivar las mieses,
La tierna vid, el árbol delicado!
Ya nos instruye afable, ya nos pinta
El campo delicioso,
El caballo impaciente,
La lluvia, el huracán, et Etna ardiente,
Y el enjambre de abejas oficioso:
Escucha el labrador su voz divina,
Cual si fuese inspirada
De algún rústico dios: y retratada
Natura ve en sus cuadros
Su amenidad, su gracia peregrina.

Canto V. — De la tragedia y de la comedia

¿Visteis tal vez en mármol imitado
Del triste Laocoonte el duro trance,
Cuando de horribles sierpes relazado
Ve á su vista espirar sus propios hijos
Sin que su vida á redimir alcance?
A un tiempo mismo el alma consternada
Del arte imitador la magia admira;
Por el mísero padre
Ansia, teme, suspira;
Y al lamentar su acerba desventura,
Templa su pena incógnita dulzura.
Tal es de la *Tragedia* el dulce encanto:
No refiere, no pinta; representa
Un suceso terrible, lastimoso,
Y tan viva su imagen nos presenta,
Que con tierno placer arranca el llanto.
Para lograr su objeto, una acción sola
Por fin único y simple se propone;
Su diestro plan dispone,
Enlazando con nudos convenientes
Los varios incidentes;
Y ora sencilla y rápida camina,
Ora sagaz por sendas diferentes
Al término propuesto se avecina.
¿Es parricida Edipo, impetuoso?
El triste espectador, turbado, inquieto
Con el fatal secreto,
No anhela saber más; y no consiente
Que el más bello incidente,
Una escena, un actor, un solo acento
Ociosos le distraigan
De su dulce terror y sentimiento.
Al arte toca dar á una acción sola
La debida extensión y el propio enlace,
Sin que desnuda y lánguida aparezca
Ni en su oscuro artificio se embarace:
Para el drama nacida,
Parezca que ella misma de buen grado
Llena y completa la fatal medida;
Y en su propia importancia, en su grande-
Consigo lleve su mayor belleza.
Con liviana atención copiados vemos
Los sucesos fatales
Que por común destino cada día

Afligen á los míseros mortales;
Pero al ver á los héroes más famosos,
A reyes poderosos,
Víctimas tristes de la suerte impía,
Su poder y grandeza
Con sublime *terror* fuerzan al hombre
A contemplar medroso su flaqueza;
Mientras inquieta el alma, enternecida,
Con sensible *piedad* mide y compara
Su inmensa elevación y su caída.
Mas su grave infortunio no aparezca
Común fracaso de la suerte varia;
Antes el drama la pintura ofrezca
De una acción singular, extraordinaria,
Que la atención cautive,
El ánimo suspenda,
Y de opuestas vivísimas pasiones
Muestre el encono y la fatal contienda.
Del odio y la venganza
Siempre el ciego furor nos estremece;
Sentimos de sus víctimas el riesgo,
Su destino infeliz nos compadece:
Mas no es tan solo un hombre,
No es un mero enemigo, es un hermano
Quien la nefanda cena da á Thiestes:
Contra su propia madre
Muestra el furioso Orestes
Armada, pronta, la terrible mano;
Y en el fatal momento,
Erízase el cabello, el pecho late,
Y al triste espectador falta el aliento.
Una, grande, completa, interesante
La acción trágica sea;
Con tal arte imitada y semejante
A la misma verdad, que el pueblo vea
La imagen fiel y viva,
Y con grato dolor y sobresalto
De su ilusión apenas se aperciba.
Si al ingenio y al arte dable fuere,
Dure la acción del drama el tiempo mismo
Que á ella presente el público estuviere;
Mas al espacio y término de un día
La común indulgencia
Ensanchó de los vates la licencia.
Contrastado de vivos sentimientos,
El público no mide escrupuloso
Las acciones, las horas y momentos;
Mal empero confunde en breve drama
La larga duración de un mes, de un año;
Y rígido condena
La grosera ficción y el torpe engaño.
Nunca el lugar se mude de la escena:
Y á la ilusión atento,
Jamás olvide el drama que ella sola
Le ayuda grata á conseguir su intento.
Si seducir procura
Al tierno corazón, ¿cómo no teme
Que delaten los ojos su impostura,
Si á despecho del tiempo y la distancia,
Al són de un pito transformarse miran
Triste prisión en deliciosa estancia,
Y un pórtico de Atenas
En el régio palacio de Micenas?
En su curso y acción no ofrezca el drama
Absurdos ó portentos increíbles,
Si aprobación y crédito reclama:
Mire, toque engañado,
El mismo espectador la ficción bella;
Y por sus propios ojos
Más profunda, más rápida, más viva,
Su tierno pecho la impresión reciba.
Oculte empero de la vista el arte,
Con previsión prudente,
Lo que imposible ó repugnante sea;
Y busque en el oído
Testigo menos fiel, juez indulgente.
Contemple enternecido
El público las ansias, la congoja,
La infausta muerte de la tierna Dido;
Mas con horror no vea
Que á sus míseros hijos despedaza
Bañada en sangre la feroz Medea;

Ni incrédulo presencie de las olas
Salir el fatal monstruo, abalanzarse,
Y el infeliz Hipólito en su carro
Contra las duras rocas estrellarse.
No menos verosímil que oportuna,
Fácil, breve, ingeniosa,
La clara exposición del argumento
Encubra su designio cuidadosa:
Desde el primer momento
El público impaciente ya desea
Saber hora, lugar, acción, intento;
Mas sin que el arte vea,
Ni ociosa narración, lenta ó confusa,
Su memoria fatigue y sufrimiento.
En su rápido curso la acción misma,
Su origen y su objeto desenvuelva;
Su propia senda allane;
Y veloz, impaciente,
Por llegar á su término se afane.
De uno en otro incidente
Lleve, arrebate al ánimo suspenso;
Los riesgos, los obstáculos, la lucha,
El contraste presente
Cubran el porvenir de un velo denso;
Y de escena en escena
Crezca el terror, la agitación, la pena.
Con oculto artificio preparada
La funesta catástrofe sorprenda,
Rápida, singular, inesperada:
La acción, el nudo mismo
Que el ánimo agitado tuvo incierto
Entre el vago temor y la esperanza,
Súbito atraiga la fatal mudanza;
Y déjele en un punto
De grave angustia y de terror cubierto.
Víctima infausta del fatal destino,
Inquieto Edipo ante su pueblo busca
De su postrer monarca al asesino:
Cada vez con más ansia, con más pena,
Duda el espectador, teme, conoce
Que él propio por su labio se condena;
Y en el terrible instante
El fatídico nudo desatando,
Descubre el infeliz su horrenda suerte,
Y ni aun halla el descanso de la muerte.
La inexorable ley del hado injusto,
Los males en que al hombre precipitan
Sus flaquezas y míseras pasiones
Nuestro terror, nuestra piedad excitan:
Manchado con incesto y parricidio
Aun compadece Edipo; y si indignados
Condenamos de Fedra el torpe intento,
En lágrimas bañados
Compartimos su angustia y su tormento.
Así el arte procura
Que el héroe principal la atención robe
Y del público excite la ternura:
Mas sin susto ni pena el hombre mira
El fin funesto del atroz malvado;
Y menos afligido que asombrado,
Del divino Catón la muerte admira.
Con sus propios matices y colores
Los varios caracteres pinte el drama;
Y nunca en sus retratos contradiga
La fábula, la historia ó común fama:
Si imita por ventura
De la triste Ifigenia el fin funesto,
Píntenos su inocencia y su ternura;
Al fiero Aquiles impaciente, altivo;
Terrible en su dolor á Clitemnestra,
A Agamemnón soberbio y vengativo.
Por único modelo y por maestra
A la varia natura el arte elija;
Y ya retrate fiel, ya osado invente,
A cada actor del drama dé un carácter
Propio, bello, distinto y consecuente.
Su índole y situación, su edad y patria,
Sus costumbres, afectos y pasiones,
Den á su labio el oportuno acento,
Sus designios dictando y sus acciones;
No hablen lo mismo el padre y el esposo,
El fiero rey y el débil cortesano,

El Númida feroz y el culto griego,
El mozo altivo y el prudente anciano.
Aun en el hombre mismo
Muestra cada pasión su voz y acento:
El humilde dolor clama, suspira;
Ruge feroz la ira;
Abre su incauto pecho la esperanza;
Y en pérfido silencio
Se esconde más tremenda la venganza.
Cual las templadas cuerdas de la lira
Al pulsarla sagaz la diestra mano,
Cuando escucha la voz de las pasiones,
Fácil responde el corazón humano;
El que á arrancarnos lágrimas aspira
Antes debe llorar; ver en su mente
A la mísera Dido ya postrada
Apenas despedir la voz doliente,
Y con ansia mortal y desconsuelo
Los tristes ojos levantar al cielo.
Su mismo corazón dictará entonces
La expresión propia y fiel, tierna y sencilla
Sin humilde llaneza,
Fácil sin desaliño, digna y noble
Sin afectar orgullo ni grandeza.
Mas si en pomposo estilo y frase hinchada
Hécuba llora entre el incendio y ruina
La sangre de sus hijos derramada,
Lamenta en vano su infelice suerte;
El público tranquilo
El necio afán y el artificio advierte.
Al par de la pasión, eleve, abaje
La tragedia su voz; pinte su lucha,
Su desorden violento,
Su furor y delirio,
Su débil postración y desaliento.
Enérgica y sensible, hermane diestra
El vigor, la nobleza y la ternura;
No cual innoble estatua inanimada
Su proporción ostente y hermosura.
Las fogosas pasiones
No discurren, no cesan; arden, instan,
El ornato desdeñan y el reposo,
Y al corazón arrastran
En su rápido curso impetuoso.
Terrible en su furor, pronta y vehemente,
Tierna en su angustia y mísero quebranto,
La sensible Melpómene no aspira
Al vano són y artificioso canto:
Brama, amenaza, quéjase, suspira,
Interrumpe su voz con dulce llanto,
Y hasta su mismo acento
Nos pinta su furor ó desaliento.
No así su dulce hermana,
Que alegre siempre y viva,
Su fiel espejo ofrece á nuestros ojos,
Y con donosas burlas nos cautiva.
Otro cuadro, otra acción, otros actores
Ocupan ya la escena; al fiero Atreo,
Al triste Idomeneo
Suceden el hipócrita, el avaro;
El ridículo vicio al negro crimen;
Y al lúgubre terror y sentimiento
La pérfida sonrisa y el contento.
Venid todos, llegad, ninguno tema;
Y con maligno anhelo
Mirando en derredor, cada cual busque
De la copia el ridículo modelo: [Fabio
Mas ¿quién le podrá hallar? No es Delio ó
Quien va á mostrarse en la graciosa escena;
Es la imagen de un viejo codicioso,
Expuesta al natural con alma y vida
A la burla del pueblo malicioso.
¡Con qué vivos colores
Nos manifiesta él mismo sus sospechas,
Sus ansias y temores! [to
No hay acción, no hay palabra, no hay acen-
Que no descubra su pasión mezquina,
A pesar de su astuto fingimiento;
Y si alarga la mano codiciosa
Mostrando compasión, saber ya ansiamos
El precio de la usura vergonzosa.
Mas ved la situación en que le pinta

La *Comedia* sagaz: su mala estrella
Condenó al infeliz á enamorarse
De una joven amable, franca y bella;
Es forzoso gastar ó ver con ceño
Al adorado dueño;
Y el amor, la vejez, la vil codicia.....
¡Qué contraste tan vivo y tan gracioso
Para un drama ingenioso!
Con bellas y oportunas situaciones
Del corazón humano
Descubre las recónditas pasiones;
Cada vez más incierto y más lejano
Muestra sagaz el término dudoso;
Y con astucia grata
Burlando nuestro afán, cual fácil juego,
Forma, estrecha su nudo y lo desata.
Al par nos maravilla
Su enredo singular y artificioso,
Su exposición sencilla,
Su desenlace fácil é ingenioso;
Y que hermanando el arte riguroso
Con la libre y fecunda fantasía,
Su feliz invención ciña y reduzca
A una acción, á un lugar, á un solo día.
No es una mera imagen ni un retrato;
Es un cuadro animado, propio, vivo
De la vida civil y común trato;
Y á la misma verdad tan fiel remeda,
Que en secreto decimos: «así pasa
En una y otra casa.»
A tanta perfección el drama aspire:
Arte no muestre ni ficción ni actores;
El mismo espectador escuche y mire
Al amante, al esposo, al hijo, al siervo;
Y en sus propias acciones,
En sus fieles discursos busque y halle
Su carácter, costumbres y pasiones.
Una ligera sombra, un lunar leve
Basta á la diestra mano
Para alterar de un rostro las facciones;
Ya es un padre indulgente,
Ya es un severo juez, ya es un tirano;
Mas siempre percibimos
Su semblante y su gesto; y la fiel copia
Con su bello modelo confundimos.
Complácese natura
En ostentarse rica, varia, amena;
Y el arte imitador al par procura
Mostrarse grato en la ingeniosa escena:
Elige, observa, estudia sus modelos;
Combina sus colores, los varía;
Y la fiel semejanza no encadena
De su pincel la libre valentía.
Ya nos retrata un joven veleidoso,
Pródigo, altivo, indócil, impaciente;
Ya un templado varón, grave y juicioso;
Ya un viejo adusto, avaro, impertinente.
Mas á par de la edad, diestro matiza
La índole peculiar, el sexo, el grado,
El siglo, la nación: y á un mismo tiempo
Nos copia, nos instruye y nos hechiza.
No busquéis en sus cuadros la grandeza,
Las imágenes ricas y el ornato;
En su verdad, su gracia y su viveza
Se admira de Teniérs el pincel grato:
Cualquiera al contemplarlos, fácil crea
Imitar su expresión fiel y sencilla;
Y si lo intenta osado,
Su necio orgullo confundido vea.
La modesta comedia sólo admite
Estilo natural, leve y urbano,
Tan propio en su expresión, tan libre y fácil
Que afán no muestre ni artificio vano;
Si la viva pasión su pecho enciende,
Elevando su voz la imita diestra;
Y sin negar su condición humilde
Su tierno pecho y corazón nos muestra.
Mas nunca audaz pretende
Elevarse á la trágica grandeza;
Ni con plebeya burla ó vil torpeza
Su culto estilo y su pudor ofende:
Cortés al par que viva,

Sin mostrarse procaz ni desenvuelta,
Su donaire descúbrenos festiva;
Si es que tal vez no finge, seria y grave,
Ocultarnos su sátira ingeniosa,
Y con sonrisa plácida y suave
Celebramos su astucia maliciosa.
Sin afectar doctrina ni agudeza,
Del habla familiar rápida y fácil
Imita la soltura y ligereza:
Deslízanse veloces
Sus versos y sus voces;
Crúzanse, tornan, huyen,
Rápidos corren, vuelan;
Y al leve pensamiento
En su curso fugaz seguir anhelan.
¡Cuán vivo y sazonado
El español ingenio lució un día
Su fecunda invención, su dulce agrado!
Los versos, el diálogo, el estilo,
La sal, la locución, la sutil trama
Le dan eterna fama;
Y la razón severa,
Al mirar tantas dotes peregrinas,
El grave fallo en su favor modera.

Canto VI. — De la epopeya. — Conclusión

Con noble majestad la *Epica Musa*
Canta una acción heroica, extraordinaria,
Simple en el plan, en los adornos varia:
Así Homero divino
A la atónita Grecia narró un día
De la gran Troya el mísero destino;
De cien pueblos y reyes belicosos
En sus cantos fundó la eterna gloria;
Y del mayor imperio que vió el Asia
Sólo dura en sus versos la memoria.
Mas no osó temerario
De diez años de asedio y de combates
Abarcar vanamente el curso vario:
En tan inmenso campo á un sólo punto
Ciñó modesto el tímido deseo,
Y á su canto inmortal dió noble asunto
La cólera del hijo de Peleo.
Así también el vate Mantuano
En el tirreno mar náufrago muestra
Por vez primera el ínclito Troyano:
De la implacable Juno
Escuchamos tronar el ronco acento;
Y su horrísona cárcel quebrantando,
Despeñarse en el mar el raudo viento;
Mas la serena frente alza Neptuno,
Calma á una voz al pérfido elemento;
Y libres ya del destructor amago,
Tocan las naves del piadoso Enéas
La leve arena de la infiel Cartago.
Como el águila audaz que en libre vuelo
De la vaga región se enseñorea,
Cruza el inmenso cielo,
Y en su altísima cumbre suspendida
Contempla desde el sol el bajo suelo;
Tal el divino vate,
En alas del ingenio remontado,
Abraza con su vista cuanto encierra
En sus inmensos términos la tierra:
Ve en el Asia remota
Arder y hundirse los soberbios muros
Que Neptuno labró, de Africa altiva
Crecer en la ribera
Del romano poder la rival fiera;
Y en el suelo latino
Abrir el Hado eternos
Los cimientos del pueblo de Quirino.
Cuanto fué, cuanto existe, cuanto esconde
El hondo porvenir, está presente
Del sacro vate á inspirada mente;
Y en fatídico acento
Anuncia á los humanos
Del destino los íntimos arcanos.

A su divina voz descubre Enéas,
De gloria y de virtud resplandecientes,
En los Elíseos campos
De Julio á los ilustres descendientes,
Y en el estrecho monte Palatino
Nacer el pueblo, á quien triunfante un día
Del mundo el cetro reservó el destino.
Modesta emprende la veraz Historia
Los graves hechos referir fielmente,
Y el sagrado depósito inviolable
Religiosa guardar de gente en gente;
Mas sublime y audaz la *Epica Musa*
Exorna, inventa, crea;
Y á la verdad solícita imitando,
Con sus gratas ficciones nos recrea.
La oscura tradición, la antigua fama,
La fábula ingeniosa al noble canto
Añaden nuevo encanto;
Y arrastrada en el curso impetuoso
De la rápida acción, la razón misma
No percibe su engaño delicioso.
Cual cayendo de un monte á la llanura
Ensancha un río su veloz corriente,
Sucédense las ondas á las ondas,
Y corre y se apresura
Hasta hundir en el mar la hinchada frente:
Tal Homero sublime
Rápido lleva el leve pensamiento
De portento en portento;
Y con sorpresa grata,
Al acercarse al término anhelado,
Lo eleva, lo enajena, lo arrebata.
¡Con qué placer de su inspirado labio
El generoso Griego escucharía
De su triunfante patria el desagravio!
Cada cual, á su voz, reconocía
Las naves, las banderas, los blasones,
Los ínclitos varones;
Y al escuchar su acento,
La sangre hervir sentía
Y el pecho retemblar con noble aliento.
¡Oh, si me diera un dios su voz sonora,
Y nacer venturoso en claro día
Cuando la patria mía,
La frente orlada de inmortal victoria,
Ambos mundos llenaba con su gloria!
Altivo, audaz, invicto, impetuoso
Las enemigas haces arrollando,
Al Cid cual otro Aquiles cantaría,
Con su valor insigne
La gloria de los reyes eclipsando;
O á Córdoba triunfante
Llevando de Castilla los pendones
A cien y cien naciones;
O al gran Cortés al español imperio
Uniendo con su brazo un hemisferio.
Como regia matrona,
En el solio magnífico sentada,
Muestra el manto de púrpura esplendente,
Y á la elevada frente
Ciñe con majestad áurea corona:
Así la *Epica Musa*
Ostenta en pompa, en gala y en riqueza
De su celeste origen la grandeza;
Desdeña audaz los tímidos acentos;
Y con vivas imágenes procura
Ennoblecer sus altos pensamientos.
De roble guarnecido y triple acero
Mostró su pecho el Luso celebrado,
Que en el inmenso piélago lanzado
Nueva senda al Oriente abrió primero;
Mas cuando á par del alto promontorio,
De lóbregas tormentas coronado,
Inmenso espectro súbito aparece,
Y entre el remoto Oriente y el Ocaso
Tremendo veda el temerario paso,
La sorpresa, el asombro, el terror crece;
No es ya Gama un mortal; un dios parece.
Cual sobre lecho de dorada arena
Explaya el Tajo sus raudales puros,
Y con murmurio plácido saluda
De Toledo imperial los altos muros;

No de otra suerte en el rotundo labio
De la excelsa Calíope resuena
Noble dicción, riquísima, sonora:
Y elevando su voz encantadora,
De grata admiración el orbe llena.
Mas no á tan ardua empresa
Oséis alzar, oh jóvenes hispanos,
Los ánimos lozanos;
Que no dió Apolo á esfuerzos juveniles
Cargar en flacos hombros
La inmensa gloria del divino Aquiles.
Con rubio bozo el tierno Garcilaso
De guerreros laureles se cubría;
Y apenas se atrevía;
A cantar en sus versos los amores
Y el dulce lamentar de los pastores:
De pámpanos y rosas coronada,
Villegas ensayó la blanda lira
Por el amor templada;
Y en el Tormes tranquilo,
La paloma de Filis envidiando,
La misma Venus inspiró á Batilo.
¡Dichoso aquél á quien las sacras Musas
La cuna remecieron,
Y lauro peregrino
Para ceñir su frente apercibieron!
Ya empero que á mi anhelo generoso
Ingratas niegan su favor divino,
Al pie del Helicón, la estrecha vía
Que por su cumbre guía
De la gloria inmortal al sacro templo,
Mostraré con mi voz, no con mi ejemplo.

ROMANCES HISTÓRICOS

(ROMANCERO DEL CID)

Prueba Diego Laínez á sus hijos, para saber á cual fiará su venganza de la afrenta que le hizo el conde Lozano

Cuidando Diego Laínez
En la mengua de su casa,
Fidalga, rica y antigua
Antes que Íñigo Abarca;
Y viendo que le fallescen
Fuerzas para la venganza,
Porque por sus luengos días,
Por sí no puede tomalla;
No puede dormir de noche,
Nin gustar de las viandas,
Ni alzar del suelo los ojos,
Ni osar salir de su casa,
Nin fablar con sus amigos;
Antes les niega la fabla,
Temiendo que les ofenda
El aliento de su infamia.
Estando, pues, combatiendo
Con estas honrosas bascas,
Para usar d'esta experiencia,
Que no le salió contraria,
Mandó llamar á sus hijos,
Y sin decilles palabra
Les fué apretando uno á uno
Las fidalgas tiernas palmas;
No para mirar en ellas
Las quirománticas rayas,
Que este fechicero abuso
No era nacido en España.
Mas prestando el amor fuerzas,
A pesar del tiempo y canas,
A la fría sangre y venas,
Nervios y arterias heladas,
Les apretó de manera
Que dijeron:—Señor, basta;

¿Qué intentas ó qué pretendes?
Suéltanos ya, que nos matas.—
Mas cuando llegó á Rodrigo,
Casi muerta la esperanza
Del fruto que pretendía,
Que á do no piensan se halla,
Encarnizados los ojos,
Cual furiosa tigre hircana,
Con mucha furia y denuedo
Le dice aquestas palabras:
—Soltedes, padre, en mal hora,
Soltedes en hora mala,
Que á no ser padre, no hiciera
Satisfacción de palabras;
Antes con la mano mesma
Vos sacara las entrañas,
Faciendo lugar el dedo
En vez de puñal ó daga.—
Llorando de gozo el viejo
Dijo:—Fijo de mi alma,
Tu enojo me desenoja,
Y tu indignación me agrada.
Esos bríos, mi Rodrigo,
Muéstralos en la demanda
De mi honor, que está perdido,
Si en ti no se cobra y gana.—
Contóle su agravio, y dióle
Su bendición y la espada
Con que dió al Conde la muerte
Y principio á sus fazañas.

Reto del Cid al conde Lozano, y muerte de este

—Non es de sesudos homes,
Ni de infanzones de pro,
Facer denuesto á un fidalgo
Que es tenudo más que vos.
Non los fuertes barraganes
Del vuestro ardid tan feroz
Prueban en homes ancianos
El su juvenil furor.
No son buenas fechorías
Que los homes de León
Fieran en el rostro á un viejo,
Y no el pecho á un infanzón.
Cuidarais que era mi padre
De Lain Calvo sucesor;
Y que no sufren los tuertos
Los que han de buenos blasón.
Mas ¿cómo vos atrevisteis
A un home, que solo Dios,
Siendo yo su fijo, puede
Facer aquesto, otro non?
La su noble faz ñublasteis
Con nube de deshonor,
Mas yo desfaré la niebla,
Que es mi fuerza la del sol;
Que la sangre dispercude
Mancha que finca en la honor,
Y ha de ser, si bien me lembro,
Con sangre del malhechor.
La vuesa, Conde tirano,
Lo será, pues su fervor
Os movió á desaguisado
Privándovos de razón.
Mano en mi padre pusisteis
Delante el Rey con furor,
Cuidá que lo denostasteis,
Y que soy su fijo yo.
Mal fecho fecisteis, Conde,
Yo vos reto de traidor;
Y catad si vos atiendo
Si me causaréis pavor.
Diego Laínez me fizo
Bien cendrado en su crisol;
Probaré en vos mi fiereza
Y en vuesa falsa intención.
Non vos valdrá el ardimiento
De mañero lidiador,

Pues para vos combatir
Traigo mi espada y trotón.—
Aquesto al conde Lozano
Dijo el buen Cid Campeador,
Que después por sus fazañas
Este nombre mereció.
Dióle la muerte y vengóse,
La cabeza le cortó,
Y con ella ante su padre
Contento se afinojó.

El Cid toma la jura á Alfonso VI en Santa Gadea

Hizo hacer al rey Alfonso
El Cid un solemne juro
Delante de muchos grandes
Que se hallaron en Burgos.
Mandó que con él viniesen
Doce caballeros suyos
Para que con él jurasen
Cada cual uno por uno
En la muerte de don Sancho
Que lo mataron seguro
En el cerco de Zamora
A traición y junto al muro.
Y cuando en el templo santo
Estuvieron todos juntos,
Levantóse del escaño
El Cid, y aquesto propuso:
—Por aquesta santa casa
Donde estamos ende ayuso,
Que digades la verdad
De aquesto que vos pregunto:
Si vos, Rey, fuisteis la causa,
O de los vuesos alguno,
En la muerte de don Sancho,
Hayáis la muerte que él hubo.
Todos dijeron: Amén;
Mas el Rey quedó confuso;
Pero por cumplir el voto,
Respondió:—Lo mesmo juro.
Fincó la rodilla en tierra
Por facer la corte ayuso.
El Cid delante de todos
Al Rey le fabla sesudo:
—Si ayer non vos besé mano,
Mi Rey, á ello fuí tenudo,
Mas agora vos la beso
Con todo mi grado y gusto.
En esto que aquí he fablado
No os he fecho agravio alguno,
Que esto debiera al rey Sancho
Como leal vasallo suyo.
Y si aquesto non ficiera
Yo quedara por perjuro,
Et non por buen caballero
Me tuviera todo el vulgo.

Destierro del Cid

Grande saña cobró Alfonso
Contra el buen Cid castellano,
Porque le tomó la jura
De la muerte de su hermano:
Encubrió la su enemiga,
Aguardó á hacerse vengado.
El rey moro de Toledo,
Que Alimaimón es llamado,
Del Cid se quejara al Rey
Que en su reino se había entrado,
Y hasta dentro de Toledo
Sus moros ha cautivado:
Siete mil son los cautivos,
Sin otro mucho ganado.
Mucho al rey Alfonso pesa,
Contra el Cid estaba airado

Mucho más que antes estaba;
Con el Rey lo habían mezclado,
Por envidia que le tienen
Los grandes de su reinado.
Escribióle el Rey al Cid
Que salga de su reinado
Dentro de los nueve días,
Que más no le da de plazo.
El buen Cid á sus parientes
Las cartas les ha mostrado;
Todos se quejan del Rey
De haberlo tan mal mirado
Desterrando un caballero
Tan valiente y esforzado,
Que muy bien había servido
A él, á su padre y su hermano.
Ofrécense de ir con él
A lo servir muy de grado,
Y que todos morirían
Con él juntos en el campo.
El Cid les agradecía
La palabra que le han dado,
Y otro día salió el Cid
De Vivar, que era su estado,
Con toda su compañía
Con ánimos esforzados.
Volvióse á los caballeros
Y esto les está fablando:
—Amigos, si á Dios pluguiese
Que á Castilla nos volvamos,
Dígovos que tornaremos
Todos muy ricos y honrados.

Responde el Cid á la orden de su destierro

—Obedezco la sentencia,
Magüer que non soy culpado,
Pues es justo mande el Rey
Y que obedezca el vasallo;
Y plegue á Nuesa Señora
Que vos faga aventurado,
Tal que non echedes menos
La mi espada ni el mi brazo.
Bien cuido que nos vos mueve
Servos yo desaguisado;
Sé que envidiosos á veces
Manchan los pechos fidalgos,
Mas al fin el tiempo vos será testigo
Que ellos mujeres son, y yo Rodrigo.
Esos bravos infanzones
Que comen á vueso lado,
Consejeros mentirosos,
Lidiadores en palacio,
¿Cómo non vos acorrieron
Cuando preso vos llevaron
Y cuando yo vos quité
Sólo, á trece en medio el campo,
Sinón que á rienda suelta
Fuyeron los amenguados,
Donde mostraron tener
Lengua asaz y pocas manos?
Mas al fin el tiempo vos será testigo
Que ellos mujeres son, y yo Rodrigo.
Membradvos, rey don Alfonso,
De lo que agora vos fablo,
Vos con saña, yo sesudo,
Vos vengado y yo agraviado;
Que yo fago pleitesía
A San Pedro y á San Pablo,
De mezclar, Dios en ayuso,
Mi hueste con los paganos;
Y si finco vencedor,
Poner á vueso mandado
Los castillos y fronteras,
Pueblos, haberes, vasallos:
Mas al fin el tiempo vos será testigo
Que ellos mujeres son, y yo Rodrigo.

El Cid hace bendecir sus pendones y jura engrandecer al Rey

Ese buen Cid Campeador,
Que Dios en salud mantenga,
Faciendo está una vigilia
En San Pedro de Cardeña;
Que el caballero cristiano
Con las armas de la Iglesia
Debe de guarnir su pecho
Si quiere vencer las guerras.
Doña Elvira y doña Sol,
Las sus dos fijas tan bellas,
Acompañan á su madre
Ofreciendo rica ofrenda.
Cantada que fué la misa,
El abad y monjes llegan
A bendecir el pendón,
Aquel de la cruz bermeja.
Soltó el manto de los hombros,
Y en cuerpo, con armas nuevas,
Del pendón prendió los cabos
Y d'esta suerte dijera:
—Pendón bendecido y santo,
Un castellano te lleva,
Por su rey mal desterrado,
Bien plañido por su tierra.
A mentiras de traidores
Inclinando sus orejas,
Dió su prez y mis fazañas:
¡Desdichado dél y d'ellas!
¡Cuando los reyes se pagan
De falsías halagüeñas,
Mal parados van los suyos,
Luengo mal les viene cerca!
Rey Alfonso, rey Alfonso,
Esos cantos de sirena
Te adormecen por matarte:
¡Ay de ti si no recuerdas!
Tú Castilla me vedaste
Por haber folgado en ella,
Que soy espanto de ingratos,
Y conmigo non cupieran.
¡Plegue á Dios que no se caigan,
Sin mi brazo, tus almenas!
Tú que sientes, me baldonas;
Sin sentir, me lloran ellas.
Con todo, por mi lealtad
Te prometo las tenencias
Que en las fronteras ganaren
Mis lanzas y mis ballestas;
Que venganza de vasallo
Contra el rey, traición semeja,
Y el sufrir los tuertos suyos
Es señal de sangre buena.—
Esta jura dijo el Cid,
Y luego á doña Jimena
Y á sus dos fijas abraza:
Mudas y en llanto las deja.

Mensajes del Cid para el Rey y presentes que le envía

Desterrado estaba el Cid
De la corte y de su aldea
De Castilla por su Rey,
Cansado de vencer guerras,
Y en las venturosas armas
Apenas las manchas secas
De la sangre de los moros
Que ha vencido en sus fronteras;
Y aun estaban los pendones
Tremolando en las almenas
De las soberbias murallas
Humilladas de Valencia,
Cuando para el rey Alfonso
Un rico presente ordena

De cautivos y caballos,
De despojos y riquezas.
Todo lo despacha á Burgos,
Y á Álvar Fáñez que lo lleva,
Para que lo diga al Rey,
Le dice d'esta manera:
«Dile, amigo, al rey Alfonso,
Que reciba su grandeza
De un fidalgo desterrado
La voluntad y la ofrenda,
Y que en este don pequeño
Solamente tome en cuenta
Que es comprado de los moros
A precio de sangre buena;
Que con mi espada en dos años
Le he ganado yo más tierras
Que le dejó el rey Fernando,
Su padre que en gloria sea;
Que en feudo d'ello lo tome
Y que no juzgue á soberbia
Que con parias de otros reyes
Pague yo á mi rey mis deudas;
Pues que si él como señor
Me pudo quitar mi hacienda,
Bien puedo yo como pobre
Pagar con hacienda ajena;
Y que juzgue que en su dicha
Son delante mis enseñas
Millaradas de enemigos
Como ante el sol las tinieblas;
Y espero en Dios que mi brazo
Ha de hacello rico, mientras
La mano aprieta á Tizona
Y el talón fiere á Babieca;
Y en tanto mis envidiosos
Descansen, mientras le sea
Firme muralla mi pecho
De su vida y de sus tierras;
Y entreténganse en palacio,
Y guárdense no me vendan,
Que del tropel de los moros
Soltaré una vez la presa,
Y llegarán su avenida
A ver entre sus almenas;
Y defiendan bien sus honras
Como manchan las ajenas;
Y si les diere en los ojos
Lo que les dió en las orejas,
Verán que el Cid no es tan malo
Como son sus obras buenas;
Y si sirven á su rey
En la paz como en la guerra
Mentirosos lisonjeros
Con la espada ó con la lengua;
Y verá el buen rey Alfonso
Si son de Burgos las fuerzas,
Los caminos de ladrillo
O los ánimos de piedra:
Que le suplico permita
Se pongan esas banderas
A los ojos del glorioso
Mi Príncipe de la Iglesia,
En señal que con su ayuda
Apenas enhiestas quedan
En toda España otras tantas,
Y ya me aparto por ellas;
Y le suplico me envíe
Mis fijas y mi Jimena,
D'esta alma sola afligida
Regaladas dulces prendas;
Que si no mi soledad,
La suya al menos le duela,
Porque de mi gloria goce
Ganada en tan larga ausencia.»
Mirad, Álvaro, no erréis,
Que en cada razón de aquestas
Lleváis delante del Rey
Mi descargo y mi limpieza.
Decidlo con libertad,
Que bien sé que habrá en la rueda
Quien mis pensamientos mida
Y vuestras palabras mesmas.

Procurad que aunque les pese,
A los que mi bien les pesa,
No lleven más que la envidia
De mí, de vos, ni de ellas:
Y si en mi Valencia amada
No me hallaréis á la vuelta,
Peleando me hallaredes
Con los moros de Consuegra.

El Cid va á dar gracias á Dios en S. Pedro de Cardeña

Victorioso vuelve el Cid
A San Pedro de Cardeña
De las guerras que ha tenido
Con los moros de Valencia.
Las trompetas van sonando
Por dar aviso que llega,
Y entre todos se señala
El relincho de Babieca.
El abad y monjes salen
A recibirlo á la puerta,
Dando alabanzas á Dios
Y al Cid mil enhorabuenas.
Apeóse del caballo,
Y antes de entrar en la iglesia
Tomó el pendón en sus manos
Y dice de esta manera:
«Salí de ti, templo santo,
Desterrado de mi tierra;
Mas ya vuelvo á visitarte
Acogido en las ajenas.
Desterróme el rey Alfonso
Porque allá en Santa Gadea
Le tomé el su juramento
Con más rigor que él quisiera.
Las leyes eran del pueblo,
Que no excedí un punto d'ellas,
Pues como leal vasallo
Saqué á mi rey de sospecha.
¡Oh envidiosos castellanos,
Cuán mal pagáis la defensa
Que tuvisteis en mi espada
Ensanchando vuestra cerca!
Veis aquí os traigo ganado
Otro reino y mil fronteras,
Que os quiero dar tierras mías,
Aunque me echáis de las vuestras;
Pudiera dárselo á extraños;
Mas para cosas tan feas
Soy Rodrigo de Vivar,
Castellano á las derechas.

Don Alonso de Aguilar

Estando el Rey don Fernando
En conquista de Granada,
Donde están duques y condes
Y otros señores de salva,
Con valientes capitanes
De la nobleza de España;
Después de haberla ganado,
A sus capitanes llama;
De que los tuviera juntos
De esta manera les habla:
«¿Cuál de vosotros, amigos,
Irá á la sierra mañana
A poner el mi pendón
Encima del Alpujarra?»
Míranse unos á otros
Y el sí ninguno le daba;
Que la ida es peligrosa,
Y dudosa la tornada.
Y con el temor que tienen,
A todos tiembla la barba,
Si no fuera á don Alonso
Que de Aguilar se llamaba.

Levantóse en pie ante el Rey;
De esta manera le habla:
«Aquesta empresa, Señor,
Para mí estaba guardada;
Que mi Señora la Reina
Ya me la tiene mandada.»
Alegróse mucho el Rey
Por la oferta que le daba.
Aun no era amanecido,
Don Alonso ya cabalga
Con quinientos de á caballo,
Y mil infantes llevaba.
Comenzó á subir la sierra
Que llamaban la Nevada:
Los moros cuando los vieron,
Ordenaron gran batalla;
Y entre ramblas y mil cuestas
Se pusieron en parada:
La batalla se comienza
Muy cruel y ensangrentada,
Porque los moros son muchos,
Tienen la cuesta ganada;
Aquí la caballería
No podía pelear nada;
Y así con grandes peñascos
Fué en un punto destrozada;
Los que escaparon de aquí
Vuelven huyendo á Granada.
Don Alonso y sus infantes
Subieron una llanada,
Aunque quedan muchos muertos
En una rambla y cañada.
Tantos cargan de los moros,
Que á los cristianos mataban;
Sólo queda don Alonso;
Su compaña es acabada.
Pelea como un león
Pero no le aprovechaba,
Porque los moros son muchos,
Y ningún vagar le daban.
En mil partes está herido,
No puede mover la espada;
Por la sangre que ha perdido
Don Alonso se desmaya:
Al fin cayó muerto en tierra,
A Dios rindiendo su alma.
No se tiene por buen moro
El que no le da lanzada:
Lo llevaron á un lugar
Que es Oxijerán nombrada.
Allí lo vienen á ver
Como á cosa señalada:
Míranle moros y moras,
Y de su muerte se holgaban.
Llorábale una cautiva,
Una cautiva cristiana,
Que de chiquito en la cuna
A sus pechos le criara.
A las palabras que dice,
Cualquiera moro lloraba:
«Don Alonso, don Alonso,
Dios perdone la tu alma,
Pues te mataron los moros,
Los moros de la Alpujarra.» (R. ANTIG.)

Muerte de un caballero cristiano

Al pie de Guajaras altas
De un pueblo en peñas armado
Herido está don Luis
Ponce de León llamado.
Que un peñasco le hiriera
Desde lo alto arrojado,
Subiendo que iba la cuesta
Como valiente soldado.
Cuando el peñasco le hiere,
Con un furor no pensado
Probábase á levantar
Con ánimo muy sobrado;

Mas en su sangre desbarra,
Que el suelo tiene bañado.
Viendo cercana la muerte,
Volvió los ojos al campo,
Vido las rotas banderas
Y el campo desbaratado;
Vido la caballería
Que apenas queda caballo;
Miró por su gente ilustre
No vido ningún soldado.
Con lágrimas en sus ojos
De esta manera ha hablado:
«¿Adónde estás, buen Mendoza?
¿Qué es de tu campo formado?
¿Qué es de tu caballería?
¿Dónde está tanto soldado?
¿Dónde están los capitanes
De Córdoba tan nombrados?
¿Dónde está mi escuadrón bello,
Que de Sevilla he sacado?
¿A dónde está mi bandera
Labrada con tanto ornato?
¿A dó mi gallardo alférez,
A quien la entregué en su mano?
Adios, mi patria querida,
Adios, claro duque de Arcos,
De mi sangre descendiente,
Mi pariente muy cercano;
Ya no espero ver jamás
Ni patria, ni vuestro estado.
¡Ay Virgen Santa María
Madre del Crucificado!
Señora, valedme ahora
En este terrible paso;
Y vos, mi dulce Jesús,
Perdonadme mis pecados.
Por defender vuestra fe
Soy puesto en aqueste estado;
No por codicia del oro
Ni del despojo sobrado,
Que harto me tengo yo,
Que vos, Señor, me habéis dado.»
Diciendo aquestas razones,
La dura parca ha cortado
El hilo dulce á la vida
De un varón tan señalado. (R. ANTIG.)

La campana de Huesca

Don Ramiro de Aragón
El rey monje que llamaban,
Caballeros de sus reinos
Asaz lo menospreciaban.
Que era muy sobrado manso
Y no sabidor en armas,
Por lo que no le obedecen,
Por lo que le desacatan.
Enviado ha un mensajero
Al monje que lo criara,
A San Ponce de Tomeras
Donde el buen abad moraba,
Porque él le diese consejo
En la bajeza en que estaba.
El mensajero se parte
Y al abad le da una carta:
El abad no le responde,
En la huerta solo entraba,
El mensajero con él
Que respuesta le demanda.
El abad lo despachó
Sin hablarle una palabra.
La respuesta que le diera
Fuera cifra bien cerrada,
Que sacando allí un cuchillo
Las ramas altas cortaba.
Despedido el mensajero
Mal contento se tornaba.
Como fué llegado al rey
Le dijera estas palabras:

«Mal recaudo os traigo, rey.
Que el monje no vos preciaba,
Ni me quiso dar respuesta,
Creo que de vos burlaba;
Entróse luego á una huerta
En leyendo vuestra carta,
Y afilando allí un cuchillo
Las ramas aparejaba.»
Oyendo aquestas razones
El rey las disimulara.
Entendió bien la respuesta
Y el consejo que le daba.
Hizo llamar á las cortes
A cortes que celebraba.
Dice que hacer quería
Una solemne campana
Que se oyese por el reino
Y sonase en toda España.
Viérades de esto gran risa,
Los grandes de ello mofaban;
En esta ciudad de Huesca
Muchas gentes se juntaban.
Llamó un día á los señores
Y en su cámara les habla,
Y á sus hijos herederos
Hizo quedar en la sala.
En entrando todos ellos
Viéronse entre gente de armas,
Mandó cortar las cabezas
A los que más de él burlaban.
Quince fueron sentenciados,
A los otros perdonara;
Mandó sacar las cabezas
A los mozos de la sala;
Dijo que eran de sus padres
Todas las que allí miraban,
Porque le tenían en poco
Y en su presencia burlaban:
Que viesen aquel ejemplo
Y ellos mojasen la barba.
Así fué temido el monje
Con el són de esta campana. (R. ANTIG.)

El triunfo del Ave María

Después de haber acabado
Con alegría bastante
Muchos saraos y zambras,
Mandó el rey Chico se enlacen
Fiestas en la Vivarambla;
Pero sus glorias abate
De un campeón la arrogancia
Y el esfuerzo vigilante.
Éste es Fernando Pulgar,
Que valiente y arrogante
Fijó sobre la mezquita,
Con resplandeciente esmalte
El Ave llena de gracia,
Sin que su vista acobarde
Estar el real á la mira
De Granada, no distante
Del Católico Fernando,
Cuyo acero tan cortante
Fué azote de la morisma,
Y de la España realce.
Toda la ciudad se altera,
Dando alaridos muy grandes;
Todos le piden al Rey,
Que los guardas castigase,
Pues si ellos no se durmieran,
Pulgar no lograra el lance:
Todos entran en acuerdo,
Y de la consulta sale
Salga luego á la demanda
El valiente moro Tarfe.
El gallardo moro acepta,
Y armado de gran coraje,
En un caballo andaluz,
Una fuerte adarga bate

Con una letra que dice:
«Salga el atrevido infame;»
Y una gruesa lanza empuña,
Que la heredó de su padre.
Iba tan galán el moro,
Que los corazones parte,
Por donde el fresco Genil
Todas sus aguas esparce;
Y mirando á Santa Fe,
Como á sus muros llegase,
Alzándose la visera
De esta suerte habló arrogante:
«¿Cuál será aquel caballero,
Vista arnés, ó calce guante,
Que anoche en Granada entró
Con industrias intrazables,
Como lobo cauteloso
Que deja dormir los canes,
Como á los rayos del sol
Cuando alumbra vigilante?
¡Ése que llamáis Pulgar
Mucho debe á sus pulgares,
Pues con ellos fijar pudo,
Sobre las conchas de arambre
De la dorada mezquita,
El pergamino que trae
La cola de mi caballo!
No fué acción tan arrogante,
Que un cauteloso y aleve
Fijara en plazas y calles
Libelos infamatorios;
Mas es hecho de cobardes,
Pero sea lo que fuere,
Granada, que el hecho sabe,
Por agravio lo recibe
Y lo tiene por ultraje,
Y á todos vengo á deciros
En este libre lenguaje
Razones que á todos piquen,
Injurias que á todos cansen:
«A todos os reto y trato
De viles y de cobardes.
Salga Pulgar, pues que supo
Fijar en Granada el Ave,
A ver si sabe librarla
De este neblí que la trae;
Salga ese Gran Capitán,
Los Córdobas y Aguilares,
Porque vean divididos
Sus escudos por el aire;
Salga si ha quedado alguno
De los Manriques, Guzmanes,
Que de la sangre se precian;
Salgan todos al combate,
Y si acaso á todos juntos
Ánimo y valor faltase,
Salga el mismo rey Fernando:
De ánimo y valor se arme,
Porque su Isabel lo vea,
Si gusta de ver combates.
Cobrad vuestra Ave María,
Cristianos viles, cobardes,
Que aquí en la Vega os espero
Hasta las seis de la tarde.»
Y revolviendo el caballo,
Ligero á la Vega parte.
En corvetas y escarceos
Mil escaramuzas hace
El bruto, que con las manos
La cincha quiere quitarse,
Siendo un monte que le oprime
El gallardo moro Tarfe.
Vuelve y revuelve mil veces
De valor haciendo alarde:
Todo el real se ha alborotado
En ver quién ha de tocarle
Empresa de tanto empeño,
Hazaña de tanto esmalte.
Indeciso está Fernando;
Pesaroso de que falte
Pulgar, y en esta ocasión
Que en Santa Fe no se halle.

Llamando á sus caballeros,
Todos vienen vigilantes,
Y el famoso Garcilaso
Se ha echado á sus plantas reales.
Mozo es gallardo y valiente,
Y de generosa sangre;
Mas tan joven en sus años,
Que diez y siete no hace,
Y le dice: «Gran Señor,
Si ensalzar quieres mi sangre,
Y si premiar mis servicios,
Y ganar mis voluntades,
Dame, gran Señor, licencia
Para salir al combate:
Verás eclipsar la luna
Del que ves tan arrogante.
No en verme joven, Señor,
Tus esperanzas desmayen,
Porque el valor heredado
No necesita de edades,
Pues basta estar á tus rayos,
Como el sol cuando renace,
Luz de las demás antorchas
Brilla en luces luminantes;
Pues aunque mi padre es muerto,
En mí su valor renace.»
Admirado quedó el Rey,
Y casi quiso abrazarle;
Mas volviendo en sí, prudente
Refrenó su amor constante.
Dice: «Garcilaso amigo,
Muy digno es de celebrarse
Vuestro valor, mas sois mozo
Para una empresa tan grande;
Que esta ocasión pide más
Experiencia que coraje.»
Quiso replicar, y el Rey
Le dejó diciendo; «Baste.»
Toda la región del fuego
En su pecho le dió Cáncer;
Vierten veneno sus ojos,
Y por sus dos labios sale
Un tósigo en cada aliento,
En cada suspiro un áspid.
Salió del real irritado,
Donde sus caballos pacen
La yerba, y á sus criados
Mandó al punto que lo armen
De finas armas bruñidas,
Manoplas en vez de guantes,
Morrión clavado de acero
Con cuatro negros plumajes,
Que sus tristezas publiquen,
O que sus exequias canten,
En un caballo andaluz,
Hijo natural del aire,
Tizón con alma de fuego,
Bruto con aliento de ave:
Cuyo volcán, cuya brasa
Se muestra por los ijares,
Siendo un monte en cada choque,
Siendo un muro en cada arranque,
En cada encuentro estremece
A la legítima madre.
Una fuerte adarga empuña
Hecha de flamencos antes,
Con una letra que dice:
«Quien se engaña, desengañe.»
Una gruesa lanza empuña
Cuya punta penetrante
Se labró al temple del fuego
En las riberas del Tánger.
Echádose ha la visera,
Porque no quiere que nadie
Lo conozca, y que dé cuenta
Cómo sin licencia sale.
Así que descubrió al moro,
Batiendo los dos ijares,
Corre entendiendo que vuela,
Vuela entendiendo que parte.
Llegó donde Tarfe estaba,
Y después de saludarle,

Le dice: «Bárbaro moro,
¿Qué aguardas? Ya está delante
Quien te quitará más vidas
Que tú tienes vanidades:
Blasonas de ser neblí
Del Ave; mas te engañaste.
¿Quién te trajo al precipicio,
Donde no podrá librarte
Tu valor? Sácalo fuera,
De donde osado lo entraste.»
Con resolución gallarda
Le atajó el moro al instante.
«¿Eres Pulgar?» le pregunta.
—«No soy quien imaginaste,
Que si Pulgar te escuchara,
Vieras que entre tus pulgares
Desbarataba esos miembros
Que los moros tanto aplauden.
Uno soy no conocido,
Que en tu vida ha de ensayarse:
Ni he dado horror á Granada,
Ni cobré los tafetanes
Perdidos, que por desprecio
Suelen tremolar al aire.»
—«Descúbrete, pues ya ves
Que descubierto me hallaste.»
Se alzó Laso la visera,
Y así que lo vido Tarfe,
«¿Eres mujer? le pregunta,
Si eres dama no me engañes,
Porque mi esfuerzo no llama
Mujer ni niño al combate.
Vuélvete, engañado joven,
Y agradece mis piedades,
Que para que esto les cuentes
La vida quiero dejarte.»
Enfadado Garcilaso,
Apretó los acicates:
Tal encuentro le dió al moro,
Con resolución tan grande,
Que previniendo defensa
La lanza llegó á enristrarle.
Todo el real está confuso
En ver esfuerzos tan grandes;
Ninguno lo ha echado á menos;
Mas el valeroso Infante,
Falseándole en el peto
Le pasó de parte á parte.
Cayó del caballo el moro,
Donde con ansias mortales
En monumentos de arena
Sirvieron á su cadáver
De tumba, la blanca adarga,
De pira el rojo turbante.
Se desmontó Garcilaso,
Y desnudando el alfanje,
Dividió el bárbaro cuello
Para que su rey le hollase,
Y postrado de rodillas
Quitó de la cola el Ave,
Y destilando sus ojos
Aljófar, le dice: «¡Salve,
Intacta virgen María,
Pura, limpia y dulce Madre!
Salve, soberana aurora!
Salve, luna sin menguante!
Salve, estrella matutina!
Salve, astro el más brillante,
Madre del Sol de justicia,
Hija del eterno Padre,
Del Amor divino esposa,
Del cielo puerta admirable!
Salve, escala de Jacob!
Salve, Judit más constante!
Abigaíl más prudente
Y Ester benigna y afable,
Que coronada de estrellas
Pisas tronos celestiales,
Recibe el corto trofeo
Que ofrezco con humildades
A tu pura Concepción.»
Y con tiernos ademanes

En la punta de la lanza
La puso por estandarte.
Presentó al Rey y á la Reina
Los despojos militares.
Lo mandó prender el Rey,
Porque sin licencia sale;
Mas la Reina cuidadosa
Le alcanzó el perdón, y afable
Hizo que abrazara al Rey,
Y al Rey que á él lo abrazase.
—Garcilaso de la Vega
Desde hoy has de llamarte,
Porque en la Vega hiciste
Hazaña de tanto alarde. (ANÓNIMO).

ROMANCES MORISCOS

Desafío de Tarfe

Si tienes el corazón,
Zaide, como la arrogancia,
Y á medida de las manos
Dejas volar las palabras:
Si en la vega escaramuzas,
Como entre las damas hablas,
Y en el caballo revuelves
El cuerpo como en las zambras;
Si el aire de los bohordos
Tienes en jugar la lanza,
Y como danzas la toca,
Con la cimitarra danzas;
Si eres tan diestro en la guerra
Como en pasear la plaza,
Y como á fiestas te aplicas,
Te aplicas á la batalla:
Si como el galán ornato,
Usas la lucida malla,
Y oyes el son de la trompa,
Como el son de la dulzaina:
Si como en el regocijo
Tiras gallardo las cañas,
En el campo al enemigo
Le atropellas y maltratas:
Si respondes en presencia,
Como en ausencia te alabas;
Sal á ver si te defiendes,
Como en el Alhambra agravias,
Y si no osas salir solo
Como lo está el que te aguarda,
Algunos de tus amigos
Para que te ayuden saca.
Que los buenos caballeros
No en palacio y entre damas
Se aprovechan de la lengua,
Que es donde las manos callan.
Pero aquí que hablan las manos
Ven y verás como habla
El que delante del Rey
Por su respeto callaba.
Esto el moro Tarfe escribe
Con tanta cólera y rabia
Que donde pone la pluma
El delgado papel rasga.
Y llamando un paje suyo,
Le dijo: vete al Alhambra,
Y en secreto al moro Zaide
Da de mi parte esta carta.
Y dirásle que le espero
Donde las corrientes aguas
Del cristalino Genil
Al Generalife bañan. (R. ANTIGUOS).

Desafío de un moro contra el maestre de Calatrava

De Granada sale el moro
Que Aliatar era llamado,
Primo hermano del valiente
Y esforzado Albayaldos;
Aquel que mató al maestre
En el campo peleando.
Sale á caballo este moro
De finas armas armado,
Sobre ellas una marlota
De damasco leonado;
Leonado era el bonete,
Negro el plumaje azulado.
La lanza también es negra,
Adarga negra ha tomado;
También el caballo es negro,
De valor muy estimado.
No es potro de pocos días,
De diez años ha pasado;
Tres cristianos se lo cuidan,
Y él mismo les da recado.
Sobre tal caballo el moro
Se sale muy enojado;
Llegando á la plaza nueva
Hacia Darro no ha mirado,
(Aunque pasó por la puerta)
Según va encolerizado;
Sale por la puerta Elvira
Y por la Vega se ha entrado.
Camino va de Antequera
En Albayaldos pensando;
Topar desea al maestre
Para vengarse á su salvo;
Y en llegando junto á Loja
Un escuadrón ha encontrado:
Todo es de lucida gente,
Por señas un pendón blanco,
En medio una cruz roja
Del gran Apóstol Santiago.
Llegándose al escuadrón
Sin temor ha preguntado:
«Si venía allí el maestre
Que don Rodrigo es llamado.»
El maestre allí venía,
De su gente se ha apartado.
Y dijo: «¿qué buscas, moro?
Yo soy el que has demandado.»
Conócele luego el moro
Por la cruz que trae al lado,
Y también en el escudo;
Que lo tiene acostumbrado.
«Dios te guarde, buen maestre,
Buen caballero estimado:
Sabrás que soy Aliatar,
De Albayaldos primo hermano,
A quien tú diste la muerte,
Y le volviste cristiano:
Y ahora soy yo venido
Solamente por vengarlo;
Apercíbete á batalla,
Que aquí te aguardo en el campo.»
El maestre que esto oyó,
No quiso más dilatarlo:
Vase el uno para el otro,
Muy grande esfuerzo mostrando.
Dábanse grandes heridas
Reciamente peleando:
El maestre es valeroso,
El moro no le ha durado,
Finalmente le mató
Como varón esforzado;
Cortárale la cabeza,
Y en el pretal la ha colgado.
Volvióse para su gente
Muy malamente llagado,
Y su gente le llevó
Donde fué muy bien curado. (R. ANTIG.)

Zulema

Aquel valeroso moro,
Rayo de la quinta esfera,
Aquel nuevo Apolo en paces,
Y nuevo Marte en la guerra,
Que sus mismos enemigos
Le bendicen y le tiemblan;
Aquél por quien á la fama
Le importa que se prevenga
Para contar sus hazañas
De más alas y más lenguas:
Zulema al fin, el valiente
Hijo del fuerte Zulema
Fué á ver en Ávila un día
Las fiestas como de fiesta.
En viéndole, la gran plaza
Toda se alegra y altera,
Que ver en fiestas al moro
Les parece cosa nueva.
En los andamios reales
Los Adalifes le ruegan,
Que se asiente, aunque se temen
Que á todos les oscurezca;
Pero al fin Zulema en medio
De los alcaides se sienta,
Que lo fueron por entonces
De la mayor fortaleza:
Cuando más breve que el viento,
Y más veloz que cometa,
Del celebrado Jarama
Un toro en la plaza sueltan,
De aspecto bravo y feroz,
Vista enojosa y soberbia,
Ancha nariz, corto cuello,
Cuerno ofensible, piel negra.
Desocúpale la plaza
Toda la más gente de ella;
Sólo algunos de á caballo
Aunque le temen le esperan:
Piensan hacer suerte en él
Mas fuéles la suya adversa,
Pues siempre que el toro embiste
Los maltrata y atropella.
Salta del andamio luégo;
Mas no salta sino vuela,
Cuando ve que á un hombre el toro
Con pies y manos le huella,
Y siendo sujeto al hombre,
Ahora al hombre sujeta.
A pie se parte á librarle,
Y aunque todos le vocean,
No lo deja, porque sabe
Que su victoria está cierta.
Llega al toro cara á cara,
Y con la indomable diestra
Esgrime el agudo alfanje
Haciéndole mil ofensas:
Retírase el toro atrás,
Líbrase el que estaba en tierra,
Grita el pueblo, brama el toro,
Vuelve á aguardarle Zulema.
Otra vez vuelve á embestirle,
Y mejor que la primera
Le acierta, y riega la plaza
Con la sangre de sus venas:
Brama, bufa, escarba, huele,
Anda alrededor, patea,
Vuelve á mirar quién le ofende
Y de temerle da muestras.
Tercera vez le acomete,
Echando por boca y lengua
Blanca y colorada espuma
De coraje y sangre hecha;
Pero ya cansado el moro
De verle durar, le acierta
Un golpe, por do la muerte
Le abrió una anchurosa puerta:

Levanta la voz el vulgo,
Cae el toro muerto en tierra,
Envídianle los más fuertes
Al ver rendida la fiera.
La fama toca su trompa
Y rompiendo el aire vuela;
Apolo toma la pluma:
Yo acabo, y su gloria empieza. (ANÓNIMO).

Gazul

Estando toda la corte
De Almanzor, rey de Granada,
Celebrando del Bautista
La fiesta entre moros santa,
Con ocho moros vestidos
De negro y tela de plata,
Que llevan ocho rejones
Y en ellos mil esperanzas,
Seguros de su ventura,
De muchas pruebas pasadas,
Y más en el fuerte brazo
Que ha dado al mundo fianzas,
Que algunas veces la suerte
Suele á los hombres de fama
Llevarlos por los cabellos
A la fortuna contraria;
Entra el valiente Gazul
Señoreando la plaza,
Que con ir solo por ella
Toda la ocupa y levanta:
Hijo de sí por sus obras,
Para gloria de su fama,
Y para nobleza suya,
Es Alcaide de la Algava.
Los ojos del pueblo lleva
El caballo entre las plantas,
Pasa delante del Rey,
Del Príncipe y de la Infanta,
Y haciendo su cortesía,
El caballo y lanza pára.
Después del galán paseo
En que fué vista su gala,
Los toros salen al coso
Y al riesgo de su pujanza.
El moro toma un rejón
Y el diestro brazo levanta:
Furioso acomete y pica,
Uno encuentra y otro pasa.
Del toro el aliento frío
El rostro al caballo espanta,
Y la espuma del caballo
Al toro ofende la cara.
Admirada está la corte
Del airoso brío y gracia,
Porque ningún lance pierde
Y mil voluntades gana.
En este tiempo la suerte
A la postrera le llama,
Porque sale un bravo toro,
Famoso entre la manada.
No de la orilla del Betis,
Ni Genil, ni Guadiana,
Fué nacido en la ribera
Del celebrado Jarama:
Bayo, el color encendido,
Y los ojos como brasa,
Arrugados frente y cuello,
La frente vellosa y ancha,
Poco distantes los cuernos,
Corta pierna y flaca anca,
Espacioso el fuerte cuello,
A quien se junta la barba;
Todos los extremos negros,
La cola revuelta y larga,
Duro el lomo, el pecho crespo,
La piel sembrada de manchas.
Harpado llaman al toro
Los vaqueros de Jarama,

Conocido entre los otros
Por la fiereza y la casta.
En cuatro brincos se pone
En la mitad de la plaza,
Y casi en la blanda arena
El hendido pie no estampa.
Sale al encuentro Gazul,
Como si fuera montaña,
Alzando el brazo en el hombro,
Vibrando al rejón el asta:
Saca el codo junto al pecho,
Llega el puño, el brazo saca,
Y picando el fuerte cuello,
Cuero, carne y vida rasga.
El fiero toro derriba,
El suelo mide la espalda,
Los pies que en la tierra herían
Al cielo vuelven las plantas;
Con el furor natural
Vuelve á un lado, prueba y alza
La tierra, que el cuerpo herido
No tiene más que arrogancia;
De cuya herida en un punto,
Revuelta en la sangre, escapa
La vida, dejando á muchos
Envidia de tal hazaña.
Juntóse el moro valiente,
A quien sigue y acompaña,
Oyendo los parabienes
De caballeros y damas;
Porque otra cosa no escucha
Desde andamios y ventanas,
Sino que fué grande suerte
De aquel famoso de Algava. (R. GENERAL).

GÉNERO ÉPICO

JUAN DE MENA

Muerte del conde de Niebla

(DEL LABERINTO)

Aquel que en la barca parece sentado
Vestido en engaño de las bravas ondas,
En aguas crueles ya más que no hondas
Con mucha gran gente en la mar anegado,
Es el valiente, no bien fortunado,
Muy virtuoso, perínclito Conde
De Niebla, que todos sabéis bien adonde
Dió fin al día del curso hadado.
Y los que lo cercan por el derredor,
Puesto que fuesen magníficos hombres,
Los títulos todos de todos sus nombres
El nombre les cubre de aquel su señor:
Que todos los hechos que son de valor,
Para se mostrar por sí cada uno
Quando se juntan y van de consuno
Pierden el nombre delante el mayor.
Arlanza, Pisuerga, y aun Carrión,
Gozan de nombres de ríos, empero
Después de juntados llamámoslos Duero,
Hacemos de muchos una relación:
Oye por ende pues la perdición
De solo el buen Conde sobre Gibraltar;

Su muerte llorada de digno llorar
Provoque tus ojos á lamentación.
En la su triste hadada partida
Por muchas señales que los marineros
Han por auspicios y malos agüeros
Le fué denegado hacer su venida:
Los quales veyendo con voz dolorida
El cauto maestro de toda su flota,
Al Conde amonesta del mal que denota
Porque la vía fuese resistida.
Ca he visto, dice, señor, nuevos yerros
La noche pasada hacer los planetas,
Con crines tendidos arder los cometas,
Y dar nueva lumbre las armas y hierros:
Ladrar sin herida los canes y perros,
Triste presagio hacer de peleas
Las aves nocturnas y las funereas
Por las alturas, collados y cerros.....
El Conde que nunca de las abusiones
Creía, ni menos de tales señales,
Dixo, ni apruebo por muy naturales,
Maestro, ninguna de aquestas razones;
Las que me dices ni bien perfeciones,
Ni veras pronósticas son de verdad,
Ni los indicios de la tempestad
No vemos fuera de sus opiniones.
Aun si yo viera la ménstrua luna
Con cuernos obscuros mostrarse fuscada,
Muy rubicunda y muy colorada
Temiera que vientos nos diera fortuna.
Si Phebo dexada la Delia cuna
Igneo lo viéramos ó turbulento,
Temiera yo pluvias mezcladas con vientos;
En otra manera no sé que repugna.
Ni veo tampoco que vientos delgados
Muevan los ramos de nuestra montaña,
Ni fieren las ondas con su nueva saña
La playa con golpes más demasiados;
Ni veo delphines de fuera mostrados,
Ni los marinos volar á lo seco,
Ni los caystros hacer nuevo trueco,
Dejar las lagunas por ir á los prados.
Despliega las velas, pues ¿ya qué tardamos?
Y los de los barcos levanten los remos
A vueltas del tiempo mejor que perdemos,
No los agüeros, los hechos sigamos:
Y pues una empresa tan santa levamos;
¿Quál otra en el mundo podrá ser alguna?
Presuma de vos y en mí la fortuna,
No que nos fuerza, mas que la forzamos.
Tales palabras el Conde decía,
Que obedecieron al su mandamiento,
Y dieron las velas infladas al viento,
No padesciendo tardanza la vía:
Según la fortuna lo ya disponía,
Llegaron acerca de la fuerte villa
El Conde con toda su rica cuadrilla
Que por el agua su flota seguía.
Con la bandera del Conde tendida
Ya por la tierra su hijo viniera
Con mucha más gente que el padre le diera
Bien á caballo y á punta guarnida;
Porque á la hora que fuese la grida,
Súbitamente en el mesmo desate
Por ciertos lugares oviese combate
La villa que estaba desapercibida.
El Conde y los suyos tomaron la tierra,
Que estaba entre el agua y el borde del muro,
Lugar que en menguante es seco y seguro,
Mas con la cresciente del todo se cierra:
Quien llega más tarde presume que yerra,
La pavesada ya junta á las alas,
Levantan los trozos, crescen las escalas,
Crescen las artes mañosas de guerra.
Los moros veyendo crescer los engaños,
Y viéndose todos cercados por artes,
Y combatidos por tantas de partes,
Allí socorriendo do ya han más daños,
Y con necesarios dolores extraños
Resisten sus sañas las fuerzas ajenas,
Y lanzan los cantos desde las almenas,
Y botan los otros que no son tamaños.

Bien como médico mucho famoso,
Que trae el estilo por mano seguido,
En cuerpo de golpes diversos herido
Luego socorre á lo más peligroso;
Así aquel pueblo maldito sañoso
Sintiendo más daño de parte del Conde,
Con todas sus fuerzas juntando responde
Allí do el peligro mas era dañoso.
Allí disparaban lombardas y truenos,
Y los trabucos tiraban ya luego
Piedras y dardos y hachas de fuego,
Con que los nuestros hacían ser menos:
Algunos de moros tenidos por buenos
Lanzan temblando las sus azagayas,
Pasan las lindes, palenques y rayas,
Doblan sus fuerzas con bienes ajenos.
Mientra morían y mientra mataban
De parte del agua ya crecen las ondas,
Y cobran las mares soberbias y hondas
Los campos que ante los muros estaban:
Tanto, que los que de allí peleaban,
A los navíos si se retraían
Las aguas crescidas les ya defendían
Tornar á las fustas que dentro dexaban.
Con peligrosa y vana fatiga
Pudo una barca tomar á su Conde,
La qual le levára seguro, si donde
Estaba, bondad no fuera enemiga:
Padece tardanza, si quies que lo diga,
De los que quedan y irlo veían,
Y otros que ir con él no podían,
Presume qué voz doliente sería.
Entrando tras él por el agua decían,
Magnífico Conde, ¿y cómo nos dexas?
Nuestras finales y últimas quejas
En tu presencia favor nos serían:
Las aguas las vidas ya nos desafían,
Si tú no nos puedes prestar el vivir,
Danos linage mejor de morir,
Daremos las manos á mas que debían.
O volveremos á ser sometidos
A aquellos adarves maguer no debamos,
Porque los tuyos muriendo podamos
Ser dichos muertos, mas nunca vencidos;
Solo podremos ser redargüidos
De temeraria y loca osadía,
Mas tal infamia mejor nos sería
Que no so las aguas morir sepelidos.
Hicieron las voces al Conde á deshora
Volver la su barca contra las saetas
Y contra las armas de los mahometas,
Ca fué de temor piedad vencedora:
Había fortuna dispuesto la hora,
Y como los suyos comienzan á entrar
La barca con todos se ovo de anegar
De peso tamaño no sostenedora.
Los míseros cuerpos ya no respiraban
Mas so las aguas andaban ocultos,
Dando y trayendo mortales singultos
De agua la hora que más anhelaban:
Las vidas de todos así litigaban,
Que aguas entraban do almas salían,
La pérfida entrada las aguas querían
La dura salida las almas negaban.
¡Oh piedad fuera de medida!
¡Oh ínclito Conde! quisiste tan fuerte
Tomar con los tuyos en antes la muerte
Que con tu hijo gozar de la vida:
Si fe á mis versos es atribuída,
Jamás la tu fama, jamás la tu gloria
Darán en los siglos eterna memoria,
Será la tu muerte por siempre plañida.

Muerte de Lorenzo Dávalos

Aquel que allí ves al cerco trabado
Que quiere subir y se halla en el aire,
Mostrando en su rostro doblado donaire
Por dos deshonestas feridas llagado,

Es el valiente, no bien fortunado,
Muy virtuoso mancebo Lorenzo,
Que hizo en un día su fin y comienzo,
Aquel es el que era de todos amado.
Él mucho querido del señor Infante
Que siempre le fuera señor como padre,
Él mucho llorado de la triste madre,
Que muerto ver pudo tal hijo delante.
¡Oh dura fortuna, cruel, tribulante!
Por tí se le pierden al mundo dos cosas,
Las vidas y lágrimas tan piadosas
Que ponen dolores de espada tajante.
Bien se mostraba ser madre en el duelo
Que hizo la triste después que ya vido
El cuerpo en las andas sangriento tendido
De aquel que criara con tanto desvelo:
Ofende con dichos crueles al cielo,
Con nuevos dolores su flaca salud,
Y tantas angustias roban su virtud
Que cae la triste muerta en el suelo.
Rasga con uñas crueles su cara,
Hiere sus pechos con mesura poca,
Besando á su hijo la su fría boca
Maldice las manos de quien lo matara;
Maldice la guerra do se comenzara,
Busca con ira crueles querellas,
Niega á sí mesma reparo de aquellas,
Y tal como muerta viviendo se para.
Decía llorando con lengua rabiosa:
Oh matador de mi hijo cruel,
Mataras á mí, dexaras á él,
Que fuera enemiga no tan porfiosa:
Fuera á la madre muy más digna cosa,
Para quien mata llevar menos cargo,
Y no te mostraras á él tan amargo,
Ni triste dexaras á mí querellosa.
Si antes la muerte me fuera ya dada,
Cerrara mi hijo con éstas sus manos
Mis ojos delante de los sus hermanos,
E yo no muriera más de una vegada;
Moriré así muchas desventurada,
Que sola padezco lavar sus heridas,
Con lágrimas tristes y no agradecidas,
Maguer que lloradas por madre cuitada.
Así lamentaba la pía matrona.....

D. ALONSO DE ERCILLA

(DE LA ARAUCANA)

Discordia de los caciques, y discurso de Colocolo

Al tiempo que el beber furioso andaba,
Y mal de las tinajas el partido,
De palabra en palabra se llegaba
A encenderse entre todos gran ruído:
La razón uno de otro no escuchaba;
Sabida la ocasión do había nacido,
Vino sobre cuál era el más valiente
Y digno del gobierno de la gente.
Así creció el furor, que derribando
Las mesas de manjares ocupadas,
Aguijan á las armas, desgajando
Las ramas al depósito obligadas;
Y dellas se aperciben, no cesando
Palabras peligrosas y pesadas,
Que atizaban la cólera encendida
Con el calor del vino y la comida.
El audaz Tucapel claro decía
Que el cargo del mandar le pertenece,
Pues todo el universo conocía
Que si va por valor que lo merece:
«Ninguno se me iguala en valentía,
De mostrarlo estoy presto si se ofrece,

Añade el jactancioso, á quien quisiere;
Y á aquel que esta razón contradijere....»
Sin dejarle acabar, dijo Elicura:
«A mí es dado el gobierno desta danza,
Y el simple que intentare otra locura
Ha de probar el hierro de mi lanza.»
Ongolmo, que el primero ser procura,
Dice: «Yo no he perdido la esperanza
En tanto que este brazo sustentare,
Y con él la ferrada gobernare.»
De cólera Lincoya y rabia insano
Responde: «Tratar deso es devaneo,
Que ser señor del mundo es en mi mano
Si en ella libre este bastón poseo.»—
«Ninguno, dice Ongol, será tan vano,
Que ponga en igualárseme el deseo;
Pues es más el temor que pasaría,
Que la gloria que el hecho le daría.»
Cayocupil glorioso y arrogante
La maza esgrime haciéndose á lo largo,
Diciendo: «Yo veré quien es bastante
A dar de lo que ha dicho más descargo;
Haceos los pretensores adelante,
Veremos de cuál dellos es el cargo;
Que de probar aquí luego me ofrezco,
Que más que todos juntos lo merezco.»—
«Alto, sús, que yo acepto el desafío,
Responde Lemolemo, y tengo en nada
Poner á nueva prueba lo que es mío,
Que más quiero librarlo por la espada:
Mostraré ser verdad lo que porfío
A dos, á cuatro, á seis en la estacada:
Y si todos cuestión queréis conmigo,
Os haré manifiesto lo que digo.»
Purén que estaba aparte, habiendo oído
La plática enconosa y rumor grande,
Diciendo, en medio dellos se ha metido,
Que nadie en su presencia se desmande:
Y ¿quién á imaginar es atrevido,
Que donde está Purén más otro mande?
La grita y el furor se multiplica;
Quién esgrime la maza, y quién la pica.
Tomé y otros caciques se metieron
En medio destos bárbaros de presto,
Y con dificultad los departieron,
Que no hicieron poco en hacer esto:
De herirse lugar aun no tuvieron,
Y en voz airada, ya el temor pospuesto,
Colocolo, el cacique más anciano,
A razonar así tomó la mano.—
«Caciques, del estado defensores,
Codicia del mandar no me convida
A pesarme de veros pretensores
De cosa que á mí tanto era debida;
Porque según mi edad, ya veis, señores,
Que estoy al otro mundo de partida;
Mas el amor que siempre os he mostrado
A bien aconsejaros me ha incitado.
«¿Por qué cargos honrosos pretendemos
Y ser en opinión grande tenidos,
Pues que negar al mundo no podemos
Haber sido sujetos y vencidos?
Y en esto averiguarnos nos queremos
Estando aun de españoles oprimidos:
Mejor fuera esta furia ejecutalla
Contra el fiero enemigo en la batalla.
«¿Qué furor es el vuestro, oh araucanos,
Que á perdición os lleva sin sentillo?
¿Contra nuestras entrañas tenéis manos
Y no contra el tirano en resistillo?
Teniendo tan á golpe á los cristianos,
¿Volvéis contra vosotros el cuchillo?
Si gana de morir os ha movido,
No sea en tan bajo estado y abatido.
«Volved las armas y ánimo furioso
A los pechos de aquellos que os han puesto
En dura sujeción con afrentoso
Partido, á todo el mundo manifiesto;
Lanzad de vos el yugo vergonzoso;
Mostrad vuestro valor y fuerza en esto:
No derraméis la sangre del estado,
Que para redimirnos ha quedado.

«No me pesa de ver la lozanía
De vuestro corazón, antes me esfuerza;
Mas temo que esta vuestra valentía,
Por mal gobierno, el buen camino tuerza;
Que vuelta entre nosotros la porfía,
Degolléis vuestra patria con su fuerza;
Cortad pues, si ha de ser desa manera,
Esta vieja garganta la primera.

«Que esta flaca persona atormentada
De golpes de fortuna, no procura
Sino el agudo filo de una espada,
Pues no la acaba tanta desventura:
Aquella vida es bien afortunada,
Que la temprana muerte la asegura;
Pero á nuestro bien público atendiendo,
Quiero decir en esto lo que entiendo.

«Pares sois en valor y fortaleza,
El cielo os igualó en el nacimiento,
De linaje, de estado y de riqueza
Hizo á todos igual repartimiento;
Y en singular por ánimo y grandeza
Podéis tener del mundo el regimiento,
Que este precioso don no agradecido
Nos ha al presente término traído.

«En la virtud de vuestro brazo espero
Que puede en breve tiempo remediarse;
Mas ha de haber un capitán primero,
Que todos por el quieran gobernarse:
Este será quien más un gran madero
Sustentare en el hombro sin pararse;
Y pues que sois iguales en la suerte,
Procure cada cual ser el más fuerte.»—

Ningún hombre dejó de estar atento
Oyendo del anciano las razones,
Y puesto ya silencio al parlamento
Hubo entre ellos diversas opiniones:
Al fin, de general consentimiento,
Siguiendo las mejores intenciones,
Por todos los caciques, acordado
Lo propuesto del viejo fué acetado. *(Canto II).*

Retrato de Caupolicán.—Su triunfo en la prueba del tronco

Ufano andaba el bárbaro contento
De haberse más que todos señalado;
Cuando Caupolicán á aquel asiento,
Sin gente á la lijera había llegado:
Tenía un ojo sin luz de nacimiento
Como un fino granate colorado:
Pero en lo que en la vista le faltaba,
En la fuerza y esfuerzo le sobraba.

Era este noble mozo de alto hecho,
Varón de autoridad, grave y severo,
Amigo de guardar todo derecho,
Aspero, riguroso y justiciero;
De cuerpo grande y relevado pecho,
Hábil, diestro, fortísimo y ligero,
Sabio, astuto, sagaz, determinado,
Y en cosas de repente reportado.

Fué con alegre muestra recibido,
Aunque no sé si todos se alegraron;
El caso en esta suma referido
Por su término y puntos le contaron.
Viendo que Apolo ya se había escondido
En el profundo mar, determinaron
Que la prueba de aquel se dilatase
Hasta que la esperada luz llegase.

Pasábase la noche en gran porfía,
Que causó esta venida entre la gente;
Cuál se atiene á Lincoya, y cuál decía
Que es el Caupolicano más valiente:
Apuestas en favor y contra había,
Otros sin apostar dudosamente
Hacia el oriente vueltos, aguardaban
Si los fébeos caballos asomaban.

Ya la rosada Aurora comenzaba
Las nubes á bordar de mil labores,
Y á la usada labranza despertaba
La miserable gente y labradores,

Ya á los marchitos campos restauraba
La frescura perdida y sus colores,
Aclarando aquel valle la luz nueva,
Cuando Caupolicán viene á la prueba.
Con un desdén y muestra confiada
Asiendo del troncón duro y ñudoso,
Como si fuera vara delicada
Se le pone en el hombro poderoso:
La gente enmudeció maravillada
De ver el fuerte cuerpo tan nervoso;
La color á Lincoya se le muda,
Poniendo en su vitoria mucha duda.
El bárbaro sagaz despacio andaba,
Y á toda prisa entraba el claro día;
El sol las largas sombras acortaba,
Mas él nunca descrece en su porfía;
Al ocaso la luz se retiraba,
Ni por esto flaqueza en él había;
Las estrellas se muestran claramente,
Y no muestra cansancio aquel valiente.
Salió la clara luna á ver la fiesta,
Del tenebroso albergue húmedo y frío,
Desocupando el campo y la floresta
De un negro velo, lóbrego y sombrío:
Caupolicán no afloja de su apuesta:
Antes con nueva fuerza y mayor brío
Se mueve y representa de manera,
Como si peso alguno no trujera.
Por entre dos altísimos egidos
La esposa de Titón ya parecía,
Los dorados cabellos esparcidos
Que de la fresca helada sacudía,
Con que á los mustios prados florecidos
Con el húmedo humor reverdecía,
Y quedaba engastado así en las flores
Cual perlas entre piedras de colores.
El carro de Faetón sale corriendo
Del mar por el camino acostumbrado:
Sus sombras van los montes recogiendo
De la vista del sol, y el esforzado
Varón el grave peso sosteniendo
Acá y allá se mueve no cansado,
Aunque otra vez la negra sombra espesa
Tornaba á parecer corriendo apriesa.
La luna su salida provechosa
Por un espacio largo dilataba:
Al fin turbia, encendida y perezosa,
De rostro y luz escasa se mostraba;
Paróse al medio curso más hermosa
A ver la extraña prueba en qué paraba;
Y viéndola en el punto y ser primero,
Se derribó en el ártico hemisferio;
Y el bárbaro en el hombro la gran viga
Sin muestra de mudanza y pesadumbre,
Venciendo con esfuerzo la fatiga,
Y creciendo la fuerza por costumbre.
Apolo en seguimiento de su amiga
Tendido había los rayos de su lumbre,
Y el hijo de Leocán en el semblante
Más firme que al principio y más constante.
Era salido el sol cuando el enorme
Peso de las espaldas despedía,
Y un salto dió en lanzándole disforme,
Mostrando que aun más ánimo tenía.
El circunstante pueblo en voz conforme,
Pronunció la sentencia y le decía:
«Sobre tan firmes hombros descargamos
El peso y grave carga que tomamos.»
El nuevo juego y pleito definido,
Con las más ceremonias que supieron
Por sumo capitán fué recibido,
Y á su gobernación se sometieron:
Creció en reputación; fué tan temido
Y en opinión tan grande le tuvieron,
Que ausentes muchas leguas dél temblaban
Y casi como á rey le respetaban. *(Canto II).*

Tormenta que pasaron las naves del Perú entre el río de Maule y puerto de la Concepción

Con tal furia á la nave el viento asalta,
Y fué tan recio y presto el terremoto,
Que la cogió la vela mayor alta,
Y estaba en punto el mástil de ser roto;
Mas viendo el tiempo así turbado, salta
Diciendo á grandes voces el piloto:
¡Larga la triza en banda, larga, larga!
¡Larga presto, ay de mí! que el viento carga.

La braveza del mar, el recio viento,
El clamor, alboroto, las promesas,
El cerrarse la noche en un momento
De negras nubes, lóbregas y espesas:
Los truenos, los relámpagos sin cuento,
Las voces de pilotos, y las priesas
Hacen un són tan triste y armonía,
Que parece que el mundo perecía.

¡Amaina, amaina! gritan marineros,
¡Amaina la mayor! ¡iza trinquete!
Esfuerzan esta voz los pasajeros,
Y á la triza un gran número arremete;
Los otros de tropel corren ligeros,
A la escota, á la braza, al chafaldete;
Mas del viento la fuerza era tan brava,
Que ningún aparejo gobernaba.

Ábrese el cielo, el mar brama alterado,
Gime el soberbio viento embravecido;
En esto un monte de agua levantado
Sobre las nubes con un gran ruído
Embistió el galeón por un costado,
Llevándolo un gran rato sumergido,
Y la gente tragó del temor fuerte,
A vueltas de agua, la esperada muerte.

Mas quiso Dios que de la suerte como
La gran ballena, el cuerpo sacudiendo,
Rompe con el furioso hocico romo
De las olas el ímpetu venciendo,
Descubre y saca el espacioso lomo
En anchos cercos la agua revolviendo;
Así debajo el mar salió el navío
Vertiendo á cada banda un grueso río.

El proceloso bóreas más crecido
La mar hasta los cielos levantaba, [do,
Y aunque era un mangle el mástil muy forni-
Sobre la proa la alta gavia estaba;
La gente con gran fuerza y alarido
En amainar la vela porfiaba,
Que en forma de arco al mástil oprimía,
Y así la racamenta no corría.

Eolo, ó ya fué acaso, ó se doliendo
Del afligido pueblo castellano,
Iba al valiente bóreas recogiendo
Queriendo él encerrarle por su mano;
Y abriendo la caverna, no advirtiendo
Al céfiro que estaba más cercano,
Rotas ya las cadenas á la puerta,
Salió bramando al mar, viéndola abierta.

Y con violento soplo arrebatando
Cuantas nubes halló por el camino,
Se arroja al levantado mar, cerrando
Más la noche con negro torbellino;
Y las valientes olas reparando
Que del furioso cierzo repentino
Iban la vía siguiendo, las airaba,
Y el removido mar más alteraba.

Súbito la borrasca y travesía,
Y un turbión de granizo sacudieron
Por un lado á la nao, y así pendía,
Que al mar las altas gavias descendieron:
Fué la furia tan presta, que aun no había
Amainado la gente, cuando vieron
Los pilotos la costa y viento airado,
Rindieron la esperanza al duro hado.

La nao del mar y viento contrastada
Andaba con la quilla descubierta,

Ya sobre sierras de agua levantada,
Ya debajo del mar toda cubierta:
Vino en esto de viento una grupada
Que abrió á la agua furiosa una ancha puerta,
Rompiendo del trinquete la una escota,
Y la mura mayor fué casi rota.
Alzóse un alarido entre la gente
Pensando haber del todo zozobrado;
Miran al gran piloto atentamente
Que no sabe mandar de atribulado:
Unos dicen: ¡zabordal, otros: ¡detente!
¡Cierra el timón en banda! y cual turbado
Buscaba escotillón, tabla ó madero,
Para tentar el medio postrimero.
Crece el miedo, el clamor se multiplica,
Uno dice: ¡á la mar! otro: ¡arribemos!
Otro da grita: ¡amaina! otro replica:
¡A orza, no amainar, que nos perdemos!
Otro dice: ¡herramientas; pica, pica!
¡Mástiles y obras muertas derribemos!
Atónita de acá y de allá la gente
Corre en montón confuso diligente.
Las gúmenas y jarcias rechinaban
Del turbulento céfiro estiradas,
Y las hinchadas olas rebramaban
En las vecinas rocas quebrantadas:
Que la oscura tiniebla penetraban,
Y cerrazón de nubes intrincadas;
Y así en las peñas ásperas batían
Que blancas hasta el cielo resurtían.
Travesía era el viento, y por vecina
La brava costa de arrecifes llena,
Que del grande reflujo en la marina
Hervia la agua mezclada con la arena;
Rota la escota, larga la bolina,
Suelto el trinquete, sin calar la entena,
Y la poca esperanza quebrantada
Por el furioso viento arrebatada. *(Canto XV).*

Combate naval de Lepanto

Llegado el punto ya del rompimiento
Que los precisos hados señalaron,
Con una furia igual y movimiento
Las potentes armadas se juntaron:
Donde por todas partes á un momento
Los cargados cañones dispararon
Con un terrible estrépito, de modo
Que parecia temblar el mundo todo.
El humo, el fuego, el espantoso estruendo
De los furiosos tiros escupidos,
El recio destroncar y encuentro horrendo
De las proas y mástiles rompidos,
El rumor de las armas estupendo,
Las varias voces, gritos y apellidos,
Todo en revuelta confusión hacía
Espectáculo horrible y armonía.
No la ciudad de Príamo asolada
Por tantas partes sin cesar ardía,
Ni el crudo efecto de la griega espada
Con tal vigor y estrépito se oía,
Como la turca y la cristiana armada,
Que, envuelta en humo y fuego, parecía
No sólo arder el mar, hundirse el suelo,
Pero venirse abajo el alto cielo.
El gallardo don Juan, reconocida
La enemiga real que iba en la frente,
Hundiendo recio el agua rebatida,
Rompe por medio de la llama ardiente;
Mas la turca con ímpetu impelida
Le sale á recibir, donde igualmente
Se embisten con furiosos encontrones
Rompiendo los herrados espolones.
No estaban las reales aferradas,
Cuando de gran tropel sobrevinieron
Siete galeras turcas bien armadas,
Que en la cristiana súbito embistieron;
Pero, de no menor furia llevadas,
Al socorro sobre ellas acudieron

De la derecha y de la izquierda mano
La general del papa y veneciano.
Do con segunda autoridad venía
Por general del sumo quinto Pío
Marco Antonio Colona, á quien seguía
Una escuadra de mozos de gran brío:
Tras la cual al socorro arremetía
Por el camino y paso más vacío
La patrona de España y capitana,
Rompiendo el golpe y multitud pagana.
El príncipe de Parma valeroso,
Que iba en la capitana ginovesa,
Hendiendo el mar revuelto y espumoso
Se arroja en medio de la escuadra apriesa:
La confusión y revolver furioso
Y del humo la negra nube espesa
La codiciosa vista me impedía,
Y así á muchos allí desconocía.
Mons de Leñí con su galera presto
Por su parte embistió y cerró el camino,
Donde llegó de los primeros puesto
El valeroso príncipe de Urbino,
Que á la bárbara furia contrapuesto
Con ánimo y esfuerzo peregrino,
Gallarda y singular prueba hacía
De su valor, virtud y valentía.
Luego con igual ímpetu y denuedo
Llegan unas con otras á abordarse,
Cerrándose tan juntas, que á pie quedo
Pueden con las espadas golpearse:
No bastaba la muerte á poner miedo,
Ni allí se vió peligro rehusarse,
Aunque al arremeter viesen derechos
Disparar los cañones á los pechos.
Así la airada gente, deseosa
De ejecutar sus golpes se juntaban,
Y cual violenta tempestad furiosa
Los tiros y altos brazos descargaban:
Era de ver la priesa hervorosa
Con que las fieras armas meneaban;
La mar de sangre súbito cubierta
Comenzó á recibir la gente muerta.
Por las proas, por popas y costados
Se acometen y ofenden sin sosiego;
Unos cayendo mueren ahogados,
Otros á puro hierro, otros á fuego;
No faltando en los puestos desdichados
Quien á los muertos sucediese luego,
Que muerte, ni rigor de artillería
Jamás bastó á dejar plaza vacía.
Quién por saltar en el bajel contrario
Era en medio del salto atravesado;
Quién por herir sin tiempo al adversario
Caía en el mar de su furor llevado;
Quién con bestial desinio temerario,
En su nadar y fuerzas confiado,
Al odioso enemigo se abrazaba,
Y en las revueltas olas se arrojaba.
¿Cuál será aquel que no temblase, viendo
El fin del mundo y la total ruína;
Tantas gentes á un tiempo pereciendo,
Tanto cañón, bombarda y culebrina?
El sol, los claros rayos recogiendo,
Con faz turbada, de color sanguina,
Entre las negras nubes se escondía,
Por no ver el destrozo de aquel día.
. . . . . .
Y las lanzas y tiros que arrojaban,
Aunque del duro acero resurtiesen,
En las sangrientas olas ya hallaban
Enemigos que en sí los recibiesen:
Y ardiendo en la agua fría peleaban
Sin que al adverso hado se rindiesen,
Hasta el forzoso y postrimero punto
Que faltaba la fuerza y vida junto.
Cuáles, su propia sangre revolviendo,
Andan agonizando sobreaguados;
Cuáles tablas y gúmenas asiendo
Quedan rindiendo el alma enclavijados:
Cuáles, hacer más daño no pudiendo,
A lo menos heridos abrazados,
Se dejan ir al fondo forcejando,

Contentos de morir allí matando.
No es posible contar la gran revuelta,
Y el confuso tumulto y són horrendo:
Vuela la estopa en vivo fuego envuelta,
Alquitrán, y resina, y pez ardiendo:
La presta llama con la brea revuelta
Por la seca madera discurriendo,
Con fieros estallidos y centellas
Creciendo amenazaba las estrellas.
Unos al mar se arrojan por salvarse
Del crudo hierro y llamas perseguidos,
Otros que habían probado el ahogarse
Se alcanzan á los leños encendidos:
Así que, con la gana de escaparse
A cualquiera remedio vano asidos,
Dentro del agua mueren abrasados,
Y en medio de las llamas ahogados.
Muchos, ya con la muerte porfiando,
Su opinión aun muriendo sostenían,
Los tiros y las lanzas apañando
Que de las fuertes armas resurtían:
Y en las huidoras olas estribando
Los ya cansados brazos sacudían,
Empleando en aquellos que topaban
La rabia y pocas fuerzas que quedaban.
Crece el furor y el áspero ruido
Del continuo batir apresurado:
El mar de todas partes rebatido
Hierve y regüelda cuerpos de apretado,
Y sangriento, alterado, y removido,
Cual de contrarios vientos arrojado,
Todo revuelto en una espuma espesa
Las herradas galeras bate apriesa.
En la alta popa junto al estandarte
El ínclito don Juan resplandecía,
Más encendido que el airado Marte,
Cercado de una ilustre compañía:
De allí provee remedio á toda parte,
Acá da priesa, allá socorro envía,
Asegurando á todos su persona
Soberbio triunfo á la naval corona.

(Canto XXIV).

Suplicio de Caupolicán

¡Oh vida miserable y trabajosa
A tantas desventuras sometida!
Prosperidad humana sospechosa,
Pues nunca hubo ninguno sin caída!
¿Qué cosa habrá tan dulce y tan sabrosa
Que no sea amarga al cabo y desabrida?
No hay gusto, no hay placer sin su descuento,
Que el dejo del deleite es el tormento.
Hombres famosos en el siglo ha habido
A quien la vida larga ha deslustrado,
Que el mundo los hubiera preferido
Si la muerte se hubiera anticipado:
Aníbal desto buen ejemplo ha sido,
Y el cónsul que en Farsalia derrocado
Perdió por vivir mucho, no el segundo,
Mas el lugar primero deste mundo.
Esto confirma bien Caupolicano,
Famoso capitán y gran guerrero,
Que en el término américo-indiano
Tuvo en las armas el lugar primero:
Mas cargóle fortuna así la mano,
Dilatándole el término postrero,
Que fué mucho mayor que la subida
La miserable y súbita caída.
El cual reconociendo que su gente
Vacilando en la fe titubeaba,
Viendo que ya la próspera creciente
De su fortuna apriesa declinaba,
Hablar quiso á Reinoso claramente:
Que venido á saber lo que pasaba,
Presente el congregado pueblo todo,
Habló el bárbaro grave deste modo:
«Si á vergonzoso estado reducido
Me hubiera el duro y áspero destino,

Y si esta mi caída hubiera sido
Debajo de hombre y capitán indino,
No tuve el brazo así desfallecido,
Que no abriera á la muerte yo camino
Por este propio pecho con mi espada,
Cumpliendo el curso y mísera jornada.
«Mas, juzgándote digno y de quien puedo
Recibir sin vergüenza yo la vida,
Lo que de mí pretendes te concedo
Luego que á mí me fuere concedida:
Ni pienses que á la muerte tengo miedo,
Que aquesa es de los prósperos temida,
Y en mí por experiencia he ya probado,
Cuán mal le está el vivir á un desdichado.
«Yo soy Caupolicán, que el hado mío
Por tierra derrocó mi fundamento,
Y quien del araucano señorío
Tiene el mando absoluto y regimiento:
La paz está en mi mano y albedrío,
Y el hacer y afirmar cualquier asiento,
Pues tengo por mi cargo y providencia
Toda la tierra en freno y obediencia.
«Soy quien mató á Valdivia en Tucapelo,
Y quien dejó á Purén desmantelado;
Soy el que puso á Penco por el suelo,
Y el que tantas batallas ha ganado;
Pero el revuelto ya contrario cielo
De victorias y triunfos rodeado
Me ponen á tus pies á que te pida
Por un muy breve término la vida.
«Cuando mi causa no sea justa, mira
Que el que perdona más es más clemente;
Y si á venganza la pasión te tira,
Pedirte yo la vida es suficiente;
Aplaca el pecho airado, que la ira
Es en el poderoso impertinente,
Y si en darme la muerte estás ya puesto,
Especie de piedad es darla presto.
«No pienses que aunque muera aquí á tus manos
Ha de faltar cabeza en el estado:
Que luego habrá otros mil Caupolicanos,
Mas como yo ninguno desdichado;
Y pues conoces ya á los araucanos,
Que de ellos soy el mínimo soldado,
Tentar nueva fortuna error sería
Yendo tan cuesta abajo ya la mía.
«Mira que á muchos vences en vencerte;
Frena el ímpetu y cólera dañosa,
Que la ira examina al varón fuerte,
Y el perdonar, venganza es generosa.
La paz común destruyes con mi muerte:
Suspende ahora la espada rigurosa,
Debajo de la cual están á una
Mi desnuda garganta y tu fortuna.
«Aspira á más y á mayor gloria atiende;
No quieras en poca agua así anegarte:
Que lo que la fortuna así pretende
Sólo es que quieras della aprovecharte.
Conoce el tiempo y tu ventura entiende,
Que estoy en tu poder ya de tu parte,
Y muerto no tendrás de cuanto has hecho
Sino un cuerpo de un hombre sin provecho.
«Que si esta mi cabeza desdichada
Pudiera, oh capitán, satisfacerte,
Tendiera el cuello á que con esa espada
Remataras aquí mi triste suerte;
Pero deja la vida condenada
El que procura apresurar su muerte,
Y más en este tiempo, que la mía
La paz universal perturbaría.
«Y pues por la experiencia clara has visto
Que libre y preso, en público y secreto,
De mis soldados soy temido y quisto,
Y está á mi voluntad todo sujeto;
Haré yo establecer la ley de Cristo,
Y que sueltas las armas, te prometo,
Vendrá toda la tierra en mi presencia
A dar al rey Felipe la obediencia.
«Ténme en prisión segura retirado
Hasta que cumpla aquí lo que pusiere;
Que yo sé que el ejército y senado
En todo aprobarán lo que hiciere;

Y el plazo puesto y término pasado,
Podré también morir, si no cumpliere:
Escoge lo que más te agrada desto,
Que para ambas fortunas estoy presto.»
No dijo el indio más, y la respuesta
Sin turbación mirándole atendía,
Y la importante vida ó muerte presta
Callando con igual rostro pedía:
Que por más que fortuna contrapuesta
Procuraba abatirle, no podía,
Guardando, aunque vencido y preso, en todo
Cierto término libre y grave modo.
Hecha la confesión como lo escribo,
Con más rigor y priesa que advertencia,
Luego á empalar y asaetarle vivo
Fué condenado en pública sentencia.
No la muerte y el término excesivo
Causó en su gran semblante diferencia,
Que nunca por mudanzas vez alguna
Pudo mudarle el rostro la fortuna.
Pero mudóle Dios en un momento,
Obrando en él su poderosa mano,
Pues con lumbre de fe y conocimiento
Se quiso bautizar y ser cristiano.
Causó lástima y junto gran contento,
Al circunstante pueblo castellano,
Con grande admiración de todas gentes,
Y espanto de los bárbaros presentes.
Luego aquel triste aunque felice día,
Que con solemnidad le baptizaron,
Y en lo que el tiempo escaso permitía
En la fe verdadera le informaron,
Cercado de una gruesa compañía
De bien armada gente, le sacaron
A padecer la muerte consentida
Con esperanza ya de mejor vida.
Descalzo, destocado, á pie, desnudo,
Dos pesadas cadenas arrastrando,
Con una soga al cuello y grueso ñudo,
De la cual el verdugo iba tirando,
Cercado en torno de armas, y el menudo
Pueblo detrás, mirando y remirando
Si era posible aquello que pasaba,
Que visto por los ojos aun dudaba.
Desta manera pues llegó al tablado,
Que estaba un tiro de arco del asiento,
Media pica del suelo levantado,
De todas partes á la vista exento:
Donde con el esfuerzo acostumbrado,
Sin mudanza y señal de sentimiento,
Por la escala subió tan desenvuelto
Como si de prisiones fuera suelto.
Pues ya en lo más alto, revolviendo
A un lado y á otro la serena frente
Estuvo allí parado un rato, viendo
El gran concurso y multitud de gente
Que el increíble caso y estupendo
Atónita miraba atentamente,
Teniendo á maravilla y gran espanto
Haber podido la fortuna tanto.
Llegóse él mismo al palo donde había
De ser la atroz sentencia ejecutada,
Con un semblante tal, que parecía
Tener aquel terrible trance en nada,
Diciendo: «Pues el hado y suerte mía
Me tienen esta suerte aparejada,
Venga, que yo la pido, yo la quiero,
Que ningún mal hay grande si es postrero.»
Luego llegó el verdugo diligente,
Que era un negro gelofo, mal vestido,
El cual viéndole el bárbaro presente
Para darle la muerte prevenido,
Bien que con rostro y ánimo paciente
Las afrentas demás había sufrido,
Sufrir no pudo aquella aunque postrera,
Diciendo en alta voz desta manera:
«¿Cómo? ¿Qué? ¡En cristiandad y pecho [honrado
Cabe cosa tan fuera de medida,
Que á un hombre como yo tan señalado,
Le dé muerte una mano así abatida!
Basta, hasta morir el más culpado;
Que al fin todo se paga con la vida:

Y es usar deste término conmigo
Inhumana venganza, y no castigo. [tas
«¿No hubiera alguna espada aquí de cuan-
Contra mí se arrancaron á porfía,
Que usada á nuestras míseras gargantas
Cercenara de un golpe aquesta mía?
Que aunque ensaye su fuerza en mí de tantas
Maneras la fortuna en este día,
Acabar no podrá, que bruta mano
Toque al gran general Caupolicano.»
Esto dicho, y alzando el pie derecho,
Aunque de las cadenas impedido,
Dió tal coz al verdugo, que gran trecho
Le echó rodando abajo mal herido:
Reprehendido el impaciente hecho,
Y él del súbito enojo reducido,
Le sentaron después con poca ayuda
Sobre la punta de la estaca aguda.
No el aguzado palo penetrante,
Por más que las entrañas le rompiese
Barrenándole el cuerpo, fué bastante
A que al dolor intenso se rindiese:
Que con sereno término y semblante
Sin que labio ni ceja retorciese,
Sosegado quedó, de la manera
Que si sentado en tálamo estuviera.
En esto seis flecheros señalados,
Que prevenidos para aquello estaban,
Treinta pasos de trecho desviados,
Por orden y despacio le tiraban:
Y aunque en toda maldad ejercitados,
A despedir la flecha vacilaban,
Temiendo poner mano en un tal hombre
De tanta autoridad y tan gran nombre.
Mas fortuna cruel, que ya tenía
Tan poco por hacer y tanto hecho,
Si tiro alguno avieso allí salía,
Forzando el curso le traía derecho;
Y en breve sin dejar parte vacía
De cien flechas quedó pasado el pecho,
Por do aquel grande espíritu echó fuera,
Que por menos heridas no cupiera.
Paréceme que siento enternecido
Al más cruel y endurecido oyente
Deste bárbaro caso referido,
Al cual, Señor, no estuve yo presente:
Que á la nueva conquista había partido
De la remota y nunca vista gente;
Que, si yo á la sazón allí estuviera,
La cruda ejecución se suspendiera.
Quedó abiertos los ojos, y de suerte
Que por vivo llegaban á mirarle:
Que la amarilla y afeada muerte
No pudo aun puesto allí desfigurarle.
Era el miedo en los bárbaros tan fuerte,
Que no osaban dejar de respetarle;
Ni allí se vió en alguno tal denuedo
Que puesto cerca dél no hubiese miedo.

(Canto XXXIV).

CRISTÓBAL DE VIRUÉS

(DEL MONSERRATE)

Descripción de Montserrat

Monserrate, señor, la alta montaña
Cuyas grandezas gustas que te cuente,
Tras el suceso de mi vida extraña
Que he referido ya sumariamente,
Está situada en la felice España,
Casi en el medio de la noble gente
De que es cabeza Barcelona ilustre,
Grande ciudad, de gran riqueza y lustre;

De quien hacia poniente está distante
Siete leguas, y doce á tramontana
Tiene los Pirineos, y delante
Al mediodía la marina llana;
Por donde, cuando sale de levante
La clara luz de quien el día mana,
Los rayos de oro que en el agua altera,
En el hermoso monte reverbera.
Cuatro leguas ocupa de la sierra
El ancho asiento al rededor medido;
Y el grande río que en el mar se encierra
Allí donde yo fuí del mar traído,
Fertiliza del pie la verde tierra,
De las aguas del monte enriquecido,
Que son muchas, muy claras y agradables,
Dulces, süaves, frías, saludables.
La belleza, la gala y compostura
De toda la montaña es admirable;
La varia y hermosísima espesura
No puede ser más linda y agradable;
La eterna y fertilísima verdura
Es en extremo dulce y deleitable:
Hasta los riscos ásperos y yertos
Están de flores y árboles cubiertos.
Los riscos, cuyas cimas hasta el cielo
En forma de pirámides subidas,
Bastan á divertir y dar consuelo
A las más tristes almas y afligidas;
Que ora cubiertas de importuno hielo,
Ora se muestren verdes y floridas,
Sólo el orden y traza de su asiento,
Cuanto es de admiración, es de contento.
Ni en los famosos Tempes de Tesalia,
En la mayor riqueza del Peneo,
Ni donde más las ninfas de Castalia
Enriquece el arroyo Pegaseo,
Ni en la aurífera Hesperia, ni en Italia,
Ni en lo mejor del Árabe ó Sabeo,
Algún lugar con Monserrate igualo
En belleza admirable y en regalo.
Cual famosa ciudad puesta en la raya
Del enemigo reino poderoso,
Donde mil torres y atalayas haya
Sobre un asiento altísimo y hermoso,
Y que entre el cerco, torre y atalaya
Se muestre el alto templo suntuoso,
La casa principal, los capiteles,
Las almenas, las cruces y pineles;
Así parece desde lejos vista
La sierra, porque están los picos puestos
Con tal concierto, que uno de otro dista
Casi á nivel en el altura y puestos:
Engañan al juicio y á la vista,
Que parece por arte estar dispuestos,
Y por entre ellos ver con varias luces
Templos, almenas, capiteles, cruces.
Están las peñas como si aserradas
O partidas á mano hubiesen sido,
Menos ó más en partes levantadas,
Según menos ó más hayan crecido;
Y de vellas la gente así cortadas,
Y el monte en tantas partes dividido,
Fué *Mont Serrat* en catalán llamado,
Que es lo mismo decir monte aserrado.
Pero la universal lengua de España,
De *Mont Serrat* llamóle Monserrate,
Y así se ha de llamar esta montaña
Por cualquier que en tal lengua della trate;
Fuera otra cosa afectación extraña,
Y quitar á la lengua su quilate,
Pues es en ella propio ya tal nombre,
Y así es razón, señor, que yo la nombre.
Aunque es mejor nombralla un paraíso,
Según es la alegría y el consuelo
De que dotar del monte el aire quiso
El liberal y favorable cielo:
Gozo divino, celestial aviso
Lleno de clara luz, claro desvelo
Influye el rico clima eternamente
Del fértil y alto monte al aire ambiente.
Y á las innumerables plantas bellas
Influye varios y abundantes frutos,

De que con liberales manos ellas
Al hombre en todo tiempo den tributos;
Y á las yerbas y flores como estrellas
Hasta en los secos riscos más enjutos,
De quien el viento ofrezca á los sentidos
Los ámbares y almizques más subidos.
De fieras y aves ¿quién pintar podría
La multitud, belleza y mansedumbre?
De sus voces y cantos y armonía
¿Quién referir el gusto en su costumbre?
Hacen al hombre amiga compañía,
Cual si razón humana las alumbre,
Con gusto que el espíritu levanta
Al Hacedor de maravilla tanta.
Y así las espesuras espantosas,
Las fieras y aves, plantas, frutos, flores,
Las altas sendas, ásperas, fragosas,
La regalada suavidad de olores,
Las oscuras cavernas temerosas,
Y del aire los claros resplandores
Se conforman de suerte en dar contento,
Que no desea más el pensamiento.
Y el ver desde amenísimos lugares
Que tiene á cada paso la montaña,
Mil sierras, mil llanuras, mil lugares,
Los altos montes, término de España;
Y aun las fértiles islas Baleares
Se pueden ver, tal es su altura extraña,
Que están dentro del mar doscientas millas,
Enfrente de las íberas orillas.
Es un regalo, un gozo, una belleza,
Y un entretenimiento tan gustoso,
Que levanta el espíritu á la alteza
Del deseado celestial reposo:
Al fin, allí extremó naturaleza
Todo lo más süave y más hermoso,
Y todo lo que más mueve y aviva
La santa soledad contemplativa.

BERNARDO DE VALBUENA

(DE *EL BERNARDO*)

Descripción de una ermita del Cabo de S. Vicente, y del paisaje

De veinte pies, en proporción cuadrado,
Dentro de un risco un patio se hacía,
De un bastante pretil acompañado
Por la parte de oriente y mediodía,
Y por todas las otras abrigado
De un peñasco que al cielo se subía,
Y hacia el frío norte una caverna hecha,
Ancha en los senos, y en la boca estrecha.
Parece que el Autor del mundo quiso
Cuando labró aquel risco de su mano,
Un mirador hacer del paraíso
En lo escondido de su breve llano;
Y en medio dél un templo de su aviso,
Cuyo altar y sagrario soberano
La estrecha cueva fuese, y su capilla
De los siglos la octava maravilla.
La parte superior, que á la inclemencia
Del riguroso tiempo está rendida,
La humana industria, en sabia diligencia,
De enjutas palmas la tenía vestida;
Y del grave ermitaño la prudencia
Así la estrecha cuadra repartida,
Que era humilde oratorio, y contra el viento
Albergue sano y cómodo aposento.
La limpia gruta que de altar servía
Con tapices de palmas entoldada,
Que el sabio anciano con primor tejía
Para vestirse á sí y á su morada:
Ya pudo usar mejor tapicería
Un tiempo, pero aquella fué prestada,

Y así al mejor se le acabó, mas ésta
Eterna quedará en su templo puesta.
Del sangriento calvario el gran trofeo,
De flores recamado por defuera,
Al sacro altar devoto camafeo,
Y pía reverencia al lugar era,
Y á los presentes general deseo
De conocer la majestad severa
Del dueño; mas ninguno hay tan osado
Que á decirle se atreva su cuidado.
Mas, viendo del altísimo antepecho
El mundo que á los ojos descubría,
Muda estatua el más sabio quedó hecho,
Absorto contemplando lo que vía:
Del mar profundo un largo y ancho trecho,
Que mudables espejos parecía,
Y entre sus crespas olas, de aire llenas,
Los delfines cruzando y las ballenas.
El risco altivo en un diluvio entero
De luciente cristal las selvas moja,
Que de aquel desigual despeñadero
Con espantoso estruendo al mal se arroja;
Y de una peña en otra, á lo postrero
Del monte hirviendo da su espuma floja,
Haciendo antes pedazos por los riscos
Cristales, flores, perlas y lentiscos.
Por otra parte el monte, cuyos pinos
Parece que se esconden en el cielo,
Y entre tajadas peñas los espinos
De rocas cubren y boscaje el suelo:
Trepa la hiedra, suben remolinos
De flores y de yerba por señuelo
Al presto gamo que por ellas salta,
Y de verlas temblar se sobresalta.
Silban por entre almeces y algarrobos
Las mirlas, las calandrias y jilgueros;
Retozan por la grama y dan corcovos
Las liebres y gazapos placenteros:
Huyen los ciervos, rumian los escobos
Las cabras, y en las peñas y agujeros
El conejo se esconde, y por sus quiebras
Enroscadas asoman las culebras.
Todo esto al són del bosque y del rüido
Del río que por riscos se despeña,
De las aves el canto no aprendido
Y del monte la verde y crespa greña:
Desde aquel alto y abreviado nido
Que labró el cielo en medio de una peña,
Se ven, sin otras nuevas maravillas,
Resacas de la mar y sus orillas. *(Lib. XII).*

Fertilidad de España

Penetrada con vientos de ambos mares,
Conserva un aire limpio y cielo sano,
Y de riquezas llena singulares,
No hay quien no tenga algunas de su mano:
No todas cosas dan todos lugares,
Ni el mundo es todo cuesta ó todo llano:
La India envía marfil, la Arabia incienso,
Perlas el mar, y á él los ríos censo.
Seda el Catay, el Alpe da cristales,
Paro alabastro, Candia alegre vino,
Piedras Ormuz, Sicilia sus corales,
Vasos Corinto, el Ganges oro fino,
Jaspes Copto, Preneste pedernales,
Scitia las blandas martas, y el benino
Aire de Tible miel, y Tiro ufana
En sus conchas la púrpura de grana.
Por todo el mundo, del empíreo cielo
Dones descienden de influencias varias;
Esta grandeza es propia deste suelo,
La otra de aquel, destotro las contrarias;
Aquí extraño calor, acullá hielo,
Cosas raras aquí, y allí ordinarias:
Sólo los campos fértiles de España
Ninguna cosa tienen por extraña.
A la seda de Murcia y de Granada,
De Toledo y Valencia, ¿quién le llega

Cuando el gusano en cama regalada
De frescas hojas de moral se pega,
Y allí encantado, en bóveda cerrada
Al dulce sueño del morir se entrega,
Dejando sus capullos y edificios
En herencia al regalo y á sus vicios?
Al cristal lusitano y á las martas
Gallegas ¿quién iguala, ó al coral fino
Del catalano golfo, cuando en sartas
Por un cuello se anuda alabastrino?
¿Quién al rojo oro en granos con que hartas,
Oh España, la hambre del vecino
Bárbaro alarbe ó apartado griego,
Que á todos tu afición quita el sosiego?
No engendra Ormuz más fina pedrería
Que tu Puebla, Morón y Caridemo,
Ni á las turquesas que Zamora cría
Llega el Oriente en su mayor extremo:
A tus jaspes no igualan los que envía
El Paro, el Copto ni el helado Hemo;
Ni á la miel de Bejer y la de Baza
De Júpiter el néctar de su taza.
Sus búcaros de barros lusitanos
Exceden los de Dódome y Corinto,
Y la loza del pueblo toledano
En color la esmeralda y el jacinto;
Sus vinos al falerno y al greciano,
De Yepes, San Martín, Ocaña y Pinto,
Alami, Ribadavia, Coca y Toro,
De humana ambrosia celestial tesoro.
¿Qué pudo repartir el mundo al cielo
Para el provecho humano ó su deleite,
Que le negase á este dichoso suelo,
Y en él no sirva de virtud ó afeite?
Aquí un fértil sembrado, allá un majuelo,
Acá un lagar de vino, allá de aceite;
La cabra, el toro, el oso, el ciervo, el gamo,
Y la perdiz burlada del reclamo.
Si á Colcos dió valor un vellocino,
Y fama en tantos siglos y naciones,
Por solo un lustre de oro peregrino
Que en sus guedejas daba reflexiones:
¡Cuánto le exceden en precioso y fino
Del extremeño campo los vellones,
Y á las conchas de Tiro y á sus riscos,
La grana que se cuaja en sus lentiscos!
Cuanto al sustento y pompa es necesario
Sobre su noble tierra abrió camino:
El rojo trigo, el vino, el jaspe vario,
El lustroso azabache, el mármol fino,
El hierro duro, el cobre su contrario,
El liviano algodón, el blando lino,
El vivo azogue, el solimán y afeite
Y de Sevilla y Écija el aceite.
Su bronce, plata, estaño y sus alumbres
Al mundo dejan bastecido y harto,
Cuyas reventaciones por las cumbres
Los montes vierten con felice parto:
Goza del fino acero las vislumbres,
La rica greña del humilde esparto,
El lustroso alcohol, y el pardo lomo
Que en masas crece de pesado plomo.
Los montes, de un alegre abril mancha-
De frescas yerbas olorosas llenos, [dos,
De laurel verde y cedros encrespados,
Los sombríos bosques tejen más amenos:
Cárdenos lirios, alelís morados,
Rojos claveles, y en los hondos senos
De sus valles, tomillo y rojo acanto,
El fértil trébol y el romero santo.
Desto sus campos labran las alfombras
Con que el florido abril los entapiza,
De más fino color y alegres sombras
Que las que Persia para ti matiza:
Y si destas grandezas no te asombras,
Oye con que de nuevo te autoriza
En los soberbios ánimos valientes
De sus gallardas invencibles gentes.

(Lib. XVI).

Batalla de Roncesvalles

El nuevo orgullo del cercano día,
Que había de ser de tantos el postrero,
Al clarín de oro despertó, que hacía
Pomposa salva el rayo del lucero:
Resonó el aire, y el furor que ardía
Las fuerzas refinó al templado acero
De aquellos mundos, que en dudosa suerte,
Las estrellas guiaban á la muerte.

Con el furor que la impelida llama
De un recio viento á un bosque seco arroja
La tragadora furia, en que arde y brama
En resonante hervir la selva roja:
Suda el verde laurel, arde la grama,
Vuela del fresno en humo el tronco y hoja,
Y todo al fin por do el incendio pasa,
El monte asombra y su ladera abrasa;

Así, al son de trompetas y atambores,
Y con igual furor, sube marchando
Por los riscos altivos miradores
Del grave Pirineo, el francés bando;
Tiemblan los pinos, gimen los alcores
Debajo el grave peso; y no bastando
A refrenar su furia; el valle escaso
Les da á no poder más humilde el paso.

El viejo y encorvado Pirineo,
A quien del cielo el brazo eterno puso
Con riendas de oro al paso del deseo
De un pueblo y otro, de su trato y uso;
Y por mejor y altísimo trofeo
De paz y eternas treguas le compuso
Entre las dos naciones, que feroces,
Hoy su sosiego han perturbado á voces;

«¿Quién, dijo, con tan bárbaros intentos
Del mundo la quietud ha rebelado? [tos
¿Qué nuevos monstruos de ánimos violen-
Por mis revueltas breñas se han sembrado?
A ¿qué fin con tan graves movimientos
De armas mi inculto seno veo preñado,
Que con ciego alboroto y son de guerra
Los confines asordan de mi tierra?....»

Vanse acercando, suenan los clarines
Entre las peñas con quebrados ecos;
Y puestos ya en los últimos confines
Del fatal monte y sus peñascos huecos,
Del vario tiempo los dudosos fines,
Y del triste hado los variables truecos
Su orgullo asombran: y al dudoso caso
Suspenso dan el amagado paso.

Muévense entrambos campos: semejantes
A dos tejidas selvas, cuyos pinos
Son espigadas lanzas relumbrantes,
Y las copadas hayas yelmos finos:
Las ramas sus plumeros tremolantes,
Donde hace el viento bellos remolinos;
Y á las varias centellas del acero [tero.
En que el Sol quiebra, se arde el bosque en-

Llega junta á chocar la muchedumbre
Al son de belicosos instrumentos,
Gimió de Roncesvalles la alta cumbre
En roncos y tristísimos acentos:
Suena el acero, asombra su vislumbre,
Y el Pirineo tembló por sus cimientos;
Las madres dentro en los vecinos techos
Sus hijos abrigaron á sus pechos.

El bravo Durandarte, el gran Ricardo,
Gaiferos, Naimo, Otón y Belenguero,
Anselmo, don Turpín, Avivio, Alardo,
El alemán Godofre, el fiel Rainero,
De todos hecho un escuadrón gallardo,
Lanzando rayos de su ardiente acero,
Por el revuelto ejército de España
Rompiendo van en mortandad extraña.

Destrozan, hieren, matan sin concierto,
Rompen, desarman, y en sangriento lago
Un número increíble dejan muerto,
Y entre los vivos un horrible estrago:

Quién el costado, quién el cuerpo abierto,
Sin sentir de la muerte bebió el trago;
Aquí uno, dos allí y acullá ciento,
Por tierra arroja su furor violento.
A un tiempo ambos ejércitos difusos
Sin orden, modo, sin concierto ni arte,
En espantosa trápala los usos
Y reglas quiebran del sangriento Marte:
En ciegas tropas, y en montón confusos,
De aquí y de allí, por esta y la otra parte,
De á caballo y de á pie, todos á una
Al gran desmán se mezclan de fortuna.
Ni los diestros sargentos, ni el prudente
Capitán pueden reducir á modo,
La descompuesta confusión de gente
En que se enreda y enmaraña todo:
Mezclados el cobarde y el valiente,
El español, francés, normando y godo,
El noble y el plebeyo, el alto, el bajo,
El que viste armas y el que no las trajo.
Retumba el hueco valle á los acentos
Del ronco y triste son de las espadas;
Hieren las voces los confusos vientos,
Y el romper de las armas encontradas:
Corren del monte horribles ríos sangrientos
Volcando arneses, grebas y celadas
A los vecinos vallès, ya cubiertos [tos.....
De enteros escuadrones de hombres muer–
(Lib. XVII).

MAESTRO FRAY DIEGO DE HOJEDA

DE LA ORDEN DE SANTO DOMINGO

(DE LA CRISTIADA)

Proposición é invocación: última cena de Jesús con sus discípulos

Canto al Hijo de Dios, humano y muerto
Con dolores y afrentas por el hombre:
Musa divina, en su costado abierto
Baña mi lengua y muévela en su nombre,
Porque suene mi voz con tal concierto,
Que, los oídos halagando, asombre
Al rudo y sabio, y el cristiano gusto
Halle provecho en un deleite justo.
Dime también los pasos que, obediente,
Desde el huerto al Calvario Cristo anduvo
Preso, y juzgado de la fiera gente,
Que viendo á Dios morir sin miedo estuvo:
Y el edificio de almas eminente
Que cansado y herido en peso tuvo;
De ilustres hijos el linaje santo,
Del cielo el gozo y del infierno el llanto....
Cuando la Pascua, de misterios llena
En sombras antes, pero ya en verdades,
Llena de ansia y quietud, de gloria y pena,
Varias, mas bien unidas propiedades,
Se llegaba, y la noche de la cena
Y aurora de las dulces amistades
Entre Dios y los hombres, en que quiso
Ser Dios manjar del nuevo paraíso;
Entonces el Señor que manda el cielo
Y franco á sus ministros da la tierra,
Rico de amor y pobre de consuelo
El que en su mano el gozo eterno encierra,
Y ardiendo en aquel santo y limpio celo
Que desde que nació le hizo guerra,
Ordenó que su noble apostolado
Celebrase el fasé, convite usado.
Era el fasé la cena del Cordero,
Que el mayor sacramento figuraba,
Y allá en Egipto se comió primero
Cuando el pueblo de Dios cautivo estaba:

Y celebrarlo quiso el verdadero
Que en él como en imagen se mostraba,
Para dar fin dichoso á la figura
Con su sagrado cuerpo y sangre pura.
Puesta la mesa, pues, y el manjar puesto,
Y juntos los discípulos amados,
Y por el orden del Señor dispuesto,
Todos en sus lugares asentados,
Su amor pretende hacerles manifiesto,
Y los labios de gracia rociados
Muestra, y envuelve en caridad suave
Estas palabras de su pecho grave:
«De comer con vosotros un deseo
Eficaz y ardentísimo he tenido
En esta Pascua, y por mi bien lo veo
Primero que padezca ya cumplido:
Este regalo, amigos, este aseo,
De vuestras dulces manos recibido,
No lo tendré otra vez hasta que llegue
Al reino do glorioso en paz sosiegue.»
Dijo, y mirando á todos igualmente
Con amorosa vista y blandos ojos,
Y un suspiro del alma vehemente,
(Señal de pena, sí, mas no de enojos)
Su plática prosigue conveniente,
Y despliega otra vez sus labios rojos,
Mientras come en su plato el falso amigo,
Que ya su apóstol fué y es su enemigo.
«Y uno me ha de entregar, dice, á la muer-
Uno de este pequeño apostolado: [te,
Mas ¡ay de su infeliz y mala suerte!»
Añadió luego en lágrimas bañado.
Una grande tristeza, un dolor fuerte,
De asombro lleno y de pavor cercado,
A todos los discípulos rodea,
Medrosos de traición tan grave y fea.
Y cada cual pregunta espavorido:
«¿Soy yo por desventura, oh buen maestro?»
Y responde el Señor entristecido,
Y en desdoblar fingidas almas diestro:
«Entregaráme aleve y atrevido,
Del número dichoso y lugar vuestro
El que conmigo mete aquí la mano,
Y de mi plato ahora come ufano.
Pero el Hijo del hombre al fin camina
Como está de su vida y muerte escrito:
Mas ¡ay del que su venta determina
Y fácil osa tan atroz delito!
¡Ay del triste que á Dios el pecho inclina
Siguiendo mal su bárbaro apetito!
No haber salido á luz mejor le fuera,
Porque en ella su culpa no se viera.»
Sobre tendidos lechos recostados
Los nietos de Israel comer solían;
Y en su seno los hijos regalados,
O más caros discípulos, tenían.
Así estaban por orden asentados
Los que en la mesa con Jesús comían,
Y en su seno el discípulo querido
Compuesto, acariciado, y acogido.
Pedro, que cual pontífice supremo
Gozaba atento del lugar segundo,
Notando en Cristo el admirable extremo
Del decir grave y del callar profundo:
«Aunque bajeza tal de mí no temo, [do,
Por más que corra el tiempo y ruede el mun-
(Al apóstol amado y amoroso
Dijo) sabed quién es el alevoso.»
Juan á Cristo pregunta por el triste
Que pretende hacer caso tan feo;
Tú en secreto, Señor, lo descubriste
Para satisfacer á su deseo:
Que avengozar á Judas no quisiste
Que era oculto, si bien odioso, reo,
Su honor guardando al pérfido enemigo,
Como si fuera santo y dulce amigo.
Mas él, herida la feroz conciencia,
Y estremecido el temeroso pecho,
Ya de aquella real sabia presencia,
Ya de su enorme y temerario hecho,
Con velo de fingida reverencia
Cela su furia, cubre su despecho,

Y, «¿soy yo?» dice, ved cómo se esconde,
Y «tú lo dices,» Cristo le responde.
Otro quedara con razón pasmado,
La sangre al corazón se le huyera,
La vista ciega y el amor robado
Ni hablar, ni sentir, ni estar pudiera:
Mas él disimuló desvergonzado,
Que osa más libre la maldad más fiera,
Y alma que vende á Dios, Dios no le asombra,
Y atrévese en la luz como en la sombra.
Pues acabada la primera cena,
Y ya el cordero de la ley comido,
Cristo el más singular banquete ordena
Que el mundo imaginó, ni el cielo ha oído:
Con pecho sosegado y faz serena,
Aunque por tal discípulo vendido,
Gracioso de la mesa se levanta,
Y otra les apercibe sacrosanta.
Mas antes quiere con sus propias manos
Los pies lavarles, con sus manos bellas;
Que adoran los supremos cortesanos
Viéndose indignos de tocar en ellas.
Y despeja los miembros soberanos,
Resplandecientes más que las estrellas,
De su vestido y ropas convivales,
Al tiempo usadas de convites tales.
Y sabiendo también que el Padre Eterno
En sus preciosas manos puesto había
Del ancho mundo el general gobierno
Y del reino inmortal la monarquía,
Humilde y amoroso, afable y tierno
Fuego en las almas, y agua en la bacía
Echa, y para lavar los pies, en tierra
Se postra el que en un puño el orbe encierra.
Estaban todos en el orden puestos
Que el Señor les trazó, y así ordenados
Con rostros bajos y ánimos honestos
Al buen Jesús miraban asombrados;
A su divina voluntad dispuestos
Y della misma y dél avergonzados,
Se encogían temblando, y Pedro solo
Trató de resistir, y ejecutólo.
Llegó, pues, Cristo, puso en tierra el vaso,
El lienzo apercibió, tendió la diestra,
Y absorto Pedro de tan nuevo caso,
(Aun más no viendo que una simple muestra)
Saltó animoso, dando atrás un paso
(Que al osado el amor valiente adiestra)
Y dijo: «¿para aquesto me buscabas?
¿Tú á mí, Señor, tú á mí los pies me lavas?»
Cristo, de su discípulo piadoso
El celo ponderando y la defensa,
Grave y sereno, dulce y amoroso
Responde á Pedro, que excusarse piensa:
«En este gran misterio religioso
Lo que yo intento y el amor dispensa
Ahora no lo sabes, y porfías,
Mas sabraslo después de algunos días....»
Lavó, pues, con sus manos amorosas
Los pies á Pedro, con aquellas manos
Blancas, suaves, puras y hermosas
De linda tez y dedos sobrehumanos;
Mostrándose las aguas religiosas,
De blanda espuma sus cristales canos
Argentaban alegres y festivas,
Émulas de las fuentes de aguas vivas.
Las secas flores que en el vaso estaban
Tocadas del Señor reverdecían,
De su beldad beldad participaban,
Y olor de sus olores recibían:
Sus dulces manos con amor besaban
Con las hojas, ó labios que fingían,
Todas, en ser primeras, compitiendo
Con envidia suave, y mudo estruendo.
El agua que en sus palmas venerables
Iba, de puro gozo alborozada,
Si no conceptos, voces admirables
Formar quisiera, de ellas regalada:
Y lavando los pies, en agradables
Gotas ó ricas perlas desatada,
Se desdeñaba de tocar el suelo,
Por ser agua que estuvo sobre el cielo.

Así lavó los pies á sus amigos,
Que siempre amó y al fin más dulcemente:
Así los hizo de su amor testigos,
De su fe pura y de su celo ardiente:
Regalo, que á protervos enemigos
De inexorable pecho y dura frente
En suaves hermanos convirtiera,
Y no amansó de Judas la alma fiera.

Llegóse, pues, al pérfido y terrible,
Y las rodillas en la tierra puso,
Y con semblante le miró apacible,
Y los pies en sus manos le compuso:
Con un suspiro le habló sentible,
Mas no quedó el sacrílego confuso:
Y comenzó á lavarle, acariciando
Sus pies con agua limpia y toque blando.

Las bellas manos de Jesús bañadas,
Cual herido del sol cristal, lucían,
Y de aquellos indignos pies tocadas
Con cierta viva luz resplandecían:
Piedras preciosas en el lodo echadas,
O refulgentes rayos parecían,
Que ni ellas menos que en la mina valen,
Y ellos del muladar más limpios salen.

Siempre que se humilló Cristo en la tierra
Glorioso el Padre lo ensalzó en el cielo:
Nació en Belén, y la vecina sierra
De ángeles vió poblada y rico el suelo:
Hízole Herodes envidiosa guerra,
Y él á Egipto huyó con presto vuelo,
Y al niño Dios los ídolos gigantes
Postraron sus vestidos rozagantes.

Quiso ya el Salvador ser bautizado,
Y rasgó el cielo su maciza cumbre,
Y predicóle Dios por Hijo amado,
Y el Jordán se ciñó de nueva lumbre:
En el yermo y el templo fué tentado,
Y sufriólo con blanda mansedumbre,
Y á servirle bajaron obedientes
Los que beben del bien las puras fuentes.

Púsose ahora humilde y amoroso
A los pies de este aleve y fementido,
Y no sé qué de excelso y luminoso
Resplandeció en su rostro esclarecido:
No sé qué de excelente y generoso
El noble cuerpo á Judas abatido
Y las divinas manos rodeaba,
Cuando con ellas al traidor bañaba.

Como al que atento mira al sol armado
En el zenit de puntas de diamantes,
La misma luz lo deja deslumbrado,
Justo castigo de ojos arrogantes:
Así de vista y de razón privado
Quedó el fiero á los visos rutilantes
De aquellas manos, y confuso y ciego,
Ausentarse intentó de Cristo luego.

Lavó, pues, y besóle dulcemente
Los pies al duro, con sus tiernos labios,
Y medio pronunciado un ¡ay! doliente
Despidió, lleno de conceptos sabios:
Y grave, generoso y eminente
Despreciador de ofensas y de agravios,
Sosegado tomó su vestidura
Y así habló con singular mesura:

«Veis como con vosotros he tratado:
Maestro me llamáis, y Señor nuestro,
Y conveniente nombre me habéis dado,
Que soy Señor de todos y Maestro:
Pues si yo, yo los pies os he lavado,
Maestro siendo, y siendo Señor vuestro,
También debéis lavároslos vosotros
Con humildad los unos á los otros.»

(Libro I).

Oración de Jesús en el huerto mientras los discípulos duermen.—Vestidura alegórica en que se representan los pecados de los hombres

Ya el santo ungido con virtud eterna
De gracia personal y unción divina,
Todo abrasado en caridad interna
Al huerto sale: á padecer camina
El que la inmensa fábrica gobierna
Que sobre el mundo temporal se empina:
A padecer camina, atormentado
De su mismo gravísimo cuidado.....
Con tardas huellas va, con paso lento,
De su amor y su pena combatido,
Y su elevado y noble entendimiento
A su pasión y cruz, y muerte asido:
La vista baja, el rostro macilento,
De lágrimas el suelo humedecido,
Y el desalado suspirar dan muestra
Que teme en Dios del mismo Dios la diestra.
La noche oscura con su negro manto
Cubriendo estaba el asombrado cielo,
Que por ver á su Dios resuelto en llanto
Rasgar quisiera el tenebroso velo:
Y vestido de luz, lleno de espanto
Bajar con humildad profunda al suelo
A recojer las lágrimas que envía
De aquellos tiernos ojos y alma pía.
Con silbo ronco el espantado viento
Al eco tristes voces infundía,
Y el agua con lloroso movimiento
Las piedras que tocaba enternecía:
El valle, á su confusa voz atento,
Suspiros de sus cuevas despedía:
Suspira el valle, duerme el hombre; quiso
El valle al hombre dar un blando aviso.
Como el anciano padre valeroso,
Cuando la amada hija en rico lecho
Durmiendo goza del común reposo,
Que el alma quieta y apacigua el pecho,
Atento vela, y nota cuidadoso
Con graves ojos su mayor provecho,
Procurando hallar marido ilustre
Que dé á la hija honor y al padre lustre;
Así Dios, de mortal carne vestido,
Cuando sueño mortal los miembros flojos
De los hombres derriba el torpe olvido,
Y al cuerpo y la razón cierra los ojos,
La faz turbada, el ánimo herido
Con duras puntas de ásperos abrojos,
Por ellos vela en oración postrado.
¡Oh buen Dios, por dormidos desvelado!
Mas tú, santa oración, virtud divina,
Que á sacar una imagen verdadera
De tu misma excelencia peregrina
Bajaste al huerto con veloz carrera;
Y aquella cara de alabanzas digna,
Cual si tu venerable rostro fuera,
Para aprender tu oficio dibujaste,
¿Qué viste, ¡oh gran virtud! y qué pintaste?
Viste que lejos de sus tres amigos,
Y como de tres partes arrancado,
Fué á lidiar con sus fieros enemigos,
Para vencer en tierra derribado:
Viste que hizo de su afán testigos
A los hombres, por ellos humillado,
En sí mismo tomando los dolores
De ellos, como fiador de pecadores.
Así es verdad, que en su tragedia triste
La figura de todos representa,
Y de sus culpas una ropa viste
Tejida en maldición, hecha en afrenta:
Vistiósela, y ahora no resiste
Ser echado por ella en la tormenta
Cual otro Jonas; antes le parece
Que ya perdón con ella les merece.
Por eso, cual si fuera miserable
Injusto pecador, se postra en tierra,

Y barre con su rostro venerable
El polvo que á Dios hizo tanta guerra:
La vestidura, pues, abominable
De siete fajas consta, y siete encierra
Tejidas de pecados telas varias,
Si bien unidas, entre sí contrarias.
En la primera está la majestuosa
Libre SOBERBIA, grave y empinada,
En una silla de marfil preciosa
Con ancha pompa de ambición sentada:
Corona de oro ciñe su enojosa
Descomedida frente, y su hinchada,
Enhiesta, cruel garganta collar rico:
Para lo que le arrastra el mundo es chico.
Entre luz de relámpagos furiosos,
Y nubes negras de soberbias cumbres
Se ven emperadores orgullosos,
De alma feroz y bárbaras costumbres.
Y aparecen Nabucos ambiciosos
En asombradas, hórridas vislumbres,
Por inmortales dioses adorados,
Y á la muerte, y á vicios mil postrados.
La insaciable, tenaz, vil AVARICIA
El vientre nunca de tragar contento,
De oro cercada, llena de codicia,
Abre cien bocas, tiende manos ciento:
Con aquellas da paz á la injusticia,
Con estas de su bien busca el aumento;
De sangre de pequeños se mantiene,
Y en la ropa el lugar segundo tiene.
Treinta dineros que el perverso Judas
Por la sangre de Dios alegre aceta,
Están pintados, y con lenguas mudas
Allí publican su maldad secreta:
¡Oh buen Dios, que á pagar por él acudas
Con tu sangre infinitamente aceta,
Y que él te venda por tan bajo precio!
¡Oh del hombre valor, de Dios desprecio!
Entre oscuras, opacas, negras sombras,
De invernizo rescoldo descubiertas,
Flamencos paños, árabes alfombras,
Y arcas se ven con falsedad abiertas:
Tú, avaricia infernal, todo lo asombras,
Allí aparecen de temor cubiertas
Manos, temblando de ladrones viles
A la confusa luz de unos candiles.
Entre lascivos fuegos abrasada,
Que llamas bosan de alquitrán terrible,
En la tercera parte dibujada
Se muestra la LUJURIA incorregible:
Su cuello altivo y faz desvergonzada,
Su mano carnicera y vientre horrible
Descubre, y con su torpe y sucia boca
A la encendida juventud provoca.
Lanzas están los cielos arrojando
De fieras lluvias, de voraces llamas
Do se ven fuertes hombres anegando,
Y anegando también hermosas damas:
Y no menos en fuegos abrasando,
Porque los fuegos de sus torpes camas
Abogarse en diluvios merecieron;
Y nefandas cenizas produjeron.....
Con arrugada frente y secos labios,
Chispas lanzando de sus turbios ojos,
Y de la boca vomitando agravios,
Y con las manos prometiendo enojos,
Entre Silas, Pompeyos, Julios, Fabios,
Guerras, victorias, armas y despojos,
Está la IRA cruel, jayana fuerte:
Voces da, piedras tira, sangre vierte,
Y entre siete mancebos memorables,
Que por su justa ley la vida ofrecen,
De Antíoco las iras espantables
Con asombradas luces resplandecen.
Duras obras, palabras amigables
En odios y esperanzas aparecen;
Pero dejan los nobles macabeos
De sí memoria, de su ley trofeos.....
Una mesa riquísima de flores
Y diversos manjares adornada
Cercando están valientes comedores
De gesto ufano y vida regalada:

Preciosos vinos, árabes olores
A la GLOTONA DUEÑA rodeada
Tienen, que en los palacios de los reyes
Y en las tabernas pone y quita leyes.....
Al desgraciado umbral de un rico avaro
Lázaro el aire con sus quejas mide;
Pero no halla de su mal amparo,
Si bien en la demanda se comide:
Al glotón rico, en fiëreza raro,
Solas migajas el mendigo pide,
Y las migajas no le da que quiere: [re.....
Rueda el pan, sobra el vino, el pobre mue-
Sirven de rubias y tendidas hebras
A la ENVIDIA de aspecto formidable
Ensortijadas, hórridas culebras,
Que le ciñen el cuello abominable:
Esta los yerros ve, mira las quiebras
De la gente en virtudes admirables,
Y descubre los mínimos defetos,
Que entre alabanzas mil están secretos.
A su lado Caín soberbio ofrece
De espinas vanas desgraciado fruto
A Dios, y el justo Abel gracia merece
Con larga ofrenda y plácido tributo:
Caín su bravo espíritu escandece,
Y su faz cubre de envidioso luto:
Mata el fiero enemigo al buen hermano;
Que la bondad le ofende al inhumano.
Allí Saúl por desgajados riscos
Subiendo va con ánimo forzoso,
Y en altas breñas y ásperos lentiscos
A su yerno persigue el envidioso:
Búscalo en valles, cércalo en apriscos,
Cual si fuera cordero temeroso;
El canto de las damas le atormenta,
Y porque ellas cantaron él lamenta.
El último lugar ocupa ociosa
La tarda ACIDIA en regalado lecho:
Allí entre blandas sábanas reposa
Puestas las manos en el tierno pecho:
Como en el fuerte quicio la espaciosa
Puerta se vuelve, así por su provecho
Y gusto, en soñolienta y dulce cama
Se mueve la dormida y gruesa dama.
Vénse los que á pasar el tiempo salen
Detenidos en varios ejercicios,
Y horas que eternidad gloriosa valen
Consumen sin razón, gastan en vicios:
Y porque sus potencias se regalen
En descansados, fáciles oficios,
Pierden lo que pudiera darles vida
Grande cual la de Dios, con Dios unida.
Con tan grave y horrenda vestidura
Está el gran Dios que todo el bien encierra,
Tomando en su tragedia la figura
De un todo pecador postrado en tierra.
¡Oh de inocencia clara fuente pura!
El peso, que te hace tanta guerra
Declara al hombre, porque el hombre mire
En ti su pena, y de tu amor se admire. *(Ibid.)*

La Oración personificada sube al cielo á pedir á Dios por su Hijo: recibimiento que allí se le hace: el arcángel Gabriel baja por orden del Eterno á confortar á Jesús

Con prestas alas, que al ligero viento,
Al fuego volador, al rayo agudo,
A la voz clara, al vivo pensamiento
Deja atrás, va rasgando el aire mudo:
Llega al sutil y espléndido elemento
Que al cielo sirve de fogoso escudo,
Y como en otro ardor más abrasada
Rompe, sin ser de su calor tocada.
De allí se parte con feliz denuedo
Al cuerpo de los orbes rutilante,
Que ni le pone su grandeza miedo,
Ni le muda el bellísimo semblante:

Que ya más de una vez con rostro ledo,
Con frente osada y ánimo constante,
Despreciando la más excelsa nube,
Al tribunal subió que ahora sube.
Estaban los magníficos porteros
De la casa á la gloria consagrada,
Que con intelectivos pies ligeros
Voltean la gran máquina estrellada,
Estaban como espíritus guerreros
Para guardar la celestial entrada
Puestos á punto, y viendo que subía,
A su consorte cada cual decía:
«¿Quién es aquesta dama religiosa
Que de Getsemaní volando viene?
Es su cuerpo gentil, su faz hermosa,
Mas el rostro en sudor bañado tiene.
Que beldad tan suave y amorosa
Con tan grave pasión se aflija y pene,
Lástima causa. ¿Quién es la afligida,
En igual grado bella y dolorida?
Es de oro su cabeza refulgente,
Su rubia crin los rayos de la aurora,
De lavado cristal su limpia frente,
Su vista sol que alumbra y enamora,
Sus mejillas abril resplandeciente,
En sus labios la misma gracia mora;
Callando viene, pero su garganta
Da muestras que suspende cuanto canta.
En polvo, en sangre y en sudor teñida
Aparece su grave vestidura:
Como quien pies lavó, sube ceñida,
Y humildad debe ser quien la asegura.
Vedla, que en santo amor está encendida,
Y así de amor el fuego la apresura:
¿Si es por dicha oración de algún profeta?
Si es oración, es oración perfeta.
Oración es, que los atentos ojos
Y las tendidas, arqueadas cejas,
Y lo demás que lleva por despojos
Son de esta gran virtud señales viejas.
Sin duda puso en tierra los hinojos,
Y á solo Dios pretende dar sus quejas;
El barro de la ropa lo declara,
Y la congoja de su pecho rara.
Cual humo de pebete es delicada
De amarga mirra y delicado incienso,
Y de la especería más preciada
De que á Belén pagó la Arabia censo.
Mirra fué de su sangre derramada
La primer causa, y un dolor inmenso,
Y de estos aromáticos olores
Ciencias, virtudes, gracias, resplandores.
Ella dirá quién es, que ya se llega:
Mas la Oración del Verbo soberano
Que á dura muerte su persona entrega
Debe ser, que su talle es más que humano.
Si á mis ojos su ardiente luz no ciega
He de besarle su divina mano:
Es la Oración de Cristo, eslo sin duda.
Ábrasele la puerta, el cielo acuda.»
Dijeron, y la dama generosa
En la ciudad entró de vida eterna,
Y aquella compañía venturosa
La recibió con rostro y alma tierna:
Van con ella á la casa luminosa
Del sumo Emperador que la gobierna,
Y su lugar le dan las dignidades
Más altas de las nobles potestades.
Pasa de los espíritus menores
El coro excelso y orden admirable,
Y sube á los arcángeles mayores
De ilustre faz, de vista venerable:
Hácenle reverencia, da favores,
Y atrás deja al ejército agradable
De las virtudes, y á los potentados
Llega en fuerzas y gloria sublimados.
Los príncipes supremos la reciben
Con blandos ojos, con humildes frentes,
Y los que en señorío eterno viven
Le postran sus coronas refulgentes:
Los tronos de su gran valor conciben
Altas empresas, hechos eminentes,

Y adóranla los sabios querubines,
Y bónranla los amantes serafines.
Al tribunal llegó del Rey sagrado,
Del sumo Padre, que de inmensa lumbre
Y ardiente resplandor está cercado
Por siempre eterna, inmemorial costumbre:
Aunque le ve de soles rodeado
No teme que su vista le deslumbre,
Y su ardimiento valeroso abona
Saber que es oración de igual persona.
Vídola, y respetóla el sacrosanto
Padre, de santidad fuente benigna;
Y no es nuevo que Dios pondere tanto
Del Verbo humano la oración divina:
Que es de oraciones un ejemplo santo
Y original de gracia peregrina.
Mas, antes que la escuche la entretiene,
Que darle aplauso general conviene.
Mandó llamar á cortes celestiales
Y juntarse los reyes coronados
Por su gracia, y con dones desiguales
Perfectamente bienaventurados:
A la voz de sus labios inmortales
Temblaron los dos polos encontrados,
Paróse el cielo, retumbó la tierra,
Y el infierno temió segunda guerra.
Llamados, pues, con voces resonantes,
Que en todo el grande cielo se escucharon,
Los que habitan al norte y sur distantes
Al punto en el alcázar se hallaron:
Y aquellos que las plazas rutilantes
Pisan del alba roja se aprestaron,
Y vinieron también los que el poniente
Hacen con clara luz ilustre oriente.
El sumo alcázar para Dios fundado
Sobre este mundo temporal se encumbra:
Su muro es de diamante jaspeado,
Que sol parece y más que sol relumbra;
Está de doce puertas rodeado,
Que con luz nueva cada cual alumbra:
Y la más fuerte y despejada vista
No es posible que á tanto ardor resista.
Las doce tribus de Jacob valientes
Están en los umbrales sobrescritos,
Y en las basas de mármoles lucientes
Doce maestros de cristianos ritos:
La materia es de piedras excelentes,
Y de oro coruscante las escritos:
Ninguna puerta con rigor se cierra,
Porque no hay noche, ni se teme guerra.
De este rico metal, cual vidrio puro
Es la hermosa plaza, cristalina,
Y el ancho suelo, como el alto muro
De ardiente claridad y luz divina:
Por ella un río de cristal, seguro
De ofensa vil, con blando pie camina;
En urna va de perlas murmurando,
Y el margen de oro líquido esmaltando.
A la ribera de este ameno río
Está luciendo el árbol de la vida,
Con grave copa y descollado brío,
Que con su olor á eterna edad convida:
Fruta da que jamás dará hastío,
Que es fruta cada mes recién nacida:
Él es de oro, y sus hojas de esmeraldas,
Y hacen de ellas los ángeles guirnaldas.
Luego sobre estas aguas caudalosas
Están lindos y alegres corredores
Y galerías de marfil preciosas
Bañadas en suaves resplandores:
Divisan desde allí todas las cosas
Aquellos celestiales moradores,
Y lastímales vernos fatigados
En pequeños y míseros cuidados.....
Asentados en sillas rutilantes
Hechas en perfectísimas labores
De topacios, berilos y diamantes
Envueltos en celestes resplandores,
Ceñíanlos guirnaldas coruscantes
Como á santos y dignos triunfadores;
Pero, si bien en sillas asentados,
Estaban á los pies de Dios postrados.

Juntos en el gravísimo conclave
Moviendo la severa y blanda vista,
Que los ocultos pensamientos sabe,
Y con mirar los ánimos conquista,
Abrió su pecho con dorada llave
El Rey supremo, y su licencia vista,
La Oración puso en tierra los hinojos
Obedeciendo á los divinos ojos.

Hecha señal, se levantó llorosa
Mirando al Padre de piedad inmensa,
Limpióse luego con su crin hermosa,
Y al sabio remedó que en algo piensa:
Grave, humilde, rendida y animosa,
En Dios devota y en su amor suspensa,
Puesta en el pecho la siniestra mano,
Habló con baja voz y estilo llano:

«Soy, Señor, de tu Hijo embajadora,
Del Verbo que nació de tus entrañas,
Del Dios que en tu divina esencia mora,
De el mismo hacedor de tus hazañas:
A tí con afligidos labios ora;
Sus voces no te deben ser estrañas,
Que son voces de Dios y de tu Hijo,
Si bien Dios hombre las habló, y las dijo.

¿Quién á su Hijo natural no escucha?
¿Y Hijo de infinita gracia lleno,
Y cuándo con la fiera muerte lucha
Limpio de culpa y de pecado ajeno?
Su pena es grave y su congoja es mucha,
El alma no le cabe ya en el seno:
Oyele, que sus méritos presenta
El que de tu ser mismo se alimenta.....»

Dijo, y postrado el húmido semblante
De polvo, y sangre, y de sudor cubierto,
Al sacro pie del trono rutilante
El despacho esperó, seguro y cierto;
Mas con pecho fiel y alma constante,
Imitando al que oraba desde el huerto,
Sujeta al blando y eficaz gobierno
Del sumo emperador, del Padre eterno.

Tal fingen que la hermosa Policena,
Viendo la griega espada vengativa,
Con rostro venerable y faz serena
A compasión movió la gente argiva:
Mas no fué tanta la piadosa pena,
Que prosiguiendo la tormenta esquiva,
Para amansarla con tan grave medio,
Su muerte no tomasen por remedio.

Mirando, pues, de la Oración divina
Aquellos más ilustres cortesanos
Postrada la belleza peregrina,
Y llorosos los ojos soberanos,
A piedad justa cada cual se inclina,
Y, cogiendo incensarios en las manos,
Ofrecen de aromáticos olores
Pardas nubes y blancos resplandores.

Pero el gran Padre de bondad inmensa
A quien aplace de su Hijo caro
El santo amor, la caridad intensa,
Y el sacrificio de su muerte raro,
Un rato á la Oración tuvo suspensa,
Y al fin con blanda vista y rostro claro
La levantó por señas, y la dijo
Estas graves palabras de su Hijo:

«De Redentor á la suprema gloria
Mi dulce Hijo fué predestinado:
Por medio señalé de su victoria
Ser muerto en cruz, y en ella deshonrado:
Mi voluntad no es de alma transitoria
Que muda el parecer una vez dado:
Cuando lo decreté tuve presente
El dolor que mi Hijo ahora siente.

Bien sé que es árbol de raíz amarga
La cruz, pero de frutos saludables:
Carga es de culpas, y terrible carga,
Pero será de glorias admirables:
Si no se niega el premio que se alarga,
Premios daré á mi Hijo inestimables
Por la muerte de cruz, y eterna vida
Al que amare la cruz aborrecida.

Muera, que por su muerte y cruz preciosa
A aquestas nobles sillas despobladas

Con alas de mi gracia valerosa
Almas han de subir crucificadas.
Derrame, pues, su sangre generosa,
Que en ella estolas mil serán lavadas,
Que con vivo esplendor y eterno lustre
Han de lucir en esta casa ilustre.»
Dijo, y como á la cándida mañana
Entre pintadas y olorosas flores
Con lengua placentera y voz ufana
Hacen aplauso pájaros cantores;
Como al céfiro blando y luz temprana
Saludan amorosos ruiseñores,
Al rumor manso de agua cristalina
Que con aljofarado pie camina;
Las palabras de aquella eterna boca
Los príncipes oyeron inmortales,
Y como á todos la respuesta toca,
Todos le cantan himnos celestiales:
La Oración á entonarlos les provoca,
Rendida á los decretos siempre iguales,
Diciendo: «Santo el Padre, el Hijo Santo,
Santo el Amor que al hombre estima tanto.»
Esta voz pura de alabanza doble
Retumbó en el sagrado empíreo cielo,
Y el sumo Rey del otro mundo, inmoble
Quiso dar á su Hijo algún consuelo:
Y á un sabio nuncio, del linaje noble
De los que con humilde y casto celo
De Luzbel alcanzaron la victoria,
Llama, y así le informa la memoria:
«Ve, Gabriel, á mi Hijo; y con razones
Vivas á la batalla le conforta:
Declárale mis graves intenciones,
Y á seguirlas con ánimo, le exhorta:
Y tú, espejo de santas oraciones,
Vete, que tu despacho al mundo importa.»
Dijo, y de sus conceptos un abismo,
Y un mar de gloria le mostro en sí mismo.
La sagrada cabeza y alma pía
Inclinó la Oración devotamente,
Y aquella soberana compañía
Le hizo aplauso con humilde frente.
El sabio mensajero la seguía,
Y á entrambos el ejército luciente
De el seráfico reino acompañaba,
Y con ilustre pompa veneraba.
Yendo por la ribera deleitosa
Do está plantado el árbol de la vida,
A la Oración con gracia religiosa
Hizo una reverencia comedida:
También con murmurante lengua ondosa
El arroyo de plata derretida
Música le entonó de voz suave,
Que, cual río de gloria, cantar sabe.
Los muros sus coronas almenadas
Rindieron á los dos legados bellos,
Y humillaron las puertas encumbradas
A su presencia los empíreos cuellos:
Abriéronse de inmensa luz tocadas
Y oscurecidas con la lumbre de ellos,
Y despedidos con amor, dejaron
El cielo y á la tierra caminaron.
Mas Gabriël de el aire refulgente
De la región más pura un cuerpo hace,
Y cércalo de luz resplandeciente,
Que las tinieblas y el horror deshace:
Cuerpo humano de un joven excelente,
Gallardo y lindo, que á la vista aplace,
Más bañada su angélica belleza
En una grave y señoril tristeza.
Lleva el rojo cabello ensortijado
De el oro fino que el oriente cría,
Y en mil hermosas vueltas encrespado
Que cada cual relámpagos envía:
De un pedazo de el iris coronado,
De el iris que con fresco humor rocía
El verde valle y la florida cumbre,
Cuando entre nieblas da templada lumbre.
La vergonzosa grana resplandece
En las mejillas de su rostro amable,
Y aljófar de turbada luz parece
El sudor de su frente venerable.

Aspecto de un legado triste ofrece
Que hace su hermosura más notable,
Cual invernizo sol en parda nube
Opuesta al tiempo que al oriente sube.
Prestas alas de plumas aparentes
De color vario y elegante forma,
Y de vistosas piedras relucientes,
Puestas á trechos, en sus hombros forma.
Con la grave embajada convenientes
Ojos, y traje, y parecer conforma,
Es morado el vestido rozagante,
Y lagrimoso el juvenil semblante.
Cual de arco tieso bárbara saeta,
Arrojada con ímpetu valiente;
Cual apacible, cándida cometa
Que el aire rasga imperceptiblemente;
Cual sabio entendimiento, que decreta
Lo que á su vista clara está evidente,
Así, pero no así, con mayor vuelo
Baja el sagrado embajador del cielo.
Ala no mueve, pluma no menea
Y las espaldas de las nubes hiende;
Seguirle el viento volador desea,
Y en vano el imposible curso emprende:
Déjale de seguir, la vista emplea,
Y á celebrar su ligereza atiende;
Y acierta en conceder justa alabanza
A quien con fuerzas y valor no alcanza.
Cala de arriba el mensajero santo,
Y llega al verde y religioso monte
A donde está el cordero sacrosanto,
Y sordo y mudo mira al horizonte;
Paró su luz con imposible espanto
Más tarde el rubio padre de Faetonte
A la oración del capitán hebreo,
Que á la de Cristo el celestial correo.
El aire ve de pavorosa niebla
Y de sombra confusa rodeado,
Opaca, triste y hórrida tiniebla
Lo tiene de ancha oscuridad cercado.
De asombro, y miedo, y de terror se puebla
El huerto, ya de espinas coronado:
Detiénese Gabriel, y atento escucha,
Y mira á Dios que con la muerte lucha.....

(Lib. II).

Los espíritus infernales

Había sido ya preso el Redentor del mundo, y triunfaban, al parecer, sus enemigos; pero desgarrábase de dolor el Príncipe de las tinieblas, envuelto en un mar de dudas acerca de la naturaleza de Jesucristo: ignorando qué consejo debiese tomar, convoca á sus huestes; y resuelven estas perder á Jesús y quitarle la vida á poder de tormentos. De esta manera, engañados los demonios con su propio consejo quedaron vencidos cuando pensaban vencer, y dando la muerte al Salvador, se destruyeron á sí mismos. He aquí como describe el P. Hojeda la actitud de Lucifer:

Mas Lucifer en el tartáreo abismo,
De horror poblado y de tinieblas lleno,
Donde habita el confuso barbarismo
De verdad falto y de virtud ajeno,
Manda llamar, y llama por sí mismo
Con voz terrible de espantoso trueno,
A nuevas, grandes, generales cortes,
El osado escuadrón de sus consortes.
Estaba el rey feroz del caos horrendo
En una grave y peligrosa duda:
Quiere pedir consejo al estupendo
Senado, que si elige, no se muda:
El mal suyo y del hombre el bien temiendo,
Ríos de fuego y piedra-zufre suda,

Y es que no alcanza con su ingenio oscuro
Si Cristo es hombre y Dios, ó es hombre pu-
Y como de saberlo con certeza [ro.
Tanto depende el peso de su estado,
A nuevas cortes junta con presteza
Los grandes de su reino condenado;
Él muestra bien su indómita fiereza
De asombros y tinieblas rodeado,
Sobre un trono de llamas espantable,
Que humo arroja y miedo perdurable.
Una corona de encendido acero
Ciñe su negra y obstinada frente,
Y el cetro, insignia de su mando fiero,
Rige y sacude con despecho ardiente:
Orgulloso y feroz, bravo y severo,
La tropa aguarda de su horrible gente
En la cueva, do sierpes ponzoñosas
Ornan suelo y paredes espantosas.
No así el Vesubio monte reventando
De espesa humareda cubrió el cielo,
Parda ceniza y fuego vomitando
De la Campania en el tendido suelo:
Ni así hediondas llamas regoldando
Está el hueco abrasado Mongibelo,
Como por boca y ojos el rey fuerte
Del crudo imperio de la eterna muerte.
Al son, pues, ronco de la estigia trompa,
De varias partes el etéreo mundo
Con fingido aparato y falsa pompa
Vienen los grandes dioses del profundo:
No es menester que tierra ó mar se rompa
Para que baje el golpe furibundo
De los que afligen cuerpos y almas ciegan,
Que sin pasar por medio al punto llegan.....
(Lib. IV).

Pintura melancólica del amanecer en el día de la Pasión

La blanca aurora con su rojo paso
En nubes escondida caminaba,
Y los celajes del oriente raso
De oro confuso, y turbia luz bordaba;
Y adivina quizá del triste caso
Oscurecer quisiera, y alumbraba
No voluntaria, no, mas obediente
Al que gustó de estar en cruz pendiente.
El aire sus alegres arreboles,
De apacible escarlata sonrojados,
Que parecen vistosos tornasoles
De diversos matices retocados,
Quitaba al sol; y á mil ardientes soles
Que envestirle quisieran abrasados,
Melancólico y turbio se hurtara,
Porque la claridad no le bañara.
Las dulces avecillas voladoras,
Que al rayar de la luz cantan risueñas,
Olvidando las músicas sonoras
Por su Dios se mostraban zahareñas:
Mudas las lenguas, antes chirriadoras,
Daban de su dolor bastantes señas;
Que como naturalmente obedecen
A Dios, por Dios callando se entristecen.
Los peces, que en el agua trasparente
A la mañana alborozados juegan,
Y la plaza del aire refulgente
De aljófar cubren y de escarcha riegan,
Y remedando al escuadrón valiente
En varias tropas á encontrarse llegan,
Dividían los líquidos cristales,
Mustios, por ver á Dios en penas tales.
Las fieras en los bosques detenidas,
Contra lo que sus almas les dictaban,
Las hondas cuevas de horror vestidas,
Huyendo de la nueva luz, buscaban:
Y allí presas, con rabia enfurecidas,
A su Criador bramando se quejaban,
Y si tuvieran para más licencia
Vengaran su pasión y su paciencia.

Y en esta de Jesús viva figura
La muerte vió de Cristo dibujada:
Vídola y alegróse, porque vido
A Dios de amor, no de pasión, vencido.
Y es antigua opinión de caso cierto,
E historia entre los sabios verdadera, [to
Que en él mandó enterrar después de muer-
El viejo Adán su anciana calavera:
Y donde fué para la cruz abierto
El ya felice hoyo, estaba entera;
Que quiso Dios regar con sangre justa
Del primer pecador la frente adusta.
Y en aquel tiempo aquí se ajusticiaban
Los condenados á la muerte odiosa;
Aquí á los caballeros degollaban,
Pena de gente ilustre y generosa;
Aquí á los homicidas obligaban
A padecer en cruz muerte afrentosa,
Y aquí estaba clavado en un madero
Del mismo Dios el Hijo verdadero.....
Mas ¿quién dirá la muerte de la vida?
¿Quién contará la pena de la gloria,
Y la victoria en una cruz vencida,
Y que vencida lleva la victoria?
Tú, palabra de humana voz vestida,
De tu voz y palabra mi memoria
Viste, que cantar quiero en dulce llanto
Lo que sintiendo llora el mismo canto.
Ya estaba en el madero inestimable,
Por ser lecho de Dios, Cristo enclavado,
Y el cuerpo al mismo cielo venerable
Con desigual rigor descoyuntado:
Cual agua turbia el óleo saludable
De Dios vestido y sin temor hollado,
Los huesos desatados parecían,
Y estirados los nervios se veían,
Cuando en alto subieron el hermoso
Árbol con esta ofrenda refulgente,
Y en el hoyo con ímpetu furioso
Lo dejaron caer pesadamente:
Fijóse el estandarte victorioso
En tierra, enarbolado y eminente,
Estremecióse el cuerpo al golpe fiero,
Gimió la peña y retembló el madero.
Abriéronse las llagas de las manos,
De los pies se rasgaron las heridas,
Y los arroyos de ella soberanos
Crecieron con las grandes avenidas:
Y con nuevos dolores inhumanos
De los huesos las carnes desasidas,
No el pecho solo, palpitar se vieron,
Y de la cruz al golpe resurtieron.
Así fué levantada en el desierto
La gran serpiente de metal robusto,
Para el pueblo fiel remedio cierto
Contra el castigo de su culpa justo:
Así alzaban en alto descubierto
El sacrificio grato al sabio gusto
De Dios, y así de tierra levantado
Cristo se llevó el mundo en sí elevado.....
En tanto los alados escuadrones
Que andan gloriosos por el ancho cielo,
Dende aquellas altísimas regiones
Do sin mezcla de afán vive el consuelo,
De su Rey Dios miraban las pasiones
Que le causaba el morador del suelo;
Hombre por quien Dios hombre padecía,
Y en ira se encendieron justa y pía. [bre
«¡Que á nuestro Dios así atormente el hom-
Que el hombre á nuestro Dios así atormente,
Y el cielo de mirarlo no se asombre
Y haga que él se asombre y escarmiente!
¡Y habiendo el mismo Dios tomado nombre
De Salvador, y oficio conveniente
Al nombre sacrosanto que él se puso,
En un palo colgado esté y confuso!
Al arma, al arma, basta lo sufrido,
No más, no más.» clamaban dando voces,
Y llamando al ejército lucido
De los ángeles fuertes y veloces:
Y Miguel, capitán esclarecido,
Contra los insolentes y feroces,

Que son demonios, y eran serafines,
Mandó tocar al arma sus clarines.
Al punto, pues, las trompas resonaron,
Y los cielos al son estremecieron,
En el aire espantosas retumbaron,
Y los hondos abismos removieron:
A su voz obedientes se aprestaron
Los ángeles, que en partes mil la oyeron
Los que rigen los orbes, y en la tierra
Al caos por defendernos hacen guerra.
Cual palomas, que en pastos diferentes
Estaban por el campo entretenidas,
Si las nubes con truenos vehementes
Las mieses amenazan, encogidas
Dejan los pastos, vuelan diligentes,
Y á las torres acuden conocidas,
Desocupando al punto el verde suelo,
Y alzándose con pluma osada al cielo:
O cual dulces abejas ocupadas
En despuntar melífluas bellas flores,
Del villano sagaz alborotadas
Al ronco son de agrestes atambores,
Se parten á su rey medio cargadas,
Dejando al fresco prado sus olores,
Y presurosas van á las colmenas,
Más de cuidado que de flores llenas:
Tal los nobles espíritus oyendo
La resonante trompa que los llama,
Reconocido el belicoso estruendo
Al cielo suben como ardiente llama:
Y lo que estaba cada cual haciendo
Deja, á la voz que en guerra los inflama,
Y acuden á Miguel, y él los compone
A la batalla justa que dispone.
Y por vestirse de armas importantes
A su justa venganza y digna guerra,
A las atarazanas rutilantes
Van, do celo de Dios armas encierra:
Arneses allí lucen de diamantes
Que no crió jamás, ni vió la tierra,
Y escudos cuelgan de otro acero fino
Que para sí forjó el poder divino.
Allí se ven las armas ofensivas
Que esgrimió la Justicia soberana,
Cuando excelsa holló frentes altivas,
De fin perverso y pretensión profana;
Y las armas no menos defensivas
De que el humilde con razón se ufana,
Que en amparo vibró de los pequeños
La que deshace justa indignos ceños.
Y allí el tremendo y hórrido tridente,
Que tuvo el mundo en lluvias anegado,
Del rico y grande techo está pendiente,
Bravo instrumento del furor sagrado;
Y allí de fuego vivo el rayo ardiente,
Que otros mil escupió, jamás cansado,
Contra la torre de Nembrot superba,
Agudo y coruscante se conserva.
Y allí viven las llamas vengadoras
Que las torpes ciudades abrasaron,
Y las plagas de Egipto triunfadoras [ron;
Que horror y asombro, y confusión causa-
Y allí las tempestades tronadoras
Que á Jonás en el piélago lanzaron;
Y los carros de fuego que ceñían
Los montes, y á Eliseo defendían.
Y allí los instrumentos invisibles
Que arman guerras, infunden pestilencias,
Y sacuden con ímpetus sensibles
Las asombradas pérfidas conciencias;
Y al fin, todas las armas invencibles
Que imperios, majestades y potencias
Han deshecho, se ven allí colgadas,
Y al intento de Dios aparejadas.
Allí, pues, se vistieron de lucidas
Armas todos los ángeles dichosos;
Y para el grande hecho apercibidas
Manos llevaron, y hombros poderosos:
Aquellos con espadas encendidas,
Y aquestos con arneses luminosos,
Y en nueve ilustres órdenes compuestos,
Más que gallardos van, pero modestos.

Llegan á Dios, que en trono venerable
De majestad inmensa está sentado,
Y la Misericordia favorable
Al mundo tiene á su derecho lado:
Y al siniestro la excelsa y formidable
Justicia con su estoque desvainado,
Y ambas en pie haciendo reverencia
A las Personas tres en una esencia.

Todos, pues, los magníficos guerreros
Al soberano Padre se humillaron,
Y á su trono, postrados los aceros,
Devotos las cabezas inclinaron;
Y Miguel, capitán de los primeros,
Que ¿quién es cómo Dios? apellidaron,
Una sola rodilla, á fuer de guerra,
En el cielo hincó, si no en la tierra.

Estaba del robusto arnés ceñido
Con que á Luzbel ganó la gran victoria,
Y de la espada con que al ángel vido
El rey David postrar su vana gloria.
La misma que al soberbio y fementido
Senaquerib, por su maldad notoria
Asombró, degollando de sus gentes
Ciento y ochenta y cinco mil valientes.

Y en el escudo de inmortal diamante,
Que muchos reinos defender podía,
Sutilmente á sí mismo semejante
Él mismo dibujado parecía:
Y á sus pies aquel fiero y arrogante
Que ángel fué y es dragón, preso tenía,
Que en un joven hermoso comenzaba
Su imagen, y en serpiente se acababa.

De esta manera, pues, dijo humillado:
«Padre y Señor, tu Hijo verdadero,
Si bien cual hombre, está crucificado
Por hombres, como ves, en un madero:
Y el cielo en noble ardor de esto abrasado,
Pretende castigar hecho tan fiero
Si tú le das licencia; y así viene
A ti, y las armas en la mano tiene.

Dánosla pues, Señor, y el ímpio mundo
Sacrílego á su Dios acabaremos,
O sacando las aguas del profundo
Que ahoguen, como ciñen, sus extremos;
O ardiendo en fuego vivo el suelo inmundo
Que huellan los atroces y blasfemos;
O sacudiendo con furor la tierra;
O haciéndoles en cuerpos mortal guerra.»

Dijo, esperó, y al punto la Justicia,
Provocada por Dios, habló celosa:
«Por la primera original malicia
Muerte mereció el mundo rigurosa:
Y tuvo, en fin, á tu bondad propicia
Y á tu misericordia generosa,
Y no se aprovechó perverso, tanto
Que en lluvias le anegaste y en espanto.

Mas ocho conservándole almas puras
Que sus grandes ruinas restaurasen,
Y con el arco, tu señal, seguras
De otras lluvias, las tierras habitasen:
Las que de estas nacieron, gentes duras,
Antes que tu palabra y fe faltasen,
Torre fundaron empinada y fuerte,
Do librarse pudiesen de agua y muerte.

Derribaste su torre, y esparcidas
Por varias partes de la tierra, exentas
Y en diferentes lenguas divididas,
A falsos dioses han estado atentas:
De sus raíces, con verdad podridas,
Que por ser tú quien eres alimentas,
Sacaste un Abrahám, excelso Padre
De estos, y á Sara ilustre y santa madre,

Hicístelos tu pueblo, y no por eso
Te obedecieron como pueblo justo:
Dísteles santa ley con pacto expreso,
Y siguieron, dejándola, su gusto:
Para cerrar del todo su proceso
A tu Hijo enviaste, Rey augusto
Que les hiciese bien, y está en un palo;
¿Puede ser ya más que esto el mundo malo?

Con razón pide tu Justicia santa
Y suplica Miguel que á más no aguardes:

Su orgullo rinde, su furor quebranta,
Pues ellos lo merecen, tú no tardes:
Tu ejército animoso se adelanta,
De su celo y virtud haciendo alardes,
Déjale ¡oh gran Dios! que los castigue
O á conocer su culpa los obligue.»
Dijo, y la Misericordia blandamente
Y en breve comenzó por Dios mandada:
«Todo aquello es verdad, Padre clemente:
Con razón tu justicia está irritada;
Pero también está con la presente
Ofrenda de tu Hijo bien pagada;
Que si el mundo en su muerte culpas hace,
Él más que peca el mundo satisface.
Y así debe quedarse el mundo entero, [te,
Porque si el hombre al Hombre Dios da muer-
El Hombre Dios, muriendo en un madero,
Por sus culpas te paga de esta suerte;
Y más que te desplace el acto fiero
Del matador, te agrada el acto fuerte
De tu Hijo, en perder manso la vida
Por el hombre, su siervo y su homicida.»
Habló, y el Padre en la justicia recto,
Y en la misericordia siempre amable,
Dijo á Miguel: «Vuestro celoso afecto
Y muestra ¡oh capitán! me es agradable;
Mas el que pretendéis, último efecto
No ha sido á mi bondad tan aceptable,
Porque impide á mi sabia providencia
Esta unión de justicia y de clemencia.
Es gran justicia demandar terrible
Por infinita culpa inmensa paga;
Pero es clemencia igual dar apacible
Al Hijo que por ella satisfaga;
Y aquesta unión reluce convenible
En que él llagado esté por quien le llaga,
Y yo le dé piadoso, y justiciero
Le permita que muera en un madero.
Mas sepa el mundo que mi Verbo Santo,
Su Hacedor, está en la cruz muriendo,
Y sépalo con justo y nuevo espanto
Grandes prodigios de su horror sintiendo.»
Dijo á Miguel el Padre sacrosanto,
Y abrió su hondo pecho, así diciendo,
Y lo que le mandó le mostro él mismo
En sí, de bien perfecto immenso abismo.
Y el capitán, obedeciendo al punto,
Desbarató su ejército glorioso,
Que estaba de diversas partes junto,
Y despachólo á todas cuidadoso:
Unos se hallaron en Salén á punto
Para la muerte del Señor piadoso,
Y en el mar otros, y otros en la tierra,
Para hacerle justa y blanda guerra.
Estaba el sol entonces coronado (1)
De largas puntas de diamantes finos,
Y, en medio de su curso levantado,
Los montes abrasaba palestinos.
Miguel, viendo á su Dios crucificado,
Desnudo ante los bárbaros indinos,
Con hidalga vergüenza y noble celo
Bajó del cielo empíreo al cuarto cielo:
Y á los fuertes caballos rutilantes
Que echaban fuego por las bocas de oro,
Las ruedas volteando coruscantes
Que dan al mundo nuevo gran tesoro;
Los encendidos frenos radiantes,
Sin guardar al planeta más decoro,
Asió con la una mano valerosa,
Y con otra la máquina espantosa.
Y el carro así parado, alzó los ojos
Al sol, que con mil ojos le miraba,
Y fulminando por la vista enojos,
El fin de sus intentos aguardaba:
Abriendo, pues, Miguel sus labios rojos,

(1) Magnífico es, y verdaderamente poético, este modo de expresar el eclipse de sol y las tinieblas que cubren el mundo al tiempo que el Salvador espira. Yo no conozco cosa que se aventaje en grandeza á este pedazo de poesía, y puede ir á la par con cualquiera de las ideas sublimes que se admiran en Homero, Dante, Miguel Ángel, Milton, y los demás poetas y pintores de su fuerza. (Ochoa).

Con voz le dijo resonante y brava,
Increpando al planeta excelsamente,
Porque daba su luz resplandeciente:
«¿Es posible, inmortal noble criatura,
Que miras á tu Dios en cruz desnudo,
Y ofreces luz á aquella gente dura
Que sin miedo en la cruz ponerlo pudo?
Cubre tu clara faz de noche oscura,
Con razón fiero y con verdad sañudo,
Desate el mundo así sus gruesas nieblas,
Y á su Criador conozca en tus tinieblas.»
Dijo, y el sol avergonzado luégo,
Sus rayos en sí propio recogidos,
Negó su bella lumbre al mundo ciego
Por dejar á los hombres confundidos:
Espantóse el romano, admiró al griego,
Ambos en esta ciencia esclarecidos,
Ver un eclipse tal, y el crudo hebreo
Se quedó pertinaz en su deseo.
¡Oh Dios! cuando tu luz no resplandece
Ni la luz sirve, ni aprovecha el día,
Para que el hombre ciego no tropiece,
Y ciego se despeñe en su porfía:
Ni el quitarle la luz más luz le ofrece,
Que quien bañado en luz la luz no vía,
¿Qué hará en las tinieblas sumergido?
Dormir en noche oscura y torpe olvido.
Bajó Miguel después triste al Calvario
Con su escuadrón de ardientes serafines
Do temblaba Luzbel, su gran contrario,
Con otro que lo fué de querubines:
Y estuvo allí asistiendo al santuario
De Dios, con sus trompetas y clarines,
Tambores destemplados y banderas,
Y otros mil instrumentos y armas fieras.
Mientras esto pasaba, el Rey sagrado
Ardiendo el corazón, secas las venas,
Y por las cuatro llagas desangrado,
Fuentes de nuestra gloria, y de sus penas,
Con sed del cuerpo y almas abrasado,
Pero con luces claras y serenas,
«Sed tengo,» dijo, y con feroz denuedo
Uno á beber le dió vinagre acedo.
Habiendo, pues, probado el Rey eterno
La esponja de vinagre, dijo al punto,
Y díjolo con paz y gozo interno
Por haber ya venido al postrer punto,
«Acabóse:» y con rostro humilde y tierno
Grave en aspecto, y en color difunto
Mirando al cielo y á su Padre santo,
Quiso dar fin á su divino canto.
Mas como al padre, en cuyo ser consiste
El bien de su familia generosa,
Cuando él se muere con cuidado asiste
Ella junta á su muerte dolorosa,
Y atenta mira, y considera triste
Pendiente de su faz, y temerosa
De su fin, á sus nuevos movimientos
Y á sus más delicados sentimientos;
O cual sucede, cuando en noche oscura
Algún cometa infausto se aparece
Con fiero aspecto y hórrida figura,
Que más terrible por instantes crece:
Espantada la gente y mal segura
Del daño que futuro resplandece
En su cola y su crin, quedar suspensa
De su casi amenaza y furia inmensa;
Tal á su Padre Dios, que ya quería,
No en lecho, en cruz morir, notando estaba
El asombrado mundo que le vía
Los varios sentimientos que mostraba,
Y un grande y nunca visto mal temía
Del prodigio espantoso que miraba,
Su muerte recelando de esta suerte,
En la que á Dios se daba horrible muerte.
Pues los gloriosos ángeles atentos,
Y de la boca de su Dios colgados,
Sus alas desplegaban á los vientos,
Más en horror que en ellas elevados;
Los demonios con rostros macilentos
Y con ojos y pechos asombrados,
Dudosos aguardaban y encogidos,

Callando en sí de miedo sus gemidos.
La tierra, que á los fieros insolentes
Sustentaba, sudando al grave peso,
Y gimiendo con ansias vehementes,
Comprimida esperaba el gran suceso:
Mudó el mar sus menguantes y crecientes
Soberbias, detenidas al exceso
Singular del espanto jamás visto;
Y servía con sordo pasmo á Cristo.
Los cuatro vientos en sus hondas cuevas,
Como apretada esponja en fuerte mano,
Pedían oprimidos fuerzas nuevas,
Dejando sin su aliento el verde llano:
Y el fuego helado daba ilustres pruebas
De temor y obediencia al Dios humano,
Y el sol, sin luz mirándose, temía
Que en muriendo su Dios él moriría:
Cuando llegó la Muerte de sagrada
Estola revestida, y de admirable
Y santo resplandor y luz bañada;
Y al mismo Dios, con ser quien es, amable:
Pero humilde llegó, y arrodillada,
Y pidiendo á la Vida inconmutable
Licencia para entrar, y recibida,
Al Hombre Dios entró y quitó la vida.
Así murió diciendo, «¡oh Padre mío!
En tus manos mi espíritu encomiendo:»
Y con tan grande fuerza y tanto brío,
Voz tan alta, y gemido tan tremendo,
Que mostró bien su eterno señorío
Sobre la propia Muerte, así muriendo;
Y el alma despidió, y dejó suave
La cabeza inclinada al pecho grave.
Cual repentino y espantoso trueno
Toca el oído y hiere juntamente
La vista perspicaz de lleno en lleno,
Y aun antes el relámpago luciente:
Y abrasa la cabeza y arde el seno [te,
Del hombre al mismo punto el rayo ardien-
Sin que prevenga el último desmayo
Que el trueno da, el relámpago y el rayo;
Tal de Cristo la voz maravillosa
Cual trueno, y cual relámpago su vista,
Y como rayo el alma poderosa
Sin encontrar poder que le resista
Hiere de la canalla pavorosa,
Y hiriéndola acaba la conquista,
Oído, ojos, y cabeza, y seno,
Sin ver rayo, relámpago, ni trueno.
Y Lucifer volviendo las espaldas
Huye con sus vencidos escuadrones:
Iba Miguel pisándole las faldas
Con parte de las ínclitas legiones:
Estos ya van ceñidos de guirnaldas
Y tremolando alegres sus pendones;
Y esotros, los cabellos erizados,
Cobardes, confundidos, asombrados.
Cual las nocturnas aves más pequeñas
Al cebo de la sangre detenidas,
En viendo de la aurora las risueñas
Sienes, en blanca y pura luz teñidas,
El aire dejan y á las rotas peñas
Acuden deslumbradas, y corridas
Quizá de verse, procurando á oscuras
Do esconderse, agujeros y roturas.
Así huyen aquellos infernales
Espíritus con miedo, recelando
Del sacro sol los rayos celestiales,
Y su infelice oscuridad buscando;
Y tras ellos Miguel, con inmortales
Fuerzas, y su bendito y noble bando,
Siguen su alcance bravos y ligeros,
A fuer de victoriosos caballeros.
Y blandiendo una gruesa y dura lanza
De los hierros que limpios centellean,
Muestra el ángel gallardo su pujanza
En los que pertinaces aun bravean:
Y como á los soberbios más venganza
Es decirles quien son, porque se vean,
Les va diciendo, «caminad, mezquinos,
Al caos, de inficionar el aire indignos:
Id, confusos, bramando, al fuego eterno

A donde os despeñó vuestra malicia,
Y muriendo vivid en el infierno,
Verdugos fieros de la gran Justicia;
Que ya en la cruz perdisteis el gobierno
Del mundo, ya la intrépida milicia
Del Dios crucificado os abandona,
Y él os juzga, os condena y aprisiona.
Ni en Delfos engañéis al mundo ciego,
Ni oráculos finjáis en otra parte,
Ni al romano ambicioso y fácil griego
Representéis á Júpiter ó Marte:
Allá, malditos, entre hielo y fuego,
Asombro y noche, vuestra sed se harte,
Vuestra insaciable sed del mal ajeno;
Allá bebed, y allá escupid veneno.»
Hablando así Miguel, acompañaba
Al ánima de Cristo al Verbo unida,
Con una tropa de su gente brava
Para grandes hazañas escogida:
Y otra, que cerca de la cruz estaba,
La dejó en el Calvario entretenida,
Porque con pompa funeral y espanto
Invisible sirviese al cuerpo santo. [lo,
Los ángeles también que en tierra y cie-
Aire y mar esperaban obedientes,
En muriendo su Dios, con vivo celo
Efectos mil hicieron diferentes:
Uno del templo antiguo el sacro velo
Presto rompió con fuerzas vehementes
En dos partes, de arriba hasta abajo,
Con sentimiento más que con trabajo.
Y por la fortaleza valerosa,
Y virtud de los otros admirable,
Se estremeció en tierra temerosa,
Con furor sacudiéndose espantable:
Y el mar pasó la raya rigurosa
Que Dios le puso, y bravo y formidable
Con los bramidos atronaba el cielo,
Y con las ondas azotaba el suelo.
Los vientos de sus cóncavos y oscuros
Calabozos rugiendo se arrojaron,
Y levantadas torres y altos muros,
Y enhiestos graves montes derribaron:
Unos con otros los peñascos duros,
Y las menudas piedras se encontraron,
Y á golpes sacudidas se partieron;
¡Tanto la muerte de su Dios sintieron!
Y los archivos, con verdad fieles,
Que guardan en depósito á los muertos,
Sin ser á estos tesoros infieles,
Se mostraron al caso atroz abiertos:
Y el capitán de aquellos cien crueles
Que cercaban la cruz, y otros despiertos
De su sueño mortal, con voz doliente
A Dios glorificaban claramente.
«Él era justo, Hijo de Dios era,»
Aclamaban en lágrimas deshechos
«¡Ay! ¿quién usó con él maldad tan fiera?»
Proseguían hiriéndose los pechos:
Y otros á la ciudad más que severa
De los terribles, á matanzas hechos
De profetas y santos, se volvían
Y las mismas palabras repetían.
Seguid, seguid, los míseros lamentos;
Alzad, alzad las penitentes voces,
Que aun no se han declarado los intentos
De Dios contra esos ánimos feroces:
Tiempo vendrá, cuando veréis portentos
Que os amenacen, pérfidos, atroces;
Y se cumplan horribles y estupendos,
Si no con tantos ímpetus y estruendos.

(Lib. XII).

NICOLÁS FERNÁNDEZ MORATÍN

Retrato de Cortés

Cortés, el gran Cortés.... ¡divina Clío,
Tu alto influjo mi espíritu levante!
¿Quién jamás tuvo objeto como el mío,
Ni tan glorioso capitán triunfante?
¡Con qué aspecto real y señorío
Se le muestra á su ejército delante!
¡Oh qué valor que ostenta y que nobleza!
¡Oh cuánta heroicidad y gentileza!

Ricas armas de esmero y maestría,
Listadas de oro puro centellantes,
Con pernos de preciosa pedrería,
Hebillas y chatones de diamantes,
Gorjal grabado en cuyo canto había
De perlas y crisólitos pinjantes,
Cegando como el sol, á quien parece
El arnés con que armado resplandece.

Deslumbra la finísima celada
Cual fúlgido cristal resplandeciente
Con plumajes y airón empenachada,
Que el céfiro halagaba mansamente:
El brazal y esquinela burilada
Rayos sacan de luz como el oriente:
Música forman guarnecidas de oro
Templadas piezas al crujir sonoro.

Al hombro izquierdo el capellar tremola
Favonio airosamente, y con lazadas
De plata y seda atado en una sola,
Que vuelven las vislumbres duplicadas:
Roja banda afollada en la pistola
Con muchos rapacejos, y enredadas
Puntas al cinturón, y allí pendiente
De Toledo la espada omnipotente.

Ancho escudo embrazó de fuerte acero,
Con labores en torno rutilante,
Que más reverberando que el lucero
Parece de limpísimo diamante:
Esculpió en medio por blasón guerrero
Entre las uñas de un león rapante
Un mundo encadenado, y quebrantadas
Las columnas de Alcides derribadas.

La gruesa lanza estriada y rebutida
De barras de metal lleva en la cuja,
Y un pendoncillo ó banderilla asida
Que bordó con primor sutil aguja:
Y al encuentro y veloz acometida
Hace corriendo que al impulso cruja
Cuando con duro y resonante callo
Embiste el hermosísimo caballo.

Era alazán tostado, corpulento,
De ardiente vista, y con feroz ultraje
Bate el suelo, mirándose opulento
Con tan precioso y bárbaro equipaje:
De ormesí recamado el paramento,
De seda y oro y borlas el rendaje,
De bronces entallados la estribera,
Zafiros y balajes la testera.

El soberbio animal la crin extiende,
Como quien sabe el dueño que pasea,
Con agudo relincho el aire enciende
Y atónito y ufano se pompea.
En cuanto ¡oh Betis! tu raudal comprende,
Que con verdes olivas se hermosea,
Tal monstruo no abortó naturaleza
Ni unió tanta hermosura en tal fiereza.

GÉNERO DRAMÁTICO

LOPE DE VEGA

De «La Campana de Aragón»

ACTO PRIMERO

Salen D. NUÑO *con espada y rodela, y* DOS *ó* TRES CRIADOS, *que traen cuatro cabezas de reyes moros*

D. NUÑO. Ya queda Huesca por ti,
Rey famoso aragonés;
Que á su mezquita subí,
Y aquestas lunas que ves,
A tus cruces abatí.
Allí, Señor, enarbolo
Tu estandarte, y queda solo
Dando terror al pagano.

REY. Eres un Marte cristiano,
Famoso de polo á polo.
Son señal de tus proezas
Esas cabezas cortadas.

D. NUÑO. Son, Señor, cuatro cabezas
Que se hallaban adornadas
De aquellas doradas piezas.
Hazaña ha sido este día
De tu heroica valentía
Y de mi fe celebrada;
Que los ha muerto tu espada,
Y los degolló la mía.

REY. Famosa victoria ha sido.
Cuatro reyes ha costado
Hoy al morisco atrevido.

D. ALFONSO. Al caballero cruzado
Hoy te muestra agradecido.

REY. Hoy, Alfonso, quiero dar
Armas nuevas á Aragón;
Que de la cruz singular
De ese angélico varón
Quiero mi escudo adornar.
Y en cuatro partes partido
El campo, que blanco sea,
Por serlo su arnés lucido,
Y porque mejor se vea
De la cruz roja ceñido,
Los cuatro cuartos tendrán
Aquestas cuatro cabezas.

D. ALFONSO. Famosas armas serán
Y que ya de tus grandezas
Ilustres indicios dan.

REY. Estas le doy á Aragón,
Y á Fortunio la tenencia
De Huesca, si en ocasión
Se me ofrece hacer ausencia
Contra el morismo escuadrón.
A Nuño doy del despojo
Una parte, y á mi hermano
Dos ó tres.

D. ALFONSO. Mucho me enojo.
Bástame el honor que gano,
Y en premio un bonete rojo.
Todo lo habrás menester.

REY. Desde aquí pienso volver
A San Ponce de Tomaras.
D. ALFONSO. De Alcides á Huesca amparas.
REY. A mi hermano quiero ver;
Que, como sabéis, está
Ramiro monje en San Ponce.
D. NUÑO. Ya de par en par te da
Huesca sus puertas de bronce
Y el moro huyendo se va.
REY. Id, Fortunio, á la montaña,
Y vuestra casa traed.
D. FORTUNIO. Si don Nuño me acompaña.
D. NUÑO. Recibo en eso merced,
Heroico Roldán de España.
D. FORTUNIO. Quiéroos regalar, pariente,
En mi casa.
D. NUÑO. Y yo serviros.
Sale D. PEDRO DE ATARES, *con espada y rodela*
ATARES. ¡Oh famoso rey! Detente;
Que el cielo oyó mis suspiros,
Y llegué salvo á tu gente.
REY. ¿Quién es?
D. ALFONSO. Don Pedro de Atáres.
ATARES. Señor, no permita el cielo
Que la victoria declares,
Cuando estampan en tu suelo
Moros los pies á millares.
REY. ¿De dónde?
ATARES. De Zaragoza;
Que su rey Albochacén
Tus campos tala y destroza.
REY. ¿Vienen cristianos?
ATARES. También
Con sueldo cristianos goza.
REY. ¿Quién le acompaña?
ATARES. Un García,
Del rey de Castilla hermano.
REY. ¡Cristiano ayuda este día
A un moro contra un cristiano!
Vamos; que esta causa es mía.
Póngase en orden mi gente,
Victoriosa justamente;
Que contra dos moros voy.
D. FORTUNIO. De cólera ardiendo estoy:
Sígueme, Nuño, valiente.
REY. Id; que para más espanto
Las armas te han de pintar.
D. NUÑO. La cruz roja de aquel santo
Puede al mundo hacer temblar
Si á tu lado la levanto.
D. ALFONSO. Salgámosles al camino.
REY. ¡Oh buen Alfonso! tan dino
De ser mi hermano!
D. ALFONSO. No quiero
Serlo, ni ser caballero,
Viviendo ese moro indino.
Tú verás lo que se goza
Mi espada, en los que destroza
Abriendo sangrienta plaza.
D. FORTUNIO. Aun no han probado la maza
Los moros de Zaragoza. *(Vanse).*

Sala en un palacio de Huesca

Salen D. ALFONSO, LOPE DE LUNA, GARCÍA DE VIDAURE y D. PEDRO DE ATARES, *con luto, por la muerte del rey D. Pedro*

LOPE
A un mismo tiempo, don Alfonso ilustre,
El parabién y pésame te damos,
Pues ya eres rey y destos reinos lustre,
Y muerto el noble que lo fué lloramos.
Ver que Aragón de tu valor ilustre
Es el consuelo solo que esperamos;
Porque, muerto tal Pedro, fuera en vano
Buscarle menos que en su propio hermano.
VIDAURE
Los cuidados, Alfonso, de la guerra,
Las desveladas noches y los días,
Alojado en los robles de la sierra,
Cubierto á veces de sus nieves frías,
A Pedro para siempre nos destierra
Con nuestras esperanzas y alegrías;

Mas vive tú; que todo á vivir vuelve,
Y con tu sol el llanto se resuelve.

ATARES

Morir sin hijos nuestro Pedro amado
No se puede decir, pues que tú quedas,
Que heredas su valor y su cuidado,
Y todo el peso de Aragón heredas.
Hoy quedas en Alcides transformado
Para que por Atlante servir puedas:
Rige, gobierna y vive largos años
Para remedio de mayores daños.

D. ALFONSO

Si aquí no pareciera el sentimiento
Placer fingido en heredero ingrato,
Viérades, caballeros, como siento
La muerte de quien ya tan lejos trato.
Pero, pues no han de ser justo argumento
Las lágrimas y quejas que dilato
Para mi soledad, las honras vuestras
Agradezco, pues son de quien sois muestras.
Soy vuestro rey legítimo, y soy hijo
Del rey don Pedro, y de don Sancho nieto:
Justamente su reino mando y rijo,
Pues á la muerte todo está sujeto.
Y pues de mi corona el regocijo
Quiero que se celebre en lo secreto,
Estad atentos al intento mío
Con el favor de Dios en quien confío.
No he de ponerme la corona de oro
Insignia de que el rey que hereda goza,
Ni cetro en mano para más decoro,
Ni galas dignas de mi edad tan moza,
Hasta que pueda, desterrando al moro,
Coronarme en la insigne Zaragoza,
A donde luego iré por mi persona,
En su Coso poniendo mi corona.
Que no es bien permitir tanta mancilla,
Nobles aragoneses, donde baña
El Ebro fértil la famosa orilla
Espejo y campo desta gran montaña,
Y que viva cautiva la capilla,
Primera iglesia de la fe de España,
Donde para su bien se labró luego
Que habló la Virgen al Patrón gallego.
Líbrese aquel Pilar en que se apoya
La famosa corona aragonesa;
No usurpe el moro la preciosa joya;
Que el que es hidalgo libertad profesa.
Si dura otros diez años, como Troya,
El fin dichoso desta noble empresa,
Al sol, al hielo asistiré á porfía,
Sin quitarme las armas noche y día.
En lo demás, llevar el cuerpo quiero
Del rey don Pedro á donde está mi hermano,
En cuya vida y santidad espero
Hará lo que se debe á un buen cristiano.
Y con aquestas causas considero
Lo que en las dilaciones pierdo ó gano:
Allí, pues, colgaremos las banderas
Por honra en las edades venideras.
Venid conmigo, que me abrasa el pecho
El deseo de verme adonde digo;
Que he de poner á Zaragoza el pecho
Contra el poder del bárbaro enemigo.

ATARES

No hay hombre que no quede satisfecho
De tu valor hasta morir contigo.
¡Alfonso viva!

D. ALFONSO

Paso.

ATARES

Será en vano.

D. ALFONSO

No lo digáis hasta enterrar mi hermano.

(Vanse).

ACTO SEGUNDO

Vista exterior de los muros de Zaragoza

Salen EL REY DE ZARAGOZA Y DOS ALCAIDES

REY

Cerrad las puertas, retiraos al muro.

ALCAIDE 1.°

¡Temerario cristiano!

ALCAIDE 2.°

No ha tenido
Enemigo tan fuerte Zaragoza.

REY

Con extraño furor nos acomete.

ALCAIDE 1.°

Por nuestro mal salimos en campaña.

ALCAIDE 2.°

La flor de tus vasallos has perdido.

REY

Ya, fuera de vosotros, ¿qué me queda? [los!
¿Este es Alfonso? ¿Alfonso es éste? ¡Ah cie-
¡Cuánto mejor nos fuera un Pedro vivo!

ALCAIDE 1.°

Conocíle en las armas, y te juro
Por los huesos que Meca en honra tiene,
Que derribaba moros con la espada
Como el que siega con la hoz espigas
Cuyos manojos recogió la muerte.

REY

Las cajas tocan, el alcance siguen.
¡Mísera Zaragoza! aquí te pierdo.
Hoy pierdes á tu rey, aquel invicto
Que á dos Pedros, dos Sanchos y un Ramiro
Se defendió tan valerosamente.
Al muro, alcaides; ciérrense las puertas,
Y tomen armas niños y decrépitos,
Y aun no quede mujer que no defienda
Su casa, su marido, hijos y hacienda.
(Entranse en la ciudad).

Salen EL REY D. ALFONSO, D. NUÑO, D. FORTUNIO, LOPE DE LUNA, GARCÍA DE VIDAURE Y D. PEDRO DE ATARES.—*Soldados con rodelas y escalas*

D. ALFONSO

Las puertas han cerrado.

D. NUÑO

No han tenido
La culpa los caballos, noble Alfonso;
Que abiertos los ijares, por el campo,
Entre el aliento grueso, espuma y sangre
El alma sensitiva al aire rinden.

D. ALFONSO

Tras este vencimiento ¿quién se cansa
Sino quien no conoce lo que es honra?
Quien no espera á la gloria de esta empresa,
Atiende al agua y á la verde yerba.
Nosotros que nacimos obligados
Al claro honor de esta victoria insigne
No habemos de rendirnos al trabajo.
Los moros descansados cobran fuerzas
Para volver de nuevo á resistirse;
Vencidos, son al doble pusilánimes.
Ea, don Nuño Pardo de la Casta,
Ea, Lope de Luna,
Y vos, noble García de Vidaure,
Con todos los demás aragoneses
Que honráis mi casa y el presente siglo,
Esta es la gran ciudad de Zaragoza:
En su Coso sabéis que he prometido
Ponerme la corona de este imperio;
Ayudadme á cumplir esta promesa.

D. NUÑO

Por mí, señor, ya tardan las escalas.
Si tú prometes coronar tus sienes
En su Coso famoso, yo prometo
Poner este pendón sobre aquel muro.

ATARES

El de la puerta principal que miras,
Ya de valientes moros coronada,
Está, de tiernos niños y mujeres.

D. NUÑO

Parecen los bonetes y alinafas
Ropa tendida al sol, y las aljubas
Teñidas granas sobre verde yerba.

LOPE

Aquí están las escalas.

VIDAURE

Pues arrímense,
Haciendo una cubierta de paveses;
Que ya las duras piedras amenazan,
Fuegos arrojadizos y alcancías.

D. ALFONSO

Pues juntad los paveses; que yo mismo
La escala llevaré.

LOPE

Suelte la escala
Vuestra alteza; que aquí tenemos vidas
De menos importancia que ofrecelle.

D. NUÑO

¡Arrima, arrima escala!

TODOS

Arrima, arrima.

Salen al muro EL REY DE ZARAGOZA *y* MOROS.

REY

Empavesados las escalas ponen.
¡Aquí piedras, aquí.... flechas y espadas!

D. NUÑO

Yo subiré el primero.... El estandarte....
¡Oh cruz que Jorge nos mostró en su pecho,
Y Cristo en sus espaldas y hombros santos
Su santo original, y vos, cabezas
Ganadas de aquel Pedro, que la muerte
En tiernos años se llevó del mundo!
O moriré sin que la mano os suelte
O en Zaragoza os meterá don Nuño.

REY

¡Aquí, moros gallardos, aquí alcaides!

D. ALFONSO

¡Aquí vasallos míos! aquí hidalgos
Aragones y navarros fuertes!
Vended las vidas y vengad las muertes!

(Aquí hay mucho alcanciazo y cuchilladas y huyen los moros: sube D. Nuño el primero con el estandarte)

D. NUÑO

Huid, perros, huid. Yo soy don Nuño:
A mí me llaman Pardo de la Casta.

D. ALFONSO

¡Oh valeroso Nuño!

D. NUÑO

Aquí de Alfonso
Pongo, á vuestro pesar, el estandarte.
Las plazas desamparan; todos huyen.
Rompe esas puertas; rompe y entre Alfonso;
Que por otra se escapan los cobardes,
Y á cuestas hijos y mujeres llevan.

ATARES

Ya están en tierra las herradas puertas.

LOPE

Entra, Señor, y la victoria goza.

D. ALFONSO

Abrazadme, sagrada Zaragoza. *(Vanse).*

CAMPO

Salen EL REY MORO *y* DOS ALCAIDES

ALCAIDE 1.° Salva, Señor, tu persona.
REY. Alá se duela de mí,
Si mi paciencia me abona;
Temiendo voy desde aquí
Al Conde de Barcelona.
ALCAIDE 2.° En los Alfaques te embarca
Y iremos desde Tabarca
A Orán, Trípol ó Biserta.
REY. Será mi partida incierta
Que apenas tengo una barca.
ALCAIDE 1.° Pues ¿han de faltar, Señor,
De allí tartanas ó zabras?
REY. Todo falta á mi temor,
Pues aun me faltan palabras
Para decir mi dolor.
ALCAIDE 2.° Mejor salvarte podría
Ó Málaga ó Almería,

Alicante ó Cartagena.
REY. Todo es ir por tierra ajena,
Y todo es dejar la mía.
ALCAIDE 1.° Parte á Castilla ó Toledo.
REY. Pienso que es ya del cristiano.
Pero vamos que al fin puedo
Valerme del rey mi hermano,
A quien tuve tanto miedo;
Que si en la prosperidad
Me persiguió su aspereza,
Agora en la adversidad
Acudirá su nobleza
A tener de mí piedad.
ALCAIDE 2.° No te detengas, Señor.
REY. Por una parte el amor
De Zaragoza me duele,
Por otra, amigos, me impele
Del saco el fiero rigor.
Adiós, muros, que tenéis
Tal reliquia de cristiano,
Que por ella le acojéis,
Obra del César romano,
Cuyo nombre agradecéis;
Que muchas veces temía
Que este Pilar de María,
Cuyo nombre aunque soy moro,
Creo, estimo y siempre adoro,
Mi eterno daño sería.
Firme el Pilar se quedó;
Mas fué para los cristianos;
Que hoy sobre mí se cayó,
Arrojado de las manos
Que en él sus pies estampó.
Adiós, fuerte Aljafería;
Que mal podré derribar
Ciudad, aunque ha sido mía,
Que sustenta tal Pilar,
A que ayuda tal María.
Adiós, plaza, calles, Coso,
Adiós, Ebro caudaloso;
Que el llanto con que os celebro
Ya vuelve mis ojos Ebro,
Río del alma piadoso.
Adiós, nevado Moncayo,
Cuyos extremos corona
Del sol el primero rayo,
Siendo una frígida zona
Desde diciembre hasta mayo.
Adiós, adiós; que á Toledo
Me parto, si partir puedo,
Dejándoos el corazón.
ALCAIDE 1.° Formando van escuadrón.
¿Qué aguardas?
REY. Pártome y quedo.

De «La Estrella de Sevilla»

DEL ACTO TERCERO

ESCENA XII

UN CRIADO.—EL REY; *después* LOS ALCALDES

CRIADO. Aquí
Ver á vuestra alteza aguardan
Sus dos alcaldes mayores.
REY. Decid que entren con sus varas.
(Vase el criado)
Si yo puedo, á Sancho Ortiz
He de cumplir la palabra,
Sin que mi rigor se entienda.
(Salen los dos alcaldes)
D. PEDRO. Ya, gran señor, sustanciada
La culpa, pide el proceso
La sentencia.
REY. Sentenciadla:
Sólo os pido que miréis,
Pues sois padres de la patria,
Su justicia; y la clemencia
Muchas veces la aventaja.
Regidor es de Sevilla

Sancho Ortiz, si es el que falta
Regidor: uno piedad
Pide, si el otro venganza.

FARFÁN. Alcaldes mayores somos
De Sevilla, y hoy nos carga
En nuestros hombros, señor,
Su honor y su confianza.
Estas varas representan
A vuestra alteza; y si tratan
Mal vuestra planta divina,
Ofenden á vuestra estampa.
Derechas miran á Dios;
Y si se doblan y bajan,
Miran al hombre, y del cielo,
En torciéndose, se apartan.

REY. No digo que las torzáis,
Sino que equidad se haga
En la justicia.

D. PEDRO. Señor,
La causa de nuestras causas
Es vuestra alteza; en su *fiat*
Penden nuestras esperanzas.
Dadle la vida, y no muera,
Pues nadie en los reyes manda.
Dios hace los reyes, Dios
De los Saüles traslada
En los humildes Davides
Las coronas soberanas.

REY. Entrad, y ved la sentencia,
Qué da por disculpa, y salga
Al suplicio Sancho Ortiz,
Como las leyes lo tratan.
Vos, don Pedro de Guzmán,
Escuchadme una palabra
Aquí aparte. *(Vase Farfán.)*

ESCENA XIII

DON PEDRO.—EL REY

D. PEDRO. Pues, ¿qué es
Lo que vuestra alteza manda?

REY. Dando muerte á Sancho, amigo
Don Pedro, no se restaura
La vida al muerto; y querría,
Evitando la desgracia
Mayor, que le desterremos
A Gibraltar ó á Granada,
Donde en mi servicio tenga
Una muerte voluntaria.
¿Qué decís?

D. PEDRO. Que soy don Pedro
De Guzmán, y á vuestras plantas
Me tenéis. Vuestra es mi vida,
Vuestra es mi hacienda y espada.

REY. Dadme esos brazos, don Pedro
De Guzmán; que no esperaba
Yo menos de un pecho noble.
Id con Dios: haced que salga
Luego Farfán de Ribera. [*don Pedro).*
(Ap.) Montes la lisonja allana. *(Vase*

ESCENA XIV

FARFÁN.—EL REY

FARFÁN. Aquí á vuestros pies estoy.

REY. Farfán de Ribera, estaba
Con pena de que muriera
Sancho Ortiz; más ya se trata
De que en destierro se trueque
La muerte, y será más larga,
Porque será mientras viva.
Vuestro parecer me falta,
Para que así se pronuncie.

FARFÁN. Cosa de más importancia
Mande á Farfán de Ribera
Vuestra alteza, sin que en nada
Repare; que mi lealtad
En servirle no repara
En cosa alguna.

REY. En fin, sois
Ribera, en quien vierte el alba
Flores de virtudes bellas
Que os guarnecen y acompañan.
Id con Dios. *(Vase Farfán.)*

ESCENA XV

EL REY

Bien negocié.
Hoy de la muerte se escapa
Sancho Ortiz, y mi promesa
Sin que se entienda se salva.
Haré que por general
De alguna frontera vaya,
Con que le destierro y premio.

ESCENA XVI

LOS ALCALDES.—EL REY

D. PEDRO. Ya está, gran señor, firmada
La sentencia, y que la vea
Sólo vuestra alteza falta.
REY. Habrá la sentencia sido
Como yo la deseaba
De tan grandes caballeros.
FARFÁN. Nuestra lealtad nos ensalza.
REY. *(Lee).* «Fallamos: y pronunciamos
«Que le corten en la plaza
«la cabeza.»—¡Esta sentencia
Es la que traéis firmada!
¿Así, villanos, cumplís
A vuestro rey la palabra?
¡Vive Dios!
FARFÁN. Lo prometido
Con las vidas, con las almas
Cumplirá el menor de todos
Como vos, como arrimada
La vara tenga; con ella,
Por las potencias humanas,
Por la tierra, por el cielo,
Que ninguno dellos haga
Cosa mal hecha ó mal dicha.
D. PEDRO. Como á vasallos nos manda;
Mas como alcaldes mayores,
No pidas injustas causas;
Que aquello es estar sin ellas,
Y aquesto es estar con varas;
Y el cabildo de Sevilla
Es quien es.
REY. Bueno está. Basta;
Que todos me avergonzáis....

D. JUAN RUIZ DE ALARCÓN

De «La verdad sospechosa»

DEL ACTO PRIMERO

ESCENA II

DON BELTRÁN.—EL LETRADO

LETRADO. . . . . .
—De mi señor don García
Todas las acciones tienen
Cierto acento, en que convienen
Con su alta genealogía.
Es magnánimo y valiente,
Es sagaz é ingenioso,
Es liberal y piadoso;
Si repentino, impaciente.
Mas una falta no más
Es la que le he conocido,
Que por más que le he reñido
No se ha enmendado jamás.
D. BELTRÁN. ¿Cosa que á su calidad
Será dañosa en Madrid?
LETRADO. Puede ser.
D. BELTRÁN. ¿Cuál es? Decid.
LETRADO. No decir siempre verdad.

Den nobleza, no lo niego;
Mas no neguéis que sin ellas
También la da el nacimiento.

D. BELTRÁN. Pues si honor puede ganar
Quién nació sin él, ¿no es cierto
Que por el contrario puede
Quien con él nació perderlo?

D. GARCÍA. Es verdad.

D. BELTRÁN. Luego si vos
Obráis afrentosos hechos,
Aunque seáis hijo mío,
Dejáis de ser caballero;
Luego si vuestras costumbres
Os infaman en el pueblo,
No importan paternas armas,
No sirven altos abuelos.
¿Qué cosa es que la fama
Diga á mis oídos mesmos
Que en Salamanca admiraron
Vuestras mentiras y enredos?
¡Qué caballero y qué nada!
Si afrenta al noble y plebeyo
Sólo el decirle que miente,
Decid ¿qué será el hacerlo?
Si vivo sin honra yo,
Según los humanos fueros,
Mientras de aquel que me dijo
Que mentía no me vengo
¿Tan larga tenéis la espada,
Tan duro tenéis el pecho,
Qué pensáis poder vengaros,
Diciéndolo todo un pueblo?
¿Posible es que tenga un hombre
Tan humildes pensamientos,
Que viva sujeto al vicio
Más sin gusto y sin provecho?
Obliga á los codiciosos
El poder que da el dinero;
El gusto de los manjares
Al glotón; el pasatiempo
Y el cebo de la ganancia
A los que cursan el juego;
Su venganza al homicida,
Al robador su remedio,
La fama y la presunción
Al que es por la espada inquieto:
Todos los vicios, al fin,
O dan gusto ó dan provecho;
Mas de mentir, ¿qué se saca
Sino infamia y menosprecio?

D. GARCÍA. Quien dice que miento yo,
Ha mentido.

D. BELTRÁN. También eso
Es mentir; que aun desmentir
No sabéis, sino mintiendo.

D. GARCÍA. Pues si dais en no creerme.....

D. BELTRÁN. ¿No seré necio si creo
Que vos decís verdad solo,
Y miente el lugar entero?
Lo que importa es desmentir
Esta fama con los hechos,
Pensar que este es otro mundo,
Hablar poco, y verdadero.
Mirad que estáis á la vista
De un rey tan santo y perfecto,
Que vuestros yerros no pueden
Hallar disculpa en sus yerros;
Que tratáis aquí con grandes,
Títulos y caballeros.
Que si os saben la flaqueza,
Os perderán el respeto;
Que tenéis barba en el rostro,
Que al lado ceñís acero,
Que nacisteis noble, al fin,
Y que yo soy padre vuestro.
Y no he de deciros más;
Que esta sofrenada espero
Que baste para quien tiene
Calidad y entendimiento.

CRISTÓBAL DE MONROY Y SILVA

De «La batalla de Pavía»

JORNADA TERCERA

Salen EL DUQUE DEL INFANTADO *y* LANOY, *y detrás* EL EMPERADOR, *descubierto, limpiándose el sudor con un pañuelo*

EMPERADOR. ¡Qué! ¿Tan malo está?
DUQUE. Señor,
Muy enfermo está.
EMPERADOR. Cuidado,
Duque, el achaque me ha dado.
LANOY *(al rey)*. Aquí está el Emperador.

Sale EL EMPERADOR, *y el rey se arroja á sus pies; aquel le coge en brazos y le vuelve á la cama y se sienta*

REY. A esos pies me he de arrojar.
EMPER. Hermano. ¡Jesús, que exceso!
REY. Es tratarme como preso.
EMPER. Vuélvase luego á acostar
Vuestra majestad; por vida
Mía, no vea á mis pies
A quien tan mi dueño es.
DUQUE. La color tiene perdida.
LANOY *(aparte)*. El Emperador, advierto
Que, majestuoso y severo,
Por no quitarse el sombrero,
Entró á verle descubierto.
REY. Ya es el achaque menor;
Que su violencia resisto,
Señor, con haberos visto.
EMPER. Estimo mucho el favor.
Algo alborotado está
El pulso.
REY. Indiscreto fuera
Si sosegado estuviera.
DUQUE *(aparte)*. ¡Con qué agasajo le va
Consolando!
EMPER. Sabe Dios
Que esta desgracia he sentido;
La prisión he permitido
Sólo porque entre los dos
Haya paces, porque cuando
El turco la Iglesia inquieta,
No es, hermano, acción discreta
Estar los dos peleando.—
Traed unos dulces. *(Aparte)* Parece
(Vanse el Duque y Lanoy)
Que llora; estará afligido.
¡Por Dios que me ha enternecido!
REY. Mucho, Señor, favorece
Vuestra majestad á un preso.
EMPER. Cuando es el preso tal rey,
El sentir es justa ley
Su pena.
REY. ¡Notable exceso!

Sale EL DUQUE *con una caja y* LANOY *con toalla y copa*

DUQUE. Aquí está el dulce.
EMPER. Llegad.
DUQUE. Las lágrimas son despojos
Del sentimiento en los ojos.
EMPER. Coma vuestra majestad.—
¿Qué se dice de Borbón?
(Come el Rey y bebe)
LANOY. Hoy le estamos esperando.
EMPER. Tengo dispuesto en llegando,
Poner fin á esta prisión.—
El viaje se prevenga; *(al Duque)*
Correrá por vuestra mano
Volverse á Francia mi hermano;

No es justo que Madrid tenga,
Sin merecerlo, tal bien
Tantos días detenido.

REY *(aparte)*. Su favor me ha suspendido,
Cuando temí su desdén.

EMPER. ¿Cómo vuestra majestad
Se siente, hermano y señor?

(Vanse el Duque y Lanoy)

REY. Este agasajo y amor
Perturbó la enfermedad:
Ya depuesta su arrogancia
Huyó el mal, y claro está,
Porque ¿á quién no vencerá
El que venció á un rey de Francia?

EMPER. Notable batalla fué,
Hermano, la de Pavía.

REY *(riéndose)*. Fué en día de San Matías.

EMPER. Tengo con él mucha fe.
Pero ¿qué dirá, Señor,
Pescara en empeño tanto,
Si se le atribuye al Santo,
Y no á su esfuerzo y valor?

REY. Hubo muchas ocasiones
Para prenderme en la empresa;
Faltáronme muy apriesa
Italianos y valones.

EMPER. ¡Oh, bien haya un español,
Que nunca en la ocasión falta!

REY. ¡Bien haya un francés que exalta
Su fama hasta el mismo sol!

EMPER. Siempre España, hermano, tiene
Un no sé qué de valor
Con que se hace superior.

REY. Eso á Francia le conviene.
Y no es aquesto arrogancia,
Porque, en los tiempos pasados,
No tuvo España soldados
Como los pares de Francia.

EMPER. Valientes soldados fueron;
Mas allá los hay á pares,
Pero en España á millares;
Y así, el número excedieron.
Esto no es para negar;
Y si no en las ocasiones,
Por mi vida ¿cuántos nones
Hubo para cada par?

REY. ¿Quién con Roldán compitió?

EMPER. ¿Quién pudo igualar al Cid?

REY. ¿Y á Durandarte en la lid?

EMPER. Y á Bernardo ¿quién llegó?

REY. Oliveros fué potente;
Pocos hombres tuvo iguales.

EMPER. Al conde Fernán Gonzalez
Nadie excedió en lo valiente.

REY. De Dardín al sin segundo
Valor inclinado estoy.

EMPER. Fernán Cortés de Monroy
Me conquistó un nuevo mundo.

REY. Carlo Magno en la campaña
Fué un asombro soberano.

EMPER. Por lo menos Carlo Magno
No prendió algún rey de España.
Pero juzgad que tres son
En el mundo celebrados
Por los más diestros soldados
Y de mayor corazón.

REY. Héctor en primer lugar,
Y Alejandro en el segundo;
Que aqueste sujetó al mundo
Con aliento singular,
Y aquel á Troya admiró.

EMPER. Está bien; pero ya espero
Saber cuál es el tercero.

REY. ¿Cuál es el tercero? Yo.

EMPER. Bueno; desapasionado
Juzga vuestra majestad;
Siendo mi preso, en verdad
Que es mucho haberme olvidado.
Si yo le tengo vencido,
¿Lugar no mereceré
Entre los tres?

REY. Yo juzgué

No mal, á lo que he entendido.
Bien está de esta manera;
Que á no ser hoy prisionero,
No me pusiera el tercero;
Que el primero me pusiera.
EMPER. Eso sí, válgame Dios,
No falte el brío jamás.
REY *(aparte)*. Presto Carlos lo verás.
EMPER. *(aparte)*. Malos amigos los dos
Hemos de ser.
Salen EL DUQUE y LANOY
DUQUE. Ya Borbón,
Señor, de Italia ha venido.
EMPER. Yo escribí á mis capitanes
Que me enviaran aviso,
Habiendo hecho consulta
De los tratos y partidos
Que fuesen más convenientes
A la paz que solicito,
Y con Borbón lo remiten.
Si se siente con alivio
Vuestra majestad, pasemos
A mi cuarto; que de él mismo
La resolución sabremos
Del Papa, Italia y amigos.
REY. Vamos, señor, que después
De esta visita que estimo,
Me siento mejor.
EMPER. El cielo
Dilate esa vida siglos.

D. PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA

Del drama «La vida es sueño»

JORNADA PRIMERA

ESCENA II

SEGISMUNDO *en una torre vestido de pieles y con una cadena y luz*, CLARÍN y ROSAURA

SEGISMUNDO. Apurar, cielos, pretendo,
Ya que me tratáis así,
¿Qué delito cometí
Contra vosotros, naciendo?
Nace el ave, y con las galas
Que le dan belleza suma,
Apenas es flor de pluma,
O ramillete con alas,
Cuando las etéreas salas
Corta con velocidad,
Negándose á la piedad
Del nido que deja en calma;
Y ¿teniendo yo más alma
Tengo menos libertad?
Nace el bruto, y con la piel,
Que dibujan manchas bellas,
Apenas signo es de estrellas,
(Gracias al docto pincel)
Cuando atrevido y cruel,
La humana necesidad
Le enseña á tener crueldad,
Monstruo de su laberinto,
Y ¿yo con mejor instinto,
Tengo menos libertad?
Nace el pez, que no respira,
Aborto de ovas y lamas,
Y apenas, bajel de escamas,
Sobre las ondas se mira,
Cuando en todas partes gira,
Midiendo la inmensidad
De tanta capacidad
Como le da el centro frío,
Y ¿yo con más albedrío

Tengo menos libertad?
Nace el arroyo, culebra,
Que entre flores se desata,
Y apenas, sierpe de plata,
Entre las flores se quiebra,
Cuando músico celebra
De las flores la piedad
Que le da la majestad,
En campo abierto á su huída;
Y ¿teniendo yo más vida
Tengo menos libertad?
En llegando á esta pasión,
Un volcán, un Etna hecho,
Quisiera arrancar del pecho
Pedazos del corazón.
¿Qué ley, justicia, ó razón,
Negar á los hombres sabe
Privilegio tan süave,
Excepción, tan principal,
Que Dios le ha dado á un cristal,
A un pez, á un bruto, y á un ave?

ROSAURA. Temor y piedad en mí
Sus razones han causado. [do?

SEGISMUNDO. ¿Quién mis voces ha escucha-
¿Es Clotaldo?

CLARÍN. Di que sí,

ROSAURA. No es sino un triste (¡ay de mí!)
Que en estas bóvedas frías
Oyó tus melancolías.

SEGISMUNDO. Pues muerte aquí te daré,
Porque no sepas que sé
Que sabes flaquezas mías:
Sólo porque me has oído,
Entre mis membrudos brazos
Te tengo de hacer pedazos.

CLARÍN. Yo soy sordo, y no he podido
Escucharte.

ROSAURA. Si has nacido
Humano basta el postrarme
A tus pies para librarme.

SEGISMUNDO. Tu voz pudo enternecerme,
Tu presencia suspenderme,
Y tu respeto turbarme.
¿Quién eres? que aunque yo aquí
Tan poco del mundo sé,
Que cuna y sepulcro fué
Esta torre para mí;
Y aunque desde que nací
(Si esto es nacer) sólo advierto
Este rústico desierto,
Donde miserable vivo,
Siendo un esqueleto vivo,
Siendo un animado muerto:
Y aunque nunca ví ni hablé
Sino á un hombre solamente,
Que aquí mis desdichas siente,
Por quién las noticias sé;
Tú sólo, tú has suspendido
La pasión á mis enojos,
La suspensión á mis ojos,
La admiración á mi oído.

ROSAURA. Con asombro de mirarte,
Con admiración de oirte,
Ni sé qué pueda decirte,
Ni qué pueda preguntarte:
Sólo diré que á esta parte
Hoy el cielo me ha guiado
Para haberme consolado,
Si consuelo puede ser
Del que es desdichado, ver
Otro que es más desdichado.
Cuentan de un sabio que un día
Tan pobre y mísero estaba,
Que sólo se sustentaba
De unas yerbas que cogía.
¿Habrá otro (entre sí decía)
Más pobre y triste que yo?
Y cuando el rostro volvió,
Halló la respuesta, viendo
Que iba otro sabio cogiendo
Las hojas que él arrojó.
Quejoso de la fortuna

Yo en este mundo vivía,
Y cuando entre mí decía:
¿Habrá otra persona alguna
De suerte más importuna?
Piadoso me has respondido;
Pues volviendo en mi sentido,
Hallo que las penas mías,
Para hacerlas tú alegrías,
Las hubieras recogido.
Y por si acaso mis penas
Pueden en algo aliviarte,
Óyelas atento, y toma
Las que de ellas me sobraren.
Yo soy.....

JORNADA SEGUNDA

ESCENA III

En un palacio, músicos cantando y criados dando de vestir á Segismundo, que sale como asombrado.—CLOTALDO, CLARÍN

SEGISMUNDO. ¡Válgame el cielo, qué veo!
¡Válgame el cielo, qué miro!
Con poco espanto lo admiro,
Con mucha duda lo creo.
¿Yo en palacios suntuosos?
¿Yo entre telas y brocados?
¿Yo cercado de criados
Tan lucidos y briosos?
¿Yo despertar de dormir
En lecho tan excelente?
Yo en medio de tanta gente
Que me sirva de vestir?
Decir que sueño es engaño:
Bien sé que despierto estoy,
¿Yo Segismundo no soy?
Dadme, cielos, desengaño.
Decidme ¿qué pudo ser
Esto que á mi fantasía
Sucedió mientras dormía,
Que aquí me he llegado á ver?
Pero sea lo que fuere,
¿Quién me mete en discurrir?
Dejarme quiero servir
Y venga lo que viniere.
CLOTALDO. Vuestra alteza, gran señor,
Me dé su mano á besar,
Que el primero os ha de dar
Esta obediencia mi honor. [así,
SEGISMUNDO *(ap.)*. Clotaldo es: ¿pues cómo
Quien en prisión me maltrata
Con tal respeto me trata?
¿Qué es lo que pasa por mí?
CLOTALDO. Con la grande confusión
Que el nuevo estado te da,
Mil dudas padecerá
El discurso y la razón;
Pero ya librarte quiero
De todas (si puede ser),
Porque has, señor, de saber,
Que eres príncipe heredero
De Polonia. Si has estado
Retirado y escondido,
Por obedecer ha sido
A la inclemencia del hado,
Que mil tragedias consiente
A este imperio, cuando en él
El soberano laurel
Corone tu augusta frente.
Mas fiando á tu atención
Que vencerás las estrellas,
Porque es posible vencellas,
Un magnánimo varón,
A palacio te han traído
De la torre en que vivías,
Mientras al sueño tenías
El espíritu rendido.
Tu padre, el rey mi señor,
Vendrá á verte, y dél sabrás,
Segismundo, lo demás.
SEGISMUNDO. Pues vil, infame, traidor,
¿Qué tengo más que saber,
Después de saber quién soy,

Para mostrar desde hoy,
Mi soberbia y mi poder?
¿Cómo á tu patria le has hecho
Tal traición, que me ocultaste
A mí, pues que me negaste,
Contra razón y derecho,
Este estado?

CLOTALDO. ¡Ay de mí triste!

SEGISMUNDO. Traidor fuiste con la ley,
Lisonjero con el rey,
Y cruel conmigo fuiste;
Y así el rey, la ley y yo,
Entre desdichas tan fieras,
Te condenan á que mueras
A mis manos.

CRIADO. Señor....

SEGISMUNDO. No
Me estorbe nadie, que es vana
Diligencia; ¡y vive Dios!
Si os ponéis delante vos
Que os eche por la ventana.

CRIADO. Huye, Clotaldo.

CLOTALDO. ¡Ay de ti,
Qué soberbia vas mostrando,
Sin saber que estás soñando! *(Vase).*

CRIADO. Advierte....

SEGISMUNDO. Aparte de aquí.

CRIADO. Que á su rey obedeció.

SEGISMUNDO. En lo que no es justa ley
No ha de obedecer al rey,
Y su príncipe era yo.

CRIADO. El no debió examinar
Si era bien hecho ó mal hecho. [cho,

SEGISMUNDO. Que estáis mal con vos sospe-
Pues me dáis que replicar.

CLARÍN. Dice el príncipe muy bien,
Y vos hicisteis muy mal.

CRIADO 2.° Quién os dió licencia igual?

CLARÍN. Yo me la he tomado.

SEGISMUNDO. Quién
Eres tú, dí.

CLARÍN. Entremetido,
Y deste oficio soy jefe,
Porque soy el mequetrefe
Mayor, que se ha conocido.

SEGISMUNDO. Tú sólo en tan nuevos mundos
Me has agradado.

CLARÍN. Señor,
Soy un grande agradador
De todos los Segismundos.

ESCENA IV

ASTOLFO, SEGISMUNDO, CLARÍN, CRIADOS, MÚSICOS

ASTOLFO. ¡Feliz mil veces el día,
Oh príncipe, que os mostráis
Sol de Polonia, y llenáis
De resplandor y alegría
Todos esos horizontes
Con tan divino arrebol;
Pues que salís como el sol
De los senos de los montes!
Salid, pues, y aunque tan tarde
Se corona vuestra frente
Del laurel resplandeciente,
Tarde muera.

SEGISMUNDO. Dios os guarde.

ASTOLFO. El no haberme conocido
Sólo por disculpa os doy
De no honrarme más. Yo soy
Astolfo, duque he nacido
De Moscovia, y primo vuestro:
Haya igualdad en los dos.

SEGISMUNDO. Si digo que os guarde Dios,
¿Bastante agrado no os muestro?
Pero ya que haciendo alarde
De quien sois, desto os quejáis,
Otra vez que me veáis
Le diré á Dios que no os guarde. [dere

CRIADO 2.° *(á Astolfo)* Vuestra alteza consi-
Que como en montes nacido
Con todos ha procedido.... [re....
(A Segismundo) Astolfo, señor, prefie-

SEGISMUNDO. Cansóme como llegó
Grave á hablarme, y lo primero
Que hizo se puso el sombrero.
CRIADO 2.° Es grande.
SEGISMUNDO. Mayor soy yo.
CRIADO 2.° Con todo esto entre los dos
Que haya más respeto es bien
Que entre los demás.
SEGISMUNDO. Y quién
Os mete conmigo á vos?

ESCENA VI

BASILIO, SEGISMUNDO, CLARÍN, CRIADOS

BASILIO. ¿Qué ha sido esto?
SEGISMUNDO. Nada ha sido;
A un hombre que me ha cansado
Desde un balcón he arrojado. [vertido.
CLARÍN *(á Segismundo)* Que es el rey, está ad-
BASILIO. ¿Tan presto una vida cuesta
Tu venida al primer día?
SEGISMUNDO. Díjome que no podía
Hacerse, y gané la apuesta.
BASILIO. Pésame mucho que cuando
Príncipe á verte he venido
Pensando hallarte advertido
De hados y estrellas triunfando,
Con tanto rigor te vea,
Y que la primera acción
Que has hecho en esta ocasión
Un grave homicidio sea.
¿Con qué amor llegar podré
A darte ahora mis brazos,
Si de sus soberbios lazos
Que están enseñados sé
A dar muerte? ¿Quién llegó
A ver desnudo el puñal
Que dió una herida mortal
Que no temiese? ¿Quién vió
Sangriento el lugar en donde
A otro hombre le dieron muerte
Que no sienta? Que el más fuerte
A su natural responde.
Yo así, que en tus brazos miro
Desta muerte el instrumento,
Y miro el lugar sangriento,
De tus brazos me retiro;
Y aunque en amorosos lazos
Ceñir tu cuello pensé,
Sin ellos me volveré
Que tengo miedo á tus brazos.
SEGISMUNDO. Sin ellos me podré estar
Como he estado hasta aquí;
Que un padre que contra mí
Tanto rigor sabe usar,
Que su condición ingrata
De su lado me desvía,
Como á una fiera me cría,
Y como á un monstruo me trata,
Y mi muerte solicita,
De poca importancia fué
Que los brazos no me dé
Cuando el ser de hombre me quita.
BASILIO. Al cielo y á Dios pluguiera
Que á dártele no llegara;
Pues ni tu voz escuchara,
Ni tu atrevimiento viera.
SEGISMUNDO. Si no me lo hubieras dado,
No me quejara de ti;
Pero una vez dado, sí,
Por habérmelo quitado;
Pues aunque el dar la acción es
Más noble y más singular,
Es mayor bajeza el dar
Para quitarlo después.
BASILIO. ¡Bien me agradeces el verte
De un humilde y pobre preso
Príncipe ya!
SEGISMUNDO. Pues en eso
¿Qué tengo que agradecerte,
Tirano de mi albedrío?
Si viejo y caduco estás,
¿Muriéndote, qué me das?

¿Dasme más de lo que es mío?
Mi padre eres y mi rey;
Luego toda esta grandeza
Me da la naturaleza
Por derecho de su ley.
Luego aunque esté en tal estado.
Obligado no te quedo,
Y pedirte cuentas puedo
Del tiempo que me has quitado
Libertad, vida y honor;
Y así, agradéceme á mí
Que yo no cobre de ti,
Pues eras tú mi deudor.

BASILIO. Bárbaro eres y atrevido:
Cumplió su palabra el cielo;
Y así para el mismo apelo,
Soberbio y desvanecido.
Y aunque sepas ya quien eres
Y desengañado estés,
Y aunque en un lugar te ves
Donde á todo te prefieres,
Mira bien lo que te advierto:
Que seas humilde y blando,
Porque quizá estás soñando
Aunque ves que estás despierto. *(Vase).*

SEGISMUNDO. ¿Que quizá soñando estoy
Aunque despierto me veo?
No sueño, pues toco y creo
Lo que he sido, lo que soy.
Y aunque ahora te arrepientas,
Poco remedio tendrás;
Sé quien soy, y no podrás
Aunque suspires y sientas,
Quitarme el haber nacido
Desta corona heredero;
Y si me viste primero
A las prisiones rendido,
Fué porque ignoré quién era;
Pero ya informado estoy
De quién soy, y sé que soy
Un compuesto de hombre y fiera.

ESCENA XVIII

BASILIO *rebozado*, CLOTALDO, SEGISMUNDO *adormecido en el suelo con pieles y cadenas*

BASILIO. Clotaldo.
CLOTALDO. Señor, así
Viene vuestra majestad!
BASILIO. La necia curiosidad
De ver lo que pasa aquí
A Sejismundo (ay de mí)
Deste modo me ha traído.
CLOTALDO. Mírale allí reducido
A su miserable estado.
BASILIO. ¡Ay príncipe desdichado
Y en triste punto nacido!
Llega á despertarle ya,
Que fuerza y rigor perdió
Con el opio que bebió.
CLOTALDO. Inquieto, señor, está
Y hablando.
BASILIO. ¿Qué soñará
Ahora? Escuchemos pues. [pe es
SEGISMUNDO *(entre sueños)*. Piadoso prínci-
El que castiga tiranos:
Clotaldo muera á mis manos,
Mi padre bese mis pies.
CLOTALDO. Con la muerte me amenaza.
BASILIO. A mí con rigor y afrenta.
CLOTALDO. Quitarme la vida intenta.
BASILIO. Rendirme á sus plantas traza.
SEGISMUNDO *(entre sueños)*. Salga á la anchu-
Del gran teatro del mundo [rosa plaza
Este valor sin segundo,
Porque mi venganza cuadre,
Vean triunfar de su padre
Al príncipe Segismundo.
Mas ¡ay de mí! ¿Dónde estoy? [*taldo)*.
BASILIO. Pues á mí no me ha de ver: *(á Clo-*
Ya sabes lo que has de hacer;
Desde allí á escucharle voy.
SEGISMUNDO. ¿Soy yo por ventura? soy

El que preso y aherrojado
Llego á verme en tal estado?
¿No sois mi sepulcro vos,
Torre? Sí, válgame Dios
Qué de cosas he soñado!

CLOTALDO *(aparte)*. A mí me toca llegar
A hacer la desecha ahora....
¿Es ya de dispertar hora?

SEGISMUNDO. Sí, hora es de dispertar.

CLOTALDO. Todo el día te has de estar
Durmiendo? Desde que yo
El águila que voló
Con tardo vuelo seguí,
Y te quedaste tú aquí,
Nunca has dispertado?

SEGISMUNDO. No;
Ni aun agora he dispertado;
Que según, Clotaldo, entiendo,
Todavía estoy durmiendo;
Y no estoy muy engañado,
Porque si ha sido soñado
Lo que ví palpable y cierto
Lo que veo será incierto;
Y no es mucho que rendido,
Pues veo estando dormido,
Que sueñe estando dispierto.

CLOTALDO. Lo que soñaste me dí.

SEGISMUNDO. Supuesto que sueño fué
No diré lo que soñé,
Lo que ví, Clotaldo, sí:
Yo desperté, yo me ví
(Qué crueldad más lisonjera!)
En un lecho, que pudiera
Con matices y colores
Ser el catre de las flores
Que tejió la primavera.
Aquí mil nobles rendidos,
A mis pies nombre me dieron
De su príncipe, y sirvieron
Galas, joyas y vestidos.
La calma de mis sentidos
Tú trocaste en alegría.
Diciendo la dicha mía
Que aunque estoy desta manera
Príncipe en Polonia era.

CLOTALDO. Buenas albricias tendría.

SEGISMUNDO. No muy buenas. Por traidor
Con pecho atrevido y fuerte,
Dos veces te daba muerte.

CLOTALDO. ¿Para mí tanto rigor?

SEGISMUNDO. De todos era señor
Y de todos me vengaba....
Que fue verdad, creo yo
En que todo se acabó,
Y esto solo se acaba.
(Vase el rey).

CLOTALDO *(aparte)*. (Enternecido se ha ido
El rey de haberle escuchado)
Como habíamos hablado
De aquella águila, dormido
Tu sueño imperios han sido;
Mas en sueños fuera bien
Honrar entonces á quien
Te crió en tantos empeños,
Segismundo, que aun en sueños
No se pierde el hacer bien. *(Vase)*.

ESCENA XIX

SEGISMUNDO

Es verdad; pues reprimamos
Esta fiera condición,
Esta furia, esta ambición,
Por si alguna vez soñamos:
Y sí haremos; pues estamos
En mundo tan singular,
Que el vivir sólo es soñar;
Y la experiencia me enseña,
Que el hombre que vive, sueña
Lo que es hasta dispertar.
Sueña el rey, que es rey, y vive
Con este engaño mandando,
Disponiendo y gobernando;

Y este aplauso que recibe
Prestado, en el viento escribe:
Y en cenizas le convierte
La muerte, (¡desdicha fuerte!):
¿Que hay quien intente reinar,
Viendo que ha de dispertar
En el sueño de la muerte?
Sueña el rico en su riqueza,
Que más cuidados le ofrece,
Sueña el pobre que padece,
Su miseria y su pobreza,
Sueña el que á medrar empieza,
Sueña el que afana y pretende,
Sueña el que agravia y ofende.
Y en el mundo, en conclusión
Todos sueñan lo que son,
Aunque ninguno lo entiende.
Yo sueño que estoy aquí
Destas prisiones cargado,
Y soñé que en otro estado
Más lisonjero me vi.
¿Qué es la vida? un frenesí:
¿Qué es la vida? una ilusión,
Una sombra, una ficción,
Y el mayor bien es pequeño;
Que toda la vida es sueño,
Y los sueños, sueños son.

JORNADA TERCERA

ESCENA III

(Voces dentro)

¡Viva Segismundo, viva!

SEGISMUNDO. ¿Otra vez (qué esto, cielos!)
Queréis que sueñe grandezas
Que ha de deshacer el tiempo?
¿Otra vez queréis que vea
Entre sombras y bosquejos
La majestad y la pompa
Desvanecida del viento?
¿Otra vez queréis que toque
El desengaño, ó el riesgo,
A que el humano poder,
Nace humilde y vive atento?
Pues no ha de ser, no ha de ser,
Mirarme otra vez sujeto
A mi fortuna; y pues sé
Que toda esta vida es sueño.
Idos sombras que fingís
Hoy á mis sentidos muertos
Cuerpo y voz, siendo verdad
Que ni tenéis voz ni cuerpo;
Que no quiero majestades
Fingidas, pompas no quiero
Fantásticas, ilusiones
Que al soplo menos ligero
Del aura han de deshacerse,
Bien como el florido almendro,
Que por madrugar sus flores
Sin aviso y sin consejo
Al primer soplo se apagan,
Marchitando y desluciendo
De sus rosados capullos
Belleza, luz y ornamento.
Ya os conozco, ya os conozco
Y sé que os pasa lo mesmo
Con cualquiera que se duerme:
Para mí no hay fingimientos;
Que desengañado ya,
Sé bien que la vida es sueño.

SOLDADO 2.° Si piensas que te engañamos
Vuelve á esos montes soberbios
Los ojos para que veas
La gente que aguarda en ellos
Para obedecerte.

SEGISMUNDO. Ya
Otra vez vi aquesto mesmo
Tan clara y distintamente
Como ahora lo estoy viendo
Y fué sueño.....

SOLDADO 2.° Cosas grandes
Siempre, gran señor, trajeron
Anuncios; y esto sería,

Si lo soñaste primero.
SEGISMUNDO. Dices bien, anuncio fué;
Y caso que fuese cierto,
Pues que la vida es tan corta
Soñemos, alma, soñemos
Otra vez, pero ha de ser
Con atención y consejo
De que hemos de dispertar
Deste gusto al mejor tiempo;
Que llevándolo sabido
Será el desengaño menos;
Que es hacer burla del daño
Adelantarle el consejo.
Y con esta prevención
De que cuando fuese cierto,
Es todo el poder prestado
Y ha de volverse á su dueño;
Atrevámonos á todo
Vasallos, yo os agradezco
La lealtad; en mí lleváis
Quien os libre osado y diestro
De extranjera esclavitud.
Tocad al arma que presto,
Veréis mi inmenso valor.
Contra mi padre pretendo
Tomar armas, y sacar
Verdaderos á los cielos.
Puesto he de verle á mis plantas....
(Aparte). Mas si antes desto despierto,
¿No será bien, no decirlo,
Supuesto que no he de hacerlo?
TODOS. Viva Segismundo, viva!
CLOTALDO. Qué alboroto es este, cielos?
SEGISMUNDO. Clotaldo.
CLOTALDO. Señor, *(aparte)* en mí
Su rigor prueba.
CLARÍN *(aparte)*. Yo apuesto
Que le despeña del monte. *(Vase)*.
CLOTALDO. A tus reales plantas llego,
Ya sé que á morir.
SEGISMUNDO. Levanta,
Levanta, padre, del suelo;
Que tú has de ser norte y guía
De quien fíe mis aciertos;
Que ya sé que mi crianza
A tu mucha lealtad debo.
Dame los brazos.
CLOTALDO. ¿Qué dices? [ro
SEGISMUNDO. Que estoy soñando, y que quie-
Obrar bien, pues no se pierde
El hacer bien aun en sueños.
CLOTALDO. Pues señor, si el obrar bien
Es ya tu blasón, es cierto
Que no te ofenda el que yo
Hoy solicite lo mesmo.
¡A tu padre has de hacer guerra!
Yo aconsejarte no puedo
Contra mi rey, ni valerte.
A tus plantas estoy puesto
Dame la muerte.
SEGISMUNDO. Villano,
Traidor, ingrato, *(aparte)* (mas cielos!)
El reportarme conviene
Que aun no sé si estoy despierto.
Clotaldo, vuestro valor
Os envidio y agradezco;
Idos á servir al rey,
Que en el campo nos veremos;
Vosotros tocad al arma.
CLOTALDO. Mil veces tus plantas beso. *(Vase)*.
SEGISMUNDO. A reinar, fortuna, vamos,
No me despiertes si duermo,
Y si es verdad no me aduermas;
Mas sea verdad ó sueño,
Obrar bien es lo que importa;
Si fuera verdad por serlo;
Sino por ganar amigos
Para cuando despertemos.

De «El Príncipe constante»

JORNADA PRIMERA

Playa de Tánger

ESCENA VII

Tocan dentro un clarín, hay ruido de desembarcar, y van saliendo D. FERNANDO, D. ENRIQUE D. JUAN COUTIÑO, y SOLDADOS PORTUGUESES

D. FERNANDO

Yo he de ser el primero, África bella,
Que he de pisar tu margen arenosa,
Porque oprimida al peso de mi huella,
Sientas en tu cerviz la poderosa
Fuerza que ha de rendirte.

D. ENRIQUE

Yo en el suelo *(cae)*
Africano la planta generosa
El segundo pondré: ¡Válgame el cielo!
Hasta aquí los agüeros me han seguido.

D. FERNANDO

Pierde, Enrique, á esas cosas el recelo,
Porque el caer agora, antes ha sido
Que ya, como á señor, la misma tierra
Los brazos en albricias te ha pedido.

D. ENRIQUE

Desierta esta campaña y esta sierra,
Los alarbes, al vernos, han dejado.

D. JUAN

Tánger las puertas de sus muros cierra.

D. FERNANDO

Todos se han retirado á su sagrado.
Don Juan Coutiño, conde de Miralva,
Reconoced la tierra con cuidado:
Antes que el sol, reconociendo el alba,
Con más furia nos hiera y nos ofenda,
Haced á la ciudad la primer salva.
Decid que defenderse no pretenda,
Porque la ha de ganar á sangre y fuego,
Que el campo inunde, el edificio encienda.

D. JUAN

Tú verás que á sus mismas puertas llego,
Aunque volcán de llamas y de rayos
Le deje al sol con pardas nubes ciego. *(Vase).*

ESCENA VIII

BRITO.—D. FERNANDO, D. ENRIQUE, SOLDADOS PORTUGUESES

BRITO

¡Gracias á Dios que abriles piso y mayos,
Y en la tierra me voy por donde quiero,
Sin sustos, sin vaivenes ni desmayos!
Y no en el mar, adonde, si primero
No se consulta un monstruo de madera,
Que es juez de palo, en fin, el más ligero
No se puede escapar de una carrera
En el mayor peligro. ¡Ah tierra mía!
No muera en agua yo, como no muera
Tampoco en tierra hasta el postrero día.

D. ENRIQUE

¡Que escuches este loco!

D. FERNANDO

Y que tu pena,
Sin razón, sin arbitrio y sin consuelo,
¡Tanto de ti te priva y te divierte!

D. ENRIQUE

El alma traigo de temores llena:
Echado juzgo contra mí la suerte,
Desde que de Lisboa, al salir, solo
Imágenes he visto de la muerte.
Apenas pues al berberisco polo
Prevenimos los dos esta jornada,
Cuando de un parasismo el mismo Apolo
Amortajado en nubes, la dorada
Faz escondió, y el mar sañudo y fiero
Deshizo con tormentas nuestra armada.
Si miro al mar, mil sombras considero;
Si al cielo miro, sangre me parece

Su velo azul; si al aire lisonjero,
Aves nocturnas son las que me ofrece;
Si á la tierra, sepulcros representa,
Donde mísero yo caiga y tropiece.

D. FERNANDO

Pues descifrarte aquí mi amor intenta
Causa de un melancólico accidente.
Sorbernos una nave, una tormenta,
Es decirnos que sobra aquella gente
Para ganar la empresa á que venimos:
Verter púrpura el cielo trasparente,
Es gala, no es horror; que si fingimos
Monstruos al agua y pájaros al viento,
Nosotros hasta aquí no los trajimos;
Pues si ellos aquí están, ¿no es argumento
Que á la tierra que habitan inhumanos,
Pronostican el fin fiero y sangriento?
Estos agüeros viles, miedos vanos,
Para los moros vienen, que los crean,
No para que los duden los cristianos.
Nosotros dos lo somos; no se emplean
Nuestras armas aquí por vanagloria
De que en los libros inmortales lean
Ojos humanos esta gran victoria.
La fe de Dios á engrandecer venimos.
Suyo será el honor, suya la gloria,
Si vivimos dichosos, pues morimos;
El castigo de Dios justo es temerle,
Este no viene envuelto en miedos vanos:
A servirle venimos, no á ofenderle:
Cristianos sois, haced como cristianos.—
Pero ¿qué es esto?

ESCENA IX

D. JUAN.—DICHOS

D. JUAN. Señor,
Yendo al muro á obedecerte,
A la falda de ese monte
Ví una tropa de ginetes,
Que de la parte de Fez
Corriendo á esta parte vienen
Tan veloces, que á la vista
Aves, no brutos, parecen.
El viento no los sustenta,
La tierra apenas los siente;
Y así la tierra ni el aire
Saben si corran ó vuelen.

D. FERNANDO. Salgamos á recibirlos,
Haciendo primero frente
Los arcabuceros: luego
Los que caballos tuvieren
Salgan también á su usanza,
Con lanzas y con arneses.
¡Ea, Enrique, buen principio
Esta ocasión nos ofrece!
¡Ánimo!

D. ENRIQUE. ¡Tu hermano soy!
No me espantan accidentes
Del tiempo, ni me espantara
El semblante de la muerte. *(Vanse).*

BRITO. El cuartel de la salud
Me toca á mí guardar siempre,
¡Oh que brava escaramuza!
Ya se embisten, ya acometen.
¡Famoso juego de cañas!
Ponerme en cobro conviene. *(Vase).*

(Tocan dentro al arma)

Otro punto de la playa

ESCENA X

D. JUAN y D. ENRIQUE, *peleando con varios* MOROS

D. ENRIQUE. A ellos, que ya los moros
Vencidos la espalda vuelven.

D. JUAN. Llenos de despojos quedan,
De caballos y de gentes,
Estos campos.

D. ENRIQUE. Don Fernando
¿Dónde está, que no parece?

D. JUAN. Tanto se ha empeñado en ellos,
Que ya de vista se pierde.....

ESCENA XVII

D. FERNANDO, *retirándose del* REY DE FEZ *y de otros* MOROS.—BRITO

REY. Rinde la espada, altivo
Portugués; que si logro el verte vivo
En mi poder, prometo
Ser tu amigo. ¿Quién eres? [esperes
D. FERNANDO. Un caballero soy; saber no
Más de mí. Dame la muerte.

ESCENA XVIII

D. JUAN, *que se pone al lado de* D. FERNANDO.—DICHOS

D. JUAN. Primero, gran señor, mi pecho
Que es muro de diamante, [fuerte,
Tu vida guardará puesto delante.
¡Ea, Fernando mío,
Muéstrese ahora el heredado brío!
REY. Si esto escucho ¿qué espero?
Suspéndanse las armas, que no quiero
Hoy más felice gloria;
Que este preso me basta por victoria.
Si tu prisión ó muerte
Con tal sentencia decretó la suerte,
Da la espada, Fernando,
Al rey de Fez.

ESCENA XIX

MULEY; *después* D. FERNANDO.—DICHOS

MULEY. ¿Qué es lo que estoy mirado?
D. FERNANDO. Solo á un rey la rindiera;
Que desesperación negarla fuera.
(Sale D. Enrique)
D. ENRIQUE. ¡Preso mi hermano!
D. FERNANDO. Enrique,
Tu voz más sentimiento no publique;
Que en la suerte importuna
Estos son los sucesos de fortuna.
REY. Enrique, don Fernando [trando
Está hoy en mi poder; y aunque mos-
La ventaja que tengo,
Pudiera daros muerte, yo no vengo
Hoy más que á defenderme; [me
Que vuestra sangre no viniera á hacer-
Honras tan conocidas
Como podrán hacerme vuestras vidas.
Y para que el rescate
Con más puntualidad al Rey, se trate,
Vuelve tú, que Fernando
En mi poder se quedará, aguardando
Que vengas á libralle.
Pero dile á Duarte, que en llevalle
Será su intento vano,
Si á Ceuta no me entrega por su mano.
Y agora, vuestra alteza, [za,
A quien debo esta honra, esta grande-
A Fez venga conmigo. [sigo,
D. FERNANDO. Iré á la esfera, cuyos rayos
MULEY *(aparte)*. Porque yo tenga, ¡cielos!
Más que sentir entre amistad y celos.
D. FERNANDO. Enrique, preso quedo.
Ni al mal ni á la fortuna tengo miedo.
Dirásle á nuestro hermano
Que haga aquí como príncipe cristiano
En la desdicha mía. [desconfía?
D. ENRIQUE. Pues ¿quién de sus grandezas
D. FERNANDO. Esto te encargo, y digo
Que haga como cristiano.
D. ENRIQUE. Yo me obligo
A volver como tal.
D. FERNANDO. Dame esos brazos.
D. ENRIQUE. Tú eres el preso, y pónesme á
D. FERNANDO. D. Juan, adios. [mí lazos.
D. JUAN. Yo he de quedar contigo;
De mí no te despidas.
D. FERNANDO. ¡Leal amigo!
D. ENRIQUE. ¡Oh infelice jornada! [gas nada,
D. FERNANDO. Dirasle al Rey... Mas no le di-
Si con grande silencio el miedo vano
Estas lágrimas lleva al Rey mi herma-
[no. *(Vanse)*.

JORNADA SEGUNDA

Falda de un monte cercano á los jardines del rey

ESCENA III

D. FERNANDO, TRES CAUTIVOS.—MULEY

CAUTIVO 1.° Desde aquel jardín te vimos,
Donde estamos trabajando,
Andar á caza, ó Fernando,
Y todos juntos venimos
A arrojarnos á tus pies.
CAUTIVO 2.° Solamente este consuelo
Aquí nos ofrece el cielo.
CAUTIVO 3.° Piedad como suya es.
D. FERNANDO. Amigos, dadme los brazos;
Y sabe Dios si con ellos
Quisiera de vuestros cuellos
Romper los nudos y lazos
Que os aprisionan; que á fe
Que os darían libertad
Antes que á mí; mas pensad
Que favor del cielo fué
Esta piadosa sentencia;
El mejorará la suerte,
Que á la desdicha más fuerte
Sabe vencer la prudencia.
Sufrid con ella el rigor
Del tiempo y de la fortuna:
Deidad bárbara, importuna,
Hoy cadáver y ayer flor,
No permanece jamás,
Y así os mudará de estado.—
¡Ay Dios! que al necesitado
Darle consejo no más,
No es prudencia, y en verdad,
Que aunque quiera regalaros,
No tengo esta vez qué daros:
Mis amigos, perdonad.
Ya de Portugal espero
Socorro, presto vendrá;
Vuestra mi hacienda será,
para vosotros la quiero.
Si me vienen á sacar
Del cautiverio, ya digo
que todos iréis conmigo.
Id con Dios á trabajar,
No disgustéis vuestros dueños.
CAUTIVO 1.° Señor, tu vida y salud
Hace nuestra esclavitud
Dichosa.
CAUTIVO 2.° Siglos pequeños
Los de Fénix sean, señor,
Para que vivas. *(Vanse los cautivos).*

ESCENA IV

D. FERNANDO, MULEY

D. FERNANDO. El alma
Queda en lastimosa calma,
Viendo que os vais sin favor
De mis manos. ¡Quién pudiera
Socorrerlos! ¡Qué dolor!
MULEY. Aquí estoy viendo el amor
Con que la desdicha fiera
De esos cautivos tratáis.
D. FERNANDO. Duélome de su fortuna,
Y en la desdicha importuna,
Que á esos cautivos miráis,
Aprendo á ser infelice;
Y algún día podrá ser
Que los haya menester.
MULEY. ¿Eso vuestra Alteza dice?
D. FERNANDO. Naciendo infante, he llegado
A ser esclavo; y así
Temo venir desde aquí
A más miserable estado;
Que si ya en aqueste vivo,
Mucha más distancia tray
De infante á cautivo, que hay
De cautivo á más cautivo.
Un día llama á otro día,
Y así llama y encadena

Llanto á llanto y pena á pena.
MULEY. ¡No fuera mayor la mía!
Que vuestra Alteza mañana,
Aunque hoy cautivo está,
A su patria volverá;
Pero mi esperanza es vana,
Pues no puede alguna vez
Mejorarse mi fortuna,
Mudable más que la luna.....

ESCENA V

EL REY.—D. FERNANDO

REY. Por la falda deste monte
Vengo siguiendo á tu Alteza,
Porque, antes que el sol se oculte
Entre corales y perlas,
Te diviertas en la lucha
De un tigre, que ahora cercan
Mis cazadores.
D. FERNANDO. Señor,
Gustos por puntos inventas
Para agradarme; si así
A tus esclavos festejas,
No echarán menos la patria.
REY. Cautivos de tales prendas
Que honran al dueño, es razón
Servirlos desta manera.

ESCENA VI

D. JUAN.—DICHOS

D. JUAN. Sal, gran señor, á la orilla
Del mar, y verás en ella
El más hermoso animal
Que añadió naturaleza
Al artificio: porque
Una cristiana galera
Llega al puerto tan hermosa.
Aunque toda oscura y negra,
Que al verla se duda cómo
Es alegre su tristeza.
Las armas de Portugal
Vienen por remate della;
Que como tienen cautivo
A su Infante, tristes señas
Visten por su esclavitud,
Y á darle libertad llegan,
Diciendo su sentimiento.
D. FERNANDO. Don Juan amigo, no es esa
De su luto la razón;
Que si á librarme vinieran,
En fe de mi libertad,
Fueran alegres las muestras.

ESCENA VII

D. ENRIQUE, *vestido de luto, con un pliego.*—DICHOS

D. ENRIQUE *(al Rey)*. Dadme, gran señor, los
REY. Con bien venga vuestra Alteza. [brazos.
D. FERN. ¡Ay don Juan, cierta es mi muerte!
REY. ¡Ay Muley, mi dicha es cierta!
D. ENRIQUE. Ya que de vuestra salud
Me informa vuestra presencia,
Para abrazar á mi hermano
Me dad, gran señor, licencia.
¡Ay Fernando! *(abrázanse)*.
D. FERNANDO. Enrique mío,
¿Qué traje es ese? Mas cesa:
Harto me han dicho tus ojos,
Nada me diga tu lengua.
No llores, que si es decirme
Que es mi esclavitud eterna,
Eso es lo que más deseo:
Albricias pedir pudieras,
Y en vez de dolor y luto
Vestir galas y hacer fiestas.
¿Cómo está el Rey, mi señor?
Porque como salud tenga,
Nada siento. ¿Aún no respondes?
D. ENRIQUE. Si repetidas las penas
Se sienten dos veces, quiero
Que sola una vez las sientas.—
Tú escúchame, gran señor; *(al Rey)*.

Que aunque una montaña sea
Rústico palacio, aquí
Te pido me desaudiencia,
A un preso la libertad,
Y atención justa á estas nuevas.
Rota y deshecha la armada,
Que fué con vana soberbia
Pesadumbre de las ondas,
Dejando en Africa presa
La persona del Infante,
A Lisboa dí la vuelta.
Desde el punto que Duarte
Oyó tan trágicas nuevas,
De una tristeza cubrió
El corazón, de manera
Que pasando á ser letargo
La melancolía primera,
Muriendo, desmintió á cuantos
Dicen que no matan penas.
Murió el Rey, que esté en el cielo.

D. FERNANDO. ¡Ay de mí! ¿Tanto le cuesta
Mi prisión?

REY. De esa desdicha
Sabe Alá lo que me pesa.
Prosigue.

D. ENRIQUE. En su testamento
El Rey, mi señor ordena
Que luego por la persona
Del Infante se dé á Ceuta.
Y así yo con los poderes
De Alfonso, que es quien le hereda,
Porque solo este lucero
Supliera del sol la ausencia,
Vengo á entregar la ciudad;
Y pues.....

D. FERNANDO. No prosigas, cesa,
Cesa, Enrique, porque son
Palabras indignas esas,
No de un portugués infante,
De un maestre, que profesa
De Cristo la religión;
Pero aun de un hombre lo fueran
Vil, de un bárbaro sin luz
De la fe de Cristo eterna.
Mi hermano que está en el cielo,
Si en su testamento deja
Esa cláusula, no es
Para que se cumpla y lea,
Sino para mostrar solo
Que mi libertad desea,
Y esa se busque por otros
Medios y otras conveniencias,
O apacibles ó crueles.
Porque decir: «Dése á Ceuta»
Es decir: hasta eso haced
Prodigiosas diligencias.
Que un rey católico y justo,
¿Cómo fuera, cómo fuera
Posible entregar á un moro
Una ciudad que le cuesta
Su sangre, pues fué el primero
Que con sola una rodela
Y una espada enarboló
Las quinas en sus almenas?
Y esto es lo que importa menos,
Una ciudad que confiesa
Católicamente á Dios,
La que ha merecido iglesias
Consagradas á sus cultos
Con amor y reverencia,
¿Fuera católica acción,
Fuera religión expresa,
Fuera cristiana piedad,
Fuera hazaña portuguesa
Que los templos soberanos,
Atlantes de las esferas,
En vez de doradas luces,
A donde el sol reverbera,
Vieran otomanas sombras;
Y que en sus lunas opuestas
En la iglesia, estos eclipses
Ejecutasen tragedias?

¿Fuera bien que sus capillas
A ser establos vinieran,
Sus altares á pesebres,
Y cuando aquesto no fuera,
Volvieran á ser mezquitas?
Aquí enmudece la lengua,
Aquí me falta el aliento,
Aquí, me ahoga la pena;
Porque en pensarlo no más
El corazón se me quiebra,
El cabello se me eriza
Y todo el cuerpo me tiembla.
Porque establos y pesebres
No fuera la vez primera
Que hayan hospedado á Dios;
Pero en ser mezquitas, fueran
Un epitafio, un padrón
De nuestra inmortal afrenta,
Diciendo: «Aquí tuvo Dios
Posada, y hoy se la niegan
Los cristianos, para darla
Al demonio.» Aún no se cuenta
(Acá moralmente hablando)
Que nadie en casa se atreva
De otro á ofenderle: ¿era justo
Que entrara en su casa mesma
A ofender á Dios el vicio,
Y que acompañado fuera
De nosotros, y nosotros
Le guardáramos la puerta,
Y para dejarle dentro
A Dios echásemos fuera?
Los católicos que habitan
Con sus familias y haciendas
Hoy, quizá prevaricaran
En la fe, por no perderlas.
¿Fuera bien ocasionar
Nosotros la contingencia
Deste pecado? Los niños
Que tiernos crían en ella
Los cristianos: ¿fuera bueno
Que los moros indujeran
A sus costumbres y ritos
Para vivir en su secta?
¿En mísero cautiverio
Fuera bueno que murieran
Hoy tantas vidas, por una
Que no importa que se pierda? [bre?
¿Quién soy yo? ¿soy más que un hom-
Si es número que acrecienta
El ser infante, ya soy
Un cautivo: de nobleza
No es capaz el que es esclavo;
Yo lo soy, luego ya yerra
El que infante me llamare.
Si no lo soy, ¿quién ordena
Que la vida de un esclavo
En tanto precio se venda?
Morir es perder el sér,
Yo le perdí en una guerra:
Perdí el sér, luego morí:
Morí, luego, ya no es cuerda
Hazaña, que por un muerto
Hoy tantos vivos perezcan.
Y así estos vanos poderes,
Hoy divididos en piezas,
Serán átomos del sol,
Serán del fuego centellas.
(Rompe el pliego que traia D. Enrique)
Mas no, yo los comeré
Porque aun no quede una letra
Que informe al mundo que tuvo
La lusitana nobleza
Este intento.—Rey, yo soy
Tu esclavo, dispón, ordena
De mí; libertad no quiero,
Ni es posible que la tenga,
Enrique, vuelve á la patria:
Dí que en Africa me dejas
Enterrado; que mi vida
Yo haré que muerte parezca.
Cristianos, Fernando es muerto;

Moros, un esclavo os queda;
Cautivos, un compañero
Hoy se añade á vuestras penas;
Cielos, un hombre restaura
Vuestras divinas iglesias;
Mar, un mísero, con llanto
Vuestras ondas acrecienta;
Montes, un triste os habita,
Igual ya de vuestras fieras.
Viento, un pobre con sus voces
Os duplica las esferas;
Tierra, un cadáver hoy labra
En tus entrañas su huesa;
Porque rey, hermano, moros,
Cristianos, sol, luna, estrellas,
Cielo, tierra, mar y viento,
Fieras, montes, todos sepan
Que hoy un príncipe constante,
Entre desdichas y penas,
La fe católica ensalza,
La ley de Dios reverencia;
Pues cuando no hubiera otra
Razón más que tener Ceuta
Una iglesia consagrada
A la Concepción eterna
De la que es Reina y Señora
De los cielos y la tierra,
Perdiera, vive ella misma,
Mil vidas en su defensa.

REY. Desagradecido, ingrato
A las glorias y grandezas
De un reino, ¿cómo así
Hoy me quitas, hoy me niegas
Lo que más he deseado?
Mas si en mi reino gobiernas
Más que en el tuyo, ¿qué mucho
Que la esclavitud no sientas?
Pero ya que esclavo mío
Te nombras y te confiesas,
Como á esclavo he de tratarte:
Tu hermano y los tuyos vean
Que ya como vil esclavo
Los pies ahora me besas.

D. ENRIQUE. ¡Qué desdicha!
MULEY. ¡Qué dolor!
D. ENRIQUE. ¡Qué desventura!
D. JUAN. ¡Qué pena!
REY. Mi esclavo eres.
D. FERNANDO. Es verdad,
Y poco en eso te vengas;
Que si para una jornada
Salió el hombre de la tierra
Al fin de varios caminos
Es para volver á ella.
Más tengo de agradecerte
Que culparte, pues me enseñas
Atajos para llegar
A la posada más cerca.

REY. Siendo esclavo tú, no puedes
Tener títulos ni rentas.
Hoy Ceuta, está en tu poder:
Si cautivo te confiesas,
Si me confiesas por dueño,
¿Por qué no me das á Ceuta? [mía.

D. FERNANDO. Porque es de Dios, y no es
REY. ¿No es precepto de obediencia
Obedecer al señor?
Pues yo te mando con ella
Que la entregues.
D. FERNANDO. En lo justo
Dice el cielo que obedezca
El esclavo á su señor;
Porque si el señor dijera
A su esclavo que pecara,
Obligación no tuviera
De obedecerle, porque
Quien peca mandado, peca.
REY. Daréte muerte.
D. FERNANDO. Esa es vida.
REY. Pues para que no lo sea,
Vive muriendo, que yo,
Rigor tengo.

D. FERNANDO. Y yo paciencia.
REY. Pues no tendrás libertad.
D. FERNANDO. Pues no será tuya Ceuta.
REY. ¡Hola!

ESCENA VIII

CELÍN, MOROS.—DICHOS

CELÍN. Señor....
REY. Luégo al punto
Aquese cautivo sea
Igual á todos; al cuello
Y á los pies le echad cadenas;
A mis caballos acuda
Y en baño y jardín, y sea
Abatido como todos;
No vista ropas de seda,
Sino sarga, humilde y pobre,
Coma negro pan, y beba
Agua salobre; en mazmorras
Húmedas y oscuras duerma;
Y á criados y á vasallos
Se extienda aquesta sentencia.
Llevadlos todos.
D. ENRIQUE. ¡Qué llanto!
MULEY. ¡Qué desdicha!
D. JUAN. ¡Qué tristeza!
REY. Veré, bárbaro, veré
Si llega á más tu paciencia
Que mi rigor.
D. FERNANDO. Sí verás; [*vanle*).
Porque ésta en mí será eterna. (*Llé-*
REY. Enrique, por el seguro
De mi palabra, que vuelvas
A Lisboa te permito;
El mar africano deja.
Di en tu patria que su infante
Su Maestre de Avís, queda
Curándome los caballos;
Que á darle libertad vengan.
D. ENRIQUE. Sí harán, que si yo le dejo
En su infelice miseria,
Y me sufre el corazón
El no acompañarle en ella,
Es porque pienso volver
Con más poder y más fuerza,
Para darle libertad.
REY. Muy bien harás, como puedas.
MULEY (*aparte*). Ya ha llegado la ocasión
De que mi lealtad se vea.
La vida debo á Fernando,
Yo le pagaré la deuda. (*Vanse*).

JARDÍN

ESCENA IX

CELÍN; D. FERNANDO, *de cautivo y con cadenas; después* CAUTIVOS

CELÍN
El Rey manda que asistas
En aqueste jardín, y no resistas
Su ley á tu obediencia. (*Vase*).

D. FERNANDO
Mayor que su rigor, es mi paciencia.

(*Salen varios cautivos, y uno canta mientras los otros cavan en el jardín*)

CAUTIVO 1.° (*canta*)
A la conquista de Tánger,
Contra el tirano de Fez,
Al infante don Fernando
Envió su hermano el Rey.

D. FERNANDO
¡Que un instante mi historia
No deje de cansar á la memoria!
Triste estoy y turbado.

CAUTIVO 2.°
Cautivo, ¿cómo estáis tan descuidado?
No lloréis, consolaos; que ya el Maestre
Dijo que volveremos
Presto á la patria, y libertad tendremos.
Ninguno ha de quedar en este suelo.

D. FERNANDO (*aparte*)
¡Qué presto perderéis ese consuelo!

CAUTIVO 2.°
Consolad los rigores
Y ayudadme á segar aquestas flores.
Tomad los cubos, y agua me id trayendo
De aquel estanque.
D. FERNANDO
Obedecer pretendo.
Buen cargo me habéis dado,
Pues agua me pedís; que mi cuidado,
Sembrando penás, cultivando enojos,
Llenará en la corriente de mis ojos. *(Vase).*
CAUTIVO 2.°
A este baño han echado
Más cautivos.

ESCENA X

D. JUAN y *otro* CAUTIVO.—DICHOS

D. JUAN
Miremos con cuidado
Si estos jardines fueron
Donde vino, ó si acaso estos le vieron;
Porque en su compañía
Menos el llanto y el dolor sería.
Y mayor el consuelo.—
Dígasme, amigo, que te guarde el cielo,
Si viste cultivando
Este jardín al maestre don Fernando.
CAUTIVO 2.°
No, amigo, no le he visto.
D. JUAN
Mal el dolor y lágrimas resisto.
CAUTIVO 3.°
Digo que el baño abrieron,
Y que nuevos cautivos á él vinieron.

ESCENA XI

D. FERNANDO, *con dos cubos de agua.*—DICHOS

D. FERNANDO
Mortales, no os espante
Ver un Maestre de Avís, ver un infante
En tan mísera afrenta;
Que el tiempo estas miserias representa.
D. JUAN
Pues señor, ¡vuestra Alteza
En tan mísero estado! De tristeza
Rompa el dolor el pecho.
D. FERNANDO
¡Válgate Dios, qué gran pesar me has hecho,
Don Juan, en descubrirme!
Que quisiera ocultarme y encubrirme
Entre mi misma gente,
Sirviendo pobre y miserablemente.
CAUTIVO 1.°
Señor, que perdonéis, humilde os ruego
Haber andado yo tan loco y ciego.
CAUTIVO 2.°
Danos, señor, tus pies.
D. FERNANDO
Alzad, amigo,
No hagáis tal ceremonia ya conmigo.
D. JUAN
Vuestra Alteza....
D. FERNANDO
¿Qué Alteza
Ha de tener quién vive en tal bajeza?
Ved que yo humilde vivo,
Y soy entre vosotros un cautivo:
Ninguno ya me trate
Sino como á su igual.
D. JUAN
¡Que no desate
Un rayo el cielo para darme muerte!
D. FERNANDO
Don Juan, no ha de quejarse desa suerte
Un noble. ¿Quién del cielo desconfía?
La prudencia, el valor, la bizarría
Se ha de mostrar ahora.

ESCENA XII

ZARA, *con un azafate.*—DICHOS

ZARA. Al jardín sale Fénix mi señora,
Y manda que matices y colores

Borden este azafate de sus flores.
D. FERNANDO. Yo llevárselas espero, [ro.
Que en cuanto sea servir, seré el prime-
CAUTIVO 1.° Ea, vamos á cogellas. [ellas
ZARA. Aquí os aguardo mientras vais por
D. FERNANDO. No me hagas cortesías:
Iguales vuestras penas y las mías
Son; y pues nuestra suerte [muerte,
Si hoy no, mañana ha de igualar la
No será acción liviana
No dejar hoy que hacer para mañana.

(Vanse el Infante y todas haciéndole cortesías, y quédase Zara)

ESCENA XIII

FÉNIX, ROSA, ZARA

FÉNIX. ¿Mandaste que me trajesen
Las flores?
ZARA. Ya lo mandé.
FÉNIX. Sus colores deseé
Para que me divirtiesen.
ROSA. ¡Que tales, señora, fuesen,
Creyendo tus fantasías,
Tus graves melancolías!
ZARA. ¿Qué te obligó á estar así?
FÉNIX. No fué sueño lo que ví,
Que fueron desdichas mías.
Cuando sueña un desdichado
Que es dueño de algún tesoro,
Ni dudo, Zara, ni ignoro
Que entonces es bien soñado;
Mas si á soñar ha llegado
En fortuna tan incierta,
Que desdichas le concierta,
Ya aquello sus ojos ven,
Pues soñando el mal y el bien,
Halla el mal cuando despierta.
Piedad no espero, ¡ay de mí!
Porque mi mal será cierto.
ZARA. ¿Y qué dejas para el muerto,
Si tú lo sientes así?
FÉNIX. Ya mis desdichas creí.
¡Precio de un muerto! ¿Quién vió
Tal pena? No hay gusto, no,
A una infelice mujer.
¿Que al fin de un muerto he de ser?
¿Quién será este muerto?

ESCENA XIV

D. FERNANDO, *con las flores.*—FÉNIX, ZARA, ROSA

D. FERNANDO. Yo.
FÉNIX. ¡Ay cielos! ¿Qué es lo que veo?
D. FERNANDO. ¿Qué te admira?
FÉNIX. De una suerte
Me admira el oirte y verte.
D. FERNANDO. No lo jures, bien lo creo.
Yo pues, Fénix, que deseo
Servirte humilde, traía
Flores, de la suerte mía
Jeroglíficos, señora,
Pues nacieron con la aurora,
Y murieron con el día.
FÉNIX. A la maravilla dió
Ese nombre al descubrilla.
D. FERNANDO. ¿Qué flor, di, no es maravilla
Cuando te la sirvo yo?
FÉNIX. Es verdad. Di, ¿quién causó
Esta novedad?
D. FERNANDO. Mi suerte.
FÉNIX. ¿Tan rigurosa es?
D. FERNANDO. Tan fuerte.
FÉNIX. Pena das.
D. FERNANDO. Pues no te asombre.
FÉNIX. ¿Por qué?
D. FERNANDO. Porque nace el hombre
Sujeto á fortuna y muerte.
FÉNIX. ¿No eres Fernando?
D. FERNANDO. Sí soy.
FÉNIX. ¿Quién te puso así.
D. FERNANDO. La ley
De esclavo.
FÉNIX. ¿Quién la hizo?

D. FERNANDO. El Rey.
FÉNIX. ¿Por qué?
D. FERNANDO. Porque suyo soy.
FÉNIX. ¿Pues no te ha estimado hoy?
D. FERNANDO. Y también me ha aborrecido.
FÉNIX. ¿Un día posible ha sido
A desunir dos estrellas?
D. FERNANDO. Para presumir por ellas,
Las flores habrán venido.
Estas, que fueron pompa y alegría,
Despertando al albor de la mañana,
A la tarde serán lástima vana,
Durmiendo en brazos de la noche fría.
Este matiz, que al cielo desafía,
Iris listado de oro, nieve y grana,
Será escarmiento de la vida humana:
¡Tanto se aprende en término de un día!
A florecer las rosas madrugaron,
Y para envejecerse florecieron;
Cuna y sepulcro en un botón hallaron.
Tales los hombres sus fortunas vieron:
En un día nacieron y espiraron;
Que pasados los siglos, horas fueron.
FÉNIX. Horror y miedo me has dado,
Ni oirte, ni verte quiero;
Sé el desdichado primero
De quien huye un desdichado.
D. FERNANDO. ¿Y las flores?
FÉNIX. Si has hallado
Jeroglíficos en ellas,
Deshacellas y rompellas
Solo sabrán mis rigores.
D. FERNANDO. ¿Qué culpa tienen las flores?
FÉNIX. Parecerse á las estrellas.
D. FERNANDO. ¿Ya no las quieres?
FÉNIX. Ninguna
Estimo en su rosicler.
D. FERNANDO. ¿Cómo?
FÉNIX. Nace la mujer
Sujeta á muerte y fortuna;
Y en esta estrella importuna
Tasada mi vida ví.
D. FERNANDO. ¿Flores con estrellas?
FÉNIX. Sí.
D. FERNANDO. Aunque sus rigores lloro,
Esa propiedad ignoro.
FÉNIX. Escucha, sabráslo.
D. FERNANDO. Dí.
FÉNIX. Esos rayos de luz, esas centellas
Que cobran con amagos superiores
Alimentos del sol en resplandores,
Aquello viven que se duele dellas.
Flores nocturnas son; aunque tan bellas,
Efímeras padecen sus ardores;
Pues si un día es el siglo de las flores,
Una noche es la edad de las estrellas.
De esa pues primavera fugitiva
Ya nuestro mal, ya nuestro bien se infiere:
Registro es nuestro; ó muera el sol ó viva.
¿Qué duración habrá que el hombre espere,
O qué mudanza habrá que no reciba
De astro, que cada noche nace y muere?

(Vanse Fénix, Zara y Rosa)

ESCENA XV

MULEY.—D. FERNANDO

MULEY. A que se ausentase Fénix
En esta parte esperé;
¿Estamos solos?
D. FERNANDO. Sí.
MULEY. Escucha.
D. FERNANDO. ¿Qué quieres, noble Muley?
MULEY. Que sepas que hay en el pecho
De un moro lealtad y fe.
No sé por donde empezar
A declararme, ni sé
Si diga cuanto he sentido
Este inconstante desdén
Del tiempo, este estrago injusto
De la suerte, este cruel
Ejemplo del mundo, y este
De la fortuna vaivén.

Pero á riesgo estoy, si aquí
Hablar contigo me ven;
Que tratarte sin respeto
Es ya decreto del Rey.
Y así, á mi dolor dejando
La voz, que él podrá mas bien
Explicarse como esclavo,
Vengo á arrojarme á esos pies.
Yo lo soy tuyo, y así
No vengo, Infante, á ofrecer
Mi favor, sino á pagar
Deuda que un tiempo cobré.
La vida que tú me diste,
Vengo á darte; que hacer bien
Es tesoro que se guarda
Para cuando es menester.
Y porque el temor me tiene
Con grillos de miedo al pie,
Y está mi pecho y mi cuello
Entre el cuchillo y cordel,
Quiero, acortando discursos,
Declararme de una vez:
Y así digo, que esta noche
Tendré en el mar un bajel
Prevenido; en las troneras
De las mazmorras pondré
Instrumentos, que desarmen
Las prisiones que tenéis.
Luego, por parte de afuera,
Los candados romperé:
Tú con todos los cautivos,
Que Fez encierra hoy en él,
Vuelve á tu patria, seguro
De que yo lo quedo en Fez;
Pues es fácil el decir
Que ellos pudieron romper
La prisión; y así los dos
Habremos librado bien,
Yo el honor y tú la vida;
Pues es cierto que á saber
El Rey mi intento, me diera
Por traidor con justa ley,
Que no sintiera el morir.
Y porque son menester
Para granjear voluntades
Dineros, aquí se ve
A estas joyas reducido
Innumerable interés.
Este es, Fernando, el rescate
De mi prisión, esta es
La obligación que te tengo;
Que un esclavo noble y fiel
Tan inmenso bien había
De pagar alguna vez.

D. FERNANDO. Agradecerte quisiera
La libertad; pero el Rey
Sale al jardín.

MULEY. ¿Hate visto
Conmigo?

D. FERNANDO. No.

MULEY. Pues no des
Que sospechar.

D. FERNANDO. Destos ramos
Haré, rústico cancel, *[dese.)*
Que me encubra mientras pasa. *(Escón-*

ESCENA XVI

EL REY.—MULEY

REY *(aparte.* ¿Con tal secreto Muley
Y Fernando? ¿Y irse el uno
En el punto que me ve,
Y disimular el otro?
Algo hay aquí que temer.
Sea cierto, ó no sea cierto,
Mi temor procuraré
Asegurar). Mucho estimo....

MULEY. Gran señor, dame tus pies.

REY. Hallarte aquí.

MULEY. ¿Qué me mandas?

REY. Mucho he sentido no ver
A Ceuta por mía.

MULEY. Conquista,

Coronado de laurel,
Sus muros; que á tu valor
Mal se pondrá defender.

REY. Con más doméstica guerra
Se ha de rendir á mis pies.

MULEY. ¿De qué suerte?

REY. Desta suerte:
Con abatir y poner
A Fernando en tal estado,
Que él mismo á Ceuta me dé.
Sabrás, pues, Muley amigo,
Que yo he llegado á temer
Que del Maestre la persona
No está muy segura en Fez.
Los cautivos, que en estado
Tan abatido le ven,
Se lastiman; y recelo
Que se amotinen por él.
Fuera desto, siempre ha sido
Poderoso el interés;
Que las guardas con el oro
Son fáciles de romper.

MULEY *(aparte.* Yo quiero apoyar agora
Que todo esto puede ser,
Porque de mí no se tenga
Sospecha). Tú temes bien,
Fuerza es que quieran librarle.

REY. Pues solo un remedio hallé,
Porque ninguno se atreva
A atropellar mi poder.

MULEY. ¿Y es, señor?

REY. Muley, que tú
Le guardes, y á cargo esté
Tuyo; á ti no ha de torcerte
Ni el temor ni el interés.
Alcaide eres del Infante,
Procura el guardarle bien;
Porque en cualquiera ocasión
Tú me has de dar cuenta dél. *(Vase).*

MULEY. Sin duda alguna que oyó
Nuestros conciertos el Rey.
¡Válgame Alá!

ESCENA XVII

D. FERNANDO.—MULEY

D. FERNANDO. ¿Qué te aflige?

MULEY. ¿Has escuchado?

D. FERNANDO. Muy bien.

MULEY. Pues ¿para qué me preguntas
Qué me aflige, si me ves
En tan ciega confusión,
Y entre mi amigo y el Rey,
El amistad y el honor
Hoy en batalla se ven?
Si soy contigo leal,
He de ser traidor con él;
Ingrato seré contigo
Si con él me juzgo fiel.
¿Qué he de hacer (¡valedme, cielos!)
Pues al mismo que llegué
A rendir la libertad
Me entrega para que esté
Seguro en mi confianza?
¿Qué he de hacer si ha echado el Rey
Llave maestra al secreto?
Mas para acertarlo bien,
Te pido que me aconsejes:
Dime tú, qué debo hacer.

D. FERNANDO. Muley, amor y amistad
En grado inferior se ven
Con la lealtad y el honor.
Nadie iguala con el Rey;
Él solo es igual consigo:
Y así mi consejo es
Que á él le sirvas y me faltes.
Tu amigo soy y porque
Esté seguro tu honor,
Yo me guardaré también;
Y aunque otro llegue á ofrecerme
Libertad, no aceptaré
La vida, porque tu honor
Conmigo seguro esté.

MULEY. Fernando, no me aconsejas
Tan leal como cortés.
Sé que te debo la vida,
Y que pagártela es bien;
Y así lo que es tratado,
Esta noche dispondré.
Líbrate tú, que mi vida
Se quedará á padecer
Tu muerte: líbrate tú,
Que nada temo después.
D. FERNANDO. ¿Y será justo que yo
Sea tirano y cruel
Con quien conmigo es piadoso,
Y mate al honor cruel
Que á mí me está dando vida?
No, y así te quiero hacer
Juez de mi causa y mi vida:
Aconséjame también.
¿Tomaré la libertad
De quien queda á padecer
Por mí? Dejaré que sea
Uno con su honor cruel,
Por ser liberal conmigo?
¿Qué me aconsejas?
MULEY. No sé
Que no me atrevo á decir
Sí ni no: el no, porque
Me pesará que lo diga;
Y el sí, porque echo de ver
Si voy á decir que sí,
Que no te aconsejo bien.
D. FERNANDO. Sí aconsejas, porque yo,
Por mi Dios y por mi ley,
Seré un príncipe constante
En la esclavitud de Fez.

JORNADA TERCERA

ESCENA VIII

D. JUAN, *con un pan.*—D. FERNANDO, BRITO

D. JUAN. Por alcanzar este pan
Que traerte, me han seguido
Los moros, y me han herido
Con los palos que me dan.
D. FERNANDO. Esa es la herencia de Adán.
D. JUAN. Tómale.
D. FERNANDO. Amigo leal,
Tarde llegas, que mi mal
Es ya mortal.
D. JUAN. Déme el cielo
En tantas penas consuelo.
D. FERNANDO. Pero ¿qué mal no es mortal,
Si mortal el hombre es,
Y en este confuso abismo
La enfermedad de sí mismo
Le viene á matar después?
Hombre, mira que no estés
Descuidado: la verdad
Sigue, que hay eternidad;
Y otra enfermedad no esperes
Que te avise, pues tu eres
Tu mayor enfermedad.
Pisando la tierra dura
De continuo el hombre está,
Y cada paso que da
Es sobre su sepultura.
Triste ley, sentencia dura
Es saber que en cualquier caso
Cada paso (¡gran fracaso!)
Es para andar adelante,
Y Dios no es á hacer bastante,
Que no haya dado aquel paso.
Amigos; á mi fin llego:
Llevadme de aquí en los brazos.
D. JUAN. Serán los últimos lazos
De mi vida.

D. FERNANDO. Lo que os ruego,
Noble D. Juan, es que luego
Que espire me desnudéis.
En la mazmorra hallaréis
De mi religión el manto,
Que le traje tiempo tanto;
Con este me enterraréis
Descubierto, si el Rey fiero
Ablanda la saña dura,
Dándome la sepultura;
Y señaladla; que espero,
Que aunque hoy cautivo muero,
Rescatado he de gozar
El sufragio del altar;
Que pues yo os he dado á vos
Tantas iglesias, mi Dios, [*brazos.*
Alguna me habéis de dar. *(Llévanle en*

Plaza distante de la ciudad de Fez.—Es de noche

ESCENA IX

D. ALFONSO, SOLDADOS *con arcabuces*

D. ALFONSO. Dejad á la inconstante
Playa azul esa máquina arrogante
De naves que causando al cielo asombros,
El mar ostenta en sus nevados hombros:
Y en estos horizontes
Aborten gente los preñados montes
Del mar, siendo con máquinas de fuego
Cada bajel un edificio griego.

ESCENA X

D. ENRIQUE.—DICHOS

D. ENRIQUE. Señor, tú no quisiste que saliera
Nuestra gente de Fez en la ribera,
Y este puesto escogiste
Para desembarcar: infeliz fuiste,
Porque por una parte
Marchando viene el numeroso Marte,
Cuyo ejército al viento desvanece,
Y los collados de los montes crece.
Tarudante conduce gente tanta,
Llevando á su mujer, felice Infanta
De Fez, hácia Marruecos...
Mas respondan las lenguas de los ecos.
D. ALFONSO. Enrique, á eso he venido,
A esperarle á este paso; que no ha sido
Esta elección acaso; prevenida
Estaba, y la razón está entendida:
Si yo á desembarcar á Fez llegara,
Esta gente y la suya en ella hallara;
Y estando divididos,
Hoy en menos poder están vencidos;
Y antes que se prevengan,
Toca al arma.
D. ENRIQUE. Señor, advierte y mira
Que es sin tiempo esta guerra.
D. ALFONSO. Ya mi ira
Ningún consejo alcanza.
No se dilate un punto esta venganza:
Entre en mi brazo fuerte
Por Africa el azote de la muerte.
D. ENRIQUE. Mira que ya la noche, [che
Envuelta en sombras, el luciente co-
Del sol esconde entre las sombras pu-
D. ALFONSO. Pelearemos á oscuras; [ras.
Que á la fe que me anima
Ni el tiempo ni el poder la desanima.
Fernando, si el martirio que padeces,
Pues es suya la causa, á Dios lo ofre-
Cierta está la victoria: [ces,
Mío será el honor, suya la gloria.
D. ENRIQUE. Tu orgullo altivo yerra.

ESCENA XI

D. FERNANDO.—DICHOS

D. FERNANDO *(dentro)*

¡Embiste, gran Alfonso! Guerra! guerra!

D. ALFONSO

¿Oyes confusas voces
Romper los vientos tristes y veloces?

D. ENRIQUE

Sí, y en ellos se oyeron
Trompetas que á embestir señal hicieron.

D. ALFONSO

¡Pues á embestir, Enrique! que no hay duda
Que el cielo ha de ayudarnos hoy.

(Aparécese el infante D. Fernando con manto capitular, y una hacha encendida)

D. FERNANDO

Sí ayuda,
Porque obligando al cielo,
Que vió tu fe, tu religión, tu celo,
Hoy tu causa defiende.
Librarme á mí de esclavitud pretende,
Porque, por raro ejemplo, [plo
Por tantos templos Dios me ofrece un tem-
Y con esta luciente
Antorcha desasida del oriente,
Tu ejército arrogante
Alumbrando he de ir siempre delante,
Para que hoy en trofeos
Iguales, grande Alfonso, á tus deseos,
Llegues á Fez, no á coronarte agora,
Sino á librar mi ocaso en el aurora. *(Vase)*.

D. ENRIQUE

Dudando estoy, Alfonso, lo que veo.

D. ALFONSO

Yo no, todo lo creo;
Y si es de Dios la gloria,
No digas guerra ya, sino victoria. *(Vanse)*.

Vista interior de los muros de Fez

ESCENA XII

EL REY y CELÍN; y *en lo alto estará* D. FERNANDO y UN CAUTIVO, y *un ataud en que parezca estar el Infante*

D. JUAN. Bárbaro, gózate aquí
De que tirano quitaste
La mejor vida.

REY. ¿Quién eres? [ten,

D. JUAN. Un hombre, que aunque me ma-
No he de dejar á Fernando,
Y aunque de congoja rabie,
He de ser perro leal
Que en muerte he de acompañarle.

REY. Cristianos, ese es padrón
Que á las futuras edades
Informe de mi justicia;
Que rigor no ha de llamarse
Venganza de agravios hechos
Contra personas reales.
Venga Alfonso agora, venga
Con arrogancia á sacarle
De esclavitud; que aunque yo
Perdí esperanzas tan grandes
De que Ceuta fuese mía;
Porque las pierda arrogante
De su libertad me huelgo
De verle en estrecha cárcel.
Aun muerto no ha de estar libre
De mis rigores notables;
Y así puesto á la vergüenza
Quiero que esté á cuantos pase.

D. JUAN. Presto verás tu castigo,
Que por campañas y mares
Ya descubro desde aquí
Mis cristianos estandartes.

REY. Subamos á la muralla
A saber sus novedades.

D. JUAN. Arrastrando las banderas
Y destemplados los parches,
Muertas las cuerdas y luces,
Todas son tristes señales. *(Vanse)*.

Vista exterior de los muros de Fez

ESCENA XIII

Tocan cajas destempladas; sale D. FERNANDO, *delante, con una hacha encendida, y detrás* DON ALFONSO y D. ENRIQUE, y SOLDADOS *que traen presos á* TARUDANTE, FÉNIX y MULEY; *después* EL REY y CELÍN

D. FERNANDO. En el horror de la noche,

Por sendas que nadie sabe,
Te guié: ya con el sol
Pardas nubes se deshacen.
Victorioso, gran Alfonso,
A Fez conmigo llegaste;
Este es el muro de Fez,
Trata en él de mi rescate. *(Vase).*

D. ALFONSO. ¡Ah de los muros! Decid
Al Rey que salga á escucharme.
(Salen el Rey y Celín al muro)

REY. ¿Qué quieres, valiente joven?

D. ALFONSO. Que me entregues al Infante,
Al Maestre don Fernando,
Y te daré por rescate
A Tarudante y á Fénix,
Que presos están delante.
Escoge lo que quisieres:
Morir Fénix, ó entregarle.

REY. ¿Qué he de hacer, Celín amigo,
En confusiones tan grandes?
Fernando es muerto, y mi hija
Está en su poder. ¡Mudable
Condición de la fortuna,
Que á tal estado me trae!

FÉNIX. ¿Qué es esto, señor? Pues viendo
Mi persona en este trance,
Mi vida en este peligro,
Mi honor en este combate,
Dudas que has de responder!
¿Un minuto ni un instante
De dilación te permite
El deseo de librarme?
En tu mano está mi vida,
¿Y consientes (¡pena grave!)
Que la mía (¡dolor fiero!)
Injustas prisiones aten?
De tu voz está pendiente
Mi vida (¡rigor notable!)
¿Y permites que la mía
Turbe la esfera del aire?
A tus ojos ves mi pecho
Rendido á un desnudo alfanje,
¿Y consientes que los míos
Tiernas lágrimas derramen?
Siendo Rey, has sido fiera;
Siendo padre, fuiste áspid;
Siendo juez, eres verdugo;
Ni eres Rey, ni juez, ni padre.

REY. Fénix, no es la dilación
De la respuesta negarte
La vida, cuando los cielos
Quieren que la mía acabe.
Y puesto que ya es forzoso
Que una ni otra se dilate,
Sabe, Alfonso, que á la hora
Que Fénix salió ayer tarde,
Con el sol llegó al ocaso,
Sepultándose en dos mares
De la muerte y de la espuma,
Juntos el sol y el Infante.
Esta caja humilde y breve
Es de su cuerpo el engaste.
Da la muerte á Fénix bella:
Venga tu sangre en mi sangre.

FÉNIX. ¡Ay de mí! Ya mi esperanza
De todo punto se acabe.

REY. Ya no me queda remedio
Para vivir un instante.

D. ENRIQUE. ¡Válgame el cielo! ¿qué escu-
[cho?
¡Que tarde, cielos, que tarde
Le llegó la libertad!

D. ALFONSO. No digas tal; que si antes
Fernando en sombras nos dijo
Que de esclavitud le saque,
Por su cadáver lo dijo,
Porque goce su cadáver
Por muchos templos un templo,
Y á él se ha de hacer el rescate.—
Rey de Fez, porque no pienses
Que nuestro Fernando vale
Menos que aquesta hermosura;
Por él, cuando muerto yace,

Te la trueco. Envía, pues,
La nieve por los cristales,
El enero por los mayos,
Las rosas por los diamantes,
Y al fin, un muerto infelice
Por una divina imagen.

REY. ¿Qué dices, invicto Alfonso?

D. ALFONSO. Que esos cautivos le bajen.

FÉNIX. Precio soy de un hombre muerto;
Cumplió el cielo su homenaje.

REY. Por el muro descolgad
El ataud, y entregadle;
Que para hacer las entregas [*muro*).
A sus pies voy á arrojarme. *(Quítase del*

(Bajan el ataud con cuerdas por el muro)

D. ALFONSO. En mis brazos os recibo,
Divino, Príncipe mártir.

D. ENRIQUE. Yo, hermano, aquí te respeto.

ESCENA XIV

EL REY, D. JUAN, CAUTIVOS.—DICHOS

D. JUAN. Dame, invicto Alfonso, dame
La mano.

D. ALFONSO. Don Juan, amigo,
¡Buena cuenta del Infante
Me habéis dado!

D. JUAN. Hasta su muerte
Le acompañé, hasta mirarle
Libre, vivo y muerto estuve
Con él: mirad donde yace.

D. ALFONSO. Dadme, tío, vuestra mano;
Que aunque necio é ignorante
A sacaros del peligro
Vine, gran señor, tan tarde,
En la muerte, que es mayor,
Se muestran las amistades.
En un templo soberano
Haré depósito grave
De vuestro dichoso cuerpo.—
A Fénix y á Tarudante *(al Rey)*
Te entrego, Rey, y te pido
Que aquí con Muley la cases,
Por la amistad que yo sé
Qur tuvo con el Infante.
Ahora llegad, cautivos,
Vuestro Infante, ved, llevadle
En hombros, hasta la armada (1).

REY. Todos es bien le acompañen.

D. ALFONSO. Al son de dulces trompetas
Y templadas cajas marche
El ejército con orden
De entierro, para que acabe,
Pidiendo perdón humilde
Aquí de sus yerros grandes,
El lusitano FERNANDO,
PRÍNCIPE EN LA FE CONSTANTE.

(1) La muerte de D. Fernando fué en el año 1443; el rescate de sus reliquias en 1472. *Hartzenbusch.*

FIN DE LA SEGUNDA PARTE

LISTA

DE LOS PRINCIPALES AUTORES

DE LOS CUALES SE HAN ESCOGIDO MUESTRAS

Alcázar (Baltasar de) sevillano, (1530-1606).—Escribió varias poesías notables por su fluidez, soltura y gracia.

Argensola (Lupercio y Bartolomé Leonardo de).—Nacieron en Barbastro en 1563 y 1564, y murieron en 1613 y 1629 respectivamente. Fueron estos dos hermanos distinguidos escritores en prosa y en verso. Su versificación es fácil, su lenguaje tan propio y terso, que, según el dicho de Lope de Vega, parece «habían venido á Castilla desde Aragón á enseñar la lengua castellana.»

Arguijo (D. Juan de) poeta sevillano, floreció á principios del siglo XVII: sobresalió en la contextura y elegancia de los sonetos.

Ávila (B. Maestro Juan de), (1502-1569).—Este apóstol de Andalucía nació en Almodóvar del Campo, y fué el que creó y enriqueció con numerosas, graves y armoniosas locuciones nuestro lenguaje místico. Donde más campea la energía, solidez y facilidad de este estilo es en sus cartas.

Calderón de la Barca (D. Pedro) madrileño, (1600-1681).—Fué tanta la gloria que adquirió con sus dramas, que llegó á eclipsar la de Lope de Vega y de sus contemporáneos. Fué en el teatro el mejor intérprete de su nación y de su siglo. Su versificación es armoniosa, sus pensamientos grandiosos, la trama bien urdida: el sentimiento religioso domina en todas sus obras.

Cervantes Saavedra (Miguel de), (1547-1616).—Nació este inmortal escritor en Alcalá de Henares. Según el retrato que nos dejó de sí en el prólogo de sus novelas, era «de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y nariz corva, aunque bien proporcionada.... los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes no crecidos, mal acondicionados y peor puestos, el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño, la color viva, antes blanca que morena, algo cargado de espaldas, y no muy ligero de pies.» Dotóle la Providencia de un ingenio tan portentoso, que en su género ha dejado atrás á los más ilustres escritores nacionales y extranjeros. La obra que más celebridad le ha granjeado es el *Quijote*. En ella despliega todos los tesoros de la lengua castellana: riqueza, propiedad, claridad, armonía, suavidad, soltura, gracia, majestad, y todo cuanto encierra de maravilloso la soberana lengua de Castilla. Con todo, téngase presente lo que de este libro dice D. Alberto Lista: «Entre nuestro escritores clásicos antiguos sólo hay un libro que por su variedad pudiera fijar la inquietud de la niñez, y es el *Quijote*. Pero este preciosísimo libro no está escrito con todo el miramiento y circunspección que requiere aquella tierna y respetable edad.»

Céspedes (Pablo de) cordobés, (1536-1608). —Fué escultor, pintor y poeta, versado en el árabe, griego, hebreo y latín. De sus escritos sólo queda un fragmento del poema sobre la pintura, modelo de poesía didáctica.

Donoso Cortés (D. Juan), Marqués de Valdegamas, ilustre diplomático y elocuente orador político. Nació en El Valle (Extremadura) el año 1809: murió en 1853. De liberal, racionalista y doctrinario que había sido, se hizo católico ferviente, y dió testimonio de la sinceridad de su conversión. Como orador descuella por la grandiosidad de sus imágenes, alteza y profundidad de pensamientos, talento original, comprensivo y generalizador: cualidades que le distinguen de otros muchos oradores, y á pocos es dado imitar. Táchanle de atrevido é inexacto en algunas proposiciones, y de ser en su estilo amigo de pleonasmos y repeticiones innecesarias. De todos modos es una gloria de la tribuna española y uno de los entendimientos más potentes, y que mejor antevieron el curso funesto de las modernas sociedades y el remedio que se debía aplicar.

Eroilla y Zúñiga (Alfonso) madrileño, (1533-1595).—Fué valiente soldado, diligente historiador é insigne poeta. Su poema épico *La Araucana* es notable por las animadas descripciones, elocuentes razonamientos y caracteres admirablemente dibujados.

Gómez Parreño (D. Florencio).—Distínguese este orador, natural de Madrid, que floreció en el segundo tercio de este siglo, por el vigor del raciocinio, fluidez y propiedad del lenguaje, y, sobre todo, por el conocimiento del corazón humano, á cuyo estudio le llevaban sus aficiones, y del cual saca argumentos que acomoda hábilmente á las causas que defiende. Buena prueba es de ello la defensa que incluímos en este tomo, si no la más elocuente de las que pronunció, la más á propósito sin disputa para los jóvenes á quienes esta obra se destina.

Góngora y Argote (D. Luis de). Célebre poeta cordobés (1561-1627, eclesiástico desde 1601) de quien tomó nombre el *gongorismo ó culteranismo*, monstruoso conjunto de metáforas violentas, hipérboles extravagantes, latinismos y oscuras alusiones; efecto, sin duda, del afán que tenía su autor por comunicar á sus poesías falsa brillantez, armonía y pintoresco colorido. Estos defectos llegan á su colmo en *Polifemo* y en *Las soledades*.—Sin embargo, Góngora es en las letrillas y poesías ligeras admirable, fácil, flúido, dulce y, en fin, modelo de encantadora sencillez.

Granada (V. P. Fr. Luis de) de la Orden de Sto. Domingo.—Nació este elocuentísimo escritor en la ciudad de Granada el año 1504: murió el último día del año 1588. He aquí el retrato que de él nos dejó su biógrafo, el licenciado Luis Muñoz: «Fué de estatura más que mediana, pero de majestad, de gran hueso, corpulento en proporción: tuvo en el rostro una apacibilidad angélica, con la carne muelle delicada y colorida: los ojos algo encogidos, mas alegres y modestos, puestos continuamente en la tierra: la frente espaciosa y serena, los dientes blancos y con buen orden; la nariz aguileña, algo crecida: la boca de mesura; el pelo un tiempo rubio, después paró en blanco: la cabeza gruesa, algún tanto calva. Era dulcísimo en la conversación y amigo de todos, si bien ninguno se le domesticaba demasiado: tenía reverencia en el aspecto, que se hacía admirar: mostraba que no se divertía jamás de pensamientos altos y celestiales, de los cuales tenía el entendimiento lleno.» A él cabe la singular gloria de haber sido el primero en poner de manifiesto toda la riqueza, valentía, brillantez y majestad de que es capaz la lengua castellana. «El Maestro Ávila, dice Capmany, había creado, por decirlo así, un lenguaje místico de robusto y subido estilo; y el Venerable P. Granada lo hermoseó, lo retocó con lumbres y matices, y le dió número, fluidez y grandiosidad en las cláusulas, sin ser hinchadas, afectadas, ni afeminadas..... Al paso que muestra la pompa de la lengua castellana ¿cómo esfuerza el tono de la verdad y de sus profundos sentimientos? No sólo vemos un estilo claro, terso, lleno y numeroso; sino también locuciones de dul-

císima elegancia, imágenes magníficas y sublimes y una dicción siempre pura, castiza y escogida».

Guevara (Fr. D. Antonio) religioso de S. Francisco y Obispo de Guadix y Mondoñedo.—Murió en 1548. Su estilo es variado, noble y enérgico al par que fácil, natural y festivo.

Herrera (D. Fernando de) sevillano, (1524-1597).—Mereció cual ninguno el renombre de *divino*. Formado sólidamente en las lenguas hebrea, griega y latina, enriqueció con nuevos tesoros la castellana, y levantó el lenguaje poético á una altura, robustez y gallardía sorprendentes. Sobresale entre los demás líricos por su nervio, profundidad y entusiasmo.

Hojeda (Fr. Diego de) sevillano, de la esclarecida Orden de Sto. Domingo.—En su *Cristiada* legó á España una de las mejores preciosidades en el género épico. Su estilo es fácil, agradable y sumamente flúido.

Iriarte (D. Tomás de) de Tenerife, (1750-1791).—Lo único que tiene algún mérito literario en Iriarte, son sus fábulas. En ellas se mostró una vez en su vida lo que no era, poeta.

Isla (P. José Francisco de) de la Compañía de Jesús, nacido en Segovia. (1703-1781). Escritor fácil, flúido, correcto, festivo y elegante.

La Palma (P. Luis de) toledano, de la Compañía de Jesús, (1560-1641).—Su *Camino espiritual* y su *Historia de la Pasión* son dos obras dignas de figurar entre las más escogidas de los clásicos españoles. Su estilo es de lo más limado, puro, castizo, claro y propio que existe en nuestra lengua. Sobre todo en la *Historia de la Pasión* es admirable por sus descripciones, pinturas y razonamientos.

León (El Maestro Fr. Luis de) agustino.—Nació en Belmonte del Tajo en 1527: murió en 1591. Así en prosa como en verso es el Maestro León uno de los mejores modelos en que debe formar su gusto la juventud estudiosa. Es profundo en sus pensamientos, brillante en sus imágenes, esmerado en el lenguaje: en la prosa, sin llegar á la fluidez y suave armonía de Granada, es rotundo y numeroso, aunque á las veces recargado y menos claro; y en el verso, la oda de Horacio se halla en él perfeccionada, elevándose á las regiones purísimas del Cristianismo.

Frey Lope Félix de Vega Carpio, madrileño, (1565-1635).—Fué su ingenio tan portentoso, que Cervántes le llama *monstruo de la naturaleza*, y toda España, aun en vida, le aclamó *Fénix de los ingenios*. Compuso 1800 comedias, 400 autos sacramentales y un sinnúmero de otros poemas, llegando á escribir el asombroso número de 21 millones de versos. Escribió en todos los géneros y en todos estilos, sembrando en todas sus composiciones copiosos tesoros de rica poesía. Su principal gloria literaria es el ser padre y creador del teatro nacional.

López de Ayala (D. Pedro), (1332-1407). Nació en Murcia. Fué cronista y poeta, autor del *Rimado de Palacio*.

Malón de Chaide (P. Fr. Pedro), agustino.—Nació en 1530, en Cascante: murió por el año 1592. Su tratado de la Magdalena revela las dotes oratorias de este escritor. Su estilo es con frecuencia brillante, magnífico, pintoresco y armonioso.

Manrique (Jorge), 1440-1479. Legó á la posteridad las *Coplas á la muerte de su padre*, que parecen escritas en época muy posterior, y que aun hoy se leen con sigular placer por el sentimiento que respiran y las imágenes que las hermosean.

Mariana (P. Juan de) de la Compañía de Jesús (1536 (?)—17 de Febrero de 1623). Nació en Talavera de la Reina. «Fué, dicen los que le conocieron, de menos que mediana estatura, ojos vivísimos, por donde parecía respirar el fuego de su alma, frente espaciosa y serena sin rugosos entrecejos, con los que graciosamente le adorna la novela más bien que la historia. Corazón mucho más grande que el cuerpo, amante de la verdad y de la virtud hasta el martirio, sobrio como un anacoreta, purísimo en obras y palabras, apreciador del tiempo cual de la más preciosa mercancía; la religión y la ciencia se unieron para formar en él uno de los hombres más singulares del siglo XVI, y uno de los sabios más dignos de este nom-

bre que el mundo ha producido (1).» Su célebre *Historia general* de España le valió el dictado de príncipe de nuestros historiadores. Conocedor profundo de las lenguas orientales y dueño de la latina, enriqueció su obra con tesoros de erudición y la abrillantó con la majestuosa abundancia de Tito Livio y con la gravedad sentenciosa de Tácito. El estilo es grave, terso, grandioso, sencillo y natural. Tiene brillantes descripciones, caracteres bien dibujados, arengas y discursos elocuentes, y profundas sentencias.

Márquez (P. M. Fr. Juan), agustino, (1564-1621).—Este escritor toledano brilló por su estilo fluído, afinado é ingenioso.

Martínez de la Rosa (D. Francisco). Nació en Granada el 1788: murió en Madrid el 1862. Ejercitóse en todos los géneros, siguiendo unas veces los principios de la escuela clásica, y otras la del romanticismo, cuyas puertas abrió con los dramas *Aben-Humeya* y la *Conjuración de Venecia*, escritos en prosa. En su *Edipo* (que dista mucho del de Sófocles) tiene trozos y situaciones de extremada belleza y facilísima versificación. Tímido y moderado, como quería ser en política, posee más «las dotes de elegancia, apacibilidad y dulzura, que las de nervio y brillantez poética.» Estas mismas cualidades resaltan en sus obras en prosa, algunas muy bellas como las *Hazañas del Pulgar*. No así el *Espíritu del siglo*, en la cual vierte graves errores.

Mayáns y Siscar (D. Gregorio). (1699-1781). Nació en Oliva, población del reino de Valencia. Señalóse este erudito escritor por su amor á la literatura patria, cuyo estudio promovió ahincadamente en su larga y laboriosa vida, dando á la estampa numerosas obras de nuestros antiguos clásicos, y estimulando con su propio ejemplo á sus contemporáneos á emular la gloria de nuestros mayores. Por este celo que desplegó, y por la vasta erudición de que dió muestra en sus escritos, más que por la perfección artística de sus obras, mereció bien de las letras y es digno de la estimación de la juventud.

Medrano (Francisco de), poeta sevillano que floreció en el primer tercio del siglo XVII. Escribió varias odas morales en las que imitó y tradujo con frecuencia á Horacio.

Mejía (D. Pedro), (1552). Escritor de la Historia imperial y cesárea, y de varios diálogos filosófico-morales.

Meléndez Valdés (D. Juan), nacido en Extremadura. (1754-1817). «Sobresalió en la anacreóntica y en el romance pastoril, y compuso obras poéticas de varios géneros, notables por su corrección y buen gusto, aunque no siempre por su originalidad y vigor.» MILÁ Y FONTANÁLS.—«Aunque merecedor de justos elogios por sus servicios al arte» no lo es por «la debilidad é inconstancia de su carácter que mostró *afrancesándose*, y recibiendo del intruso José Bonaparte el cargo de consejero de Estado.... Habíale aconsejado Jovellanos por cartas que se dejase de tanta dulzura y suavidad de Batilo y de la palomita de Filis, y tomase asuntos más serios; mas, por desgracia, el filosofismo le contaba entre sus adeptos, de cuyas ideas hay tristes vestigios en sus epístolas y odas filosóficas.» PONCELIS.—«Hasta treinta y tres odas, entre impresas é inéditas, dedicó Meléndez á la *paloma de Filis*, y á sus caricias y recreos, sin que á pesar de la mórbida elegancia del estilo del poeta, resultasen otra cosa que treinta y tres lúbricas simplezas, cuya lectura seguida nadie aguanta.... Del mismo género son otras muchas, cuyos solos títulos justifican demasiado la tacha de afeminación y molicie que les puso Quintana, en medio de la veneración extraordinaria que por su maestro sentía.» MENÉNDEZ PELAYO.—Meléndez cultivó también la oratoria forense, dejándonos un tomo de discursos, algunos muy elocuentes.

Melo (D. Francisco Manuel de), (1611-1667).—Fué natural de Lisboa. En su historia supo con felicidad y destreza hermanar las formas latinas con la índole de la lengua castellana. No parece andan fuera de camino los que le apellidan el Tácito español.

(1) Véase la excelente obra «El P. Juan de Mariana y las escuelas liberales» por el P. Francisco de P. Garzón S. J. Madrid 1889.

Mena (Juan de). Nació en Córdoba, año 1411. Murió en 1456. Escribió *El Laberinto*, la obra poética de más nombradía y empuje por aquellos tiempos, y en la cual se propuso seguir las pisadas de Dante.

Mendoza (D. Diego Hurtado de), granadino, (1503-1575). — Supo imitar admirablemente en nuestra lengua á los mejores historiadores latinos, cuyas pisadas siguió. Tácito y Salustio fueron sus modelos, cuya energía, concisión y robustez quiso juntar con la grandiosidad y fluidez de nuestro idioma. Su historia, así por el lenguaje, como por el estilo, es una de las mejores joyas de nuestro siglo de oro.

Miramemesoua ó Amesoua (D. Antonio) brilló por los años de 1636: fué poeta delicado y de buen gusto.

Monoada (D. Francisco de), (1586-1635). —Nacido en Valencia y originario de Cataluña este célebre escritor, brilla entre los principales historiadores españoles. Aunque no tiene el nervio y firmes pinceladas de Mendoza, le aventaja en fluidez, claridad y naturalidad, amoldándose más al estilo de César, que al de Salustio.

Monroy y Silva (D. Cristóbal), fecundo poeta dramático posterior á Lope de Vega, natural de Sevilla. Su repertorio, compuesto por lo menos de cuarenta comedias, comprende varias muy apreciables, ya en el género histórico como *La batalla de Pavía*, ya en el heroico ó fabuloso, ya en el llamado de *enredo* y *valentía*. (M. Romanos).

Moratín (D. Nicolás Fernández), (1737-1780), renovó el gusto de la poesía antigua nacional en algunos romances y en sus celebradas quintillas: *La fiesta de toros en Madrid*. Compuso también entre otras poesías un poema bastante prosaico sobre la caza, y el canto épico: *Las naves de Cortés destruídas*. «Sus tragedias: *Lucrecia*, *Hormesinda* y *Guzmán el Bueno* no tienen otro mérito que el de algunos trozos de buena versificación; y la *Petimetra* es una comedia insulsa y mal combinada. Su muerte, acaecida á los cuarenta y dos años de edad, atajó sus pasos y los progresos que de él se esperaban.» Poncelis.

Superior á D. Nicolás fué su hijo D. **Leandro Fernández de Moratín.** Como poeta lírico es horaciano puro, y descuella entre los modernos más por «su exquisito sabor» y «por la pureza de dicción, que por el entusiasmo y afecto que revela.» Escribió también sátiras en las cuales brilla el elegante aticismo del poeta venusino. El *Sí de las niñas* es su obra maestra en el género dramático. «Lástima es que la aureola literaria que le rodeó en vida, quedase á los ojos de los buenos españoles oscurecida, no ya tan sólo por el crimen de afrancesarse, sino por tejer guirnaldas de versos á los que violaban nuestros templos, robaban nuestros museos y entraban á sangre y fuego en nuestras ciudades; y aun lo que es peor, por las ideas volterianas con que salpicó muchos de sus graciosos y correctos escritos en prosa y verso. Pero todavía fué más sensible su muerte á lo pagano, acaecida en París, el año de 1828, de que dió testimonio en el testamento escrito de su puño y letra sin ninguna fórmula religiosa.» Poncelis.—Véase Menéndez Pelayo en el tercer tomo de los Heterodoxos españoles, pág. 281 y siguientes.

Nieremberg (P. Juan Eusebio) S. J. (1595-1658). Escritor elocuente, facundo, ora conciso, ora amplificador, enérgico con frecuencia, original y profundo: se resiente á veces del gusto de su época.

Quevedo (D. Francisco de), (1580-1645). Nació en Madrid de noble familia, y sobresalió en toda clase de estudios. Caudillo de los conceptistas (de donde se deriva el *conceptualismo)*, se diferencia notablemente de Góngora, á quien combatió, en que mientras éste se excedía en el brillante ropaje y atavíos de la forma, Quevedo, rebosando frecuentemente en ideas, las expresaba con excesiva sutileza de entendimiento y abusaba de las antítesis, equívocos y retruécanos.—Plegábase su ingenio á toda suerte de asuntos; sagrados y profanos; ascéticos, jocosos y satíricos. En pocos escritores campea como en él la frase castellana; pero sus escritos no pueden ponerse indistintamente en manos de todos, por el mal gusto y libertad de expresiones que á veces los afean.

Rioja (D. Francisco de), Inquisidor ge-

neral de España y cronista de Felipe IV, nació en Sevilla á fines del siglo XVI, y murió en Madrid en 1659. Rivalizan en sus poesías la delicadeza de pensamientos, el buen gusto, la tersura en el lenguaje y la armonía en la versificación. Aunque este ilustre poeta floreció en el reinado de Felipe IV, merece ser contado entre nuestros poetas del siglo de oro.

La célebre composición: *A las ruinas de Itálica*, que antes se le atribuía, pertenece á **D. Rodrigo Caro** anticuario de Sevilla: la *Epístola moral* que se creía de Rioja es del capitán **Andrés Fernández de Andrade.**

Rivadeneira (P. Pedro de), de la Compañía de Jesus.—Nació el P. Rivadeneira en Toledo en el año 1526, y murió en Madrid en 1611. «El mundo sabio, dice D. Manuel Tamayo, le ha reputado siempre como uno de los primeros maestros en el habla castellana y en el arte de expresar con novedad y viveza los afectos, concebir un alto pensamiento y desarrollarlo á maravilla.» «En el autor de los nombres de Cristo, dice otro escritor contemporáneo, predomina la imaginación, en Granada el corazón, en Rivadeneira el entendimiento; el primero es elevado y magnífico, el segundo tierno é insinuante, el tercero sólido y raciocinador. León es más sublime en sus pensamientos, más atrevido en su vuelo, más poético en las imágenes: Granada es más pomposo y patético, más fecundo y creador, y sabe comunicar á sus expresiones una majestad y grandilocuencia hasta él desconocidas: Rivadeneira es más terso y delicado, más real y positivo, corre su frase más suelta y desembarazada, y por ser el autor que publicó sus obras exentas de términos anticuados y trasposiciones violentas, puede llamarse con razón el más moderno de los antiguos.»

Ruiz de Alarcón (D. Juan). Nacido en Méjico hacia 1580, vino á España y residió dos veces en Sevilla. Escribió principalmente desde 1618 á 1625; pero sus obras no fueron tan estimadas como merecían. Quizás contribuyó á ello la figura del autor, que por su doble corcova, fué no pocas veces objeto de la sátira y maledicencia de otros literatos. Distínguense sus dramas por la regularidad de sus planes, nobleza de sentimientos y propiedad de lenguaje, que afeó no obstante con expresiones culteranas en el *Tejedor de Segovia*. Dícese de él que es el más filosófico y ético de nuestros dramáticos. Aunque menos fecundo que otros, pertenece al grupo de nuestros grandes poetas. *La verdad sospechosa* fué imitada por Corneille en su *Menteur*.

Saavedra Fajardo (D. Diego) (Algezares 1584–1648). Escritor juicioso, á veces grande y profundo, pero excesivamente estudiado y sentencioso.

Samaniego (D. Félix María) de La-Guardia, (1745–1801).—Sus fábulas son apreciables por la naturalidad, sencillez y claridad de estilo.

Sigüenza (P. Fr. José de) de la Orden de S. Jerónimo, (1545–1606).—Su estilo en las historias sagradas que escribió es, en sentir de Capmany, el que más honor hace á la gala y hermosura varonil de la lengua castellana.

Solís (D. Antonio de) (Alcalá de Henares, 1610–1688) poeta dramático, después, 1643, eclesiástico, cronista de Indias. Su *Historia de la conquista de Méjico* está escrita en excelente lenguaje y en estilo agradable y sostenido, pero excesivamente estudiado y no exento de falsas flores.

Santa Teresa de Jesús (1515–1582).—Esta incomparable virgen, portento de su siglo, gloria de España, ilustre hija de la ciudad de Ávila, considerada como escritora, ya por la alteza de las cosas que trata, ya por el estilo con que las trata, es un modelo admirable. Pureza, facilidad, gracia, elegancia, ingenuidad, y sobre todo una inspiración más divina que humana, he aquí las dotes inimitables que en esta Santa escritora resplandecen.

Torre (El Bachiller Francisco de la) se distingue por la sencillez de la expresión, ternura y delicadeza de los afectos, lozanía y amenidad de la fantasía.

Valbuena (Bernardo de) (1568–1627).—Nació en Valdepeñas de la Mancha, y fué Obispo de Puerto-Rico. Su poema el *Bernar-*

dó ofrece, á vueltas de grandes defectos, bellezas de primer orden.

Valdivielso (El Maestro José de). Fué capellán de la Iglesia de Toledo, en cuya ciudad nació: floreció á principios del siglo XVII. Escribió, y dió á la estampa, un poema sobre S. José y un Romancero espiritual sobre el Santísimo Sacramento; ambas obras se han reimpreso modernamente. En el Romancero hay composiciones muy bellas y delicadas, que abundan en imágenes graciosas y finísimos sentimientos.

Villegas (D. Esteban Manuel de) de Nájera, (1595-1669).—A él debe la poesía castellana la *anacreóntica*, género en el cual, podría, según Andrés, disputar la palma al mismo Anacreonte, á haber evitado la agudeza de conceptos, que empezaba á malear nuestra literatura. A juicio del citado crítico, queda, así y todo, Villegas muy superior á cuantos modernos Anacreontes han querido seguir aquel género de poesía.

Virués (Cristóbal de) poeta valenciano, (1548-1616), escribió el *Monserrate*, poema que adornó con buenas prendas de estilo y fluidez en el lenguaje, pero que dista mucho de la grandiosidad de la epopeya. Escribió también cinco tragedias, en las cuales, como él dice, procuró unir la fineza del arte antiguo con el uso moderno; pero «aunque merece elogios su buen celo, sus piezas se resienten de confusas y desordenadas.» PONCELIS.

CLASIFICACIÓN

de las materias comprendidas en el presente tomo (*)

PRIMER CURSO.—PROSA

Cartas de D. Antonio de Guevara (pág. 7...).
» de Sta. Teresa de Jesús (algunas, las más fáciles; pág. 12...).
» del rey Felipe II (pág. 17-19).
» de D. Antonio de Solís (pág. 20-21).
» del P. José Francisco de Isla (algunas, las más fáciles).
Diálogos de Cervantes (pág. 32-37).
Género descriptivo.—Fr. Luis de Granada. *Del Símbolo de la fe* (pág. 38-54).
» Fr. Luis de León. De la *Perfecta casada* (pág. 55).
» Fr. Juan Márquez (pág. 81).
Género histórico.—D. Francisco de Moncada (pág. 115-120).
» P. Luis de La Palma (pág. 120-130).

N. B. Para el ejercicio importantísimo de la declamación se podrían escoger, entre otros, á juicio del profesor, algunos trozos del P. Granada tomados del *Libro de la oración*, y los preciosos del P. Rivadeneira sobre los Ángeles custodios (pág. 223) y sobre el poder y misericordia de la Serenísima Reina del cielo, la Virgen nuestra Señora (pág. 226-229).

(*) El deseo de simplicar las secciones de esta obra; de disminuir su volumen, sin menoscabo de la abundancia de modelos; y la dificultad de clasificar muchos trozos, que pueden muy bien colocarse lo mismo en una clase que en otra, según sea el análisis que de ellos quiera hacer el profesor, fueron las causas principales que indujeron á adoptar la división generalísima de MODELOS EN PROSA Y VERSO. Sin embargo, para satisfacer los deseos de algunos, y más como indicación que como regla invariable y rigurosa, se pone aquí esta división de materias que podría seguirse en cada curso; dejando á la prudencia de los profesores el determinar minuciosamente lo que convenga ó deba hacerse según las circunstancias. Se establecen en la presente división tres cursos, de los cuales el primero corresponde á las clases de Gramática, el segundo á la llamada de Humanidades, el tercero á la de Retórica. Para los alumnos de Preparatoria se ha pensado imprimir otro libro más reducido y manual, acomodado en la posible á la capacidad de los niños, el cual comprenderá las secciones siguientes: *Trozos religiosos — Lecciones morales — Símiles y comparaciones — Espectáculos de la naturaleza — Páginas de la historia patria — Tradiciones religiosas — Anécdotas y hechos edificantes — Hojas del martirologio — Cartas — Composiciones en verso, etc.* — Allí se hallarán algunos trozos escogidos, pinturas y poesías fáciles, que alguien podría quizás echar aquí de menos.

PRIMER CURSO.—VERSO

Composiciones ligeras de varios autores: Anacreónticas, églogas é idilios, sonetos fáciles (pág. 325...).
Fábulas (pág. 354-358).
Letrillas, romances, etc. (pág. 359...).
N. B. Los Diálogos dramáticos (pág. 456-467) podrían servir también para ejercicio de declamación.

SEGUNDO CURSO.—PROSA

Cartas del Bto. Juan de Ávila (pág. 9...).
» de Sta. Teresa de Jesús (pág. 12...).
» del P. José Francisco de Isla (páginas 21...).
Diálogo de D. Pedro Mejía sobre «El Porfiado» (pág. 26...).
Género descriptivo.—Fr. Malón de Chaide, *Tratado de la Magdalena* (pág. 56...).
» Fr. José de Sigüenza. Descripción del Escorial (pág. 57-65).
» Miguel de Cervantes (pág. 65-80).
Género histórico.—P. Pedro de Rivadeneira. *Del Cisma de Inglaterra* (páginas 89-95).
» D. Francisco Manuel de Melo (páginas 130-132).
» D. Antonio de Solís (pág. 133-139).
Género didáctico.—B. Juan de Ávila. Paralelo de *las dos ciudades* (pág. 139).
» Fr. Luis de Granada. – *Del Símbolo de la fe:* Sentidos exteriores de nuestro cuerpo (pág. 149-151): el hombre, imagen de Dios (pág. 151-155).
» Fr. Luis de León: *Máximas y pensamientos* (pág. 155-158): *La vida pastoril* (pág. 158): Cristo ama el campo y la soledad (pág. 159).
» P. Pedro de Rivadeneira. *Excelencias de la Religión cristiana* (pág. 176-180): *los labradores*, mercaderes y soldados deben ser favorecidos y estimados del príncipe (pág. 180-184).
» D. Diego Saavedra Fajardo (pág. 184-190).
Género oratorio.—Fr. Luis de Granada: *Del libro de la oración* (pág. 194-204): *De la guía de pecadores* (páginas 204-206).
» P. Pedro de Rivadeneira: *De los ángeles custodios* (pág. 225-226): Poder y misericordia de la Virgen (páginas 226-229).

SEGUNDO CURSO.—VERSO

Género lírico.—Fr. Luis de León (pág. 295-303).
» Francisco de la Torre (pág. 303-304).
» Fernando de Herrera (las canciones más fáciles).
» Lupercio L. de Argensola (pág. 312).
» D. Francisco de Medrano (pág. 315-316).
» Rodrigo Caro (pág. 318).
» Francisco de Rioja: *Silvas* (pág. 319-320).
» Antonio Mirademescua (pág. 321-322).
» Varios: *Composiciones ligeras, Elegías, Églogas, Sonetos* (pág. 325-353).
Género didáctico.—Fábulas, etc. (pág. 354-372).
» Pablo de Céspedes (pág. 372-374).
» Fernández de Andrade: Epístola moral (pág. 374-376).
» Jorge Pitillas (pág. 377-380).
» Leandro Fern. Moratín (pág. 380-381).
» Francisco Martínez de la Rosa (fragmentos de su *Arte poética).*
Romances (pág. 397-414).
Género épico.—Juan de Mena (pág. 414-417).
» Cristóbal de Virués (pág. 427).
» Bernardo de Valbuena (pág. 429-433).
» N. Fernández de Moratín (pág. 435).
Género dramático.—Como modelos de versificación dramática y diálogos pueden servir los fragmentos incluídos en las pág. 456 y sig....

TERCER CURSO.—PROSA

Género histórico.—D. Diego Hurtado de Mendoza (pág. 82-88).
» P. Juan de Mariana (pág. 95-115).

Género didáctico.—Fr. Luis de Granada. *Del Símbolo de la fe:* Al conocimiento del Criador nos llama la armonía de lo criado (pág. 141-145): de la unidad de Dios (ibid. pág. 145-149).
» Fr. Luis de León. Cristo es llamado «*Brazo* de Dios» (pág. 160-176).
» P. Juan Eusebio Nieremberg. *De la belleza* (pág. 190-198).
Género oratorio.—Fr. Luis de Granada: De la guía de pecadores (pág. 207-219): Sermón de la Resurrección del Señor (pág. 219-224).
» P. Pedro Rivadeneira: Oratoria militar (pág. 230-241).
» D. Juan Donoso Cortés: Oratoria política (pág. 242-253).
» D. Florencio Gómez Parreño: Oratoria forense (pág. 253-271).
» D. Gregorio Mayáns y Siscar: Oratoria académica (pág. 271-279).
» D. Juan Donoso Cortés: Oratoria académica (pág. 280-291).

TERCER CURSO.—VERSO

Género lírico.—Fr. Luis de León.
» Fernando de Herrera (pág. 305-311).
» Bartolomé L. de Argensola (pág. 313).
» Francisco de Quevedo (pág. 317-318).
» Juan Meléndez Valdés (pág. 322-325).
» Elegías de varios (pág. 337-345).
Género didáctico: las composiciones más perfectas de este género (pág. 354-397); v. gr. La *Epístola moral*, las *Sátiras* y la *Poética* de M. de la Rosa.
Romancero del Cid (pág. 397-403).
Género épico.—D. Alonso de Ercilla (páginas 417-427).
» Fr. Diego de Hojeda (pág. 433-454).
Género dramático.—Lope de Vega (páginas 456-463).
» Ruiz de Alarcón (pág. 463-466).
» Calderón de la Barca (pág. 469-496).

INDICE

DE ALGUNAS FORMAS RETÓRICAS

ARENGAS Y RAZONAMIENTOS PRINCIPALES (*)

Prosa — Págs.

De D. Quijote sobre las armas y las letras. 77
De D. Fernando el Zaguer á los moriscos de la Alpujarra, (forma directa é indirecta). 82
De María Estuardo, reina de Escocia: forma indirecta. 90
Forma directa. 92
De D. Rodrigo, antes de la batalla del Guadalete. 95
De Tarif, ibid. 96
De D. Pelayo. 98
De D. Opas y D. Pelayo entre sí. . . 101-102
De un moro, excitando á los granadinos contra los españoles, (forma indirecta y directa). 110
De Boadil, apaciguando á los amotinados. 111
De los judíos, pidiendo á Pilatos ponga guardias en el sepulcro del Salvador. . 128
De Hernán Cortés, animando á los suyos á la conquista de Méjico. 134
Véanse además las piezas y modelos del Género oratorio.. 191-291

Verso — Págs.

De Apolo en alabanza de D. Juan de Austria. 305
De Selim en la batalla de Lepanto. . . . 307
De Luzbel antes de su primera derrota. . 313
De Colocolo á los araucanos desavenidos. 418
De Caupolicán antes de morir. 424
Del Eterno Padre á la oración de Jesús. . 442
De Cristo á la cruz.. 447
De S. Miguel, estando Cristo en la Cruz. . 450
De la Justicia y de la Misericordia personificadas. 450
Del Eterno Padre. 451
De S. Miguel á los espíritus infernales vencidos con la muerte de Jesús.. . . . 453

PINTURAS, RETRATOS Y CARACTERES

Prosa

La Asunción de Ntra. Señora. 58
Santiago. 58
S. Jerónimo. 59
Nacimiento de Ntro. Señor.. 60
La Sagrada Familia. 60
S. Juan Evangelista. 60

(*) A fin de que estos y otros modelos que se siguen no perdiesen la elegancia y vigor que les dieron sus autores, y se viese la oportunidad ó acierto con que los emplearon, se han incluído en la Colección, en cuanto ha sido posible, de manera que formen parte de las narraciones y capítulos de las obras donde se contienen. Aquí, para mayor utilidad de los que manejen este libro, reúnense los títulos de estos trozos, y se indican las páginas en las cuales se hallarán.

Cristo á la columna. 60
Carlos V. 65
La emperatriz Isabel. 65
D. Quijote de la Mancha. 71
D. Fernando de Válor. 84
D.ª María Estuardo, reina de Escocia. . . 92
D. Pelayo. 100
S. Fernando. 103
Los Reyes Católicos. 114
Los judíos y Pilatos. 127
Hernán Cortés. 133
Motezuma. 136
El hipócrita. 157
El hombre enojado. 157
El labrador. 181
La niñez. 184
Varios historiadores. 188
La Virgen Santísima. 229
Los patriarcas bíblicos. 284
Moisés. 284
María, la mujer por excelencia. 286
Los profetas del pueblo de Dios. 287
El pueblo judío. 288
Cervantes. 497
Fr. Luis de Granada. 498
P. Mariana. 499

Verso

El Cid y su padre. 397
Tarfe y Garcilaso. 406
Zulema en una corrida de toros. 412
Gazul. 413
Caupolicán. 419
Pinturas alegóricas de los vicios. . . . 438
La Oración de Jesús personificada. . . . 440
El arcángel S. Gabriel. 443
Lucifer. 444
S. Miguel. 450
La muerte, personificada, al quitar la vida á Jesús. 453
Hernán Cortés. 455
Los dos alcaldes mayores de Sevilla. 461-463
El embustero. 463-466
Carlos V y Francisco I. 467-469

PARALELOS

Las armas y las letras. 77
Agatocles, Hernán Cortés y los catalanes. 117
Las dos ciudades. 139
La vida del cielo y la de la tierra. . 160-216
Los deseos de Dios y los del pueblo judío. 164
Juan II y Fernando el Católico. 186
Las dos represiones: el termómetro religioso y el termómetro político. 242
El soldado y el sacerdote. 252
Moisés y Homero. 285
Los profetas del pueblo de Dios y los poetas, oradores y tribunos de Grecia y Roma. 287
El Edipo de Sófocles y el pueblo judío. . 288
El rey D. Sancho el Bravo y los dos alcaldes mayores de Sevilla. 461-463
Carlos V y Francisco I. 467-469
León, Granada y Rivadeneira. 501

DESCRIPCIONES Y PINTURAS

Prosa

Descripción satírica de la corte. 8
— de los *Adobos* de Bolonia. 24
— de esta ciudad (festiva). 25
— de la granada. 38
— del lebrel: sus propiedades. . . . 40
— del caballo. 40
— del león. 41
— del pavón. 42
— de la república y orden de las abejas. 46
— de los gusanos que hilan la seda. . 53
— de la mañana. 55
— del pueblo hebreo llevado cautivo á Babilonia. 56
— de la celestial Jerusalén. 56
— del jardín de los Evangelistas (Escorial). 61
— del Tabernáculo y custodia (ibid.). . 63
— de una tempestad en el mar. . . . 65
— de la ribera del Tajo. 67
— del valle de los cipreses. 68
— de la Edad de oro. 72
— de dos ejércitos fantásticos. . . . 73
— de una cocina bien provista. . . . 75
— de una caza de montería. 75
— de la elección del rey de los moriscos. 85
— topográfica de la Alpujarra. . . . 86
— de las crueldades de los moriscos. . 87
— de la muerte de María Estuardo. . 89
— de su cadalso. 91
— del exterior de la Reina. 92

Descripción de la batalla de Guadalete. . 95
— de Covadonga. 102
— de la muerte de S. Fernando. . . . 103
— del suplicio de D. Alvaro de Luna. . 104
— de la ciudad de Granada. 107
— de un alboroto. 109
— de la entrada de los Reyes católicos en Granada. 112
— de una batalla en las faldas del monte Tauro. 115
— de otra junto á Galípoli: es notable. 118
— del sepulcro del Salvador. 126
— de la derrota del ejército real en las faldas de Monjuich: es viva y exornada. 130
— de la entrada de Hernán Cortés en Méjico. 134
— de la batalla de Otumba. 137
— de la hermosura de la tierra (traducción de Cicerón). 142
— de la figura del mundo por Séneca. 145
— del hombre (traducción de Cicerón): oficios de las manos. . . . 149–151
— de una ciudad comercial y marítima. 152
— del hipócrita, y del hombre airado. 157
— de la vida pastoril. 158
— de un lugar ameno. 160
— de la hermosura de la Iglesia. . . 178
— de la fealdad de un cadáver, etc. . 191
— del Salvador con la Cruz á cuestas. . 197
— de Cristo clavado en cruz. 199
— de Cristo muerto en brazos de su Madre. 201
— del gozo de las almas justas. . . . 204
— de la hermosura del mundo visible. 216
— de la felicidad de los bienaventurados. 217
— del día de la resurrección del Señor. 219

Verso

Descripción de la vida del campo. . . . 293
— de los efectos de la música perfecta. 296
— de la noche serena. 299
— de una tempestad de verano. . . . 300
— de la vida del cielo. 301
— del orden del universo. 302
— de la aurora. 303
— de la mañana. 419
— del cedro del Líbano. 310
— de la ribera del Betis. 311
Descripción del martirio de S. Lorenzo. . 312
— de S. Miguel y de su triunfo. . . . 313
— de la villa de Carmona. 318
— de la rosa. 319
— del jazmín. 321
— del águila. 322
— de la Virgen dolorosa. 323
— de Laocoonte y sus hijos. 324
— de Apolo. 325
— de la paloma. 325
— de la primavera. 326
— de la vida del muchacho. 327
— de una cena. 362
— de un régimen de vida. 364
— de la isla de Jauja. 368
— del caballo. 373
— del combate de Garcilaso. 406
— de un desafío. 411
— de corridas de toros. 412–413
— de la muerte del conde de Niebla. . 414
— — de Lorenzo Dávalos. . 416
— de la discordia de los caciques araucanos. 417
— del triunfo de Caupolicán. 419
— de una tormenta. 421
— del combate naval de Lepanto. . . 422
— del suplicio de Caupolicán: trozo acabado. 424
— topográfica de Montserrat. 427
— de una ermita y paisaje. 429
— de la fertilidad de España. 431
— de la batalla de Roncesvalles. . . 432
— de la última cena de Jesús con sus discípulos. 433
— de la noche de la Pasión al ir Jesús al huerto: vestidura alegórica de los pecados: es notable. 437
— de la oración de Jesús personificada. 439
— del alcázar de Dios. 441
— de Gabriel, bajando al huerto de Getsemaní. 443
— del trono de Lucifer. 444
— melancólica, de la aurora de la Pasión. 445
— topográfica de Jerusalén: es Cristo clavado en la Cruz. 447
— del eclipse de sol en la muerte de Jesucristo. 451
— de la naturaleza en la muerte de Jesús. 452

Caridad con las enfermas. 50
Amor y lealtad á su rey. 50
Armas de las abejas: salidas al campo: peleas. 51
Reflexiones oportunas. 51
De los gusanos que hilan la seda. . . . 53
Fr. Luis de León
La naturaleza á la salida del sol. 55
Fr. Malón de Chaide
El pueblo hebreo es llevado cautivo á Babilonia. 56
La celestial Jerusalén. 56
Fr. José de Siguenza
Pinturas del claustro principal de S. Lorenzo (Escorial). 57
Jardín de los Evangelistas. 61
Tabernáculo y custodia del altar mayor. . 63
Estátuas de la familia real. 65
Miguel de Cervantes Saavedra
Tempestad y naufragio. 65
Hermosura de la ribera del Tajo. . . . 67
El valle de los cipreses. 68
Honras fúnebres del pastor Meliso. . . . 69
De la condición y ejercicio del famoso hidalgo D. Quijote de la Mancha. . . . 70
La edad de oro. 72
Dos ejércitos fantásticos. 73
Una cocina bien provista. 75
La caza de montería. 75
Las armas y las letras. 77
Fr. Juan Márquez
Alegría con que se recogen las mieses. . 81
Tristeza de los hebreos al llegar á Babilonia. 81

GÉNERO HISTÓRICO

D. Diego Hurtado de Mendoza
D. Fernando el Zaguer excita á la rebelión á los moriscos de la Alpujarra. . . 82
Los moriscos rebeldes eligen por su rey á D. Fernando de Válor. 85
Matan los moriscos traidoramente á cuarenta soldados con su capitán. . . . 86
Ocupan los rebeldes la Alpujarra: estado de las cosas de España. 86
Crueldades de los moriscos ejecutadas en los católicos. 88
P. Pedro de Rivadeneira
Muerte de María Estuardo reina de Escocia. 89
P. Juan de Mariana
D. Rodrigo y Tarif arengan respectivamente á sus tropas: batalla de Guadalete. . 95
El infante D. Pelayo levanta bandera contra los moros: notable razonamiento que dirige á sus huestes. 98
D. Pelayo en Covadonga: entrevista del príncipe con D. Opas: razonamientos de ambos: batalla de Covadonga. . . . 100
Retrato y muerte de S. Fernando. . . . 103
Cómo se hizo justicia de D. Álvaro de Luna. 104
Cerco de Granada.—Descripción de la ciudad.—Santa Fe.—Incendio de la tienda real.—Tratan los moros de capitular. . 106
Alboroto que se levantó en la ciudad: discurso contra los españoles.—Razonamiento de Boabdil: apacíguanse los amotinados. 109
Entrada de los Reyes católicos en Granada.—Piedad y regocijo de los monarcas. —Juicio del historiador acerca de estos príncipes: su retrato. 112
D. Francisco de Moncada
Pelean con todo el poder de los turcos los catalanes y aragoneses en las faldas del monte Tauro, y alcanzan de ellos señaladísima victoria. 115
Los pocos que quedaron en Galípoli dan barreno á todos los navíos de la armada. 117
Salen los nuestros de Galípoli á pelear con los griegos y reportan de ellos señaladísimo triunfo. 118
P. Luis de la Palma
Es quitado de la cruz el cuerpo del Salvador y puesto en la sepultura. 120
Los judíos ponen guardia en el sepulcro. . 127
D. Francisco Manuel de Melo
Derrota del ejército real en las faldas de Monjuich. 130
D. Antonio de Solís
Retrato de Hernán Cortés. 133
Anima Hernán Cortés á sus soldados para la empresa de Méjico. 134
Entrada de Hernán Cortés en Méjico.—Retrato de Motezuma. 134
Batalla de Otumba. 137

GÉNERO DIDÁCTICO

Bto. Juan de Ávila

Las dos ciudades. 139

V. P. Fr. Luis de Granada

Al conocimiento del Criador nos llama la hermosura y armonía de lo criado: notable pasaje de Aristóteles y Cicerón. . 141

Pruébase un solo Hacedor por el orden de las criaturas en el servicio del hombre: figura del mundo descrita por Séneca. . 145

Locura de los ateistas epicúreos que atribuyeron todo lo criado al acaso. . . . 147

De los sentidos exteriores de nuestro cuerpo. 149

El hombre, imagen de Dios. 151

M. Fr. Luis de León

Máximas y pensamientos sacados de la *Exposición del libro de Job*. 155

La vida pastoril.. 158

Cristo ama el campo y la soledad. . . . 159

Cristo es llamado *Brazo de Dios*. 160

Lamentable error y ceguedad de los judíos acerca de Cristo. 161

El Mesías profetizado con el nombre de *Brazo de Dios* no había de ser poderoso por las armas. — Refútase victoriosamente el ciego error de los judíos. . . 162

Declárase porqué Cristo es llamado *Brazo de Dios*: hazañas que hizo Dios por medio de Cristo, y obras admirables de su fortaleza. 167

Maravillosa predicación de los Apóstoles: triunfo y victorias de la Iglesia por medio de las persecuciones.. 172

P. Pedro de Rivadeneira

Excelencia de la religión cristiana.. . . 176

Que el príncipe debe procurar que su reino sea rico y abundante, y que los labradores y mercaderes sean favorecidos. . 180

Cómo debe el príncipe estimar y honrar el arte militar. 183

D. Diego de Saavedra Fajardo

De la educación del príncipe.—Índoles de los niños. 184

La educación del príncipe no ha de ser muelle y regalada: paralelo entre Juan II y Fernando el Católico. 185

La República literaria. 186

Retrato de varios historiadores. 188

P. Juan Eusebio Nieremberg

De la belleza: en qué consiste: sus condiciones, y como estas se hallan en Dios.. 190

De otra condición de la belleza: el lustre y claridad.. 192

GÉNERO ORATORIO

(ORATORIA SAGRADA)

V. P. Fr. Luis de Granada

De la fealdad del cuerpo muerto: del enterramiento y sepultura: vanidad de las cosas humanas. 194

El alma al separarse del cuerpo.. . . . 196

Como el Salvador llevó la cruz á cuestas.. 197

Cristo clavado en la cruz. 199

Compasión de Jesucristo al ver á su Madre junto á la cruz.. 200

Compasión de la Virgen al ver á su Hijo crucificado. 200

Descendimiento de la cruz, y llanto de la Virgen. 201

Efectos de la oración en las almas virtuosas. 204

Servidumbre en que viven los codiciosos de la honra y del dinero.. 205

Beneficio inestimable de nuestra redención. 207

De la gloria del paraíso.. 212

Sermón de la resurrección del Señor. . . 219

P. Pedro de Rivadeneira

Beneficios que reciben los hombres por medio de los ángeles custodios. . . . 225

Poder y misericordia de la Virgen. . . . 226

(ORATORIA MILITAR)

Exhortación para los soldados y capitanes que van á la jornada de Inglaterra. . . 230

(ORATORIA POLÍTICA)

D. Juan Donoso Cortés

Las dos represiones: el termómetro religioso y el termómetro político.. . . . 242

Sobre los sucesos de Roma. 245

Del discurso sobre la situación de Europa. 246

(ORATORIA FORENSE)

D. Florencio Gómez Parreño

Defensa de D. Gabino Ranz. 253

(ORATORIA ACADÉMICA)

D. Gregorio Mayáns y Siscar
Oración sobre la elocuencia española.. . 271

D. Juan Donoso Cortés
Fragmentos del discurso sobre la Biblia.. 280

SEGUNDA PARTE: VERSO

GÉNERO LÍRICO

Odas y canciones

Fr. Luis de León.—A la vida retirada. . . 295
— A Francisco de Salinas. 296
— En la Ascensión. 297
— A Nuestra Señora.. 297
— A D. Oloarte.—Noche serena.. . . 299
— A Felipe Ruiz.—*¿Cuándo será que pueda*..... 300
— Al mismo.—*¿Qué vale cuanto vee*.. . 301
— De la vida del cielo. 301
— Salmo CIII.—*Alaba, oh alma, á Dios*. 302
Francisco de la Torre.—A la aurora. . . 303
— A Tirsis. 304
Fernando de Herrera.—Al señor D. Juan de Austria. 305
— A la victoria de Lepanto. 306
— Por la pérdida del rey D. Sebastián. 309
— Al santo rey D. Fernando. 310
Lupercio Leonardo de Argensola.—Al martirio de S. Lorenzo.. 312
Bartolomé Leonardo de Argensola.—Canción á S. Miguel. 313
D. Francisco de Medrano.—A D. Fernando Niño de Guevara.—Imitación de Horacio. 315
— A D. Alonso de Medrano.—*id*.. . . 316
D. Francisco de Quevedo.—Roma antigua y moderna. 317
D. Rodrigo Caro.—A la villa de Carmona.. 318
D. Francisco de Rioja.—Silvas: A la rosa. 319
— Al jazmín.. 320
D. Antonio Mirademescua.—A la instabilidad de las cosas de la vida.—Canción real. 321
D. Juan Meléndez Valdés.—La gloria de las artes. 322

Anacreónticas y composiciones ligeras

La paloma (Villegas). 325
La primavera (Id.). 326
A la barquilla (Lope de Vega).. 326
Vida del muchacho (Góngora). 327
Cántica de loores de Sta. María (Arcip. de Fita).. 328
A Ntra.Sra. de Montserrat (López de Ayala). 328
Al túmulo del príncipe D. Carlos (León).. 329
Al niño Jesús, fiesta de Mayo (Valdivielso). 329
A las llagas de Cristo nuestro Señor (Id.). 330
Madrigales. 330
Salmos é Himnos dispuestos para música (Carvajal).. 331
Sáfica.—El reino de Cristo. 332
La Anunciación (Moratín L.). 333
Canto guerrero (Jovellanos). 334
Versos alejandrinos: la tempestad (Zorrilla). 336

Elegías

Jorge Manrique.—A la muerte de su padre. 337
D. Fernando de Herrera.—Enseñanzas del tiempo. 339
— A la muerte de D.ª Leonor de Milán. 341
Rodrigo Caro.—A las ruínas de Itálica. . 344

Églogas é idilios

Fr. Luis de León.—Traducción de Virgilio. 345
Lope de Vega.—Nacimiento de Jesús. . . 346
D. Esteban de Villegas.—Cantilena. . . 348
M. de Jovellanos.—Al Sol. 348

Sonetos

Herrera.—Al marqués de Sta. Cruz. . . 349
— En alabanza de Carlos V. 349
— Por la victoria de Lepanto.. . . . 350
F. Rioja.—A una vid. 350
Gutierre de Cetina.—Al monte donde fué Cartago.. 350
B. Argensola.—La Providencia. 350
Lope de Vega.—El soneto. 351
— El poder del tiempo *(jocoso)*.. . . 351
— Guzmán el Bueno.. 351

— A Jesucristo.. 351
D. Juan de Arquijo.—Al Betis.. 352
— La tempestad y la calma. 352
— A la muerte de Cicerón.. 352
Cervantes.—A las honras de Felipe II *(soneto con estrambote)*. 352
Quevedo.—Un narigudo *(jocoso)*.. . . . 353
— Contra Pilatos. 353
— Ladrón que se despide de sus instrumentos *(satírico)*. 353

GÉNERO DIDÁCTICO

Fábulas morales

D. Félix M. Samaniego.—El labrador y la Providencia. 354
— Un cojo y un picarón. 354
— El lobo y el perro.. 355
— El leopardo y las monas. 356
— El ciervo y la fuente.. 356

Fábulas literarias

D. Tomás de Iriarte.—El té y la salvia. . 357
— El cazador y el hurón. 357
— El pedernal y el eslabón.—*Al eslabón de cruel*. 358
— La ardilla y el caballo. 358

Letrillas, epitafios y epigramas

Góngora.—*Ande yo caliente*.. 359
— *Cuando pitos*, flautas.. 359
Iglesias.—*Ves aquel señor* graduado. . . 359
Lope de Vega.—Del *Mudo*, pintor famoso. . 360
— De María de Escocia.. 360
— Del marqués de Sta. Cruz. 360
— De un médico. 361
— De un astrólogo. 361
Salas.—A un pretendiente.. 361
B. de Alcázar.—*En un muladar un dia*. . 361
Argensola.—*Cuatro dientes te quedaron*. . 361
Salinas.—*Viejo y rico*.. 362
Iglesias.—*Hablando de cierta historia*. . . 362
— Al andaluz más valiente. 362
Iriarte.—Levántome á las mil. 362
B. Alcázar.—La cena.. 362
— Régimen de vida. 364

Romances satíricos y jocosos

Lope de Vega.—Mis soledades.. 365
Anónimo.—A mi musa. 366
Quevedo.—Origen del papel: *Una incrédula de años*. 368
Anónimo.—La isla de Jauja.. 368
Arriaza.—Julepe entre un gitano y un jaque. 371
D. Pablo de Céspedes.—*(Del Poema de la pintura)*. Caducidad de las cosas humanas: poder de las artes para inmortalizar al hombre.. . . . 372
— Pintura del caballo. 373
Andrés Fernández de Andrade.—Epístola moral. 374
Jorge Pitillas.—Sátira contra los malos escritores.. 377
Leandro F. Moratín.—Epístola satírica: El filosofastro. 380
D. Francisco M. de la Rosa.—*(Del Arte Poética)*.. . . . . .
— Canto I.—De las reglas generales de composición.. 381
— Canto IV.—De la índole propia de varias composiciones.. 386
— Canto V.—De la tragedia y de la comedia. 390
— Canto VI.—De la epopeya.—Conclusión.. 391

Romances históricos

Romancero del Cid.—Prueba Diego Laínez á sus hijos, para saber á cual fiará su venganza.. 397
— Reto del Cid al conde Lozano, y muerte de este. 398
— El Cid toma la jura á Alfonso VI en Santa Gadea.. 399
— Destierro del Cid. 399
— Responde el Cid á la orden de su destierro. 400
— El Cid hace bendecir sus pendones, y jura engrandecer al Rey.. . . . 401
— Mensajes del Cid para el Rey, y presentes que le envía. 401
— El Cid va á dar gracias á Dios en S. Pedro de Cardeña. 403
Rom. Antiguos.—D. Alonso de Aguilar.. . 403
— Muerte de un caballero cristiano. . 404
— La campana de Huesca.. 405
Anónimo.—El triunfo del Ave María.. . . 406

Esparceda
Campoamor
Becquer
Núñez de Arce

M del Palacio
Polo y P.
Valera
Pérez
Selgas.
A de Trueba
M Pelayo
P Colcha
E Pardo Bazán.

Echegaray.
Tamayo.
H Quintero.

7933 051

3 2044 012 509 410

3 2044 012 509 410